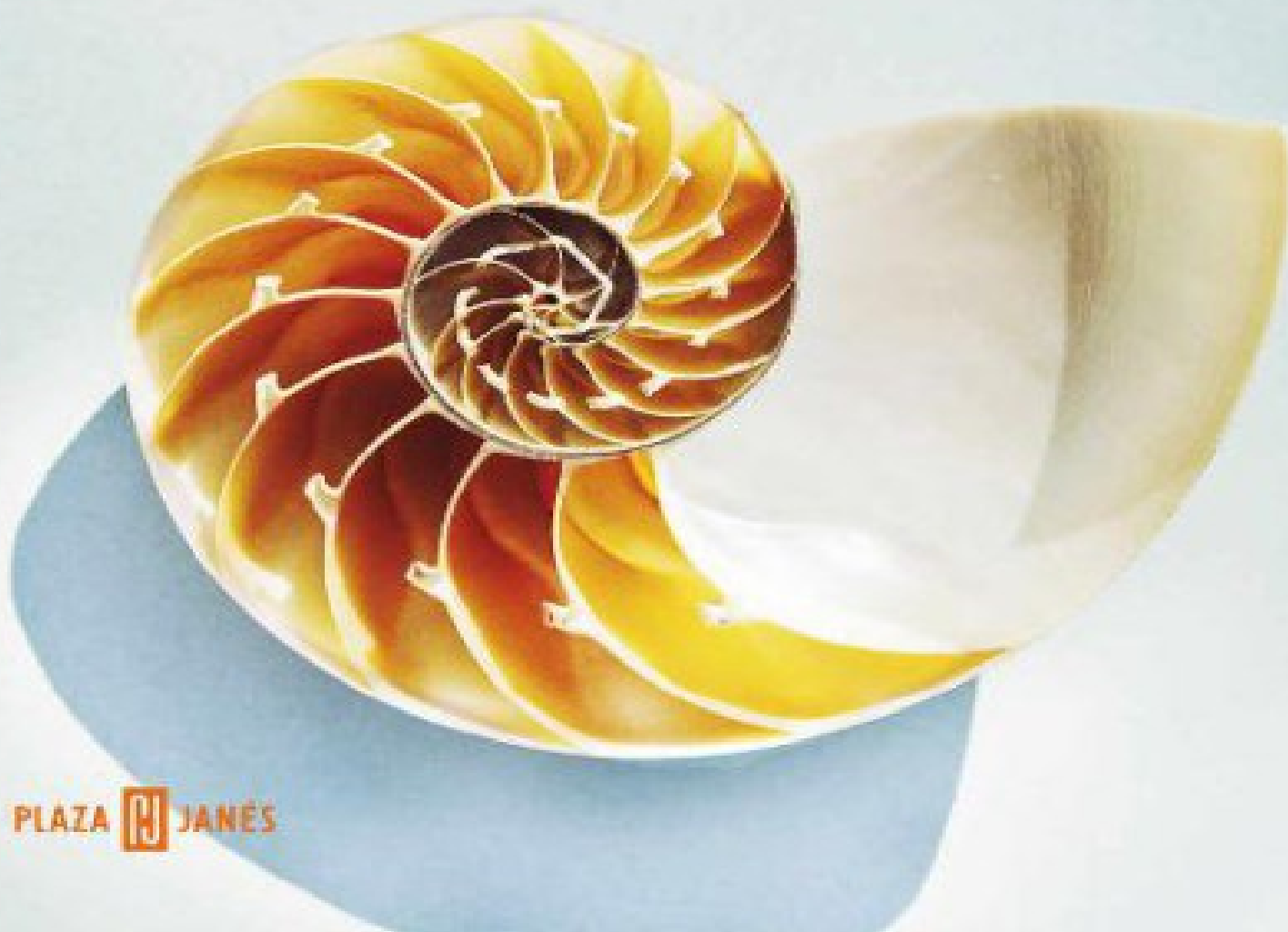


*Nora
Roberts*
*Un lugar donde
esconderse*



NORA ROBERTS

UN LUGAR
DONDE ESCONDERSE

Traducción de
Ana Isabel Sánchez

PLAZA  JANÉS

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

*En memoria de mi abuela,
la del brillante pelo rojo*

PRIMERA PARTE

Inocencia perdida

Ninguna de las adquisiciones de un pecado puede en modo alguno compensar de la pérdida de esa satisfacción interior del espíritu que es la compañera segura de la inocencia y de la virtud, ni tampoco puede compensar la ansiedad y la angustia que la culpabilidad introduce en nuestro corazón.

HENRY FIELDING

El viernes 22 de julio de 2005, Simone Knox pidió una Fanta de naranja grande para acompañar las palomitas de maíz y las gominolas. Aquella elección, la habitual las noches de cine, le cambió la vida, y muy probablemente se la salvó. Aun así, nunca volvería a beber Fanta.

Pero en ese momento lo único que quería era acomodarse en la butaca con sus dos amigas del alma y perderse en la oscuridad.

Porque su vida, entonces y sin duda el resto del verano y tal vez para siempre, era un asco total.

El chico al que quería, el chico con el que había salido de manera exclusiva durante siete meses, dos semanas y cuatro días, el chico con el que había imaginado que pasaría el último año de instituto —mano a mano, corazón con corazón—, la había dejado.

Con un mensaje de texto.

Harto de perder el tiempo pq tengo q estar con alguien q quiera llegar hasta el final conmigo y no eres tú, así q se acabó. chao

Segura de que no lo decía en serio, había intentado llamarlo, pero él no había cogido el teléfono y Simone se había humillado enviándole tres mensajes.

Luego había entrado en su página de Myspace. La palabra «Humillación» era demasiado suave para describir lo que había sufrido.

He cambiado el viejo modelo DEFECTUOSO por uno nuevo y cañón.
¡Sale Simone!
¡Entra Tiffany!
Me he deshecho de una FRACASADA y pasaré el verano y el último año de instituto con la tía más cañón de la promoción de 2006.

Aquella publicación, con fotos, ya había generado comentarios. Puede que Simone fuera lo bastante lista para saber que Trent había pedido a sus amigos que dijeran cosas feas y crueles sobre ella, pero eso no aliviaba ni la punzada de dolor ni la vergüenza.

Pasó días dolida. Se regodeó en el consuelo y la rabia justificada de sus dos mejores amigas. Se puso furiosa con las pullas de su hermana menor, se arrastró hasta el trabajo de verano y hasta el club para las clases de tenis semanales que su madre se empeñaba en que recibiera.

Un mensaje de su abuela la hizo echarse a llorar. CiCi podía estar meditando con el dalái lama en el Tíbet, dándolo todo con los Stones en Londres o pintando en su estudio de Tranquility Island, pero siempre se las arreglaba para enterarse de todo.

Ahora duele, y el dolor es real, así que abrazos, tesoro. Pero dentro de unas semanas te darás cuenta de que no es más que otro imbécil.
A por todas y namasté.

Simone no creía que Trent fuera un imbécil (aunque tanto Tish como Mi estaban de acuerdo con CiCi). Tal vez la había echado de su lado, y de una forma cruel, solo porque se negaba a hacerlo con él. Sencillamente no estaba preparada. Además, Tish lo había hecho con su exnovio después del baile de graduación (y dos veces más), y él la había dejado de todos modos.

Lo peor era que Simone todavía quería a Trent y que, en su corazón desesperado de dieciséis años, sabía que no volvería a amar a nadie jamás. A

pesar de que había arrancado las páginas de su diario donde había anotado sus futuros nombres —señora de Trent Woolworth, Simone Knox-Woolworth, S. K. Woolworth—, y de que las había hecho pedazos y las había quemado, junto con todas las fotos que tenía de él, en la hoguera que había encendido en el patio durante una ceremonia de empoderamiento femenino con sus amigas, seguía queriéndolo.

Pero, como había señalado Mi, tenía que continuar viviendo aunque una parte de ella solo quisiera morir, de forma que había dejado que sus amigas la arrastraran al cine.

De todos modos, ya estaba cansada de quedarse enfurruñada en su habitación y no tenía ningunas ganas de dar vueltas por el centro comercial con su madre y su hermana pequeña, así que ganó la opción del cine. Su amiga Mi también ganó, pues le tocaba elegir, y Simone tendría que tragarse un rollo de ciencia ficción llamado *La isla* que Mi estaba deseando ver.

A Tish no le importaba qué escogiera. Como futura actriz, sentía que experimentar con todo tipo de películas y obras de teatro era tanto un deber como una formación previa necesaria para su carrera. Además, Ewan McGregor ocupaba uno de los cinco primeros puestos en la lista de novios de película de Tish.

—Vamos a coger sitio. Quiero un buen sitio.

Mi, pequeña, compacta, con los ojos oscuros e intensos y una espesa mata de pelo negro, recogió sus palomitas —sin mantequilla de mentira—, su bebida y unos M&M de cacahuete, sus favoritos.

Mi había cumplido los diecisiete en mayo, tenía citas esporádicas, ya que por el momento prefería la ciencia a los chicos, y solo se libraba de la etiqueta de empollona debido a su habilidad como gimnasta y a la sólida posición que ocupaba en el equipo de animadoras...

Un equipo capitaneado por desgracia por una tal Tiffany Bryce, ladrona de

novios y zorrón.

—Tengo que ir al baño. —Tish, palomitas con doble de mantequilla de mentira, una Coca-Cola y bombones de menta, pasó sus aperitivos a sus amigas—. Os busco.

—No te entretengas arreglándote —le advirtió Mi—. Una vez que empiece la película tampoco va a verte nadie.

Y además ya estaba perfecta, pensó Simone mientras hacía malabares con las palomitas de Tish de camino a una de las tres salas del Cineplex del centro comercial DownEast.

Tish tenía el pelo largo, sedoso y castaño con reflejos dorados de peluquería, porque su madre, al contrario que la de Simone, no se había quedado estancada en los años cincuenta. Los hoyuelos añadían cierto encanto coqueto al óvalo clásico de su cara —a Simone le encantaba estudiar las caras—, y la verdad es que los hoyuelos salían a coquetear a menudo, ya que Tish siempre encontraba alguna razón por la que sonreír. Simone suponía que ella también sonreiría mucho si fuera alta y tuviera curvas y hoyuelos y los ojos de un azul brillante.

Por si fuera poco, los padres de Tish apoyaban incondicionalmente su ambición de dedicarse a la interpretación. En opinión de Simone, su amiga se había llevado el premio gordo: tenía una apariencia espectacular, personalidad, cerebro y unos padres con una idea clara de qué iba la cosa.

Pero Simone quería a Tish a pesar de todo.

Las tres ya habían hecho planes —de momento en secreto, porque los padres de Simone no tenían idea de qué iba la cosa en absoluto— para pasar en Nueva York el verano después de la graduación.

Tal vez incluso se mudaran allí; sin duda sería más emocionante que Rockpoint, Maine.

Simone imaginaba que una duna de arena en mitad del Sahara sería más

emocionante que Rockpoint, Maine.

Pero ¿Nueva York? Luces brillantes, multitudes.

¡Libertad!

Mi podría hacer medicina en Columbia, Tish podría estudiar interpretación y presentarse a audiciones. Y ella... podría estudiar algo.

Algo que no fuera derecho, como querían aquellos padres suyos que no tenían ni idea. No era de extrañar, aunque sí bastante patético y tópico, pues su padre era un abogado importante.

Ward Knox se llevaría una decepción, pero no quedaba otra.

Quizá estudiara arte y se convirtiera en una artista famosa, como CiCi. Eso sí que desquiciaría a sus padres. Y, como CiCi, aceptaría y rechazaría amantes a su antojo (cuando estuviera lista para hacerlo).

Trent Woolworth se iba a enterar.

—Sal —ordenó Mi al tiempo que le propinaba un codazo.

—¿Qué? Si estoy aquí.

—No, estás en la Zona de Rumia de Simone. Sal, únete al mundo.

Tal vez le gustara estar en la ZRS, pero...

—Es que he de abrir la puerta con el poder de la mente porque tengo las manos ocupadas. Vale, hecho. Ya he vuelto.

—La mente de Simone Knox es algo increíble de contemplar.

—Debo usarla para hacer el bien, y no para derretir a Tiffany hasta reducirla a un charco de baba de zorrón.

—Tampoco es necesario. Su cerebro ya es un charco de baba de zorrón.

Las amigas, pensó Simone, siempre sabían qué decir. Se uniría de nuevo al mundo con Mi —y con Tish, cuando dejara de toquetearse la cara y el pelo, ya perfectos, y volviera— y dejaría atrás la ZRS.

Asistir a un estreno un viernes por la noche implicó que Simone entrara en una sala medio llena ya. Mi consiguió tres asientos justo en el centro; se quedó

con el que estaba más alejado del pasillo para que Simone, aún sensible, ocupara el del medio, y dejó para Tish la butaca contigua al pasillo, pues sus piernas, más largas, lo agradecerían.

Mi se removió en su asiento. Ya había calculado que quedaban seis minutos para que se apagarán las luces.

—Tienes que venir a la fiesta de Allie mañana por la noche.

La ZRS empezó a llamarla.

—No estoy lista para una fiesta, y sabes que Trent estará allí con Tiffany, la del cerebro de baba de zorrón.

—Precisamente por eso, Sim. Si no vienes, todo el mundo pensará que te estás escondiendo, que no lo has superado.

—Es que me estoy escondiendo y no lo he superado.

—Pues por eso —insistió Mi—. No les des esa satisfacción. Tú te vienes con nosotras; Tish irá con Scott, pero es buen tío. Y ponte algo espectacular, deja que Tish te maquille, que se le da muy bien. Y te pones en plan: ¿quién?, ¿qué?, ¿ese? Ya sabes, como que lo tienes superadísimo. Dejas las cosas claras.

Simone sintió que la ZRS tiraba cada vez más de ella.

—No creo que pueda hacerle frente. La actriz es Tish, no yo.

—En el musical de primavera hiciste de Rizzo en *Grease*. Tish estuvo increíble de Sandy, pero tú fuiste una Rizzo igual de alucinante.

—Porque he ido a clases de baile y sé cantar un poco.

—Cantas muy bien y estuviste genial. Sé Rizzo en la fiesta de Allie; ya sabes, segura de ti misma, sexy y a la mierda con todo.

—No sé, Mi.

Aunque casi podía imaginárselo. Y también que Trent, al verla segura de sí misma, sexy y a la mierda con todo, querría volver con ella.

Entonces Tish entró corriendo, se agachó junto a Simone y le agarró la

mano.

—No vas a perder los papeles.

—¿Por qué iba a...? ¡Ay, no, por favor!

—El zorrón se está retocando el brillo de labios, y el imbécil la espera a la puerta del baño como un perrito faldero.

—Mierda. —Mi agarró a Simone del brazo—. A lo mejor van a ver otra película.

—No, vendrán aquí, porque así es mi vida.

Mi le apretó aún más el brazo.

—Ni se te ocurra pensar en irte. Trent te vería y quedarías y te sentirías como una fracasada. No eres ninguna fracasada. Este es tu ensayo general para la fiesta de Allie.

—¿Va a ir? —Los hoyuelos de Tish aparecieron de inmediato, deslumbrantes—. ¿La has convencido?

—Estamos en ello. Tú siéntate. —Mi se volvió lo justo para ver la puerta—. Tienes razón, están entrando. No te muevas —susurró al sentir que el brazo de Simone temblaba bajo su mano—. No les prestes la menor atención. Estamos aquí contigo.

—Aquí mismo, ahora y siempre —recalcó Tish, que apretó la mano a Simone—. Somos... un muro de desdén. ¿Entendido?

Pasaron por su lado: la rubia de la cascada de rizos, que llevaba unos vaqueros cortos y ajustados, y el chico de oro, alto, guapísimo, quarterback de los Wildcats, el equipo de fútbol americano del instituto.

Trent dedicó a Simone esa sonrisa lenta que tiempo atrás le derretía el corazón y acto seguido, de forma deliberada, deslizó la mano por la espalda de Tiffany hasta el trasero y ahí la dejó.

Cuando Trent le susurró algo al oído, Tiffany volvió la cabeza. Esbozó una sonrisa burlona con sus labios perfectos de brillo recién aplicado.

Tenía el corazón roto y Trent había dejado un vacío en su vida, pero Simone seguía pareciéndose demasiado a su abuela para tolerar ese tipo de insulto.

Le devolvió la sonrisa desdeñosa y levantó el dedo corazón. Mi dejó escapar una risita ahogada.

—Bien hecho, Rizzo.

Pese a que se le aceleró el corazón, Simone se obligó a observar a Trent y a Tiffany mientras se sentaban tres filas más adelante y, sin perder un segundo, comenzaban a enrollarse.

—Todos los hombres quieren sexo —dijo Tish sabiamente—. Vale, ¿por qué no iban a querer sexo? Pero cuando es lo único que quieren, no merecen la pena.

—Somos mejores que ella. —Mi pasó a Tish sus bombones de menta y su Coca-Cola—. Porque Tiffany no tiene nada más.

—Tienes razón. —Quizá a Simone le escocieran un poco los ojos, pero el corazón le ardía, y aquella quemadura la estaba sanando. Dio a Tish sus palomitas—. Iré a la fiesta de Allie.

Tish soltó una carcajada deliberadamente socarrona y ruidosa. Lo bastante para que Tiffany diera un respingo. Luego sonrió de oreja a oreja a Simone.

—Seremos las reinas de la fiesta.

Simone se colocó las palomitas entre los muslos y cogió de la mano a sus amigas.

—Os quiero, chicas.

Para cuando terminaron los anuncios, Simone ya había dejado de prestar atención a las siluetas de tres filas más abajo. O casi. Esperaba ponerse a rumiar durante la película —de hecho, planeaba hacerlo—, pero la trama la enganchó. Ewan McGregor era maravilloso, y le gustaba lo fuerte y valiente que parecía Scarlett Johansson.

Sin embargo, quince minutos más tarde se dio cuenta de que debería haber

acompañado a Tish al baño —aunque habría sido un desastre con Tiffany, la del brillo de labios, ahí dentro— o haberse tomado con mucha más calma la Fanta.

Al cabo de veinte minutos, se rindió.

—Tengo que hacer pis —susurró.

—¡Venga ya! —susurró Mi.

—No tardo.

—¿Quieres que te acompañe?

Negó con la cabeza mirando a Tish y le dio las palomitas y la Fanta que le quedaban.

Salió de la fila de butacas arrastrando los pies y remontó el pasillo a toda prisa. Después de girar a la derecha, corrió hacia el baño de mujeres y abrió la puerta de un empujón.

Vacío, sin cola. Aliviada, entró en uno de los cubículos y reflexionó mientras vaciaba la vejiga.

Había gestionado bien la situación. A lo mejor CiCi tenía razón. A lo mejor estaba a punto de darse cuenta de que Trent era un imbécil.

Pero era muy guapo, y tenía esa sonrisa y...

—Da igual —murmuró—. Los imbéciles también pueden ser guapos.

Aun así, pensó en ello mientras se lavaba las manos y se estudiaba en el espejo que había sobre el lavabo.

Ella no tenía los largos rizos rubios de Tiffany, ni sus intensos ojos azules ni su cuerpo de escándalo. Simone era del montón, lo tenía claro.

Una melena castaña del montón en la que su madre no le dejaba darse reflejos. Ya vería cuando cumpliera los dieciocho y pudiera hacer lo que le diese la gana con su pelo. Ojalá no se lo hubiera recogido en una coleta aquella noche, porque de repente eso hizo que se sintiera una cría. Quizá se lo cortara. De punta y con una cresta. Quizá.

La boca demasiado grande, aunque Tish dijera que era sexy, a lo Julia Roberts.

Y los ojos castaños, pero no profundos e intensos como los de Mi, sino castaños sin más, como su asco de pelo. Por descontado, Tish, porque Tish era así, le decía que los tenía de color ámbar.

Pero ámbar no era más que un sinónimo elegante de marrón.

Eso también daba igual. Tal vez fuera una chica del montón, pero no era falsa, al contrario que Tiffany, cuyo pelo también era castaño debajo del tinte.

—Yo no soy falsa —dijo al espejo—. Y Trent Woolworth es un imbécil. Tiffany Bryce es una zorra. Que les den.

Asintió con determinación y salió del baño con la cabeza bien alta.

Pensó que los estallidos (¿petardos?) y los gritos procedían de la película. Se maldijo por haberse entretenido y estar perdiéndose una escena importante y aceleró el paso.

Ya estaba cerca de la puerta de la sala cuando esta se abrió de golpe. El hombre, con los ojos desorbitados, dio un paso tambaleante antes de caer de bruces.

Sangre... ¿aquello era sangre? El hombre arañó la moqueta verde, una moqueta por la que iba extendiéndose el rojo, y a continuación se quedó inmóvil.

Destellos, Simone veía destellos al otro lado de la puerta, que las piernas del hombre mantenían abierta apenas unos centímetros. Explosiones y más explosiones, gritos. Y personas, sombras y siluetas, que caían, corrían, volvían a caer.

Y una figura, oscura en la oscuridad, que ascendía metódicamente fila tras fila.

Simone miró petrificada a la sombra, que se dio la vuelta y disparó por la espalda a una mujer que corría.

Simone se quedó sin respiración. De haber sido capaz de coger aire, lo habría expulsado en forma de grito.

Parte de su cerebro no aceptaba lo que acababa de ver. No podía ser real, tenía que ser como en la película: una simulación. Pero su instinto se activó de golpe e hizo que volviera corriendo al baño y se agazapara detrás de la puerta.

Las manos se negaban a responderle, buscó con torpeza en su bolso, toqueteó con torpeza su teléfono.

Su padre había insistido en que asignara al 911, el teléfono de emergencias, el número uno en la marcación rápida del móvil.

Se le nubló la vista y recuperó el aliento, aunque en jadeos irregulares.

—Nueve uno uno. ¿Cuál es su emergencia?

—Los está matando. Los está matando. ¡Ayuda! Mis amigas. Dios, Dios, Dios. Está disparando a la gente.

Reed Quartermaine odiaba trabajar los fines de semana. Tampoco es que el resto de los días lo apasionara trabajar en el centro comercial, pero quería volver a la universidad en otoño. Y la universidad conllevaba ese pequeño detalle llamado matrícula. Si se le sumaban los libros, el alojamiento y la comida, no quedaba otra que trabajar los fines de semana en el centro comercial.

Sus padres cubrían la mayor parte de los gastos, pero no podían hacer frente a todo. Su hermana empezaría la carrera el año siguiente, y su hermano ya llevaba tres cursos en la American University de Washington D. C.

Reed tenía clarísimo que no quería pasarse la vida como camarero, así que debía ir a la universidad. Y puede que antes de que se pusiera otro birrete y la toga averiguara a qué demonios quería dedicar el resto de su vida.

Pero durante el verano servía mesas e intentaba verle el lado bueno. La

ubicación del restaurante del centro comercial estaba bien, y las propinas no eran malas. Quizá trabajar de camarero en Mangia cinco noches a la semana con turno doble los sábados acabara con su vida social, pero comía bien.

Los cuencos de pasta, las pizzas bien cargadas y los trozos del famoso tiramisú de Mangia no habían añadido mucha carne a su larga y huesuda compleción, pero no porque no lo hubiera intentado.

Tiempo atrás, su padre albergaba la esperanza de que su hijo mediano siguiera sus pasos como estrella del fútbol americano, tal como había hecho el mayor, con gran éxito. Pero la completa falta de habilidad de Reed en el campo de juego y su delgadez frustraron esas esperanzas. Sin embargo, que a los dieciséis años las piernas le midieran ya un metro y que estuviera dispuesto a pasarse todo el maldito día corriendo lo habían convertido en una especie de estrella en el equipo de atletismo, y eso compensaba un poco.

Más tarde su hermana había aliviado la presión con su increíble talento en el campo de fútbol.

Sirvió los primeros de una mesa de cuatro: *insalata mista* para la madre, ñoquis para el padre, palitos de mozzarella para el chico y raviolis fritos para la chica. Coqueteó de manera inocente con la muchacha, que le dedicaba sonrisas largas y tímidas; de manera inocente porque calculaba que tendría unos catorce años y, por tanto, estaba fuera del radar de un universitario a punto de empezar segundo.

Reed sabía tontear de forma inofensiva con las chicas jóvenes, con las mujeres mayores y con casi todas las demás. Las propinas eran importantes y, después de cuatro veranos sirviendo mesas, había perfeccionado su encanto con los clientes.

Cubrió su sección: familias, varias parejas mayores, unas cuantas citas nocturnas de treintañeros. Lo más seguro era que fueran citas de cena y cine, lo que le recordó que podía preguntar a Chaz, el ayudante de encargado de la

tienda de videojuegos GameStop, si quería ir a la última sesión de *La isla* cuando acabaran su turno.

Pasó tarjetas de crédito —hacer la pelota a los de la mesa tres le había granjeado nada más y nada menos que un veinte por ciento de propina—, recogió y puso mesas, entró y salió de aquella cocina de locos y, por fin, llegó la hora de su descanso.

—Dory, me cojo mis diez minutos.

La camarera jefa echó un rápido vistazo a su sección y asintió con la cabeza.

Reed salió por la puerta doble de cristal y se adentró en el caos del viernes por la noche. Se había planteado enviar un mensaje de texto a Chaz y tomarse los diez minutos de descanso en la cocina, pero le apetecía salir. Además, sabía que Angie trabajaba en el quiosco de ropa deportiva los viernes por la noche y que podía dedicar cuatro o cinco de los diez minutos a un coqueteo no tan inofensivo.

Angie tenía un novio intermitente, y lo último que sabía Reed era que habían vuelto a dejarlo. Podía probar suerte y, tal vez, conseguir una cita con alguien cuyo terrible horario coincidía con el suyo.

Gracias a sus largas piernas, avanzaba deprisa entre los compradores, entre los grupitos de chicas adolescentes y los chicos adolescentes que las seguían, en torno a las mamás que empujaban cochecitos o perseguían a niños pequeños, en medio de la incesante música que adormecía el cerebro y que él ya no escuchaba.

Reed tenía una gran mata de pelo negro (cosa de la ascendencia italiana de su madre). Dory no lo pinchaba diciéndole que se cortara el pelo, y su padre por fin se había dado por vencido. Los ojos del chico, de mirada profunda y color verde pálido sobre una piel de tono aceitunado, se iluminaron cuando

vio a Angie en el quiosco. Aminoró, se metió las manos en los bolsillos del pantalón, con aire informal, y se acercó a ella.

—Hola. ¿Qué tal?

Ella le sonrió y puso en blanco sus bonitos ojos marrones.

—Liada. Todo el mundo se va a la playa menos yo.

—Y yo.

Reed se apoyó en el mostrador bajo el cual se exponían las gafas de sol; esperaba tener buen aspecto con aquel uniforme compuesto de camisa blanca, chaleco y pantalones negros.

—Estoy pensando en ir a ver *La isla*, hay una última sesión a las once menos cuarto. Es casi como ir a la playa, ¿no? ¿Te apuntas?

—Uy... No sé. —Angie se toqueteó el pelo, una melena de color rubio playero a juego con el tono dorado de su piel, que, según las sospechas de Reed, obtenía del autobronceador de otro expositor—. La verdad es que me apetece verla.

Sintió un rayo de esperanza y tachó a Chaz de su lista.

—Hay que divertirse un poco, ¿no?

—Sí, pero... es que le he dicho a Misty que quedábamos después de cerrar. Chaz entró de nuevo en la lista.

—No pasa nada. Iba a ver si Chaz quería venir. Podríamos ir los cuatro.

—A lo mejor. —De nuevo aquella sonrisa—. Sí, tal vez. Le pregunto a Misty.

—Genial. Me voy a ver a Chaz. —Se apartó para dejar más espacio a la mujer que esperaba pacientemente mientras su hija, que también rondaba los catorce años, se probaba medio millón de gafas de sol—. Mándame un mensaje con lo que sea.

—Si pudiera llevarme dos pares —comentó la niña, que miraba cómo le

quedaban unas gafas espejadas con los cristales de color azul—, tendría uno de repuesto.

—Solo unas, Natalie. Estas son las de repuesto.

—Luego te escribo —murmuró Angie, y acto seguido activó el modo trabajo—. Esas te quedan muy bien.

—¿En serio?

—Sí, de verdad —oyó Reed que respondía mientras se alejaba.

Aceleró el paso, tenía que recuperar el tiempo.

GameStop estaba llena del montón de frikis y flipados habitual y, acompañando a los frikis y flipados más jóvenes, de padres de ojos vidriosos que trataban de sacarlos de allí.

Los monitores permitían probar distintos videojuegos: los que eran para todos los públicos en las pantallas de la pared y los menos amables en portátiles individuales. Estos últimos solo podían probarlos los mayores de dieciocho años o los menores bajo la supervisión parental.

Localizó a Chaz, rey de los frikis; estaba explicando un juego a una mujer de expresión confundida.

—Si a su hijo le van los juegos de estilo militar, estrategia y aventuras, este le encantará. —Chaz se subió las gafas de culo de vaso por el puente de la nariz—. Salió hace solo un par de semanas.

—Parece tan... violento. ¿Es apropiado?

—Ha dicho que cumple dieciséis años. —Le hizo un gesto con la cabeza a Reed—. Y que le gusta la serie *Splinter Cell*. Si esos se le dan bien, este también.

La mujer suspiró.

—Supongo que a los chicos siempre les gustará jugar a la guerra. Me lo llevo, gracias.

—La llamarán de la caja registradora cuando llegue su turno. Gracias por

comprar en GameStop. No puedo hablar, tío —dijo a Reed cuando la clienta se marchó—. Estoy hasta arriba.

—Treinta segundos. Última sesión, *La isla*.

—Me apetece un montón. Somos clones, chaval.

—Genial. Tengo a Angie casi en el bote, pero quiere traerse a Misty.

—Vaya, bueno, yo...

—No me falles, tío. Es lo más cerca que he estado de sacarle una cita.

—Sí, pero Misty da un poco de miedo. Y... ¿tengo que pagarle la entrada?

—No es una cita. Estoy intentando convertirlo en una cita, pero para mí, no para ti. Tú eres mi compinche, y Misty, la de Angie. Clones —le recordó.

—Vale. Supongo. Madre mía. No tenía pensado...

—Estupendo —dijo Reed antes de que Chaz cambiara de opinión—. Tengo que largarme. Nos vemos allí.

Salió corriendo. ¡Iba a ocurrir! Una salida en grupo podía allanarle el camino para pasar un rato a solas con ella, y eso abría la puerta a la posibilidad de algo de roce.

No le iría mal algo de roce. Pero le quedaban tres minutos para volver a Mangia o Dory lo mataría.

Había echado a correr cuando oyó lo que parecían petardos o una serie de explosiones de tubo de escape. Le recordaron a los juegos de disparar de GameStop. Más sorprendido que alarmado, miró hacia atrás.

Entonces comenzaron los gritos. Y el estruendo.

Y se dio cuenta de que no procedían de detrás de él, sino de más adelante. El estruendo eran docenas de personas que corrían. Saltó a un lado para esquivar a una mujer que corría hacia él a toda velocidad empujando un cochecito con un crío que lloraba a pleno pulmón.

¿Era sangre lo que tenía en la cara?

—¿Qué...?

La madre siguió corriendo, con la boca abierta en un grito silencioso.

Tras ella se acercaba una avalancha. Una estampida de gente que pisoteaba bolsas de compras abandonadas, que tropezaba con ellas y con los que se caían.

Un hombre resbaló, las gafas le salieron disparadas y acabaron aplastadas bajo el pie de alguien. Reed lo agarró del brazo.

—¿Qué está pasando?

—Tiene un arma. Ha disparado, ha disparado...

El hombre se puso de pie y corrió todo lo que le permitía la cojera. Un par de chicas adolescentes entraron a toda prisa, llorando y gritando, en una tienda que había a su izquierda.

Y entonces Reed se dio cuenta de que el ruido —disparos— no procedía solo de delante de él, sino también de detrás. Pensó en Chaz, a un esprint de treinta segundos a su espalda, y en la familia del restaurante, al doble de tiempo en sentido contrario.

—Escóndete, tío —murmuró a Chaz—. Busca un lugar donde esconderte.

Y echó a correr hacia el restaurante.

Los estallidos y las explosiones no cesaban, y para entonces parecían llegar desde todas partes. Los cristales se resquebrajaban y se hacían añicos, una mujer con una pierna ensangrentada se acurrucó debajo de un banco; gemía. Reed oyó más alaridos y, lo que era peor, cómo se interrumpían de golpe, como cuando una grabación se corta.

Entonces vio que el niño de los pantalones cortos de color rojo y la camiseta de Barrio Sésamo se tambaleaba como un borracho ante la puerta de Abercrombie & Fitch.

El escaparate explotó. La gente se dispersó, se lanzó en busca de cobijo y el niño cayó al suelo llamando a su madre a gritos.

Al otro lado del centro comercial, Reed vio a un tirador —¿un chico?— que

se reía mientras disparaba, disparaba, disparaba. En el suelo, el cuerpo de un hombre se sacudía cada vez que recibía un impacto de bala.

Reed cogió al niño de la camiseta de Barrio Sésamo al pasar corriendo y se lo metió debajo del brazo como si fuera el balón de fútbol que nunca había sido capaz de manejar.

Los disparos —y nunca, jamás, olvidaría cómo sonaban— se acercaban. Por delante y por detrás. Por todas partes.

No conseguiría llegar a Mangia con el niño a cuestas. De forma instintiva, cambió de dirección y se lanzó de cabeza hacia el quiosco.

Angie, la chica con la que había tonteado cinco minutos antes, hacía una vida entera, yacía en el suelo en medio de un charco de sangre. Sus bonitos ojos castaños lo miraban fijamente mientras el niño que llevaba bajo el brazo berreaba.

—Ay, Dios, madre mía. Ay, Dios, ay, Dios.

Los disparos no cesaban, no cesaban.

—Vale, vale, estás bien. ¿Cómo te llamas? Yo soy Reed, ¿tú cómo te llamas?

—Brady. ¡Quiero a mi mamá!

—Vale, Brady, la encontraremos dentro de un minuto, pero ahora tenemos que estar muy callados. ¡Brady! ¿Cuántos años tienes?

—Estos. —El niño levantó cuatro dedos mientras unas lágrimas como puños le resbalaban por las mejillas.

—Ya eres un chico grande, ¿eh? Tenemos que estar callados. Hay unos tipos malos. ¿Sabes que existen los malos?

Con el rostro anegado de lágrimas y mocos, y los ojos como platos a causa del miedo, Brady asintió.

—Vamos a estar callados para que los malos no nos encuentren. Y voy a llamar a los buenos. A la policía.

Hizo todo lo que pudo para evitar que el niño viera a Angie y para impedir que su propio cerebro se centrara en ella; en ella y en su muerte.

Abrió una de las puertas correderas del armario de almacenaje y sacó la mercancía.

—Métete aquí, ¿vale? Es como si estuviéramos jugando al escondite. Yo no me muevo de aquí, pero tú métete ahí mientras llamo a los buenos.

Ayudó al niño a esconderse, sacó el teléfono y entonces se dio cuenta de lo mucho que le temblaban las manos.

—Nueve uno uno, ¿cuál es su emergencia?

—Centro comercial DownEast —comenzó.

—La policía está en ello. ¿Estás en el centro comercial?

—Sí. Tengo a un niño conmigo. Lo he metido en el armario del quiosco de ropa deportiva. Angie, la chica que trabajaba aquí... está muerta. Está muerta. Dios. Hay al menos dos tiradores.

—¿Puedes decirme tu nombre?

—Reed Quartermaine.

—Bien, Reed, ¿crees que estás a salvo donde estás?

—Joder, ¿está de coña?

—Lo siento. Estás en un quiosco, así que al menos estás algo cubierto. Te aconsejo que te quedes donde estás, que busques refugio en el interior en lugar de intentar salir del edificio. ¿Hay un niño contigo?

—Me ha dicho que se llama Brady y que tiene cuatro años. Se había separado de su madre. No sé si ella... —Miró a su alrededor, vio que Brady se había hecho un ovillo, que tenía los ojos vidriosos y se chupaba el dedo—. Creo que está, ya sabe, en estado de shock o algo así.

—Trata de mantener la calma, Reed, y no hagas ruido. La policía ya está en el lugar de los hechos.

—Siguen disparando. No paran de disparar. Y se ríe. Lo he oído reírse.

—¿Quién se reía, Reed?

—Estaba disparando, el cristal ha estallado, había un hombre en el suelo, y él no paraba de dispararle y de reírse. Dios mío.

Oyó gritos, no los chillidos de antes, sino una especie de grito de guerra. Algo tribal y triunfante. Y más disparos, pero entonces...

—Ha parado. El tiroteo ha parado.

—Quédate donde estás, Reed. Irán a ayudarte. Quédate donde estás.

Reed se volvió hacia Brady. La mirada de ojos vidriosos del niño se cruzó con la suya.

—Mami —dijo el crío.

—Iremos a buscarla enseguida. Ya vienen los buenos. Ya vienen.

Aquella fue la peor parte, pensaría después. La espera... con el olor de la pólvora que abrasaba el aire, los gritos de ayuda, los gemidos y los sollozos. Y ver en sus propios zapatos la sangre de la chica a la que ya nunca llevaría al cine.

A las 19.25 del 22 de julio, la agente Essie McVee terminó el informe *in situ* sobre un topetazo sin importancia en el aparcamiento del centro comercial DownEast.

No había habido lesiones y los daños eran mínimos, pero el conductor del Lexus se había puesto bastante agresivo con el trío de universitarias del Mustang descapotable.

Aunque estaba claro que la culpa era del Mustang —la sollozante conductora de veinte años lo había reconocido— por salir de la plaza de aparcamiento marcha atrás y sin mirar, el pez gordo del Lexus y su abochornada cita habían bebido —también estaba claro— unas cuantas copas de más.

Essie dejó que su compañero se encargara del Lexus, pues sabía que Barry recurriría al viejo tópico de las mujeres al volante. No se lo tendría en cuenta, pues también sabía que Barry denunciaría a aquel tipo por conducir bajo los efectos del alcohol.

Ella calmó a las chicas, tomó declaraciones y datos, y puso la multa. Al del Lexus no le sentó bien la denuncia —ni que Barry le pidiera un taxi—, pero su compañero lo gestionó con su habitual «Ya vale».

Cuando la radio crepitó, Essie aguzó el oído. Los cuatro años que llevaba en el puesto no impedían que se le saltara el corazón cada vez que ocurría eso.

Se acercó a Barry y, por la expresión de su cara, advirtió que él también había aguzado el oído. Volvió la cabeza hacia su micro.

—Unidad cuatro-cinco en el lugar de los hechos. Estamos justo en la puerta del cine.

Barry abrió el maletero y le arrojó un chaleco.

Con la boca más seca que el desierto, Essie se lo puso y revisó su arma; nunca la había disparado fuera del campo de tiro.

—Vienen refuerzos, están a tres minutos. Los de operaciones especiales se están movilizandoo. Madre mía, Barry.

—No podemos esperar.

Essie sabía lo que tenían que hacer, estaba entrenada para aquellos casos, aunque en realidad siempre había pensado que no lo necesitaría. «Tirador activo» quería decir que hasta el último segundo contaba.

Corrió junto a Barry hacia las amplias puertas de cristal.

Essie conocía el centro comercial y se preguntó qué giro del destino los había puesto a ella y a su compañero a segundos de distancia de la entrada del cine.

No se preguntó si volvería a casa para alimentar a su viejo gato o para terminar el libro que había empezado. No podía preguntarse eso.

Localizar, detener, distraer, neutralizar.

Reprodujo la escena mentalmente antes de llegar a las puertas.

El vestíbulo del cine se abre a la zona de tiendas, hay que girar a la derecha hacia la taquilla, avanzar en dirección al puesto de palomitas, doblar a la izquierda hacia el pasillo de las tres salas. El nueve uno uno ha informado de un tirador en la sala uno, la mayor de las tres.

Essie miró por el cristal, entró y giró a la izquierda mientras Barry viraba a la derecha. Oyó la música ambiental del centro comercial, el ruido sordo de los compradores.

Los dos tipos del puesto de palomitas miraron boquiabiertos al par de policías con las armas desenfundadas. Ambos levantaron las manos de

inmediato. El refresco gigante que sujetaba el de la de la izquierda chocó contra el mostrador y salpicó.

—¿Hay alguien más aquí? —preguntó Barry.

—Solo Julie, en el guardarropa.

—Id a por ella y salid. ¡Ya! ¡Vamos, vamos!

Uno de los chicos se precipitó hacia una puerta situada detrás del mostrador. El otro se puso de pie, con las manos en alto, tartamudeando aún:

—¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?

—¡Largo!

Se largó.

Essie giró a la izquierda, comprobó que la esquina estuviera despejada, vio el cuerpo que yacía boca abajo ante la puerta de la sala uno y el rastro de sangre detrás.

—Tenemos un cuerpo —comunicó a la central, y siguió avanzando.

Despacio, con cuidado. Dejó atrás las risas de la sala a su derecha y se dirigió a los sonidos que presionaban la puerta de la sala uno.

Disparos, gritos.

Intercambió una mirada con Barry y pasó por encima del cuerpo. Su compañero hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y Essie pensó: Allá vamos.

Cuando abrieron las puertas de la sala, los ruidos de la violencia y el miedo inundaron el exterior, y la tenue luz del pasillo se filtró en la oscuridad.

Essie vio al tirador: varón, chaleco antibalas, casco, gafas de visión nocturna, un rifle de asalto en una mano y una pistola en la otra.

Durante el breve instante que la agente tardó en captar esos detalles, él disparó por la espalda a un hombre que corría hacia la salida lateral.

Luego apuntó con el rifle a las puertas de la sala y abrió fuego.

Essie se lanzó a cubierto tras la pared del fondo y vio que el impacto que

recibía Barry en el chaleco lo arrojaba de espaldas al suelo.

Al pecho no, se dijo a sí misma cuando la invadió la adrenalina, al pecho no, porque, como Barry, el tirador llevaba chaleco.

Inspiró tres veces, rápidamente, salió de su escondite y, asustada, vio que el hombre enfilaba el pasillo en dirección a ella.

Essie disparó bajo (caderas, entrepierna, piernas y tobillos) y siguió disparando aun cuando el hombre ya estaba en el suelo.

Tuvo que reprimir el impulso de ir a atender a su compañero, se obligó a acercarse al tirador.

—Tirador abatido. —Sin dejar de apuntar al atacante con el arma, Essie le quitó la pistola de la mano y plantó un pie sobre el rifle, que se le había escapado—. Agente abatido. Mi compañero ha recibido un disparo. Necesitamos un médico. Dios, hay múltiples víctimas por arma de fuego. Necesitamos ayuda ya. Necesitamos ayuda.

—Tenemos informes de que hay otro tirador activo, tal vez dos o más, en el área del centro comercial. ¿Confirma la caída de un tirador?

—Ha caído. —Essie escudriñó la parte inferior del cuerpo del hombre, aquella masa de sangre—. No va a levantarse.

No había terminado de decirlo cuando la respiración áspera y rápida del tirador se detuvo.

Tenía un grano en la barbilla. Essie se quedó mirándolo hasta que logró levantar la cabeza, hasta que fue capaz de enfrentarse a lo que había hecho el tirador.

Cuerpos desperdigados por el pasillo, desplomados en los asientos, acurrucados en los estrechos huecos entre las filas, donde habían caído o intentado esconderse.

Essie no olvidaría aquello nunca.

Cuando una brigada irrumpió por las puertas de la sala, ella alzó la mano.

—Agente McVee. El tirador ha sido neutralizado. Mi compañero.

Mientras hablaba, Barry tosió, gimió. Essie hizo ademán de enderezarse desde su posición, acuclillada, pero se mareó un poco y estuvo a punto de caerse.

—¿Estás herida, McVee?

—No. No, solo... No. —Se recompuso y se acercó a Barry.

—La próxima vez que me queje del calor que dan y de lo que pesan estos chalecos, dame una colleja —susurró él, jadeante—. Joder, cómo duele.

Essie tragó bilis y agarró a Barry de la mano.

—Te habría dolido más sin él.

—Lo has abatido, Essie. Has abatido a ese cabrón.

—Sí. —Tuvo que tragar de nuevo, con esfuerzo, pero asintió—. Creo que es un crío. Y, Barry, no está solo.

Entraron más policías y los servicios de emergencias médicas. Mientras nuevas unidades policiales irrumpían a toda prisa por las demás puertas del centro comercial en busca del otro tirador (o tiradores), Essie y Barry fueron a comprobar que los baños, el almacén y el guardarropa del cine estuvieran despejados.

—Necesitas atención médica —dijo Essie a su compañero cuando se acercaban al baño de señoras.

—Iré más tarde. La que llamó al nueve uno uno. —Señaló la puerta del baño con la cabeza.

Essie la abrió de golpe, barrió la estancia con el arma y atisbó su propia cara en los espejos de encima del lavabo. Su palidez era enfermiza, pero ese tono era mejor que el gris que asomaba a la piel marrón oscuro de Barry.

—Somos de la policía —gritó Essie—. ¿Simone Knox? Somos policías.

La única respuesta fue el silencio.

—Tal vez haya salido.

Todas las puertas de los cubículos se hallaban abiertas, aunque una de ellas apenas una rendija.

—Simone —repitió Essie mientras caminaba hacia ella—, soy la agente McVee de la policía de Rockpoint. Ya estás a salvo.

Abrió la puerta y vio a la muchacha en cuclillas encima del inodoro y con las manos apretadas contra los oídos.

—Simone. —Essie se agachó y le puso una mano en la rodilla—. Ya pasó todo, estás bien.

—Están gritando. Los está matando. A Tish, a Mi, a mi madre, a mi hermana.

—Ya ha llegado ayuda. Las encontraremos. Vamos a sacarte de aquí, ¿vale? Has sido muy inteligente. Esta noche, al pedir ayuda, has salvado vidas, Simone.

La chica levantó la vista; sus enormes ojos castaños llenos de lágrimas y miedo.

—Me he quedado sin batería. Se me olvidó cargar el móvil y se ha quedado sin batería. Así que me he escondido aquí.

—Está bien, no pasa nada. Ahora ven conmigo. Soy la agente McVee. Este es el agente Simpson.

—El hombre, el hombre ha salido corriendo y se ha caído. La sangre. He visto... He... Tish y Mi están en la sala. Mi madre y mi hermana están de compras.

—Las encontraremos. —Le pasó un brazo por los hombros y la ayudó a bajar del inodoro y a salir del cubículo—. Tú te irás con el agente Simpson, y yo iré a buscar a tu madre, a tu hermana y a tus amigas.

—Essie.

—Estás herido, Barry. Llévate a la niña. Haz que la vea un médico.

Essie acompañó a la chica por el pasillo hasta dejar atrás las salas de cine.

El informe de la situación transmitido por radio indicaba que habían caído otros dos tiradores. La agente esperaba que no hubiera más, pero tenía que asegurarse.

No obstante, cuando Barry se hizo cargo de Simone y la guio hacia las puertas de cristal y las luces destellantes de los coches de policía y las ambulancias, la chica se detuvo y miró a Essie directamente a los ojos.

—Tulip y Natalie Knox. Mi-Hi Jung y Tish Olsen. Tiene que encontrarlas. Por favor. Por favor, encuéntrelas.

—Entendido. Me ocuparé de ello.

Essie echó a andar en sentido contrario. Ya no oía disparos y, gracias a Dios, habían apagado el hilo musical. Su radio crujía informando de zonas despejadas y de peticiones de ayuda médica.

Dejó de caminar y contempló aquel centro comercial al que había ido de compras, a pasear y a comer desde que tenía memoria.

Conmocionada, pensó que tardarían en recoger los cadáveres, en atender y trasladar a los heridos y en tomar declaración a los que habían salido ilesos... ilesos físicamente, se corrigió. Dudaba que nadie que sobreviviera a aquella noche fuera a salir indemne.

Para entonces los paramédicos entraban en tropel, pero había muchísimas personas a las que ya no podían ayudar.

Una mujer con el brazo ensangrentado mecía en su regazo a un hombre al que ya era imposible ayudar. Había un chico con una camiseta de los Red Sox tumbado boca abajo, y Essie atisbó materia gris en la herida que presentaba en la cabeza. Una chica de poco más de veinte años se hallaba sentada en el suelo delante de Starbucks, llorando y con el delantal salpicado de sangre.

Vio una zapatilla pequeña, rosa, y aunque rezó por que la niña que la había perdido estuviera a salvo, se le encogió el corazón.

También vio a un joven —no debía de tener mucho más de veinte años—

que salía tambaleándose de GameStop. Llevaba las gruesas gafas torcidas sobre unos ojos de mirada tan aturdida como la de un sonámbulo.

—¿Se ha acabado? —le preguntó el chico—. ¿Se ha acabado?

—¿Estás herido?

—No. Me he dado un golpe en el codo. Yo... —Aquella mirada revoloteó sobre ella y después sobre los que sangraban, sobre los muertos—. Dios mío, Dios mío. En la... en la trastienda. Tengo gente en la trastienda. Como nos dijeron que hiciéramos si... Están en la trastienda.

—Espera un minuto. —Essie se dio la vuelta para usar la radio, para preguntar si podía guiar a un grupo hasta el exterior y hasta qué punto de control—. ¿Cómo te llamas? —preguntó al chico.

—Chaz Bergman. Soy más o menos el encargado del turno esta noche.

—Bien, Chaz, lo has hecho bien. Ahora vamos a sacar a esa gente. Fuera hay policías que os tomarán declaración, pero antes hay que sacaros a todos de aquí.

—Tengo un amigo. Reed, Reed Quartermaine. Trabaja en el restaurante Mangia. ¿Puede encontrarlo?

—Lo encontraré.

Essie lo añadió a su lista.

—¿Se ha acabado? —preguntó Chaz de nuevo.

—Sí —contestó ella, aun a sabiendas de que era mentira.

Para los afectados por la violencia de ese día, aquello no acabaría nunca.

Reed llevaba a Brady en la cadera cuando vio a algunos compañeros del Mangia. Varios estaban sentados en la acera, abrazados unos a otros. Rosie, todavía ataviada con el delantal de cocinera, se tapaba la cara con las manos.

«Cómete esa pasta —le decía siempre—. Engorda un poco, flacucho.»

—Estás bien, estás bien. —Reed cerró los ojos al tiempo que se agachaba hacia ella.

La mujer se levantó de un salto y lo abrazó.

—No estás herido.

Rosie le sujetó la cara entre las manos y el chico negó con la cabeza.

—¿Están todos bien?

Rosie dejó escapar un sonido como algo que se desgarró.

—Ha entrado y... —se interrumpió al fijarse en el niño que sostenía Reed—. Luego lo hablamos. ¿Quién es este chico tan guapo?

—Este es Brady. —No todos estaban bien, se dijo Reed—. Hemos... Bueno, hemos pasado un rato juntos. Tengo que ayudarlo a encontrar a su madre.

Y llamar a la suya, pensó Reed. Le había enviado un mensaje desde dentro para decirle que estaba bien, que no se preocupara. Pero tenía que llamar a casa.

—Han venido los buenos. Me lo ha dicho Reed.

—Sí, están aquí.

Rosie forzó una sonrisa empapada de lágrimas.

—Quiero a mi mamá.

—Voy a pedir ayuda a uno de los policías. —Reed se irguió de nuevo y se acercó a una policía, pensó que Brady quizá aceptara ir con una mujer—. ¿Agente? ¿Puede ayudarme? Este es Brady, y no encuentra a su madre.

—Hola, Brady. ¿Cómo se llama tu madre?

—Mami.

—¿Cómo la llama tu papá?

—Cariño.

Essie sonrió.

—Seguro que tiene otro nombre.

—Lisa Cariño.

—Vale, ¿y cuál es tu nombre completo?

—Soy Brady Michael Foster. Tengo cuatro años. Mi papá es bombero y tengo un perro que se llama Mac.

—Bombero, ¿y cómo se llama él?

—Michael Cariño.

—Vale. Espera un segundo.

Los bomberos habían sido de los primeros en llegar a la zona, así que Essie localizó a uno.

—Necesito a un tal Michael Foster. Tengo a su hijo.

—Foster es uno de los míos. ¿Tienes a Brady? ¿Está herido?

—No.

—Su madre va de camino al hospital. Dos disparos en la espalda, ¡no me jodas! Foster está buscando al crío. No sabía que estaban aquí hasta que nuestros paramédicos han encontrado a Lisa. —Se pasó las manos por la cara —. No sé si sobrevivirá. Aquí viene Foster.

Essie vio al hombre, que se abrió paso a toda velocidad por la multitud conmocionada. Era de constitución compacta y tenía el cabello castaño y muy corto. Su cuerpo subió, bajó y finalmente cambió de dirección para correr hacia su hijo.

En los brazos de Reed, Brady soltó un chillido.

—¡Papá!

Michael cogió a su hijo, lo abrazó, lo llenó de besos, en la cabeza, en la cara.

—Brady, gracias a Dios, gracias a Dios. ¿Estás herido? ¿Te han hecho daño?

—Mamá se ha caído y no la encontraba. Reed me ha encontrado y me ha dicho que teníamos que estar muy callados y esperar a los buenos. Me he

quedado muy callado, como me ha dicho, incluso cuando me ha metido en el armario.

A Michael se le llenaron los ojos de lágrimas cuando miró a Reed.

—¿Tú eres Reed?

—Sí, señor.

Michael alargó una mano de inmediato y tomó la de Reed.

—Nunca podré agradecértelo lo suficiente. Tengo cosas que decirte, pero...

—Se interrumpió cuando la cabeza se le despejó lo suficiente para fijarse en la sangre de los pantalones y los zapatos de Reed—. Estás herido.

—No. No creo... No es mía. No es... —Se quedó sin palabras.

—Vale. Está bien, Reed. Escucha, tengo que sacar a Brady de aquí. ¿Necesitas ayuda?

—Tengo que encontrar a Chaz. No sé si está bien. Tengo que encontrarlo.

—Espera.

Michael se colocó a Brady en la cadera y sacó su radio.

—Quiero a mamá.

—Claro, campeón, pero vamos a ayudar a Reed.

Mientras Michael hablaba por la radio, Reed miró alrededor. Había muchísimas luces, todo era brillante y borroso. Demasiado ruido. Palabras, gritos, lloros. Vio a un hombre que gemía, que sangraba, tumbado en una camilla que cargaban en una ambulancia. Una mujer con un solo zapato y un lento reguero de sangre que se deslizaba por su mejilla caminaba en círculos cojeando y llamando a Judy, hasta que alguien de uniforme se la llevó.

Había una chica con una larga coleta castaña sentada en la acera hablando con un agente de policía. La muchacha no paraba de negar con la cabeza, y sus ojos —del color de un tigre— brillaban bajo las luces, que giraban como remolinos.

Reed vio furgonetas de la televisión y más luces brillantes detrás de la cinta

policial amarilla. La gente se agolpaba detrás del precinto; algunos repetían nombres a gritos.

Y de pronto, como un mazazo, cayó en la cuenta: algunos de los nombres que gritaban nunca responderían.

Comenzó a temblar de dentro hacia fuera. Tripas, entrañas, corazón. Empezaron a zumbarle los oídos y se le nubló la vista.

—Eh, Reed, ¿por qué no te sientas un minuto? Voy a preguntar por tu amigo.

—No, tengo que... —Vio que Chaz salía con un grupo de gente, escoltado por policías—. Dios. Dios. ¡Chaz!

Gritó su nombre, igual que una de las personas situadas detrás del precinto policial, y echó a correr.

En la acera, Simone esperaba a sentir las piernas de nuevo. A volver a sentirlo todo. Se le había adormecido el organismo, como si le hubieran inyectado una dosis de cuerpo entero de novocaína.

—Tu madre y tu hermana están bien.

Oyó las palabras de la agente McVee, intentó sentir las.

—¿Dónde están? ¿Dónde están?

—Van a sacarlas pronto. Tu madre tiene unas cuantas heridas leves. Leves, Simone. Está bien. Se han metido en una tienda, se han puesto a salvo. Tu madre presenta algunos cortes por los cristales que han volado por los aires y se ha dado un golpe en la cabeza. Pero está bien, ¿de acuerdo?

Simone solo podía negar con la cabeza.

—Mamá se ha dado un golpe en la cabeza.

—Pero se pondrá bien. Se han puesto a salvo y saldrán pronto.

—Mi, Tish.

Lo supo, lo supo por la forma en que la agente McVee le rodeó los hombros

con un brazo. En realidad no sintió el brazo, solo su peso.

El peso.

—Mi está de camino al hospital. Van a cuidar muy bien de ella, harán todo lo que puedan.

—Mi. ¿Él le ha disparado? —Su voz se agudizó, le hirió sus propios oídos —. ¿Le ha disparado?

—Va al hospital, allí la están esperando para cuidar de ella.

—Tenía que hacer pis. Yo no estaba. Tenía que hacer pis. Tish sí estaba. ¿Dónde está Tish?

—Tenemos que esperar hasta que salgan todos, hasta que identifiquen a todo el mundo.

Simone seguía negando con la cabeza.

—No, no, no. Estaban sentadas juntas. Yo tenía que hacer pis. Ha disparado a Mi. Él le ha disparado. Tish. Estaban juntas.

Miró a Essie y lo supo. Y saberlo hizo que sintiera de nuevo. Que lo sintiera todo.

Reed envolvió a Chaz en un abrazo de oso y sintió que al menos parte del mundo volvía a estar bien. Se aferraron el uno al otro delante de la chica de la larga coleta castaña y los ojos de tigre.

Cuando la muchacha dejó escapar un gemido lastimero y sin palabras, Reed apoyó la cabeza en el hombro de Chaz.

Sabía que dentro de aquel lamento había un nombre que nunca volvería a responder.

No consiguieron convencerla de que se fuera a casa. A su alrededor todo

estaba confuso y revuelto, pero sabía que se encontraba sentada en una silla de plástico duro de la sala de espera de un hospital. Tenía una Coca-Cola en la mano.

Su hermana y su padre estaban sentados con ella. Natalie se había acurrucado junto a su padre, pero Simone no quería que la abrazaran ni que la tocaran.

No sabía cuánto tiempo llevaban esperando. ¿Mucho? ¿Cinco minutos?

Había más personas esperando.

Oía números, números distintos.

Tres tiradores. Ochenta y seis heridos. A veces el número de heridos subía, a veces bajaba.

Treinta y seis muertos. Cincuenta y ocho.

Números cambiantes, siempre cambiantes.

Tish estaba muerta. Eso no cambiaría.

Tenían que esperar en esas sillas duras mientras alguien extraía cristales de la cabeza a su madre y le curaba los cortes de la cara.

Simone tenía grabada una imagen de ese rostro, de todas aquellas pequeñas muescas y de la cara pálida, palidísima, bajo el maquillaje. Del pelo rubio de su madre, siempre perfecto, ensangrentado y enredado.

La habían sacado en una de esas camillas con ruedas, con Natalie agarrada a su mano y llorando.

Natalie no estaba herida porque su madre la había empujado hacia la tienda antes de caerse. Después Natalie había tirado de ella para arrastrarla hacia el interior, hasta meterla detrás de un mostrador en el que se exponían camisetas de verano.

Natalie era valiente. Simone le diría que era valiente cuando pudiera volver a hablar.

Pero en ese momento debían sacarle los cristales a su madre, y examinarla,

porque se había dado un golpe en la cabeza y había perdido el conocimiento durante un par de minutos.

Conmoción cerebral.

Sabía que Natalie quería irse a casa porque su padre no paraba de decirle que su madre iba a ponerse bien y que saldría pronto y se irían a casa.

Pero Simone no pensaba marcharse, y no podrían obligarla.

Tish estaba muerta, Mi estaba en el quirófano, y a ella no podrían obligarla.

Sujetaba la lata de Coca-Cola con ambas manos para que su padre no volviera a agarrárselas. No quería que nadie la cogiera de la mano ni la abrazara. Todavía no. Tal vez nunca más.

Solo necesitaba esperar en la silla de plástico duro.

El médico salió primero, y su padre se puso de pie enseguida.

Papá es muy alto, pensó Simone con aire distraído, muy alto y muy guapo. Seguía llevando el traje y la corbata del trabajo, porque acababa de volver a casa tras una cena de negocios cuando puso las noticias.

Entonces cogió el coche y se fue directo al centro comercial.

El médico dio instrucciones a su padre. Conmoción leve, algunos puntos.

Cuando salió su madre, Simone se levantó tambaleante. Hasta entonces no había entendido que la asustaba que en realidad su madre no estuviera bien.

Su madre estaría como Mi, o peor, como Tish.

Pero su madre entró en la sala de espera. Llevaba aquellas vendas raras en un par de sitios de la cara, pero ya no tenía el aspecto pálido, palidísimo, de antes. El aspecto que Simone imaginaba que tenían los muertos.

Natalie se levantó de un salto y rodeó a su madre con los brazos.

—Aquí está mi niña valiente —murmuró Tulip—. Mis niñas valientes —dijo al tiempo que tendía una mano a Simone.

Y por fin Simone quiso que la tocaran, abrazar y que la abrazaran.

Con Natalie en medio, Simone estrechó a su madre entre sus brazos.

—Estoy bien, es solo un golpe en la cabeza. Llémonos a las niñas a casa, Ward.

Simone oyó las lágrimas en la voz de su madre y se aferró a ella con más fuerza durante un instante más. Y cerró los ojos cuando su padre las abrazó a las tres.

—Iré por el coche.

Simone se apartó.

—Yo no me voy. No voy a irme a casa ahora.

—Cariño...

Pero Simone negó con la cabeza de forma implacable y se alejó un paso más del rostro agotado de su madre, con sus cortes y sus vendas.

—No me voy. Mi... Están operando a Mi. No me voy.

—Cariño —volvió a intentar Tulip—, aquí no puedes hacer nada, y...

—Puedo estar aquí.

—Nat, ¿recuerdas dónde hemos aparcado el coche?

—Sí, papá, pero...

—Acompaña a mamá. —Pasó la llave a Natalie—. Id las dos al coche y dadnos un minuto a Simone y a mí.

—Ward, las niñas necesitan estar en casa. Tienen que salir de aquí.

—Id al coche —repitió él mientras Simone volvía a sentarse con los brazos cruzados, una imagen de tristeza desafiante.

Dio un beso en la mejilla a su esposa, murmuró algo y luego fue a sentarse junto a Simone.

—Sé que tienes miedo. Todos lo tenemos.

—Tú no estabas allí.

—Ya, lo sé. —La joven captó la tristeza de la voz de su padre pero hizo caso omiso. La rechazó—. Simone, siento muchísimo lo de Tish. Siento muchísimo lo de Mi. Te prometo que pediremos información sobre Mi desde

casa y que mañana te traeré a verla. Pero tu madre necesita irse a casa, y Natalie también.

—Llévalas.

—No puedo dejarte aquí.

—Tengo que quedarme. Las he dejado solas. Las he dejado solas.

Ward la atrajo hacia sí. Simone se resistió, trató de zafarse, pero su padre era más fuerte y la abrazó hasta que se derrumbó.

—Siento muchísimo lo de Tish y Mi —repitió—. Y estaré agradecido durante el resto de mi vida por que tú no estuvieras en la sala en ese momento. Ahora tengo que cuidar de tu madre y de tu hermana. Tengo que cuidar de ti.

—No puedo dejar sola a Mi. No puedo, no puedo. Por favor, no intentes obligarme.

Ward podría haberla obligado, y a Simone le preocupaba que lo hiciera, pero justo cuando se apartaba de su padre, entró CiCi a toda prisa.

La larga melena roja al viento, media docena de collares de cuentas y cristales alrededor del cuello, una falda azul con vuelo y sandalias Doc Martens.

Cogió a Simone y la envolvió en sus brazos forjados a base de yoga y en una nube de perfume amelonado con un levísimo toque de marihuana.

—¡Gracias a Dios! ¡Ay, mi niña! Gracias a todos los dioses y diosas. ¿Y Tulip? —le preguntó a Ward en tono apremiante—. ¿Y Natalie?

—Acaban de salir hacia el coche. Tulip tiene un par de golpes y rasguños, nada más. Nat está bien.

—CiCi se quedará conmigo. —Simone acercó los labios al oído de su abuela—. Por favor, por favor.

—Claro que sí. ¿Estás herida? ¿Estás...?

—Ha matado a Tish. A Mi... la están operando.

—Oh, no. —CiCi la meció, la acarició y lloró con ella—. Pobres chicas...,

pobrecitas.

—Papá tiene que llevar a mamá y a Natalie a casa. Yo tengo que esperar aquí. Tengo que esperar a Mi. Por favor.

—Claro que sí. Yo me encargo de ella, Ward. Me quedaré con ella. La llevaré a casa cuando Mi salga del quirófano. Yo me encargo.

Simone percibió el tono acerado de las palabras de CiCi y supo que su padre había estado a punto de oponerse.

—Muy bien, Simone. —Le tomó la cara entre las manos, la besó en la frente —. Llámame si me necesitas. Rezaremos por Mi.

Simone lo miró alejarse y deslizó una mano entre las de CiCi.

—No sé dónde está. ¿Puedes averiguarlo?

CiCi Lennon tenía facilidad para lograr que la gente le dijera lo que quería saber, para que hicieran lo que ella pensaba que debían hacer. No tardó mucho en guiar a Simone hasta otra sala de espera.

Aquella tenía sillas acolchadas, sofás y bancos, e incluso máquinas expendedoras.

Simone vio a los padres de Mi, a su hermana mayor, a su hermano pequeño y a sus abuelos. El padre de Mi fue el primero en verla a ella. Parecía mil años más viejo que cuando habían pasado a recoger a Mi para ir al cine.

El hombre estaba trabajando en el jardín delantero, recordó Simone, y les había dicho adiós con la mano.

Se levantó y se acercó a ella con lágrimas en los ojos para abrazarla.

—Me alegro mucho de que no te hayan herido.

Su inglés era perfecto y preciso, y olía a hierba recién cortada.

—Las he dejado solas. Tenía que ir al baño y las he dejado solas. Entonces...

—Pues me alegro por ello. Señorita Lennon, es muy amable por su parte haber venido.

—CiCi —lo corrigió ella—. Ahora todos somos familia. Nos gustaría esperar con vosotros, enviar a Mi todos nuestros pensamientos y luces de sanación.

Al hombre le tembló la barbilla mientras luchaba por mantener la compostura.

—Simone, tesoro, ¿por qué no vas a sentarte con la madre de Mi? —Pasó un brazo por los hombros del señor Jung—. Vamos a dar un paseo.

Simone fue a sentarse junto a la señora Jung. Y cuando esta la agarró de la mano, Simone se la sujetó con fuerza.

Sabía que CiCi creía en las vibraciones, en la luz, en quemar salvia y en la meditación. Y en todo tipo de cosas que llevaban a su hija a poner los ojos en blanco.

Simone también sabía que si alguien podía lograr por pura fuerza de voluntad que Mi se pusiera bien, era CiCi.

Así que se aferró a esa idea igual que a la mano de la madre de su amiga.

Cuando CiCi regresó, Simone se levantó para que el señor Jung se sentara junto a su esposa. Antes de que ocupara otro asiento, la hermana de Mi, Nari, la cogió del brazo.

—Ayúdame a traer té.

Simone cruzó con ella la enorme habitación hasta un mostrador sobre el que había jarras de agua caliente, café, bolsitas de té y tazas desechables.

Nari, que era delgada y estudiosa y estaba en segundo año de carrera en el MIT, preparó una bandeja de cartón con gran eficacia.

—No te lo dirán —susurró; sus ojos oscuros la miraron largamente detrás de las gafas de montura negra—. Es grave. Le han pegado tres tiros.

Simone abrió la boca, pero no consiguió articular palabra. No había palabras.

—He oído a un policía hablar con una enfermera después de que se la llevaran al quirófano. Ha perdido mucha sangre. Es diminuta, y ha perdido mucha sangre. ¿Me acompañarías a donar sangre para ella? Puede que no la destinen a Mi, pero...

—Sí. ¿Qué hacemos? ¿Adónde vamos?

Como era menor de edad, Simone necesitaba la autorización de CiCi. Fueron por turnos, porque había mucha gente haciendo eso mismo.

Simone miró a otro lado antes de que le introdujeran la aguja, porque las agujas la mareaban un poco. Después se tomó el vasito de zumo naranja, como le habían indicado que hiciera.

Cuando volvían a la sala de espera, le dijo a CiCi que tenía que ir al baño.

—Voy contigo.

—No, no pasa nada. No tardaré.

Quería ir sola, más que nada porque necesitaba vomitar el zumo de naranja.

Pero cuando entró en el baño, vio a una mujer de pie ante uno de los lavabos, llorando.

Era la madre de Tiffany. La señora Bryce había sido su profesora de lengua y literatura el primer año de instituto. Ese mismo curso, todo el mundo lo sabía, el señor Bryce se había divorciado de ella para casarse con una mujer (mucho más joven) con la que había tenido una aventura... porque estaba embarazada.

Simone cayó en la cuenta de que no había pensado ni en Tiffany ni en Trent, el chico al que pensaba que quería.

—Señora Bryce.

La mujer se volvió sin dejar de sollozar.

—Lo siento. Soy Simone Knox. Me dio usted clase en primero. Conozco a Tiffany. La he visto esta noche antes de... Antes.

—¿Estabas allí?

—Con Mi-Hi Jung y Tish Olsen. En el cine. Mi está en quirófano. Le ha disparado. Le ha disparado. Ha matado a Tish.

—Dios mío. —Se quedaron inmóviles, con las lágrimas resbalándoles por las mejillas—. ¿Tish? ¿Tish Olsen? Dios mío.

Cuando abrazó a Simone, Simone se aferró a ella.

—Tiffany está en quirófano. Ella..., no pueden decirme nada.

—¿Y Trent? Estaba con Trent.

La señora Bryce dio un paso atrás, se presionó los ojos con el pulpejo de las manos y negó con la cabeza.

—Rezaré por Mi. —Se dio la vuelta hacia el lavabo, abrió el grifo y se

mojó la cara una y otra vez—. Tú reza por Tiffany.

—Lo haré —prometió, y lo dijo con sinceridad.

Ya no tenía ganas de vomitar. Se sentía vacía.

En la sala de espera, se quedó dormida con la cabeza apoyada en el regazo de CiCi. Cuando despertó, permaneció allí acurrucada, tan aturdida que tenía la sensación de que una fina capa de humo desdibujaba la habitación.

A través de ella vio a un hombre de pelo gris y uniforme azul hablando con la señora Bryce. Y también con el señor Bryce y la mujer con la que se había casado tras dejarla embarazada.

La señora Bryce volvía a llorar, aunque no como en el baño. Tenía las manos entrecruzadas sobre el regazo y los labios apretados, pero no paraba de asentir. Y a pesar de la capa de humo, Simone advirtió su gratitud.

Tiffany no había muerto, no como Tish. No como Trent.

Mi tampoco moriría. No podía morir.

Esperaron. Volvió a quedarse dormida, aunque esta vez se sumió en un sueño ligero, de modo que notó el cambio de postura de CiCi.

La doctora tenía el pelo tan negro como la tinta y lo llevaba retirado de la cara. Tenía acento... indio, tal vez. Simone lo captó, pero el acento se desvaneció cuando las palabras atravesaron la niebla y Simone se puso en pie.

Mi había superado la operación.

Herida de bala en el brazo derecho. Sin daño muscular.

Otra bala le había rasgado el riñón derecho. Reparado, probablemente sin daños permanentes.

Herida en el pecho. Pulmones encharcados. Drenajes, reparaciones, transfusiones. Las siguientes veinticuatro horas críticas. Mi... joven y fuerte.

—En cuanto salga de recuperación y esté en la UCI, podréis verla. Poco rato, un máximo de dos personas a la vez. Está sedada —continuó la doctora—. Pasará varias horas dormida. Deberían intentar descansar un poco.

La señora Jung lloró, pero como lo había hecho la señora Bryce.

—Gracias. Gracias. Esperaremos e iremos a verla.

El señor Jung pasó un brazo por los hombros de su esposa.

—Pediré que los acompañen a la UCI. Pero solo la familia —añadió mirando brevemente a Simone y a CiCi.

—Esta chica es de la familia —dijo el señor Jung.

La doctora se ablandó y volvió a mirar a Simone.

—Necesitaré tu nombre para la lista de visitas autorizadas.

—Simone Knox.

—¿Simone Knox? ¿La primera que ha llamado a emergencias?

—No sé si la primera, pero he llamado.

—Simone, tienes que saberlo: al llamarlos tan rápido, le has dado a Mi la oportunidad de luchar. Incluiré tu nombre en la lista.

Después de que Simone se hubiera ido a casa a acostarse, a sumirse en sueños oscuros y fragmentados, Michael Foster permanecía sentado junto a la cama de hospital de su esposa mientras ella dormía.

Lisa se despertaba y volvía a preguntar por Brady. Su memoria a corto plazo se había visto afectada, pero la recuperaría, según le habían dicho. De momento, cada vez que recuperaba la consciencia, tenía que tranquilizarla diciéndole que Brady no había resultado herido.

Reed Quartermaine. Estaban en deuda con Reed Quartermaine por ello.

Lisa se despertaría, pensó Michael. Viviría.

Y, debido a una bala en la columna vertebral, nunca volvería a caminar.

Una bala le había impactado justo debajo del omóplato, pero la otra se le había clavado en la parte inferior de la médula espinal.

Michael intentaba creer que habían tenido suerte, porque debía creérselo

para convencerla. Si la bala la hubiera alcanzado más arriba, podría haber perdido la sensibilidad en el tronco y en los brazos. Era posible que hubiera necesitado un respirador, que ya no hubiera podido girar el cuello.

Pero habían tenido suerte. Se había ahorrado el trauma de perder el control de la vejiga y los intestinos. Con tiempo y terapia, podría manejar una silla de ruedas motorizada, incluso conducir.

Pero su bella esposa, a quien le encantaba bailar, no volvería a caminar.

Nunca volvería a correr por la playa con Brady, a hacer senderismo, a subir y bajar las escaleras de la casa para la que tanto habían ahorrado.

Todo porque tres cabrones enfermos y egoístas se habían entregado a una especie de furor asesino sin sentido.

Ni siquiera sabía cuál de ellos había herido a su esposa, la madre de su hijo, el amor de su puñetera vida.

Daba igual cuál hubiera sido, pensó. Los tres eran culpables.

John Jefferson Hobart, alias JJ, diecisiete años.

Kent Francis Whitehall, dieciséis años.

Devon Lawrence Paulson, dieciséis años.

Adolescentes. Sociópatas, psicópatas. No le importaba qué etiqueta les pusieran los psiquiatras.

Conocía el número exacto de muertos, al menos el que correspondía a las cuatro de la madrugada, la última vez que lo había comprobado. Ochenta y nueve. Y su Lisa era una de las doscientas cuarenta y dos personas heridas.

Porque tres chavales perturbados, armados hasta los putos dientes, habían entrado en el centro comercial un viernes por la noche con el objetivo de matar y lisiar.

Misión cumplida.

No los contaba entre los muertos, no merecían que los contara. Pero podía estar agradecido a la agente de policía que se había cargado a Hobart, y

agradecido por que los otros dos se hubieran suicidado... o matado el uno al otro.

Ese detalle seguía sin aclarar a las cuatro de la mañana.

Podía estar agradecido porque no fuera a celebrarse ningún juicio. Agradecido porque él, un hombre que se había dedicado a salvar vidas, no iba a pasarse las noches en blanco imaginando que los mataba personalmente.

Lisa se agitó en la cama, así que Michael se acercó aún más. Cuando ella abrió los ojos, su marido le besó una mano.

—¿Brady?

—Está bien, cariño. Está con tus padres. Está bien.

—Lo llevaba agarrado de la mano. Lo he cogido en brazos y he echado a correr, pero entonces...

—Está bien, Lisa, cariño, está bien.

—Estoy muy cansada.

Cuando se quedó dormida, él volvió a vigilar su sueño.

Reed se despertó al amanecer con la cabeza a punto de estallarle, un escozor terrible en los ojos y la garganta reseca. La peor resaca del mundo sin una sola gota de alcohol.

Se duchó por tercera vez desde que había vuelto a casa con sus exhaustos y agradecidos padres y su pegajosa y sollozante hermana. Era incapaz de superar que la sangre de Angie le hubiera empapado los pantalones y manchado la piel.

Se tomó un ibuprofeno y bebió agua directamente del grifo.

Luego encendió el ordenador. No tuvo ningún problema en encontrar noticias sobre el tiroteo.

Estudió los tres nombres que facilitaban, luego las fotografías. Le dio la

sensación de que Whitehall le sonaba, pero no sabía de dónde.

Reconoció a Paulson, estaba seguro. Lo había visto acribillar el cuerpo de un hombre a balazos y reírse.

Uno de los dos había matado a Angie, ya que los artículos decían que el tercero, Hobart, no había llegado a salir del cine.

Uno de ellos había matado a Justin, un ayudante de camarero del Mangia en su primer trabajo de verano. Y a Lucy, una camarera que tenía planeado jubilarse a finales de año y recorrer el país en caravana con su marido.

Y también a los clientes. No sabía a cuántos.

Dory estaba en el hospital, al igual que Bobby, Jack y Mary.

Rosie le había contado que el chaval armado había franqueado las puertas de cristal y había rociado de balas todo el comedor principal para luego volver a salir. Diez segundos, veinte. No más.

Leyó informes de testigos, hizo una pausa y leyó dos veces el de GameStop.

Oímos el tiroteo, pero no estábamos seguros de qué era. En la tienda suele haber mucho ruido. Entonces entró un hombre corriendo y gritando que estaban disparando a la gente. Sangraba, pero ni siquiera parecía ser consciente de que le habían disparado.

Fue entonces cuando el encargado de la tienda —no sé cómo se llama— empezó a decirle a todo el mundo que se metieran en la trastienda. Varias personas intentaron salir corriendo, pero los disparos estaban cada vez más cerca. Se oían, y el encargado no paraba de decir a la gente que se metieran en la trastienda. Estábamos muy apretados dentro, porque la tienda estaba abarrotada. Nunca en mi vida había pasado tanto miedo como mientras estuve metido en aquella habitación. La gente lloraba y rezaba, y el encargado nos decía que teníamos que guardar silencio.

Entonces los oímos, disparos, muy fuertes. Justo en la tienda. Cristales rotos. Pensé que íbamos a morir todos, pero entonces paró. O supongo que avanzó hacia otro sitio. El encargado quería que nos quedáramos allí hasta que llegara la policía, pero a alguien le entró el pánico, supongo, y salió por la puerta a empujones. Unas cuantas personas se marcharon corriendo. Entonces llegó la policía y nos acompañó afuera. Ese chico nos

salvó la vida, el joven encargado de las gafas gruesas. Estoy convencido de que nos salvó la vida.

—Bien hecho, Chaz —murmuró Reed.

En la minúscula cocina de su pequeño apartamento, Essie puso la cafetera. Tendría tiempo de sobra para tomársela entera, puesto que la habían apartado del servicio.

Su inspector le había asegurado que volvería —y que lo más probable era que recibiera una medalla—, pero el proceso debía seguir su curso. No solo había disparado su arma, sino que había matado a una persona.

Essie creía a su inspector y sabía que había hecho bien su trabajo, pero suponía que estaría con los nervios de punta hasta que le autorizaran volver al trabajo. No había caído en la cuenta de lo mucho que necesitaba ser policía hasta que le cupo la más mínima duda de que pudieran despedirla.

Mientras su viejo gato dormía en un cojín, Essie se calentó un bollo y cogió el último plátano. Como el tamaño y la distribución del apartamento le permitían ver la pantalla desde la mesa de cocina/comedor/trabajo, se sentó a ella y encendió el televisor.

Sabía que la prensa conocía su nombre y, cuando había echado un vistazo por la ventana, le había quedado claro que la habían localizado. No pensaba salir del apartamento y enfrentarse a la avalancha de preguntas y cámaras. Se había filtrado su número de teléfono fijo, así que lo había desconectado. El timbrado constante de las llamadas la sacaba de sus puñeteras casillas.

De momento su móvil seguía siendo seguro. Si su compañero o su inspector querían localizarla, podrían hacerlo. Además, aún contaba con el correo electrónico.

Mientras comía, abrió el portátil y vio los primeros programas de noticias

en busca de cualquier información de la que no dispusiera todavía.

También hizo una lista de todos los nombres que tenía en la cabeza.

Simone Knox, su madre, su hermana. Reed Quartermaine. Chaz Bergman. Michael, Lisa y Brady Foster. Mi-Hi Jung.

Haría un seguimiento de todos ellos, aunque tuviera que ser en su tiempo libre.

Anotó los nombres de los tiradores. Tenía intención de averiguar todo lo que pudiera sobre ellos, sobre sus familias, sus profesores, sus amigos, sus jefes, si es que los tenían. Quería conocerlos.

Agregó los números —actuales— de muertos y de heridos. Añadió los nombres de los que tenía. Ya conseguiría el resto.

Ella había estado haciendo su trabajo, pensó mientras veía las imágenes, mientras comía, mientras trabajaba. Pero eso no significaba que no fuera personal.

CiCi Lennon vivía la vida según sus propias reglas. Dos de las más importantes («Intenta no hacer daño a nadie» y «Ten las pelotas de decir lo que piensas») chocaban a menudo, pero los resultados se mezclaban con la regla de «Compórtate como una imbécil cuando sea necesario», así que no le iba mal.

Sus padres, sobrios metodistas y republicanos tradicionales, la habían criado en Rockpoint, una tranquila zona residencial de clase alta en Portland, Maine. Su padre, ejecutivo financiero, y su madre, autoproclamada y orgullosa ama de casa, pertenecían al club de campo, iban a misa todos los domingos y organizaban cenas. Su padre se compraba un Cadillac nuevo cada tres años, jugaba al golf los sábados por la mañana y al tenis los domingos por la tarde (dobles con su esposa), y coleccionaba sellos.

Su madre iba a la peluquería los lunes, jugaba al bridge los miércoles y pertenecía al club de jardinería. Deborah (nunca Deb ni Debbie) Lennon guardaba el dinero para sus gastos dentro de un guante blanco en el primer cajón de su cómoda, no había escrito un cheque ni pagado una factura en su vida y, cuando su esposo volvía de trabajar, lo recibía con el maquillaje retocado. Para entonces ya le había preparado su cóctel nocturno —un martini seco con una aceituna, excepto durante el verano, cuando cambiaba al gin-tonic con un toque de lima— para que se relajara hasta la hora de cenar.

Los Lennon tenían contratados a un ama de llaves que trabajaba todos los días, a un jardinero que iba una vez a la semana y —durante la temporada— a un encargado de la piscina. Eran propietarios de una casa de veraneo en Kennebunkport y, tanto ellos mismos como los demás, consideraban que eran pilares de la comunidad.

Naturalmente, CiCi se rebeló contra todo lo que eran y representaban sus padres.

¿Qué iba a hacer una niña de los sesenta sino horrorizar a sus conservadores padres con su entusiasmo apasionado por la contracultura? Denunció la estructura patriarcal de la iglesia —y del estilo de vida de sus padres—, despotricó contra el gobierno, protestó de manera activa contra la guerra de Vietnam y quemó, literalmente, su sostén.

A los diecisiete años, CiCi cogió la mochila e hizo autostop hasta Washington para participar en las protestas. Desde allí empezó a viajar siguiendo el camino del sexo, las drogas y el rock and roll. Pasó la primavera en Nueva Orleans, donde compartió una casa destartalada con un grupo de artistas y músicos. Pintaba para los turistas, había nacido con ese talento.

Fue a Woodstock en una furgoneta que ayudó a convertir en una maravilla psicodélica con su pintura. En algún momento de aquel fin de semana de agosto y felicidad empapada de lluvia, concibió a una criatura.

Cuando se dio cuenta de que estaba embarazada, dejó las drogas y el alcohol, modificó su dieta, vegetariana —como haría innumerables veces por innumerables razones a lo largo de las décadas—, y se unió a una comuna en California.

Pintó, aprendió a tejer, plantó y cosechó verduras e intentó mantener una relación lésbica que fracasó..., pero lo intentó.

Dio a luz a su hija en un catre de una ruinoso casa de campo, durante una bonita tarde de primavera, mientras del tocadiscos emanaba el rock de Janis Joplin y los tulipanes se mecían con la brisa al otro lado de la ventana abierta.

Cuando Tulip Joplin Lennon tenía seis meses, CiCi, que echaba de menos el verde de la Costa Este, pidió a un grupo de músicos que la llevaran hasta allí con ellos. Por el camino, tuvo un rollo efímero con otro músico/compositor que, colocado, le ofreció tres mil dólares por pintarlo.

Y eso hizo, lo pintó cubierto únicamente con su guitarra Fender Stratocaster y un par de botas pesadas.

CiCi pasó página, el modelo de su cuadro logró un contrato discográfico y utilizó su cuadro para la portada del disco. La suerte quiso que obtuviera un gran éxito en las listas con el sencillo «Farewell, CiCi», y ganó un disco de oro.

Dos años más tarde, cuando CiCi y Tulip vivían en una casa compartida en Nantucket, el compositor murió de sobredosis. El cuadro salió a subasta y se vendió por tres millones de dólares.

Y la carrera artística de CiCi despegó de verdad.

Siete años después de que hiciera autostop hasta Washington, a su padre le diagnosticaron cáncer de páncreas. Aunque había enviado postales y fotos de su nieta y los llamaba dos o tres veces al año, la comunicación entre ellos siempre había sido escasa y tensa.

Pero el hecho de que su madre se desmoronara al teléfono hizo que CiCi

siguiera otra de sus reglas: «Ayuda cuando puedas».

Metió a su hija, sus materiales y su bicicleta en una camioneta destartalada de tercera mano y volvió a casa.

Se dio cuenta de unas cuantas cosas. Se dio cuenta de que sus padres se querían, profundamente. Y ese amor profundo no implicaba que su madre pudiera enfrentarse al trabajo sucio. Se dio cuenta de que la casa en la que había crecido nunca volvería a ser su hogar, aunque podía vivir allí siempre y cuando sirviera a un propósito.

Se enteró de que su padre deseaba morir en casa y, como ella quería a su padre —sorpresa—, se aseguraría de que su deseo se cumpliera. A pesar de que rechazó la sugerencia insistente de su madre de que matriculara a Tulip en un colegio privado, sí la inscribió en la escuela pública de la zona. Mientras llevaba a su padre a quimioterapia y a las citas médicas y limpiaba vómitos, su madre se encargaba encantada de Tulip.

CiCi contrató a un enfermero cuya compasión, amabilidad y amor por el rock los convirtió en amigos de por vida.

Durante veintiún meses, CiCi ayudó a cuidar de su padre moribundo y a llevar las cuentas de la casa mientras su madre se aferraba a la negación y malcriaba a Tulip.

Su padre murió en casa, con la esposa que lo quería acurrucada a su lado en la cama y su hija sosteniéndole la mano.

A lo largo de los meses siguientes, CiCi aceptó que su madre nunca sería independiente, nunca aprendería a cuadrar un talonario de cheques o a arreglar un grifo que goteara.

Y aceptó que si se quedaba en un barrio residencial, en una mansión que no podía describirse precisamente como pequeña, con una mujer que a duras penas sabía cambiar una bombilla, se volvería loca de atar.

Como su padre había dejado a su madre en una posición económica más que

segura, CiCi contrató a un gestor, a un manitas a domicilio y, dado que la otra se había jubilado, a un ama de llaves joven y entusiasta que también haría las veces de acompañante.

Cuando se enteró, durante aquellos veintiún meses, de que su padre había cambiado el testamento y le había dejado un millón de dólares —después de pagar los impuestos—, su primera reacción fue de rabia. Ella no necesitaba ni quería el dinero del *establishment* conservador de derechas. Ella podía —y, de hecho, lo estaba haciendo— mantenerse a sí misma y a su hija mediante su arte.

La rabia se desvaneció cuando se llevó a Tulip de excursión en ferri a Tranquility Island y vio la casa. Le encantaron los meandros, las amplias terrazas del primer y el segundo piso. Las vistas al mar, la estrecha franja de playa, esa curva de costa rocosa.

Podría pintar eternamente.

El cartel de SE VENDE fue toda una señal para CiCi.

A solo cuarenta minutos en ferri de Portland, estaba lo bastante lejos (¡gracias a Dios!) de su madre, pero lo bastante cerca para mitigar cualquier sentimiento de culpa. Y había un pueblo con una alegre comunidad de artistas a un paseo en bicicleta.

Después de una dura negociación, la pagó al contado e inició el siguiente capítulo de su vida.

En ese momento estaba de vuelta en un barrio residencial de clase alta, por poco tiempo, esperaba, en casa de una hija que siempre se había parecido más a su abuela que a aquella madre que había tratado de inculcarle cierto espíritu de aventura, independencia y libertad.

Porque «Ayuda cuando puedas» seguía siendo una regla. Y CiCi quería a sus nietas sin medida.

Preparó el desayuno a su hija y a Ward en la cocina, elegantemente

moderna. Había desconectado los teléfonos y cerrado las cortinas cuando empezaron a acudir los reporteros.

Había escuchado las noticias en la televisión de la habitación de invitados y había oído la repetición de la llamada de Simone a emergencias. Le había provocado escalofríos. No solo habían filtrado la llamada, sino también el nombre de su nieta.

Se sentó con Ward y Tulip a la barra de la cocina y lanzó su propuesta.

—Dejad que me lleve a Simone a la isla, al menos hasta que empiece el instituto.

—Necesita estar en casa —replicó Tulip.

—La prensa no va a dejarla en paz. Fue la primera en pedir ayuda y es una chica preciosa de dieciséis años. Una de sus amigas ha muerto, y la otra está en el hospital. Mi ha sobrevivido a la noche —agregó CiCi—. Sigue en estado crítico, pero ha sobrevivido.

Ward dejó escapar un resuello tembloroso.

—No querían darme información sobre ella cuando he llamado.

CiCi lo miró. Era un buen hombre, pensó. Un buen hombre, un buen marido, un buen padre. En aquel momento parecía agotado.

—Hwan pidió que incluyeran mi nombre y el de Simone en la lista de familiares. —Y como era un buen hombre, CiCi tendió una mano y la colocó sobre la suya—. Deberías llamarlo a él.

—Lo haré. Sí, lo llamaré.

Entonces CiCi posó la otra mano sobre la de su hija.

—Tulip, sé que necesitas a tus hijas, y ahora mismo ellas también te necesitan a ti. Yo me quedaré mientras pueda ayudaros. Simone no se moverá de aquí hasta que esté segura de que tú estás bien y de que Mi está bien. E imagino que la policía necesitará hablar con ella.

—Tendremos que hacer una declaración ante la prensa —añadió Ward—.

Tienes razón. No la dejarán en paz.

—Sí, así es. Pero después de todo eso dejad que me la lleve, que le ofrezca unas semanas de paz y tranquilidad. A pesar de la locura de los veraneantes de la isla puedo ofrecérselas... y a Mi también, cuando esté lo bastante recuperada. Nadie la molestará, o las molestará, yo me encargaré. Y Simone necesitará a alguien con quien hablar de todo esto, aparte de nosotros. Conozco a alguien, pasa parte del verano en la isla. Es un terapeuta que tiene consulta en Portland, así que puedes comprobar sus credenciales, Ward. Podéis conocerlo, hablar con él.

—Sí, tendría que hacer todas esas comprobaciones.

—Lo sé, pero descubrirás que es muy bueno. Simone necesitará hablar con alguien. Natalie y tú también, cariño.

—Ahora mismo no quiero hablar con nadie ni ver a nadie. Solo quiero estar en casa, con mi familia.

CiCi se dispuso a contestar, pero Ward negó con la cabeza a modo de advertencia.

—Vale, pues piénsatelo. Después de que paséis ese tiempo juntos, unas semanas en la isla podrían ayudar a Simone a escapar de todo. A Natalie también, si quiere venir, pero sé que tiene muchas ganas de ir a ese campamento ecuestre, y solo quedan un par de semanas para que empiece. A ella le gusta la isla, pero a Simone le encanta.

—Ya lo hablaremos —dijo Ward—. Te agradecemos, CiCi, que...

—Ni se te ocurra. La familia está para lo que la familia necesita. Y ahora mismo creo que esta familia necesita más café.

Cuando se levantaba, entró Simone.

Los cercos oscuros que tenía bajo los ojos, aturdidos e hinchados, contrastaban con su palidez.

—Mi se ha despertado. La enfermera me ha dicho que la doctora estaba

examinándola, y su padre me ha dicho... me ha dicho que ha preguntado por mí. Tengo que ir a ver a Mi.

—Claro que sí, pero tienes que desayunar algo. No conviene que Mi te vea tan pálida. No ayudará a que se sienta mejor, ¿verdad, Tulip?

—Ven, siéntate, cariño —le rogó su madre.

—No tengo hambre.

—Solo un poco. CiCi te preparará solo un poquito.

Se sentó y examinó la cara de su madre. Las vendas, las magulladuras.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí. —No obstante, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No llores, mamá. Por favor.

—No sabía dónde estabas. Me di un golpe en la cabeza, y la pobre Nat... Fue solo un minuto —continuó—, pero estaba confusa y asustada. Oía los disparos y los gritos, y no sabía si estabas bien, si estabas a salvo. Sé que Mi necesita verte, pero antes yo te necesito un ratito conmigo.

—No sabía si Nat y tú... No lo sabía. —Se sentó junto a su madre y apoyó la cabeza en su hombro—. Al despertarme he pensado que había sido una pesadilla. Pero no.

—Ahora ya estamos bien.

—Tish no.

Tulip la acarició, la meció.

—Voy a llamar a su tía. Llamaría a su madre, pero creo... que llamaré a su tía. Le preguntaré si podemos hacer algo.

—Trent también está muerto.

—Oh, Simone.

—Lo he visto en las noticias... Las he puesto antes de bajar y he visto los nombres y las fotos de los que lo hicieron. Iban a mi instituto. Los conozco.

Iba al instituto con ellos. Uno de ellos iba a mi clase, y han matado a Tish y a Trent.

—No pienses en eso ahora.

Negación, pensó CiCi, como su abuela. Cierra los ojos ante la mierda hasta que no puedas seguir haciéndolo.

CiCi observó a Simone levantarse e ir a sentarse en el otro banco, frente a sus padres.

—Mi nombre salía en las noticias. Me he asomado y hay gente fuera, periodistas.

—No te preocupes por eso —le dijo Ward—. Yo me encargo.

—Es mi nombre, papá. Y mi voz... Han reproducido la llamada que hice a la policía. Tenían mi foto del anuario. No quiero hablar con ellos, ahora no. Necesito ver a Mi.

—Tu padre hablará con ellos —dijo CiCi para zanjar el asunto. Le sirvió un huevo revuelto, dos tiras de beicon y una tostada con mantequilla—. Y tu madre te ayudará a maquillarte un poco, que mi Tule siempre ha tenido buena mano para esas cosas. Después te recogemos el pelo debajo de una gorra, te pones las gafas de sol, y tú y yo salimos por detrás mientras tu padre los mantiene ocupados en la puerta principal. Atajaremos por los patios traseros hasta donde tengo aparcado el coche, en el camino de entrada de los Jefferson. Los llamé anoche para avisarlos. Luego lo único que tendremos que hacer es llamar al hospital y pedir que nos dejen acceder por una entrada lateral.

—Vaya, qué buen plan —murmuró Ward.

—Cuando has tenido que hacer unas cuantas salidas rápidas de hoteles, moteles o lo que sea, aprendes los trucos. Te llevaremos con Mi. —CiCi acarició el enredado cabello de Simone—. Pero come un poco antes.

Funcionó, justo como había dicho CiCi. Aunque para Simone fue como una especie de sueño extraño, similar a los que tenía cuando no estaba ni despierta ni dormida por completo. Todo era vívido y borroso al mismo tiempo, y los sonidos le llegaban desde el otro lado de un túnel con eco.

Pero cuando entró con su abuela en la UCI, sintió que el corazón empezaba a latirle con fuerza, acelerado, a pesar de hallarse atrapado entre lo que parecían dos manos empeñadas en estrujarlo. La sensación la llevó directamente de vuelta al cubículo del baño donde se había agazapado con el teléfono sin batería y el miedo.

—CiCi.

—Respira. Inspira por la nariz, como si tu barriga fuera un globo que tienes que inflar, y luego espira por la nariz, como si se estuviera desinflando. Dentro y fuera —murmuró con un brazo alrededor de la cintura de Simone—. Muy bien. Tú estás bien y Mi se pondrá bien, así que respira por ella. Mira, ahí está Nari.

Nari, con la cara pálida y los ojos violáceos de cansancio, se levantó y caminó hacia ellas.

—Mis padres están con Mi. La doctora ha dicho que pronto la trasladarán a una habitación, tal vez hoy mismo, porque su estado ha mejorado.

—¿Está mejor? —A Simone se le formó un nudo en la garganta—. ¿Está mejor de verdad?

—Sí, te lo prometo. Tiene un aspecto... —Nari apretó los labios cuando

comenzaron a temblarle—. Un aspecto muy frágil, pero está mejor. Hemos tenido que contarle lo de Tish. Necesita verte, Simone, lo necesita de verdad.

—Nari, cariño, ¿has pasado toda la noche aquí? —le preguntó CiCi.

—Mis abuelos se llevaron a mi hermano a casa. Yo me quedé con mis padres. No podíamos dejarla sola.

—Te traeré un café. ¿O té? ¿Un refresco?

—Agradecería mucho un café.

—Simone, siéntate con Nari. Y Nari, cuando salgan tus padres, los tres deberíais iros a casa a dormir un poco. Nos quedamos Simone y yo. Nos turnaremos para que siempre haya alguien aquí. Ve a sentarte.

—No sé si mis padres querrán irse —dijo Nari cuando CiCi se marchó a buscar el café.

—CiCi los convencerá. Se le da bien. —Mientras acompañaba a Nari de vuelta a las sillas, Simone pensó que, si quería ser valiente por Mi, tenía que empezar en aquel mismo instante—. Nos turnaremos para que Mi no se quede sola en ningún momento.

—Lo recuerda. O al menos algunas cosas. La policía ha hablado con ella esta mañana. La doctora solo les ha dejado hablar con ella unos minutos. ¿Tú has hablado con la policía?

—Hoy no. Hoy todavía no.

CiCi volvió con una Coca-Cola para Simone y un café para Nari.

—Mucha leche, poco azúcar, ¿verdad?

—Sí. —Nari consiguió esbozar una sonrisa—. Te has acordado.

—Lo tengo grabado. —CiCi se dio unos golpecitos con el dedo en la sien y se sentó—. Trabajé varios años de forma esporádica como asistente de bandas musicales. Aprendes a grabarte en la cabeza cómo le gusta a la gente el café, el licor y el sexo.

—CiCi.

—Cosas de la vida, niñas. ¿Estás saliendo con alguien, Nari?

Simone no sabía cómo lo hacía su abuela, pero incluso entonces comprendió por qué lo hacía. Sacó a Nari de aquel instante aterrador y la llevó a la normalidad; en tres minutos, averiguó más cosas del chico con el que había empezado a salir Nari de las que Simone sospechaba que sabían Mi o sus padres. Era un irlandés católico de Boston que en ese momento estaba conduciendo hacia allí para reunirse con ella.

Cuando salieron los padres de Mi, CiCi se levantó y se acercó para abrazarlos enseguida a ambos. Durante la conversación que mantuvieron entre murmullos, Simone vio que la señora Jung miraba hacia atrás, hacia las puertas, con lágrimas en los ojos, pero CiCi continuó hablando con ese tono grave y tranquilizador.

Es como un sueño, volvió a pensar Simone, cuando, al cabo de unos minutos, los Jung accedieron a irse a casa un rato.

Cuando se marcharon, CiCi se sentó de nuevo y dio una palmadita en la rodilla a Simone.

—Están convencidos de que no dormirán, pero sí lo harán. El cuerpo y el espíritu necesitan recargarse, y el espíritu guiará al cuerpo.

—No sabía que Nari tuviera un novio de verdad.

—Creo que ella tampoco lo sabía hasta que él le dijo que lo dejaba todo y venía para estar con ella. Bueno, quiero que tengas pensamientos fuertes, positivos.

Meneando un dedo en el aire, CiCi dedicó a Simone una mirada cómplice con aquellos ojos que la chica consideraba dorados y, en realidad, eran del mismo tono que los suyos.

—Y no pienses que no veo la expresión arrogante que estás poniendo por dentro. Ten esos pensamientos de todas formas. Vais a llorar juntas, pero eso es algo que sana, tanto si lo sentís así ahora como si no. Escúchala, escucha

todo lo que tenga que decir. Y dile la verdad sobre cualquier cosa que te pregunte, porque si perdéis la confianza la una en la otra en este momento, puede que no volváis a recuperarla.

—No quiero decir nada que empeore las cosas.

—Ya han empeorado, y estáis pasando juntas por ello. Necesitáis la verdad entre vosotras. Ahí está su enfermera. Ve a ver a tu hermana, cariño. Sé fuerte y valiente.

No se sentía fuerte ni valiente, no con aquel zumbido en la cabeza y el corazón en un puño. Asintió a las palabras de la enfermera, pero en realidad no se enteró de lo que le decía.

Todo empeoró cuando vio a Mi a través del cristal.

Parecía tan pequeña, tan enferma... «Frágil», había dicho Nari, pero a ojos de Simone parecía rota. Algo frágil que ya se había caído y hecho añicos.

La mirada exhausta de Mi se cruzó con la suya y brotaron las lágrimas.

Simone no recordaba cómo había entrado. No se acordaba de si la enfermera le había dicho que no la tocara. Pero tenía que hacerlo, lo necesitaba.

Presionó su mejilla contra la de Mi y le agarró las manos, que le parecieron tan finas como las alas de un pájaro.

—Creía... Tenía miedo de que me hubieran mentido. —La voz de Mi, tan leve como sus manos, se ahogó en un sollozo—. Temía que tú también estuvieras muerta y no quisieran contármelo. Tenía miedo...

—No estoy muerta. Estoy aquí. No resulté herida. No estaba allí. Me había ido...

Simone se oyó a sí misma... y oyó a CiCi: Escúchala.

—¿Tish está muerta de verdad?

Con la mejilla aún pegada a la de Mi, Simone asintió.

Lloraron juntas; el frágil cuerpo de Mi temblaba bajo el suyo.

Simone se apartó para sentarse en un lado de la cama y coger la mano a Mi.

—Entró. Al principio no lo vi. Luego oímos los disparos y los gritos, pero todo pasó muy deprisa, y no sabíamos qué estaba pasando. Tish dijo «¿Qué está pasando?», y entonces...

Mi cerró los ojos.

—¿Me das un poco de agua?

Simone cogió el vaso con la pajita doblada y se lo acercó.

—Él le disparó. Simone, le disparó, y yo sentí un... un dolor horrible, y Tish se cayó encima de mí, fue como si se desplomara sobre mí, y yo sentí más dolor, y ella... Fue como si, no sé, se sacudiera. Simone, él siguió disparándole, y ella estaba encima de mí, así que murió. Y yo no. Tish me salvó. Se lo conté a la policía. No podía moverme. No podía ayudarla. Y estaba despierta, pero nada parecía real. Él siguió disparando una y otra vez, y luego todo paró. El tiroteo. Pero la gente gritaba y lloraba. Yo no podía gritar ni moverme. Pensé que estaba muerta, y entonces... Me desmayé, supongo. No recuerdo nada hasta que desperté aquí.

Mi apretó la mano de Simone con aquellos dedos ligeros como alas.

—¿Voy a morir?

Dile la verdad.

—Tenías heridas muy graves y estábamos muy asustados. La doctora tardó horas en salir, pero dijo que había ido muy bien. Y hoy han dicho que te sacarán de la UCI porque ya no estás en estado crítico. CiCi está aquí conmigo, y ha convencido a tus padres para que se vayan a casa a dormir un rato. No se habrían ido a casa si fueras a morir.

Mi volvió a cerrar los ojos.

—Tish ha muerto. ¿Por qué?

—No lo sé. No puedo... sigo pensando que no es verdad.

—Te fuiste al baño. ¿Qué pasó?

—Estaba a punto de entrar otra vez, y pensaba que el ruido era de la película. Pero alguien, un hombre, intentó salir corriendo y se cayó. Vi que estaba cubierto de sangre. Miré hacia la sala, solo un segundo, y vi... vi a alguien disparando, y lo oí todo. Volví corriendo al baño y llamé a emergencias. Me dijeron que me quedara donde estaba, que me escondiera y esperase, y mientras hablaba me quedé sin batería.

Mi sonrió levemente.

—Se te olvidó cargarlo otra vez.

—No se me volverá a olvidar nunca. Vino la policía. Una mujer, le di vuestros nombres, y los de mi madre y Natalie.

—Estaban en el centro comercial. Se me había olvidado.

—Eran tres, Mi. Eso han dicho en las noticias. Dos en el centro comercial, uno en el cine.

—¿Y tu madre y Natalie? No, Simone, no.

—Están bien. Mi madre sufrió una conmoción cerebral y unos cuantos cortes por los cristales que salieron volando. Nat la arrastró hasta detrás de un mostrador. Ella está bien. Están bien. —Vaciló un momento, luego prosiguió —: Eran tres, mataron a gente. Mataron a Tish. Y los conocíamos.

—¿Los conocíamos? —repitió Mi despacio.

—Están muertos. Me alegro de que lo estén. JJ Hobart.

—Oh, Dios mío.

—Kent Whitehall y Devon Paulson estaban en el centro comercial. JJ, en el cine.

—Fue él quien mató a Tish. Los veía en el instituto casi todos los días. Han matado a Tish.

—Y a Trent. Él también está muerto. Y Tiffany, malherida. Anoche vi a su madre, a la de Tiffany. JJ le disparó. Podría tener daños cerebrales y en la cara... No lo oí todo. No sé lo grave que está.

—Sabía que JJ sobre todo era un capullo, un capullo estúpido a veces, pero... —Los ojos amoratados de Mi volvieron a llenarse de lágrimas—. Fui yo quien escogió la película. Quise ver esa película en concreto, y ahora Tish está muerta.

—No es culpa tuya. Y no es culpa mía que me hubiera ido al baño y no estuviera allí. Aunque sienta que sí. Aunque de verdad sienta que sí. La culpa es de ellos, Mi. Los odio. Los odiaré siempre.

—Estoy muy cansada —murmuró Mi al tiempo que cerraba los ojos—. No te vayas.

—Estaré fuera —dijo Simone cuando la enfermera se acercó a la puerta y le indicó que se le había acabado el tiempo—. No me iré.

En el pasado, Reed había tenido un par de sueños muy interesantes en los que desnudaba a Angie. En ese momento, después de las pesadillas recurrentes en las que se escondía junto a su cadáver, estaba sentado en la última fila de la iglesia metodista para su funeral.

Casi se había autoconvencido de no asistir. En realidad no eran tan amigos. En realidad no la conocía tanto. Reed no sabía, por ejemplo, que los padres de Angie estaban divorciados, que ella tocaba la flauta y que tenía un hermano en el cuerpo de Marines.

Tal vez se habría enterado de esas cosas si hubieran ido al cine, a tomar una pizza o a dar un paseo por la playa. Pero no lo habían hecho.

Y en ese momento, allí sentado, se sentía perdido, culpable y estúpido mientras la gente que la había conocido de verdad, que la había querido, lloraba.

Pero había sentido la obligación de asistir al funeral. Probablemente él

había sido la última persona —que no fuera un cliente— que había mantenido una conversación de verdad con ella.

Reed había pasado aquellos minutos aterradores escondiendo a un niño en el quiosco de Angie con su cuerpo justo... ahí.

Su sangre le había manchado los zapatos, los pantalones.

Permaneció sentado hasta que terminaron las oraciones, el llanto y los panegíricos desgarradores, vestido con un traje que le tiraba de los hombros. Cuando había vuelto a casa para pasar el verano, su madre le había dicho que se comprara un traje nuevo, pero él había ignorado la sugerencia porque le parecía un despilfarro.

Como siempre, su madre tenía razón.

Al pensar en el traje sintió que estaba siendo irrespetuoso. Así que pensó en las tres caras que había visto una y otra vez en las noticias.

Eran más jóvenes que él, los tres, y uno de ellos había matado a Angie.

Hobart no había sido, recordó. Él estaba en el cine, y McVee, la agente de policía, lo había matado. Los noticiarios decían que Hobart había trabajado en el cine. También decían que había sido el cabecilla.

Pero a Angie la había matado o Whitehall o Paulson.

En las fotos que aparecían en la televisión y los periódicos, en internet, se los veía normales.

Pero no se habían comportado como normales.

El chico al que había visto reírse mientras disparaba a un hombre en la cabeza —el que seguía viendo en sus pesadillas, equipado con un chaleco antibalas— no se había comportado como una persona normal.

Ahora ya sabía más cosas de ellos, de los tres jóvenes que habían matado a una chica que le gustaba durante su masacre de ocho minutos de duración. Hobart vivía con su padre después de un feo divorcio. Su hermana pequeña

vivía con la madre. El padre, un ávido coleccionista de armas, había enseñado a sus hijos a cazar, a disparar.

Whitehall vivía con su madre, su padrastro y sus hermanastros. A su padre, desempleado, lo habían arrestado un par de veces: por embriaguez y por conducir bajo los efectos del alcohol. Whitehall, según decían los vecinos, era reservado y tenía problemas con las drogas.

Paulson daba la sensación de ser un estudiante modelo. Sacaba buenas notas, no se metía en líos, procedía de un hogar estructurado y funcional, era hijo único. Era boy scout... y había ganado una insignia por sus logros en el tiro deportivo. También era miembro júnior de la federación estadounidense de tiro, y tenía la vista puesta en las Olimpiadas.

Su padre había competido en el equipo estadounidense en Sídney 2000 y en Atenas 2004.

Los que conocían a Paulson decían (en retrospectiva) que habían notado un cambio en él unos seis meses antes; al parecer se había vuelto más introvertido.

Sería más o menos por aquella época cuando la chica que le gustaba decidió que a ella le gustaba más otro, y Paulson empezó a quedar con Hobart.

Y más o menos por aquella época los tres chicos que terminarían por convertirse en asesinos en masa comenzaron a alimentarse la rabia interior mutuamente.

Lo habían documentado, según informaban, en archivos informáticos que las autoridades seguían analizando. Reed, por su parte, analizaba los reportajes, estudiaba lo que se especulaba en internet, veía las noticias, hablaba sin cesar con Chaz y con otros.

A pesar de lo mucho que deseaba saber, saber por qué, imaginaba que todo aquello tardaría una eternidad en salir a la luz. Si es que llegaba a hacerlo.

Según la opinión que Reed se había formado a partir de la información

extraída de los informes, los chismes y las conversaciones, Hobart odiaba a todo el mundo. A su madre, a sus profesores, a sus compañeros de trabajo. Odiaba a los negros, a los judíos y a los gais, pero, por encima de todas las cosas, odiaba. Y le gustaba matar.

Whitehall odiaba su vida, quería ser alguien y creía que todo y todos estaban en su contra. Había conseguido un trabajo de verano en el centro comercial y lo habían despedido al cabo de dos semanas. Por presentarse colocado, aseguraba un excompañero, eso cuando se presentaba.

Paulson odiaba su suerte. Había llegado a la conclusión de que lo había hecho todo bien en la vida, pero aun así había perdido a su chica y no era tan bueno como su padre en nada. Decidió que había llegado el momento de ser malo.

Habían fijado como objetivo el centro comercial por el impacto que tendría, y Hobart se quedó con el cine porque quería destruir el lugar en el que se esperaba que trabajara para ganarse la vida.

Se rumoreaba que habían hecho tres simulacros, que los habían cronometrado y perfeccionado. Tenían planeado reagruparse en Abercrombie & Fitch, atrincherarse dentro, tomar rehenes como moneda de cambio y eliminar a todos los policías que pudieran.

Whitehall y Paulson estuvieron a punto de lograrlo, pero habían hecho un juramento: si uno de ellos caía, todos caían.

Como Hobart no aparecía y los policías los tenían rodeados, Whitehall y Paulson, según los testigos, chocaron los puños, gritaron «¡A tomar por culo!» y se apuntaron con sus respectivas armas.

Puede que parte de aquello fuera cierto. Puede que casi todo. Pero Reed suponía que aflorarían más y más detalles. Sacarían un libro, tal vez rodasen un puñetero telefilme.

Deseaba con todas sus fuerzas que no lo hicieran.

Volvió al presente cuando la gente empezó a ponerse de pie y sintió una oleada de vergüenza por haberse sumido en sus propios pensamientos en lugar de prestar atención.

Se levantó y esperó a que los portadores del féretro sacaran a Angie. No podía imaginársela dentro de aquella caja, no quería imaginársela allí. Los familiares salieron de la iglesia, apiñados como si se sostuvieran los unos a los otros.

Entonces vio a algunas personas a las que conocía: a la amiga de Angie, Misty, y a varios trabajadores del centro comercial. No debería haberle sorprendido ver a Rosie. El día anterior se había sentado con ella en el funeral de Justin, el ayudante de camarero.

Sabía que Rosie había pasado los últimos días en funerales y habitaciones de hospital.

Reed se quedó rezagado, dejó que Rosie se marchara, seguramente a otro homenaje o a visitar a algún herido, tal vez fuera a llevar comida a alguien que hubiera sufrido una pérdida o que estuviera recuperándose en casa.

Esa era Rosie.

Lo contrario a los tres que mataron.

Reed salió de la iglesia a una perfecta tarde de verano. El sol brillaba en un cielo azulísimo moteado de suaves nubes blancas. La hierba estaba verde como solo puede estarlo en verano. Una ardilla trepó corriendo a un árbol.

No parecía real.

Vio periodistas al otro lado de la calle, grabando o fotografiando. Quiso despreciarlos por ello, pero ¿acaso no se aferraba él a cada palabra que escribían, a cada foto que publicaban?

De todos modos, les dio la espalda y se dirigió al coche, que había aparcado a casi dos manzanas de distancia. Cuando oyó que gritaban su

nombre, se encorvó en lugar de volverse. Sin embargo, una mano le agarró el brazo con suavidad.

—Reed. Soy la agente McVee.

El chico la miró de forma inexpresiva. El pelo le caía por la espalda en una coleta rubia y espesa. Llevaba una sencilla camiseta blanca y unos pantalones caquis. Parecía más joven.

—Lo siento, no la he reconocido sin uniforme. ¿Estaba en el funeral?

—No. Me he quedado aquí fuera. He llamado a tu casa y tu madre me ha dicho dónde estabas.

—Ya me han tomado declaración y todo eso. Un par de veces.

—Estoy fuera de servicio. Solo estoy intentando, bueno, hacer un seguimiento personal de toda la gente con quien tuve contacto esa noche. Por mí. ¿Vas a ir al cementerio?

—No, no me sentiría cómodo, por su familia y todo eso. No conocía tanto a Angie. Solo... estaba intentando que saliera conmigo. Parecía que íbamos a ir a esa misma película, a la última sesión, y... Dios.

Se toqueteó las gafas de sol con manos temblorosas.

—¿Quieres que nos acerquemos al parque? ¿Te apetece que nos sentemos a mirar el mar un rato? Siempre me ayuda a tranquilizarme.

—No lo sé. Tal vez. Sí, supongo.

—¿Qué tal si te vienes conmigo y después te traigo aquí a por tu coche?

—Vale, muy bien.

Cuando lo pensó más tarde, se preguntó por qué se había ido con ella. No la conocía. No había sido más que una cara borrosa y un uniforme entre la locura y el miedo.

Pero había estado allí. Había estado allí dentro, como él.

Cuando se subió al coche de la agente, le dio tiempo a pensar que era más

viejo y cutre que el suyo, aunque estaba mucho más limpio. Entonces se acordó.

—Usted disparó a Hobart.

—Sí.

—Vaya, no la habrán despedido ni nada por el estilo, ¿verdad?

—No. Estoy fuera de toda sospecha. Mañana vuelvo al trabajo. ¿Cómo se lo han tomado tus padres?

—Están bastante fastidiados, pero lo sobrellevan.

—¿Y la gente del restaurante?

—Creo que eso es más difícil. Estábamos allí y vimos... Es imposible dejar de verlo. Pero lo llevamos bien. Por ejemplo, Rosie, la jefa de cocina... está haciendo un montón de cosas. Va a los funerales, visita el hospital, lleva comida a la gente. Creo que eso ayuda. No lo sé.

—¿A ti qué te ayuda, Reed?

—No lo sé.

Sentía en la cara el aire que entraba por la ventanilla abierta, la brisa procedente del mar. Eso era real. Los coches pasaban a toda velocidad; una mujer empujaba a un niño en un carrito por la acera. Todo real.

La vida seguía su curso. Y él estaba vivo. Tenía suerte de estar vivo.

—Hablo mucho con Chaz, mi amigo, el de GameStop.

—Lo recuerdo. Salvó vidas, y tú también.

—¿El niño? ¿Brady? Su padre me ha llamado. Quiere traer a Brady a verme la semana que viene o así. Me ha dicho que su esposa está mejor.

Essie guardó silencio un instante, pero, al igual que CiCi, creía en la verdad y en la confianza.

—Su mujer va a sobrevivir, pero se ha quedado paralítica. No volverá a andar. Supongo que él no quería decírtelo, pero ibas a enterarte de todas formas.

—Maldita sea. Maldita sea.

Reclinó la cabeza contra el asiento hasta que logró volver a respirar con normalidad.

—Intento escuchar música o encestar en la canasta del patio trasero, pero no puedo dejar de leer sobre ello, ni de escuchar las noticias. No puedo parar.

—Formaste parte de ello.

—Mis padres quieren que vaya a ver a alguien. Ya sabe, a un loquero o algo así.

—Es una buena idea. Yo estoy obligada a hacerlo. Reglas del departamento, y con razón.

Reed volvió a abrir los ojos, la miró con el ceño fruncido.

—¿Tiene que hablar con un psiquiatra?

—Ya lo he hecho. Consideran que el disparo estuvo justificado y me han autorizado para hacer trabajo de oficina. Estoy yendo al psiquiatra del departamento y volveré a estar del todo en activo dentro de una temporada. No me importa trabajar en ello. Maté a una persona.

Essie aparcó y apagó el motor.

—Lo hice para salvar vidas, entre ellas la mía y la de mi compañero. Pero maté a un chico de diecisiete años. Si pudiera olvidarme de ello sin el menor remordimiento, no debería ser policía. —Bajó del coche y lo esperó.

Caminaron un rato, pasaron por delante de un parque infantil y enfilaron un paseo; después se sentaron en un banco cerca de donde las gaviotas se lanzaban en picado y gritaban y la bahía se tornaba azul como el cielo.

Los barcos se deslizaban por la bahía, y Reed oía risas infantiles. Una mujer con un cuerpo de escándalo enfundada en unas mallas cortas y una camiseta de tirantes pasó corriendo por su lado. Una pareja de ancianos que calculó que rondarían los mil años paseaba de la mano.

—¿Es cierto lo que dicen los periódicos y la televisión de que Hobart era el

cabecilla?

—Yo diría que es probable que fuera el más decidido, el que más luchó por el plan. Pero esos tres... Tengo la sensación de que eran como piezas de un rompecabezas triste y enfermizo que encajaron justo en el peor momento. Unos meses antes o unos meses más tarde, seguro que Paulson no habría encajado.

Reed sabía lo que los periódicos y la televisión contaban sobre Paulson, lo que decían los vecinos y los profesores. Que estaban muy conmocionados, que nunca había sido violento. Siempre brillante y servicial.

Puto boy scout.

En aquellos momentos estaban enterrando a Angie. El día anterior habían enterrado a un chaval que había encontrado su primer trabajo de verano. ¿Cuántos más?

—No creo que uno pueda matar así, ponerse a matar a gente sin más, como hicieron ellos, si no lo lleva dentro. Es decir, puede que todo el mundo sea capaz de matar, pero como hizo usted: para salvar vidas, para proteger a la gente; en defensa propia o si eres soldado, eso es diferente. Pero para lo que hicieron ellos, para eso tienes que tener dentro algo más.

—No te equivocas. Creo que en el entorno de Paulson, en su familia, le habrían conseguido ayuda. Pero se vinculó a los otros en un momento oscuro, y las piezas encajaron.

Reed escuchó el suave vaivén del agua, el canto de los pájaros, la radio de alguien. Se dio cuenta de que el mundo parecía más real allí sentado, hablando con ella.

Sintió que se sumergía más en el mundo mientras estaba con ella.

—¿Cómo fue... cuando le disparaste?

—Nunca había disparado mi arma fuera del campo de tiro antes del viernes por la noche. Estaba cagada de miedo —reconoció—, pero eso fue sobre todo antes y después. ¿En ese momento? Supongo que todo se redujo al

entrenamiento y al instinto. Aquel chico había disparado a mi compañero. Veía personas muertas y agonizantes por todas partes. Me disparó y reaccioné como me habían enseñado: eliminando la amenaza. Entonces seguí haciendo lo que debía. Mi compañero, derribado pero no herido de gravedad; la cría del baño, la primera en llamar al nueve uno uno.

—Esa es... eh... Simone Knox.

—Exacto. ¿La conoces?

—No, es que... no puedo dejar de leer y ver las noticias. Recuerdo su nombre.

—Es de las tuyas. Salvó vidas. No perdió la cabeza, se escondió, contactó con la policía. Barry, mi compañero, y yo estábamos en el aparcamiento.

—También lo había leído. Estaban justo al lado.

—Al parecer la llamada de Simone entró un minuto, puede que dos, después de que Hobart entrara por la puerta de emergencia que él mismo había dejado abierta. Simone perdió a una amiga esa noche, y otra sigue en el hospital, recuperándose. Lo está sobrellevando, pero es duro.

—También ha hablado con ella.

—Con ella, con su amiga Mi, con Brady y con su padre. —Essie suspiró y alzó la cara hacia el sol—. Me ayuda, y me gusta pensar que tal vez a ellos también.

—¿Por qué se hizo policía?

—Por aquel entonces me pareció una buena idea. —Sonrió, y luego volvió a suspirar y bajó la vista al mar—. Me gusta el orden. Creo en la ley, pero es la combinación de ambas cosas lo que funciona para mí. Encaja bien conmigo. Reglas y procedimientos, e intentar ayudar a la gente. Nunca me había visto en una situación como la del viernes, pero ahora sé que puedo superarla. Soy capaz de hacer este trabajo.

—¿Cómo se llega a ser policía?

Ella volvió la cabeza y lo miró con una ceja enarcada.

—¿Te interesa?

—Tal vez. No. Sí —descubrió—. Me interesa. Nunca he pensado mucho en a qué me dedicaría, solo en que con el tiempo conseguiría trabajo. Me gusta la universidad. Mis notas no están mal, pero me gusta estar allí, así que no he pensado demasiado en qué pasará cuando termine. Le dije a Brady que estábamos esperando a los buenos porque era verdad. Así que, sí, me gustaría saber cómo hacerme policía.

Para cuando Essie lo llevó de vuelta a su coche, Reed contaba, por primera vez, con un plan de vida. Se había forjado en la muerte, pero lo que veía surgir de ella era su vida.

Seleena McMullen tenía ambiciones y era adicta al tabaco. La ambición por alcanzar la fama como bloguera la situó a la puerta de la iglesia durante el funeral. Como reportera de *Exclusivas calientes*, cuya reputación era un tanto cuestionable, los reporteros de la prensa escrita y la televisión congregados en el exterior no le tenían mucho respeto.

A ella le daba igual. Algún día sería más importante que todos ellos.

Seleena había desarrollado tanto aquella actitud como la ambición durante el instituto y la universidad. Nunca le había cabido la menor duda de que era más inteligente que cualquiera de sus compañeros, así que no tenía ningún problema en dejárselo claro a ellos.

Si aquello implicaba que no tuviera un solo amigo de verdad, ¿qué más daba? Lo que tenía eran clientes. Reconocía el mérito de Jimmy Rodgers, compañero suyo en secundaria, a la hora de ayudarla a forjarse un camino claro. Al fingir que Seleena le gustaba, al repetirle que era guapa —y todo para que ella le hiciera los deberes como una ingenua mientras él se reía a sus

espaldas—, Jimmy le proporcionó el ímpetu necesario para emprender su propio negocio.

En efecto, cobraba a los demás por hacerles los deberes.

Para cuando acabó el instituto, ya tenía un colchón económico considerable que había seguido aumentando durante la universidad.

Cuando terminó los estudios, con su título de periodismo recién salido del horno en la mano, consiguió un trabajo en el *Portland Press*. No le duró mucho. Consideraba que su editor y sus compañeros de trabajo eran idiotas, y no se molestó en mostrar mucho tacto al respecto.

De todas maneras, se había dado cuenta de que internet era el futuro, así que a los veinticuatro años se subió al carro de *Exclusivas calientes*. Casi siempre trabajaba desde su apartamento y, como consideraba que aquel puesto no era más que un peldaño hacia su propia web, su propio blog de éxito, toleraba las interferencias editoriales y los encargos de mierda.

Y entonces le cayó del cielo la masacre del centro comercial DownEast.

De hecho, había entrado en el centro comercial en busca de unas zapatillas para correr segundos antes de que se produjeran los primeros disparos. Había visto a uno de los tiradores —identificado como Devon Lawrence Paulson— trazando su camino sangriento y se había escondido detrás de un plano del centro comercial mientras sacaba la cámara y la grabadora.

Se había adelantado a todos los periódicos, cadenas, páginas web y reporteros.

Como seguimiento, había acosado a víctimas, familiares, personal del hospital. Había sobornado a un celador y había logrado acceder el tiempo suficiente para sacar unas fotos de los pacientes, e incluso había entrado en una de las habitaciones después de que trasladaran a uno desde la UCI.

La grabadora que llevaba en el bolsillo había captado parte de una

conversación entre Mi-Hi Jung y, premio, Simone Knox que engordaría otro artículo.

Según sus cálculos, solo necesitaba unos pocos más para saltar de su peldaño actual. Ya había recibido ofertas.

Y entonces su adicción al tabaco hizo que le lloviera otra noticia del cielo.

Se había alejado de los demás reporteros para apoyarse en un árbol media manzana más abajo, fumar y pensar. Podía ir al cementerio cuando terminara la ceremonia en la iglesia, pero ¿cuántos clics generarían las enésimas fotos de gente vestida de negro?

A lo mejor se desmayaba alguien..., como le había pasado a la madre del crío que había muerto el día anterior. Pero, bueno, aquello ya estaba visto.

Decidió que había llegado el momento de lanzar más platos a los tiradores y estaba a punto de ponerse en marcha en dirección a su coche cuando vio a la agente de policía.

La agente McVee, pensó mientras se ocultaba tras el árbol. Seleena sabía intentado acorralar a McVee un par de veces: la joven policía que había disparado y matado a John Jefferson Hobart era un puro imán para los clics. McVee no era de las que colaboraban, pero en aquel momento permanecía un tanto rezagada, evitando al grupo de reporteros y cámaras.

Esperando.

Interesante, pensó Seleena, que se dispuso a esperar a su vez.

Sacaron el ataúd, así que tomó un par de fotos con el objetivo de larga distancia por si no surgía nada mejor. Vio que McVee se acercaba e identificó un premio más.

Reed Quartermaine: protector adolescente del hijo del bombero, el niño cuya madre había recibido una bala en la columna vertebral.

Seleena les hizo un par de fotos mientras hablaban, se alejaban juntos y, al

final, se metían en el coche de la agente. Y cuando todos los demás pusieron rumbo al cementerio, ella echó a correr hacia su coche.

Estuvo a punto de perderlos dos veces, pero lo interpretó como un nuevo golpe de suerte: si se pegaba a ellos, la policía podría darse cuenta.

Pensando en los titulares posibles, aparcó a una buena distancia y observó desde el coche hasta que su presa se posó en un banco.

Satisfecha con la inversión que había hecho al comprarse el objetivo, se acercó todo lo que se atrevió. No era más que otra persona que sacaba fotos de la bahía y de los barcos despreocupadamente.

Tal vez no pudiera acercarse lo suficiente para captar la conversación (la policía no hablaría con ella), pero mientras ajustaba el encuadre se le ocurrió la entradilla.

«Durante otro doloroso día en Rockpoint, la muerte une a los héroes de la masacre del centro comercial DownEast.»

Oh, sí, no tardaría en dar el salto.

Simone giró sobre sí misma para incorporarse y dio un empujoncito al hombre con el que compartía cama.

—Tienes que irte.

Él gruñó.

Simone sabía cómo se llamaba, incluso sabía por qué había decidido acostarse con él: parecía un tipo limpio, estaba en buena forma y deseaba justo lo que ella ofrecía.

Además, tenía una cara interesante, como mellada, cincelada y afilada. En su cabeza lo había visto como a un Billy el Niño moderno. El forajido occidental de rasgos duros.

A Simone le había costado un tiempo aceptar que los polvos de una noche tenían ventajas características y concretas frente al dramatismo y las molestias de las relaciones... o las supuestas relaciones.

Sin embargo, no había tardado demasiado en darse cuenta de que también dejaban mucho aburrimiento a su paso.

El tipo, Ansel, se vistió a la luz tenue que entraba por la ventana. Simone no había bajado las persianas, ¿para qué molestarse?

Le gustaba contemplar Nueva York, y no le importaba si a parte de Nueva York le gustaba contemplarla a ella.

—Me lo he pasado bien —dijo él

—Yo también —contestó ella, y lo dijo con la franqueza suficiente para que no contara como mentira.

—Te llamaré.

—Genial.

Tal vez la llamara, tal vez no. Tampoco importaba mucho.

Como ella no se tomó la molestia de levantarse, el chico buscó la salida por su cuenta. Cuando Simone oyó el ruido de la puerta, cogió un camisón y salió a toda prisa para echar la llave del piso.

Quería ducharse, así que entró en el baño que compartía con Mi en aquel minúsculo apartamento. El hecho de que dispusiera de dos dormitorios y se encontrara razonablemente cerca del campus compensaba que estuviera en un cuarto piso sin ascensor, que el agua caliente fuese poco fiable y el robo del alquiler.

Pero estaban juntas, en Nueva York. A veces se olvidaban de buscar el fantasma de la amiga que no estaba allí.

Simone se quitó el olor del sexo metiendo la cabeza bajo el escaso chorro de agua tibia de la ducha. Llevaba el pelo muy corto, con la nuca despejada, y hacía poco que se lo había teñido del morado de una berenjena madura.

Hacía que se sintiera diferente. Parecía que se pasara la vida buscando algo que la hiciera sentirse distinta de la muchacha de Rockpoint, Maine. Algo que consiguiera que un día se mirase en el espejo y pensara: Oh, ¡ahí estás!

Le gustaba Nueva York, las multitudes, las prisas, el ruido, el color. Y sí, claro, la libertad de las críticas, preguntas y expectativas de los padres.

Pero sabía que había ido allí para cumplir el sueño de Tish.

Le gustaba Columbia, se había matado a trabajar para entrar, pero sabía que lo había hecho para formar parte del sueño de Mi.

Era incapaz de encontrar su propio sueño, ni siquiera estaba segura de tenerlo.

Sin embargo, estar allí, viviendo de sueños prestados, era mejor que quedarse en casa, donde todo se lo recordaba. Donde su madre miraría con desaprobación y perplejidad el color de pelo que había elegido, y su padre, con esa continua expresión de preocupación en la cara, le preguntaría de forma desenfadada cómo se encontraba.

Estaba bien. ¿Cuántas veces tenía que repetirlo? Era Mi quien seguía sufriendo ataques de ansiedad y pesadillas, aunque ya con menos frecuencia.

Simone había hecho todo lo posible para enterrar aquella noche junto con Tish. Desde el momento en que Mi salió del hospital, Simone no volvió a leer nada relacionado con aquel día, ni a ver los reportajes que se emitían. En los aniversarios, no veía ni leía ninguna noticia por si se topaba con alguna mención.

Solo iba a casa durante las vacaciones de invierno y una semana en verano (y esa semana la pasaba en la isla con CiCi). Cuando no estaba en clase, estaba trabajando. Cuando no estaba en clase ni trabajando, ligaba... mucho.

Al salir de la ducha, se envolvió en una toalla de baño (algodón egipcio, cortesía de su madre) y limpió el diminuto espejo que había encima del lavabo, también diminuto.

No, pensó, todavía no. Vio a una chica con la mirada cansada y el pelo mojado; nada más.

Colgó la toalla y se puso el camisón. Cuando salió del baño, vio a Mi en su patética cocina poniendo una tetera en uno de los dos fogones.

—¿No puedes dormir?

—Estoy inquieta. He oído la puerta.

Mi se había dejado el pelo largo, su melena era una cascada negra y lisa. Cuando se volvió, Simone vio otra mirada cansada.

—Lo siento.

—No importa. ¿Lo conozco?

—No creo. Tampoco importa. —Simone entró en la cocina y sacó dos tazas
—. La música estaba bien, y no bailaba mal. Ojalá hubieras venido conmigo.

—Tenía que estudiar.

—Estás clavándolo todo... otra vez.

—Porque estudio.

Simone esperó mientras Mi enredaba con el té.

—Pasa algo, te lo noto.

—Me han aceptado en un programa estival de investigación.

—¡Eso es genial! ¿Como el del verano pasado? Doctora Jung, ingeniera biomédica.

—Ese es mi sueño. No es del todo como el del verano pasado. Este programa es en Londres.

—¡Joder, Mi! —Simone agarró a su amiga y la hizo bailar por toda la habitación—. ¡Londres! Te vas a Londres.

—No es hasta finales de junio, y... mi familia me ha pedido que vaya a casa antes, que me quede con ellos desde el final del semestre hasta que me vaya a Londres. Tengo que hacerlo por ellos.

—Vale. —Tal vez el alma se le cayó un poco a los pies, pero Simone asintió.

—Ven a casa conmigo. Ven a casa, Simone.

—Tengo que trabajar...

—Odias ese trabajo —la interrumpió Mi—. Si quieres ser camarera en una cafetería de mierda, puedes hacerlo en cualquier parte. Aquí no eres feliz. En Columbia no te va mal, pero la universidad no te hace feliz. Te acuestas con tíos que tampoco te hacen feliz.

—Rockpoint no va a hacerme feliz.

Delgada, menuda, con la elegancia de una gimnasta, Mi se concentró de nuevo en preparar el té.

—Tienes que descubrir qué te hace feliz. Estás aquí por mí y por Tish, y yo no voy a estar aquí en todo el verano. Deberías descubrir qué te hace feliz. Tu arte... ¡No hagas eso! —exclamó cuando Simone puso los ojos en blanco—. Tienes talento.

—CiCi tiene talento. Yo solo estoy jugando un poco.

—¡Pues deja de jugar! —volvió a espetarle Mi—. ¡Deja de jugar, deja de hacer el gilipollas, deja de follar con cualquiera!

—Uau. —Simone cogió la taza de té que ya no quería y se apoyó en una nevera fabricada el siglo anterior—. Me gusta jugar, hacer el gilipollas y follar con cualquiera. No pienso pasarme la vida estudiando, investigando, encerrada en un laboratorio porque no quiera tener vida. Por Dios, ¿cuándo fue la última vez que echaste un polvo?

—Ya echas tú por las dos.

—A lo mejor si te tiraras a alguien no estarías tan amargada. No vas a fiestas, no vas a discotecas, llevas meses sin salir con nadie. De la universidad a los laboratorios y luego a este apartamento asqueroso. Feliz, y una mierda.

Mi la fulminó con la mirada y cerró el puño.

—Yo pienso hacer algo con mi vida. No morí, y pienso hacer algo con mi vida. Soy feliz. A veces soy casi feliz, y a veces lo soy del todo. Pero sé que estoy esforzándome por algo, y veo que mi mejor amiga pasa de todo.

—Voy a clase, voy a trabajar, voy a discotecas. ¿A qué viene eso de qué paso de todo?

—Vas a clase, pero ninguna asignatura te importa lo suficiente para hacer algo más que aprobarla. Vas a trabajar a un sitio que no significa nada para ti en lugar de buscar algo que sí. —Entonces se desbordó, como una riada por un dique roto—. Vas a las discotecas porque no soportas estar sola, callada durante más de una hora. Y te enrollas con tíos a los que no tienes intención de

volver a ver precisamente porque no tienes intención de volver a verlos. No implicarte ni involucrarte en nada ni con nadie es la puñetera definición de pasar de todo.

Simone sonrió con suficiencia y desdén.

—Pues no veas cómo me he implicado con el tipo que acaba de irse.

—¿Cómo se llama?

Austin, Ángel, Adam... mierda, mierda, mierda.

—Ansel —recordó.

—Te ha costado. Has traído a un tío a casa, te lo has tirado y, al cabo de menos de una hora, te ha costado recordar su nombre.

—¿Y qué? ¿A ti qué cojones te importa? Si tan puta soy, ¿qué más te da lo que haga, lo que sienta?

—Me importa porque eres mi puta, ¡joder!

Simone abrió la boca para escupir ira, pero se le escapó la risa. Mientras Mi la miraba con la cara colorada y brillante de rabia y lágrimas de furia chispeándole en los ojos, la risa se convirtió en una carcajada.

Cuando su amiga soltó un resoplido ofendido, Simone brindó con el té.

—Tengo que hacerme una camiseta. «Soy la puta de Mi-Hi.» —Se golpeó el pecho con la mano libre.

Mi se secó las lágrimas rabiosas y lo absurdo de la situación le arrancó una risa llorosa.

—Y la llevarías con orgullo.

—¿Y por qué no iba a llevarla con orgullo?

—Mierda, Sim. —Mi dejó a un lado su taza de té y se frotó la cara con las manos—. Te quiero.

—Lo sé. Lo sé.

—Estás desperdiciando tu vida, te matriculas en asignaturas en cuyas clases casi podrías quedarte dormida.

—Yo nunca llegaré a ser una puñetera ingeniera biomédica, Mi. En esta vida, la mayoría seguimos intentando aclararnos.

—Las únicas asignaturas por las que has demostrado verdadero interés son las relacionadas con el arte. Así que concéntrate en eso y aclárate. Te estás echando a perder en un trabajo que no te gusta, que no necesitas, para el que estás tan ridículamente sobrecualificada que deberías dirigir el negocio.

—No quiero dirigir el negocio. Hay mucha gente a la que no le gusta su trabajo. Y lo necesito porque debo pagar al menos parte de mis gastos.

—Entonces busca un trabajo que te guste. Pierdes el tiempo acostándote con hombres que no te importan.

Entonces fue Simone la que tuvo que enjugarse las lágrimas.

—Ahora mismo no quiero que me importe nadie. Y no sé si querré en algún momento. Me importas tú, me importa mi familia, y no doy para más.

—Creo que es triste que yo te valore más que tú misma, así que es bueno que esté por aquí para hacerte la puñeta.

—Se te da muy bien.

—Soy la presidenta del Club Puñeta. A ti apenas se te puede considerar miembro honorario. Tómate el verano libre, Sim. Podríamos ir juntas a la playa hasta que me marchara a Londres. Podrías pasar una temporada con CiCi, incluso dejar que te llevara a Europa como quería hacer cuando te licenciaras. Podríamos subarrendar el apartamento. No te quedes aquí sola.

—Me lo pensaré.

—Eso es lo que dices cuando quieres que cierre la boca.

—Puede ser. Mira, estoy cansada y tengo que estar en la cafetería a las ocho para hacer ese trabajo que no me gusta. Quiero dormir un poco.

Mi asintió y tiró al fregadero el té que ninguna de los dos se había terminado.

Simone conocía la naturaleza de ese silencio, y transmitía ansiedad.

—¿Dormimos juntas? —sugirió.

El alivio relajó la tensión de los hombros de Mi.

—No estaría mal.

—Pero en tu virginal cama, por razones evidentes. —Rodeó a Mi con un brazo mientras se dirigían hacia su dormitorio—. Tengo el número de Aaron. A lo mejor tiene algún amigo.

—Has dicho que se llamaba Ansel.

—Mierda.

Se acostaron en la cama de Mi y se acurrucaron para reconfortarse.

—La echo de menos —murmuró Mi.

—Lo sé. Yo también.

—Creo que me sentiría distinta en Nueva York, solo por estar aquí, si ella también estuviera. Si Tish estuviera aquí, seríamos diferentes.

Todo sería distinto, pensó Simone.

Soñó con ello, con sentarse junto a Mi y ver a Tish, viva y vital, sobre un escenario. Bajo los focos. Dominando la situación.

Soñó con Mi trabajando en su laboratorio, segura y brillante con su bata blanca.

Y cuando los sueños se volvieron introspectivos, se vio sentada en una balsa en mitad de un mar tranquilo y silencioso. A la deriva, sin rumbo.

Se despertó y volvió a la realidad de servir a la gente de la universidad cafés sofisticados y caros que casi siempre pagaban con la tarjeta de crédito que les habían dado sus padres... y ni por esas se molestaban en dejar una propina decente.

Cuando le tocó, por segunda vez aquella semana, limpiar el inodoro del baño unisex, volvió a mirarse con detenimiento en el espejo.

Sabía que el gilipollas del encargado le endilgaba la limpieza del baño el

doble de veces que a cualquier otro porque ella se negaba a acostarse con él. (Estaba casado y tenía por lo menos cuarenta años y coleta, así que puaj.)

—Pues que le den —se dijo.

Dejó atrás aquel olor a lejía y limones de mentira, y se adentró en el zumbido constante de las máquinas de café expreso y de las conversaciones que pontificaban sobre política o se quejaban de relaciones.

Se quitó el ridículo delantal rojo, cuyos gastos de lavandería corrían a su cuenta, y sacó el bolso de la taquilla esmirriada, cuyo alquiler también salía de su patético sueldo.

El encargado Gilipollas la miró con desprecio.

—No es tu hora de descanso.

—Te equivocas. Es mi hora de descanso. Lo dejo.

Dio unos pasos hacia el mundo de ruido y color, y se dio cuenta de que sentía algo que había echado de menos durante demasiado tiempo.

Se sentía feliz.

Seis meses después de licenciarse en la Academia, Reed estaba patrullando con Toro Stockwell. El agente Tidas Stockwell se había ganado el apodo de «Toro» no solo por su físico, sino también por su personalidad. Veterano con quince años de experiencia, era mal hablado, muy duro y aseguraba tener un olfato capaz de detectar mentiras a tres kilómetros de distancia.

Existían varios capotes rojos que provocaban sus embestidas, entre ellos: todo lo que considerase antiestadounidense (un concepto variable), los gilipollas (una amplia gama de requisitos) y los hijos de puta. Sus principales candidatos a hijos de puta eran cualquiera que hiciera daño a los niños, pegara a las mujeres o maltratara a los animales.

Toro no había votado a Obama —de hecho, no había votado a un demócrata

en su vida y no veía razón para cambiar—, pero era el presidente de Estados Unidos y, como tal, contaba con su respeto y lealtad.

No tenía ni un pelo de intolerante. Sabía que los gilipollas y los hijos de puta eran de todos los colores y credos. Puede que no acabara de entender el rollo gay, pero en realidad no le importaba una mierda si lo eras o no. Pensaba que si querías correrte con alguien con el mismo físico que tú, era asunto tuyo.

Tenía dos divorcios a sus uniformadas espaldas —y una hija de diez años, fruto de su primer matrimonio, a la que adoraba sin tapujos— y era dueño de un gato tuerto y con una sola pata que había rescatado tras una redada antidroga.

La mayoría de los días reprendía verbalmente a Reed por ser demasiado estúpido, demasiado lento, universitario y un novato tonto del culo. Y en los seis meses que llevaba trabajando con él, Reed había aprendido más sobre los entresijos y la parte sucia del trabajo policial que en todas las clases de la universidad o los meses en la Academia.

Desde luego había aprendido, cuando respondían a una llamada por altercado doméstico, a interponerse entre Toro y el agresor (masculino) antes de que el capote rojo hiciera que su compañero empezara a patear el suelo y resoplar.

Así que, cuando llegaron a un posible altercado doméstico en una casa adosada que ya habían visitado cuatro veces por la misma razón, Reed se preparó para cumplir con su cometido.

—Ahora ella tiene una orden de alejamiento contra él, así que lo tengo pillado por los huevos.

Reed recordó que la «ella» en cuestión, una tal LaDonna Gray, había vuelto con su marido, un tal Vic Gray, después de que este le pusiera un ojo morado y le partiera el labio, y de nuevo tras un brazo roto y un caso claro de violación conyugal.

Pero el tercer incidente, cuando le pegó hasta dejarla inconsciente y arrancarle dos dientes dos meses después de que diera a luz, había sido el detonante de la orden de alejamiento.

—Más le vale no haber tocado a ese bebé.

Toro se remangó los pantalones cuando enfilaron el sendero helado y lleno de nieve medio derretida que llevaba a la puerta.

De la casa contigua salió corriendo una mujer.

—¡La está matando! Juro que esta vez la está matando.

Entonces Reed lo oyó: los gritos, las voces, los berridos del bebé.

Le dio tiempo a pensar: Uf, mierda.

También vio que ya habían forzado la puerta principal.

Entró con su compañero, detectó los signos de violencia en la planta baja: la mesa volcada, una lámpara rota.

En la planta de arriba, el bebé gritaba como si le hubieran clavado un taladro en el oído, pero los gritos, los tacos, los sollozos y los golpes procedían de la parte de atrás de la casa.

Reed avanzó más rápido que Toro —era más joven y tenía las piernas más largas— y tuvo tiempo de ver a Vic Gray salir a toda prisa por la puerta trasera. La mujer yacía gimiendo, sollozando y sangrando en el suelo de la cocina.

—Yo me encargo de él.

Reed salió disparado por detrás. Mientras corría, dio el aviso.

—Agente Quartermaine en persecución de un sospechoso de agresión. El sospechoso es Víctor Gray, varón, caucásico, veintiocho años, se dirige al sur a pie por Prospect. El sospechoso mide uno setenta y cinco y pesa ochenta kilos. Lleva una parka negra, gorro de lana rojo, vaqueros. Gira hacia el este por Mercer.

Gray atajó por un patio, se abrió camino por los veinte centímetros de nieve

que habían caído la noche anterior, y se encaramó a una valla. Reed pensó que sería mucho más rápido si llevara puestas sus Nike y no los zapatos del uniforme.

Su aliento formaba nubes visibles cuando saltó la valla y se dejó caer en la nieve. Oyó gritos y aumentó la velocidad. Por algo había ganado medallas de atletismo en el instituto.

Vio a una mujer tirada en la nieve en el jardín trasero de su casa, junto a un muñeco de nieve a medio hacer. Le salía sangre de la nariz y se aferraba a un crío que lloraba a pleno pulmón.

—¡Ha intentado llevarse a mi hijo!

Reed continuó corriendo, vio que Gray giraba de nuevo hacia el este e informó mientras acortaba la distancia que los separaba. Saltó otra valla y vio que Gray se dirigía hacia la puerta abierta de otra casa adosada, de cuyo interior brotaban música y la risa de una mujer.

Reed oyó que la mujer decía: «No me hace falta ver lo bien que has quitado la nieve del patio. Cierra la puerta. ¡Hace frío!».

Lo único que pensó: No va a entrar ahí y herir a alguien más. Reed no era la estrella del fútbol que quería su padre, pero sabía hacer placajes.

Saltó y agarró a Gray por las rodillas en el estrecho patio que había delante de la puerta abierta.

Gray gritó cuando su cara se deslizó por la piedra.

—¡Eh, eh! ¿Qué coño pasa? —Un hombre salió de la casa adosada con una copa de vino en una mano y un iPhone en la otra—. Dios, sangra por todas partes. Lo estoy grabando. Lo estoy grabando. Esto es brutalidad policial.

—Adelante, grábelo. —Sin aliento, con los huesos también doloridos por el golpe, Reed sacó las esposas—. Adelante, grabe al cabrón que le ha dado una paliza tremenda a su esposa a unas manzanas de aquí, que ha agredido a una

segunda mujer y ha tratado de secuestrar al hijo de esta para utilizarlo como rehén. Al tipo que iba directo a su casa.

»Lo tengo —informó por radio—. Sospechoso retenido, puede que requiera atención médica. ¿Cuál es la dirección exacta?

—No tengo por qué decírtelo, capullo.

—Cállate, Jerry. —La mujer de la risa apartó al hombre del teléfono de un empujón—. Es el 5237 de Gilroy Place, agente.

—En la parte de atrás del 5237 de Gilroy Place. Gracias, señora. Víctor Gray, queda arrestado por agresión, dos cargos, por lesiones. —Cerró las esposas en torno a las muñecas de Gray—. Por intento de secuestro de niños, resistencia a la autoridad y violación de los términos de una orden de alejamiento.

—Ese hombre tiene derechos.

Reed levantó la vista.

—¿Es usted abogado, señor?

—No, pero sé...

—Entonces ¿por qué no deja de interferir en asuntos policiales?

—Está en una propiedad privada.

—En mi propiedad —dijo la mujer—, así que cállate de una vez, Jerry. Usted también sangra un poco, agente.

Reed notaba el sabor de la sangre en la boca, el escozor en las palmas de las manos.

—Estoy bien, señora. Víctor Gray, tiene derecho a permanecer en silencio.

Mientras continuaba recitando la advertencia de Miranda, Jerry sonrió con arrogancia.

—Has tardado.

—¿No es abogado? —Reed puso a Gray de pie—. Solo un capullo integral.

—¡Pienso presentar una queja!

—Se acabó. Fuera. Largo de mi casa, Jerry.

Reed oyó las sirenas mientras la mujer daba su merecido al gilipollas. Como ella parecía tener la situación bajo control, Reed guio al agarrotado Gray hacia la parte delantera de la casa.

—Voy a ponerte una demanda que te vas a cagar —murmuró Gray.

—Sí, por favor, Vic.

LaDonna Gray había sufrido tres fracturas de costilla, una fractura de muñeca, una fractura nasal, dos ojos morados, un pómulo destrozado y varias lesiones internas. Su hijo salió ileso.

Sheridan Bobbett, la mujer que jugaba con su hijo de dos años en el patio, presentaba lesiones leves, y el crío, varios moratones en los brazos y hombros. Según su declaración, Gray entró a toda velocidad en su jardín y la tiró al suelo. Ella le plantó cara cuando intentó arrancarle a su hijo de los brazos, y después el hombre salió huyendo cuando un agente de policía saltó la valla en su persecución.

Eloise Matherson, residente en el 5237 de Gilroy Place, actuó como testigo presencial del derribo y el arresto, y declaró que, por la puerta abierta, vio al hombre identificado como Victor Gray corriendo hacia su casa, que vio que el agente lo placó a solo medio metro de su puerta y lo esposó cuando Gray intentó resistirse. Expresó su gratitud hacia el agente que había impedido que un hombre violento entrara en su casa.

Y le dio a Reed su número a hurtadillas.

Toro endosó el papeleo a Reed (así iban las cosas para los novatos), y este le oyó hablar con el hospital para saber cómo estaba LaDonna Gray.

Para cuando Reed terminó con el papeleo, el vídeo del móvil de Jerry el Capullo ya había llegado a los programas de noticias locales.

Reed aguantó las provocaciones (así eran las cosas para los policías), se

avergonzó un poco de la fría expresión de ira que vio en su rostro y supuso que su inspector le echaría la bronca por haber llamado capullo a aquel tío.

—Ya estás en internet, Quartermaine.

Otro de los agentes de uniforme dio unos golpecitos a la pantalla de un ordenador.

—En el blog de McMullen.

—Mierda.

—Mira, si te llama «joven y buenorro», y...

—¿Qué?

—Menciona lo del centro comercial DownEast. No te preocupes, novato. Nadie lee sus chorradas.

Todo el mundo las leía, pensó Reed. Incluso los policías. Al igual que muchas personas habían leído el libro que había publicado el año anterior, *Masacre en DownEast*. Con su influencia, las probabilidades de que el puñetero vídeo del móvil se hiciera viral (a nivel nacional) alcanzaban niveles estratosféricos.

Supo que el rumor ya se había extendido cuando Essie, para entonces la detective McVee de la policía de Portland, entró y lo señaló.

Lo llevó hasta la sala de reuniones, que en aquellos momentos estaba vacía.

—¿Estás bien?

—Sí, claro.

—Algo te ha dejado marca. —Le acercó un dedo a la mandíbula magullada.

—Me di con su coronilla al derribarlo. No pasa nada.

—Ponte un poco de hielo. La prensa va a darle algo de bombo a esto. Joven héroe del centro comercial DownEast se convierte en heroico policía... y con garra. Y así.

Se pasó las manos por el pelo, cortado a lo militar, tal como su sargento insistía en que contuviera su alocada melena rizada.

—Mierda, Essie.

—Lo superarás. Tu sargento te echará un ligero rapapolvo por lo de «capullo». Pero tanto él como todos los policías de Portland y alrededores te aplaudirán en secreto. No te preocupes por eso, y no te preocupes por McMullen ni por el resto de los medios. No te metas en líos y haz tu trabajo.

—Bueno, es lo que estaba haciendo —señaló.

—Cierto. Y lo que mostraba el vídeo del capullo era a un policía haciendo su trabajo, manteniendo la compostura y el control, salvo por una palabra murmurada, una que el vídeo también deja claro que dicho capullo se había ganado a pulso. Lo hiciste bien, Reed, y quería que lo oyeras de mí, ya que siento que tuve algo que ver con que decidieras ponerte este uniforme.

—Tuviste mucho que ver. Sentí... Tenía que pillarlo. Cuando vi a esa mujer sangrando en el suelo, tenía que pillarlo. No fue como un flashback. No volví a aquella noche ni nada parecido, pero fue como cuando supe que tenía que coger a aquel crío.

—Instinto, Reed. Tienes instinto. —En señal de aprobación, Essie fingió que le daba un puñetazo en la mandíbula magullada—. Sigue sirviéndote de él y aprende de Toro. A pesar de sus chorradas, ese cabrón es de fiar.

—No para de pincharme... pero no me quejo... demasiado. Trató a LaDonna Gray con mucha delicadeza. Supongo que eso es algo que estoy aprendiendo de él, a tratar a las víctimas para que no se sientan tan victimizadas.

—Eso está bien. ¿Y si te vienes a cenar la semana que viene?

—No me iría mal. ¿Sigues saliendo con ese profesor?

—Menudo policía estás hecho.

Levantó la mano izquierda y movió los dedos para enseñarle el anillo.

—Joder, Essie. —Hizo ademán de tender los brazos hacia ella, pero se detuvo—. No puedo abrazar a una detective en la comisaría. Tendrá que esperar. Es un tipo con suerte.

—Por supuesto. Si necesitas hablar, ya sabes a quién llamar. Te enviaré un mensaje para lo de la cena.

Reed se fue directo al vestuario para quitarse el uniforme. Su turno había acabado antes de que rellenara el papeleo. Se encontró a Toro, que estaba colgando la chaqueta de su uniforme.

—¿Has terminado de darte besitos con la Oficina de Investigación?

—No puedo besarla. Acaba de comprometerse.

—Uf. Los policías deberían saber que no les conviene casarse. —Se puso una camiseta blanca y lisa—. Joder, ¿has llamado capullo a un testigo civil cuando sabías que te estaba grabando?

—Está grabado, así que sería ridículo negarlo.

—Vaya. —Toro se miró en el espejo de su taquilla y se pasó una mano por el pelo, cortado a cepillo—. Pues parece que voy a tener que invitarte a una cerveza. —Cerró la taquilla—. Puede que al final llegues a ser un policía medio decente.

Patricia Jane Hobart devoró el blog de McMullen junto con un cuenco de palitos de verduras acompañados con un montón de humus.

Había sido una niña gordita cuya madre solía malcriarla con galletas, pasteles y sus M&M favoritos. Sus aficiones —los ordenadores, leer, ver la televisión y, de vez en cuando, jugar a videojuegos— combinaban bien con su apetito. No era raro que se tomara un paquete entero de Oreos —prefería las que llevaban doble relleno, recién sacadas de la nevera— y un litro de Coca-Cola cuando estaba inmersa en la lectura de una novela de espías, policíaca o, a veces, romántica, o poniendo a prueba sus habilidades como pirata informática.

Mientras su padre (un paleta fracasado) y su madre (una idiota desgraciada) se peleaban hasta reducir su matrimonio a polvo, ella disfrutaba poniendo a uno en contra del otro y cosechando el fruto de más caos... y más galletas.

A los doce años pesaba más de setenta y dos kilos con una estatura de uno sesenta.

Manipulaba a profesores y vecinos con la misma astucia que a sus padres, poniéndose la máscara de niña estoica a la que acosaban sus compañeros. Era cierto que la acosaban, pero ella lo buscaba y se aprovechaba de ello.

Mientras los adultos la acariciaban y la mimaban, ella planeaba y ejecutaba la venganza con un sigilo y una determinación que hasta un operativo de la CIA admiraría.

El chico que le había puesto el apodo de Patty la Cerda salió volando de su

bicicleta y cayó de cabeza cuando la cadena que ella había saboteado se rompió.

Patricia consideró que la fractura de mandíbula, los dientes rotos, la estancia en el hospital y los miles de dólares en dentistas que tuvieron que desembolsar sus padres eran casi venganza suficiente.

La cabecilla de las chicas que le habían robado las bragas mientras estaba en la ducha después de gimnasia, y que luego hicieron gala de una gran creatividad al pegarlas en el dibujo de un elefante que colgaron en el tablón de anuncios, estuvo a punto de morir cuando los cacahuets que Patricia molió y le echó a escondidas en el termo de cacao caliente le causaron un choque anafiláctico.

Para cuando llegó a la adolescencia, Patricia ya era una virtuosa de la venganza.

De vez en cuando reclamaba la ayuda de su hermano, la única persona en el mundo a quien quería casi tanto como a sí misma. Lo implicaba en sus artimañas —e incluso lo ayudaba a tramar alguna— lo justo para mantener la fortaleza de su vínculo tras el divorcio.

Odiaba que JJ viviera con el inútil de su padre y odiaba que su hermano lo prefiriera así. Entendía por qué: podía hacer lo que le diera la gana sin repercusiones, beber cerveza y fumar hierba a hurtadillas mientras ella tenía que aguantar a la mártir plañidera de su madre.

Pero JJ dependía de ella. No era especialmente listo, así que requería su ayuda con los deberes. Le costaba controlar sus impulsos y necesitaba que ella le recordara que la venganza funcionaba mejor cuando se planeaba hasta el último detalle.

Y no había nada de lo que Patricia disfrutara más que de una venganza planeada hasta el último detalle.

A los diecisiete años, su hermano mostraba al mundo con excesiva

frecuencia la bestia furiosa, violenta y resentida que llevaba dentro. Por el contrario, la fachada de niña con problemas de sobrepeso, tranquila y estudiosa de Patricia ocultaba a una psicópata astuta y brutal.

Perfectamente consciente de que los adolescentes —y ella incluía a todos los hombres en esa categoría— serían capaces de meter la polla donde fuera, se acostaba tanto con Whitehall como con Paulson. Era una forma de controlarlos —eran herramientas útiles— y de hacerles creer que la controlaban.

JJ lo sabía, pero la sangre tiraba más.

Patricia ideó el plan. Un tiroteo masivo que sacudiría no solo el núcleo de la comunidad que ella despreciaba, sino la ciudad, el país entero. Trabajó en él durante meses, seleccionando y rechazando ubicaciones, puliendo sin parar el ritmo, el armamento.

No se lo dijo a nadie, ni siquiera a JJ, hasta que se decidió por el centro comercial. El centro comercial, donde las adolescentes que la trataban como si fuera basura se movían en manada. Donde los padres perfectos con sus hijos perfectos comían pizza e iban al cine. Donde las personas mayores que deberían morirse de una puta vez caminaban con un feo chándal o circulaban en escúter.

Llegó a la conclusión de que el centro comercial era el lugar perfecto para vengarse de todos y de todo lo que repudiaba.

Aun después de contárselo a JJ, lo obligó a jurar que lo mantendría en secreto. No podía decírselo a nadie, no podía anotar nada de lo que hablaban. Cuando llegara el momento, cuando ella lo tuviera todo a punto, todas las contingencias controladas, podrían implicar a sus dos amigos.

Hizo muchísimos kilómetros en aquel centro comercial, se sumó a aquellos ancianos repugnantes que hacían ejercicio antes de la hora de apertura de las tiendas y se convirtió en su mascota.

Sacó fotografías, trazó mapas, estudió las medidas de seguridad del centro comercial. Perdió algo de peso para que le sirviera de coartada y le ordenó a JJ que consiguiera un trabajo a media jornada en el centro comercial.

Su hermano eligió el cine, así que Patricia le asignó ese sector.

Según sus cálculos, podría dar luz verde a la Operación Nacido para Matar a mediados de diciembre, lo que le permitiría calibrar con anterioridad todos los obstáculos y aprovechar las multitudes de compradores navideños para lograr el mayor impacto posible.

Se cargarían a cientos.

Pero entonces JJ apretó el gatillo, y no en sentido metafórico. Sin decírselo siquiera.

Con todo lo que había trabajado ella y su hermano dejó que lo dominasen sus impulsos. Patricia se enteró del tiroteo por medio de un boletín informativo local que interrumpió una reposición de *Friends*.

Había tenido que salir pitando para destruir sus notas, los mapas, las fotos, hasta la última prueba de su trabajo de los seis últimos meses. Escondió su portátil en el cobertizo ruinoso de un vecino. Había comprado el ordenador — que utilizaba en exclusiva para el proyecto del centro comercial— en efectivo durante una visita a la enorme y elegante casa de sus abuelos en Rockpoint.

La policía iría a verlas, lo sabía. Las interrogarían a ella y a su madre, registrarían de arriba abajo aquella casa destartada y situada en un mal barrio. Hablarían con los vecinos, los profesores, otros alumnos.

Porque pillarían a JJ. Aunque su hermano hubiera seguido el plan tal como ella lo tenía trazado hasta el momento, lo pillarían. Él no la delataría, pero los idiotas de sus amigos, sí.

Aunque eso sería lo único que tendrían los policías, la palabra de dos imbéciles contra la de una estudiante de matrícula de quince años sin una sola mancha en su expediente.

Mientras caminaba de un lado para otro con nerviosismo, a la espera del siguiente telenoticias, calculó lo que diría, cómo reaccionaría, hasta la última palabra, hasta la última expresión, el lenguaje corporal.

La conmoción y un dolor profundo y genuino la hicieron desplomarse contra el suelo cuando el reportero de mirada lúgubre anunció que los tiradores, que se creía que eran tres, estaban muertos.

JJ no. La única persona en el mundo que la conocía y a la que no le importaba una mierda no. Su hermano no.

El dolor se convirtió en un único lamento. Pero entonces lo acalló. Se lo reservaría para la policía. Se lo reservaría para la idiota de su madre cuando la policía la sacara de su segundo empleo (limpiando el despacho de una panda de abogados mentirosos).

Se lo reservaría para las cámaras.

Y cuando llegaron, cuando se lo notificaron y la interrogaron (con su temblorosa madre a su lado), cuando registraron la casa de arriba abajo y hablaron con los vecinos, vieron a una chica de quince años en estado de shock. Una chica que se aferraba a su madre y sollozaba. Una chica tan inocente como culpable era su hermano.

Como era de esperar, su madre se derrumbó, su padre montó en cólera y se aferró a la botella, que nunca había soltado. Patricia mantuvo la compostura, pidió a uno de los abogados del despacho donde limpiaba su madre que la ayudara a escribir una declaración que expresara su conmoción, horror y dolor, una declaración, insistió, con lágrimas en los ojos, que pidiera disculpas a todo el mundo.

Y como sus padres no lo soportaron, ella misma leyó la declaración entre sollozos ahogados.

Tuvieron que mudarse. Ocultó el portátil en una caja de peluches. No pudieron marcharse muy lejos; su madre necesitaba sus empleos y sus jefes no

la despidieron. Ella terminó el instituto en casa, con una tutora a la que pagaban sus adinerados abuelos paternos.

Patricia intentó pasar desapercibida y se guardó la venganza para sí, preparándose para servirla bien fría.

A los dieciocho años lucía unos perfectos cincuenta kilos con una estatura de uno sesenta y dos. Su familia atribuía la pérdida de peso inicial al estrés y la pena, pero Patricia había trabajado para convertirse en un arma flexible.

Tenía objetivos a los que matar y acumulaba expedientes sobre todos ellos.

Calculó que tenía el tiempo de su parte, y además debía acabar la universidad. Con su inteligencia y sus calificaciones estelares, tuvo numerosas opciones, pero se decidió por Columbia, ya que dos de sus objetivos, uno de ellos el principal, habían elegido estudiar allí.

¿Qué mejor manera de vigilar a la persona a la que consideraba la principal responsable, incluso más que la policía que le había disparado, de la muerte de su hermano?

Sin Simone Knox, los policías no habrían llegado tan rápido, no habrían entrado en el cine, no habrían matado a su hermano. Él se habría marchado por donde había llegado, de no ser por Simone Knox.

Patricia podría haber matado a Knox y terminado el trabajo de JJ con su amiguita asiática miles de veces. Pero el plato todavía no estaba lo bastante frío.

Y no serían ni por asomo las primeras en pagárselas.

En la cadena trófica de su venganza, sus padres eran los primeros. Pero en aquel momento, mientras leía el blog de McMullen en el estudio que pagaban sus abuelos —¡era incapaz de compartir piso!—, se lo replanteó.

La policía, no, y el joven héroe que también se había convertido en agente, tampoco. Ocupaban un puesto demasiado alto en la pirámide para desplazarlos

tan abajo. Pero tal vez, solo tal vez, pudiera seleccionar a uno de los menores, hacer una especie de prueba.

Continuó masticando el humus y los palitos de verduras en un apartamento situado frente al de su objetivo principal y comenzó el proceso de selección.

El 22 de julio de 2005, Roberta Flisk tenía treinta y seis años. Había ido al centro comercial con su hermana y su sobrinita para que le hicieran los agujeros en las orejas a Caitlyn, la pequeña, de diez años.

Tenían pensado concluir aquel rito de iniciación con unos helados. Pero cuando Caitlyn, ya con sus diminutos pendientes dorados, Shelby, cargada con la bolsa de la carísima solución desinfectante, y Roberta salieron de la tienda de bisutería, todo cambió.

Roberta se detuvo en un quiosco para comprar a su hijo unos juguetes de playa para el fin de semana largo que iba a pasar con sus abuelos. Su marido y ella también habían planeado marcharse de puente a Mount Desert Island, solos, con la esperanza de reavivar su matrimonio.

Más tarde, contaría a la policía, a su familia, a los periodistas, que había visto al chico identificado como Kent Francis Whitehall entrar en el centro comercial cuando su hermana, su sobrina y ella se dirigían hacia la misma puerta.

Pensó que Whitehall iba disfrazado para algún evento. Hasta que levantó el rifle. Su hermana fue la primera víctima del ataque.

En cuanto Shelby cayó, Caitlyn dio un grito y se desplomó contra el suelo, como su madre. Roberta se lanzó sobre su sobrina y su hermana. Whitehall le disparó dos veces (en el hombro izquierdo y en la pierna izquierda) antes de avanzar hacia otros objetivos.

Con su hermana muerta, su sobrina traumatizada, y las dos operaciones y los

meses de terapia, física y emocional, que habían requerido sus propias heridas, Roberta no se había cortado a la hora de hablar con la prensa.

Se convirtió en una defensora a ultranza del control de las armas de fuego. Ayudó a lanzar Por Shelby, una organización activista entregada a «soluciones seguras y sanas».

La web y la página de Facebook de la organización publicaban a diario el número total de muertes causadas por armas en el país, tanto asesinatos, como suicidios o accidentes.

Su matrimonio también murió, otra víctima del DownEast.

Dio discursos, organizó mítines y manifestaciones, apareció en televisión... siempre luciendo el medallón con forma de corazón que contenía una foto de su hermana.

En la tragedia se convirtió en una guerrera, en un nombre y un rostro, en una voz bien conocida no solo a nivel local, sino también nacional.

Por esa razón encajaba a la perfección en las necesidades de Patricia.

Esta dedicó un mes entero a estudiar, acechar, tomar notas y fotos, a planearlo. Volvió a Rockpoint a pasar la mayor parte del verano, en apariencia para estar con sus abuelos, y redactó informes meticulosos de los hábitos y rutinas de Roberta.

Al final le resultó ridículamente fácil.

Una mañana temprano, antes del amanecer, salió de la casa de sus abuelos sin que la vieran y corrió menos de un kilómetro hasta la de una amiga de su abuela. Después de ponerse una peluca rubia y corta y unos guantes de látex, extrajo la llave de repuesto del coche de la caja magnética que había debajo del guardabarros. Condujo, respetando el límite de velocidad con escrupulosidad, hasta el tranquilo vecindario de Roberta, aparcó y sacó de la mochila la pistola y el silenciador que había quitado a su padre mientras estaba inconsciente tras una de sus borracheras.

Al amanecer, como un reloj, Roberta salió por la puerta de atrás. En un día normal habría cruzado el jardín trasero y la puerta de la valla de un vecino para reunirse con la primera de sus dos compañeras de jogging matutino.

Pero esa mañana la esperaba Patricia.

Salió de detrás de un robusto arce rojo.

Cuando Roberta, que estaba ajustándose los auriculares, la miró sorprendida, Patricia la derribó con dos disparos rápidos en el pecho. El silenciador redujo el sonido a un «pum» inofensivo. El estallido del tercer disparo, un tiro mortal a la cabeza, sonó más fuerte, pero era necesario.

Sacó de la mochila el cartel que había hecho y lo arrojó al cuerpo de Roberta.

¡AQUÍ TIENES TU SEGUNDA ENMIENDA, ZORRA!

Recogió los casquillos y los guardó con el arma y el silenciador en la mochila. La luz trazaba vetas rojas y rosadas sobre el cielo oriental mientras Patricia conducía de vuelta a casa de la vecina y volvía a dejar la llave en su sitio.

Con la peluca y los guantes en la mochila, sacó los auriculares, se los puso y echó a correr.

No sentía... nada especial, reflexionó. Esperaba haber sentido cierta euforia o asombro. Algo. Pero no sentía nada, aparte de lo que solía experimentar cuando completaba con éxito una tarea imprescindible.

Un poco de satisfacción.

Corrió, tal como se había acostumbrado a hacer desde que observaba las rutinas matutinas de Roberta, hacia una panadería situada a kilómetro y medio de distancia.

Escuchó las noticias... y las especulaciones sobre que el visible y ruidoso

activismo de Roberta la había convertido en el objetivo de algún chiflado defensor del derecho a la posesión de armas.

Hora de esperar otra vez, decidió. Esperar, conspirar y estudiar. Pero ¿la prueba? La había bordado. Matar era sencillo si te limitabas a trazar un plan y seguirlo al pie de la letra.

Entró en la panadería y la recibió la enorme sonrisa de bienvenida de Carole, la mujer que abría todas las mañanas.

—Hola, Patricia. Justo a tiempo.

—¡Qué buen día! —Patricia le devolvió la sonrisa y continuó trotando con ligereza sin moverse del sitio—. Creo que hoy voy a llevarme tres magdalenas de manzana, Carole.

—Aquí tienes. Es un detalle por tu parte comprar un dulce a tus abuelos todas las mañanas.

—Son los mejores abuelos del mundo. No sé qué haría sin ellos.

Patricia sacó el dinero del bolsillo lateral de la mochila y, tras inclinarla un poco, abrió la cremallera del compartimento principal para guardar la bolsa de las magdalenas junto con la peluca y la pistola.

Llegó a casa y ocultó la peluca, los guantes, el arma y el silenciador. Después de una ducha rápida, llevó las magdalenas a la cocina y las puso en un cuenco pequeño sobre la encimera.

Acababa de empezar el café cuando entró su abuela.

—¡Ya has salido a correr! —exclamó, como hacía todos los puñeteros días.

—Me he levantado con el sol, y hace una mañana preciosa. Hoy magdalenas de manzana, abuelita.

—Nos malcrías demasiado, cariño. Estas magdalenas están de muerte.

Patricia se limitó a sonreír. Sí, los malcriaría todo lo posible y, cuando por fin murieran, se lo quedaría todo.

Podría hacer muchas cosas con ese todo.

Aquella noche Essie y su prometido organizaron una barbacoa de verano en el jardincito trasero de la casa que ella misma se había autoconvencido de comprar cuando ascendió a detective.

Tuvo que apretarse el cinturón, pero, madre mía, qué feliz la hacía tener una preciosa casa de tres habitaciones con un jardín pequeño y alegre.

Y desde que Hank se había ido a vivir con ella, el cinturón ya no apretaba tanto... y todo la hacía aún más feliz.

En aquel momento tenía una casa y un jardín lleno de policías y profesores, además de unos cuantos familiares y vecinos. Y todo estaba saliendo a pedir de boca.

Hank, para ella una visión adorable con su perilla bien cuidada, sus gafas de erudito y su delantal de «Cocino a cambio de sexo», estaba al mando de la parrilla. También había preparado la ensalada de patata, los huevos rellenos y otros entrantes. Ella había pelado y picado, incluso removido, pero el delantal de Hank decía la verdad... y había demostrado ser un cocinero buenísimo.

Essie se sirvió un margarita —los cócteles sí que se le daban bien— y observó al hombre al que amaba, que bromeaba con su excompañero.

Barry y ella no se habían distanciado a nivel personal cuando Essie cambió el uniforme por una placa dorada. La tranquilizaba ver lo bien que se llevaban su chico y aquel policía, por el que sentía cariño y respeto.

Tal vez la sorprendiera que se entendieran, incluso que ella se llevara bien con el profesor Coleson, el especialista en Shakespeare que lucía unas elegantes gafas con montura de carey.

Desde luego, Essie no estaba buscando una relación, y solo había acudido a la cita a ciegas (la primera y la última de su vida) porque una amiga había vencido su resistencia a base de darle la lata.

En los entrantes se había quedado embelesada con su apariencia; en el plato

principal, con su sinceridad, y para los postres la lujuria se había apoderado de ella.

Y con la patética excusa de «tomar la última copa», una expresión que Essie no había usado hasta entonces, habían acabado en la cama.

Cuando a la mañana siguiente él le preparó el desayuno, Essie salvó la distancia que la separaba del amor.

Se acercó a la parrilla y todo su cuerpo sonrió cuando él se inclinó para darle un beso despreocupado.

—¿Necesitas ayuda?

—En cuanto ponga estas hamburguesas en la bandeja, puedes llevártelas a la mesa, y también los perritos calientes.

—Vale. ¿Te has comido ya tu perrito incinerado, Barry?

—Me he comido dos. La casa está preciosa, Essie. El problema es que Ginny ha echado un vistazo y ha empezado a quejarse de que nosotros no tengamos unos macizos de flores tan bonitos.

—Necesita una Terri. —Essie señaló a una rubia llena de energía que corría detrás de un par de gemelos de corta edad—. Nuestra vecina de al lado es un genio con las plantas. Nos está enseñando.

—Ha evitado varios asesinatos de flora este verano —agregó Hank—. Essie está empezando a cogerle el truco a lo del jardín. Lo mío sigue siendo cuestionable. Aquí tienes, preciosa. —Sirvió las hamburguesas en la bandeja y añadió los perritos calientes.

—Listo, esto debería entretener a las hordas un rato. Deberías descansar un poco y comer algo, Hank.

—Buena idea. ¿Y si antes nos tomamos una bebida fría para adultos, Barry?

—Cuenta conmigo.

Essie zigzagueó hacia la mesa y por el camino perdió unas cuantas

hamburguesas y perritos calientes que la gente le fue arrebatando directamente de la bandeja en movimiento.

La dejó en la mesa y cogió el cuenco de ensalada de patatas, ya casi vacío, para llevárselo a la cocina, junto con una fuente que había contenido rodajas de tomate (del jardín de Terri), y rellenarlos.

Se encontró a Reed apoyado en la encimera, tomándose una cerveza y sumido en lo que parecía una discusión muy seria con el hijo de diez años de su compañero.

—De ninguna manera, es imposible —dijo Reed—. Estoy contigo en lo de que estaría reñido, pero no hay forma de que Batman venza a Iron Man. Iron Man tiene el traje.

Quentin, con la cara redonda, pecas y gafas, expresó su desacuerdo.

—Batman también tiene su traje.

—No puede ponérselo y echar a volar, colega.

Essie escuchó el debate mientras rellenaba el cuenco y la fuente.

—Voy a escribir la historia —aseguró Quentin—. Y ya verás. El Caballero Oscuro es el mejor.

—Tú escríbela, que eso ya lo juzgaré yo.

A todas luces encantado, Quentin salió corriendo al jardín.

—Se te da bien tratar con él —observó Essie.

—Es fácil. Ese crío es genial. Aunque se equivoca con Tony Stark.

—¿Quién es Tony Stark?

—Creo que ahora mismo soy incapaz de dirigirte la palabra. —Reed negó con la cabeza y dio un trago a su cerveza. Aun así, hizo ademán de coger el cuenco para llevarlo a la mesa justo en el momento en que a Essie empezó a sonarle el móvil en el bolsillo.

Lo sacó, frunció el ceño y a continuación suspiró.

—Mierda.

—No estás de servicio.

—No es eso. Tengo programada una alerta que me avisa si sale en las noticias alguien relacionado con el tiroteo del centro comercial. Y tenemos a una persona.

—¿Quién? ¿Qué ha pasado?

—Roberta Flisk. La han encontrado muerta en el jardín trasero de su casa esta mañana temprano. Le han pegado tres tiros. Era...

—Lo recuerdo. —Reed conservaba sus propios archivos. Había estudiado al milímetro todos los reportajes y artículos de prensa, había leído hasta el último libro que se había escrito sobre esa noche, y seguía haciéndolo—. Su hermana fue la primera víctima fuera del cine. Ella misma recibió un par de disparos. Ahora es un activo importante en la lucha por el control de las armas de fuego.

—Los detalles que se han filtrado dicen que dejaron un cartel junto al cadáver. «¡Aquí tienes tu segunda enmienda, zorra!». Joder.

—¿Quién la ha encontrado?

—Un par de amigas. Según cuenta, salían a correr juntas todas las mañanas, al amanecer.

—¿Todas las mañanas?

Cuando Essie levantó la vista y asintió, intercambiaron una mirada que solo podrían haber intercambiado dos policías.

—Sí, rutina. Alguien conocía su rutina. O la conocía o la vigilaba. Esto es algo más que un loco fetichista de la Segunda Enmienda.

—Estaba divorciada, ¿verdad? ¿Volvió a casarse? ¿Algún novio? ¿Ex? —le preguntó Reed.

—¿Quieres hacerte detective?

—Serán las primeras cosas que tendrás que investigar.

—Sí, así es. —Ya no era un novato, pensó, y Reed tenía cualidades para

convertirse en un investigador inteligente y fiable—. Pero no.

—Pero vas a indagar —replicó Reed—. Ella estuvo allí. Nosotros estuvimos allí. Tienes que indagar.

—De nuevo, así es, pero no ahora. Hoy no. —Le pasó el cuenco a Reed y cogió la fuente—. Mañana me pondré en contacto con quienquiera que lo haya cogido.

—¿Me mantendrás informado?

Essie asintió y miró hacia el jardín a través de la puerta trasera.

—Nunca terminará de verdad. Es de ese tipo de cosas que nunca cierras y olvidas. Pero tampoco se puede vivir con ello a diario.

—Los medios lo harán circular de nuevo. Así son las cosas.

—No te metas en líos, haz tu trabajo.

—Pero ¿me mantendrás informado? —insistió.

—Sí, sí, pero olvídale por hoy. Tómate otra cerveza.

Durante los días siguientes, Reed dedicó todo el tiempo que pudo a recopilar información sobre la investigación de Flisk. Fiel a su palabra, Essie lo mantuvo al tanto, incluso presionó a los investigadores principales para que lo autorizaran a visitar la escena del crimen.

Estudió el jardín; los árboles y plantas frondosos ofrecían muchos escondites desde los que acechar.

La víctima sale por la puerta de atrás, pensó, una rutina que confirmaban múltiples declaraciones.

Realizó el recorrido en persona, se apartó de la puerta de atrás, cruzó el patio y se detuvo a la altura de la hierba manchada de sangre.

Dejó que se internara en el jardín, concluyó. Menos probabilidades de que la víctima volviera corriendo a la casa, más difícil que cualquiera que

estuviera en las casas vecinas presenciara el asesinato, y desde la calle no se veía nada.

Inteligente.

Tres disparos, dos en el pecho, luego el de la cabeza.

Entonces se alejó del ángulo que el forense y el equipo de investigación habían designado. El agente se fijó en que había muchos escondites a la derecha de la trayectoria del objetivo mientras se dirigía hacia la puerta de la valla.

¿Habría dicho algo el asesino? A Reed le daba la sensación de que si alguien decidía asesinar a una mujer debido a su lucha por el control de las armas de fuego, querría dejarle claro por qué lo hacía.

Pero lo único que percibía, al imaginárselo, era silencio.

¿Se habría retrotraído Flisk —se preguntó— a aquel momento en que había visto a Whitehall levantar el AR-15 en el centro comercial?

A veces se sorprendía preguntándose si el destino le tendría reservada la bala que no había recibido aquella noche, una bala suspendida en el aire, como en un vídeo en pausa, que lo desgarraría por dentro cuando el destino pulsara el botón de reproducción.

¿Le habría ocurrido eso también a Flisk?

Como Reed ya había llegado a la conclusión de que no podía hacer nada por cambiar el botón que el destino decidiera apretar, trabajaba para vivir y para mejorar las cosas, al menos para intentarlo. Pensó que Roberta Flisk había hecho lo mismo.

Visualizó a la mujer: sobre el pelo corto y rubio apagado, una gorra negra con un logotipo de un revólver dentro de un círculo tachado; los auriculares puestos. Una camiseta de tirantes con refuerzo, de color azul oscuro, y unos pantalones cortos azul oscuro. Compleción atlética (las cicatrices que tenía en la pierna eran el recordatorio constante de una pesadilla); la llave de su casa

metida en el bolsillo interior de la riñonera. Unas Nike rosas y blancas, y calcetines blancos.

En la cabeza de Reed, la mujer detenía su avance solo un momento.

¿Sorpresa, reconocimiento, resignación? Nunca lo sabría.

Dos pums suaves, pensó, puesto que balística había verificado que se trataba de una 32 silenciada. Ambos impactaron en el pecho. La víctima cae, pensó, se desploma sobre las manchas endurecidas en el césped por el sol del verano.

Tercer pum —más fuerte, ya que el silenciador era menos efectivo— dirigido desde arriba hacia la nuca.

Y luego la rúbrica del cartel, el mensaje.

Tenía la sensación de que algo no encajaba. El asesinato contaba con todos los elementos de un golpe frío, incluso profesional; pero el cartel reflejaba acaloramiento, rabia y descuido.

El asesino había tomado la precaución de recoger los casquillos, había dedicado el tiempo necesario a no dejar más rastro que las balas en el cadáver, ¿y luego va y añade un cartel escrito a mano que lo señala como un cabreado defensor de la Segunda Enmienda?

No encajaba porque el asesino no estaba cabreado, el asesinato no parecía personal.

Habían descartado al exmarido, reflexionó Reed mientras recorría la escena una vez más. La víctima y él mantenían una relación cordial. Él no poseía armas y, de hecho, hacía una donación anual a la organización de Flisk en nombre de su hijo.

En el momento del asesinato, él estaba ayudando a preparar el desayuno —había numerosos testigos— para unos veinticinco boy scouts, entre ellos su propio hijo, en un campamento de Mount Desert Island.

Flisk no tenía novio ni problemas con los vecinos, los voluntarios o el

personal de la organización.

Algunas cuantas amenazas de muerte, seguro, procedentes precisamente del tipo de persona que habría escrito aquel mensaje. Pero aquello no encajaba.

O encajaba demasiado bien.

Reed regresó a su coche y recordó que, cuando había aparcado, habían salido dos personas de sendos jardines para preguntarle qué estaba haciendo allí. Había tenido que enseñarles su identificación policial.

Pese a que los vecinos habían declarado que en el momento del asesinato o bien seguían en la cama o bien estaban levantándose, a Reed le parecía que el asesino, para poder acechar a la presa, tenía que haber pasado bastante desapercibido en aquel tranquilo vecindario de clase media-alta.

Se subió al coche y redactó cuidadosas notas sobre sus observaciones y teorías. Quizá su principal teoría no fuera más que un error de novato, pero la detalló de todos modos.

El asesino poseía paciencia y control, podía pasar desapercibido en el barrio de la víctima, había matado con eficiencia y precisión. ¿Y el mensaje?

Una táctica defensiva.

Por supuesto, ninguna de sus notas, teorías y especulaciones ayudarían ni a Roberta Flisk ni a su hijo, ya huérfano de madre, lo más mínimo. Pero él lo transcribiría todo, lo archivaría.

Y no lo olvidaría.

Cuando Simone oyó hablar de Roberta Flisk y de la muerte violenta de una superviviente del centro comercial DownEast, apagó el televisor.

Estaba empeñada en olvidar.

Le había dado a Mi lo que quería: subalquiló el apartamento, volvió a casa.

Y al cabo de menos de una semana conviviendo con sus padres y su hermana, huyó a la isla.

Quería a sus padres, de verdad. Y si bien la perfección de su hermana —de tal palo, tal astilla, en este caso— la sacaba de sus puñeteras casillas, también quería a Natalie.

Pero era incapaz de vivir con ellos.

CiCi le daba más espacio, en sentido literal, en la casa de invitados, que parecía de muñecas, situada encima del estudio acristalado. Y también le proporcionaba espacio emocional.

Si quería pasarse la mitad del día durmiendo, CiCi no le preguntaba si se encontraba bien. Si quería pasear por la playa en plena noche, CiCi no la esperaba despierta con gesto preocupado.

No le dedicaba una mirada ceñuda por dejar el trabajo, ni un largo suspiro por el color de su pelo.

Hacía tantos recados para CiCi como podía y preparaba algunas de las comidas, aunque no podía fardar de dotes como cocinera. Accedía a posar siempre que se lo pedía.

En consecuencia, al cabo de dos semanas, Simone tuvo que dar las gracias a Mi virtualmente. Hacía meses que no se sentía tan relajada y cómoda. De hecho, incluso empezó a pintar un poco.

Soltó el pincel cuando CiCi salió al patio con una bandeja sobre la que llevaba una jarra de sangría, vasos, un cuenco con salsa y patatas fritas.

—Si no te apetece tomarte un descanso, me llevaré todo esto a mi estudio y me beberé la jarra entera.

—Eso no puedo tolerarlo.

Simone dio un paso atrás para estudiar el paisaje marino en el que llevaba trabajando las tres últimas horas.

—Es bueno —le dijo CiCi.

—No lo es.

—Claro que sí.

Mientras CiCi, con una pabela de ala ancha sobre la trenza a rayas blancas y negras (su último look), servía la sangría, Simone se dejó caer en una de las sillas del patio.

El último tatuaje de CiCi le envolvía la muñeca con símbolos celtas como un brazalete.

—Me lo dices como abuela, no como artista.

—Como ambas cosas. —Entrechocó su vaso con el de Simone, se sentó, estiró las piernas y cruzó los pies, calzados con unas Birkenstock—. Es bueno, tienes sentido del movimiento y sabes captar la atmósfera.

—La luz no está bien, y cagarla con eso aún empeora más el cuadro. Me encantan tus paisajes marinos. Tus retratos son increíbles, siempre, y no pintas paisajes marinos a menudo. Pero cuando lo haces, son temperamentales y mágicos.

—En primer lugar, tú no eres yo, y deberías celebrar tu carácter único. En segundo lugar, pinto paisajes marinos o terrestres y naturalezas muertas cuando necesito calma o cuando me apetece. La mayoría de las veces prefiero sentarme aquí y contemplar el mar sin más. ¿Y lo de los retratos? Mi fascinación por las personas y por pintarlas es infinita. La pintura es mi pasión, punto. No la tuya.

—Eso está claro.

—Tienes diecinueve años. Te queda mucho tiempo para encontrar tu pasión.

—He probado con el sexo.

Tras soltar una risa gutural, CiCi brindó y bebió.

—Yo también. Es una afición estupenda, ya lo creo.

Divertida, Simone untó un poco de salsa.

—Me estoy tomando un descanso en ese terreno.

—Yo también. Eres una artista, y no se te ocurra llevar la contraria a tu abuela. Eres una artista, con talento y visión. La pintura es una disciplina que se te da bien, pero no es tu pasión, y no será tu principal medio de expresión. Experimenta.

—¿Con qué? Mi padre sigue intentando convencerme para que estudie derecho y mi madre cree que debería buscarme un novio bueno y formal.

—Son conservadores, nena. No pueden evitarlo. Yo no lo soy, pero tampoco puedo evitarlo. Así que te diré que serías tonta si hicieras cualquiera de esas dos cosas. Experimenta —repitió— con todo. En lo referente al arte, voy a darte lo que nadie quiere: un consejo. ¿Recuerdas el agosto que pasaste aquí después de lo horrible?

Simone desvió la vista hacia la playa, las rocas que la bordeaban, el agua interminable.

—Creo que me salvó de volverme loca, así que, sí, lo recuerdo.

—Mi y tú pasasteis mucho tiempo en la playa la semana que ella también estuvo aquí. Construíaís castillos de arena. Los de Mi eran precisos, bonitos y tradicionales, muy parecidos a ella. Y los tuyos eran fascinantes, imaginativos y extravagantes.

Simone bebió otra vez.

—Entonces ¿debería dedicarme a construir castillos de arena?

—A crear. Prueba con la arcilla, para empezar, a ver adónde te lleva. Hiciste una asignatura de introducción el año pasado.

—¿Cómo lo sabes?

CiCi se limitó a sonreír y a tomar un sorbo de sangría.

—Sé muchas cosas. Y como sabía que íbamos a tener esta conversación, he pedido algunos materiales. Están en mi estudio. Podemos compartirlo, estableceremos turnos. Prueba. Si no es la arcilla, será otra cosa. Tómame el verano para empezar, para ver si descubres cuál es tu pasión.

Tras tachar a Roberta Flisk de la lista, Patricia decidió que ya estaba harta de la universidad. Además de aburrirla hasta el sopor, asistir a clase y hacer los trabajos limitaba su tiempo y la desconcentraba una vez experimentado el primer asesinato.

Se mudó de nuevo a Rockpoint y se las arregló para vivir con sus abuelos. Les encantaba tener bajo su techo a su nieta, dulce, considerada y servicial.

Se aseguró de que así fuera, porque no tenía intención de volver a alguna repugnante casa de alquiler con la inútil y llorona de su madre.

Para satisfacer las preguntas de sus abuelos en cuanto a su educación y su futuro, Patricia se matriculó en varios cursos en línea y de centros de estudios superiores. También le servían como tapadera para sus investigaciones acerca de la creación de documentos de identidad y tarjetas de crédito falsos.

Tenía planes.

También tenía absoluta libertad para moverse por su propia ala de la majestuosa y antigua mansión, un BMW Roadster y las habilidades necesarias para esquilmarles las cuentas.

Con los fondos extras, comenzó a acumular armas y una cantidad considerable de dinero en efectivo.

Se reía de sus chistes, hacía recados, llevaba a su abuela en coche a la peluquería y se convirtió en indispensable. Las charlas distraídas acerca de buscarse un trabajo, invertir en una carrera, se disiparon como la niebla.

Ellos no se dieron ni cuenta.

Al mismo tiempo, hacía y llevaba la compra a casa de su madre, cumplía con las visitas obligatorias, se encargaba de que quitaran la nieve de la acera y del camino de entrada de la asquerosa casa de alquiler.

Y no llamaba la atención.

Se mantuvo así durante los dos años que esperó para matar a su madre. Lo consideró una recompensa por su paciencia y por lo mucho que le costaba interpretar a la hija y nieta abnegada.

Todo el mundo sabía que Marcia Hobart era una mujer débil y atribulada. Una mujer que no había conseguido superar la culpa por los actos de su hijo ni el dolor por su muerte.

Aun cuando se había refugiado en Dios, había elegido Su forma más vengativa y severa. Su penitencia, como hija de Eva, requería de una vida de sufrimiento y arrepentimiento.

La única luz en su oscuridad personal provenía de su hija (Patricia se había asegurado de ello). Desde luego, el que Marcia hubiera dado a luz a una niña compasiva y bondadosa, a una niña con una mente brillante y de carácter tranquilo, compensaba, en parte, que hubiera dado a luz a un monstruo.

Y aun así, quería al monstruo.

Patricia había utilizado ese amor como arma invisible durante los cinco años transcurridos desde la matanza en el centro comercial DownEast.

Se ocupaba de que los artículos sobre los tiroteos, las cartas desagradables que señalaban a Marcia como responsable y las amenazas de muerte terminaran en manos de su madre. Algunos se los enviaba por correo, otros los pegaba en la puerta principal o los deslizaba por debajo. La noche antes de marcharse a Columbia, lanzó contra la ventana de la sala de estar una piedra envuelta en una nota especialmente cruel, y luego entró corriendo para acurrucarse detrás del sofá y gritar.

Un chivatazo anónimo hizo que McMullen acosara a Marcia, en su casa, en

el trabajo. Marcia perdió su segundo empleo. A pesar de que los abogados habrían conseguido que la readmitieran, se mudó a un lugar más alejado —a otra miserable casa de alquiler— y se aisló.

Tomaba pastillas para dormir, y más pastillas para mantener a raya la constante y creciente ansiedad. Patricia plantó en sus abuelos la semilla de sus preocupaciones. Su madre a veces confundía las pastillas o se tomaba una dosis doble porque olvidaba que había tomado la primera.

Ellos, que habían cortado toda relación con Marcia por divorciarse del imbécil de su hijo, se compadecían enormemente de Patricia.

Esta instaló cámaras ocultas en casa de su madre para observarla. Sabía con exactitud cuándo debía llamar desde el teléfono desechable que había comprado, cómo sacar a su atontada madre de un sueño inducido por el Xanax y susurrar el nombre de su hermano.

Cuando la visitaba, añadía una o dos pastillas molidas a la sopa que la diligente hija preparaba y luego reproducía viejos vídeos de cuando JJ era un bebé.

Entre lágrimas, relataba a sus abuelos que se había encontrado a su madre aletargada en el sofá con los vídeos puestos. Cuando aún estaba en la universidad, pedía consejo a sus profesores (se había especializado en psicología). Escenificó una sobredosis accidental, hizo una llamada frenética al 911 y sostuvo la mano flácida de su madre en la ambulancia.

Dejó tras de sí la estela de una hija preocupada y afectuosa con una madre perdida en un mar de pastillas y culpa. Y cuando asistía a las reuniones de algún grupo de apoyo para hijos de adictos, encontraba nuevas formas de volver loca a su madre.

La noche anterior al cumpleaños de su hermano, Patricia se coló en la casa y preparó la tarta de chocolate favorita de JJ. A propósito, dejó los

ingredientes y el recipiente de la mezcla esparcidos por la encimera y la cazuela en el fregadero; estaba preparando el escenario.

Luego apagó el piloto del horno.

Tras despertar a su madre, confundida por las drogas, la condujo a la cocina, que olía a chocolate y a tarta.

—Está oscuro. —Marcia arrastraba los pies y se tambaleaba—. ¿Qué hora es?

—¡Es la hora de la tarta! Has preparado una buenísima.

—Ah, ¿sí? No me acuerdo.

—La tarta de chocolate favorita de JJ. Quiere que enciendas las velas, mamá.

Marcia recorrió la habitación con la mirada, nerviosa.

—¿Está aquí?

—Ahora viene. Enciende la tele. Ahí tienes el mando.

Marcia obedeció y cogió el mando y, con Patricia guiándole los dedos, apretó el botón de encendido. En la televisión, un sonriente JJ al que le faltaban varios dientes se reía mientras su madre encendía las velas de su cumpleaños.

—Enciende las velas, mamá. Para JJ.

—Era mi dulce niño. —Las lágrimas, la emoción y la culpa le anegaron los ojos. Cogió el largo encendedor de butano y prendió las velas—. Él no pretendía ser malo. Está arrepentido. Mira, mira qué feliz está. ¿Por qué dejó de ser feliz?

—Tienes que tomarte las pastillas. JJ quiere que te tomes las pastillas. Están justo ahí. Tienes que tomarte las pastillas.

—Ya me las he tomado. ¿No me las he tomado? Estoy muy cansada. ¿Dónde está JJ? Ya ha oscurecido. Los niños pequeños no deberían estar en la calle cuando ya ha oscurecido.

—Ya viene. Tienes que tomarte las pastillas para el cumpleaños de JJ. Creo que deberías tomarte una por cada vela.

—Seis velas, seis pastillas. Mi niño tiene seis años.

Sin apartar la mirada vidriosa de la pantalla del televisor, Marcia se tomó seis pastillas, una tras otra, con el vino que Patricia había dejado junto a ellas.

—Bien, muy bien. JJ necesita más luz. Necesita más luz para encontrar el camino a casa. ¡Creo que se ha perdido!

—No. No. ¿Dónde está mi niño? ¡JJ!

—Tienes que prender las cortinas. Si les echas un poco de líquido para encendedores, emiten una luz muy brillante. La verá y volverá a casa.

Marcia cogió el bote. Durante un instante Patricia se preguntó si lo que apreciaba en los ojos de su madre era alguna clase de conciencia. Tal vez alguna clase de alivio. Marcia empapó las cortinas con el líquido y les prendió fuego.

—¡Mira cómo brillan! Enciende el horno, mamá.

—¿La tarta la he hecho yo?

—Claro, como siempre. —Patricia tomó a Marcia del brazo y la condujo hasta el horno—. Enciéndelo.

Y guio la mano de su madre hasta el tirador.

—Tengo mucho sueño. Necesito dormir.

—Tú enciende el horno, luego ya darás una cabezada.

—Entonces ¿va a venir JJ?

—Uy, sí, pronto verás a JJ. Enciende el horno, eso es. ¿Por qué no te tumbas aquí mismo, en el sofá?

Cuando su madre se desplomó en el sofá, Patricia utilizó un segundo encendedor —que se llevaría con ella— para prender fuego a las cortinas del salón, ya empapadas.

Mientras se dirigía hacia la puerta, se fijó en la cara flácida de su madre.

—Cántale el «Feliz cumpleaños» a JJ, mamá.

Con la voz pastosa y los ojos cerrados, Marcia intentó cantar.

Para cuando el gas hizo su trabajo, cuando se topó con las llamas y combustionó, Patricia ya estaba en la cama en casa de sus abuelos.

Durmió como un bebé.

El teléfono, situado en la mesita de noche, emitió una alerta. Reed se dio la vuelta, lo cogió y lo miró con los ojos entrecerrados.

—Mierda.

—¿Cosas de polis? —Eloise Matherson cambió de postura a su lado.

—Sí. —No del todo, pensó, pero dado que había seguido la táctica de Essie con alertas sobre incidentes relacionados con el centro comercial DownEast, tampoco quería ignorarlo—. Lo siento.

—Es lo que hay. —Se revolvió de nuevo—. ¿Quieres que me vaya?

—No, duérmete otra vez. Te mando un mensaje más tarde. —Le dio una palmadita suave en el trasero y salió de la cama.

Aquel estatus de amigos con derecho a roce, ocasional, les iba bien a ambos. No era nada serio, pues la variable «amigos» seguía siendo la prioridad de la ecuación.

Cogió algo de ropa a oscuras y, mientras se daba una ducha rápida, pensó en Marcia Hobart.

Tenía un archivo sobre ella, con el que refrescaría la memoria, pero Reed se acordaba de que la mujer ya estaba divorciada cuando su hijo abrió fuego en el Cineplex del DownEast. Hobart vivía con su padre, y su hermana menor, con la madre.

Era trabajadora doméstica, recordó cuando se ponía los vaqueros. Se había mudado dos veces, que él supiera, desde el tiroteo.

Según la alerta, los bomberos habían luchado en la residencia actual de Marcia contra un incendio de nivel cinco que amenazaba las propiedades vecinas. Habían recuperado un solo cuerpo del interior de la vivienda de Hobart.

Cogió su pistola no reglamentaria y las llaves, y fue a por una botella de Mountain Dew a la nevera. Después de beber un poco, bajó corriendo los dos tramos de escaleras que separaban su apartamento del aparcamiento de grava lleno de malas hierbas y su coche.

Podría decirse que el coche, el Dodge Neon que le habían regalado sus padres cuando acabó el instituto, era una chatarra. De la misma forma que su bloque de apartamentos era prácticamente un vertedero.

Había optado por conformarse con ellos y seguir el ejemplo de Essie: ahorrar todo lo que podía para la entrada de una casa.

Y resultaba que aquel vertedero que era su apartamento se encontraba a solo cinco minutos de la dirección de Marcia Hobart.

En menos de dos oyó sirenas.

Cuando vio los coches patrulla, se acercó al arcén para aparcar. Reconoció a uno de los uniformados apostados en las barreras y se dirigió a él.

—Hola, Bushner.

—Quartermaine. ¿Estabas por el barrio?

—No muy lejos. ¿Qué sabes?

—Más bien poco.

—Concreta.

—Me he enterado de que los del nueve uno uno han informado de una explosión y del incendio. La casa de ahí ha quedado destrozada, y tenía un bicho crujiente dentro. Los tragahumos aún están apagándolo. La casa del lado este ha sufrido daños, pero han conseguido salir todos.

—¿Te importa que me acerque?

—Tú mismo.

Vio la silueta de los bomberos contra los chasquidos y las palpitations del fuego. Los chorros de espuma trazaban arcos a través de la nube de humo y la lluvia de cenizas. Los civiles guardaban las distancias, abrazando a los niños o unos a otros. Algunos lloraban.

Reed oyó los ladridos de las órdenes, los crujidos de las radios.

Y vio que Bushner no se equivocaba. La casa donde vivía la atribulada Marcia Hobart estaba carbonizada. La vio replegarse sobre sí misma lanzando llamas y chispas como luciérnagas hacia la oscuridad saturada de humo. Más mangueras atacaron el fuego que trepaba por la pared occidental de la casa que quedaba al este, y aún más empapaban las paredes de la casa del lado oeste para impedir que se propagaran las llamas.

La franja de césped que había delante de las tres casas y las estrechas lindes que las separaban eran un pantano ennegrecido de ceniza y barro.

Reed escudriñó a la multitud y reparó en una pareja joven. La mujer llevaba a un bebé en brazos y a sus pies descansaba un labrador amarillo. Las lágrimas resbalaban por la cara de la mujer mientras contemplaban la casa del lado este.

Se acercó a ellos.

—¿Es vuestra casa?

El hombre, que según los cálculos de Reed no llegaba a los treinta y que lucía una maraña de pelo rubio revuelta por el sueño, asintió al tiempo que pasaba un brazo por los hombros de la mujer.

—Está ardiendo. Nuestra casa está en llamas.

—Lo están apagando. Y habéis salido. Tu familia y tú habéis salido.

—Nos mudamos hace dos semanas. Ni siquiera hemos terminado de vaciar las cajas.

Reed se quedó mirando el agua que ahogaba las llamas.

—Sufriré algunos daños, pero nada que no pueda arreglarse.

La mujer ahogó un sollozo y ocultó la cara en el hombro de su marido.

—Es nuestra casa para reformar, Rob. Compramos una casa para reformar.

—Todo irá bien, Chloe. Lo arreglaremos.

—¿Os importaría decirme qué ha pasado? Lo que sepáis. Lo siento. —Reed se sacó la placa—. No me limito a cotillear.

Chloe se enjugó las lágrimas.

—Dios. Dios. Custer, nuestro perro, ha comenzado a ladrar y ha despertado a la niña. Me he enfadado mucho, porque acabábamos de conseguir que se durmiera. No duerme toda la noche del tirón, y le había dado de mamar a eso de las dos. Custer se ha puesto a ladrar poco después de las tres y la niña ha empezado a llorar.

—Me he levantado. Me tocaba a mí —dijo Rob—. Me he levantado y he gritado al perro. Le he gritado. —Se agachó para acariciar al labrador, que se recostó contra él—. Pero no paraba. He mirado por la ventana. Al principio no entendía por qué había tanta luz; entonces me he asomado y he visto la casa de al lado. He visto el fuego. Se veía por las ventanas de la casa de al lado.

—Rob me ha gritado que me levantara, que fuera a por la niña. He cogido a Audra y Rob ha buscado el teléfono para llamar al nueve uno uno mientras salíamos corriendo de la habitación.

—Algo ha explotado. —El fuego se reflejó en los ojos de Rob antes de que se los restregara con los dedos—. Ha sido un solo estallido tremendo. Las ventanas de nuestro dormitorio se han hecho añicos.

—Los cristales. Si Custer no hubiera... Los cristales han salido volando. Audra estaba en su moisés junto a nuestra cama, en el lado de la ventana. Si Custer no hubiera ladrado, no nos hubiera despertado, los cristales...

—Es un buen perro.

—Hemos salido corriendo —continuó Chloe—. Ni siquiera hemos

intentado salvar nada, hemos salido disparados mientras Rob llamaba a emergencias.

—Habéis hecho lo correcto. Habéis puesto a la familia a salvo. Eso es lo que importa. Han apagado el fuego —les dijo.

—Madre mía. No se ha quemado. Rob, no se ha quemado.

—La arreglaréis, y seguro que la convertís en algo especial. Mirad, si necesitáis algo, suministros, ropa, alguien que os eche una mano para ayudar a volver a poner las cosas en su sitio. —Sacó una tarjeta del bolsillo—. Mi madre siempre está organizando algo, así que conoce a mucha gente. Puedo ponerlos en contacto con ella.

—Gracias. —Chloe se secó otra lágrima mientras Rob se guardaba la tarjeta en el bolsillo—. ¿Sabes cuándo nos dejarán volver a entrar? Entrar a ver cómo ha quedado...

—Eso depende del departamento de bomberos, y querrán comprobar que sea seguro. Dejadme ver si averiguo algo, quizá consiga que venga alguien a hablar con vosotros.

Se acercó a uno de los bomberos que se encargaban de los surtidores y atisbó a un Michael Foster embadurnado en sudor y hollín.

—Michael.

—Reed, ¿qué estás haciendo aquí?

—La madre de JJ Hobart... vivía en esa casa.

Michael aguzó la mirada entre el hollín que le cubría la cara.

—¿Estás seguro?

—Es la información que tengo.

—Hijo de puta. —Michael cogió aire—. Hijo de la gran puta. —Y lo soltó con un siseo—. Hobart —murmuró—, otra vez.

—Ya, tío. Oye, ¿tienes un minuto?

—Ahora no, pero lo tendré dentro de poco.

—Esperaré. Mientras tanto, ¿ves a esa pareja de allí, la del perro y el bebé? La casa que acabáis de salvar es suya. ¿Podría hablar alguien con ellos?

—Sí, enviaré a alguien. ¿La madre de Hobart vivía sola?

—Que yo sepa, sí.

—Pues no queda mucho de ella.

Reed pensó que no había nada de malo en hablar con algunos de los congregados en la calle, en sus propios jardines, en sus porches.

La impresión principal que se formó fue que Marcia Hobart no se mostraba reservada sin más, sino que se había aislado. Su segunda impresión fue que los vecinos no estaban al corriente de su relación con el organizador de la masacre del centro comercial DownEast.

—¡Eh, tú!

Reed se volvió y vio a una anciana en una mecedora chirriante en un porche igual de chirriante.

—Sí, señora.

—¿Eres periodista o algo así?

—No, señora, soy agente de policía.

—No tienes mucha pinta de policía. Sube aquí.

Tenía la cara como una pasa, muy morena y arrugada, bajo un pelo que parecía una bola de nieve. La anciana lo miró de arriba abajo con las gafas en la punta de la nariz.

—Un chico guapo, eso te lo reconozco. ¿Qué tipo de policía eres?

—Soy el agente Reed Quartermaine, señora.

—Eso no es lo que te he preguntado.

—Intento ser un buen policía.

—Bueno, algunos lo son, otros no. Quizá tú llegues a serlo. Siéntate aquí, porque si no me va a dar un tirón en el cuello de mirarte.

Reed se sentó en una silla, también chirriante, junto a la de la anciana.

—Como policía, sabrás quién era la mujer que ha muerto esta noche en esa casa. —Se subió las gafas por la nariz para escudriñar los escombros que ardían al otro lado de la calle—. Puede que no seas un policía idiota, porque sabes esperar y mantener la boca cerrada para ver si sé lo que sé. Esa pobre mujer tuvo un hijo que se le volvió malo y mató a gente. En el centro comercial DownEast.

—¿Puedo preguntar cómo lo sabe?

—Presto atención, por eso lo sé. Guardo recortes de cuando ocurrió, y en algunos aparece su foto. No envejeció bien desde entonces, pero aun así me di cuenta de quién era.

—¿Lo comentó con ella o con alguna otra persona?

—¿Por qué iba a hacerlo? —Negó tristemente con la cabeza y volvió a mirar a Reed—. Solo intentaba vivir su vida, salir adelante. Yo tuve un hijo que se me volvió malo. No mató a nadie, al menos que yo sepa, pero también se volvió malo. Tengo otro hijo y una hija que hacen que me sienta orgullosa a diario. Hice todo lo que pude por los tres, pero tuve un hijo que se volvió malo. Esa mujer estaba triste y atormentada.

—¿Tenía amistad con ella?

—Ella no tenía amistades. Se escondía ahí dentro, salía a trabajar, volvía y se encerraba otra vez.

—¿Recibía alguna visita? —insistió Reed.

—La única persona a la que he visto entrar en esa casa alguna vez es su hija. Venía de vez en cuando, se quedaba un rato. Le traía la compra más o menos cada dos semanas. La vi traerle flores el último día de la Madre. Cumplía con su deber.

Patricia Hobart, recordó Reed. La hermana menor de JJ.

—¿Ha hablado alguna vez con la hija?

—Sí, un par de veces. Educada, pero también muy reservada. Me preguntó

si conocía a algún chico dispuesto a cortarle el césped a su madre, a quitar la nieve y ese tipo de cosas, así que le dije que preguntara por Jenny Molar, que vive dos puertas más abajo. Es una buena chica, me ayuda cuando lo necesito... y es más formal que la mayoría de los chicos. Jenny me dijo que la hija le pagaba lo que le pedía y que le decía que no molestara a su madre, que no estaba muy bien, y se avergonzaba de ello. Total, que la hija hacía lo que debía por su madre, ni más ni menos.

Reed captó el tono.

—¿No hacía más de lo que debía?

—Eso me parece a mí, pero es que soy muy exigente. —Sonrió y desvió la vista de nuevo hacia el otro lado de la calle—. Lo de la casa es una lástima. No era gran cosa, pero podría haber sido mejor. El dueño no vale ni medio escupitajo, así que le convenía alquilársela a alguien que no le diera la lata con las reparaciones. Supongo que cobrará el seguro y venderá la parcela.

Mientras Reed reflexionaba sobre aquello, la mujer volvió a estudiarlo con detenimiento.

—Mi nieto es policía. Agente Curtis A. Sloop.

—¿En serio? Venga ya. Conozco a Sloop.

La anciana se bajó las gafas otra vez.

—Ah, ¿sí?

—Sí, señora. Estudiamos juntos en la Academia y fuimos novatos el mismo año. Es un buen policía.

—Intenta serlo. Si hablas con él antes que yo dile que has conocido a su abuela. —Le tendió una mano, pequeña y delicada como la de una muñeca—. Señora Leticia Johnson.

—Claro, se lo diré, y encantado de conocerla, señora Johnson.

—Ve a ser buen policía, joven y guapo Reed Quartermaine. Y si quieres, pásate a verme alguna vez.

—Sí, señora.

La dejó meciéndose y fue a buscar a Michael. Lo encontró hablando con Essie.

—¿El caso es tuyo? —preguntó Reed a la detective.

—Ahora sí. —Con los brazos en jarras, Essie inspeccionó los restos del incendio y los escombros—. El investigador de incendios provocados está ahí dentro, así que a ver qué dice. La identificación oficial del cuerpo aún tardará.

—Me han contado que el casero no es muy dado a las reparaciones y el mantenimiento.

Essie lo miró de soslayo.

—¿Eso te han contado?

—La señora Leticia Johnson, su nieto está en el cuerpo. Lo conozco, es de fiar. Está sentada en el porche de enfrente. Te convendría hablar con ella. A Chloe y a Rob, los de la casa de al lado, los han despertado los ladridos de su perro alrededor de las tres de la madrugada. Rob se ha levantado porque los ladridos han despertado al bebé, que dormía en uno de esos chismes para bebés al lado de la cama. Ha visto el incendio, ha despertado a su esposa y ha cogido el teléfono para avisar mientras salían. Acto seguido se ha producido la explosión y las ventanas de su dormitorio han estallado.

Essie enarcó las cejas.

—Has estado ocupado, agente.

—Bueno, ya que estaba aquí... La mujer vivía sola, no se relacionaba con nadie y no tenía más visitas que las de su hija. La hija venía de vez en cuando, le traía la compra cada dos semanas y había contratado a una chica del barrio para que cortara el césped y retirara la nieve en invierno.

—¿Está buscando un ascenso, agente Quartermaine?

Reed sonrió.

—El año que viene. —Se volvió hacia Michael—. ¿Crees que ha sido

provocado?

—No puedo asegurarlo. Yo diría que ha habido dos puntos de origen: la cocina y el salón, y si tuviera que apostar, me decantaría por las cortinas. No ha sido una fuga de gas, lo más probable es que fuera gas del horno. La verdad es que la explosión ha sido bastante contenida, y eso ayudará a los investigadores a determinar la causa.

—Mi compañero está hablando con los vecinos. Creo que me acercaré a charlar con la señora Johnson. ¿Agente Quartermaine?

—Detective McVee.

—Voy a solicitar que lo asignen a esta unidad de investigación.

—¡Madre mía!

—Empieza recorriendo la manzana, puerta por puerta. Toma notas.

Essie cruzó la calle y Reed se quedó sonriendo con satisfacción.

Simone cedió a la implacable y benévola presión familiar. Aunque su padre tuvo que aceptar que el sueño de que su hija mayor siguiera sus pasos como abogado no iba a cumplirse, el cambio de táctica funcionó.

La joven encaminaría sus estudios hacia la gestión empresarial. Había disfrutado de su época de dispersión, le dijeron sus padres, y le tocaba ponerse las pilas. Un título en administración de empresas la mantendría centrada, le abriría puertas, le forjaría un futuro.

Simone lo intentó. Se esforzó tanto durante el semestre siguiente que incluso Mi la responsable le pidió que frenara, que se tomara algún descanso.

Terminó el año con unas notas que enorgullecieron a sus padres y pasó el verano trabajando como ayudante del ayudante del director del departamento de contabilidad del bufete de su padre.

Antes de que terminara junio, había vuelto a terapia.

En agosto, con dolores de cabeza, cinco kilos de menos y un armario lleno de trajes que odiaba, pensó en la chica que había sido, la que había llamado para pedir ayuda y luego se había escondido en el baño.

La que había temido morir antes de haber vivido.

Y se dio cuenta de que había otras formas de morir.

Eligió vivir.

La noche antes de volver a Nueva York, se sentó con sus padres y con Natalie.

—Me parece increíble que nuestras dos niñas vayan a marcharse a la universidad —comenzó Tulip—. Ward, ¿qué vamos a hacer con el nido vacío? Natalie en Harvard y Simone en Columbia.

—No voy a volver a Columbia.

—Somos tan... ¿qué?

Simone se apretaba las manos en el regazo. Debía contener los temblores.

—Voy a volver a Nueva York, pero no a la universidad.

—Por supuesto que sí. Las notas de tercero fueron estupendas.

—Sí, pero lo odié con toda mi alma. Y trabajar en el bufete de abogados este verano no me gustaba nada. No puedo seguir haciendo algo que odio, algo que no soy.

—Es la primera noticia que tengo. —Ward se levantó y cruzó la habitación a toda prisa para servirse un trago—. Has tenido unas evaluaciones excelentes. Igual que las de Natalie en sus prácticas. En esta familia no nos rendimos, Simone, y valoramos nuestras ventajas. Me decepcionas.

Le dolió. Por supuesto que le dolió, y esa era la intención de su padre. Pero Simone se había preparado para ello.

—Sé que te decepciono y sé que siempre te decepcionaré. Pero os he dado un año de mi vida. He hecho todo lo que queríais que hiciera, y ya no puedo seguir haciéndolo.

—¿Por qué tienes que estropearlo todo?

Simone se volvió para encararse a Natalie y descargar parte del dolor lacerante que experimentaba contra su hermana.

—¿Qué te estoy estropeando a ti? Estás haciendo lo que quieres, lo que se te da bien. Ve a hacerlo, sé buena en ello. Sé la perfecta oveja blanca donde yo soy la negra.

—Tu hermana es lo bastante madura para entender que necesita unos cimientos, que necesita metas y que tiene unos padres que le han proporcionado esos cimientos y que apoyan sus metas.

—Coinciden con las vuestras —respondió Simone a su madre—. Pero las más no.

—¿Desde cuándo tienes metas? —farfulló Natalie.

—Estoy buscándolas. Voy a volver a Nueva York. Voy a matricularme en varias asignaturas de arte...

—Venga ya, por el amor de Dios. —Tulip se llevó las manos a la cabeza—. Sabía que esto era cosa de CiCi.

—Ni siquiera lo he hablado con ella. Mientras intentaba complaceros a vosotros, la he decepcionado. Pero el caso es que ella nunca me lo ha echado en cara, ni una sola vez. Esa es la diferencia. Nunca ha intentado meterme en una caja en la que no encajo para que fuera lo que ella quería. Voy a matricularme en asignaturas de arte, voy a averiguar si soy buena. Voy a averiguar si puedo ser más que buena.

—¿Y cómo tienes pensado mantenerte? —preguntó Ward en tono cortante—. No puedes tirar tu educación por la borda y esperar que te mantengamos nosotros.

—No lo pretendo. Buscaré un trabajo.

—¿En una cafetería de mala muerte? —le espetó Natalie.

—Sí, si es necesario.

—Está claro que no te lo has pensado bien.

—Mamá, hace semanas que no pienso en otra cosa. Mírame. Por favor, mírame de verdad. No duermo. No como. Tengo un armario lleno de ropa que has elegido y comprado tú. Este verano mi vida social ha girado en torno al apropiado hijo de una amiga que tú misma escogiste cuidadosamente para mí. La ropa no me queda bien y el hijo de tu amiga me aburre soberanamente. Pero me he puesto la ropa y he salido con el chico, y me he pasado las noches en vela con unas jaquecas terribles. Llevo visitando al doctor Mattis tres veces a la semana desde junio, y lo he pagado con mis ahorros para que no lo supierais.

—Te tomarás un semestre libre —decidió Tulip con los ojos anegados de lágrimas—. Descansarás, y haremos un viaje. Vamos a...

—Tulip. —El tono de Ward se había vuelto suave, y el hombre volvió a sentarse a la mesa sin su copa—. Simone, ¿por qué no nos has contado que habías empezado a visitar al doctor Mattis otra vez?

—Porque sabía que parte de la razón por la que necesitaba volver a visitarlo erais vosotros, y no es por vuestra culpa. Es por la realidad. Es porque yo no soy lo que esperáis. Es porque, en mi cabeza, me encierro en aquel baño y tengo miedo de abrir la puerta. Tengo que abrir la puerta. Lo siento —dijo al tiempo que se levantaba—, pero tenéis que dejarme. Soy mayor de edad y he tomado una decisión. Me voy esta noche.

—Vamos a hablarlo con calma —insistió Tulip.

—No hay nada más que decir, así que me marcho esta noche. Tengo las maletas en el coche —agregó, aunque no les dijo que tenía intención de pasar por la isla primero. Necesitaba ese puente antes de lanzarse a lo desconocido—. Natalie se va mañana, y deberíais disfrutar de esta noche con ella. Os quiero, pero no puedo estar aquí.

Salió a toda prisa, y Natalie echó a correr tras ella.

—¿Cómo puedes tratarlos así? —Furiosa, agarró a Simone del brazo—. Eres cruel, y una desagradecida. ¿Por qué no puedes ser normal?

—Toda la normalidad que quedaba por aquí la has acaparado tú. Que te aproveche. —Se zafó de la mano que le sujetaba el brazo y se subió al coche.

—Egoísta, estúpida, loca —le gritó Natalie.

Cuando arrancó, pensó en el día en que había dejado su antiguo empleo en la cafetería. Esta vez no podía decir que se sintiera feliz, pero sí que se sentía libre.

Durante un año Simone trabajó como camarera para pagar su parte del alquiler. No era tan orgullosa ni independiente como para rechazar los cheques que CiCi le enviaba para ayudar a sufragar otros gastos, entre ellos las clases y el material. Pero ella también contribuía a pagarlos posando para otros estudiantes.

Cuando lo hacía, dos noches a la semana (tres, si tenía suerte), se subía a una tarima delante de una clase entera, se quitaba la bata y posaba como le indicaban. Esa noche, con el brazo derecho doblado a la altura del codo, la palma de la mano abierta y hacia arriba, y la mano izquierda descansando justo en medio de los senos, pero un poco más arriba.

No se avergonzaba de posar desnuda más de lo que se avergonzaba de dibujar o esculpir a una modelo desnuda. Y sus honorarios como modelo la ayudaban a pagar su formación, los cuadernos de bocetos, la arcilla, la cocción de las piezas, los utensilios.

Había descubierto que era buena, y creía que podía llegar a ser más que buena.

Mientras Patricia preparaba a su hermano muerto una tarta de cumpleaños para conmemorar el aniversario de la muerte de su madre, Simone regresó a su apartamento después de una larga jornada, se sirvió una copa de vino y se sintió feliz.

En abril de 2013, Essie dio a luz a un niño sano al que el prendado padre y ella llamaron Dylan. Su compañero se jubiló aquel mismo mes, así que solicitó que, al volver de la baja de maternidad, el detective Reed Quartermaine fuera su nuevo compañero.

Aunque disfrutó de su baja maternal, Essie no desconectó del todo del trabajo, pues su futuro compañero le comentaba a menudo noticias, chismes e informes.

Cuántos giros inesperados había dado su vida, pensó Essie mientras salía con sigilo del dormitorio donde dormían su marido y el bebé.

Nunca había esperado convertirse en detective de segundo grado, y mucho menos de la unidad de Delitos Mayores. Nunca había esperado tener un marido tan dulce, divertido, inteligente y sexy como Hank. Y desde luego no había esperado sentir una desbordante ola de amor cada vez que miraba o simplemente pensaba en su hijo.

Su vida había dado un giro una noche de julio y, a partir de la tragedia, el camino había sido bueno, cojonudo.

Se sirvió un vaso de té de hierbas con hielo, cogió una revista de la pila y salió a sentarse en el porche delantero y a ver pasar el pequeño mundo que la rodeaba.

Lo más seguro era que se quedara dormida, y eso era lo que debería haber estado haciendo arriba. «Duerme cuando el bebé duerma», le había

aconsejado su madre. Pero necesitaba el aire de la primavera y un ratito de sol.

Tal vez más tarde llevaran al niño a dar un paseo. Tal vez el aire fresco ayudara a Dylan, que ya tenía tres semanas de vida, a batir su récord de sueño, establecido en dos horas y treinta y siete minutos.

Podía suceder.

Tal vez Hank y ella pudieran acurrucarse juntos, ver una película y, si se sacaba leche antes, beber un poco de vino.

Tal vez...

Se quedó dormida en la tumbona de madera.

Se despertó sobresaltada y echó mano al arma que no llevaba encima.

—¡Lo siento! Lo siento. —Reed alzó las manos. En una de ellas sujetaba un ramo de tulipanes con rayas rosas y blancas—. No quería despertarte. Solo venía a dejarte esto.

—¿Qué hora es?

—Las cinco y media, más o menos.

—Vale, muy bien. —Suspiró—. Solo me he quedado traspuesta unos minutos. Me has traído tulipanes.

—Sé de buena tinta (por mi hermana) que la gente tiende a olvidarse de la madre exhausta al cabo de un par de semanas. ¿Por qué no duermes dentro?

—No tenía intención de dormir todavía. Siéntate. Mis chicos están echándose una siesta arriba. No me vendría mal que me hicieras compañía para que no babee en el porche. Espera, antes entra y coge algo de beber. Hay té de este, y cerveza.

—Perfecto una cerveza.

Con la misma confianza que si estuviera en su casa, Reed entró, cogió una botella fría y la abrió. Volvió y se sentó con ella.

—¿Cómo estás?

—La verdad, nunca pensé que se pudiera ser tan feliz. Y no paran de llegar buenas noticias. Hank me ha dicho hoy que ha decidido tomarse un año sabático. Va a quedarse en casa con el niño. No tengo que pensar en dejar a Dylan con una niñera o en una guardería.

Cuando se le llenaron los ojos de lágrimas, se dio una palmada en cada mejilla.

—Ay, Dios, las hormonas... ¿Volverán alguna vez a la normalidad? Háblame de cosas de polis. Eso funcionará.

—Hemos cerrado el caso Bower.

—La habéis pillado.

—Sí, la viuda codiciosa e intrigante está fichada. El novio perdió los nervios. Él ha conseguido un trato; a ella se la acusa de asesinato en primer grado.

La puso al tanto de un par de casos abiertos y la hizo reír con cotilleos de la comisaría.

—He visto un par de casas más durante el fin de semana.

—Reed, ya llevas casi un año mirando casas.

—Sí, pero no hay ninguna en la que entre y diga: esta es.

—A lo mejor es que eres demasiado quisquilloso y terminas viviendo para siempre en ese estercolero de apartamento.

—Un apartamento no es más que un lugar donde dormir. Una casa tiene que ser perfecta.

Essie estaba de acuerdo, aun así...

—La que fui a ver contigo hace un par de meses estaba genial.

—No estaba mal. Pero no hubo flechazo. La reconoceré cuando la vea.

—Puede que el problema sea Portland.

—No, Portland está bien. Estoy cerca de mi familia y empezaré a trabajar contigo. Eso compensa lo del estercolero hasta que sienta el flechazo.

—Diría que es la misma actitud que te impide tener una relación seria, pero yo era igual en ese aspecto hasta que conocí a Hank.

—No hay flechazo —convino Reed—. Me ha llegado una invitación para la boda de Eloise. En junio.

—O sea que va a casarse de verdad.

—Eso parece. Eloise va a dar el gran paso, y creo que le está yendo bien.

—Hay algo más. —Essie le clavó un dedo en el brazo—. Te lo noto.

Reed se quedó mirando la cerveza un momento, se echó hacia atrás aquella mata de pelo que ya no tenía que llevar corto.

—¿No has recibido la alerta?

—Mierda. Ahora mismo ni siquiera sé dónde tengo el teléfono. ¿Quién?

—Marshall Finestein. Es el que recibió un tiro en la cadera pero se las arregló para alejarse a rastras.

—Y actuó como testigo ocular, con considerable detalle, contra Paulson. Trabajó como consultor para un documental. Sale en la televisión todos los aniversarios.

—No llegará al próximo. Atropello y fuga. Salía a correr todas las mañanas, empezó al recuperarse después del incidente. El coche ni siquiera ha reducido la velocidad, lo ha embestido cuando corría con sus Adidas y ha seguido adelante.

—¿Algún testigo?

—Era un tramo de carretera tranquilo a primera hora de la mañana. Pero, a menos de un kilómetro de la escena, ha aparecido abandonado un Toyota Land Cruiser con daños, sangre, fibras y piel en la parte delantera. Los propietarios, un contable y una pediatra padres de dos hijos, habían denunciado el robo aproximadamente en el momento en que estaban atropellando a Finestein. Los investigaremos más a fondo, pero están limpios, Essie.

—Alguien conocía la rutina de Finestein y su ruta, y ha robado el coche

para eliminarlo.

—Ya son seis las muertes de víctimas relacionadas con el DownEast. Tres asesinatos con este, dos suicidios y el accidente de Marcia Hobart. Hay un patrón, Essie.

—Uno de los suicidios fue en Delaware, el otro en Boston, uno de los asesinatos (que se relacionó con bandas) tuvo lugar en Baltimore. —Levantó la mano antes de que Reed protestara—. No estoy diciendo que te equivoques, Reed. Pero sigue siendo mucho suponer. Sí, hay un patrón de conexión, pero, desde el punto de vista estadístico, en cualquier grupo grande van a producirse muertes, sobre todo derivadas de suicidios y accidentes. No hay un patrón en el método. Una pistola con silenciador, un acuchillamiento, un atropello con fuga.

—El ensañamiento es un patrón —insistió—. Tres tiros en el caso de Roberta Flisk. Trece heridas de arma blanca en el de Martin Bowlinger, y a Finestein lo ha embestido un todoterreno gigantesco a toda pastilla. Bowlinger, en su primer mes como guarda de seguridad del centro comercial, se deja arrastrar por el pánico y sale corriendo cuando comienza el tiroteo. No puede vivir con ello, se muda, empieza a consumir drogas. Está colocado cuando lo apuñalan, muere en cuanto le hacen un par de agujeros, pero el asesino sigue acuchillándolo. Ensañamiento.

»Y los suicidios —prosiguió, animándose—. ¿Y si no lo fueran? Súmales la muerte accidental de la madre de Hobart, que para mí sigue sin encajar del todo, y el resultado es que son demasiados, joder.

—El patrón se rompe con la madre de Hobart. Ella no era una víctima. No era una superviviente.

—Sí era una víctima —insistió, y la mirada de sus ojos verdes se endureció—. Tal vez no fuera una madre maravillosa, tal vez fuese débil, pero era una víctima. Su hijo la convirtió en una víctima.

—¿Móvil?

—A veces la locura es móvil suficiente. Sé que es mucho suponer, pero no puedo dejar de darle vueltas.

Aunque el hielo se había derretido hasta aguarlo, Essie bebió más té.

—Y esa podría ser la verdadera razón por la que sigues en ese estercolero. No puedes darle tantas vueltas, Reed. Seguirles la pista es una cosa, yo no pienso dejar de hacerlo. Pero también hay que pasar página.

—No sería policía si no fuera por aquella noche, si no fuera por ti. Y el policía que llevo dentro me dice que existe un patrón, está convencido. Quiero investigar con más detalle los suicidios y la muerte accidental. En mi tiempo libre —añadió enseguida—. Pero quiero que sepas que voy a investigarlos.

—De acuerdo, está bien. Si encuentras algo, seré la primera en ayudarte.

—Con eso me vale.

Ambos oyeron los primeros berridos exigentes a través de la ventana del piso de arriba.

—Voy —dijo Essie—. ¿Quieres entrar, quedarte a cenar?

—Esta noche no, gracias. La próxima vez traigo la cena.

—Te tomo la palabra. —Essie recogió los tulipanes—. Gracias por las flores, compañero.

—No hay de qué. Diviértete, mamá.

—Podría dormirme de pie. —Se quedó parada en la puerta—. Mis tetas son una fábrica de leche y llevo un mes sin sexo. ¿Y sabes qué? Es divertido. Vuelve y trae pizza.

—Hecho.

Reed se encaminó hacia su coche y decidió que volvería a su estercolero, metería una pizza congelada en el horno e indagaría un poco en un par de suicidios.

Simone bajó los cuatro tramos de escaleras que la separaban del Prius de Mi cargada con maletas y cajas. Un desvío en el camino, se repetía con resuelta alegría. Aquello no era más que un desvío en el camino, y un comienzo maravilloso y brillante para Mi con el traslado a Boston y el puesto en el Hospital General de Massachusetts.

Mi se lo merecía, se había esforzado por conseguirlo, lo haría genial.

—¿Cómo vas a meter todas estas cosas ahí? Deberías haber enviado por correo todos estos libros.

—Entrará todo. —Mi se dio unos golpecitos con el dedo en la sien—. Lo tengo todo calculado. Es como el Tetris.

—Yo nunca he entendido ese juego, pero tú eras una friki, y la que tuvo...

Cuando se dio cuenta de que con sus habilidades no podía aportar nada que fuera más allá de cargar con los bultos, Simone se hizo a un lado y observó a Mi —llevaba la larga y sedosa coleta metida por el ajuste de una gorra de los Red Sox de Boston (un regalo)—, mientras calculaba, colocaba, movía.

Llevaba unos vaqueros cortos, zapatillas de deporte de color rosa y una camiseta de Columbia. Manos pequeñas, pensó Simone, que quería recordar cada detalle. Uñas cortas, nunca pintadas. El diminuto símbolo vietnamita que llevaba tatuado bajo el pulgar derecho y que significaba «esperanza».

Unos preciosos ojos alargados y oscuros, un óvalo facial suave, la nariz afilada.

Un reloj enorme en la fina muñeca izquierda, unos pendientes dorados minúsculos en los lóbulos de las orejas, pequeños y pegados a la cabeza.

Y, por supuesto, el cerebro, ya que en pocos minutos Mi tenía todo cargado.

—¡Listo! ¿Ves?

—Sí. Cómo he podido dudarlo. Aunque todavía falta una. —Simone sacó la caja que había mantenido oculta a su espalda—. Búscales un hueco y ábrela cuando llegues allí.

—Le haré un hueco, pero pienso abrirla ahora.

Mi tiró del lazo de rafia, quitó la tapa y apartó el envoltorio protector de algodón.

—Oh, Sim.

La escultura, no más grande que la mano de Mi, formaba tres caras. Eran Simone y Mi con Tish centrada entre las dos.

—Iba a esculpirnos solo a ti y a mí, pero... ella también quería estar ahí. Es como creo que sería. Si...

—Es preciosa. —Las lágrimas brotaron y le empañaron la voz—. Somos preciosas. Ella está con nosotras.

—Se habría sentido muy orgullosa de ti, casi doctora Jung.

—Aún me queda mucho para eso. También se habría sentido orgullosa de ti. Mira cuánto talento tienes. —Con suavidad, Mi acarició con un dedo los rasgos de sus amigas—. Se habría convertido en una estrella —murmuró.

—Eso seguro.

—Será lo primero que coloque en mi apartamento nuevo. —Con cuidado, Mi volvió a poner en su sitio el envoltorio de algodón, la tapa—. Dios mío, Sim. Voy a echarte mucho de menos.

—Nos enviaremos mensajes y nos llamaremos y nos escribiremos correos electrónicos y haremos videollamadas. Nos visitaremos.

—¿Con quién voy a hablar cuando no pueda dormir?

—Conmigo. Me llamarás. —Tras envolver a Mi en un fuerte abrazo, Simone comenzó a mecerla de un lado a otro—. Se te permite hacer amigos. Adelante, haz todos los que quieras. Pero no se te permite, bajo ningún concepto, hacer otra mejor amiga del alma.

—A ti tampoco.

—Ni de coña. Tienes que irte, venga, que tienes que irte. —Siguió aferrada a ella—. Mándame un mensaje cuando llegues.

—Te quiero.

—Te quiero. —Simone se obligó a soltarla—. Vete. Arrasa, Mi-Hi. Arrasa, encuentra la cura para el resfriado común y sé feliz.

—Arrasa, Simone. Arrasa, crea grandes obras de arte y sé feliz.

Mi se sentó al volante, se cubrió los ojos llorosos con las gafas de sol y, con un último gesto de despedida con la mano, tomó su propio desvío en el camino.

Simone volvió a entrar, subió los cuatro pisos y llegó al apartamento para enfrentarse al hecho de vivir sola por primera vez en su vida.

Podía permitírselo, y no le apetecía compartir piso con nadie más. Tenía trabajo, sus honorarios como modelo y hasta vendía alguna que otra pieza a través de una galería del barrio.

Además, ya tenía acceso a su fondo fiduciario, así que, en caso de apuro, podía recurrir a él.

El dormitorio de Mi se convertiría en su estudio, su taller.

A pesar de que lloró a mares mientras lo hacía, trasladó los materiales desde su dormitorio y desde la parte del salón que había invadido. Arrastró las estanterías, su banco y su taburete.

A partir de entonces, pensó mientras lo organizaba todo, podría entrar y salir de la cama sin tener que pasar por encima de los materiales de arte ni rodearlos.

La luz de la habitación de Mi —corrección, de su estudio— le iría muy bien. Allí podría llevar a modelos en lugar de tener que pagar o negociar para que le hicieran un hueco en el estudio de otra persona.

Mientras arreglaba y reorganizaba las cosas, hizo planes. Sin la compañía de Mi, no se vería tan tentada de perder el tiempo en el salón, no mantendrían aquellas larguísimas conversaciones ni saldrían de noche por impulso. Invertiría ese tiempo en trabajar.

No es que no tuviera otros amigos, se dijo para tranquilizarse. No eran sus mejores amigos del alma, por supuesto, y puede que le costara un poco hacer amigos, pero tenía gente con la que salir o pasar el rato.

No tenía que estar sola, sino que había elegido estar sola.

Tras dos horas sola en el apartamento, cogió el bolso y salió.

Tres horas más tarde regresó con el pelo cortado en ángulo a lo largo de la mandíbula, teñido de un color que en la peluquería llamaron índigo helado, y con un flequillo largo y ladeado.

Se hizo un selfie y se lo envió a Mi, que ya había llegado a Boston.

Luego miró a su alrededor y suspiró. Cogió uno de los bocetos que tenía sujetos a la mesa de dibujo, se sentó y comenzó a tomar medidas más precisas de un desnudo en el que la modelo estaba en cuclillas, con el pelo largo cayendo en cascada y formando espirales, con las yemas de los dedos de una mano apoyadas contra el suelo y la palma de la otra mano hacia arriba, ligeramente estirada.

¿Qué está haciendo?, se preguntó Simone. ¿Qué está mirando? ¿Dónde está?

Mientras trabajaba en las medidas, jugó con distintas historias; las planteaba y las rechazaba. Daba en el clavo.

—Ha dado el salto —murmuró Simone—. No es un salto de fe, sino de valentía. Ha saltado sin contar con nada que no sea ella misma, eso es valentía. Puedo verte.

Como aquella noche no tenía clase ni mesas que servir, fue a buscar el alambre para el armazón y lo colocó sobre la plantilla.

Demasiado silencio, decidió, así que puso música.

Ni rock, reflexionó, ni clásica.

Tribal. Su mujer buscaría una tribu.

Y luego la lideraría.

Con aquella imagen clara en la cabeza y la estructura lista, Simone eligió la

arcilla y los utensilios, y comenzó a liberar a la mujer que encabezaría una tribu.

Los pies, largos y estrechos; los tobillos, fuertes y esbeltos; los músculos de la pantorrilla, definidos.

Construyó, talló, cepilló, roció la arcilla con agua, alisó las rodillas.

A medida que la figura emergía, Simone fue abriéndose camino hacia arriba, hasta que se dio cuenta de que la luz había cambiado.

Empezaba a caer la noche.

Tapó la figura, se obligó a bajar del taburete, a caminar, a estirarse. Tomaría un poco de vino, decidió, y luego pidió comida china, porque, si volvía a trabajar, se le olvidaría comer.

Si te olvidas de comer, de hidratarte, de moverte, el trabajo suele reflejar esos descuidos.

Pasó su primera noche sola bebiendo vino, que alternaba con agua, comiendo fideos y cerdo salteado, y dando vida a su visión.

Durante tres semanas, siguió la misma rutina. Trabajo (del que conllevaba un sueldo), clases, trabajo (del que le alimentaba el alma).

Después de una jornada de quince horas, la mayoría de ellas de pie, volvía a casa, al insidioso silencio de su apartamento.

Echaba tanto de menos a Mi como si le hubieran arrancado una parte de su propio cuerpo, no podía negarlo, pero ese no era el meollo del problema. Se sentó y estudió la escultura que había empezado aquella primera noche.

Era buena, buena de verdad. Una de las mejores piezas que había creado, pero no conseguía obligarse a llevarla a la galería.

—Porque la necesito —dijo en voz alta—. Me está diciendo algo, lleva todo este tiempo intentando decirme algo. Estoy hablando sola. —Suspiró y

echó la cabeza hacia atrás—. ¿Y qué? ¿Y qué? Yo también tengo algo que decir. Ha llegado el momento de dar un salto. En Nueva York ya he hecho lo que vine a hacer. Ha llegado el momento de seguir adelante.

Cerró los ojos.

—Se acabó lo de trabajar de camarera, lo de posar por dinero, por materiales o por horas de clase. Soy una artista, maldita sea.

Le quedaban dos meses de contrato. O aguantaba ese tiempo o apechugaba con el alquiler de todos modos.

Apechugaría, decidió.

Sacó el móvil, miró la hora y calculó las probabilidades de que CiCi siguiera levantada.

Esperó y, cuando oyó la voz de su abuela, con claridad, alerta, sonrió.

—¿De fiesta?

—No, y sé que es tarde.

—Nunca demasiado.

—Exacto. Bueno, creo que ha llegado el momento de que le hincue el diente a Europa. ¿Conoces a alguien en Florencia, por ejemplo, que alquile un piso?

—Muñeca, conozco a todo el mundo en todas partes. ¿Qué tal si hacemos el viaje juntas y te presento?

La sonrisa se convirtió en una carcajada.

—¿Qué tal si hago las maletas?

Durante los dieciocho meses que Simone pasó en Florencia, aprendió el idioma, cultivó tomates y geranios en el minúsculo balcón de su apartamento con vistas a la piazza San Marco y se echó un amante italiano llamado Dante.

Dante, que era guapo hasta lo absurdo, tocaba el violonchelo y disfrutaba preparándole pasta. Como él viajaba con la sinfónica, la relación que

mantenían no la agobiaba y le dejaba todo el tiempo que necesitaba para dedicarse a su trabajo.

El hecho de que él estuviera con otras mujeres durante sus viajes no la preocupaba. Para ella, Dante formaba parte de un interludio maravilloso de sol, sexo y escultura. Se había regalado a sí misma aquel tiempo y aquel lugar, se había empapado de todo lo que le ofrecían.

Estudiaba, pasaba tiempo con otros artistas, con maestros, con artesanos y técnicos. Y derramó sudor a chorros en el suelo de una fundición para mejorar sus conocimientos sobre las piezas de bronce trabajadas con esa técnica.

Mientras aprendía, experimentaba y descubría, reunió la seguridad suficiente para engatusar a los organizadores de una exposición en una galería de arte de moda, y luego se pasó cuatro meses completando más piezas de la serie que llamó «Dioses y diosas».

Simone invitó a su familia por obligación. No acudieron, pero enviaron dos docenas de rosas rojas a la galería con una tarjeta en la que le deseaban suerte.

Ayudar a trasladar las piezas y debatir con el director de la galería sobre su colocación no le dejó tiempo para ponerse nerviosa. Se había dicho incontables veces a sí misma que si la exposición no tenía éxito, significaría que no era lo bastante buena.

Todavía.

No significaba que fuese a volver a casa como una fracasada. Tal vez sus padres —corrección, seguro que sus padres, pensó mientras intentaba decidir, otra vez, entre un vestido negro, austero y serio, y otro rojo, atrevido y sexy— la consideraran una fracasada. Pero, de todas formas, ella nunca cumpliría con sus expectativas. Para eso ya tenían a Natalie. Simone siempre sería la hija que había abandonado la universidad y había tirado por la borda todas las ventajas que ellos le habían ofrecido.

Su madre votaría por el negro, pensó Simone. Sé formal, sé sofisticada.

Se decidió por el rojo y lo complementó con unas sandalias doradas de tacón asesino que le destrozarían los pies pero también permitirían que se le vieran las uñas, pintadas del mismo tono granada que el color base de su pelo.

A esa base le había añadido reflejos y mechones de color turquesa, ciruela y cobrizo para resaltar el corte, de ángulos dispares.

Y para acentuar el aire bohemio, se puso unos pendientes largos con círculos dorados y un sinfín de pulseras.

¿Se estaba pasando? Quizá cambiara al negro después de todo.

Antes de que pudiera sacarlo del armario, sonó el timbre. Otra entrega de Dante, decidió mientras salía del dormitorio hacia la sala de estar, ya perfumada gracias a las rosas blancas que le había enviado la noche anterior, los lirios rojos de esa mañana, las orquídeas de primera hora de la tarde y los tulipanes rosas de después.

Abrió la puerta, gritó y abrazó a su abuela.

—¡CiCi! ¡CiCi! ¡Estás aquí!

—¿Dónde iba a estar si no?

—Has venido. Has venido hasta aquí.

—Nada habría podido impedírmelo, *cara*. Nada de nada.

—Ay, pasa, siéntate. ¿Acabas de llegar? Deja que te coja la maleta.

—He venido directa aquí, pero no te preocupes, me quedo en casa de Francesca e Isabel.

—¡No, no, no puedes irte con ellas! Tienes que quedarte aquí. Por favor.

CiCi se echó hacia atrás la melena, que le llegaba por debajo de los omóplatos y llevaba teñida del color del cobre bruñido.

—Me encantaría montarme un trío con ese bombón italiano tuyo, pero me incomoda demasiado que una de los tres sea mi nieta.

—Dante está en Viena. Ha sido imposible cuadrar agendas. Pero está en

todas partes. —Abarcó la habitación, llena de flores, con los brazos.

—Ese hombre es un romántico. Entonces, si estamos solas tú y yo, me encantaría quedarme. Se lo diré a Francesca e Isabel. Vienen esta noche, y después os llevo a todas a celebrarlo. Dios. —Con una enorme sonrisa, CiCi se regodeó en su mayor tesoro—. ¡Mírate! Tu pelo es una obra de arte. ¡Y qué vestido!

—Estaba pensando que debería cambiarme. Tengo un vestido negro que podría...

—Está muy visto. No lo hagas.

—¿En serio? ¿Estás segura?

—Así parecez atrevida, segura y dispuesta, pero hazte un favor y quítate los zapatos hasta que nos vayamos. ¿Cuánto tiempo nos queda?

—Más de una hora.

—Bien. Tiempo suficiente para que me sirvas una copa de vino antes de ponerme guapa.

—Eres la mujer más guapa del mundo. No puedo expresar lo que significa para mí que hayas venido hasta aquí por la exposición, por mí.

—Nada de lágrimas. —CiCi dio unos golpecitos con el dedo en la nariz a su nieta—. Te has pintado muy bien los ojos. De hecho, voy a pedirte que me maquilles tú. Después del vino.

Simone se quitó los zapatos y se dirigió a la cocina descalza, eligió un tinto de la zona y preparó enseguida un plato con queso, pan y aceitunas.

—Sé que no es una exposición importante —empezó a decir.

—Deja esas tonterías ahora mismo, no se permiten vibraciones negativas. Todas son importantes, y esta más que ninguna. Es tuya. Es tu primera exposición en Europa. —Tras abrir las puertas del balcón, CiCi se sentó en una de las sillas de metal y luego cogió el vino que Simone había dejado en la mesa, a su lado—. Salud, tesoro.

Simone entrechocó su copa con la de CiCi.

—Agradezco la oportunidad. Es solo que no quiero excederme con las expectativas.

—Bueno, está más claro que el agua que me necesitas aquí para evitar que debilites la luz de tu propia estrella. Esta noche brillará, confía en mí. Ya sabes que soy algo adivina. Y vas a dejar que brille o tendré que darte un azote en el culo.

—Me alegro mucho de que estés aquí. ¿Cuánto tiempo vas a quedarte?

—Voy a tomarme un par de semanas para estar contigo, ver a unos cuantos amigos, pintar un poco. Es una ciudad preciosa —murmuró CiCi mientras miraba hacia la plaza, los tejados rojos y el estuco bañado por el sol—. ¿Es este tu sitio, Simone?

—Me encanta. Me encantan la luz y la gente, el arte. Aquí se respira arte. Me encantan el color y la historia, la comida, el vino. Creo que estar aquí no solo ha abierto algo en mi interior, sino que lo ha alimentado. ¿Y quién alimenta el cuerpo y el alma mejor que los italianos?

—¿Y sin embargo...?

—Y sin embargo, aunque es un sitio al que necesitaré volver, no es el mío. Si puedes quedarte tres semanas, vuelvo contigo. Estoy lista.

—Entonces me quedo.

En la inauguración, Simone cumplió con su papel charlando en italiano y en inglés, respondiendo a preguntas sobre piezas concretas. La gente entraba, echaba un vistazo... Sabía que muchos acudían por las copitas de vino.

Pero acudían.

Saludó a Francesca y a Isabel cuando llegaron, intercambió cálidos abrazos

y besos con aquella pareja duradera que la había acogido bajo su ala cuando llegó a Florencia.

La gerente de la galería —una mujer de cincuenta años que hacía que el negro austero y sobrio resultara espectacular— se acercó con disimulo y murmuró al oído de Simone:

—Acabamos de vender tu *Despierta*.

Simone abrió la boca, pero no logró articular palabra. La pieza, una de las pocas que había decidido realizar en bronce, había comportado semanas de planificación e incontables dudas acerca de la pose, la técnica... y después el precio que fijó la galería.

Y en ese momento la figura de una mujer que se levantaba de un lecho de flores, con un brazo estirado como para alcanzar el sol y un esbozo de sonrisa que a Simone le había costado sudor y lágrimas plasmar exactamente como quería, pertenecía a alguien.

—¿Quién...? Ay, Dios, no me digas que la ha comprado mi abuela.

—No ha sido ella. Ven a conocer a los compradores.

Le zumbaban lo oídos cuando avanzó por la serpenteante planta de la galería para conocer a la pareja que le había brindado su primera gran venta, formada por un hombre de negocios y su elegante esposa.

El zumbido dio paso a los vítores interiores mientras estrechaba manos y charlaba.

Tenía que contárselo a CiCi.

Se abrió camino entre la gente y finalmente encontró a su abuela de pie junto a una pieza que Simone había titulado *Surgimiento*. A pesar de que consideraba que las de bronce eran las más complicadas y difíciles de la exposición, aquella era su favorita.

Porque contenía su corazón.

La cabeza y los hombros de la mujer surgían de un estanque, la cabeza

echada hacia atrás, el pelo suelto, liso y húmedo, los ojos cerrados, la cara embelesada.

La había hecho en varios tonos de azul claro.

—CiCi, yo... ¿Qué pasa? —Al ver que su abuela tenía lágrimas en los ojos, se precipitó hacia ella—. ¿No te encuentras bien? ¿Necesitas tomar el aire? ¿Quieres un poco de agua?

—No. No. —CiCi la agarró de la mano—. Sal fuera conmigo un minuto antes de que me ponga en ridículo.

—Vale. Ven. —Le pasó un brazo por la cintura y la guio hacia el exterior—. Hace calor y hay mucha gente. Voy a buscarte una silla.

—Estoy bien. Estoy bien. Por Dios, no me trates como a una anciana. Solo necesito un segundo.

Fuera, el aire olía a flores y a comida. Había gente sentada en la terraza del restaurante de enfrente, disfrutando de la cena y la conversación. Por delante de ellas pasó una mujer —piernas largas y falda corta— con un perro sujeto con correa.

—Sabía que tenías talento. Sabía que sería la arcilla. Soy algo adivina, ya lo sabes. —CiCi cogió la copa de vino que Simone había olvidado que llevaba en la mano y dio un sorbo—. Me di cuenta de que tu trabajo estaba avanzando cuando te visité en otoño. Y me has enviado fotos, vídeos. Pero no lo transmiten, mi niña. No lo transmiten así, como cuando lo ves. Las texturas, los detalles, la emoción. Hay tanta brillantez en ellas que ni siquiera tengo palabras. Y apenas acabas de empezar.

CiCi se enjugó las lágrimas con unos golpecitos.

—Voy a decirte una cosa, de artista a artista, así que no me vengas con tonterías cuando lo suelte: tu *Surgimiento* tiene que ser mía. Voy a comprarla no porque seas mi nieta, sino porque me ha hecho llorar, me ha llegado al alma.

—Es... Es Tish.

—Sí, lo sé. Y ella, y tú, me habéis llegado al alma.

—Entonces te la regalo.

—No. No me la vas a regalar. Puedes regalarme otra cosa, pero no esa escultura. Ahora entra ahí y diles que está vendida antes de que alguien me la quite delante de mis narices. Tengo que beberme este vino y calmarme. ¡Date prisa!

—Vuelvo enseguida.

Cuando regresó, encontró a CiCi recostada contra la pared, sonriendo.

—Sigo en forma. Un hombre de lo más encantador, no mucho mayor que tú, se ha parado y se ha ofrecido a invitarme a una copa de vino de verdad. Deberíamos volver a entrar antes de que cree un alboroto sexual.

—Ahora soy yo la que necesita un minuto, CiCi. —Buscó a tientas la mano de su abuela—. He vendido cuatro piezas... cinco —se corrigió—. Cinco con la tuya. Anna-Tereza está encantada. Te juro que he estado a punto de hacer una de las tuyas, de ponerme a encender velas y lanzar hechizos para vender una y no sentirme humillada.

—Nada de brujería en beneficio propio. —CiCi se llevó la copa a los labios con una mano y apretó la de Simone con la otra—. Es de mal gusto.

—Es verdad. Imagino que Dante se pondrá bastante contento, porque posó para dos de las ventas.

—Y la noche no ha terminado. Cuando acabe esta parte, vamos a regalarnos una buena celebración. Y mira quién va a brindar con nosotras.

—¿Quién...? —Simone se volvió en la dirección que señalaba CiCi.

Vio a una mujer que corría, con la melena corta y negra rebotándole a ambos lados de la cara. Zapatillas de deporte, una mochila.

—Mi. ¡Oh, Dios, Mi!

A pesar de los tacones, Simone echó a correr a su encuentro.

—Me han retrasado el vuelo en Londres. No he tenido tiempo de cambiarme. Soy un desastre. Estoy aquí. No he llegado demasiado tarde.

La salva de palabras jadeantes iba acompañada de abrazos.

—Pero si tenías un congreso. Tenías que dar una charla. Tú...

—Solo tengo esta noche. Tengo que volverme mañana a primera hora. Madre mía, estás fabulosa. Yo no estoy a la altura.

—Doctora Jung. Mi doctora Jung. —La acercó a CiCi y las abrazó a las dos —. Esta es la mejor noche de mi vida.

En los dieciocho meses y tres semanas que Simone pasó en Florencia, Patricia Hobart mató a tres personas.

Matar a Hilda Barclay, que durante el ataque había sostenido en sus brazos a su agonizante esposo, de cuarenta y siete años, implicaba viajar a Tampa, adonde Hilda se había mudado para estar más cerca de su hija. Pero Patricia consideró que la inversión de tiempo y dinero merecía la pena.

Le molestaba muchísimo la atención mediática que recibía Hilda, sobre todo después de que creara una beca para jóvenes desfavorecidos en nombre de su esposo.

Y una mierda desfavorecidos, pensó Patricia. Gorriones e imbéciles mimados por benefactores lloricas y liberales.

Además, su objetivo le proporcionaba diez días lejos del desagradable invierno de Maine y de aquellos abuelos suyos que parecía que no iban a morir nunca.

Llevó a cabo su investigación como no podía ser de otra manera, se despidió con un beso de sus molestos y longevos abuelos, y puso rumbo a lo que todo el mundo estaba de acuerdo en considerar unas vacaciones bien merecidas.

A lo mejor ambos morían mientras dormían antes de que regresara y el gato odioso al que su abuela mimaba como un bebé se les comía los ojos.

Había que soñar, ¿no?

Le encantó Florida, y eso la sorprendió. Le encantaron el sol y las palmeras,

el azul del cielo y del mar. Mientras contemplaba las vistas desde su suite (¿por qué no despilfarrar?) y sacaba fotos para enviarlas a casa, se imaginó viviendo allí.

Podría plantárselo, si no fuera por la cantidad de viejos que había.

Y de judíos.

Se lo plantearía de todas maneras.

En cualquier caso, le resultó sencillo hasta el absurdo seguir a Hilda y estudiar el adosado de dos dormitorios en el que vivía, situado en la misma manzana que la familia de su hija.

Al cabo de tres días, llegó a la conclusión de que ya se sabía la rutina diaria de Hilda al dedillo. Aquella vieja bruja llevaba una vida sencilla. Le gustaba trabajar en el jardín, tenía varios comederos para pájaros siempre llenos y daba vueltas por el barrio montada en una bicicleta de tres ruedas como si fuera un crío con arrugas.

Al cuarto día, cuando aún no había terminado de dar forma a sus ideas sobre trágicos accidentes de jardinería o ciclismo, Patricia pasó por delante del adosado mientras Hilda llenaba un comedero para pájaros, una réplica de un restaurante (tenía hasta flores en las ventanas y un cartel que rezaba COMIDA PARA PLUMAS).

Se detuvo, se alisó la peluca negra y corta, se puso las gafas de sol con cristales de color ámbar y luego bajó del coche.

—Disculpe... Señora...

Hilda, una mujer vivaz y nervuda ataviada con un sombrero de ala ancha, se volvió.

—¿Puedo ayudarte?

—Espero que la pregunta no le parezca demasiado extraña pero ¿puede decirme dónde compró ese comedero para pájaros tan bonito? A mi madre le encantaría.

—Vaya. —Con una risa, Hilda hizo un gesto a Patricia para que se acercara—. ¿A tu madre le gustan los pájaros?

—Le encantan. Madre mía, de cerca es aún más bonito. ¿Es un diseño exclusivo?

—Es artesanía local, pero la tienda que los vende tiene otros parecidos. La Casa de los Pájaros.

La mujer procedió a dar a Patricia indicaciones detalladas que ella anotó obedientemente en su móvil.

—Genial.

—Creo que te vi pasar ayer con el coche.

A Patricia se le congeló la sonrisa durante un instante.

—Es probable, sí. Mis padres acaban de mudarse a unas manzanas de aquí. Estoy haciéndoles recados. Ya no eran capaces de soportar los inviernos de Saint Paul.

—Lo entiendo. Yo escapé de los de Maine.

—Entonces sabe de qué le hablo —dijo Patricia entre risas—. Si encuentro un comedero parecido a este, sería un regalo de bienvenida fantástico para mi madre.

—Mi favorito está en la parte de atrás, así puedo verlo desde la ventana de la cocina. Es una casa de campo inglesa.

—¡Venga ya! —Inspirada, Patricia alzó las manos hacia el cielo—. Mi madre se crio en una casa de campo inglesa en el Distrito de los Lagos. Se mudó a Estados Unidos de adolescente. Un comedero para pájaros con forma de casa inglesa... le encantaría.

—También pueden anidar en él. Acompañame, te lo enseño.

—Vaya, qué amable es usted. ¿No es demasiada molestia?

—Te lo enseño encantada. —Mientras se dirigían a la parte de atrás, Hilda saludó a un hombre que salía de la casa de al lado—. Hola, Pete.

—Buenos días, Hilda. Voy a hacer la compra. ¿Necesitas algo?

—No, gracias. Tus padres estarán muy a gusto aquí —añadió dirigiéndose a Patricia.

—Eso espero. Los voy a echar muchísimo de menos, pero eso espero. —No puedo matarla ahora, pensó Patricia. El coche delante, ese vecino estúpido...

—. Oh, qué terraza cubierta tan bonita. Apuesto a que puede nadar todo el año.

—En efecto —confirmó Hilda—. Nado todas las mañanas antes de desayunar.

Patricia sonrió.

—Por eso está en tan buena forma.

Soltó todo tipo de exclamaciones de sorpresa ante el ridículo comedero para pájaros, alabó el jardín, las plantas y las macetas de la terraza cubierta, y dio mil veces las gracias a aquella mujer, cuya muerte era inminente.

No siguió las indicaciones para llegar a la Casa de los Pájaros, sino que se dirigió a unos grandes almacenes a comprar una tostadora y un alargador.

A las siete y cuarto en punto de la mañana siguiente, Hilda salió de la casa hacia la terraza cubierta, se despojó de su albornoz de rizo azul y se metió en la piscina ataviada con su sencillo bañador de color chocolate.

Mientras la mujer hacía sus largos con calma y tranquilidad, Patricia entró en la terraza cubierta por la puerta con mosquitera, que no estaba cerrada con llave, conectó el alargador al enchufe que había en el muro trasero de la casa y lanzó la tostadora a la piscina.

Vio cómo se sacudía el cuerpo de Hilda y los destellos en el agua. Lo vio flotar, bocabajo, mientras ella desconectaba el alargador y, con el recogedor de la piscina, sacaba la tostadora. Seguro que lo averiguaban, pero ¿por qué ayudarlos? Guardó las armas homicidas en la mochila y, vestida con las mallas de correr, una camiseta de tirantes y una gorra de béisbol, trotó tres manzanas hasta el coche de alquiler.

Tiró la tostadora en un contenedor de basura que había detrás de un restaurante y se deshizo del alargador a unos tres kilómetros de allí, en el aparcamiento de un centro comercial.

Hecho esto, volvió a meter la peluca caoba en la mochila y regresó al hotel para disfrutar del abundante desayuno que pidió al servicio de habitaciones: tortilla de espinacas, beicon de pavo, frutos del bosque y zumo de naranja recién exprimido.

Se preguntó quién encontraría a Hilda flotando. ¿Su hija? ¿Un nieto? ¿Pete, el buen vecino?

Tal vez echara un vistazo a los periódicos locales.

Pero por el momento decidió, sin ironía alguna, que pasaría el resto del día en la piscina del hotel.

Sus abuelos no le dieron la satisfacción de morirse mientras dormían, así que se conformó con seguir soñando con distintas formas de matarlos. El momento de matarlos de verdad tenía que esperar, pero su padre le hizo un favor emborrachándose antes de sentarse al volante de su camioneta Ford.

Se llevó con él a una madre y a uno de sus dos hijos, un adolescente, cuando invadió el carril contrario y se estrelló contra su coche, pero, en opinión de Patricia, así era la vida.

Ya podía tachar a otro de su lista.

A Frederick Mosebly lo había tachado una agradable noche de verano (pre-Hilda) con un artefacto explosivo que había fijado bajo el asiento del conductor de su coche, que se hallaba abierto.

Aquel tachón la satisfizo de una manera especial, ya que Mosebly había tenido cierto éxito local con un libro autopublicado sobre el centro comercial DownEast. Y además era la primera vez que construía una bomba.

Y pensó que tenía un don para ello.

Tachó al tercero del año —tenía que separarlos un poco más en el tiempo— chocando con él en un bar atestado de gente y clavándole una jeringuilla de toxina botulínica. Le pareció poético, ya que el doctor David Wu, que estaba allí para tomarse un cóctel antes de ir a cenar con su esposa y otra pareja a un restaurante de lujo y a quien se le había atribuido el mérito de haber salvado vidas aquella fatídica noche, era cirujano estético.

A Patricia se le ocurrió que, dado que Wu se ganaba la vida (y muy bien) inyectando bótox a la gente, podía morir por inyección de la misma sustancia básica.

Se deshizo de la jeringuilla de camino a casa y, al llegar, entró sin hacer ruido.

Durante un momento, un momento delicioso, pensó que sus plegarias habían sido escuchadas.

Su abuela yacía en el suelo del vestíbulo. Gemía, o sea que... aún respiraba, pero eso tenía arreglo.

Con otro gemido, su abuela volvió la cabeza.

—Patti, Patti. —Dios, cómo odiaba que la llamaran así—. Gracias a Dios. Me... me he caído. Me he dado un golpe en la cabeza. Creo, ay, ay, creo que me he roto la cadera.

Podría rematarla, pensó Patricia. Solo tenía que cubrir la boca con una mano a la vieja bruja, taparle la nariz y...

—¡Agnes! ¡No encuentro el mando a distancia! ¿Dónde lo has...? —Su abuelo salió arrastrando los pies del dormitorio principal de la planta baja, con el ceño fruncido de irritación por encima de las gafas bifocales.

Vio a su mujer, soltó un grito y Patricia actuó con rapidez.

—¡Oh, Dios mío, abuela! —Se precipitó hacia ella, se arrodilló y la agarró de la mano.

—Me he caído. Me he caído.

—No pasa nada. Todo irá bien. —Sacó el móvil de su bolso, marcó el 911—. ¡Necesito una ambulancia! —Recitó la dirección del tirón, asegurándose de que le temblara la voz—. Mi abuela se ha caído. Deprisa, por favor, deprisa. Abuelo, tráele una manta a la abuela. Está temblando. Coge la del sofá. Creo que está en estado de shock. Aguanta, abuela. Estoy aquí, contigo.

Así que no tendría la suerte de que la noche se convirtiera en un dos por uno, pensó Patricia mientras acariciaba con delicadeza, con suma delicadeza, la mejilla de su abuela. Pero una cadera rota (¡ojalá!) y una mujer de ochenta y tres años tenían mucho potencial.

Patricia ocultó su profunda decepción cuando su abuela se recuperó. Y se ganó la admiración del personal médico, los auxiliares y los vecinos con todas sus interpretaciones de cuidadora entregada.

Aprovechó para convencer a sus abuelos no solo de que le concedieran poderes notariales —los abogados se mostraron de acuerdo—, sino también de que añadieran su nombre a todas sus posesiones: cuentas, inversiones y escrituras de la residencia principal y de la casa de veraneo/propiedad inversión que poseían en Cape May.

Como iba a heredar las joyas de su abuela de todas formas, de vez en cuando cogía alguna pieza y la convertía en efectivo conduciendo hasta Augusta o Bangor, y una vez, durante un fin de semana que se tomó libre (a instancia de los médicos), en Bar Harbor.

Transformó parte del dinero en un buen documento de identidad falso y lo utilizó para abrirse una pequeña cuenta bancaria y alquilar una caja de seguridad en un banco de Rochester, en New Hampshire.

Entre las joyas, la regularidad con la que había esquilado las cuentas y la venta de la casa de veraneo (que sus abuelos eran demasiado estúpidos para saber que habían firmado), Patricia tenía más de tres millones de dólares en la

caja, además de cuatro documentos de identidad falsos, entre ellos pasaportes y tarjetas de crédito.

Guardaba cien mil dólares en efectivo, junto con otros artículos básicos, en una bolsa de viaje que tenía escondida en la parte superior de su armario por si necesitaba salir pitando, y había comenzado a llenar una segunda bolsa.

Como ninguno de sus abuelos podía subir ya las escaleras, disponía de toda la primera planta para ella sola. Instaló cerraduras policiales en su habitación y en la de invitados, que utilizaba como taller.

Si a la señora de la limpieza que acudía a la casa una vez por semana le parecía extraño que le prohibiera acceder al primer piso, no dijo nada. Le pagaban bien, y significaba menos trabajo.

Mientras se acercaba el siguiente aniversario de la tragedia del centro comercial DownEast, Patricia hacía planes. Muchos planes.

Y tachó a un par más de la lista.

Seleena McMullen explotó la proximidad del 22 de julio en su blog y en su programa de entrevistas. Era una oportunidad de promocionar la edición actualizada de su libro.

No ponía objeciones al hecho de que la tragedia hubiera catapultado su carrera. Por pura rutina, cada vez que un lunático disparaba en un lugar público, ella hacía de presentadora en la televisión por cable.

Cada par de años hacía una gira por los platós y se embolsaba unos honorarios bastante decentes como oradora. Había participado como productora ejecutiva en un documental de éxito sobre el tiroteo y, cuando las cosas estaban en su máximo apogeo, consiguió un pequeño cameo en *Ley y orden: UVE*.

Su éxito no era constante, lo reconocía; en los aniversarios subía y la

situaba en primera plana.

Tenía empleados, agente, un novio guapo (después de un matrimonio breve y un divorcio complicado). Y el divorcio y el novio guapo habían aumentado los índices de audiencia y los clics.

Con lo que tenía pensado para la semana del aniversario se dispararían.

Contaba con la policía que había eliminado a Hobart. Es cierto que Seleena había tenido que presionar al alcalde para que este presionara al capitán de la policía para que este presionara a la policía, pero contaba con ella. No había conseguido al antaño héroe adolescente y ahora compañero de la policía, y eso se le había atravesado.

El departamento de policía de Portland la había obligado a escoger, o la una o el otro, no ambos. Se había decidido por ella, la primera en llegar al lugar de los hechos, y había renunciado al otro.

Tenía a una mujer que estuvo en el cine y había estado a punto de morir... y que vivía con cicatrices faciales y lesiones cerebrales. Había fichado al friki que había protegido una tienda llena de compradores atrincherándolos en la trastienda, a unas cuantas víctimas más, a un paramédico y a uno de los médicos de urgencias de aquella noche.

Pero ¿la joya de la corona? La hermana del tirador, la hermana menor del cabecilla.

Contaba con Patricia Jane Hobart.

A pesar de ello, y de la enorme importancia que tenía, puesto que, hasta la fecha, la hermana de Hobart no había concedido ninguna entrevista formal, Seleena caminaba de un lado a otro de su despacho echando humo.

Quería el puñetero triplete. La policía, la hermana de Hobart y Simone Knox, la primera persona que había alertado a la policía para que McVee se cargara a Hobart.

La muy zorra ni siquiera contestaba sus llamadas. Incluso había hecho que

un abogado gilipollas le enviara una carta de cese y desistimiento cuando localizó a Simone en una galería de arte de Nueva York.

Un evento público, se dijo Seleena entonces. Tenía todo el puto derecho — según la Primera Enmienda— a plantarle un micrófono en la cara.

No le gustó que la echaran de la galería por hacer su trabajo.

Había escrito un editorial despiadado sobre el trato que le habían dispensado y sobre aquella zorra. Y lo habría publicado si su ex —antes de que se enterara de lo de su amante y se convirtiera en su ex— no la hubiera convencido de que sería ella la que quedaría como una zorra.

Odiaba reconocer que su ex tenía razón.

Bueno, podía reproducir la llamada al nueve uno uno, y lo haría. Podía sacar a colación el nombre de Simone Knox y tal vez insinuar que, como artista de cierto renombre, la señorita Knox ya no quería que se la asociara con la tragedia del centro comercial DownEast.

—Trabaja en eso —murmuró—. Trabaja en la forma de decirlo. Sembrando la duda sobre ella, pero sin desviarte del buen camino, del camino de la compasión.

Abrió la puerta de golpe y gritó:

—¡Marlie! ¿Dónde narices está mi cortado?

—Luca debe de estar a punto de llegar con él.

—Por el amor de Dios. Averigua dónde está Simone Knox y dónde estará la semana que viene.

—Uy, señora McMullen, el abogado...

Seleena se volvió a toda velocidad y la apocada Marlie dio un salto atrás.

—¿Qué coño te he pedido? Averígualo. Quiero saber dónde está cuando entrevistaste a Patricia Hobart y a la policía que mató a su hermano. Y quiero fotos tuyas de antes y de ahora. Mueve el culo, Marlie. —Seleena cerró de un portazo—. Ya veremos quién gana este asalto —murmuró.

Lo ganó Simone. Pasó las semanas previas al aniversario viajando por Arizona, Nuevo México y Nevada. Hacía bocetos, fotografiaba el desierto y los cañones, a la gente, se imaginaba traduciendo aquellos colores, texturas y formas, aquellos rostros y siluetas, a obras de arcilla.

Se deleitaba en la soledad, disfrutaba explorando un territorio para ella tan diferente de la costa este de Maine como Marte lo era de Venus. Sin nadie ante quien responder salvo a sus propios caprichos, paraba dónde y cuándo quería y se quedaba el tiempo que le apetecía.

Cuando por fin puso rumbo al este, se desvió hacia el norte por Wyoming y Montana, donde compró más cuadernos de bocetos y cedió al impulso de hacerse con unas botas de vaquero.

Para cuando cruzó la frontera de Maine, las páginas del calendario habían pasado hasta agosto, y a pesar del empleo constante de protectores solares y sombreros, estaba bronceada y tenía el cabello dorado por el sol.

Y se sentía animada y feliz.

Quería ponerse a trabajar, revisar los cientos de bocetos y fotografías, las ideas y las visiones. Quería sentir la arcilla entre las manos.

Se planteó enviar un mensaje de texto a CiCi, pero al final decidió sorprenderla. Pararía a comprar una botella de champán (qué demonios, que fueran dos) y luego conduciría directamente hasta el ferri.

Pero una punzada de culpabilidad la hizo cambiar de dirección. Pasaría por casa de sus padres. Una rápida visita de cortesía.

Quizá la relación con sus padres, y con su hermana, siguiera siendo tirante, pero Simone no podía considerarse libre de culpa. Desde el día en que había abandonado el hogar de su infancia para perseguir sus sueños, en general había intentado mantenerse al margen de su familia.

Así se ahorrraba discusiones.

Pero evitarlos significaba que tradiciones como las navidades, los

cumpleaños, las bodas y los funerales se convirtieran en tensas zonas desmilitarizadas... o en campos de batalla.

¿Por qué no hacer un esfuerzo?, se dijo. Pasar por su casa un bonito sábado por la tarde, establecer contacto, tal vez tomarse una copa, admirar el jardín, contar unas cuantas anécdotas de sus viajes.

Qué triste y lamentable era que necesitara esbozar un orden del día para visitar a sus padres...

No lo planearía. Gestionaría la situación como había gestionado sus viajes. Sobre la marcha.

Alguien está celebrando una buena fiesta de verano, pensó al fijarse en los coches aparcados a lo largo de la calle. Cuando vio que el extenso camino de entrada en forma de U de sus padres también estaba lleno de coches, y que en el área de servicio varios aparcacoches maniobraban unos cuantos más, se dio cuenta de que había estado a punto de colarse en una fiesta.

No es el mejor momento para dejarse caer por aquí, decidió, pero vaciló lo suficiente para que uno de los aparcacoches le bloqueara la salida rápida. Mientras esperaba a que se despejara el camino, para escapar, Natalie y un par de mujeres ataviadas con elegantes vestidos de cóctel cruzaron el exuberante verde del jardín delantero.

Horrorizada por que su primer instinto hubiera sido agacharse, se obligó a esbozar una sonrisa cuando Natalie la reconoció.

Su hermana no sonrió, sino que se bajó las gafas de sol de chica glamurosa para mirarla por encima. Y para Simone aquello fue suficiente.

Abrió la puerta del coche y, muy despacio, salió vestida con su ropa de viaje, pantalones cortos verde militar, botas de vaquero rojas, sombrero de paja de ala ancha y una camiseta de tirantes en la que ponía: RED WINE AND BLUE.

—Hola, Nat.

Natalie dijo algo a sus acompañantes, una de las mujeres le dio unas palmaditas en el brazo y ambas se alejaron... no sin lanzar atrás largas miradas de desaprobación.

Natalie se acercó a la acera.

Se parece a mamá, pensó Simone, un ejemplo perfecto de la mujer refinada.

—Simone. No te esperábamos.

—Está claro. Acabo de volver. Se me ha ocurrido pasar a saludar.

—No es el mejor momento.

A Simone no le pasó desapercibido el tono de su hermana: el que se emplea con un conocido al que hay que tolerar de vez en cuando.

—También está claro. Diles que he vuelto y que estaré en casa de CiCi. Ya los llamaré.

—Eso sería toda una novedad.

—Que yo sepa, los teléfonos funcionan en ambos sentidos. Pero, bueno, estás muy guapa.

—Gracias. Les diré a mamá y papá que...

—¡Natalie!

El hombre que cruzaba el jardín con los mocasines del gris más claro posible, a juego con unos pantalones de lino almidonado, lucía el encanto de unos hoyuelos en un atractivo rostro hollywoodiense. Su elegancia (la camisa blanca debajo de la americana azul marino, el pelo ondulado dorado por el sol) encajaba a la perfección con la de Natalie.

Aunque lo conocía de antes, Simone tardó unos instantes en recordar su nombre. Harry (Harrison) Brookefield, una de las jóvenes promesas del bufete de su padre.

Y, según CiCi, el novio de Natalie con sello de aprobación paterna.

—Por fin te encuentro. Solo quería... ¿Simone? —Con un fognazo de sus

hoyuelos, le tendió una mano para estrechar la suya—. No sabía que estabas aquí. Es genial. ¿Cuánto hace que has vuelto?

—Unos cinco minutos.

—Entonces seguro que te apetece una copa.

Harry le había pasado un brazo alrededor de la cintura a Natalie mientras hablaba y, en opinión de Simone, aún no había captado su rigidez. Luego volvió a tender la mano hacia la de Simone.

—Oh, gracias, pero no voy vestida de forma apropiada para una fiesta. Mejor me voy...

—No seas tonta. —Harry le agarró la mano con fuerza—. ¿Has dejado las llaves en el coche?

—Sí, pero...

—Estupendo. —Hizo una seña al aparcacoches—. Vehículo familiar.

—En serio, Harry, Simone tiene que estar cansada después del viaje.

—Razón de más para que se tome esa copa. —Como un cepillo de carpintero envuelto en terciopelo, lijó justo la corteza áspera—. Ahora tienes aquí a toda tu familia para celebrarlo, cariño.

Aquel hombre tenía un apretón de manos y una voluntad de hierro, pensó Simone, pero la razón principal por la que le permitió arrastrarla hacia el interior, por mezquina que fuera, era la patente incomodidad de Natalie.

—¿Qué estamos celebrando?

—¿No se lo has contado? Dios santo, Natalie. —Harry miró a Simone y le guiñó el ojo—. Ha dicho que sí.

Simone sintió que el cerebro se le vaciaba por completo durante tres segundos.

—Estás prometida. ¿Vas a casarte?

—Lo cual me convierte en el hombre más afortunado del mundo.

Oyó música, y voces, cuando enfilaron el sendero que serpenteaba por el

jardín lateral hasta el patio trasero.

—Felicidades.

¿Cómo había sucedido?, se preguntó Simone. ¿Cómo era posible que la hermana que se colaba en su cama para susurrarle secretos no hubiera compartido con ella una noticia tan vital, tan importante? Una noticia tan feliz que merecía una fiesta con vestidos elegantes y manteles blancos adornados con flores blancas, con camareros uniformados que llevaban bandejas de bebidas y canapés bonitos.

—Es maravilloso. Emocionante.

Todavía eres muy joven, y estás tan... mimada, pensó Simone. ¿Estás segura? ¿Me lo dirías?

Harry detuvo a un camarero y cogió tres copas de champán de la bandeja.

—Por lo maravilloso y emocionante —dijo después de repartirlas.

—Eso. Entonces ¿habéis fijado la fecha?

—Octubre, pero del año que viene —contestó Natalie.

—No he conseguido convencerla de que fuera en primavera. Esperaré. Si me disculpáis un minuto, voy a buscar a mi madre. Le encantará conocerte, Simone. Es una gran admiradora de la escultura de Natalie sosteniendo la balanza de la justicia que le hiciste cuando se licenció en derecho. Enseguida vuelvo.

—Estás prometida. Madre mía, Nat, ¡prometida! Es guapísimo, y parece un chico estupendo. Yo...

—Si te hubieras tomado la molestia de conocerlo a lo largo de los últimos dos años, sabrías que es estupendo.

—Me alegro por ti —dijo Simone con cautela—. Es evidente que está loco por ti, y me alegro. Si hubiera sabido lo de la fiesta, habría vuelto antes y me habría vestido con propiedad. Voy a marcharme, a esfumarme antes de avergonzarte.

—¡Simone! —el alegre grito de CiCi se elevó por encima de la música y las conversaciones.

—Demasiado tarde —afirmó Natalie mientras su abuela cruzaba el patio a toda velocidad con su falda de gitana ondeando al viento.

—¡Ahí está mi chica viajera! —Envolvió a Simone en un fuerte abrazo—. Mírate, toda morena y tonificada. ¿No os parece que esto es la bomba? —Atrapó también a Natalie en el abrazo—. Nuestra pequeña ha pescado un prometido. Y el chico está para chuparse los dedos.

Soltó una de sus sonoras y bonitas carcajadas y las estrujó a las dos.

—Venga, vamos a beber champán a chorro.

—Madre.

—Oh, oh. —Con una risita disimulada, CiCi retrocedió—. Nos han pillado. —Cambió de posición, pasó un brazo alrededor de la cintura de cada una de sus nietas y sonrió con ganas a su hija—. Mira quién está aquí, Tule.

—Ya veo. Simone. —Tulip estaba preciosa con aquel vestido de seda shantung del color de los pétalos de rosa prensados. Se acercó para besar a Simone en la mejilla—. No sabíamos que habías vuelto.

—Acabo de llegar.

—Eso lo explica. —Con una sonrisa de compromiso inmutable en la cara y los ojos echando chispas de enfado, Tulip se volvió hacia Natalie—. Cariño, ¿por qué no acompañas a tu hermana arriba para que se refresque? Estoy segura de que puedes prestarle algo para que se cambie.

—No seas tan aguafiestas, Tulip.

Tulip se limitó a volver aquella mirada chispeante hacia su madre.

—Hoy es el día de Natalie. No permitiré que se lo estropeen.

—No se lo estropearé. No pienso quedarme. —Simone entregó su copa de champán a Natalie—. Dile a Harry que no me encontraba bien.

—Me voy contigo —comenzó a decir CiCi.

—No. Es el día de Natalie, y deberías estar aquí. Te veo más tarde.

—Esto ha sido una estupidez, Tulip —dijo CiCi cuando Simone se alejó—. ¿Y la cara que has puesto tú, Nat? De tal palo, tal astilla. Me avergüenzo de las dos.

Simone tuvo que buscar durante un rato al aparcacoches que se había llevado su coche, y después esperar para que le devolviera las llaves.

Mientras esperaba, su padre se acercó con grandes zancadas por el sendero del jardín.

Bueno, pensó, ¿qué más daba otro codazo en las tripas?

Su padre, en cambio, la rodeó con los brazos y la atrajo hacia sí.

—Bienvenida a casa.

Las pullas y humillaciones no le habían formado un nudo en la garganta, pero aquel gesto sí.

—Gracias.

—Me he enterado de que has vuelto y un segundo después de que ya te has ido. Tienes que volver ahí atrás, cariño. Es un gran día para Natalie.

—Por eso me voy. No me quiere aquí.

—Eso es una tontería.

—Me lo ha dejado claro. Mi llegada inesperada, con un atuendo inapropiado para la ocasión, ha avergonzado a tu esposa y a tu hija.

—Podrías haber llegado un poco antes, haberte puesto algo apropiado.

—Lo habría hecho de haberlo sabido.

—Natalie se puso en contacto contigo hace dos semanas —empezó, y entonces captó la expresión de Simone y suspiró—. Entiendo. Lo siento. Lo siento mucho. Me dijo que lo había hecho; de haber sabido que no era verdad, te habría llamado yo mismo. Vuelve conmigo. Hablaré con ella.

—No, no lo hagas, por favor. Ella no me quiere aquí, y yo no quiero estar aquí.

La mirada de Ward se entristeció.

—Me duele oírte decir eso.

—Lo siento. Quería haceros una visita, veros a mamá y a ti para intentar... arreglar algunas cosas. Al menos algunas. He pasado un buen verano. Productivo, satisfactorio, iluminador. Quería contároslo. Así a lo mejor veíais que tomé la decisión correcta para mí. A lo mejor tú te dabas cuenta.

—Ya me he dado cuenta —dijo en voz baja—. Me he dado cuenta de que estaba equivocado. Me empeñé en tener razón y te perdí. Y al perderte, fue más sencillo culparte a ti que a mí. Ahora mi hija pequeña va a casarse. Será la esposa de alguien, y no solo mi niña pequeña. Caí en la cuenta de que, contigo, me había empeñado más en tener razón que en que fueras feliz. Me avergüenza tener que reconocerlo, pero es así. Espero que me perdones.

—Papá. —Se lanzó a sus brazos y lloró un poco—. También es culpa mía. Me resultaba más fácil apartarme, mantenerme alejada.

—Pongámonos de acuerdo. Yo acepto que no siempre tengo razón, y tú no te apartas de mí.

Simone asintió y recostó la mejilla en el pecho de su padre.

—Al final ha sido un buen recibimiento.

—Vuelve a la fiesta. Sé mi pareja.

—No puedo. Para serte sincera, Nat me pone de los nervios, pero no quiero fastidiarle la fiesta. Creo que sería mejor que vinieras algún día a la isla, te contaré del viaje y te enseñaré algunas de las cosas en las que estoy trabajando.

—Está bien. —La besó en la frente—. Me alegro de que hayas vuelto.

—Yo también.

Me alegro de haber vuelto, pensó, sobre todo cuando se asomó por la barandilla del ferri y vio cómo se acercaban a la isla.

La casa de CiCi ofrecía vistas a la bahía, al océano hacia el que esta se abría y a la escarpada costa de Tranquility Island, incluyendo el saliente rocoso del punto más oriental, sobre el que se erigía el faro.

Cuando CiCi se había establecido en la isla, el faro era de un blanco austero y nada original.

Ella lo había solucionado.

Formó un grupo de presión con la comunidad de artistas y convenció al ayuntamiento de la isla, así como a los dueños de negocios y propiedades, para animar las cosas. Hubo quienes se mostraron escépticos, por supuesto, ante la idea de que un grupo de artistas con escaleras y andamios pintara en el esbelto faro flores marinas, conchas, sirenas y corales.

Pero CiCi no se equivocaba.

Desde que lo habían terminado, e incluso en pleno proceso de trabajo, los turistas se acercaban a hacer fotos, y otros artistas incluían el excepcional faro en sus paisajes marinos. Era raro el visitante que se marchaba de la isla sin un souvenir o varios del faro de Tranquility que se vendían en un sinnúmero de tiendas del pueblo y de la playa.

Cada pocos años, la comunidad artística renovaba la pintura, y a menudo agregaba un par de florituras. A CiCi le encantaba contemplarlo desde el otro lado de la costa, admirar aquel dispendio de color y creatividad.

Su casa se hallaba al oeste del faro, encaramada a otro saliente de la irregular costa. Grandes ventanales y terrazas de piedra embellecían las dos

plantas de la vivienda, tres con el desván remodelado y su balconcito. Un patio generoso bordeaba el lado del mar, el favorito de CiCi, y allí, durante la temporada, tenía espectaculares macetas de flores y hierbas que se empapaban de sol, además de grandes sillas llenas de cojines de colores brillantes y varias mesas pintadas.

A lo largo de la amplia terraza del segundo piso había más flores y asientos cómodos. Allí también, bajo una pérgola, había un jacuzzi que CiCi utilizaba durante todo el año y donde a menudo se relajaba —felizmente desnuda— con una copa de vino mientras contemplaba el mar y los barcos que lo surcaban.

Podía entrar en su estudio, con una cristalera orientada hacia la bahía —diseñada y añadida después de que comprara la casa—, desde el gran salón o desde el patio. Le encantaba pintar allí cuando el agua resplandecía tan azul como una piedra preciosa, o cuando se tornaba de un gris glacial y se revolvía entre las garras de una tormenta invernal.

CiCi había remodelado el desván (más bien lo había remodelado el equipo de Jasper Mink, quien le había calentado la cama alguna vez entre matrimonio y matrimonio) cuando Simone se había ido a Italia.

Ofrecía una luz encantadora y mucho espacio, y ahora contaba con un aseo encantador.

Como le gustaba decir, CiCi era algo adivina. Se había imaginado a Simone trabajando en aquel espacio, viviendo en la casa laberíntica hasta que encontrara su lugar.

CiCi no tenía ninguna duda de cuál era ese lugar, pero la joven debía encontrarlo por sí misma.

Entretanto, cada vez que Simone volvía a Maine, siempre volvía a CiCi.

A pesar de que ambas tenían un temperamento artístico, convivían sin problema. Cada una tenía su propio trabajo y sus propias costumbres. Podían pasar días sin apenas verse o pasar horas juntas en el patio, paseando en

bicicleta por el pueblo, caminando por la estrecha franja de arena de la playa o sentadas en las rocas de la costa sumidas en un silencio cómodo.

Después de que Simone regresara del oeste, miraron juntas las fotos y los bocetos de Simone. CiCi le pidió prestadas un par de fotografías (una feria callejera en Santa Fe, una imagen austera de los cuellos volcánicos del Cañón de Chelly) para usarlas en su propio trabajo.

Cuando Ward iba de visita, CiCi se esfumaba para encender velas e incienso y meditar; le satisfacía que padre e hija estuvieran haciendo un esfuerzo por reconciliarse.

Durante diez días, cuando los veraneantes atestaban la isla, vivieron bastante felices en su propio mundo, con su arte, el mar y los cócteles al atardecer.

Entonces llegó la tormenta.

Natalie irrumpió en la casa como un vendaval. CiCi, todavía con la primera taza de café del día (seguía prefiriendo que el amanecer fuera la última cosa que veía antes de acostarse, en lugar de la primera al levantarse), parpadeó como un búho.

—Hola, cariño. ¿Qué mosca te ha picado?

—¿Dónde está?

—Te ofrecería café, pero ya pareces bastante alterada. ¿Por qué no te sientas y recuperas el aliento, preciosa?

—No quiero sentarme. ¡Simone! ¡Maldita sea! —gritó furiosa mientras tomaba la casa por asalto repartiendo una energía negativa que CiCi ya había asumido que tendría que eliminar con salvia blanca—. ¿Está arriba?

—No tengo ni idea —contestó CiCi con frialdad—. Acabo de levantarme. Y estoy a favor de la autoexpresión, pero vas a tener que cuidar ese tono conmigo.

—Estoy harta, harta de todo esto. Puede hacer lo que le dé la gana, cuando

le dé la gana, y a ti te parece bien. Me dejo los puñeteros codos estudiando, me gradúo entre el cinco por ciento de los mejores de mi promoción, ¡el cinco por ciento!, y vosotras dos no os molestáis ni en aparecer.

Atónita, CiCi dejó su taza de café.

—¿Has perdido la cabeza? Las dos estuvimos allí, solo nos faltó aplaudir con las putas orejas, jovencita. Y es increíble que me hayas cabreado tanto como para decir «jovencita». ¡He sonado como mi madre! Simone dedicó semanas de trabajo a tu regalo, y...

—Simone, Simone, ¡joder con Simone!

—Ahora pareces un personaje de *La tribu de los Brady* para adultos. Contrólate, Natalie.

—¿Qué está pasando? —Simone entró corriendo—. Hasta en mi estudio se os oía gritar.

—Tu estudio. ¡Tuyo, tú, tú!

Natalie se volvió e hizo retroceder a Simone tres pasos de un empujón.

—¡Para! —CiCi dio un paso al frente y emitió la orden con brusquedad—. No habrá violencia física en mi casa. Gritos y lenguaje soez, vale, pero nada de violencia física. No cruces mis límites.

—¿Qué coño te pasa, Natalie?

Simone se acercó a CiCi y le puso una mano en el hombro.

—¡Miraos! Las dos siempre juntitas. —Con la cara colorada de furia y los ojos azules vidriosos, Natalie las señaló con un dedo de cada mano—. También estoy harta de eso. No está bien, no es justo que la quieras más que a mí.

—Primero, el amor no tiene nada que ver con lo «justo». Y segundo, te quiero tanto como a ella, incluso cuando te comportas como una loca. De hecho, puede que te quiera más cuando te comportas como una loca. Es una novedad interesante.

—Basta ya. —Las lágrimas se desbordaron, ardientes de rabia—. Siempre ha sido ella. Siempre ha sido tu favorita.

—Si vas a acusarme de algo, sé más concreta, porque no recuerdo haberte hecho ningún desaire.

—A mí no me has remodelado un desván.

A punto de perder la paciencia, CiCi bebió un trago de café. Y no la ayudó.

—¿Querías que lo hiciera?

—¡Esa no es la puñetera cuestión!

—Sí es la puñetera cuestión. No me llevé a Simone a Washington D. C. cuando terminó el instituto y no le organicé visitas guiadas al Congreso porque ella no quería que lo hiciera. Tú sí, así que lo hice. No seas egocéntrica.

—Ya ni siquiera puedo venir porque ella vive aquí.

—Eso es cosa tuya, y yo diría que ahora mismo estás aquí. Y una cosa más, antes de que vaya a cambiar este café por el bloody mary que ahora me muerdo de ganas de tomarme, Simone puede vivir aquí y vivirá aquí todo el tiempo que quiera. Tú no decides quién vive en mi puta casa. Si quisieras venirte a vivir aquí, serías bienvenida, pero no es lo que quieres. —CiCi se encaminó hacia el frigorífico—. ¿A alguien más le apetece un bloody mary?

—No lo dudes —comenzó Simone.

—Ahí está. —Natalie esbozó una sonrisa desdeñosa—. Como dice mamá: dos gotas de agua sarcásticas.

—¿Y qué? —Simone alzó las manos al cielo—. O sea que CiCi y yo tenemos cosas en común. Mamá y tú tenéis cosas en común. ¿Y qué?

—No le tienes ningún respeto a mi madre.

—A nuestra madre, niña mimada, y desde luego que se lo tengo.

—Mentira. Apenas pasas tiempo con ella. Ni siquiera te molestaste en ir a verla el día de la Madre.

—Estaba en Nuevo México, por el amor de Dios, Nat. La llamé, le envié

flores.

Los ojos de Natalie, del mismo azul intenso que los de su madre, echaban fuego.

—¿Y crees que comprarle unas flores por internet significa algo?

Simone ladeó la cabeza.

—Eso deberías preguntárselo a mamá y a papá, porque es lo que han hecho en todas mis inauguraciones.

—Eso es distinto, y no intentes desviar la culpa. No te preocupas por ella, ni por ninguno de nosotros, por mucho que hayas convencido a papá para que piense otra cosa. Han discutido por tu culpa. Por tu culpa, Harry y yo tuvimos una pelea terrible la noche de nuestra fiesta de compromiso.

—Por Dios. No te cortes con el vodka —le dijo Simone a CiCi.

—Confía en mí.

—Vaya dos —les espetó Natalie—. Todo arrogancia aquí, en vuestra realidad alternativa. Bueno, pues yo vivo en el mundo real. Un mundo en el que irrumpiste, sin que nadie te invitara, con pinta de acabar de salir de una alcantarilla. Pero te las arreglaste para engañar a Harry y a papá, ¿verdad?, haciéndote la víctima.

—Yo no engañé a nadie, no me anduve con juegucitos. A lo mejor si tú no les hubieras mentido diciéndoles que te habías puesto en contacto conmigo, no habrías tenido ningún problema.

—¡No te quería allí!

Aquello desgarró a Simone por dentro, en lo más profundo de su ser, a pesar de que ya lo sabía.

—Está claro. Pero no fuiste sincera al respecto, y eso no es culpa mía.

—Eres una egoísta, estás llena de odio y no te importa nadie excepto tú.

—Puede que sea una egoísta según tu criterio, pero no puede decirse que sienta mucho odio. Y si no me importara nadie, no me habría pasado por casa

de nuestros padres ni habría acabado avergonzándonos a las dos. Tú, por el contrario, tú, pequeña zorra, eres una mentirosa y una cobarde, y en tu mundo real no asumes la responsabilidad de ninguna de las dos cosas. Que le den a todo esto, Natalie, y que te den a ti. No pienso ser ni tu saco de boxeo ni el de mamá.

Aunque tenía el corazón desbocado y las manos temblorosas, Simone cogió la bebida que CiCi había dejado en la encimera y la levantó en un brindis ruin.

—Disfruta de tu versión de la realidad, Nat. Yo me quedo con la mía.

Lágrimas de rabia ardían en los ojos de Natalie.

—Me das asco. ¿Lo sabes?

—Soy bastante lista, así que sí, me había dado cuenta.

—Muy bien, chicas —intervino CiCi—. Ya es suficiente.

—Siempre te pones de su lado, ¿no es así?

Con el corazón destrozado, CiCi se obligó a hablar con calma y claridad.

—He estado haciendo un gran esfuerzo para no tomar partido, pero te estás pasando, Natalie. Vale, ya te has desahogado bastante, así que...

—No significo nada para ninguna de las dos. También la has puesto en mi contra —gritó Natalie a Simone—. Te odio. Os merecéis la una a la otra.

Se volvió para marcharse hecha una furia y, cegada y resentida, empujó la escultura de *Surgimiento* de la peana que CiCi había encargado para ella. Simone estalló en un grito de dolor antes de que la escultura cayera y se estampara contra el suelo. El rostro hermoso y sereno, aquel nacimiento de la alegría, aquel rostro de una amiga perdida, se rompió en cuatro pedazos.

—Dios mío, Dios mío. —El ruido, la visión de la destrucción, transformó de inmediato la ira de Natalie en horror y conmoción—. Lo siento, Simone, lo siento mucho. No pretendía...

—Lárgate.

Simone apenas logró susurrar aquellas palabras por encima de la voz de una

herida tan profunda que gritaba en su interior. Logró soltar la copa que sujetaba en la mano y no lanzarla, porque sabía que si arremetía contra su hermana, tal vez no parara nunca.

—Simone, CiCi, lo siento muchísimo. No puedo...

Cuando Natalie dio un paso al frente con la mano tendida, Simone levantó la cabeza de golpe.

—No te acerques a mí. No lo hagas. Fuera de aquí. ¡Largo!

Ahogada por la rabia y el dolor, Simone salió corriendo por la puerta trasera para evitar usar los puños en lugar de las palabras.

Sollozando, Natalie se tapó la cara con las manos.

—Lo siento. Lo siento, CiCi, no era mi intención.

—Sí era tu intención. Querías hacer daño a tu hermana, y a mí. Un «lo siento» no será suficiente esta vez.

Cuando Natalie se desplomó entre sus brazos, CiCi le acarició la espalda un momento, pero luego se volvió y le señaló la puerta principal.

—Tienes que irte, y tienes que averiguar por qué has hecho lo que has hecho, por qué has dicho lo que has dicho y sientes lo que sientes. Y tienes que pensar en cómo arreglar las cosas.

—Lo siento. Por favor.

—Estoy segura de que lo sientes, pero has destruido una obra de tu hermana por una rabieta. Le has roto el corazón, y a mí también.

—No me odies. —Cuando CiCi abrió la puerta, Natalie se aferró a ella—. Ella ya me odia. No me odies tú también.

—Yo no te odio, y ella tampoco. Lo que odio son las palabras que he oído salir de tu boca. Odio lo que has hecho porque querías hacernos daño a ambas. Y odio tener que decir esto a mi propia nieta, y que conste que te quiero, Natalie, pero no vuelvas a esta casa hasta que afrontes lo que has hecho, hasta que encuentres la manera de arreglar las cosas.

—Sí me odia. Ella...

—¡Para! —exclamó CiCi con brusquedad, y apartó a Natalie de sí—. Para y mira en tu interior en lugar de intentar achacar las cosas a alguien a quien te niegas incluso a tratar de entender. Te quiero, Natalie, pero en este momento tengo más claro que el agua que no me gustas. Vete a casa.

El corazón se le encogió aún más, pero CiCi cerró la puerta de su casa en las narices de su nieta.

Y cuando se recostó contra la puerta, con la mirada clavada en la belleza, la elegancia, la alegría tan temerariamente destruida, dejó que fluyeran sus propias lágrimas.

Las aceptó y fue a buscar a su otra nieta.

Simone estaba sentada en las piedras del patio, con las rodillas abrazadas con fuerza contra el pecho y la cara apoyada en ellas, llorando. CiCi se sentó en el suelo del patio y la abrazó para mecerla hasta que se les agotaron las lágrimas.

—¿Cómo ha podido hacer algo así? ¿Cómo es posible que me odie tanto?

—No te odia. Está celosa y enfadada y, madre mía, llena de desprecio. En eso ha salido a su madre. Pero sé, lo sé con total seguridad, que Tulip nunca habría querido algo así. No encajas, cariño mío, y se lo toman como una ofensa. Se avergüenzan de nosotras, y esa vergüenza hace que se sientan pequeñas, así que se refugian en ese desprecio.

Con un brazo alrededor de Simone y la cabeza de su nieta apoyada en el hombro, CiCi miró hacia el mar, hacia los azules profundos y los toques de verde, hacia las olas que lamían la roca.

—Yo podría asumir parte de la culpa, pero ¿qué sentido tiene? —reflexionó CiCi—. Lo hice lo mejor que pude. Tulip fue una niña feliz, y luego mi madre... Bueno, ella tampoco tiene la culpa. Somos quienes somos, y quienes elegimos ser.

CiCi acarició el pelo de Simone con suavidad.

—Está hecha polvo, cielo. Lo siente mucho.

—No, no, no te pongas de su lado.

—No, no pienso hacerlo. También me ha atacado a mí y no tenía ningún derecho a hacerlo. Hace mucho que debería haber dejado atrás las rabietas infantiles, que debería haber dejado de culparte a ti, a mí o a quien sea de sus propios problemas. Si acepta lo que ha hecho y hace todo lo posible por repararlo, podría ser un punto de inflexión para ella.

—Me da igual.

—Lo sé. No te culpo. Las familias la cagan. Qué coño, las familias se pasan la mitad del tiempo cagándola. Pero, la cague o no, siempre será tu hermana, siempre será mi nieta. A ninguna de las dos nos resultará fácil perdonarla, y así es como debe ser. Tendrá que ganárselo.

—No sé si seré capaz de arreglarla. Es Tish, y no sé si podré arreglarla. No sé si tendré el valor necesario para intentarlo. Y si lo consigo, no será lo mismo.

—La arreglarás. —CiCi se volvió para besarla en la coronilla—. Sí tienes el valor necesario. No, no será la misma. Dirá algo distinto, algo más. Vamos a hacer lo siguiente: vamos a entrar a recoger los pedazos y a evaluar los daños. La subiremos a tu estudio, y cuando estés lista, empezará a trabajar en la reparación. Entretanto limpiaremos la casa con salvia blanca y desterraremos toda esa energía negativa.

—Vale, pero ¿podemos quedarnos aquí sentadas un rato más?

—Claro.

Harry volvió a casa entusiasmado tras un partido de golf. Había bajado en un

par de golpes su anterior récord personal para empezar lo que había decidido que sería un día excelente.

Le quedaba una hora antes de pasar a recoger a Natalie para ir a comer con unos amigos, y a media tarde tenía intención de sorprender a su futura esposa con una visita a una casa que creía que podría gustarles a ambos.

Una casa, para los dos, equivalía al paso siguiente. Algo que buscarían, comprarían y amueblarían juntos, y donde por fin vivirían juntos.

Ella quería una boda de otoño, él esperaría. Ella quería una boda grande y formal, él se apuntaba al plan. Pero quería dar el paso siguiente.

Entró en su apartamento y dejó los palos de golf junto a la puerta. Luego vio a Natalie hecha un ovillo en el sofá de la sala de estar. Su estado de ánimo, ya de por sí alegre, se disparó aún más.

—Hola, cariño. No... —Entonces vio las lágrimas, la cara desfigurada cuando le tendió los brazos—. ¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

Harry la abrazó, y Natalie rompió de nuevo en sollozos.

—Dios mío, ¿son tus padres? ¿Tu abuela?

Ella sacudió la cabeza con vehemencia.

—Ay, Harry. He hecho algo terrible.

—Me cuesta creerlo. Chis, no llores. —Sacó un pañuelo (su madre le había enseñado a llevar siempre uno) y le secó la cara—. ¿Has robado un banco? ¿Le has dado una patada a un cachorro?

—He ido a ver a Simone.

—Vale. Deduzco que no ha ido bien.

—Me odia, Harry. Y CiCi también me odia.

—No es cierto.

—Eso no lo sabes. Tú no lo entiendes. Simone siempre ha sido la favorita de CiCi. Mi abuela la consiente, son dos gotas de agua, como dice mi madre, y yo me quedo con las sobras.

—Si es así, deben de quedar muchas sobras, porque siempre que te he visto con tu abuela he sido testigo de lo mucho que te quiere, de lo orgullosa que está de ti. Yo no veo odio por ninguna parte.

—Me odian. Y si no me odiaban antes, ahora sí, después de lo que ha pasado.

—¿Qué ha pasado?

—No era mi intención. —Natalie se aferró a la camisa de Harry y se apretó contra él—. Estaba muy enfadada, y Simone no paraba de decirme cosas horribles. Y CiCi se ha puesto a preparar unos puñeteros bloody maries, y sentía que se estaba riendo de mí en mi cara. Al final he perdido los estribos.

—Madre mía, Natalie, no habrás pegado a tu hermana, ¿verdad?

—¡No! Yo solo... he perdido los estribos, la he empujado y se ha roto. No era mi intención hacerlo, y lo sentía muchísimo, pero no han querido escucharme.

—¿Qué has empujado?

—La escultura. El busto de la mujer. —Destrozada de nuevo, Natalie se tapó los ojos con las manos—. La escultura de Simone de aquella dichosa exposición de Florencia. CiCi la compró, siempre presumía de ella. La he empujado, y se ha caído y se ha roto. Y después, como un segundo después, era como si lo hubiera hecho otra persona. Estaba conmocionada y muy arrepentida, y he tratado de decírselo, pero no han querido escucharme.

—¿La de la mujer que sale del estanque? —La había visto, la había admirado—. ¿La que está en el gran salón de CiCi?

—Sí, sí, sí. Es que he perdido los nervios. Se... han puesto las dos en mi contra, he perdido los nervios y se han negado a dejar que me disculpara.

Harry se levantó del sofá y se acercó a la ventana. Veía aquella pieza en su cabeza, recordó que, cuando la había admirado, CiCi le había hablado de la exposición, de cómo se había sentido ella al ver la escultura.

—Natalie, sabías lo que esa pieza significaba para tu abuela y para tu hermana.

—Estaba ahí, y no era mi intención romperla.

Harry volvió, se sentó de nuevo y le cogió la mano.

—Natalie, te conozco y sé que no me lo estás contando todo.

—Te estás poniendo de su lado.

Intentó zafarse de él, pero Harry la agarró con firmeza.

—Estoy escuchando tu versión, pero no disfraces la verdad.

—No he venido aquí para pelearme contigo. No he venido a discutir contigo por Simone. Otra vez.

—No nos peleamos por Simone. Nos peleamos porque no me habías contado la verdad. Me habías dicho que tu hermana no llegaría a casa a tiempo para la fiesta. Que estaba demasiado ocupada. Me hiciste creer que se lo habías contado y que ella había dicho que no podía venir.

—Estaba por ahí, en el oeste, así que di por hecho...

—Somos abogados —la interrumpió—. Ambos sabemos sacar provecho de las medias verdades y la semántica. No lo utilices conmigo. ¿Qué ha pasado hoy?

Aterrorizada de verdad, Natalie volvió a agarrarlo de la camisa.

—No te pongas en mi contra, Harry. No podría soportar que te pusieras en mi contra.

Entonces él le sujetó la cara con ambas manos.

—Eso no pasará nunca. Pero seamos sinceros el uno con el otro. Honestos el uno con el otro.

—Mis padres... Mi madre está molesta porque mi padre ha ido dos veces a la isla desde la fiesta.

—¿Tu madre está molesta porque tu padre ha pasado tiempo con tu hermana?

—¡No lo entiendes! Tú no lo entiendes. A Simone no le importa lo más mínimo que mi madre esté preocupada, y es una desagradecida. Después de todo lo que hicieron por ella, dejó la universidad y se largó a Europa.

Harry ya había oído todo aquello antes, así que trató de ser paciente.

—Y parece que fue la decisión correcta para ella. Y si hay algún problema es entre tu madre y tu hermana. No tiene nada que ver contigo, Natalie.

—Quiero a mi madre.

—Por supuesto que sí. Yo también. —Sonrió, la besó con suavidad—. Sois como dos gotas de agua. ¿Has ido a ver a Simone para hablar o para discutir?

—Soy abogada. —Se apartó de él—. He ido para hablar, pero entonces ella... —Harry le sostuvo la mirada, con paciencia. El amor que Natalie sentía por él se mezcló con la culpabilidad—. No es cierto. Esa era mi intención cuando he salido de casa, pero para cuando he llegado a la isla, a casa de CiCi, estaba furiosa. Yo he empezado la pelea. La he empezado yo. Dios, Harry, soy una persona horrible.

—No digas eso de la mujer a la que amo. —La abrazó durante un minuto, pues la quería tanto por sus defectos como por su perfección. La quería, sin más—. Siéntate un segundo, cariño. Voy a avisar de que no iremos a comer.

Y no veremos la casa, pensó.

—Se me había olvidado. Lo había olvidado por completo.

—Quedaremos otro día. Serviré un par de copas de vino y hablaremos de esto juntos. Lo resolveremos, cariño.

—Te quiero, Harry. Te quiero de verdad. —Se agarró a él como a un clavo ardiendo—. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Lo mismo digo.

—Quiero que todo sea culpa suya. Quiero seguir enfadada con ella. Es más fácil.

—Te estoy viendo la cara, y esas lágrimas. Así que no creo que sea más

fácil.

CiCi instaló el caballete en el patio. El verano se desvanecería antes de que se diera cuenta, así que valoraba hasta el último día. No iba a pintar el paisaje, sino que continuaría trabajando en el estudio a partir de una foto de Simone.

La mujer del sombrero rojo (el ala ancha y plana sobre un rostro arrugado por el tiempo y el sol) que examinaba una cesta de tomates en un mercado callejero, y el marchito anciano del puesto sonriéndole.

En su versión, los tomates se convirtieron en huevos mágicos, llamativos como piedras preciosas, y el pájaro posado en el toldo a rayas, en un dragón alado.

CiCi había jugado con los tonos, la emoción y el mensaje durante una semana. Y Simone había pasado esa misma semana sumida en la reparación atenta y meticulosa del busto.

CiCi deseó que ambas recibieran bendiciones en su trabajo, encendió sendas velas por ellas y comenzó a mezclar pinturas.

Gritó un «¡Pasa!» cuando sonó el timbre de la puerta. Rara vez cerraba la puerta con llave, y aquella era una buena razón: todo el que llamara podía entrar sin problema en lugar de obligarla a parar e ir a abrir.

—Estoy aquí fuera.

—CiCi.

Sin tener claro si debía sentirse aliviada o recelosa al oír la voz de Natalie, CiCi dejó las pinturas a un lado y se volvió.

La muchacha parecía arrepentida, decidió. Y muy nerviosa; aferraba con todas sus fuerzas la mano del chico en quien CiCi pensaba como Harry el Guapo.

—Como siempre has sido de las que siguen las reglas, voy a pensar que has

decidido asumir la responsabilidad y que has averiguado cómo arreglar las cosas.

—Asumo la responsabilidad. Voy a intentar arreglar las cosas. No sé si podré, pero quiero intentarlo. Estoy muy avergonzada, CiCi, de lo que dije ese día, de lo que hice. Tengo mucho que decirle a Simone y espero que me escuche. Pero también tengo que decirte que sabía lo mucho que esa pieza significaba para ti. Sabía que representaba un vínculo entre Simone y tú. La rompí porque yo no comparto ese vínculo. Y eso es imperdonable.

—Yo decido lo que puedo perdonar.

—Creo que arreglar las cosas contigo empieza por tratar de arreglarlas con Simone. Y para intentarlo tengo que hablar con ella.

—Entonces deberías hacerlo. Está arriba, en su estudio.

Natalie asintió con la cabeza y soltó la mano a Harry.

—Siempre has sido maravillosa conmigo y me avergüenzo de lo que te dije. Nunca me has defraudado, jamás, ni siquiera cuando me lo merecía.

—Un esfuerzo considerable para una persona como ella —murmuró CiCi cuando Natalie entró en la casa.

—Sí, así es. Hemos interrumpido tu trabajo. Puedo esperar fuera...

—No seas tonto. No puedo trabajar mientras me pregunto si oiré gritos, voces y palabrotas. Vamos a tomarnos una cerveza.

—No me vendría mal.

CiCi se acercó a la puerta y levantó una mano para darle unas palmaditas en la mejilla.

—Eres bueno para ella, Harry. No estaba segura, pero eres bueno para ella.

—La quiero.

—El amor es como el pegamento. Empléalo bien, es capaz de arreglarlo casi todo.

Simone usó pegamento, alfileres, papel de lija, pinturas. Tras una semana de trabajo intenso, comenzó a creer que podría recuperar a Tish. Podría devolver la vida a aquella cara.

Oyó los pasos justo al apartarse para evaluar los progresos de la mañana.

—Ven a verla. Creo que... Creo que es posible.

Entonces levantó la vista y vio a Natalie. Despacio, se puso de pie.

—No eres bienvenida.

—Lo sé. Solo te pido cinco minutos. Por favor. No hay nada... ¡Dios mío! La has arreglado.

—Ni se te ocurra.

Natalie interrumpió su carrera hacia la mesa de trabajo y entrelazó las manos a la espalda.

—No hay nada que puedas decirme que no me merezca. Estar arrepentida, avergonzada, asqueada de mí misma, no es suficiente. Saber que has arreglado lo que yo intenté destruir no me exime de culpa.

—No está arreglada.

—Pero es... Es preciosa, Simone. Eso era lo que me molestaba, me molestaba lo que eres capaz de crear a partir de un puñetero trozo de barro. Me avergüenzo de ello, ni siquiera puedo expresar la vergüenza que siento. No te conté lo del compromiso, lo de la fiesta, porque no quería que vinieras. Me dije que de todas maneras tampoco querías venir. Que te daría igual. Solo iba a invitarte a la boda para que la gente no pensara mal de mí. Me permito pensar y sentir cosas terribles respecto a ti.

—¿Por qué?

—Me abandonaste. Tuve la sensación de que me abandonabas. Después de lo del centro comercial... —Se interrumpió cuando el rostro de Simone palideció, cuando su hermana se dio la vuelta—. Así. Te negabas a hablar de ello conmigo.

—Hablabas de ello en terapia. Hablé de ello con la policía. Una y otra vez.

—Te negabas a hablar conmigo, y yo necesitaba a mi hermana mayor. Estaba muy asustada. Me despertaba gritando, pero tú...

—Sufría pesadillas, Nat. Sudores fríos, falta de aire. Sin gritos, para que mamá no viniera corriendo, pero tenía pesadillas.

Sin apartar la vista de Simone, Natalie se enjugó las lágrimas de la mejilla.

—No me lo habías contado nunca.

—En aquella época no me apetecía hablar de ello. Ahora tampoco. Lo arrinconé.

—Me arrinconaste a mí.

—Mentira. —Simone se volvió de nuevo—. ¡Mentira!

—No lo es. A mí no me parece mentira, Simone, para mí no lo es. Antes contabas conmigo. Eras Mi, Tish y tú, pero contabas conmigo. También eran mis amigas. Después me excluiste. Eras solo Mi y tú.

—¡Por el amor de Dios! Tish murió. Mi pasó semanas en el hospital.

—Lo sé, lo sé. Tenía catorce años, Sim. Por favor, ten un poco de compasión. Pensé que mamá estaba muerta. Mientras la arrastraba hasta aquel mostrador, pensaba que estaba muerta. Y pensé que tú también habías muerto. Luego resultó que no, pero yo seguía soñando que sí. Que todo el mundo estaba muerto menos yo. Tish también era mi amiga. Y Mi. Y lo único que veía era que me estabas reemplazando como hermana. Sé que suena muy estúpido y egoísta. Las dos os vinisteis aquí cuando Mi salió del hospital. Con CiCi. Y lo único que yo era capaz de pensar era: ¿Por qué me han dejado atrás?

—Ella me necesitaba, y yo la necesitaba...

Natalie no había sufrido heridas, pensó Simone. Pero claro que las había sufrido. Por supuesto que sí.

—No pensé... —consiguió articular Simone—. No pensé que te estuviera dejando de lado o atrás. Solo necesitaba alejarme de aquello. De los

reporteros, la policía, las charlas, las miradas. Tenía dieciséis años, Natalie. Y estaba rota por dentro.

—Desde entonces siempre fue Mi. Os teníais la una a la otra. Yo también estaba destrozada.

—Lo siento. —Simone volvió a dejarse caer sobre su taburete y se frotó la cara con las manos—. Lo siento. No me di cuenta. Tal vez no quisiera darme cuenta. Tenías a mamá y a papá, a CiCi, a tus propios amigos. Te volcaste mucho en los estudios, en otros proyectos.

—Me ayudaba a dejar de pensar. Me ayudaba a frenar las pesadillas. Pero yo te quería a ti, Simone. Estaba demasiado enfadada para decírtelo. No, no estaba enfadada —se corrigió—, me autocompadecía. Luego te fuiste a Nueva York, a la universidad. Con Mi. Empezaste a teñirte el pelo de colores raros, a ponerte ropa que mamá detestaba. Así que yo también la detestaba. Quería recuperar a mi hermana, pero quería recuperarte como yo te quería. No eras como quería que fueras, o como creía que debías ser. Entonces empezaste a serlo y... no me caías bien.

Por fin, Natalie se sentó y dejó escapar un suspiro que terminó con una risa desconcertada.

—Acabo de darme cuenta. No me caía bien la Simone que llevaba trajes de ejecutiva y salía con... ¿cómo era?

—El puñetero Gerald Worth Cuarto.

—Eso. —Natalie se sorbió la nariz—. Era un imbécil, pero no lo hacía a propósito. No me caías bien así, ni de la otra manera, porque no eras la hermana mayor que tenía antes de que el mundo cambiara para nosotras. Luego dejaste la universidad y regresaste a Nueva York, después te fuiste a Italia y yo ya no sabía quién demonios eras. Apenas venías a casa.

—Las bienvenidas no eran lo que podría decirse cálidas.

—Tú tampoco te esforzabas mucho.

—Puede que no —contestó Simone—. Puede que no.

—Todo lo que dije la semana pasada lo sentía. Lo creía. Estaba equivocada, pero lo sentía sinceramente. Me equivoqué al esperar que... no sé, que siguieras siendo igual que antes cuando en realidad todos cambiamos aquella noche. Me equivoqué muchísimo al decirle esas cosas a CiCi, que es la persona más cariñosa y asombrosa del mundo, y nunca dejaré de avergonzarme de ello.

—Ella no querría que te pasaras la vida avergonzada.

—Lo sé. Otra razón para avergonzarme. Estoy aquí por Harry, porque él me hace mejor persona. —Aquellos ojos azules volvieron a llenarse de lágrimas—. Me hace querer ser mejor persona. Has sido egoísta, Simone. Y yo también. Pero esta eres tú, y esta soy yo. Voy a intentar ser mejor persona, la persona que Harry ve cuando me mira. Voy a intentar ser mejor hermana. Esa es la única manera que se me ocurre de compensar lo que hice.

—No sé si nos habríamos convertido en personas distintas, pero lo siento. Siento no haber estado ahí para apoyarte, no haberme dado cuenta de que no estaba ahí para apoyarte. Podemos probar a empezar de nuevo, con quienes somos ahora.

—Sí. Sí. —Hecha un mar de lágrimas, Natalie se puso de pie y dio un paso al frente. Posó la mirada en el busto y vio lo que no había visto hasta entonces—. Es Tish.

—Sí.

Natalie se llevó la mano a la boca a toda prisa y la dejó allí. Fluyeron más lágrimas, le empaparon los dedos.

—Dios mío. Es Tish. Nunca la había visto de... No había querido verla.

Temblorosa, se retiró la mano de la boca y, cuando Simone se levantó, advirtió un profundo dolor en el rostro de su hermana.

—Es Tish. Tú hiciste algo hermoso, y yo... Debiste sentirte como si hubiera

muerto de nuevo. Oh, Simone.

—Sí, así me sentí. —Pero se dirigió a la mesa de trabajo y se sintió capaz y más dispuesta a dejar que Natalie se acercara a ella—. Sentí que volvía a morir. Pero puedo recuperarla. Puedo recuperarla —dijo sin apartar la vista de la arcilla—. Esta vez, de esta forma.

SEGUNDA PARTE
Propósito apasionado

Dinero perdido, pérdida ligera; honor perdido, pérdida considerable: coraje perdido, pérdida irreparable.

JOHANN WOLFGANG VON GOETHE

Reed se sentó con Chaz Bergman en las rocas para contemplar el reflejo de la luna sobre la bahía. Sostenían sendas botellas de cerveza, técnicamente una infracción. Pero Reed suponía que, a las dos de la madrugada y en aquel tramo solitario de costa, a nadie le importaba.

Aunque Chaz se había mudado a Seattle, donde había conseguido trabajo nada más terminar la universidad, no habían perdido el contacto y se mantenían informados de manera esporádica a través de mensajes de texto y emails.

Los encuentros cara a cara solían limitarse a las visitas de Chaz por Navidad y algún que otro fin de semana largo en verano.

—Siento no haber podido venir antes —dijo Reed cuando se acomodaron.

—¿Mierdas de policía?

—Sí.

—¿Has pillado al malo?

Con un gesto de asentimiento, Reed dio su primer trago largo.

—Lo tengo encerrado a cal y canto.

—Detective Quartermaine. Todavía me entra la risa cuando lo oigo.

—Chaz Bergman, friki supremo de la informática. No me sorprende en absoluto. —Reed volvió a llevarse la botella a la boca y trató de relajarse tras un día difícil—. No esperaba volver a verte este verano. Si viniste en julio...

—Ya.

Chaz dio un sorbo más lento, más pequeño, y se subió las gafas por el

puede de la nariz.

Mantén la constitución fornida, pero había desarrollado algo de músculo. Tenía mucho más pelo que antes, lo suficiente para recogerlo en la nuca en un amago de coleta. Se había dejado crecer una extraña perilla que no conseguía ocultar al friki que había debajo.

Chaz miró hacia el mar y se encogió de hombros.

—Mi madre insistió mucho en que volviera para ese rollo con McMullen. Supongo que una parte de mí también quería participar. No tanto para hablar de ello como para ver a algunas de las personas que estaban en la tienda aquella noche.

—Aquel chaval —recordó Reed—. Tenía unos doce años y está estudiando para ser médico.

—Sí, y la mujer embarazada. Tuvo gemelos.

—Los salvaste tú, tío.

Reed dio un golpecito a la botella de Chaz con la suya.

—Supongo. Y a todo esto, ¿cómo está Brady Foster?

—Muy bien. Fue el mejor bateador del equipo del instituto el año pasado. Tuvieron otra criatura, ya sabes, Lisa y Michael.

—Sí, es verdad. Me lo habías contado.

—Una niña. Tiene cinco años. Camille. Es listísima, se parece a su madre. Te lo juro, Chaz, Lisa es increíble. Vive con aquella noche a diario, pero, no sé, no deja que la defina. Desde luego no la frena. Veo a esa familia, y lo que les costó aquella noche, y que no se han limitado a sobrevivir a ello, ni siquiera a superarlo, sino que, bueno, que brillan, no sé si me explico. Brillan como esa puñetera luna de ahí arriba.

—Nunca te lo he preguntado, pero ¿has vuelto alguna vez? Al centro comercial.

—Sí. —Había trazado mapas, marcado puntos de ataque, víctimas,

movimientos, números. Lo tenía todo en sus archivos—. Ha cambiado mucho.

—Yo soy incapaz de entrar. Ni siquiera me gusta pasar cerca en coche. Nunca te lo había dicho, pero acepté el empleo en Seattle porque era lo más lejos que podía marcharme sin salir del país. Bueno, del continente, y no recibí ofertas de Alaska ni de Hawái. Es un gran trabajo, una buena empresa —añadió—, pero me fui por la distancia.

—No tiene nada de malo —dijo Reed al cabo de un momento.

—Me paso semanas, meses, sin pensar en ello. Pero vuelvo aquí y me sobreviene de nuevo. Y es raro... porque pasé la peor parte en una sala cerrada con llave y abarrotada de gente, no en el meollo como tú. Dios, éramos unos críos, Reed. —Chaz bebió un trago más largo—. Oigo hablar de otro tiroteo en masa y todos los recuerdos vuelven de golpe.

—Te entiendo.

—Yo me voy a Seattle, y tú te plantas en primera línea.

—Aceptaste un trabajo, tío. Te has forjado una carrera.

—Sí, de eso quería hablarte. La razón por la que he vuelto es que voy a aceptar un traslado a Nueva York. Antes me tomaré un tiempo de descanso e iré a echar un vistazo a unos cuantos apartamentos que tiene la empresa. —Chaz se encogió de hombros—. Quieren que dirija la división de ciberseguridad.

—¿Que la dirijas? Joder, Chaz. —Reed le propinó un codazo de felicitación en las costillas—. Eres un puto mandamás friki.

El comentario lo hizo sonreír, pero Chaz negó con la cabeza y se subió las gafas por el puente de la nariz.

—Estuve a punto de rechazarlo. Nueva York está mucho más cerca que Seattle, pero no puedo dejar que esa puñetera noche, ese puñetero centro comercial... ¿cómo lo has dicho? Defina mi puñetera vida. Así que me mudo a Nueva York en noviembre.

—Enhorabuena, tío, en todos los aspectos.

—¿Cómo lo haces? Me refiero a lo de la placa y el arma, y arriesgar tu vida todos los putos días.

—El trabajo de detective consiste sobre todo en detectar y en hacer un montón de papeleo, trabajo de campo. No es como en la tele. Nada de persecuciones en coche y tiroteos.

—Y ahora me dirás que nunca has participado en ninguna de esas dos cosas.

—En algunas persecuciones en coche. En bastantes más a pie, no sé por qué les da por correr, pero también en algunas en coche. Son una locura, lo reconozco.

—¿Y en tiroteos?

—Esto no es el Salvaje Oeste, Chaz.

Chaz siguió mirándolo con aquellos ojos tranquilos desde detrás de los gruesos cristales de sus gafas.

—Me he visto implicado en un par de situaciones en las que ha habido tiros.

—¿Pasaste miedo?

—Puedes apostar ese culo blanco y peludo que tienes.

—Pero lo hiciste de todos modos, y sigues haciéndolo. ¿Ves?, a eso me refería, Reed. Tú plantas cara y haces las cosas de todos modos, y siempre ha sido así. Nueva York no es enfrentarse a un capullo con un arma, pero es algo así como mi «hacer las cosas de todos modos». —Chaz guardó silencio, sonrió—. Acompañado de un ascenso y un aumento gordísimo.

—Eres un cabrón con suerte. Apuesto a que ese coche de alquiler tiene hasta una nevera llena de cervezas.

—Siempre estamos preparados. Pero yo tengo que conducir, así que me planto con una.

—Bueno, pues vámonos a mi casa y nos las pulimos. Mañana, bueno, hoy ya, es domingo y no me toca trabajar. Puedes dormir en el sofá.

—Suena bien. ¿Por qué sigues viviendo en ese basurero?

—No está tan mal, y se habla de cierto nivel de gentrificación en el barrio. Podría estar en el lugar ideal en un abrir y cerrar de ojos. De todos modos, quizá no pase allí mucho más tiempo. Mañana por la tarde iré a ver una casa. Desde fuera, y por lo que he visto en la visita virtual, podría ser la definitiva. Un jardín bonito, cocina nueva.

—Tú no cocinas.

—No importa. Un dormitorio principal magnífico, con baño y todo eso. Me gusta el barrio. Puedo ir a pie a varios pubs y restaurantes, cortar el césped de mi propio jardín. Y lo mejor: si consigo rebajar el precio un par de miles, podré permitírmela sin necesidad de vender mi sangre ni aceptar sobornos.

—Podrías vender tu esperma —sugirió Chaz—. ¿Te acuerdas de aquel tío de la universidad que lo vendía, Fruenski?

—Creo que primero intentaré negociar. Oye —dijo cuando se levantaban—, deberías acompañarme mañana a ver la casa.

—Tengo que ir a ver a mis abuelos. Ya he quedado con ellos. Y luego, el lunes, me voy a Nueva York a echar un vistazo a mi propia casa.

—Entonces aprovechemos al máximo las cervezas que quedan.

Reed durmió hasta el mediodía y luego preparó café y huevos revueltos, ya que tenía compañía. Se despidió de Chaz con la promesa de pasar un fin de semana de juerga en Nueva York una vez que su viejo amigo se hubiera instalado.

Cuando se duchó con agua tibia, pues al parecer el calentador de agua del edificio estaba averiado de nuevo, pensó en lo bien que le había sentado estar con Chaz. Y hablar de cosas de las que era consciente que Chaz había evitado hablar hasta entonces.

Se vistió mientras estudiaba la pared de su dormitorio, la que utilizaba como improvisado tablero para los casos. Había pegado fotos de todos los supervivientes del centro comercial DownEast que habían muerto y había señalado la causa de la muerte encima de cada caso: accidental, causas naturales, homicidio, suicidio.

Tenía mapas con la ubicación de cada víctima en el momento de su muerte, con el nombre, la fecha y la hora.

Y los había relacionado con la información de la que disponía sobre su ubicación y cualquier lesión sufrida la noche del 22 de julio de 2005.

Demasiados, pensó de nuevo. Son demasiados.

No podía rebatir el argumento de Essie sobre la variedad de armas y métodos empleados en los homicidios, pero sabía que había un patrón. Un patrón que todavía no veía con claridad.

Tenía los informes de las autopsias, las declaraciones de los testigos, copias de las entrevistas con familiares. Había recopilado artículos y grabaciones de los últimos doce años, hasta culminar en el especial de McMullen.

Le había sorprendido ver allí a la hermana de Hobart. Patricia Hobart, pálida, con los ojos hundidos, aparentaba más de veintiséis años. Aunque, supuso, el hecho de que tu hermano asesinara a un montón de gente, que tu madre volara su casa por los aires bajo la influencia de las drogas y el alcohol (según afirmaba el informe del forense) y que el imbécil de tu padre se emborrachara y matara a una mujer y a su hijo, además de a él mismo, justificaba el envejecimiento prematuro.

La chica no había llorado, recordó Reed mientras estudiaba su foto en la pared. Pero tenía muchos tics nerviosos. Mantenía los hombros encorvados y se retorció los dedos o se tiraba de la ropa.

Un traje deslucido, recordó, zapatos feos. Vivía con sus abuelos, ejercía

de cuidadora principal de su abuela, que usaba un andador desde que se había recuperado de una fractura de cadera, y de su abuelo, que había sufrido dos pequeños derrames cerebrales.

Los abuelos paternos, con una posición económica verdaderamente cómoda, que habían desheredado a los gilipollas del padre y el tío, que habían dejado su arsenal a disposición de un trío de adolescentes pirados para que se llevaran las armas, las usaran y mataran a lo que resultaron ser noventa y tres personas en cuestión de minutos.

Menuda familia de mierda, pensó mientras se ajustaba el arma que llevaba cuando estaba fuera de servicio. Se metió la billetera, la identificación y el móvil en los bolsillos.

Al salir, sacó el móvil y llamó a Essie. La llamó porque era posible que si le enviaba un mensaje de texto lo ignorara.

Bajaba la escalera al trote cuando ella contestó.

—Voy de camino a la casa de la que te hablé, he quedado con la agente inmobiliaria Renee. Ven a verla conmigo. Tráete a toda la panda.

—Es una tarde calurosa y perezosa, Reed.

—Por eso es perfecta. Después iremos al parque y así el perro y el niño podrán correr un rato. Y luego os llevaré a todos a comer pizza para celebrar que habré presentado una oferta. Estoy convencido de que esta es la definitiva.

—Eso mismo dijiste de aquella extraña casa victoriana de hace tres meses.

—Me gustaba la extraña casa victoriana, pero me dio malas vibraciones cuando la recorrimos.

—Sí, sí, malas vibraciones. Estás enganchado a visitar casas, Reed.

Como era posible que fuera verdad, evitó responder.

—Será divertido. Está a solo unas manzanas de tu casa.

—Es casi un kilómetro.

—Un bonito paseo dominical, ¿no crees? Luego al parque y pizza. De

camino compro una botella de vino.

—Eso es muy injusto.

Reed se echó a reír.

—Venga. Necesito que alguien me convenza para que la rechace si no es la correcta o para que la compre si lo es. El puñetero calentador está a punto de palmarla otra vez. Tengo que salir de este sitio de una vez.

Supo, por el largo y ruidoso suspiro, que la había convencido.

—¿A qué hora es la cita?

—A las dos. Estoy saliendo para allá ahora mismo.

—A Puck y a Dylan no les iría mal dar un paseo y correr un rato. Y a Hank y a mí no nos vendría mal el vino. Tengo que organizarme primero. No se te ocurra hacer una puñetera oferta antes de que lleguemos.

—Vale. Gracias. Hasta ahora.

Volvió la vista hacia el edificio. Alguien que no tenía ni idea de ortografía había añadido un grafiti nuevo que aconsejaba: FOYATE UN GANZO.

Asumió que se referían a «ganso», pero a saber.

En cualquier caso, no era más que otra señal de que su tiempo allí debía llegar a su fin.

Sin embargo, habían abierto una cafetería decente a un par de manzanas, y alguien había comprado uno de los edificios cercanos con grandes promesas de rehabilitación y apartamentos modernos.

Lo de la gentrificación era posible.

Otra razón para largarse. Agradecería ver el barrio limpio, arreglado, pero no quería pasarse la vida en un bloque de apartamentos.

Mientras conducía, se imaginó instalando una barbacoa en su nueva terraza trasera. Sabía cocinar a la parrilla... más o menos. A lo mejor hasta aprendía a cocinar algo que no fueran huevos revueltos y sándwiches de beicon con queso a la parrilla. A lo mejor.

Celebraría fiestas en las que la barbacoa echaría humo o, en invierno, con la chimenea de gas encendida en el gran salón. Dejaría uno de los tres dormitorios como habitación de invitados y convertiría el otro en lo que sería su primer verdadero despacho en casa.

Se compraría una gran pantalla plana (y cuando decía grande quería decir enorme) y se abonaría a todos los puñeteros canales de deportes de la tele por cable.

A esto me refiero, se dijo al entrar en el que había resuelto que sería su nuevo barrio.

Las casas eran más antiguas, desde luego, pero no le importaba. La mayoría se habían reformado siguiendo la siempre popular idea de espacio abierto, con baños y cocinas elegantes.

Había muchas familias, y eso tampoco le importaba. A lo mejor se topaba con alguna madre soltera sexy. Le gustaban los niños, los niños no le suponían un problema.

Giró hacia el camino de entrada de la sólida casa de ladrillo de dos pisos y pensó que prefería con mucho la descarada rareza de la casa victoriana al aspecto tradicional de aquella. Pero lo sólido estaba bien, lo robusto bastaba. Y estaba claro que los dueños se habían esforzado en aumentar el atractivo exterior con las plantas, los arbustos, las puertas nuevas en el garaje.

Le iría bien un garaje.

Al bajar del coche, se fijó en que ya había otro vehículo aparcado. Y no era el de Renee, su pacientísima agente inmobiliaria. Sintió curiosidad y anotó la matrícula (pura costumbre) mientras recorría lo que se dijo que sería su sendero de ladrillo.

La mujer abrió la puerta justo antes de que él tocara el (su) timbre.

—¡Hola! Reed, ¿no? —Aquella atractiva rubia, vestida con una camisa roja

entallada y pantalones blancos, le tendió la mano—. Soy Maxie, Maxie Walters.

—Vale. Se supone que he quedado con Renee.

—Sí, me ha llamado ella. Le ha surgido un imprevisto familiar. Su madre ha tenido un pequeño accidente, nada serio —añadió de inmediato—. Pero ya sabes cómo son las madres. Renee intentará llegar a tiempo, pero no quería que tuvieras que retrasar o posponer la visita, sobre todo porque hemos recibido el chivatazo de que los vendedores van a rebajar el precio cinco mil dólares mañana.

—No pienso quejarme. —Reed entró en la casa y examinó el vestíbulo de techo alto que había admirado en la visita virtual.

—He estado familiarizándome con la propiedad —dijo Maxie—. Tiene algunos elementos maravillosos. Conserva los suelos de madera originales, y creo que han hecho un gran trabajo al restaurarlos. ¿Y no te encanta la sensación de espacio que transmite la entrada? —continuó mientras hacía un gesto a Reed para que siguiera adelante.

Después cerró la puerta.

—Sí, la casa me transmite buenas vibraciones.

Deambuló por la sala de estar (bien distribuida, pensó, pues había visto todas las distribuciones posibles) e imaginó la pantalla plana gigante en la pared.

Le gustaba que el campo visual se abriera hasta la misma cocina, que contaba con una barra amplia con taburetes, el comedor y los amplios ventanales con puerta corredera que daban a la terraza trasera que quería para él.

—Entonces ¿trabajas con Renee?

No sabía por qué lo preguntaba. Ya conocía a todos los compañeros de Renee.

Se volvió hacia ella. Rubia con los ojos azules, veintitantos años, alrededor de un metro sesenta y cinco, y unos cincuenta y dos kilos. Buen tono muscular.

—Somos amigas —contestó mientras encabezaba la marcha hacia la cocina—. En realidad ha sido mi mentora. Hace solo tres meses que obtuve la licencia. Encimeras de granito —añadió—. Los electrodomésticos son nuevos. No son de acero inoxidable, pero creo que el blanco va bien con este espacio.

Su voz, pensó Reed. Había algo en su voz. Se detuvo de camino a la atrayente terraza y se dio la vuelta; la barra de la cocina entre ambos.

—¿Se te da bien cocinar, Reed?

—La verdad es que no.

Pensó que la sonrisa coqueta que la agente inmobiliaria le dedicó no encajaba en el espacio entre la nariz y la barbilla.

Maxie se acercó a la barra.

—Eres detective de policía. Debe de ser emocionante. No estás casado, ¿no?

—No.

—Es una gran casa para formar una familia.

La mujer cambió de postura. Él no le veía las manos, pero su lenguaje corporal... Todos los instintos de Reed se pusieron en alerta. Los ojos, el pelo, incluso la forma de la boca, con aquella ligera sobremordida, eran diferentes. Sin embargo, la voz...

Cayó en la cuenta solo un instante demasiado tarde. La chica ya había sacado el arma. Reed se lanzó al suelo en busca de cobijo, pero ella lo alcanzó dos veces, en el costado y en el hombro.

Cayó con fuerza en el suelo de madera restaurada, detrás de la barra de granito de la cocina, y un dolor pasmoso le estalló por todo el cuerpo.

—Menudo policía. —Con una carcajada, la mujer rodeó la barra con paso tranquilo para rematarlo de un tiro en la cabeza—. Protegiste mejor a no sé

qué crío idiota hace un montón de tiempo que a ti mismo ahora. Di adiós, héroe.

Reed vio que la expresión de su rostro cambiaba de ansiosa a conmocionada. Él ya había desenfundado su arma. Disparó tres veces con la mano izquierda, ya que no podía blandirla con la derecha.

La oyó gritar, pensó que le había dado, pensó que al menos la había alcanzado una vez antes de que aprovechara la barra para cubrirse. Antes de que la oyera salir corriendo hacia la puerta principal.

—¡Hijo de puta! —gritó mientras corría.

Reed tuvo que arrastrarse por el suelo, sin soltar el arma, para salir de detrás de la barra. La mujer había dejado la puerta abierta. Oyó el ruido de un coche al arrancar, el chirrido de neumáticos.

Era posible que volviera, pensó. Si esa mujer volvía... Con los dientes apretados, se forzó a sentarse y volver hasta la barra. Jadeante a causa del dolor, luchó por encontrar su teléfono.

Sintió que se desvanecía. No sabía cuánto tiempo había pasado inconsciente. Sin dejar de tratar de respirar para controlar el dolor, sacó el móvil.

Empezó a marcar el 911, luego pensó en Essie y su familia.

Su compañera contestó al segundo tono.

—¡Ya vamos! Cinco minutos.

—No, no. No vengáis. Quedaos donde estáis. Me han disparado. Me han disparado.

—¿Qué? ¡Reed!

—Necesito una ambulancia. Necesito refuerzos. No me jodas, me desmayo otra vez. Necesito una orden de búsqueda...

—¡Reed! ¡Reed! Hank, quédate aquí, quédate con Dylan.

—Essie, ¿qué...?

Pero ella ya había echado a correr, con el teléfono en una mano y el arma en la otra.

—¡Agente abatido, agente abatido! —gritó al teléfono.

Hank cogió a su hijo en brazos, agarró la correa de Puck. Y rezó.

Essie salvó los últimos cuatrocientos metros en menos de dos minutos, corriendo a la máxima velocidad que le permitían las piernas; la gente que trabajaba en sus jardines levantaba la vista para mirarla.

—¡Agente de policía! Métanse dentro. Entren.

No dejó de correr hasta que llegó al porche de la casa de ladrillo. Empuñando el arma, comprobó que la entrada estaba despejada, apuntó hacia las escaleras que subían y luego hacia delante.

Y vio a Reed.

—Por favor, por favor, por favor.

Primero le tomó el pulso y después se abalanzó sobre la mesa del comedor, puesta para varios comensales, para coger aquellas servilletas de tela tan hábilmente dobladas.

Tras hacer un ovillo con ellas, presionó la herida que Reed tenía en el costado. Aquel súbito dolor nuevo le devolvió la conciencia.

—Me han disparado.

Y estás en estado de shock, pensó ella.

—Sí, te pondrás bien. No te muevas. Ya viene la ambulancia. Y los refuerzos.

—Necesito mi arma por si vuelve esa mujer.

—¿Quién? ¿Quién es esa mujer? No, no, no, quédate conmigo. Quédate conmigo. ¿Quién te ha hecho esto?

—Hobart, la hermana. Joder, joder, joder. Patricia Hobart. Conduce...

—No te duermas. ¡Mírame! Quédate conmigo, maldita sea.

—Conduce un Honda Civic último modelo. Blanco. Matrícula de Maine.

Mierda, mierda, no puedo...

—Sí que puedes. ¿Las oyes? ¿Oyes las sirenas? Ya llega la ayuda.

Y ella tenía las manos empapadas de sangre. No podía detener la hemorragia.

—La matrícula, con esa langosta estúpida. —Resollaba, luchando por permanecer junto a Essie. Para permanecer con vida—. Cuatro-siete-cinco-Charlie-Bravo-Romeo.

—Bien, bien, eso está muy bien. ¡Aquí dentro! ¡Aquí dentro! Deprisa, maldita sea. Está sangrando. No consigo detener la hemorragia.

Los paramédicos la hicieron apartarse, recostaron a Reed y se pusieron manos a la obra.

Policías, con las armas desenfundadas, entraron corriendo detrás de ellos.

Essie levantó la mano izquierda, sintió que la sangre de Reed le resbalaba por la muñeca.

—Soy policía. Somos policías.

—Detective McVee, soy Toro. Cielo santo, es Reed. ¿Quién cojones ha hecho esto?

—La atacante es Hobart, Patricia, veintitantos años, pelo castaño, ojos castaños. Conduce, o conducía, un Honda Civic blanco último modelo. La matrícula lleva dibujada la langosta de Maine. Cuatro-siete-cinco-Charlie-Bravo-Romeo. Comunícalo. No sé su dirección, vive con sus abuelos. Comunícalo. Coged a esa zorra.

—Detective —dijo uno de los agentes—, hay un rastro de sangre, en la salida. Es posible que esté herida.

Essie miró a Reed y rogó con todas sus fuerzas que así fuera.

—Alerta a clínicas y hospitales. Que dos de vosotros despejen la casa. ¡Y moveos, vamos, moveos!

Patricia se movió. Y rápido. El hijo de puta le había disparado. ¡No podía creérselo! Esperaba que ese poli muriera entre gritos. No podía parar para comprobarlo, pero la bala le había entrado justo por debajo de la axila izquierda. Y pensaba, esperaba, que hubiera vuelto a salir. Lo llamaban disparo con orificio de salida, recordó mientras se tragaba las lágrimas de dolor y furia.

Si aquel cabrón vivía lo suficiente, la identificaría. Además, sabía que había sangrado al salir, y eso significaba que tendrían su ADN.

Pegó un puñetazo al volante del coche robado mientras se adentraba en la curva del camino de entrada de sus abuelos.

Necesitaba su dinero, sus documentos identificativos falsos, varias armas, su bolsa de viaje de emergencia. Tendría que abandonar el coche robado, cogería el suyo hasta que pudiera deshacerse de él.

Lo tenía todo planeado, pensó. Lo tenía planeado. Solo que no esperaba echarse a la carretera con una herida de bala.

Entró a toda prisa en la casa y subió las escaleras.

Debería haber salido a la perfección, se dijo. Se había trabajado a la gilipollas de la agente inmobiliaria del policía visitando algunas de las casas que él había visitado. Se había ido de copas —¡como si fueran amigas!— con aquella zorra inútil. Y ella estaba justo ahí, bebiendo limonada con vodka, cuando el tipo que debería estar muerto llamó a la imbécil de Renee por la casa.

Fácil, después de eso. Te acercas el domingo por la mañana, te haces con el código de la caja de seguridad y luego matas a la estúpida de Renee y te llevas sus archivos de la casa y demás. Después solo hay que esperar.

Pero él la había pillado. ¿Cómo demonios lo había hecho?

Dejó escapar un gemido lloroso mientras se empapaba el orificio de debajo de la axila con agua oxigenada y se lo tapaba.

Patricia lo había notado, por la posición del cuerpo del poli, por cómo le estudiaba la cara.

Lo más seguro era que estuviera muerto, tenía que estar muerto, se dijo mientras se ponía una camisa limpia, sacaba la bolsa de emergencia y metía más dinero y más documentos de identidad en ella.

Tendría que haberse asegurado. Sabía que él llevaría un arma aunque estuviera fuera de servicio, no era tonta. Pero le había alcanzado dos veces: en el costado derecho y en el hombro derecho.

¿Cómo demonios iba a saber ella que aquel tipo sería capaz de desenfundar y disparar con la mano izquierda?

¿Cómo demonios iba a saberlo!

Cogió dos pistolas más, sus cuchillos de combate, un garrote hecho a mano, mucha munición e incluso se tomó el tiempo necesario para buscar otra peluca, varias prótesis faciales más, algunas lentillas, más vendas y los analgésicos que había birlado del suministro de sus abuelos.

La cabreaba muchísimo no sacar provecho de la venta de la casa y de los seguros de vida cuando sus abuelos por fin la palmaran. Pero tenía más que suficiente para mantenerse durante años.

Con una mueca de dolor, se echó la bolsa al hombro y comenzó a bajar.

—¿Patti? ¿Patti? ¿Eres tú? El abuelo ha vuelto a hacerle algo a la tele. ¿Puedes arreglarla?

—Claro. Claro que puedo arreglarla —dijo cuando su abuela salió traqueteando con el andador.

Sacó una nueve milímetros y disparó a su abuela en plena frente. La anciana se desplomó con un suave siseo.

—¡Arreglado! —dijo en tono alegre, y luego entró en el dormitorio de sus abuelos, donde el aire sobrecalentado olía a viejo.

Su abuelo, sentado en su sillón reclinable, daba golpes al mando a distancia

con una mano mientras la pantalla del televisor emitía interferencias.

—A esta cosa le pasa algo. ¿Has oído ese ruido, Patti?

—Sí. Adiós.

El hombre levantó la vista y entrecerró los ojos detrás de las gafas.

Patricia también le disparó en la cabeza y soltó una risita feliz.

—¡Por fin!

Entró y salió de la casa en menos de diez minutos —al fin y al cabo había practicado—, dejando dos cadáveres a su paso.

Sin superar los límites de velocidad, condujo hasta el aeropuerto, dejó el coche en un aparcamiento de larga estancia, robó un sedán del montón y se puso en camino.

Vio luces que pasaban por encima de su cabeza a toda velocidad y se preguntó si estaría muerto. A lo mejor aparecían unos ángeles sexis que lo guiarían a través de esas luces hacia lo que fuera.

Oyó voces, muchas voces trepidantes que hablaban en jerga médica. Supuso que a los ángeles muertos y sexis no les preocuparían ni las heridas de bala ni las caídas de la presión sanguínea.

Además, era imposible que los muertos sintieran tanto dolor, joder.

A través de aquel tormento, del frío (¿por qué tenía tanto frío?), de la confusión y de las preguntas extrañamente ajenas sobre su propia muerte, le llegó la voz de Essie.

—Vas a ponerte bien. Reed. Reed. Tú aguanta. Vas a ponerte bien.

Vale, pensó, pues muy bien.

Lo siguiente de lo que volvió a ser consciente fue de más dolor. Su cuerpo, su mente, todo parecía flotar a través del dolor, alrededor de él, dentro de él. El dolor dominaba el puñetero juego.

Como no quería jugar, perdió el conocimiento de nuevo.

El dolor se negó a sentarse en el banquillo cuando recuperó la conciencia, y aquello lo cabreó. Algo, alguien le dio unos golpecitos con el dedo, y eso también lo cabreó.

—Vete a la mierda —soltó. Incluso a sus débiles oídos sonó a «Temieda», pero lo decía en serio.

—Casi hemos terminado, detective.

Reed abrió los ojos. Todo era demasiado blanco, demasiado brillante, así que estuvo a punto de volver a cerrarlos. Pero entonces vio una cara bonita, unos grandes ojos castaños, una piel dorada.

—Ángel sexy. —«Aguel sesi.»

Los labios carnosos y suaves se curvaron. Y volvió a perder el conocimiento.

Lo recobraba y lo perdía, lo recobraba y lo perdía; no era como una montaña rusa, sino como una balsa que se mecía con suavidad en un río.

El río Estigia. Eso sería malo.

Oyó la voz de su madre.

«¿Qué clase de nombre es Yossarian? Es el nombre de Yossarian, señor.»

Trampa 22. Ah.

Volvió a sumirse en la inconsciencia; en sueños, mantuvo una larga conversación sobre la muerte y los ángeles sexis con el bombardero que guardaba un secreto.

Cuando el dolor lo azotó de nuevo, decidió que, ya no había duda, aquel rollo de estar muerto era un asco.

—Claro que sí, pero no lo estás.

Abrió aquellos pesados párpados y vio a Essie.

—¿No?

—Está claro que no. ¿Esta vez aguantarás un rato despierto? Acabo de convencer a tus padres de que bajen a comer algo. Puedo ir a buscarlos.

—¿Qué demonios...?

Mientras Essie bajaba la barrera de la cama para sentarse a su lado y cogerle la mano, Reed valoró la situación. Máquinas y monitores, la irritante molestia de la vía intravenosa en el dorso de la mano, el intenso dolor de cabeza, el sabor amargo y metálico en la garganta y una veintena de tormentos más bajo el dolor generalizado.

—Me disparó. Patricia Hobart, conducía un Honda Civic blanco, Maine...

—Ya nos has dado toda esa información.

Su cerebro quería apagarse de nuevo, pero Reed se impuso.

—¿La habéis cogido? ¿La tenéis?

—Lo haremos. ¿Estás para contarme lo que pasó?

—Aturdido. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Hoy es el tercer día, camino del cuarto.

—Mierda. Mierda. ¿Es muy grave?

Essie se revolvió. Ya habían mantenido partes de aquella conversación, pero en esa ocasión parecía más lúcido. O tal vez solo fuera lo que ella quería ver.

—Primero la buena noticia. No te vas a morir.

—Sí que es buena noticia.

—Recibiste dos disparos. El del hombro te desgarró unas cuantas cosas, pero los médicos dicen que con fisioterapia recuperarás completamente la movilidad y el rango de movimiento. No puedes pasar de la fisioterapia, por mucho que duela o por aburrida que sea. ¿Entendido?

—Sí, sí.

—La segunda, en el torso, lado derecho, te fracturó un par de costillas y te rasgó el hígado al cambiar de trayectoria. Sufriste lesiones internas y perdiste mucha sangre, pero te han curado. Te sentirás como el culo durante un tiempo, pero si no te comportas como un gilipollas, te recuperarás del todo.

—No me habrá dado, ya sabes, en la fábrica de diversión, ¿no? Porque noto algo raro ahí abajo.

—Es la sonda. Te la quitarán cuando puedas caminar.

—Así que llevo cuatro días prácticamente muerto, pero no del todo.

—Solo tú podrías mezclar dos clásicos del cine. ¿Cómo consiguió pillarte por sorpresa?

Reed cerró los ojos y se obligó a recordarlo.

—Peluca rubia, lentillas azules, una prótesis facial... ligera sobremordida sexy. Me dijo que Renee, la... Renee.

Abrió los ojos y lo vio. Lo vio antes de que Essie se lo dijera.

—Lo siento, Reed. La encontramos en su casa. Dos disparos en la cabeza. Hora estimada de la muerte, apenas dos horas antes de que te disparara a ti. Por lo que hemos averiguado, Hobart (entonces una pelirroja que respondía al nombre de Faith Appleby) entró en contacto con Renee hace unos meses. Le aseguró que estaba buscando casa y parece que siguió tus pasos por las distintas propiedades. Entabló amistad con Renee, así que debió de enterarse de tu cita y lo vio como su oportunidad de eliminarte.

—Me dijo que Renee iba a llegar tarde y que le había pedido que me enseñara la casa. No la identifiqué de inmediato, pero su voz... Había visto algunas entrevistas y reconocí la voz. Tardé demasiado en atar cabos.

—Compañero, si no lo hubieras hecho... estarías no solo muerto, sino real y auténticamente muerto.

—Y otro clásico del cine. Me tomó la delantera, Essie, y deja que añada: recibir un disparo duele que te cagas. Dio la vuelta a la barra, a la isla esa de la cocina, para rematarme. Yo tenía el brazo derecho inutilizado, pero saqué el arma con el izquierdo. Creo que disparé tres veces. Sé que le di. Sé que le di, joder.

—Le diste. El rastro de sangre salía por la puerta principal.

—Bien.

—Se nos escapó por los pelos, Reed. Debía de tener preparado un plan de huida. Mató a sus abuelos antes de largarse.

—Venga ya.

—La hija de puta se cargó a la abuela cuando iba con el andador y pegó un tiro al abuelo mientras estaba sentado en su puñetero sillón reclinable. Hemos

congelado las cuentas de ambos porque su nombre figuraba en todas ellas, pero al parecer llevaba años esquilmándolas de manera sistemática; debe de tener millones.

Essie le acarició la mano entre las suyas.

—Te debo una disculpa enorme, gigante.

—Es ella. Ella ha estado matando a las personas que se les escaparon a su hermano y a sus amigos.

—Encontramos su cuarto de guerra, sus listas de asesinatos, fotos, datos que ha ido acumulando. Las armas que dejó, más pelucas y disfraces, mapas. No hay ordenador. Es de suponer que trabajaba en un portátil y se lo ha llevado con ella. El coche en el que condujo hasta la casa había sido robado aquella mañana y lo abandonó en casa de sus abuelos. Tenemos una orden de búsqueda del coche registrado a su nombre y, como ahora es la principal sospechosa de casos sin resolver en varios estados, se ha convertido en un asunto nacional.

—Se han metido los federales.

—Me parece bien que lo hayan hecho. Es lista, Reed. Es astuta y está loca. Es nuestro caso, pero aceptaremos la ayuda. Tienes que recuperarte, compañero. Y eso implica descanso, medicación y fisioterapia, y cualquier otra cosa que digan los médicos, y nada de tonterías.

—En mi apartamento, en el dormitorio. He improvisado un tablero para seguir el caso y he cotejado archivos. No dejes que los federales lo confisquen. Lo compartiré, pero no dejes que confisquen el trabajo. Ve a buscarlo.

—De acuerdo. Mira, voy a buscar a una enfermera, ya que llevas despierto más tiempo que en ningún otro momento. Y a tus padres, que apenas se han movido de aquí a pesar de que tus hermanos han hecho turnos.

Essie necesitaba tocarlo, así que le pasó la mano por la barba de cuatro días que le cubría cara.

—Tienes mal aspecto, Reed, pero vas a salir de esta. Ese botón de ahí es un goteo de morfina que puedes manejar a tu gusto.

—Sí. Me lo pensaré. Hay una enfermera... Creo que es enfermera... A menos que estuviera alucinando. Muy guapa, ojos castaños, una sonrisa preciosa, piel del color del caramelo que mi madre solía fundir para cubrir manzanas en Halloween.

—No te equivocas. Es Tinette. Veré si está trabajando. —Después se agachó y posó ligeramente los labios sobre los de él—. Me has dado un susto de muerte, Reed. Intenta no volver a hacerlo.

Siguió perdiendo y recuperando el conocimiento durante veinticuatro horas más, pero pasó tanto tiempo consciente como inconsciente. Querían que se levantara, que diera paseos cortos... y la encantadora (y, por desgracia para él, casada) Tinette lo manejaba con mano de hierro forrada de terciopelo. E insistía en que, si quería que le quitaran la sonda (oh, sí, por favor), tenía que recuperar la movilidad.

Reed avanzaba arrastrando los pies, tirando del gotero y por lo general con algún familiar o policía al lado.

Le conmovía el hecho de que Toro Stockwell no faltara ni un solo día, a pesar de que lo sermoneaba con que moviera ese trasero esmirriado de cuentista que tenía.

En los diez días transcurridos desde que recibiera los balazos, había perdido más de tres kilos y medio, y casi podía sentir como desaparecía su tono muscular.

Su madre le llevó pastel de carne, y su padre le pasó pizza de contrabando. Su hermana le hizo galletas. Su hermano le dio una cerveza a escondidas.

La primera sesión de fisioterapia lo dejó exhausto y cubierto de un sudor frío.

La habitación del hospital, llena de flores, plantas, libros y un ridículo osito

de peluche equipado con una placa de detective y una nueve milímetros, empezaba a parecerle una cárcel.

La única ventaja era que entrar era tan difícil como salir. La única vez que Seleena McMullen había conseguido colarse, Tinette, desde entonces la heroína de Reed, la echó a patadas.

Aun así, McMullen se las ingenió para sacarle una foto con el móvil. Cuando Reed la vio publicada en internet, decidió que le habían mentido y que en realidad estaba muerto.

Desde luego, pinta de zombi sí tenía.

Toro siguió en su línea y lo obligó a levantarse y a moverse después del segundo asalto de fisioterapia, cuando lo único que Reed tenía ganas de hacer era dormir para olvidar sus penas.

—Deja de quejarte de que te duele la barriguita.

—No es precisamente la barriga lo que me duele.

—Gimoteos, quejidos, lloros. ¿Quieres volver a ser policía?

—Nunca he dejado de serlo.

Reed apretaba los dientes mientras caminaban. Al menos ya le permitían ponerse unos pantalones de algodón y una camiseta, en lugar de la humillante bata de hospital.

—Si no eres capaz de desenfundar y disparar como un hombre, te sentarán a un escritorio y no te dejarán moverte de allí.

—Essie te pegaría una patada en el culo si oyera lo de «como un hombre».

—Pero Essie no está aquí.

Toro acompañó a Reed hasta una pequeña zona ajardinada donde al menos el aire olía a aire.

—Y no te está contando las cosas como son. No quiere añadir estrés a tus pobres sentimientos.

—¿De qué estás hablando?

—Los federales. Nos están desplazando, toman el mando.

—Lo sabía.

Asqueado, Reed lanzó un puño al aire. Se le nubló la vista cuando el hombro le estalló de dolor.

—Oye, oye, tómatelo con calma, campeón. —Toro agarró a Reed por el brazo bueno y lo hizo sentarse en un banco—. Essie ha peleado con uñas y dientes, deberías saberlo. Tú has llevado la delantera en este asunto durante años, y nadie te ha echado una mano. Ni siquiera un servidor. El problema es que no es solo un caso importante, es importante para la prensa. Puede que pongan cara de funeral y digan que la prensa no tiene nada que ver con esto, pero eso es una mierda pinchada en un palo. Y el otro problema es que tú formaste parte de lo del centro comercial DownEast y ahora te has convertido en objetivo de la hermana de uno de los tiradores.

—Ella también estuvo implicada en lo del centro comercial. Estoy seguro de que sabía lo que estaba tramando su hermano.

—No digo lo contrario. Lo que digo es que los federales lo ven como dos puntos en contra de que sigas implicado en la investigación, y los jefes de nuestro bando están de acuerdo.

—Eso sí que es una mierda pinchada en un palo.

—Es una mierda enorme y apestosa pinchada en un palo, pero es lo que hay. Van a atarte a un escritorio cuando vuelvas, y a darte trabajo de machaca hasta que pases el examen físico. E incluso entonces seguirás apartado del caso Hobart.

—Hijos de puta.

—Vuelve a poner en marcha ese culo triste y esmirriado, chaval. Muchos de nosotros estamos dispuestos a trabajar en esto en la sombra, pero tienes que superar lo de que te hayan disparado. Y no me digas que no te provoca sudores fríos cuando estás a oscuras.

—Veo la pistola acercándose. A cámara lenta. Como si tuviera todo el tiempo del mundo para ponerme a cubierto, para devolver los disparos. Pero yo voy a cámara aún más lenta, y esa maldita pistola tiene el tamaño de un cañón.

—Supéralo. Vuelve al trabajo.

—Tu compasión y tu simpatía son tan sentidas...

Toro resopló, como los toros.

—Ya hay bastante gente que te tiene entre algodones y te da besos en la frente. Lo que necesitas es una patada en el culo.

—Te lo agradezco.

—Y, me cago en la leche, come algo. Pareces un espantapájaros zombi. Ahora levántate y anda.

Reed esperó para hablar con Essie al respecto, porque, por fin, le abrieron la puerta de la jaula.

Se iba a casa.

No al estercolero, pues todavía no podía subir los tres pisos sin ascensor, sino a su antigua habitación en casa de sus padres, a los guisos de su madre, a los chistes maravillosamente malos de su padre.

Había pedido, de forma específica, que Essie lo recogiera y lo llevara, así que esperó para hablar con ella.

—¿Por qué tengo que sentarme en una silla de ruedas para irme cuando durante dos puñeteras semanas y media no he oído otra cosa que «levántate y anda»?

Tinette, la de la hermosa sonrisa, dio unas palmaditas en la silla.

—Las reglas son las reglas, cariño. Y ahora sienta ese culito en la silla.

—¿Y si cuando esté al cien por cien tenemos una aventura caliente, tórrida y salvaje? Sería bueno para mi salud emocional y mental.

—Mi marido te aplastaría como a un insecto, flacucho. Lástima que mi

hermana solo tenga dieciocho años.

—Eso ya es legal.

—Si te acercas a mi hermanita, yo misma me encargaré de que vuelvas a este hospital. —No obstante, le acarició el hombro—. Me alegra que te vayas, Reed, y al mismo tiempo me da pena.

—Vendré para la tortura.

—Y yo bajaré a comprobar que no lloras demasiado. Toma, sujeta tu osito de peluche.

Reed lo cogió en brazos y echó un último vistazo a la habitación. Essie ya había recogido los libros, su tableta y el resto de las cosas acumuladas.

—No echaré de menos este sitio —dijo mientras Tinette empujaba la silla hacia el exterior—, pero a ti sí. Eres la única mujer a la que quiero, aparte de mi madre, que me ha visto desnudo sin que yo haya tenido el mismo privilegio.

—Añade un poco de carne a esos huesos. —La enfermera viró hacia el ascensor—. Y acepta un consejo.

—De ti lo acepto.

—No vuelvas al lío demasiado rápido, cariño. Date un poco de tiempo. Pasea al sol, acaricia unos cuantos cachorros, come helados, haz volar una cometa. Te conozco lo suficiente para saber que eres un buen policía y un buen hombre. Tómate un tiempo para recordar por qué eres ambas cosas.

Reed tendió la mano hacia atrás, la izquierda, para tomar la de ella.

—Voy a echarte mucho de menos.

Essie los saludó con una sonrisa.

—Te han soltado, compañero. Tinette, eres un tesoro.

—Por supuesto que lo soy. Venga, cariño, te ayudo a subir al coche. — Tinette lo acomodó y le puso el cinturón—. Cuida de mi paciente favorito.

—Dame una hora en un motel barato. Te cambiará la vida.

Tinette soltó una carcajada y lo besó en la boca.

—Me gusta mi vida. Ahora ve a vivir la tuya.

—¿Y si hubiera contestado que sí? —se preguntó Essie en voz alta cuando se alejaban.

—Imposible. Está loca por su marido. ¿Sabes? Tinette tenía veinte años cuando ocurrió lo del centro comercial DownEast, y estaba haciendo servicios comunitarios a cambio de créditos para la universidad. Era auxiliar de enfermería, así que aquella noche terminó en primera línea en el hospital. El mundo es un pañuelo.

Guardó silencio un instante.

—Toro me ha contado que los federales han tomado el mando, que nos han apartado. Que me han apartado.

Essie dejó escapar una exhalación.

—Pensaba hablarte de ello cuando salieras, una vez que llegaras a casa y te instalaras. Lo siento, Reed, se han impuesto a la fuerza. Estás demasiado implicado, así que yo estoy demasiado implicada. Peleé con todas mis fuerzas, pero aun así han ganado.

—Eso no va a detenerme.

Essie resopló y se le agitó el flequillo que hacía poco que se había cortado.

—Mira, yo no apoyé tu teoría, y ahora está demostrado que esa teoría es un hecho. Los federales te la están robando delante de tus narices. Te darán un apretón de manos y una palmadita en la espalda. En nuestro lado, todos los jefes están de acuerdo con la decisión.

—Eso no va a detenerme —repitió.

—Lo convertirán en una orden. Créeme. Hagas lo que hagas, tendrás que hacerlo en la sombra, a escondidas. Si se enteran, te expedientarán y te degradarán. No está bien, pero es la política de la casa.

—¿Cuál es tu política?

—Estoy contigo. Haremos lo que podamos en nuestro tiempo libre. Y

añadiré que Hank está con nosotros en esto.

—Es un buen hombre.

—Sí. No va a volver a las clases a tiempo completo. Terminará el libro que está escribiendo. Dice que es ficción policial literaria. Es una puta pasada, al menos lo que me ha dejado leer. Pero parte de la razón por la que no va a volver es darme más tiempo para trabajar en esto. Contigo, cuando pueda.

—Necesito pensarlo bien, tomarme un tiempo. Tengo que recuperar la forma. Por lo que se ve, recibir un par de tiros me ha convertido en un espantapájaros zombi.

—Sí, la verdad es que no estás en tu mejor momento. Pero, por Dios, Reed, créeme, hace unos días estabas peor.

Reed lo sabía, igual que sabía que le quedaba un largo camino por recorrer.

—Necesito pillarla, Essie. Necesito formar parte de esto. Pero voy a pensarlo. ¿No se sabe nada de ella desde que encontraron el coche?

—Se ha desvanecido en el aire.

—Entonces el aire cambiará —murmuró él.

Pasó un mes con sus padres, aguantó la fisioterapia con los dientes apretados y se las arregló para ganar uno de los kilos que había perdido durante el encarcelamiento hospitalario.

Había perdido cinco antes de estabilizarse.

Volvió al trabajo... de oficina. Y cuando su capitán le comunicó la decisión sobre la investigación de Hobart, no discutió. No tenía sentido.

De todas formas, el trabajo de oficina tenía sus ventajas, y le ofrecía bastante tiempo para acceder a diversos archivos. Puede que no tuviera a los jefes de su parte, pero sí a los compañeros.

Habían encontrado rastros de sangre de Hobart en el asiento del conductor

del coche que había dejado abandonado en el aeropuerto. Todavía no habían recuperado el coche cuyo robo había denunciado una familia de cuatro miembros tras regresar de tres semanas de vacaciones en Hawái.

Reed apostaba a que Hobart lo había arrojado a algún lago, le había prendido fuego en el bosque o lo había hecho desaparecer de cualquier otro modo. Hobart tenía dinero en efectivo y, casi seguro, documentos y tarjetas de crédito falsos. Jamás se quedaría con un coche robado.

Se compraría uno bajo un nombre falso, en metálico. Un coche de segunda mano, fiable y del montón, suponía. Cambiaría de peinado, de apariencia, para parecerse poco o nada a las fotos de los telediarios y de internet.

Hobart vería esos telediarios, leería los blogs, los periódicos, y permanecería agazapada, a distancia. Hasta que golpeará de nuevo.

Si era cierto que él le había metido una bala en el cuerpo, Hobart daría con la forma de recibir tratamiento médico.

Reed comprobó todos los allanamientos, los registros de hospitales, clínicas veterinarias y farmacias, pero no encontró nada que encajara.

Hizo una búsqueda de muertes en el ámbito sanitario. Médicos, enfermeros, auxiliares, veterinarios; encontró un par, pero, de nuevo, ninguno encajaba.

Pensó en qué haría él, adónde iría de estar en el lugar de Hobart. Sus pensamientos pulularon hacia el norte. Canadá. Identidad falsa, pasaporte falso. Cruzar la frontera, ponerse cómoda, tomarse un respiro.

Eso era justo lo que él habría hecho.

No era necesario arriesgarse a viajar en avión, no era necesario aprender un idioma nuevo. Alquilaría una puñetera cabaña en el bosque, intentaría pasar desapercibida.

Sin embargo, Hobart no sería capaz de cortar por lo sano, Reed lo sabía. Necesitaría terminar lo que había empezado. Tarde o temprano, una alerta en

el móvil lo avisaría de que otra persona con la que había compartido aquella pesadilla había muerto.

Así que se dedicaba al papeleo, cumplía con la fisioterapia, se comía los guisos de su madre.

Y un día se despertó y se dio cuenta de que ya no se sentía buen policía. De hecho, apenas se sentía policía.

Era capaz de rotar el hombro sin agonizar, y de hacer unas cuantas repeticiones levantando una pesa de cuatro kilos y medio, pero lo cierto era que tampoco podía decirse que se sintiera muy hombre.

Era, bueno, el espantapájaros zombi con un buitre posado en el hombro a la espera de que alguien muriera.

Hora de quitárselo de encima, decidió, y de seguir el consejo de Tinette. Necesitaba pasear al sol y recordar qué había sido y por qué.

Por segundo día consecutivo, mientras disfrutaba de su café matutino en el patio, CiCi observó a aquel hombre en la estrecha franja de playa que se extendía a sus pies.

Corría un poco, caminaba y volvía a correr, iba y venía durante una media hora y, a continuación, se encaramaba, despacio, a las rocas, donde se sentaba y contemplaba el mar.

Luego, como si antaño hubiera estado en forma y fuerte y se estuviese recuperando de una larga enfermedad, lo repetía todo antes de volver a cruzar la playa en dirección al carril bici que llevaba al pueblo.

Después del primer día, CiCi se había enterado de su nombre a través del agente inmobiliario que le había alquilado un bungalow. Una reserva de tres semanas en octubre, que se prolongaba hasta noviembre, no era algo inaudito en la isla, pero sí poco habitual.

Además, antes de averiguar su nombre, había hecho uso de sus prismáticos para verle bien la cara.

Guapo, pero delgado y demasiado pálido, con barba de varios días.

A ella le gustaban los hombres con algo de barba.

Lo había reconocido —se mantenía al tanto de la actualidad—, pero quería estar segura.

Así que CiCi sabía quién era el hombre, qué le había pasado y se preguntaba qué le pasaría por la cabeza mientras corría, caminaba, se sentaba.

Como quería averiguarlo, al tercer día de la rutina matutina, se maquilló, se

ahuecó el pelo, que hacía poco que se había teñido de color ciruela oscuro, se puso unas mallas (seguía teniendo buenas piernas), una camiseta de manga larga y una chaqueta vaquera.

Y después de llenar dos tazas con tapa de café con leche y un toque de chocolate, bajó cuando él estaba sentado en las rocas.

El chico volvió la vista mientras CiCi empezaba a trepar para unirse a él y ganó puntos por levantarse de inmediato para agarrarla de la mano.

Con la mano izquierda, se fijó ella, y no sin una ligera mueca de dolor.

—Buenos días —lo saludó al tiempo que le ofrecía una de las tazas.

—Gracias.

—Hace una mañana perfecta para sentarse en las rocas y tomarse un café. Soy CiCi Lennon.

—Reed Quartermaine. Admiro su trabajo.

—Entonces eres un hombre de buen gusto, además de estar de buen ver. Para serte del todo sincera, te he reconocido. Sé quién eres y qué te ha pasado. Pero no tenemos que hablar de ello.

—Se lo agradezco.

Qué ojos más bonitos, pensó CiCi. De un verde tranquilo, la intensidad que se ocultaba tras ellos los dotaba de un poco de magia.

—¿Qué te ha traído a nuestra isla, Reed?

—Quiero descansar un poco.

—Es un buen lugar para descansar, sobre todo en la temporada tranquila.

—Había venido unas cuantas veces en verano. Con mi familia cuando era pequeño, y con unos amigos cuando tuve edad para conducir. Pero hacía, madre mía, supongo que unos diez años que no la pisaba.

—No ha cambiado mucho.

—No, y resulta agradable. —Despacio, con cuidado, se volvió para mirar hacia atrás—. Recuerdo su casa, y que pensé en lo genial que sería vivir allí,

con todas esas ventanas, ver el mar a todas horas, poder bajar directamente a esta pequeña playa.

—Es genial. El único lugar adecuado para mí, al parecer. ¿Cuál es el tuyo?

—Sigo buscándolo. De hecho, me dispararon cuando buscaba en el lugar equivocado. —Esbozó una sonrisa, rápida y fácil—. Así aprenderé. Me acordaba de otra casa de por aquí, y también sigue ahí. Me he acercado a propósito desde el pueblo para ver si aún estaba. Una casa de dos pisos con un pequeño mirador en el tejado. Podría decirse que es laberíntica, como la suya. Supongo que me gustan las casas laberínticas. No tiene tanto cristal, pero sí el suficiente. Revestimiento sellado de cedro un tanto avejentado. En la parte delantera, unos porches enormes en ambas plantas. Terrazas en la parte de atrás. Está como a horcajadas entre el bosque y el mar. Una playita de arena, mucho más pequeña que esta, y luego las rocas.

—Esa es la casa de Barbara Ellen Dorchet. Justo al salir del pueblo, y un poco aislada. Los altramuces invaden el jardín en verano. ¿Había una camioneta roja delante?

—Sí, y un Mercedes G-Wagen.

—Es de su hijo. Ha venido a ayudarla a hacer algunos arreglos antes de que la ponga a la venta.

—A la... ¿En serio?

CiCi, algo adivina, sonrió y bebió un sorbo de café con leche.

—No es muy buen momento, no habrá mucha gente que busque una casa como esa en la isla a finales de otoño o en invierno, cuando esté lista para anunciarla. Pero perdió a su marido el año pasado y no le apetece seguir viviendo sola. Se mudará al sur. Su hijo se instaló en Atlanta hace unos doce años por trabajo. Tiene tres nietos allí, así que es donde quiere estar.

—Va a vender la casa. —Reed dejó escapar una leve carcajada—. Llevo años buscando la casa ideal, y cuando llegué aquí y vi su casa, y la otra, me di

cuenta de que son la razón por la que ninguna otra de las que he visto me ha hecho tilín.

—Estabas buscando en el lugar equivocado. —Y añadió—: Deberías hacerle una oferta. No me costará mucho averiguar cuánto quiere por ella.

—No tenía pensado... —Se quedó callado, bebió un poco de aquel excelente café con leche—. Esto es muy raro.

—Soy fan de lo muy raro. Bueno, vamos, detective Macizo. Voy a prepararte el desayuno.

—No tiene que... —Se interrumpió y la miró, el cabello llamativo, los asombrosos ojos—. ¿Suele invitar a hombres extraños a desayunar?

—Solo a los que me interesan. Por lo general, te tocaría cocinar a ti, pero como no me he pasado la noche poniendo tu mundo patas arriba, yo haré las tortitas de arándanos.

Aquello arrancó una carcajada al muchacho, lo que le dio más puntos.

—Sería estúpido si rechazara a una mujer hermosa y tortitas de arándanos al mismo tiempo. No soy estúpido.

—Ya me había dado cuenta.

—Déjeme ayudarla a bajar.

Bajó, protegiéndose el lado derecho, y volvió a esbozar una leve mueca de dolor justo antes de tender la mano izquierda para coger la de CiCi.

—¿Todavía te duele?

—Me dan pinchazos, y sigo trabajando la amplitud de movimiento y reforzando los músculos. Hago fisioterapia, ejercicios, y voy y vengo dos veces por semana para las verdaderas sesiones de tortura.

—Tienes que hacer yoga. Yo creo firmemente en el yoga, y en la holística. Pero empezaremos por las tortitas. ¿Qué te parecen unos bloody maries?

—No se corte con el tabasco.

—Oh, eres mi hombre. —Lo agarró de la mano izquierda y entrelazó su

brazo con el de él—. Tomando prestada una frase, «Este es el comienzo de una hermosa amistad».

El interior de la casa resultó ser tan fascinante como el exterior. El color, la luz. Dios, las vistas.

—Se parece a usted.

—Vaya, vaya, qué listo eres.

—No, lo digo en serio. —Reed caminaba de un lado a otro mirándolo todo—. Es audaz, hermosa y creativa. Y... —Se detuvo junto al busto, miraba *Surgimiento* maravillado—. Uau. Esto es... Uau.

—El trabajo de mi nieta Simone. Sí, es uau.

—Se percibe la victoria, la alegría de la victoria. ¿Es una descripción correcta?

—Es una descripción excelente. Ella también estuvo en el centro comercial aquella noche. Mi Simone.

—Lo sé. —No podía apartar la vista de la escultura, de la cara—. Simone Knox.

—¿La conoces?

—¿Eh? ¿Qué? Perdón. No. Solo... sigo la pista. Incluso antes de convertirme en policía. Necesitaba seguir la pista a la gente, cuando podía, a la gente que estuvo allí.

—Ella también estuvo. —CiCi acarició suavemente el busto con la mano antes de meterse en la cocina para preparar los cócteles—. Es la cara de la amiga que Simone perdió aquella noche, la cara que Simone imagina que tendría. Así que sí, victoria.

—Fue la primera en llamar a emergencias, su nieta.

—Sí que sigues la pista.

—La policía que mató a Hobart, la primera que llegó a la escena, se

convirtió en mi compañera cuando ascendí a detective. Ella es parte de la razón por la que me hice policía.

—¿No te parece que el mundo es un lugar fascinante, Reed? ¿Cómo cruza, entrelaza, separa, aparta? Ese chico destruyó a esa dulce chica, y era realmente dulce. Él destruyó todo su potencial. Simone la recuperó, triunfante, con su talento y el amor que sentía por nuestra Tish. Esa agente de policía responde a la llamada porque el destino la puso justo ahí y evita que ese chaval enfermo se lleve aún más vidas de las que ya se había llevado, y ayudó a Simone al comienzo de las terribles secuelas. —CiCi se acercó, le entregó un bloody mary—. Esa misma agente de policía contacta contigo, y tú te conviertes en agente de policía. Soy algo adivina —dijo—, y percibo que eres muy buen policía. Entonces la hermana enferma de ese chico enfermo mata e intenta matarte. Y aquí estás, en mi casa, un lugar que admirabas de niño. Creo que estabas predestinado a llegar aquí. —CiCi entrechocó su copa con la de Reed—. Soy bastante decente como cocinera, pero mis tortitas son excepcionales. Así que prepárate para quedarte con la boca abierta.

—Llevo con la boca abierta desde que se ha sentado a mi lado en las rocas.

—Me caes bien. Ahora es un hecho absoluto e irreversible. Siéntate mientras mezclo la masa y cuéntamelo todo de tu vida sexual.

—En este momento es inexistente.

—Eso cambiará. Ejercicio, buena alimentación, yoga, meditación, una ingesta razonable de bebidas para adultos. Pasar una temporada en la isla y, desde luego, pasar tiempo conmigo. Recuperarás tu magnetismo personal.

—Hoy es un comienzo estupendo.

CiCi sonrió.

—Has alquilado el bungalow de Whistler.

El bloody mary estaba bien cargado, justo como a él le gustaba.

—No se le escapa casi nada.

—O nada en absoluto. La ubicación no es mala, pero la de esta casa es mejor. Después de desayunar, vuelve allí y haz las maletas. Puedes quedarte aquí.

—Yo...

—No te preocupes. No pienso hacerte un señora Robinson. Es tentador, pero esa actividad tienes que recuperarla con calma, no empezar con el crescendo. Hay una suite de invitados encima de mi estudio —continuó—. Solo dejo que se aloje en ella gente muy concreta. Dispondrás de unas vistas maravillosas, tendrás acceso a la playa y disfrutarás de mi increíble compañía. ¿Sabes cocinar?

Reed no podía dejar de mirarla. Tenía un tatuaje en forma de brazalete en la muñeca, un cristal morado con forma de lanza alrededor del cuello.

—La verdad es que no... en absoluto.

—Ah, bueno, tienes otras cualidades. Y además me harías un favor.

—¿Y eso?

—Simone vive aquí y trabaja aquí la mayor parte del tiempo. Desde que se instaló, me he acostumbrado a que siempre haya alguien más rondando por la casa. Alguien simpático e interesante. Tú encajas. Simone se fue a Boston hace unos días y luego se irá a Nueva York. Haz un favor a una mujer solitaria. Prometo no seducirte.

—Tal vez quiera que lo haga.

—Qué encanto. —CiCi le dedicó una sonrisa radiante mientras mezclaba la masa—. Pero créeme, Macizo, no serías capaz de soportarlo.

Era una fuerza de la naturaleza, decidió Reed. ¿Cómo si no iba a prepararle tortitas de arándanos (buenísimas) y a convencerlo para que se mudara a su habitación de invitados una mujer a la que acababa de conocer?

Una fuerza de la naturaleza, sin duda, ya que él nunca había creído en el amor a primera vista. Y en ese momento era víctima de él.

Deshizo las maletas. No tardó, ya que no se había llevado muchas cosas a la isla. Aún medio aturdido, echó un vistazo a la habitación que CiCi le había ofrecido con la misma facilidad con que cualquier otra persona le hubiera dado indicaciones para llegar a un bar.

Como el resto de la casa, como toda ella, era un estallido de color y estilo. Nada de cosas neutrales y seguras para CiCi Lennon, pensó el policía. Había optado por un púrpura oscuro e intenso en las paredes, y luego las había cubierto de obras de arte. No eran las típicas escenas de playa que cabría esperar, constató, sino estilizados desnudos integrales o casi integrales, masculinos y femeninos.

Lo impactó de manera especial el de una mujer que parecía estar despertando, alzaba una mano hacia el cielo, con una expresión astuta y cómplice en la cara y el florecer de unas alas apenas desplegadas en la espalda.

La cama, enorme y con dosel, era de un bronce resplandeciente y tenía zarcillos de enredaderas tallados en los postes. La colcha era un jardín de flores color púrpura diseminadas sobre un blanco brillante. Estaba atestada de cojines porque, según la experiencia de Reed, las mujeres mantenían una extraña relación de amor con los cojines. Los pies de las lámparas formaban el tipo de árboles que habría esperado ver en algún bosque mágico.

También disponía de una salita de estar con un pequeño sofá tapizado de un verde eléctrico como si se hubiera conectado el color a un enchufe, una mesa sujeta sobre un dragón encabritado —quizá la pareja del que descansaba en un pedestal de piedra y parecía a punto de escupir fuego— y un armario con los pies curvos y caras de seres fantásticos pintadas en los cajones.

Una habitación mágica, pensó mientras observaba con detenimiento el

dragón y admiraba los detalles de las escamas, la expresión de poder apenas contenido en los ojos.

Pero, a pesar de todas sus maravillas, la habitación no llegaba ni a la suela de los zapatos, si es que la expresión podía utilizarse en ese caso, a las vistas. La bahía y el océano que se abría tras ella, los barcos, las rocas, el cielo, todos ellos eran elementos tan fundamentales de la habitación como la mágica mezcla de arte y color.

Reed no había ido a la isla en busca de aventuras, sino en busca de un tiempo apartado, un tiempo para pensar, para recargar fuerzas. Pero en una mañana había encontrado la forma de canalizar todo eso.

Primero se aseó. CiCi tampoco había escatimado en el baño, aunque Reed no utilizó los chorros corporales de la ducha, ya que sus costillas seguían resintiéndose.

Le había dicho que bajara a su estudio en cuanto se instalara, así que bajó los escalones pintados de color cayena y se dirigió a la puerta lateral del mismo color y flanqueada por gárgolas sonrientes.

Cuando llamó con los nudillos, CiCi gritó «Entra». Y entonces Reed entró en otro país de las maravillas.

Olía a pintura, aguarrás e incienso, con un ligero toque a marihuana. No era de extrañar, ya que sostenía un pincel en una mano y un porro en la otra. Llevaba un delantal de carnicero salpicado de pintura y aquel pelo increíble —más o menos del mismo color que las paredes de la habitación de invitados— recogido en un moño con lo que parecían unos palillos chinos con piedras preciosas.

Había materiales y utensilios de arte apilados en altas estanterías rojas. Sobre una larga mesa de trabajo, tan salpicada de pintura como el delantal, había aún más.

Los lienzos estaban apoyados y colgados por todas partes.

Lo cierto era que él no sabía mucho de arte, pero reconocía lo espectacular cuando se daba de bruces con ello.

—Hala. Es como... Nada que hubiera visto antes.

—Justo como me gusta. ¿Qué te ha parecido la habitación?

—Es mágica.

CiCi, al oírlo, le dedicó una sonrisa resplandeciente de aprobación.

—Tienes toda la razón del mundo.

—Gracias no expresa ni por asomo lo que quiero decir. Me siento como si... Iba a decir que como si hubiera entrado en las páginas de un libro muy guay, pero... ¿Cómo lo diría? Como si hubiera entrado en una de estas pinturas.

—Vamos a pasárnoslo muy bien aquí.

CiCi le tendió el porro y le arrancó una media sonrisa y un gesto de negación con la cabeza.

—CiCi, soy policía.

—Reed, soy una vieja hippie.

—No tienes ni un puñetero pelo de vieja. —Se acercó a un cuadro y se quedó boquiabierto—. Esto es...

—Los Stones, alrededor de 1971. Es solo una réplica. Mick compró el original. No es fácil decirle que no a Mick.

—Apuesto a que sí. Ahora estoy a un solo grado de los Stones, joder.

—¿Eres fan de los Stones?

—Sin duda. Conozco algunas de estas portadas de discos —añadió mientras seguía deambulando por el estudio—. Y de estos pósteres. ¡Yo tenía este póster de Janis Joplin!

Intrigada, CiCi dio una calada al porro.

—Un poco anterior a ti, diría yo.

—Joplin es atemporal.

—Estamos hechos el uno para el otro —sentenció CiCi, que lo observaba

mientras admiraba su trabajo y se frotaba el costado derecho con la parte interna de la mano.

—¿Es ahí donde recibiste el disparo? —le preguntó.

Reed dejó caer la mano.

—Uno de ellos. Las costillas van curándose, pero todavía duelen de cojones.

—¿Tienes medicamentos?

—Por ahora no los estoy tomando.

CiCi volvió a menear el porro.

—Es orgánico.

—Tal vez, pero el par de veces que lo probé en la universidad, después del viaje y el hambre canina, llegó una jaqueca que era como tener un taladro en la cabeza.

—Es una pena. A mí me encantaban las drogas y las consumía todas. Y cuando digo todas quiero decir todas. No lo sabes hasta que lo pruebas, ¿no?

—Sé que si salto al océano desde un acantilado voy a morir.

CiCi sonrió tras una leve neblina de humo.

—¿Y si una sirena te sacara y te cuidara hasta que recuperaras la salud?

Reed se echó a reír.

—Ahí me has pillado.

—Por si estás preocupado por el rollo de ser policía, mis drogas preferidas durante la última década o así han sido la hierba (dispongo de receta médica) y el alcohol. No tengo ningún alijo de sustancias ilegales por ahí.

—Es bueno saberlo. Te dejaré volver al trabajo.

—Antes de irte, dime qué opinas. —CiCi señaló el lienzo del caballete que tenía delante.

Reed se acercó, y el corazón le palpó tres veces con fuerza.

La mujer estaba de pie en una especie de claro lleno de flores, mariposas y

rayos de sol. Lo miraba con la cabeza vuelta por encima del hombro izquierdo, media sonrisa dibujada en los labios y en los ojos dorados.

Una enredadera sinuosa crecía desde el centro de su espalda y extendía las ramas sobre sus omóplatos.

La luz y el color la saturaban, pero era la expresión de sus ojos lo que lo hizo desear entrar en el lienzo e irse con ella.

A donde fuera.

—Es... preciosa no es un adjetivo lo bastante fuerte. ¿Cautivadora?

—Buena palabra.

—Te preguntas a quién está esperando, a quién está mirando y por qué demonios tarda tanto esa persona. Porque ¿quién en su sano juicio no querría recorrer ese camino con ella?

—¿Sin importar adónde lleve?

—Eso da igual. ¿Quién es?

—¿En este retrato? La tentación. En la realidad, mi nieta. Simone.

—Tengo una foto suya en mis archivos, pero... —No había caído en la cuenta, no con tanta claridad—. Se parece a ti. Tiene tus ojos.

—Es un buen cumplido, para los dos. Esa es Natalie, mi nieta menor.

Señaló otro lienzo.

Se fijó en que aquel tenía colores más suaves, casi pasteles, que complementaban un tipo de belleza diferente, un tipo de temperamento diferente. Princesa de cuento de hadas, decidió, con aquella tiara de piedras preciosas sobre el halo de cabello dorado. Los ojos eran de un azul tranquilo en un rostro encantador que irradiaba felicidad en lugar de poder, y la complexión esbelta envuelta en una larga túnica blanca lo bastante fina para insinuar el cuerpo que se ocultaba debajo.

—Es adorable, y está mirando a alguien que la hace feliz.

—Muy bien. Se trata de Harry el Guapo, su prometido. Voy a regalar el

cuadro a Harry por Navidad. Si hubiera hecho un desnudo, ella jamás le habría dejado colgarlo, así que he cedido.

—Las quieres mucho. Se nota.

—Mis mayores tesoros. Voy a pedirte que poses para mí.

—Ah, bueno, eh...

—Te lo simplificaré. Es difícil decirle que no a Mick. Es igual de difícil decirle que no a CiCi.

—Apuesto a que sí. —Dio un paso atrás—. Ya dejo de molestarte.

—¿Qué me dices de unos cócteles a las cinco?

—Te digo que allí estaré.

CiCi no volvió a sacar el tema del posado en los dos días siguientes, un alivio. Cuando Reed regresó, agotado, de la fisioterapia, ella tenía a su acupunturista esperando. El joven se resistió —eran agujas, por el amor de Dios—, pero ella no lo había engañado.

Era difícil decir que no a CiCi.

Reed concluyó que se había quedado dormido durante la acupuntura porque la fisioterapia lo dejaba agotado y no por aquella cosa rara de las agujas y las velas de aromaterapia.

CiCi lo arrastró a hacer yoga al atardecer en la playa con un grupo de personas. Se sintió estúpido, incómodo, rígido... y estuvo a punto de quedarse frito durante la postura savasana.

No podía negar que se sentía más fuerte y con la mente más despejada después de la primera semana, pero para eso había ido a la isla. No discutió cuando llegó la siguiente sesión de acupuntura, y menos después de que ni su fisioterapeuta ni su amada Tinette la calificaran de chorrada, que era lo que él esperaba.

Cuando CiCi lo convenció para salir a dar un paseo en bicicleta, las costillas y el hombro lo maldijeron, aunque no con la fuerza de antes.

Hacía tiempo que el otoño estaba en su apogeo, pero a Reed le gustaba el aire a Halloween de los árboles desnudos, cómo se movían con el viento. Veía calabazas en los jardines, y algunas ya talladas en los porches. El viento transportaba ese aroma acre que desprende la tierra antes de echarse a dormir para el invierno.

CiCi detuvo la bicicleta delante de la otra casa que él había admirado de niño.

Las líneas de aquellos tejados, reflexionó, y la caprichosa moldura exterior, las cristalerías que daban paso a las terracitas extrañas, y aquellos porches dobles. Todo coronado por el encanto ridículo de un mirador.

—El gris plateado le va bien —declaró CiCi—. Y cuando los altramuces y el resto del jardín florecen, es el telón de fondo perfecto. Yo pintaría esos porches de color orquídea.

—¿Orquídea?

—Bueno, es mi opinión. Cody los ha pintado de gris oscuro, igual que la moldura exterior, porque es más fácil de vender. No los culpo. Bueno, nos están esperando.

—Ah, ¿sí?

—Ayer llamé a Barbara Ellen.

Reed estudió la casa, se moría de ganas de verla. Negó con la cabeza.

—CiCi, no puedo comprarme una casa en la isla. Los policías tienen que vivir donde trabajan.

—Pero quieres verla, ¿no?

—Sí, tengo muchas ganas. Es solo que no quiero causarles molestias.

—Cody lleva semanas con su madre pisándole los talones. A ambos les irá bien distraerse.

En cuanto aparcaron las bicicletas, CiCi le agarró de la mano y lo llevó casi a rastras por el camino de baldosas.

Cruzó el porche que debería estar pintado de color orquídea, llamó a la puerta... y a continuación la abrió y entró.

—¡Barbara Ellen, Cody! Soy CiCi con mi amigo —gritó por encima del ruido de los martillazos que llegaba desde la escalera situada a la derecha del salón.

El salón contaba con una chimenea de leña y con unos suelos de lamas anchas que imaginó que eran los originales, recién lijados y sellados. Se abría directamente a la cocina, una habitación que también debían de haberse esforzado mucho en modernizar. Una península, una isla para cocinar, encimeras —también habían elegido el gris para el granito— y, sin duda, armarios nuevos, todo en un blanco limpio y sencillo.

Reed no sabía por qué nadie que no fuera apasionado de la cocina necesitaba una cocina con seis fuegos o un horno doble, pero el aspecto era impresionante.

—Adelante, date una vuelta —le dijo CiCi—. Volveré a llamarlos.

No pudo contenerse y se dirigió hacia la cocina, se fijó en la puerta doble de estilo granero, deslizó uno de los lados y la abrió. Estaba claro que no podía comprarse aquella casa, se recordó. No solo por las razones obvias, sino porque no era digno de una cocina con una despensa tan grande como para almacenar suministros suficientes para soportar una invasión alienígena.

¿Por qué habían puesto aquellas lámparas de bombillas desnudas sobre la península? Sentía verdadera debilidad por esas lámparas.

Se dio la vuelta al oír que alguien bajaba las escaleras sin parar de hablar.

—¡CiCi! No te oía con tanto ruido. Cody está rehaciendo el armario de uno de los dormitorios. No sé qué haría sin él.

Era una mujer diminuta, y a Reed le recordó a un pájaro afanoso cuando dio

un abrazo a CiCi y siguió hablando.

—Esta vez se quedará un mes entero. Y volverá en invierno para terminar, si es necesario, de forma que podamos poner la casa en venta en primavera. Todo el mundo dice que la primavera es la mejor época, aunque yo estaba decidida a sacarla al mercado antes de principios de año. Cuando Cody se vaya, me iré con él a su casa para empezar a buscar un sitio pequeño, tal vez un piso. No lo sé, solo sé que no quiero pasar aquí otro invierno sola.

—Te echaremos de menos, Barbara Ellen. Ven a conocer a mi Reed.

—¡Oh, claro, por supuesto! ¿Cómo estás? CiCi me ha hablado mucho de ti. —Puso su minúscula mano en la de Reed, alzó sus ojos marrones oscuros por encima de las gafas polvorientas y le sonrió—. Eres policía. Mi tío Albert era policía en Brooklyn, Nueva York. CiCi me ha dicho que recuerdas mi casa de cuando venías a la isla de niño.

—Sí, señora.

—Bueno, ahora es muy distinta. Cody ha trabajado como una mula.

—Está fantástica.

—Apenas la reconozco. Ya no es mi casa. Pero debo decir que la cocina es una delicia. Os traeré té y galletas.

—No te molestes. —CiCi le dio unas palmaditas en la mano—. Cody ha hecho un aseo de cortesía precioso bajo las escaleras, ¿no?

—Sí. Es muy manitas. Menos mal que lo tengo a él.

Sin dejar de cantar las alabanzas de Cody, Barbara Ellen —animada por CiCi— presumió de planta baja. Reed tuvo que plantar cara a las vistas del bosque, del mar. Con CiCi a la cabeza, subieron a la primera planta.

Cuatro puñeteros dormitorios, entre ellos una suite principal recién reformada. Chimenea de gas, vistas de escándalo, un baño adjunto casi tan grande como el dormitorio de su viejo estercolero.

Todo lo que había en aquella casa tiraba de él hacia la isla y lo empujaba

contra su realidad. Conoció a Cody el manitas, charlaron un poco sobre construcción antes de que CiCi le hiciera gestos con la mano.

—Sube al mirador.

—¡Ah, sí, claro! —exclamó Barbara Ellen—. Es la joya de la casa. Yo ya no subo. No me fio de esas escaleras tan estrechas, pero deberías subir a admirarlo.

Estrechas, sí, pero recias. Obra de Cody también, pensó Reed.

Entonces salió a la terraza redonda y ya no pudo pensar en absoluto.

Lo veía todo. El mar, los bosques, el pueblo, la increíble casa de CiCi hacia el oeste, el faro de fantasía hacia el este. El mundo, con todos sus colores y su belleza, se desplegaba para él como uno de los cuadros de CiCi.

Podría ser suya.

Ni una sola vez, se dijo, en ninguna de las casas que había recorrido, estudiado, considerado, había sentido no que pudiera ser suya o que debería ser suya, sino que ya lo era.

—Joder, joder, joder.

Cuando, sin darse cuenta, se pasó una mano por el pelo, el hombro se le resintió.

—Es una locura. Estoy loco.

Se frotó el hombro con aire distraído.

—O quizá no. Mierda. Una inversión. ¿Qué tal así? La alquilo durante la temporada alta, la uso los fines de semana largos, en vacaciones fuera de temporada. ¿Qué hay de malo en eso?

»No puedo hacerlo. No puedo —murmuró mientras daba otro paseo en torno a la barandilla del mirador—. No puedo.

Cuando bajó, oyó que CiCi preguntaba a Cody lo que tenía pensado preguntar él.

—Bueno, pues una vez que hayamos tirado abajo y rehecho el último baño

de aquí arriba, que hayamos reformado el último dormitorio y que retoquemos algunos detalles más aquí y allá y algo de esto y aquello... Si le sumamos a todo una buena mano de pintura y un poco más de jardinería...

Dijo un precio que hizo que Reed se estremeciera. No porque estuviera fuera de su alcance, sino porque no estaba tan lejos de su alcance.

—Por supuesto —añadió Barbara Ellen con un atisbo de sonrisa dirigida a Reed—, si alguien la quisiera antes de que la pusiéramos a la venta, si nos ahorrara esos trámites, las comisiones, ajustaríamos el precio. ¿No, Cody?

—Un poco, claro. Pero aún nos queda trabajo.

—¿Y si no lo hicieras? —se oyó preguntar Reed, que supo que acababa de atarse una piedra a la pierna—. Es decir, si no tiraras el baño abajo, ni sumaras la jardinería, la pintura, el dormitorio. ¿Y si, digamos, terminaras lo que estás haciendo con el armario y ya no hicieras nada más?

—Vaya. —Cody se sorbió la nariz y se frotó la barbilla—. Eso sería bastante distinto, ¿no?

Cuando Cody le dio otra cifra aproximada, Reed sintió el peso de la segunda piedra, por si no le bastaba con una.

No se comprometió, no se lo permitió a sí mismo. Tenía que hacer números, pensar bien qué significaría aquello para su vida. Si lo hacía, no podría permitirse una casa en Portland. Pero... no quería una casa en Portland.

—La quieres —dijo CiCi cuando volvían a casa en bicicleta.

—Quiero muchas cosas que no puedo tener. Como a ti.

—¿Y si pudieras?

—¿Tenerte? Pedalea más rápido.

CiCi soltó una de sus gloriosas carcajadas.

—Estoy loca por ti, Macizo. Antes has dicho, y estoy de acuerdo, que un policía vive donde trabaja.

—Sí, es un escollo importante.

—¿Y si pudieras hacerlo? Me refiero a vivir y trabajar en la isla. El jefe Wickett está a punto de jubilarse. Aún no lo ha comunicado de manera oficial, pero a mí ya me lo ha dicho. Aguantará hasta febrero, tal vez marzo, así que se lo notificará al ayuntamiento el mes que viene. Para darles tiempo de buscarle un sustituto.

Jefe de policía? Aquello no era más que otra locura.

CiCi le soltó la bomba y luego se largó alegremente a su estudio.

Así que Reed fue a dar un paseo en solitario por la playa con la esperanza de que el aire le devolviera la cordura.

Se sentó en las rocas y reflexionó. Paseó un poco más.

Cuando por fin volvió, CiCi estaba sentada en el patio con una cálida manta sobre las piernas y una botella de vino y dos copas encima de la mesa.

—Necesitas una buena copa de vino.

—No puedo ser jefe de policía.

—¿Por qué no? Solo es un título.

CiCi sirvió el vino.

—No, no es solo un título. Es estar a cargo de un departamento. Es un puesto administrativo.

CiCi dio unas palmaditas en la silla que tenía al lado.

—Eres inteligente, y el jefe actual trabajaría contigo hasta que le cogieras el truco. Me has contado lo suficiente a lo largo de estos últimos días y veladas entretenidas para que sepa que no eres feliz en Portland. No te sientes feliz en el molde en el que te ha metido tu jefe, tu capitán o lo que sea. Sal de ese molde, Reed. Tienes un propósito —prosiguió—, y tu aura late al ritmo que le marca.

—¿Mi aura late con un propósito?

—Así es. Y aquí lo cumplirías. También cumplirías con tu propósito igual

de fundamental de trabajar en la investigación de esa psicópata de Hobart. No es que el jefe de policía de la isla no tenga trabajo durante la temporada baja, pero contarías con ese tiempo y ese espacio.

CiCi lo miró.

—Dime que eres feliz donde estás y no volveré a decir nada al respecto.

Aunque Reed quería contestar que sí, negó con la cabeza.

—No. He pensado en pedir un traslado, pero está Essie. Y algunas personas más. Mi familia.

—Aquí estás a menos de una hora de tu familia y tus amigos. Quieres esa casa. No hace falta ser adivina para saberlo, porque se te veía en la cara. Pero como sí soy algo adivina, sé que serás feliz aquí, que serás feliz en esa casa, porque es tu lugar. Está más claro que el agua. Tendrás tu propósito, tu hogar. Encontrarás al amor de tu vida.

—Ya lo he encontrado —la interrumpió.

CiCi se acercó a él y le cogió la mano.

—Encontrarás al amor que comparte esa casa contigo. Formarás una familia en ella.

—A duras penas puedo pagar la casa. ¿Quién sabe si estoy cualificado para ser jefe de policía o si el ayuntamiento de la isla me ofrecería el puesto?

CiCi sonrió por encima del borde de su copa. Unos aros de plata con gotas de color sangre destellaban en sus orejas.

—Tengo una influencia nada despreciable. En ese puesto necesitamos sangre buena, joven e inteligente. Y aquí estás tú.

—Eres parcial porque tú también me quieres a mí.

—Sí, pero si no considerara que esto es bueno para ti y para la isla (y en tu caso no solo bueno, sino la respuesta que buscas), no habría hablado con Hildy ayer.

—¿Hildy?

—La alcaldesa Hildy Intz. Le encantaría hablar contigo.

—Por Dios, CiCi.

Entre risas, ella le dio un golpecito en el brazo.

—Esta historia empieza a parecer real, ¿a que sí? Me recuerda a Simone. Ya te he contado que intentó encajar, pero al final se dio cuenta de que no podía. Cuando dio ese salto, encontró la respuesta. O una de ellas. No dejes que te mantengan encerrado en su molde, Reed. Maldita sea, eso es mi teléfono. Me lo he dejado dentro.

—Voy a por él.

Entró a toda prisa y le acercó el móvil a CiCi.

—Vaya. Barbara Ellen. —Tras subir y bajar varias veces las cejas en un gesto divertido, CiCi contestó—: Hola, Barbara Ellen. Sí. Hum.

Escuchó, asintió, bebió vino.

—Entiendo. Sí, claro que lo haré. A mí también me ha encantado verte. Y a Cody. Sí, ha hecho un trabajo maravilloso. No me extraña que estés orgullosa de él. Ajá. —Miró a Reed y puso los ojos en blanco—. Sí, ya sé que lo harás. ¿Puedo llamarte luego? De acuerdo, adiós.

Puso fin a la llamada, colgó el teléfono, bebió otro sorbo de vino.

—Barbara Ellen se muere de ganas de hacer las maletas y mudarse, de marcharse con Cody y olvidarse de la casa. Teniendo en cuenta todo eso, ha estado dando la lata a Cody para que te baje el precio, si te la quedas según lo acordado, otros setecientos cincuenta.

—Joder, mierda.

—Sabe que te encantará la casa que ella tanto ha querido, la casa donde crió a sus hijos. Es evidente que en eso no se equivoca.

—No debería haber subido al mirador. —Más piedras, pensó, mientras se hundía a toda velocidad. Se pasó una mano por la cara—. Ya pintaba bastante

mal antes de que lo viera. Sentir esa casa ya lo complicaba todo bastante, pero subir al mirador fue el remate. No consigo convencerme de no hacerlo.

—Nunca he entendido por qué la gente siempre trata de convencerse de no hacer las cosas que quiere. Acabas de recibir otra señal, amigo. Deberías seguirla.

—Sí.

—¿Por qué no llamo a Hildy y la invito a tomar algo?

Reed la miró y asintió.

—¿Por qué no?

En cuanto regresó a Portland, Reed llamó a Essie y le pidió que se reuniera con él en el parque. Se sentó en el banco en el que habían estado juntos hacía más de una década. Él había dado un nuevo rumbo a su vida justo ahí, con ayuda de Essie.

En ese momento se preparaba para volver a hacerlo.

Bajo la fría brisa de noviembre, contempló el mar, a la gente, mientras rememoraba aquel caluroso día de verano. El funeral de Angie, una chica que nunca había tenido la oportunidad de cambiar de rumbo.

Puede que aquello formara parte del todo, o al menos de su propio todo. A él sí se le había presentado la oportunidad, dos veces, y creía que tenía que sacarle el máximo provecho.

Después de lo del DownEast, se había preguntado, con preocupación, si habría una bala suspendida en el aire, en modo pausa, esperando a que alguien apretara el botón de reproducción. Patricia Hobart había apretado ese botón, y dos balas, no solo una, habían impactado contra él.

Y había sobrevivido.

Nada de desperdiciar las oportunidades, pensó. Nada de volver la vista

atrás más adelante y pensar: ¿por qué no lo hice?

Así que permaneció sentado mientras el viento le alborotaba el pelo, mientras el invierno comenzaba a clavar sus fríos dedos en el bálsamo del otoño, y pensó en los ayeres y los mañanas. Porque, qué demonios, el ahora ya estaba ahí.

La vio acercarse, a su compañera, a su mentora, a su amiga. Zancadas rápidas con unas botas recias, chaqueta oscura con la cremallera cerrada para protegerse del viento, gorro de esquí oscuro sobre el descuidado pelo corto que ella llamaba «peinado de mamá policía».

Sin Essie, él se habría desangrado hasta morir en un suelo de madera restaurado. A pesar de lo mucho que Reed quería a su familia, Essie era la persona a la que nunca, jamás, quería decepcionar.

—Vale, deja que te eche un vistazo. —Y eso fue justo lo que hizo: entornó los ojos y lo examinó con mirada crítica. Después asintió—. Sí, tienes buen aspecto. Un par de semanas en Tranquility te han sentado bien.

A continuación tomó asiento y lo miró a los ojos.

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor. Mucho mejor. He salido a caminar todos los días, a correr un poco. He seguido con la fisioterapia. Y me he enamorado de una mujer sexy y fascinante.

—No has necesitado mucho tiempo.

—Pum. —Chasqueó los dedos—. ¿Has oído hablar de CiCi Lennon?

—Ah... Es artista, ¿verdad? De la zona. ¿No tiene... más o menos la edad de tu abuela?

—Puede ser. Me he dado cuenta de que las mujeres siempre han tenido una influencia y un efecto profundos en mi vida. Mi madre, desde luego, y también mi hermana. Y de una manera extraña y horrible, Angie. Tú y yo nos sentamos aquí el día de su funeral.

—Lo recuerdo.

—Y tú. Tú también has tenido una influencia y un efecto profundos en mí.

—Has seguido tu propio camino, Reed.

—Me gusta pensar que así es, pero tú me ayudaste a encontrarlo. Me encanta ser policía. Odiaba ver la cara de preocupación de mis padres en el hospital y odio saber que es algo con lo que cargarán de ahora en adelante. Aunque sé que lo sobrellevarán. Necesito ser policía.

—Nunca lo he dudado.

Reed clavó la vista en el mar.

—El caso es que yo tampoco. Ni siquiera cuando estaba tirado en el suelo, preguntándome si se había acabado todo. Si aquel era el fin del juego. La decisión que tomé, o que al menos empecé a tomar, en este mismo banco fue la correcta. Gran parte de esa decisión tuvo que ver con Angie y con aquella noche. No puedo dejar de seguir adelante, Essie. No puedo dejar de intentar atrapar a Patricia Hobart.

Essie se acercó a él.

—Esa zorra disparó a mi compañero. Mira, estoy cabreada porque nos hayan apartado del caso, y aún tengo esperanzas de que los federales la pillen. Pero, sea como sea, trabajaremos en ello, Reed. Trabajaremos en la sombra, durante nuestro tiempo libre.

—Me mantendrán atado al escritorio un tiempo. De tres a seis meses, supongo. El departamento no nos respalda. Tú tienes familia, Essie. Podríamos sacar algo de tiempo para trabajar en el caso, claro, pero para cuando me dejen volver al servicio ya te habrán buscado otro compañero.

—A eso me niego —comenzó ella.

—Tenemos que trabajar en los casos activos. Es prioritario. Jamás permitirán que ninguno de los dos trabaje en la investigación de Hobart, ni de lejos, y eso no podría cabrearme más. Pero Hobart es la clave de todo lo

demás, y no pienso dejarlo estar. Para cuando me autoricen a volver, me pondrán con otra persona. Los dos podemos negarnos, pero eso no deja de ser un gran y enorme «tal vez». Y ambos tendremos casos a los que deberemos dar prioridad.

—Estás dando rodeos para decirme algo, y tengo un mal presentimiento al respecto. ¿Te estás planteando solicitar un traslado?

—No exactamente. He encontrado la casa. La he encontrado en la isla. Es todo lo que quiero y necesito, y es la razón por la que no la he encontrado aquí.

—Bueno, Reed, por favor, entiendo las ganas que tienes de encontrar una casa, pero...

—«La» casa, Essie, ese es el problema. Me he alojado en casa de CiCi durante la mayor parte del tiempo que he pasado en la isla. No hay nada entre nosotros —añadió con una risa rápida—, aunque si me diera una oportunidad... Como sea, he descubierto un montón de cosas. Los bloody maries y las tortitas, el yoga en la playa...

Boquiabierta, Essie levantó una mano.

—Espera. ¿Has hecho yoga en la playa?

—CiCi es muy convincente. El caso es que terminé sentado en las rocas que hay debajo de su casa porque su casa era una de las que recordaba de forma especial de hace un millón de años, cuando fuimos de vacaciones a la isla un par de veces. Y terminó pidiéndome que me alojara con ella porque me reconoció... por el tiroteo y por mi conexión con lo del centro comercial. Su nieta estuvo allí.

—Espera, espera, eso es. —Essie hizo un gesto con la mano en el aire—. Me estaba volviendo loca. Es la abuela de Simone Knox.

—Correcto. Tú respondiste a la llamada a emergencias de Simone. Lo estoy viendo todo de otra forma, Essie. Angie: hablé con ella, concerté algo

parecido a un cita con ella minutos antes de que muriera. Termine escondiéndome con Brady en su quiosco, manchándome con su sangre. Y termine en este banco contigo. Y termine en la isla a causa de todo eso. No quiero ponerme metafísico ni nada por el estilo, pero significa algo.

—¿Me estás diciendo que has comprado la casa de CiCi Lennon?

—No. Hubo dos casas que me impactaron en aquel entonces, cuando tenía como diez años, y se lo conté porque, joder, qué fácil es hablar con CiCi. Al menos para mí. Y significa algo, Essie, que la dueña y su hijo estén arreglando la casa que yo recordaba... para ponerla a la venta. Significa algo que, cuando empecé a recorrerla, fue... aquí viene otra palabra estúpida, pero fue visceral. Era mía. Intenté convencerme de no hacerlo. Pero todo eso estaba ahí.

»Me dije que vale, de acuerdo, podía tomármelo como una inversión, alquilarla, pasar allí las vacaciones. Porque un policía tiene que vivir donde trabaja, y yo necesito ser policía. Pero el caso es que no quiero alquilarla.

—Reed, por favor, dime que no vas a aceptar un trabajo de ayudante del jefe en la isla. Tú eres investigador. Eres...

—No, no es de ayudante.

—Entonces ¿de qué demonios es?

—De jefe de policía.

—Tú... —Guardó silencio y dejó escapar un suspiro—. ¿En serio?

—Aún no es mío. Tienen que votarlo en el ayuntamiento y todo eso. Pero he hecho una entrevista, un par de ellas. Y les he entregado mi currículum. No tardarán en llamaros, a ti, a Toro, al teniente. Si no lo consigo... Soy joven y no he nacido en la isla, y eso son puntos que juegan en mi contra. Soy detective y tengo varios años de experiencia, un buen historial de casos cerrados y ya he firmado un contrato para comprarme una casa allí. Eso son puntos que juegan a mi favor. ¿Y la artillería pesada? CiCi. Así que calculo que mis posibilidades están más o menos al setenta-treinta.

Essie se quedó inmóvil un rato, sin decir nada, asimilándolo.

—Lo quieres.

—El lado malo es que estaré más lejos de mi familia de lo que les gustaría. Y que no trabajaré contigo. No podré pasarme a veros a Hank, a Dylan y a ti, y a gorronearos comida. Espero compensarlo invitándoos a venir cuando queráis. Porque, sí, quiero ese puesto. Lo quiero porque allí he encontrado cosas que necesitaba. Y porque creo que podría hacer un buen trabajo. Lo quiero porque tendré el tiempo y el espacio necesarios, sobre todo en otoño e invierno, para trabajar en Hobart. No puedo ser policía, mirarme en el espejo y no trabajar en Hobart.

—Odio esto. —Essie se levantó del banco, caminó hacia la bahía y volvió—. Lo odio y punto.

—Essie...

Cuando Reed se puso de pie, su amiga levantó una mano para hacerlo callar.

—Lo odio porque creo que es lo mejor para ti. Tengo la sensación de que es lo correcto. Y echaré de menos que te pases a gorronear. Echaré de menos compartir casos contigo.

—¿Crees que es lo mejor para mí?

—Sí, lo creo. ¿Cuándo te irías?

—Todavía no me han dado el trabajo.

—Te lo darán. —La sensación de que era lo mejor para él era demasiado fuerte para que ocurriera lo contrario—. ¿Cuándo te marcharías?

—No antes de principios de año. El jefe actual se irá en marzo... ¿Ves? Se lo dijo a CiCi antes de habérselo comunicado siquiera al ayuntamiento. Es como si todo hubiera encajado en su lugar.

—Jefe Quartermaine. —Essie negó con la cabeza—. ¿No te parece que esto es la bomba?

Pensó que aquello era la bomba diez días después, cuando aceptó de

manera oficial el puesto de jefe de policía de Tranquility Island.

Con ánimo de enterrar el hacha de guerra, Simone aceptó asistir a una comida elegante de chicas en el club de campo de su madre. Habría preferido pasar la ventosa tarde de noviembre en su estudio, pero la relación con Natalie había mejorado.

Natalie quería que fueran a comer e insistió. Así que allí estaban, degustando ensaladas elaboradas, bebiendo kir royal y charlando sobre una boda para la que aún faltaba casi un año.

Su madre ya la había mirado mal por su nuevo corte de pelo, desaliñado y teñido de un color al que su aventurero peluquero se refería como «brasas ardientes». Pero el hecho de que Tulip se hubiera mordido la lengua, por una vez, ayudó a mantener aquel interludio civilizado.

Además, no podía negar que había elegido las botas por encima de la rodilla, los pantalones de gamuza y una atrevida chaqueta de cuero verde para buscarle las cosquillas a su madre.

Fuera como fuese, le gustaba ver a Natalie así de feliz, aunque gran parte de esa felicidad derivara de conversaciones sobre diseños de vestidos de novia y sobre los colores de la decoración de la boda.

Cuando sintió que se le derretía el cerebro de oír hablar de la elección de la bebida perfecta para una boda de otoño, desvió la conversación hacia la casa que Natalie y Harry acababan de comprarse.

—Bueno, la casa nueva, qué emocionante. ¿Cuándo os mudaréis?

—Desde luego, no hay ninguna prisa —comenzó Tulip—. Y menos ahora, que se acercan las fiestas navideñas. Simone, tienes que asistir al baile benéfico del mes que viene. El hijo de mi amiga Mindy, Triston, vendrá a casa

desde Boston por Navidad, y estoy segura de que estará encantado de acompañarte.

—Sí. —Resplandeciente, feliz, Natalie estuvo a punto de saltar de su asiento—. Podríais venir con Harry y conmigo, ¡una cita doble!

Por debajo de la mesa, Simone le dio un apretón rápido y firme en la pierna.

—Ya tengo la agenda llena, mamá, pero gracias por pensar en mí. En cuanto a la casa...

—Por una vez me gustaría que toda mi familia estuviera presente en un evento que es importante para mí.

Simone cogió su copa y dio un sorbo cauteloso a una bebida que le parecía demasiado dulce y absurda.

—Sé que el baile benéfico de Navidad es importante para ti. También lo son la gala de invierno, el baile de primavera, el jubileo de verano en julio, etcétera. He ido a varios los últimos años.

—No has venido ni una sola vez al jubileo, y el dinero recaudado se destina a las artes.

—Es una época del año complicada para mí, mamá.

Tulip hizo ademán de empezar a hablar, y luego miró hacia otro lado.

—Hacer algo positivo ayuda.

—Lo sé, y lo hago. Para mí. De verdad que me apetece mucho que me habléis de la casa.

—¿Es que aún no te has escondido el tiempo suficiente en la isla? Si no estás allí, te vas a alguna otra parte. En esa isla nunca crearás una red social ni conocerás a alguien tan maravilloso como Harry.

Ya empezamos, pensó Simone.

—Tengo la red social que quiero y no busco a alguien como Harry. Aunque es un chico maravilloso —añadió con una sonrisa dirigida a Natalie—. Mamá —prosiguió antes de que Tulip pudiera volver a intervenir—, hablemos de

cosas sobre las que estemos de acuerdo. Como de lo feliz que es Natalie o de lo maravillosa que será su boda. De lo fabulosa que es su nueva casa.

—Hablando de la boda... otra vez —dijo Natalie con una intención tan clara de enderezar la situación que Simone le dio otro apretón, esta vez agradecido, en la rodilla—. ¿Quieres ser mi dama de honor?

Aquello la sorprendió y la conmovió, y ambos sentimientos se reflejaron en su rostro.

—Nat, es un honor. De verdad. Significa mucho para mí que me lo pidas, y si es lo que quieres de verdad, por supuesto que lo haré. Pero... —Entonces agarró a Natalie la mano que tenía apoyada en el mantel blanco—. Cerise es tu mejor amiga desde hace una década. Estáis muy unidas, y ella sabe a la perfección lo que quieres para tu boda. Cerise sabrá hacerlo realidad. Ella debería ser tu dama de honor.

—La gente esperará...

Simone lanzó a su madre una mirada tan rápida, tan feroz, que el resto de sus palabras se apagaron.

—Lo que importa es lo que Natalie quiera. Pídeselo a Cerise, y deja que yo, en lugar de eso, te prepare algo especial.

—No quiero que te sientas menospreciada. Eres mi hermana.

—Claro que no. No me siento así. Me gustaría que Cerise te acompañara. A mí me gustaría hacerte la figura de la tarta. Me gustaría hacer una escultura de Harry y de ti. Algo que guardéis para recordar el día más importante de vuestra vida. Algo que muestre no solo lo felices que fuisteis ese día, sino lo feliz que me siento por vosotros.

—Ya hemos empezado a buscar diseños de tartas y figuras —señaló Tulip.

—Mamá. —Natalie tendió la otra mano hacia la de su madre, de manera que consiguió unir a las tres mujeres un instante—. Me encantaría. De verdad, me encantaría. ¿Podrías hacer también algo divertido para la tarta del novio?

Por ejemplo a Harry lanzando un putt en un green de golf o un swing en el punto de salida.

—Por supuesto. Pásame los diseños de las tartas una vez los tengas. Y cuando elijas el vestido, haré varios bocetos y fotos... Y lo mismo con Harry cuando tenga el traje de novio. Podemos hacer una lluvia de ideas para la tarta del novio, si quieres, pero la figura de la tarta de bodas será una sorpresa.

Simone miró a su madre.

—No te decepcionaré ni te avergonzaré. Quiero regalarle algo a Natalie, algo que sea parte de mí. ¿Y si ahora elegís un par de postres para compartir y me pedís un café solo? Vuelvo enseguida.

Se abrió camino zigzagueando por el comedor, huyó al baño y se juró que, por muchas hachas de guerra que tuviera que enterrar, nunca volvería a asistir a una comida de chicas en el club.

Para compensar, decidió que de camino a casa compraría la pizza vegetariana favorita de su abuela y la disfrutarían juntas con un buen vino.

Tuvo que obligarse a entrar en el cubículo, como siempre. Pero el ligero vuelco del corazón llegó y se fue, como siempre.

Cuando salió, una rubia se estaba retocando el pintalabios con sumo cuidado frente al espejo que había sobre la larga encimera plateada, con su hilera de lavabos hondos.

Simone apenas la miró. Tenía que dar con la forma de fingir una sonrisa alegre, superar el postre y el café. Y escapar.

—Simone Knox.

Miró a la rubia. Captó el desprecio en su voz, lo distinguió en los labios pintados de rosa intenso. Y después se dio cuenta de que la mueca de desprecio la provocaba la tensión de unas cicatrices enmascaradas con esmero.

Tenía el ojo izquierdo, maquillado de un azul audaz, ligerísimamente caído.

Un observador distraído podría no haberse dado cuenta, pero una artista que había estudiado la estructura y la anatomía faciales no podía pasarlo por alto.

Simone mantuvo la expresión de la cara tan neutral como la voz.

—Exacto.

—¿No me reconoces?

Durante aquellos primeros segundos no había caído en la cuenta. Pero de pronto lo recordó todo. Todo.

—Tiffany. Lo siento. Hacía mucho que no nos veíamos.

—Sí, ¿verdad?

—¿Cómo estás?

—En realidad quieres preguntarme por mi aspecto. No te cortes —dijo agitando las manos a ambos lados de la cara—. Ocho operaciones en siete años. Súmales años de logopedia y unas cuantas hemorragias cerebrales. La oreja izquierda reconstruida por completo —añadió mientras se daba unos toquecitos en ella—. Por supuesto, he perdido casi toda la audición de este lado, pero no se puede tener todo.

—Lo siento...

—¿Lo sientes? ¡Ese cabronazo me pegó un tiro en la cara! Tuvieron que volver a montármela como si fuera un puzle. Tú saliste de allí sin un solo rasguño, ¿no?

Sin un solo rasguño que se viera.

—Pero han pasado muchos años y siguen hablando de lo rápido que reaccionó y lo valiente que fue Simone Knox, que se escondió y pidió ayuda. Mientras yo yacía debajo de mi novio muerto con la cara destrozada.

Simone no quería verlos, no quería ver los destellos de los disparos a través de la puerta, abierta por un cadáver. No quería oír los gritos.

—Siento que hayas pasado por todo eso.

—No tienes ni idea de por lo que he pasado. —El ojo caído le tembló

cuando subió la voz otro tono—. Yo era guapa. Era importante. Y tú no eras nada. Una marginada. Tuviste un golpe de suerte y ahora te llaman heroína. ¿Por qué crees que la gente compra esa mierda que haces?

»¿Que lo sientes? Deberías estar muerta. He esperado doce años para decirte exactamente eso.

—Pues ya lo has hecho.

—No es suficiente. Nunca será suficiente.

Cuando Tiffany salía furiosa del baño, Simone pensó: Tiene el hombro izquierdo un pelín más abajo que el derecho. Luego entró en el cubículo y vomitó la ensalada pija y el kir royal.

Volvió a la mesa, y su madre y su hermana tenían las cabezas muy juntas, se reían.

—Lo siento. Tengo que irme.

—Vaya, Simone, si acabamos de pedir el postre.

Natalie la agarró de la mano.

—Lo siento.

Se preguntó cuántas veces tendría que repetir aquellas palabras a lo largo del día.

—El mero hecho de que no estemos de acuerdo no... —Tulip interrumpió su disimulada diatriba—. Simone, estás más blanca que el papel.

—No me encuentro bien. Yo...

Tulip se levantó enseguida y rodeó la mesa.

—Siéntate. Siéntate un minuto. Te serviré agua fresca.

—Sí, vale. —Agua, pensó. Sí, un vaso de agua. Pero le temblaba un poco la mano—. En serio, tengo que irme. Necesito tomar el aire.

—Sí. Salgamos a tomar el aire. Natalie, quédate aquí. Voy a acompañar a tu hermana afuera. —Le pasó un brazo por la cintura a Simone—. Recogeremos los abrigos. Tengo el resguardo.

Tulip, tranquila, eficiente, recuperó los abrigos y ayudó a Simone a ponerse el suyo.

—Ponte mi boina. Deberías haber traído gorro.

Guió a Simone a un patio con alegres adornos navideños.

—Ahora dime qué ha pasado.

—Nada. Solo me duele de cabeza.

—No me mientas. Conozco a mi propia hija. Muéstrame un poco de respeto.

—Lo siento. —Ahí estaban esas palabras otra vez—. Tienes razón.

Necesito caminar. Necesito respirar.

—Caminaremos. Respirarás. Y me contarás lo que ha pasado.

—En el baño. Tiffany Bryce.

—¿La conozco?

—Fui al instituto con ella. Estaba en el cine aquella noche.

—Es verdad. Conozco un poco a su madrastra. Ella... ellos lo han pasado muy mal.

—Sí. Me lo ha dicho.

—Sé que te resulta difícil que te lo recuerden, pero...

—Me culpa.

—¿Qué? —Distraída, Tulip se echó el pelo hacia atrás; el viento se lo alborotaba—. Por supuesto que no te culpa.

—Sí, y me lo ha dejado muy claro. A ella le dispararon en la cara. A mí no. No me pasó nada.

—Nos pasó a todos, resultáramos físicamente heridos o no. A todos. —Entonces agarró una mano a Simone—. ¿Qué te ha dicho, cariño?

—Me ha hecho un recuento de sus lesiones, me ha echado en cara que yo no sufriese ninguna. Y me ha dicho que debería haber muerto. Que ojalá hubiera muerto.

—Con independencia de lo que le pasara a ella, no tenía derecho a decirte

eso. De no ser por lo que hiciste, es muy probable que ella hubiera muerto aquella noche.

—No digas eso. Por favor, no digas eso. No quiero que se piense en mí de esa forma.

—Fuiste valiente e inteligente, y nunca, nunca se te ocurra olvidarlo. —Sujetó a Simone por los hombros—. Esa chica está resentida y enfadada, y eso puedo perdonárselo. Pero lo que te ha dicho es mentira y está cargado de odio. Ahí dentro acabas de decir que no me decepcionarías ni me avergonzarías. No me decepciones ahora y te tomes a pecho ni una sola cosa de las que te ha dicho.

—La odié. Aquella noche, antes, cuando entró con Trent, tan arrogante y desdeñosa conmigo. La odié. Y ahora...

—Ahora has madurado, y ella, está claro, no ha cambiado lo más mínimo. No todo el mundo cambia, Simone. No todo el mundo puede superar y dejar atrás una tragedia.

Simone apoyó la cabeza en el hombro de su madre.

—A veces sigo atrapada ahí dentro. En aquel cubículo del retrete.

—Entonces... Dios mío, voy a parecer mi madre... Entonces abre la puerta. La has abierto, y seguirás haciéndolo. Aunque a mí no me guste adónde te lleva. Te quiero, Simone. Tal vez por eso me exasperes tan a menudo. O sea, en serio, ¿por qué te haces eso en el pelo?

Simone soltó una risa llorosa.

—Sé que sacas el tema de mi pelo para que me olvide de lo demás.

—Puede ser, pero sigo sin entender por qué te has dado esos tijeretazos y te lo has teñido de rojo infierno.

—Debía de estar de un humor infernal cuando lo hice. —Se echó hacia atrás y luego dio un beso en la mejilla a su madre—. Gracias. Estoy mejor, pero no quiero volver a entrar. De todos modos tampoco podría comerme el postre.

—¿Estás bien para conducir?

—Sí. No te preocupes.

—Me preocuparé, así que envíame un mensaje cuando llegues a casa de tu abuela.

—De acuerdo. Dile a Nat...

—Pienso contarle a Natalie todo lo que ha pasado para que podamos criticar a esa mujer estúpida y fea durante el postre y el café.

Esa vez la risa surgió con más facilidad.

—Te quiero, mamá. Debe de ser por eso por lo que me exasperas tan a menudo.

—Te concederé un *touchée*. Ya tienes mejor color. Mándame un mensaje... y que CiCi te prepare una de esas infusiones disparatadas.

—De acuerdo.

En lugar de atravesar el club, Simone prefirió rodear el edificio hasta su coche. Pensó que había ido a aquella comida sin ningunas ganas y que no podía decir que se lo hubiera pasado bien.

Pero en ese momento se alegraba de haber ido. Aunque de una manera extraña y horrible, las hachas se habían enterrado, y se sentía más fuerte por ello.

A lo mejor conseguían mantenerlas así un tiempo.

Simone no lograba olvidar la cara de Tiffany, ni la de antes ni la de ahora. No lograba olvidar la arrogancia de entonces ni la ira de ahora. La atormentaban aquellas dos caras de la misma moneda: la arrogancia de la joven que tenía su propia belleza en alta estima y la ira de la mujer que creía haberla perdido.

Mientras trabajaba, aquellas caras daban vueltas en su cabeza.

No había vuelto a entrar en el centro comercial DownEast ni en ningún otro. No había vuelto a ir al cine. Había hecho todo lo posible por desterrar de su pensamiento aquella noche y todo lo que la rodeaba. Por desterrarla de su vida.

Y en ese momento, con aquel único encuentro, con aquellas dos caras jugueteando en su cabeza, aquella noche y todo lo que la rodeaba la habían invadido.

Como era incapaz de apartarlo de su mente, lo convirtió en un proyecto. Dibujó de memoria la cara de Tiffany a los dieciséis años: los rasgos bien equilibrados, la belleza segura y floreciente, el peinado perfecto.

Luego dibujó el ahora, la mujer que se había enfrentado a ella en el club: las cicatrices, la leve caída del ojo izquierdo, el labio levantado, la oreja izquierda reconstruida.

Tenía defectos, se dijo mientras estudiaba las dos caras, defectos visibles. Pero ni mucho menos era monstruosa. De hecho, como artista, Simone encontraba la segunda cara más interesante.

Pero... ¿y si la ira la provocaba el hecho de que recordaba aquella noche cada vez que se miraba en el espejo? La asaltaba de nuevo el horror. En lugar de poder apartarlo y seguir adelante, los resultados de aquella única noche vivían en la cara del espejo.

¿No se necesitarían una fuerza y una determinación muy particulares para enfrentarse a algo así y seguir adelante?

¿Cómo podía criticarla? ¿Cómo podía despreciar esa furia y ese resentimiento cuando ella se había negado a enfrentarse a los suyos? Se había limitado a aislarlos.

Se levantó y se acercó a la ventana. Fuera la nieve caía con suavidad de un cielo gris y malhumorado y se acumulaba en blandos montículos sobre las rocas. El mar se confundía con el cielo, y el invierno lo bloqueaba todo menos ese mar, ese cielo.

La paz y la tranquilidad, la soledad del invierno en la isla, se extendían ante ella.

El caos y la fealdad de aquella lejana noche de verano la acechaban detrás.

Oyó la voz de Tiffany en su cabeza.

«Tú saliste sin un solo rasguño.»

—No. No, no es cierto. Así que...

Respiró hondo y se dio la vuelta.

Escogió los utensilios y la arcilla.

A media escala, pensó mientras extendía un lienzo y empezaba a estirar la arcilla para formar un rectángulo. Podía parar cuando quisiera, se dijo a sí misma. O cambiar de plan. Pero si quería sacarse esas caras de la cabeza, tal vez necesitara convertirlas en realidad.

Recortó los bordes del bloque de arcilla y luego la enrolló y la transformó en un cilindro. Una vez en posición vertical, alisó las paredes con las manos.

Cortó los ángulos, marcó, superpuso, unió, comprimió las junturas, creó el vacío.

Lo práctico, lo técnico, era lo primero, sentaba las bases.

Trazó el contorno de la cara con una punta redondeada y comprobó las proporciones. Comenzó a darle forma con las manos. Para las cuencas de los ojos, la frente y la nariz, añadió arcilla; la presionó desde el interior del cilindro para crear las mejillas, los pómulos y el mentón.

Lo veía tal como lo sentían sus manos. Un rostro femenino... uno cualquiera todavía.

Depresiones, hendiduras, montículos.

Sin dejar de pensar en el antes, en el ahora, en la arrogancia, en el resentimiento, dio la vuelta a la arcilla para hacer lo mismo en el lado opuesto.

Los dos lados, pensó, de una vida.

A continuación la bóveda de la cabeza; dobló los bordes, comprimió, añadió una hendidura hasta dejar una abertura con el ancho justo de su mano.

Estudió la obra —sí, simple, básica, tosca— y dejó que la arcilla se endureciera un poco antes de practicar un corte en forma de balón de fútbol a cada lado. La transición del cuello al cráneo.

Volvió al frente y se tomó su tiempo para crear la barbilla y el cuello. Repitió el proceso en la parte de atrás, donde agregó los sutiles cambios de las lesiones y los años.

Se levantó de nuevo y rodeó la mesa de trabajo mientras analizaba las rudimentarias caras, los bocetos.

Se sentó y se lanzó a usar el pulgar para reducir la depresión de la cuenca del ojo izquierdo.

—Allá voy —murmuró, y empezó a estirar una pequeña bola de arcilla—. No sé qué intento demostrar, pero allá voy.

Los ojos, las comisuras, los párpados... los estructuró con los dedos y los utensilios.

Como solía hacer, fue saltando de un rasgo a otro; bosquejaba los ojos, pasaba a la nariz, la barbilla, las orejas y volvía a empezar. Iba cambiando, según se lo exigían la cabeza y las manos, de una cara a la otra.

La boca, perfecta en el antes y con ese toque petulante. En el ahora, la comisura levantada... No era una sonrisa, pensó; añadía arcilla y la marcaba con un utensilio de borde cuadrado, la apretaba con el pulgar, con los dedos. Tenía defectos, sí, los tenía, pero lo que endurecía aquellos labios era el resentimiento.

La nieve caía mientras ella trabajaba en silencio. Esta vez sin música, sin ambiente. Solo la arcilla que cedía bajo sus manos, que construía, formaba.

Lo sintió, tan real como la vida misma, incluso antes de regresar a los ojos. La anatomía, por supuesto, con los pliegues, las bolsas bajo los ojos, las arrugas; pero siempre era la vida que contenían, las expresiones que abrían las ventanas. Los pensamientos y los sentimientos de un único momento, o de toda una vida, podían surgir a través de los ojos.

Y allí, en el rostro de una adolescente encantadora, los ojos resplandecían con una seguridad... rayana en la arrogancia. Los ojos reflejaban no solo el horror y el miedo de una noche, sino sus consecuencias en la cara, la mente y el corazón de una mujer que había sobrevivido a ella.

Y mientras Simone trabajaba, Patricia Hobart hacía lo propio.

La nieve también caía al otro lado de su ventana cuando se puso a estudiar a otra persona que había sobrevivido.

Ya estaba harta de Toronto, quería cambiar de aires, de lugar. Bob Kofax le ofrecía la oportunidad de hacerlo.

Aquella gran noche, Bob era uno de los guardias de seguridad del centro comercial y había sobrevivido a dos heridas de bala. Su historia, su supervivencia, le había granjeado más atención en los medios de comunicación de la que Patricia consideraba apropiada. Y por si fuera poco, Bob continuaba, en opinión de Hobart, alimentándose de la desgracia de su hermano, pues seguía trabajando en el centro comercial.

¡Menuda afrenta!

Al parecer Bob consideraba que el hecho de que hubiera sobrevivido era un mensaje de un poder superior, un mensaje que le decía que debía aprovechar al máximo el regalo de la vida, ayudar a los necesitados y comenzar y terminar cada día con gratitud.

Ella sabía todo eso porque Bob lo decía en su página de Facebook.

Como parte de ese aprovechar al máximo la vida, iba a celebrar su quincuagésimo cumpleaños con su esposa y sus dos hijos, uno de los cuales era gay y estaba «casado» con otro gay, lo que ofendía a Patricia hasta lo más profundo de su ser. Y por si eso fuera poco, habían adoptado a un niño asiático. Al menos su otro hijo estaba casado con una mujer de verdad y tenía un par de hijos de verdad.

Toda la puñetera familia planeaba celebrar la gran juerga con una semana de diversión y sol en las Bermudas.

Sus distintas páginas de Facebook contenían todos los detalles que Patricia necesitaba, incluido, ¡por el amor de Dios!, un reloj con la cuenta atrás.

Bob cumplía cincuenta años el 19 de enero.

Tras pensarlo un poco, Patricia eligió su identidad y su aspecto, y reservó un vuelo y una habitación de lujo en el mismo complejo de vacaciones.

Y a continuación pasó a la parte divertida: planear las mejores formas de asesinar a Bob antes de que soplara las cincuenta velas.

Dos días antes de Navidad, la casa de CiCi se iluminó para las fiestas. Brillaba lo suficiente para que, en una noche clara, su resplandor llegara hasta el continente. Del árbol colgaban ejércitos de Papás Noel, criaturas mitológicas, dioses, diosas y bolas pintadas a mano.

El fuego crepitaba alegremente. Al atardecer, encendió las decenas de velas del interior y los farolillos de cristal del exterior mientras los del catering preparaban el banquete para su fiesta navideña anual.

La Nochebuena era para Simone y para ella, y el día de Navidad, para la familia. Pero aquella noche era para la isla, y era una de sus favoritas del año.

Cuando abrió la puerta a Mi la embargó la alegría.

—Feliz todo lo que se te ocurra. —Estrechó a Mi en un fuerte abrazo antes de ayudarla con las maletas.

—CiCi, la casa está increíble. Igual que tú.

—Me alegro muchísimo de verte. Dame el abrigo y las maletas, y vamos a por una copa.

—No son más que las dos de la tarde.

—¡Es Navidad! Lo dejaremos en unos mimosas. Puedes subirle uno a Simone... y tentarla para que baje y yo pueda disfrutar de mis chicas un rato a solas. Creo que está escondida en su estudio para que no le dé la lata con qué va a ponerse esta noche. ¿Cómo está tu familia?

—Están muy bien. —Mi se quitó la gorra y dejó al descubierto su rectísima melena corta—. CiCi, Nari se ha prometido... Bueno, se prometerá mañana por la noche. Lo sabe todo el mundo menos ella. Él, James, le ha pedido su mano a mi padre y ha ganado un montón de puntos con ello. Va a pedirle que se case con él en Nochebuena.

El chico de Boston era perseverante, pensó CiCi, que se quedó inmóvil con una botella de champán en la mano.

—¿Ella lo quiere?

—Lo quiere.

—Entonces bien. —CiCi dejó que el corcho escapara con un estallido alegre—. Brindaremos por su felicidad. ¿Qué hay de ti? ¿Te ha entrado alguien por los ojos?

—Hummm. Alguno, pero... —Se encogió de hombros—. Nadie ha conseguido entrarme también por el corazón y la cabeza.

—Aguenta hasta que suceda. El sexo es fácil. El amor es complicado. Venga, súbele esto a Simone, pasad un rato de amigas y luego oblígala a bajar. Nos tomaremos otra copa las tres juntas, cotillearemos un poco y después iremos a ponernos guapísimas.

Mi subió corriendo las escaleras, con una copa en cada mano.

Cuando giró para adentrarse en el estudio y en la música que había enmascarado las pisadas de sus botas sobre los escalones, vio a su amiga pintando una especie de estela roja sobre una escultura.

Era el desnudo de una mujer que se inclinaba hacia atrás con fluidez, casi formaba un círculo desde los pies hasta la coronilla. Sostenía un arco, con una flecha que apuntaba hacia arriba de forma directa.

Poder y elegancia, pensó Mi. Y belleza. Y lo mismo podría decir, y diría, de su amiga. Simone llevaba el pelo —de un castaño oscuro con reflejos rojizos— recogido en una trenza corta, unos vaqueros salpicados de arcilla y pintura con agujeros en ambas rodillas, una sudadera también manchada y con las mangas, cortas, hechas jirones, y los pies descalzos y con las uñas pintadas de negro azulado.

Sintió una oleada de amor por ella, un clic de algo que encajaba y que le decía que todo iba bien en el mundo, y un pequeño aguijonazo de envidia por el estilo artístico y natural de Simone.

Esta dio un paso atrás con la cabeza ladeada para estudiar la obra y vio a Mi.

Soltó un grito (un chillido que CiCi oyó dos pisos más abajo y que la hizo sonreír) y salpicó todo de rojo al tirar el pincel.

—¡Estás aquí!

—Y traigo unos mimosas.

—Tú eres mejor que veinte mimosas. No puedo abrazarte. Tengo pintura por todas partes.

—Bah, que le den. —Mi dejó las copas, abrazó a Simone y bailó en círculo con ella—. Te he echado de menos.

—Y yo a ti. —Simone tomó una gran bocanada de aire—. Ahora ya puede ser Navidad.

—Brindemos por eso. O ya brindo yo mientras tú terminas lo que estás haciendo.

—Está terminado.

—¿Quién es?

—*La arquera*. Es la dependienta de una tienda de Sedona. Poseía una... serenidad audaz.

—Eso es justo lo que transmite.

—¿Tú crees? Bien. —Simone cogió las copas.

—Me encanta este estudio —dijo Mi mientras se hacía con la suya—. Es muy tú. Muy distinto de mi laboratorio... que es muy yo. Pero aquí estamos. — Dio un apretón en la mano a Simone y luego empezó a merodear por el estudio —. ¿Están inspiradas en tu viaje por el oeste?

—La mayoría, sí. He enviado un par de piezas a mi agente para que vea hacia dónde voy. De todos modos...

—Me suena de algo —empezó a decir Mi; luego bajó la copa, se volvió—. ¿Es Tiffany? Hacía años que no pensaba en ella, pero...

—Sí.

Picada por la curiosidad, Mi se acercó a la escultura y ladeó la cabeza.

—¿Hay otra cara en el otro lado?

—Puedes cogerla. Está terminada.

Mi la levantó, le dio la vuelta con cuidado.

—Ah. Ya entiendo.

—Una es el antes, y la otra, el ahora. Debería haberla escondido — reflexionó—. No nos conviene que todo esto estropee las cosas.

—No, espera. ¿Por qué? ¿Por qué Tiffany?

—Me encontré con ella hace unas semanas. —Simone se encogió de hombros—. Es muy extraño. Nuestros papeles se han invertido. Hace tiempo estaba convencida de que esta chica... —Acarició la frente tersa y la mejilla lisa con un dedo—. De que esta chica me había destrozado la vida. Me había robado al chico del que estaba enamorada, al chico con el que sabía que iba a casarme y con el que viviría feliz para siempre. La culpaba de mi desgracia. Dios, Mi. Los dieciséis.

—Dieciséis. —Mi le pasó un brazo por la cintura a Simone—. Aun así esta chica seguía siendo una puta mezquina y conspiradora.

—Sí que lo era.

—¿Que se hayan invertido los papeles significa que ahora ella cree que le has destrozado la vida? ¿Te culpa a ti? ¿Cómo es posible?

—Porque salí de allí entera. —Simone pasó los dedos por la segunda cara—. Y ella, no.

—La culpa de eso la tiene JJ Hobart. ¿Qué te dijo Tiffany, Sim?

—¿Ves esta cara? No solo los defectos.

—¿Te refieres a la ira y el resentimiento? Por supuesto que sí. Tienes un talento enorme para mostrar lo que hay dentro. —Mi dio un sorbo despreocupado a su bebida y adoptó un tono de voz equiparable al gesto—. Entonces ¿sigue siendo una puta malvada y conspiradora?

Y, con una carcajada, Simone sintió que las enredaderas pegajosas y

estranguladoras del estrés perdían fuerza.

—Sí. Dios, sí, sigue siéndolo.

—La tragedia no tiene por qué cambiarnos. Creo que lo más habitual es que solo saque más a la luz quiénes somos, o quiénes éramos, desde el principio.

—Despacio, Mi dio la vuelta a la cara resentida y dejó el busto en el estante

—. Tiffany siempre ha sido así por dentro.

Mi levantó su copa en un brindis desenfadado.

—Tal vez no sea tan perfectamente guapa como lo habría sido... por fuera. Pero ella está viva, y muchos ya no. Es muy posible que esté viva gracias a ti. Yo lo estoy. No le digas que no con la cabeza a la doctora Jung. ¿Con la de sangre que perdí? Diez, quince minutos más sin recibir ayuda y no habría sobrevivido.

—Preferiría que no habláramos de eso.

—Sí, vamos a hablar de ello. Solo un minuto, porque tengo algo que decir. Esto que has hecho con Tiffany... ¿cómo coño se apellidaba?

—Bryce.

—Lo recuerdas. Yo no. Eso también es síntoma de algo. Lo que has hecho con tu arte es sano.

—¿Sí?

—Pues claro que sí, maldita sea. No se trata solo de quién es ella, Sim, sino también de quién eres tú. Las tres sobrevivimos, y las tres nos convertimos en lo que somos ahora mismo. Lo que sea que tengas dentro y que te ha permitido crearla a partir de la arcilla ha estado siempre ahí. La chica de dieciséis años que pensaba que su mundo se había desmoronado por un capullo salido que no era digno de su tiempo (y sí, quizá vaya al infierno por hablar mal de los muertos, pero era un capullo salido) podría haber optado por regodearse en la pena, por desperdiciar sus dones en resentimiento. —Mi se volvió hacia el

busto—. Pero lo que veo en esta cara es a alguien que está desperdiciando el regalo de su vida en culpa y resentimiento.

»Perdimos a una amiga, Sim, y todavía nos duele. Siempre nos dolerá. Pero tú has devuelto a nuestra amiga a la vida, has celebrado la vida que tenía, incluso la vida que podría haber tenido, en esa asombrosa escultura que hay abajo, y en otras.

—No sé... —Simone tomó aire, temblorosa—. No sé qué haría sin ti en mi vida.

—Nunca lo sabrás. En cuanto a mí, supongo que he canalizado mi habilidad, mi arte, en trabajar para dar con maneras de aliviar el dolor, el sufrimiento, para mejorar la calidad de vida. No nos hace especiales, pero sí nos convierte en quienes somos.

»Somos mejores que la puta Tiffany Bryce, Sim. Siempre lo hemos sido.

Simone volvió a coger aire y lo dejó escapar en una larga exhalación. Y consiguió articular un «Uau».

—Estoy convencida de todas mis palabras, incluidos los «capullos», vivos o muertos. Así que, cada vez que mires esas dos caras, deberías recordarlo. Que le den a esa zorra, Simone.

Con el ceño fruncido, Simone estudió el busto por última vez.

—Siento lo que le pasó, nadie se merece algo así, pero ¿puedo seguir odiándola de todas formas?

—¡Sí!

—No sé por qué no lo había pensado. Ni siquiera lo pensé cuando di forma a esas caras con mis manos.

—Para eso están las amigas.

—Bueno, mejor amiga de todos los tiempos, resulta que acabas de darme la respuesta que se me escapaba. Sí. Que le den a esa zorra de Tiffany. Y ahora,

bajemos y bebamos mucho más champán. Voy a necesitarlo para hacer vida social hasta el puñetero amanecer.

—Me encantan las fiestas de CiCi. —Cuando echaron a andar, Mi se dio la vuelta con una sonrisa alegre en la cara—. Me he comprado un vestido nuevo solo para esta noche. Es espectacular.

—Maldita sea, Mi. Ahora no parará de darme la lata. Bueno, pues que le den también a eso —decidió Simone—. Ya vale de esconderme, que me elija ella el modelito.

Encantada, Mi dio a un golpecito a Simone en el hombro.

—¡Va a ser divertidísimo!

CiCi ya había elegido el modelito, puesto que lo había comprado ella misma y lo tenía colgado en su propio armario con la intención de engatusar a Simone para que se lo pusiera.

Después de una considerable cantidad de champán y de cotilleos, arrastró a las chicas hasta el baño principal de la casa para iniciar la sesión de maquillaje y peluquería. Decretó que el estilo de Mi debía ser elegante y sexy, y luego empuñó las tenacillas para llenar de rizos revueltos la melena de su nieta, inusualmente cooperadora.

Dio su aprobación a la elección de Mi —un vestido rojo con escote barco, falda atrevida y cintura muy ajustada— y esperó hasta que Simone se embutió en su vestido negro azulado.

Como era de manga larga y le llegaba hasta las rodillas, se podría haber pensado que era un vestido recatado, pero el profundo escote en uve tanto por delante como por detrás y la raja de la pierna derecha insinuaban lo contrario, sobre todo porque le quedaba tan ajustado como una segunda piel.

—Por eso ayer me pasaste el esmalte de uñas azul.

—Buena combinación —convino CiCi, y luego sacó su siguiente arma—. Sobre todo con esto.

Los zapatos, una serie de correas de un azul metálico que se extendían desde los dedos de los pies hasta los tobillos, estaban rematados por unos tacones plateados, altos y delgados.

—Estilo bohemio sexy —apuntó CiCi.

—Son preciosos. —Simone se sentó, se los puso y se levantó—. Cojearé durante semanas, pero valdrá la pena.

—Feliz Navidad. —CiCi cogió su cámara—. Posad, chicas.

Mientras hacían el tonto ante la cámara, CiCi pensó que las pintaría como jóvenes sirenas.

—Mierda, ese es el del catering. ¡Joyas! Mi, delicadas. Simone, artísticas y un poco exageradas. ¡Vamos!

Envuelta en un frenesí de faldas con vuelo, botines con cordones y la melena rojo salvaje al viento, se fue corriendo.

—¿Cómo lo hace? —preguntó Mi.

—No lo sé, pero estoy decidida a estar igual de guapa, moverme igual de rápido y vivir con la misma intensidad cuando tenga su edad. Venga, nos probamos los pendientes y bajamos a echarle una mano.

Cuando el viento empezaba a soplar y bajaron las temperaturas, la casa de CiCi se llenó de gente. Todos los isleños acudieron allí por CiCi, pero no fueron los únicos. Gente del mundo del arte y de la música se mezcló con los lugareños para disfrutar de los minirrollitos de langosta, las brochetas de gambas y el champán.

Algunos salían al patio, acondicionado con estufas portátiles. La música sonaba a todo volumen de los altavoces o de las guitarras o los teclados cuando los que tenían talento y ganas se acercaban a ellos e improvisaban.

CiCi se relacionaba con todos, disfrutaba de cada momento, pero estaba

pendiente de una persona en particular. Cuando lo localizó, se abrió camino hacia Simone.

—Cariño, ¿te importaría subir un momento a mi habitación? Creo que me he dejado encendida una vela de Navidad y no quiero quemar la casa.

—Claro. La fiesta es genial, CiCi.

—Nunca doy fiestas que no lo sean.

Mientras su preciosa nieta cumplía su falsa misión, CiCi se dirigió hacia Reed, que le regaló una sonrisa enorme en cuanto la vio.

—Dijiste que sería la fiesta de todas las fiestas. No era mentira. Feliz Navidad. —Le entregó una bolsa de regalo.

—Eres un encanto. Lo pondré debajo del árbol de Navidad. —CiCi le dio un beso y después le pasó una mano por la manga de la chaqueta gris oscuro —. Y guapo.

—Hay que arreglarse para la fiesta de todas las fiestas. Estás increíble. Oye, ¿qué te parece si después de la fiesta nos vamos a...?

CiCi sonrió cuando Reed se quedó sin palabras, cuando la expresión de su rostro pasó del flirteo al pasmo. No tuvo que darse la vuelta para saber que Simone estaba bajando las escaleras, tal como había planeado ella.

Él la reconoció, por supuesto que reconoció su cara. La había estudiado como había estudiado muchas otras que aparecían en sus archivos. También la reconoció por las fotografías esparcidas con astucia por toda la casa de CiCi, por el cuadro que había encendido una ligera llama de lujuria y el fuego del asombro en su interior.

Pero esas cosas eran arte, fotos, declaraciones de testigos, un par de entrevistas en la televisión.

Esa era la mujer, en carne y hueso, y le cortocircuitó el cerebro durante al menos diez segundos, en los que lo único que consiguió articular por encima del zumbido de confusión fue un perplejo «uh-oh».

Cuando Simone se encaminó hacia él, el zumbido se intensificó.

—Todo despejado —dijo la diosa.

—Gracias, cariño. Este es Reed, el futuro jefe de policía de la isla, y una de mis personas favoritas en esta vida y en todas las demás. Reed, mi máspreciado tesoro, mi Simone.

—Reed, claro. —Aquellos labios, aquellos labios preciosos, se curvaron en una sonrisa preciosa. Su voz era como una niebla suave sobre un estanque mágico—. Me alegro mucho de conocerte, al fin.

Reed aceptó la mano que Simone le tendía. ¿Ella también la había sentido? ¿Había sentido la descarga?

—Lo mismo digo —logró contestar.

—Simone, ¿por qué no te llevas a Reed a una barra y le pides algo? Quieres una cerveza, ¿verdad, Macizo?

—Sí, claro. Cerveza. Bien. Vale. —Dios.

—Pues vamos a solucionarlo.

Simone le hizo un gesto y encabezó la marcha mientras él intentaba recuperar la compostura. Lo ayudó un poco que varias personas le saludaran, le dieran una palmada en la espalda o un golpe flojo en el brazo.

Simone hizo señas al camarero y se volvió hacia Reed para charlar mientras esperaban su cerveza.

—O sea ¿que te has comprado la casa Dorchet?

—Sí. Me... Eh... Me mudaré a principios de año.

—Es una gran casa.

—¿La has visto por dentro? Seguro que sí —añadió de inmediato—. Me enamoré enseguida.

—No te lo reprocho. El...

—Mirador —dijeron al unísono.

Ella rio con la risa de CiCi y dijo «Exacto», y Reed sintió que recuperaba

un poco el equilibrio.

Reed se aferró a la cerveza, se aferró a la oportunidad.

—Supongo que estás ocupada, pero ¿tienes un minuto?

—Claro.

La alejó un poco de la multitud que rodeaba la barra y la condujo hacia un lugar más despejado al otro lado del gran salón.

—Quería decirte que sé un poco más de arte desde que conozco a CiCi.

—Te ha cogido mucho cariño.

—Estoy enamorado de ella.

Simone sonrió.

—Ponte a la cola.

—Ella me abrió una puerta que yo no era capaz de franquear del todo. El caso es que aún no puede decirse que sepa mucho de arte, pero ¿esa pieza de ahí? —Señaló *Surgimiento*—. Si alguna vez pudiera permitirme comprar arte de verdad y no perteneciera ya a CiCi, sería mía.

Simone no dijo nada durante unos instantes, sino que alargó la mano para coger una copa de champán de la bandeja de un camarero.

—¿Por qué?

—Bueno, porque es preciosa, pero sobre todo porque cuando la miro veo una prueba de vida. Es un término extraño para describirla.

—No. No, en realidad es perfecto.

—Estuve allí aquella noche.

Ella asintió despacio, no apartó la vista de la escultura.

—No quiero entrar en todo eso, estamos en una fiesta. Lo digo porque no sé si me impacta más, si me llega más hondo, porque estuve allí. He visto más obras tuyas, CiCi me subió a tu estudio y he visto otras piezas aquí y allá. Es todo... mágico. Pero esta, bueno, es como si me agarrara por la garganta y me

propinara un puñetazo justo en el corazón. —Dio un trago a la cerveza—. Bueno...

—Te dispararon. —Entonces lo miró directamente a los ojos—. No aquella noche, este verano. Pero está relacionado.

—Sí.

—¿Cómo estás?

—Estoy aquí con una mujer preciosa y bebiendo cerveza. Diría que estoy bastante bien.

—¿Podrías esperarme un minuto?

—De acuerdo.

—Tú espera aquí. Enseguida vuelvo.

La vio alejarse y se hizo un escaneo interno. El corazón parecía volver a latirle con normalidad y su cerebro daba la impresión de haber recuperado su función por completo.

Solo había sido una reacción extraña, concluyó. Una sacudida peculiar del sistema, y ya estaba todo mejor.

Entonces la vio regresar, sintió la misma puñetera sacudida y soltó el segundo «uh-oh» de la noche.

Llevaba de la mano a una mujer guapa con un vestido rojo. También reconoció su cara.

—Mi, este es Reed.

—Hola, Reed.

—Mi-Hi Jung. Doctora Jung —añadió Simone.

—Mi. —Le tendió la mano con una sonrisa natural—. Encantada de conocerte.

—Reed ha comprado la casa Dorchet, la del mirador en el tejado, que da al bosque por detrás.

—Vaya, es una casa fantástica.

—Dentro de poco será el nuevo jefe de policía de la isla. Era, bueno, supongo que es, detective de la policía de Portland.

—Era —aclaró él después de estrecharle la mano a Mi.

—Estuvo allí aquella noche. —Simone no tenía que especificar qué noche. Todos lo sabían—. Los tres estuvimos allí. Es raro, ¿no? Todos estuvimos allí y ahora estamos aquí. Reed se hizo policía. Mi es médico, científica, ingeniera biomédica. Y yo... —Miró hacia la escultura—. ¿Te hiciste policía por aquella noche?

—Me señaló ese rumbo, sí. Aquella noche y Essie. Essie McVee.

En esta ocasión Simone le sostuvo la mirada con gran intensidad.

—La agente McVee. Ella fue quien me encontró. Fue la primera en responder al aviso. La conoces.

—Sí. Es una buena amiga. Ha sido mi compañera durante los últimos años.

—Ahora lo recuerdo —comentó Mi—. Fuiste el que cogió en brazos al niño, lo llevaste a un lugar seguro. Entonces no eras policía.

—No. Estaba en la universidad. Trabajaba en Mangia, el restaurante.

—A ti no te hirieron aquella noche —recordó Simone en voz alta—, pero sí más adelante. A Mi sí la hirieron. Un policía y una científica. Como has dicho antes, Mi, la tragedia saca más a la luz quiénes somos. Disculpadme.

—La he disgustado —dijo Reed mientras veía cómo Simone se alejaba.

—No. —Mi le puso una mano en el brazo y observó a su amiga—. No, de verdad que no. Si estuviera disgustada se habría mostrado fría o cabreada. Está pensando, y está afrontando algo que lleva mucho tiempo negándose a afrontar.

Mi se volvió absolutamente radiante hacia él.

—No sé qué has dicho o hecho, pero ahora me alegro todavía más de haberte conocido.

Reed empezó la verdadera formación para el puesto de jefe de policía en enero. Sabía ser policía, ser investigador, interrogar a un sospechoso, a un testigo, a una víctima. Sabía construir un caso. Conocía las exigencias y las razones de los trámites, del papeleo. Comprendía el valor de las relaciones y las conexiones en la comunidad.

Sin embargo, no tenía tanta confianza en sus habilidades como administrador y jefe, ni con la política y, más en concreto, con la política de la isla. Y tenía clarísimo que llegaba al puesto como un forastero.

Hacía todo lo posible para contrarrestar el estatus de forastero. Caminaba o iba en bicicleta hasta el pueblo todas las mañanas, tomaba café y probaba la carta de desayunos del Sunrise Café, abierto todo el año de seis de la mañana a diez de la noche. Charlaba con camareras, tenderos, se compró su primera pala para la nieve en la ferretería del pueblo y, cuando en enero medio metro de blanco cubrió la isla, volvió e invirtió en un quitanieves.

Por sugerencia de CiCi, contrató a Jasper Mink para que se encargara de hacer los arreglos que habían quedado pendientes en la casa y que eran realmente necesarios.

Enseguida trabó amistad con aquel albañil que se parecía a Willie Nelson y llevaba camisetas de Def Leppard debajo de la camisa de franela.

Compraba en el mercado del pueblo, calentaba un taburete en Drink Up —el único bar que abría en invierno— y, en general, trataba de hacerse visible y accesible.

Aprendió cuál era el ritmo de la isla en invierno: lento, obsesionado con el clima, autosuficiente y orgulloso de serlo. Puso gran empeño en hablar con los bomberos voluntarios, los médicos de la zona... y lo enredaron para que se hiciera un chequeo.

Y en el dentista le pasó justo lo mismo.

Y como la política tenía que formar parte de su puesto, Reed asistió a su primera reunión en el ayuntamiento, escuchó quejas sobre el corte de electricidad en la parte sur de la isla durante la última tormenta, inquietudes sobre la erosión en el extremo norte. Le llamó la atención la desagradable discusión acerca del reciclaje obligatorio y aquellos —identificados en voz alta por sus nombres— que ignoraban la ordenanza de manera sistemática.

No esperaba tener que hacer nada especial, aparte de escuchar y tomar nota, así que, cuando la alcaldesa pronunció su nombre, sintió que se le encogía el estómago.

—Ponte de pie, Reed, para que la gente pueda verte. La mayoría de ustedes saben, o deberían saber, que Reed ocupará el cargo de jefe de policía cuando Sam Wickett se retire dentro de un par de meses. Sube aquí, Reed, preséntate. Habla un poco sobre ti a la gente y explica por qué estás aquí.

Mierda, pensó, mierda, mierda, mierda. Advirtió el brillo en los ojos de Hildy. Era una alcaldesa perspicaz, conocía a su gente, sabía de política y no soportaba a los tontos.

Más le valía no hacer el ridículo en el ayuntamiento.

Se dirigió hacia la parte delantera de la sala, escudriñó las escasas decenas de caras de los que se habían tomado la molestia de asistir.

—Soy Reed Quartermaine, exdetective del departamento de policía de Portland.

—¿Por qué «ex»? —gritó alguien—. ¿Te despidieron?

—No, señora. No creo que ni la alcaldesa Intz ni el ayuntamiento me

hubieran ofrecido el trabajo si me hubieran despedido. Supongo que la mejor manera de explicarlo es que, como mucha gente de Portland a la que conozco, pasé un tiempo en la isla durante el verano. Me gustó esto.

—El verano es una cosa —gritó otra persona—. El invierno es otra.

—Ya me he dado cuenta. —Añadió una sonrisa a la réplica—. Le he comprado un quitanieves a Cyrus, el de Ferretería y Pinturas La Isla, y he aprendido a usarlo. Me compré una casa en la isla el otoño pasado, cuando pasé aquí un par de semanas, porque la recordaba de cuando era niño, y porque cuando volví a verla, cuando entré en ella, supe que era la definitiva. Llevaba tiempo buscando un hogar, y lo encontré en la isla, en esa casa.

—La casa Dorchet es mucha casa para un hombre soltero.

Una mujer con el pelo gris acero recogido en una trenza lo miró con bastante incredulidad mientras continuaba tejiendo algo con una lana de color verde brillante.

—Sí, señora. No paro de añadir muebles para que no se oiga el eco. Muchos de ustedes no me conocen, pero ya me estoy moviendo por aquí. El jefe Wickett me está enseñando cómo funciona todo y, cuando se vaya, continuaré con su política de puertas abiertas. Haré todo lo que pueda por ustedes. Ahora este es mi hogar. Ustedes son mis vecinos. Como jefe de policía, me he comprometido a servirlos y protegerlos, a ustedes y a esta isla. Y eso es lo que voy a hacer.

Hizo ademán de volver a su asiento, pero se detuvo cuando un tipo regordete y con barba grisácea se puso de pie en la primera fila.

—Has intimado con CiCi Lennon, ¿no?

—Si lo dice en un sentido romántico, solo puedo decirle una cosa: ojalá.

La respuesta provocó algunas risas y proporcionó a Reed tiempo suficiente para repasar sus archivos mentales e identificar al hombre que le había formulado la pregunta. John Pryor, recordó. Pasaba todo el año en la isla, era

fontanero, propietario junto con su hermano de un par de alojamientos de temporada.

—Me parece que no te habrían dado este trabajo si CiCi no hubiera presionado.

—Oiga, un minuto —comenzó a decir Hildy, pero Reed levantó la mano.

—No pasa nada, alcaldesa. Es una pregunta bastante justa. Es cierto que si CiCi no me lo hubiera dicho, no habría sabido que el puesto estaba vacante ni que la casa estaba en venta. Le agradezco que lo hiciera, porque así pude probar suerte en ambas cosas.

—Te dispararon en Portland. Tal vez pienses que ser jefe de policía aquí resulta más fácil y seguro.

Se elevaron murmullos, casi todos de desaprobación, y la expresión de Pryor no hizo sino endurecerse.

—No tiene nada que ver con que esto sea más fácil y seguro para mí, John. Tiene que ver con cumplir con mi deber, con encargarme de que las cosas sean fáciles y seguras para la gente que vive aquí, para la gente que viene a llenar los hoteles y los hostales durante la temporada de verano. Tú y tu hermano, se llama Mark, ¿no?, sois dueños de uno de esos hostales. Es un sitio bonito —agregó Reed—. Si tenéis algún problema a partir de marzo, llamadme. Mientras tanto, si quieres hacerme alguna otra pregunta, podemos ir al Drink Up después de la reunión. Te invito a una cerveza.

Pryor no aceptó la cerveza, pero sí lo hicieron otros a lo largo del mes de enero, entre ellos cuatro de los ayudantes de Reed que trabajaban en la isla todo el año, la de la centralita y dos de los tres asistentes que solo trabajaban de junio a septiembre. El tercero pasaba seis semanas en Santa Lucía todos los inviernos.

Solo hubo una cerveza complicada, la que compartió con su única ayudante femenina. Matty Stevenson había servido cuatro años en el ejército y había trabajado tres años en el departamento de policía de Boston antes de regresar a la isla, donde había nacido. Había dedicado otros dieciocho meses a trabajar como cuidadora a tiempo completo de su madre, viuda, cuando a esta le diagnosticaron cáncer de mama, y después se convirtió en la primera mujer ayudante a tiempo completo de las fuerzas policiales de la isla. Llevaba nueve años en el puesto.

Su madre, que había superado el cáncer hacía nueve años, era la dueña y dependiente de una tienda de regalos de temporada en la isla.

Matty se sentó frente a él en un reservado; tenía el pelo corto, liso, rubio ceniciento y los ojos azules y duros. Llevaba una camisa de franela, unos pantalones de lana marrón y botas Wolverine.

Reed la había investigado, que era tanto como decir que había hablado con la gente y había leído su expediente. Así que sabía que, después de un matrimonio y divorcio feos, Matty había «hecho buenas migas» o «comenzado a ver» a John Pryor, soltero de toda la vida.

No le hizo falta ninguna investigación para darse cuenta de que Matty no estaba particularmente contenta con el nuevo jefe entrante.

Decidió hablar con claridad y sin rodeos.

—Estás cabreada porque me han dado el puesto de jefe.

—Te han traído de fuera. Llevo casi diez años en la policía de la isla. Ni siquiera me han preguntado si me interesaba el puesto.

—Te lo estoy preguntando yo.

—Ahora ya importa una mierda.

—Te lo estoy preguntando yo —repitió—. Aún no soy jefe.

—Ya has firmado el contrato.

—Sí. Sigo preguntándotelo. Tienes cuatro años de experiencia militar, unos

cuantos más en la policía y llevas mucho tiempo en la isla. Es probable que estés más cualificada que yo. —Se recostó contra el asiento y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Estoy más cualificada.

—¿Por qué crees que no te han ofrecido el puesto?

—Eres un hombre. Has recibido un par de disparos. Eres uno de los héroes del DownEast.

Reed se encogió de hombros.

—Todo eso es cierto, salvo que la palabra «héroe» resulta ridícula para referirse a lo que pasó aquella noche. Tú has servido en Irak. Te concedieron el Corazón Púrpura. «Heroína» no resulta ridículo en ese caso. Soy un hombre —repitió—. ¿Me estás diciendo que crees que te han pasado por alto porque tú no lo eres?

Matty abrió la boca. La cerró. Cogió la cerveza y bebió.

—Me gustaría decir que sí. Me gustaría decirlo porque ni siquiera nos avisaron. Él ni siquiera nos comentó que planeaba retirarse hasta que el trato estaba cerrado. Fui a hablar con Hildy, se lo dije sin rodeos. Salí con su hermano cuando íbamos al instituto, maldita sea. —Bebió de nuevo—. Pero no puedo decir que sí porque no soy una mentirosa.

—Entonces ¿por qué?

—Ya sabes por qué.

—No estoy en tu cabeza.

—Tengo mal genio. Me expedientaron varias veces: en el ejército, en Boston y también aquí. No ha vuelto a ocurrir en los últimos dos años. No ha vuelto a ocurrir desde que me deshice del gilipollas con el que fui tan estúpida como para casarme. Ahora medito todas las puñeteras mañanas.

Reed contuvo una sonrisa y se limitó a asentir.

—¿Funciona?

Entonces fue Matty quien se encogió de hombros.

—La mayoría de las veces.

—Es bueno saberlo. A mí me da igual que lleves falda o pantalón.

Matty esbozó una sonrisa burlona.

—Hace años que no me pongo una falda.

—Me da igual. Aparte del jefe, que se va, llevas más tiempo trabajando como policía que cualquiera de los otros ayudantes. Necesitaré que estés de mi parte, y necesitaré que me des una oportunidad antes de que me encasilles como a un idiota de fuera de la isla.

—¿Y si llego a esa conclusión después de darte una oportunidad?

—Entonces no duraré mucho como jefe.

Ella se lo pensó.

—Me parece justo.

—De acuerdo. Una cosa más. Si necesito un fontanero y llamo a John Pryor, ¿me hará alguna jugarreta?

Esta vez Matty soltó una carcajada.

—No debería haberte fastidiado en la reunión.

—No fue tanto fastidio.

—No importa, no debería haberlo hecho. Nos hizo quedar a los dos como unos idiotas. Y meter a CiCi en medio lo hizo parecer todavía más idiota. La respuesta es no. Está demasiado orgulloso de su trabajo.

—También es bueno saberlo.

Pensando en CiCi, se acercó a su casa en su siguiente día libre. No contestó a la puerta, así que Reed dio la vuelta, como hacía a menudo, hasta su estudio.

Vio las obras a través del cristal, pero no a la artista.

Sintió una ligera punzada de preocupación, y se dijo que no era más que el

policía que llevaba dentro, que siempre se ponía en el peor de los casos; aun así, rodeó de nuevo la casa hacia el patio. Probaría con la puerta, pensó, entraría y la llamaría.

Entonces divisó a la mujer sentada en las rocas de la playa nevada.

Bajó disfrutando del azote del viento, del estruendo del mar y de su color. Era de un azul invierno tan duro como el cielo que se extendía sobre él.

Ella lo oyó y volvió la cabeza. Esa cara, pensó Reed. Ese golpe instantáneo en el pecho que me deja sin respiración.

Trepó y se sentó al lado de Simone.

—Menudas vistas —dijo.

—Mis favoritas.

—Sí, también son mis preferidas.

Simone llevaba enrollada al cuello una bufanda de media docena de colores llamativos y un gorro de un azul intenso.

Tenía un aspecto vivaz, pensó Reed; estaba sencillamente increíble.

—CiCi no está —lo informó—. Se ha ido un par de días a un spa con un amigo. Una decisión impulsiva, no lo tenían planeado.

—Me ha extrañado que no abriera la puerta. Su coche está delante, y el tuyo.

—La he llevado al ferri esta mañana. Su amigo la ha recogido al final del trayecto.

—Un amigo, ¿no? —Reed se golpeó el pecho—. Me ha roto el corazón.

—Son amigos desde hace décadas. Y es gay.

—Y renace la esperanza. —Guardó silencio un instante y disfrutó de la sonrisa de Simone—. ¿Te molesto?

—No. Me he enterado de lo de la reunión de la otra noche. Al parecer, te defendiste bien.

—La gente necesita tiempo para acostumbrarse a mí, para valorar si se me

da fatal el trabajo o no.

—No creo que se te dé fatal.

—Se me dará bien, pero la gente necesita juzgarlo por sí misma.

—A la mayoría de los isleños les caes bien. Eso tengo entendido.

—Soy un tipo que cae bien. —Le dedicó una sonrisa para demostrárselo—.

Puede que incluso llegue a ser afable. ¿Tú qué dices?

Ella se concentró de nuevo en el mar.

—No creo que se me dé bien ser afable.

—No, sobre mí. Hablemos de mí. ¿Soy un tipo que cae bien?

Simone se volvió hacia Reed y se lo quedó mirando con aquellos ojos de tigresa.

—Es probable. La verdad es que no te conozco mucho.

—Podría invitarte a cenar. Es noche de pastel de carne en el Sunrise, o podemos ir al Mama's Pizza.

Ella negó con la cabeza.

—Estoy descansando un rato, pero tengo pensado trabajar esta noche. —Aspiró una buena bocanada del viento que los azotaba—. El frío me está calando los huesos.

Cuando Simone se levantó, Reed bajó de las rocas y le tendió una mano.

—Es por el pastel de carne, ¿verdad? —dijo, y aquello la hizo reír.

—Influye, pero de verdad que tengo pensado trabajar. Necesitaba un poco de aire. Un poco de... aireación mental.

—De acuerdo, siempre y cuando el problema no sea que te he invitado a salir.

Esta vez Simone ladeó la cabeza, lo medio recorrió con la mirada.

—No sé si es un problema o no, porque la verdad es que no te conozco. Y porque hace unos meses que opté por no salir con los de tu género.

—Anda, yo también decidí no salir con las del tuyo. Apuesto a que ya nos

toca.

—¿Por qué?

—Porque —dijo mientras recorrían el basto camino que ambos habían abierto en los montones de nieve— en algún momento hay que romper el ayuno.

—No, que por qué estás haciendo ayuno.

—Ah. —Llegó a la conclusión de que, si seguía hablando con él, no estaba deseando quitárselo de encima (del todo)—. Bueno, me dispararon, tenía que rumiarlo y lloriquear un poco al respecto, así que me vine aquí, conocí a la impresionante CiCi, cambié mi vida. No he tenido mucho tiempo para compartir pasteles de carne con mujeres en este tiempo. ¿Y tú?

—No estoy muy segura. Falta de interés. Puede que tenga algo que ver con la ZRS.

—¿La ZRS?

—La Zona de Rumia de Simone. A veces vivo en ella. Pero diría que sobre todo ha sido por falta de interés.

—Aparte de afable también puedo ser interesante. —Reed empezó a subir los escalones de la playa con ella—. Podría quitar la nieve de aquí.

—Esa afabilidad... Te lo agradezco, pero de todas formas esta noche caerán unos cuantos centímetros más.

—¿Tienes todo lo necesario por si cae más? Comida, bebida... Lo siento —dijo cuando le pitó el teléfono—. Tengo que pasar por el... —Guardó silencio, leyó el mensaje de texto—. Eh, tengo que acercarme al mercado de todos modos, así que...

—¿Qué ha pasado? Se me dan bien las caras —dijo Simone cuando llegaron al patio—. Te sale muy bien lo de poner cara de póquer, o puede que sea cara de poli, pero te ha fallado un segundo. ¿Tu familia está bien?

—Sí. No es nada de eso.

—Se me dan bien las caras —repitió—. Deberías entrar, tomarte un café.
—Simone cruzó el patio y abrió la puerta—. CiCi insistiría, y se llevaría una decepción si yo no lo hiciera.

—Me sentará bien un café. —Se sacudió las botas, entró en la casa, sintió el calor.

Simone primero encendió el fuego, luego se quitó el abrigo, el sombrero, la bufanda, los guantes y se dirigió a la cafetera.

—¿Normal o elaborado?

—Solo.

—Un hombre varonil. —Simone mantuvo el tono ligero—. Yo suelo tomar café con leche. Trabajé en una cafetería de mierda cuando llegué a Nueva York. Pero hacíamos un café con leche excelente.

—Te disgusté la noche de la fiesta. Tu amiga me dijo que no, pero...

—Mi tenía razón, como siempre. No me disgustaste. Estaba pensando en algo, y tú me hiciste pensar aún más. Fui brusca, pero porque estaba metida en mi cabeza.

—¿La ZRS?

Se le curvaron los labios y se encogió de hombros.

—Puede que justo al otro lado de la frontera.

Mientras espumaba la leche para su café, Simone lo miró por encima del hombro. No se había quitado el abrigo.

—El teléfono. Tiene algo que ver con aquello. Con lo del DownEast.

—¿Eres algo adivina, como CiCi?

—No. Es una suposición lógica. Deberías contármelo. —Se dio la vuelta para terminar los cafés—. No hace mucho tiempo me habría asegurado de que no lo hicieras. De que no pudieras. Ahora me gustaría que me lo explicaras.

Reed se quitó el abrigo, pero no dijo nada cuando le sirvió el café.

—Sentémonos. —Simone señaló el sofá situado frente al fuego—. Eres la

primera persona a la que invito a entrar en casa y le preparo café desde hace... No recuerdo haberlo hecho nunca. Me pregunto por qué será. No creo que sea cosa de tu famosa afabilidad.

—No quiero que sea por el trauma compartido.

—Pero en parte tiene que ser por eso, ¿no? Si no han experimentado lo mismo que nosotros, nadie puede saber lo que es. Durante años lo he bloqueado. No ves si no miras, no oyes si no escuchas. ¿Quieres saber por qué empecé a mirar y escuchar de nuevo?

—Sí.

Simone cambió de postura y se sentó con las piernas cruzadas en el sofá.

—Me encontré con mi archienemiga del instituto. Era rubia, guapa y tenía pecho. Yo era castaña, desgarbada y del montón.

—Tú nunca has sido del montón.

—Eso es lo que vi en el espejo del baño aquella noche. Pensé: ¿Por qué no puedo ser guapa, como Tiffany? Ella había entrado en el cine con el chico que acababa de dejarme por ella porque yo no estaba preparada para acostarme con él. Desengaño, humillación, y con la intensidad que solo puede sentirse a esa edad. Tremendo.

»Entonces sucedió. El chico que me había dejado estaba muerto. A Tiffany le dispararon en aquella cara joven y preciosa. Ahora, años después, se enfrenta a mí... en otro baño, ironías del destino. Me dijo cosas muy feas y, por alguna razón, esos pocos minutos de fealdad me hicieron empezar a mirar y a escuchar. No por ella. Por mí.

—Yo era incapaz de dejar de mirar y escuchar —le dijo Reed—. No creo que fuera una obsesión, pero sí lo convertí en una misión. Seguía todas las historias, reunía archivos. Nunca me cuadró del todo, era como si no estuviera completo. Apenas sumaban un cerebro entre los tres, y el único que tenía algo

de cerebro ¿por qué no fue a por la chica a la que culpaba de fastidiarle la vida? Tenía que haber algo más, y yo quería saber qué era.

—Y tenías razón —añadió Simone—. Ese «más» resultó ser Patricia Hobart.

—Sí. Todo cobró sentido, encajó de una manera enfermiza y retorcida, una vez que registramos... registraron —se corrigió— lo que tuvo que dejar atrás cuando huyó a toda velocidad. Patricia tenía unos quince años en el momento del tiroteo del DownEast. Ya era una psicópata, e inteligente —agregó—. Muy inteligente para tener quince años. Lo bastante inteligente para ocultar su naturaleza. Pero antes de que me disparara, antes de que las cosas cobraran ese sentido enfermizo y retorcido, yo lo seguía todo. Y Essie también. Una de las formas en que lo hacíamos era recibiendo alertas cada vez que muere alguien que estuvo allí aquella noche. Por cualquier razón.

Entonces Simone entendió la expresión de la cara de Reed durante aquel breve instante.

—¿Quién ha muerto?

—Era un guardia de seguridad del centro comercial. Le pegaron un par de tiros aquella noche. Volvió al trabajo cuando se recuperó. Muy buen tipo.

—¿Lo ha...? ¿Lo ha matado ella?

—Diría que sí. No hay pruebas, todavía no. Y es una buena asesina —agregó al levantarse para caminar de un lado a otro—. Muy buena. Ha estado desaparecida desde que me disparó. Ni una puñetera pista. Ahora Robert Kofax está muerto porque ella le echó veneno en la bebida en una playa de las Bermudas.

—¿De las Bermudas?

—No sé qué hacía Kofax allí. Lo averiguaré. Acabo de recibir la alerta: su nombre y CDM, causa de la muerte. Hobart ha encontrado la manera de matarlo —continuó—, porque esa es su misión.

—¿Está matando a los supervivientes? No tiene sentido.

—Está terminando lo que empezó... Porque entre lo que dejó atrás hay pruebas suficientes para demostrar que lo empezó ella. Ella lo planeó, pero no había acabado de hacerlo y su hermano se impacientó. O esa es mi teoría, al menos.

Simone perdió parte del color que el frío le había insuflado en las mejillas.

—Mi es una de las supervivientes. Mi madre, mi hermana. Yo. Tú.

—Mi recibió cierta atención de la prensa, pero no concedió ninguna entrevista, igual que tú. Tu familia no salió mucho en los medios. Creo que va detrás de los que han aparecido con frecuencia en la prensa. Pero tú y yo... llamamos a emergencias. Hicimos la primera y la segunda llamada. Deberías tener cuidado, y ten por seguro que yo no bajaré la guardia.

La ansiedad revolvió el estómago de Simone.

—La isla se pone hasta la bandera en verano. Excursionistas, veraneantes, trabajadores de temporada.

—Voy a ser el jefe de policía. Todos los policías y miembros de los servicios de primera respuesta tendrán su foto. La pegaré en todas las tiendas, restaurantes y hoteles. En el ferri. No estoy diciendo que no vaya a intentar llegar aquí, pero creo que, por ahora, va tras objetivos más fáciles. Y si intenta venir, será para acabar conmigo primero. Yo le pegué un tiro a esa pécora.

En ese momento no parecía afable, pensó Simone. Parecía duro, fuerte y muy muy capaz.

—Creo que me apetece algo más fuerte que el café. —Simone se levantó—. ¿Y a ti?

—No te diré que no.

La joven se decantó por el vino, un tinto con mucho cuerpo, y sirvió dos copas generosas.

—Ahora no solo te he disgustado, sino que también te he asustado.

—No lo creo. No sé muy bien cómo me siento. Inquieta, desde luego. No soy valiente. No fui valiente aquella noche.

—En eso te equivocas. No saliste corriendo y gritando, y no tendrías de qué avergonzarte si lo hubieras hecho. Pero, en cualquier caso, hiciste lo más inteligente. Te escondiste y pediste ayuda. He oído la llamada al nueve uno uno. No perdiste los nervios. Eso es valentía.

—No me sentí valiente en aquel momento, y no he vuelto a sentirme valiente desde entonces. Pero... Sube a mi estudio. Quiero enseñarte una cosa.

—¿Tu desnudo?

Ella sonrió, se sintió menos nerviosa.

—Ni por asomo.

—Nunca acierto con las artistas guapas de esta casa. Tengo que cambiar de táctica.

No obstante, subió con ella.

—Puedo hacer que una agente pase esta noche aquí si estás preocupada.

—No, pero gracias. Siempre me he sentido a salvo en esta casa. Esa mujer no volverá a convertirme en víctima. Conozco a sus víctimas.

En el estudio, Reed vio decenas y decenas de bocetos clavados en tablones.

Él también las conocía.

Conocía las caras, las pocas que ella había creado con arcilla.

—Empecé con ella. Tiffany. —Simone levantó el pequeño busto—. La hice antes. —Giró el busto—. Y después. Pensé que sería como una especie de purga para mí. Pero resultó no ser así. Y tú eres una de las razones.

Él la observaba fascinado.

—Ah, ¿sí?

—La noche de la fiesta había hablado con Mi aquí arriba, le había enseñado

estas dos caras. Después hablé contigo. Más bien, te escuché. Y desde entonces...

»Tiffany sobrevivió —dijo Simone, y volvió a posar el busto—. Pero no siento agradecimiento por ello. Yo tampoco lo había mostrado, no de verdad. Darme cuenta de eso fue un golpe. Yo sobreviví y, en lugar de estar agradecida, me dediqué a fingir que nunca había ocurrido. ¿Qué dice eso de los que murieron? ¿Estaba diciendo que nunca existieron?

Dio un trago largo.

—«Prueba de vida», dijiste aquella noche sobre *Surgimiento*. Sobre Tish. Me impactó, diste en el puñetero clavo. Así que, a mi manera, supongo, estoy dándoles a todos una prueba de vida.

Entonces Reed la miró a la cara, no solo porque eso hacía que se le acelerara el corazón, no solo porque le disparaba el pulso, sino porque sentía una especie de temor reverencial y respeto.

—Eso es ser valiente.

Simone cerró los ojos un momento.

—Dios. Eso espero.

Reed se acercó a la estantería y levantó uno de los bustos con sumo cuidado.

—La conocía. Angie, Angela Patterson. Joder, qué guapa era. Estaba colado por ella.

—Vaya. Estabas enamorado.

—No, pero me gustaba mucho. —Pensó en el quiosco, la sangre, el cadáver. Y observó la cara, joven, encantadora, casi coqueta—. Hablo con su madre un par de veces al año. Esto significará mucho para la madre de Angie.

—Quiero crear un monumento conmemorativo con todas sus caras. La gente no debería olvidar quiénes eran, qué les pasó. Podrías colaborar.

—¿Cómo?

—Quiero incluir a las personas que han muerto desde entonces, por culpa de aquella noche o por culpa de Patricia Hobart. Podrías ayudarme.

—Sí. —Devolvió el busto en la estantería—. Te ayudaré. ¿Qué harás con él cuando termines?

—Me llevará meses... Incluso más. Tendré que tomarme un descanso o no veré ni oíré con claridad. Pero ahí espero que mi padre pueda echarme una mano. Es abogado y tiene muchos contactos. Y, por supuesto, también está CiCi. Me gustaría hacer moldes, fundirlos en bronce y colocar el monumento en un parque.

—Quizá yo también pueda ayudarte con eso.

—¿Cómo?

—Hablo con algunos familiares y supervivientes de vez en cuando. Como la madre de Angie, por ejemplo. Quizá entre todos podamos ayudarte a poner las cosas en marcha cuando estés preparada.

Ella asintió, despacio.

—¿Una petición por parte de supervivientes y seres queridos? Difícil de rechazar. Es posible que algunos no quieran esto.

—Se equivocarían, así que...

Reed dejó su copa, se acercó a ella. Le tomó la cara entre las manos y vio los cálculos que estaban haciendo aquellos preciosos ojos. La besó, con suavidad, despacio. Sin exigencias, sin presión. Y sintió, albergó la esperanza de sentir, que ella cedía solo un poco antes de que él se apartara de nuevo.

—Cambio de táctica —dijo él.

—Ha sido interesante.

—Te lo dije. Me voy, a por mi triste y solitario pastel de carne. Ya nos veremos por ahí.

—No salgo mucho por ahí —contestó Simone cuando él ya se marchaba.

—No pasa nada. Yo sí. —Se detuvo en la puerta y se volvió solo un

momento—. Tengo que decirte una cosa más. Eres la mujer más guapa que he visto en mi puñetera vida.

Simone se echó a reír, le había hecho verdadera gracia.

—Ni de lejos.

—Te equivocas otra vez. Nadie sabe mejor que yo lo que he visto en mi vida. CiCi tiene mi número apuntado en alguna parte. Si necesitas algo, llámame.

Simone frunció el ceño cuando Reed salió, y así siguió mientras oía las pisadas de sus botas en las escaleras. Bebió más vino; luego vertió en su copa lo que había quedado en la de él y bebió un poco más.

Sí que era interesante, pensó. Y mostraba y ocultaba la afabilidad con una facilidad pasmosa. Le daba la sensación de que podía ser peligroso, y eso lo hacía aún más interesante.

Además, sabía besar de esa manera que no hacía sino dar un empujoncito a la puerta, abrirla solo una rendija.

Tendría que pensar en ello.

Y sobre todo, Reed había mirado su obra y había visto lo que ella necesitaba darle, lo que necesitaba sacar de ella.

Y lo había entendido.

De pie en el mirador del tejado, Essie McVee estaba maravillada. El día se estremecía con el gris de febrero, el frío azotaba como un látigo congelado, y aun así la vista se extendía ante ella como un milagro.

El mar y el cielo, ambos de ese gris aburrido y melancólico, no lograban borrar su amplitud ni el poder de la costa rocosa sacudida por el movimiento incesante del agua gélida.

Olía a pino y a nieve, respiraba un aire tan frío y húmedo que tenía la impresión de haber tragado hielo picado. A lo lejos, hacia la derecha, los edificios de listones pintados formaban el pueblo, y un sendero de nieve pisoteada serpenteaba entre árboles con las ramas cubiertas de blanco.

Más allá se erguía el faro, una torre de color y alegría recortada contra la obstinada penumbra invernal.

Debajo de la casa, un embarcadero tambaleante, con varios huecos preocupantes, cruzaba en ángulo una abertura en las rocas.

—Tienes un embarcadero.

—Sí, aunque no es gran cosa. También tengo un cobertizo para barcos. Sin barco. La señora Dorchet lo vendió cuando murió su marido. A lo mejor me hago con uno. Con un barco. Quizá.

—Un barco.

—Puede. Ya tengo el cobertizo y el embarcadero. Supongo que me falta el motivo para tenerlos.

Essie lo miró, recordó al chaval triste de aquel banco del parque, al joven

policía que se abría camino aprendiendo, al compañero con el que había atravesado puertas. Al amigo al que había encontrado sangrando.

Y entonces eso. Un hombre que contemplaba lo que era suyo.

—Esto no es un estercolero, Reed.

Él sonrió.

—Necesita unos cuantos arreglos aquí y allá, pero no, no es un estercolero.

—¿Qué se siente siendo el jefe?

—Te lo cuento el mes que viene. Voy progresando, cada día me siento más seguro. La mayoría de la gente parece que todavía no quiere pronunciarse sobre si el forastero está a la altura o no.

—Lo estarás.

—Sí, claro. Las cosas estarán tranquilas durante los próximos meses, así que tendré tiempo para adaptarme, para saber quién es quién y qué es qué. Y para hacerme con el mando de la comisaría.

—¿Algún problema en ese terreno?

Soltó un gruñido evasivo.

—El jefe actual me apoya, y eso ayuda. Los ayudantes y la de la centralita tienen dos dedos de frente y las cosas están en una especie de pausa durante la transición. Tienen sus rarezas, como en todas partes, pero son bastante de fiar. La mejor del grupo es la única mujer.

—No me digas.

—Inteligente y dura. Tiene un poco de mala leche, pero nada con lo que no pueda trabajar.

—Cuidado con los romances de oficina.

—¿Qué? Qué va. —Sin dejar de reír, se echó hacia atrás el cabello alborotado—. Ni de coña. No es mi tipo, y además sería su jefe. Jefe... ja, ja. De todas formas, tiene unos cuarenta años, está divorciada y liada con un fontanero de la isla. Luego está Leon Wendall. Exsuboficial de marina. Lleva

siete años en el cuerpo de la isla. Le gusta pescar. Está casado desde hace treinta años con una maestra. Tres hijos, una nieta.

—¿Siete años? ¿Y te dieron el puesto a ti en lugar de a él?

—No tiene madera de jefe —contestó Reed negando con la cabeza—. No quiere ser jefe. Pero no me pasará ni una. Garantizado. También tenemos a Nick Masterson, treinta y tres años, recién casado. Es competente. El Sunrise Café pertenece a su familia. Su madre lleva la contabilidad. Y el último de los ayudantes a tiempo completo es Cecil Barr. Veinticuatro, despreocupado pero no estúpido. Su padre es pescador, su madre enfermera, su hermana mayor estudia medicina y su hermano menor aún está en el instituto.

»Terminamos con Donna Miggins, la de la centralita. Sesenta y cuatro años, perspicaz. La propia señora me ha advertido de que ya puedo ir a buscarme el café y a hacer los recados yo solito, y que no tolerará ni la más mínima falta de respeto. Me cae bien. Me da un poco de miedo, pero me cae bien.

—Eres feliz.

—Lo soy.

—Y has recuperado la mayor parte del peso que perdiste.

—Me he hecho habitual del Sunrise Café. La mayoría de los isleños pasan por allí en algún momento u otro de la semana. Y de todos modos soy un desastre como cocinero.

—Deberías aprender a merecerte esa cocina.

—Si no cocino —señaló—, sigue limpia.

—Eso tiene sentido, aunque sea una estupidez —admitió.

—Bajemos a tomar un café. Acabo de comprarme una de esas cafeteras de lujo.

—No sé por qué —dijo Essie cuando entraron y empezaron a bajar las escaleras—, si tú siempre lo tomas solo.

—A la chica de mis sueños le gustan los cafés con leche.

—¿La artista?

Reed se llevó una mano al corazón.

—Pum, pum.

Como no lo había hecho al subir, Essie se detuvo delante de la suite principal y, con la confianza de una vieja amiga, entró.

—Es un espacio precioso, y también tiene unas vistas fantásticas. Todavía no tienes cama.

Reed señaló el colchón y el somier.

—Eso es una cama.

—Una cama tiene bastidor, cabecero, a veces estribo. Un poco de estilo. Nunca conseguirás meter a la chica de tus sueños en eso.

—Subestimas mi encanto y mi atractivo sexual.

—No, no los subestimo. —Miró a su alrededor y se fijó en que el oso de peluche policía descansaba sobre lo que él llamaba, equivocadamente, su cómoda—. Necesitas una cómoda de verdad en lugar de ese horrible bloque de madera que tienes desde la universidad. Puede que una silla bonita. Unas mesillas de noche, lámparas decentes. Una alfombra. Y... —Se quedó callada al asomarse al cuarto de baño—. Madre mía, el baño es fabuloso.

—El hijo de la anterior dueña, igual que la cocina. ¡Se acabaron las duchas de chorrito de pis!

—Compra toallas nuevas, busca alguna pieza de un artista local para las paredes y un buen espejo para el dormitorio.

—Eres difícil de complacer, Essie.

—Sé lo que sé. —Salió y entró en una habitación vacía—. ¿Qué vas a hacer con esta habitación? ¿Un despacho?

—No, el despacho ya lo tengo, al final del pasillo. Supongo que será un cuarto de invitados, terminaré teniendo dos. Tu familia y tú podríais venir a pasar alguna temporada. Voy a comprarme una barbacoa gigantesca.

Comenzaré a devolverte todas las comidas y las noches que terminé de gorra en tu casa.

—Nos encantaría.

—El primer fin de semana decente que los dos tengamos libre, barbacoa en la terraza.

—Hecho. Cama de matrimonio (entra de sobra), edredón y cortinas sencillas, un escritorio pequeño y una silla, lámparas y mesitas de noche bonitas, nada a juego, y una cómoda antigua, no una mierda, sino antigua.

—¿Ahora eres mi decoradora? Ya, ya —prosiguió antes de que Essie pudiera hablar—. Sabes lo que sabes.

Su amiga continuó la exploración y se topó con el baño sin reformar. Baldosas de color verde mar con borde negro. Inodoro y combinación de ducha y bañera de color verde mar. Lavabo de color verde mar en un tocador blanco.

—Me gusta.

—¿En serio?

—Es retro y un tanto kitsch, y tiene posibilidades. Necesitas un tocador nuevo, algo de pintura, toallas divertidas y una cortina de ducha. Quedará precioso.

Essie siguió deambulando por la casa, soltando ideas a tal velocidad que Reed empezó a pensar que debería estar tomando notas. Entonces abrió la puerta de su despacho.

—Ah —dijo.

Reed había instalado su escritorio —una reliquia de la universidad, enorme y tosca— en medio de la habitación. De esa manera, alcanzaba a ver las vistas, la puerta y el par de pizarras con ruedas que había colocado contra una pared.

En la primera pizarra, justo en el centro, había pegado la foto de Patricia

Hobart. Junto a las fotos de sus víctimas y de las respectivas escenas del crimen, había trazado cronogramas y agregado copias de los informes.

Varias líneas, sólidas o punteadas, se abrían en abanico y se entrecruzaban.

En la segunda pizarra había pegado imágenes de los tres tiradores del centro comercial, más cronogramas, información sobre el armamento y las fotos, los nombres y las edades de los muertos. Separados por una línea roja, había dispuesto foto, nombre, edad, ubicación y empleo de los supervivientes.

En el despacho también había tres armarios archivadores de color gris plomizo, un par de sillas plegables apoyadas en una pared —de pladur, enyesada, lijada, pero no pintada—, su vieja mininevera —también de su época en la universidad— y un cubo de la basura de gran tamaño medio lleno de latas vacías de Coca-Cola y Mountain Dew, de botellas de agua y de tazas de café desechables.

El armario abierto contenía material de oficina: papel para la impresora, el escáner, carpetas, un bote lleno de rotuladores, un montón de blocs de notas.

En el suelo del armario había una caja de botellas de agua, una caja de Coca-Cola y otra de Mountain Dew, todas abiertas y saqueadas.

Essie se acercó a las pizarras, las estudió.

—Buen trabajo, Reed. Muy exhaustivo.

—Ahora las cosas están tranquilas por aquí, y todavía no soy el jefe. He tenido tiempo. Aun así, Hobart se he cargado a otro, vuelve a estar activa. No hay forma de saber quién será su próximo objetivo, ni cuándo ni dónde. Hasta podría meter los nombres en un sombrero y sacar uno al azar.

—Esa zorra retorcida es más lógica. En su mente, todos los objetivos por los que ha ido hasta ahora recibieron cierta atención mediática a raíz de aquella noche. Tenían algo de fama, algo de fortuna... y una rutina que podía documentar y aprovechar. Veríamos eso si fuéramos uno por uno hasta terminar con Bob Kofax.

—Estaba todo en su página de Facebook —convino Reed—. Adónde iba, cuándo, por qué. Y publicó más cosas cuando llegó allí. Hobart se tomó unas vacaciones.

—Sí, así es. Los federales le siguieron el rastro hasta una habitación en el mismo complejo hotelero.

Reed se volvió de golpe.

—¿Estás segura?

—Sé mantener la cabeza agachada y el oído alerta. Añade este nombre a tu pizarra: Sylvia Guthrie. No volverá a utilizarlo, pero lo empleó para reservar y pagar la habitación y sus gastos, con una American Express. Y también para reservar el vuelo de ida y vuelta, en primera clase, directo desde Nueva York. Compañía JetBlue, desde el JFK.

—Chaz está en Nueva York. Lo ascendieron y se mudó a Nueva York.

—No creen que tuviera su guarida allí. Son de la misma opinión que nosotros. Canadá.

—Ahora ya no se quedará allí.

—Es poco probable. Tengo copias del pasaporte a nombre de Guthrie y de las fotos de su carnet de conducir abajo, en el bolso. En los documentos figuraba una dirección de Nueva York, pero es falsa. Puedes quedártelas para ponerlas también en tu pizarra. Según la información de la que dispongo, voló a las Bermudas un día antes que el objetivo, fue a darse un puto masaje y cargó una botella de vino de cien dólares y una comida estupenda en su habitación. Los cargos del tercer día incluyen asimismo un par de daiquiris sin alcohol en el servicio de bar de la playa; el objetivo y su familia también acumularon varias facturas allí, en el mismo período de tiempo, antes de que Kofax se quedara sin aliento, se desplomara y muriera debido al cianuro de su mai tai.

—Es la segunda vez que usa veneno. El doctor Wu. —Reed señaló la pizarra—. En el caso de Kofax, en una playa abarrotada en lugar de en un bar

abarroto, y cianuro en la copa en lugar de una inyección con una toxina como a Wu, pero se parece. Creo que le gusta disparar —añadió—. Creo que le gusta el impacto que produce, la sangre, pero a veces el veneno es más fácil.

—Estoy de acuerdo. La familia Kofax entraba y salía del agua —continuó Essie mientras deambulaba por la habitación—. Surfeaban con boogieboards, hacían payasadas, se tumbaban bajo las sombrillas del complejo. El objetivo pidió su mai tai, el segundo de la tarde, una copa para su esposa y una limonada para uno de los nietos, y luego arrastró a su mujer hasta el agua para jugar con los niños de nuevo. Volvió, se tumbó, empezó a beber. Y murió a los cuarenta y nueve años, un día antes de cumplir cincuenta.

»Lo único que tuvo que hacer Hobart fue ponerse cómoda en algún lugar, ver dónde estaba sentado el objetivo, qué bebía. Echar el veneno mientras él estaba en el agua y largarse a tomar por culo de allí.

»Cosa que hizo antes de volver tan tranquila al spa y regalarse un tratamiento facial. Con reserva anticipada. Tenía claro que para este iba a ser veneno, diría yo. Si no en la playa, en el bar de la piscina o en la terraza o en uno de los restaurantes. Hobart vio su oportunidad y la aprovechó.

—¿La interrogaron?

—El complejo estaba en temporada alta, pero los de la policía local hablaron con ella un momento. Afirmó que había estado en la playa sobre aquella hora, que incluso se había fijado en la gran familia feliz. Se había marchado a su cita en el spa y no le había llamado la atención nadie que anduviera cerca del grupo familiar. Aunque, claro, ella estaba absorta en su libro.

»Para cuando los federales se enteraron, ya se había desvanecido.

—Eso es suerte, además de inteligencia y planificación. —Mientras

estudiaba la pizarra, Reed se metió las manos en los bolsillos traseros—. Eso es mucha suerte.

—Le sale por las orejas. La única vez que sabemos que le falló la suerte fue contigo.

—Sí. —Distraído, se llevó una mano al costado.

—¿Cómo tienes el costado y el hombro?

—Estoy bien. No te lo creerás, pero sigo haciendo yoga.

—Eso sería digno de ver.

—No, de verdad que no. Deja que te prepare ese café.

—Te dejaré practicar cómo hacerle un café con leche a la chica de tus sueños, pero tomémoslo aquí. —Se volvió para mirar la pizarra—. Vamos a dar una vuelta a las cosas, a ver si algo chirría.

—Esperaba que dijeras eso.

Essie le dedicó dos horas antes de coger el coche de vuelta al ferri. Reed no podía decir que algo hubiera chirriado, pero los dos especularon que tal vez Hobart se estableciera en un clima más cálido durante un tiempo.

¿Por qué no?

Con esa perspectiva, ambos estudiarían a los supervivientes que se habían trasladado hacia el sur.

—Me alegro mucho de que por fin hayas venido a verme. La próxima vez —le dijo Reed—, carne a la barbacoa para toda la familia.

—¿Tienes platos de verdad?

—Eh... más o menos.

—Compra platos y una cama. Llena el nido, compañero. Es un nido estupendo.

—Vale, vale. Por Dios, mi madre me dijo lo mismo, y hasta amenazó con hacer que mi padre me trajera cosas del desván.

—Cómprate tú las cosas. —Le dio un golpecito en el pecho—. Ya eres un

niño grande.

Iba a besarle en la mejilla pero miró quién estaba llamando a la puerta.

—Tienes compañía.

Reed se dirigió hacia la puerta y cuando abrió y vio a CiCi sonrió de oreja a oreja.

—Hola, preciosa. Llegas justo a tiempo para conocer a una de mis personas favoritas. —La agarró de la mano y tiró de ella—. CiCi Lennon, Essie McVee.

—Nos conocemos. —CiCi, con una boina de color verde chillón sobre la melena roja y suelta y calzada con sus viejas botas UGG, entró en la casa y estrechó la mano a Essie—. Puede que no lo recuerdes.

—Sí, me acuerdo. Nos vimos un momento junto a la puerta de la habitación de hospital de Mi-Hi Jung.

—No lo sabía —intervino Reed.

—Fuiste para preguntar por Simone y por ella —dijo CiCi—. Entonces me quedé con la sensación de que eras una mujer comprometida y cariñosa. Nunca me equivoco. Has venido hasta aquí a pasar un rato con Reed.

—Ya se me ha agotado el tiempo. Qué casa tan estupenda. Será mejor cuando tenga muebles de verdad.

—Vale, mamá.

—Tengo que coger el ferri. Me alegro de haber tenido la oportunidad de volver a verla, señorita Lennon.

—CiCi. Reed, la próxima vez, trae a Essie a visitarnos. Espero que vengas con tu marido y tu hijo.

—Ese es el plan. Reed —Essie lo abrazó, lo besó en la mejilla—, estoy orgullosa de ti, jefe.

—Acompaña a Essie al coche —le ordenó CiCi—. Hay un paquete para ti en el mío. Tráetelo. —Mientras hablaba, iba quitándose una bufanda verde chillón—. Si tienes vino, me serviré una copa, Reed.

—Tengo el blanco y el tinto que te gustan.

—Este es mi hombre. Vuelve pronto, Essie.

CiCi tiró el abrigo, la bufanda y la boina sobre un sofá en un estado verdaderamente deplorable. Essie tenía razón en cuanto a los muebles, pensó CiCi mientras se decidía por el blanco que Reed había puesto a enfriar en el frigorífico, como a ella le gustaba.

Sirvió dos copas. Reed preferiría tomarse una cerveza, pensó, pero ella esperaba que su regalo de inauguración para la casa mereciera una copa de vino.

No tardó en volver, cargado con el paquete.

—Has tenido que venir con la ventana bajada para que entrara en el coche. Hace frío, CiCi.

—Los isleños somos gente recia.

—Es un cuadro. —Y bien grande; Reed palpó el marco bajo el grueso papel marrón en el que lo había envuelto—. Me has pintado un cuadro.

—Así es, y espero que te guste.

—Ni siquiera necesito verlo para saber que me encantará.

—Sería más divertido si lo vieras de una vez. Vamos, vamos, quita el papel. Tengo una opinión muy clara respecto a dónde debes colgarlo. Veremos qué piensas tú.

Reed tuvo que ponerlo encima de la isla de la cocina para arrancar la cinta adhesiva y quitar el cartón protector de las esquinas del marco. Le dio la vuelta, apartó una lámina de cartón del frente.

Y se quedó mirándolo, alucinado, agradecido, abrumado.

—Joder, CiCi.

—Me lo tomaré como una expresión de aprobación.

—Ni siquiera sé qué decir. Es increíble.

La playa, las rocas, la franja de arena, todos aquellos colores tan vivos y

fuertes. Los pájaros volaban sobre el agua; un barco blanco se deslizaba hacia el horizonte. El cielo más azul se extendía por encima de todo, y una de las vaporosas nubes blancas formaba un dragón como el que vigilaba la habitación de huéspedes de CiCi.

Unas cuantas conchas, exquisitamente detalladas, salpicaban la arena como tesoros desperdigados.

Y dos figuras sentadas en las rocas, muy juntas, miraban el mar.

—Somos nosotros —murmuró—. Somos tú y yo.

—No será la última vez que te pinte, pero es un buen comienzo.

—No sé qué decir. —La miró—. De verdad, no sé cómo agradecértelo. Es mágico. Igual que tú.

—Pues lo que acabas de decir ya es perfecto. Estamos bien, ¿no? Dos almas gemelas reunidas.

—Te quiero mucho, CiCi.

—Yo también te quiero mucho. ¿Dónde crees que te gustaría colgarlo?

—Tiene que ir ahí, encima de la chimenea. Tiene que estar donde pueda verse desde todas partes.

—Tienes toda la razón. Y no hay momento como el ahora. He traído alcajates. —Las buscó en el bolsillo—. Y en el coche hay un taladro, por si no tienes.

—Sí, tengo uno.

—Y una cinta métrica. Hagámoslo ya, y hagámoslo bien.

CiCi se mostró muy puntillosa en cuanto a la precisión de las medidas y dejó a Reed a la altura del betún en la parte matemática. Pero gracias a su meticulosidad, sus cálculos y su ayuda, Reed colgó su primera obra de arte en su nuevo hogar.

—Tengo un CiCi Lennon original. Joder, salgo en un CiCi Lennon original. Y es increíble.

Ella le pasó su copa y le dio un golpecito con la suya.

—Por ti y tu feliz hogar.

Reed bebió con ella y luego la atrajo hacia sí.

—¿Dónde estaría ahora si no hubieras bajado aquella mañana?

—Estabas destinado a estar aquí, así que aquí estás.

—La verdad es que esa es la sensación que tengo. —Le dio un beso en la coronilla—. Supongo que voy a tener que tomarme en serio lo de los muebles. Aquí abajo no hay nada digno del cuadro.

—Tienes razón. Empieza por deshacerte de ese sofá tan feo.

Reed sintió una punzada de dolor por los recuerdos creados en aquel sofá tan feo. Las siestas que se había echado, los partidos que había visto, las chicas a las que había desnudado.

Luego miró el cuadro y pensó en los recuerdos por llegar.

La isla no contaba con ninguna tienda de muebles propiamente dicha, pero sí con una especie de mercadillo de antigüedades. Allí encontró algunas cosas y, en la única tienda de regalos abierta durante todo el año que le gustaba, se conectó a internet para buscar más.

Intentaba no pensar demasiado en las heridas sangrantes que estaba infligiendo a su tarjeta de crédito.

En cualquier caso, ir de compras por la isla servía también a su propósito de hacer relaciones públicas. E invitar a Cecil a unas cervezas a cambio de que lo ayudara a transportar, ensamblar y colocar los muebles le dio la oportunidad de conocer mejor al joven ayudante.

Por ejemplo, descubrió que Cecil tenía más experiencia que él con las herramientas. Aquel chico no era rápido, pero sí infatigable.

Juntos, se apartaron para estudiar la cama. Había sido la primera compra de

Reed, porque, sin duda, quería meter a la chica de sus sueños en ella. Incluso se había lanzado con un colchón nuevo.

—Te ha quedado bien la cama, jefe.

—¿Tú crees? Sí, está bien.

Sencilla, pensó, pero no tan básica como para que pareciera que le importaba un comino. Le gustaban los listones verticales, el estribo bajo que no lo molestaría, el color carbón desvaído.

—¿Ponemos las sábanas y todo eso?

—Ya me ocuparé de eso más tarde. Vamos a descargar el resto de las cosas. Te lo agradezco, Cecil.

—Qué va, no me importa. Me gusta montar cosas. Y es una casa genial.

Para cuando le sirvió la cerveza a Cecil, ya tenía un dormitorio amueblado, un sofá nuevo y una segunda cama —de matrimonio, como se le había ordenado— instalada en la habitación de invitados, junto con sus mesillas de noche y sus lámparas. Nada demasiado a juego, esperaba.

Agotado, se desplomó en su nueva cama, sin sábanas. La probó, dio unos botecitos.

¿Cómo narices había conseguido dormir en aquella porquería de colchón durante tanto tiempo? Pensó en alcanzar la cerveza que tenía en su nueva mesilla, encima de un posavasos, no era tonto. Volvió a pensarlo.

Y se quedó dormido.

Soñó con taladros y martillos, tornillos y destornilladores. Y, como la cosa más natural, aquello dio paso a un sueño erótico bastante espectacular protagonizado por Simone.

En el sueño, su nueva cabecera golpeaba la pared mientras Simone le rodeaba la cintura con las piernas.

Se despertó con una erección tremenda, algo jadeante. Y se dio cuenta de que los golpes no habían parado.

—Mierda, joder, maldita sea. —Se levantó a toda prisa, hizo todo lo posible por recomponerse—. Abajo, chico —murmuró y se dirigió hacia la escalera.

El fornido repartidor ya había pasado por allí otras veces.

—Lo siento, estaba arriba.

—Tienes otro paquete.

El conductor le tendió la tableta para que firmara.

—Oye, si no contesto o no estoy en casa, puedes dejar las cosas aquí mismo.

—Eso tienes que comunicarlo, por escrito.

—Está bien. Lo haré.

El conductor volvió a su camioneta y dejó a Reed plantado con una caja grande y absurdamente pesada en la puerta de su casa.

La arrastró hacia el interior y sacó su navaja de bolsillo para cortar el precinto.

—Platos. Ah, sí, compré platos.

Blancos, recordó, porque cuando se puso a buscar, todos los colores y estampados le daban dolor de cabeza. El blanco era sencillo.

Tenía que sacarlos y seguramente lavarlos, lo cual significaba cargar el lavavajillas, después vaciarlo de nuevo y luego guardarlos.

Aquella idea hizo que le entraran ganas de echarse otra siesta.

Además, todavía debía poner las sábanas a la cama y no había desempaquetado las toallas nuevas. ¿También tenía que lavarlas?

¿Cómo diablos iba a saberlo?

No tenía sentido llamar a su madre para preguntárselo, porque le diría que sí sin pensárselo. Reed lo tenía clarísimo.

—Puede esperar —decidió, y volvió a subir a por su cerveza.

No está del todo caliente, se dijo mientras se la llevaba a la ducha.

Pero los platos, y las toallas, todas aquellas puñeteras cosas lo incordiaron hasta que se rindió.

Se vistió, metió los platos en el lavavajillas y las toallas en la lavadora. Se recordó que tenía una televisión de pantalla plana en camino. Dos, de hecho, porque había pedido una para la habitación principal. La de la planta de abajo no iría encima de la chimenea, como se había imaginado, porque tenía el cuadro mágico. Pero había otras paredes.

Y le quedaba una semana entera por delante antes de asumir el cargo de jefe.

Lo dejaría todo hecho.

Subió a poner las sábanas en la cama. También eran nuevas (¿había perdido la cabeza?). Su madre, sin duda, aseguraría que era necesario lavarlas primero, pero al cuerno con eso. No podía hacerlo todo.

Había comprado un edredón de color índigo, básicamente porque era el que aparecía en la cama de la foto y parecía bastante bueno. Venía con fundas para cojines, y rellenarlas le parecía demasiado jaleo y molestia, pero aun así lo hizo.

No le apetecía salir a comer, así que optó por una pizza congelada de toda la vida.

Cambió la cerveza por Coca-Cola y se llevó la cena al despacho.

Se sentó y estudió sus pizarras mientras comía pizza.

—¿Dónde estás, Patricia, zorra asesina? Apuesto a que hace calor donde estás.

Desvió la vista hacia la pizarra de objetivos, hacia el grupo que había separado. Uno en Savannah, otro en Atlanta, otro en Fort Lauderdale, otro en Coral Gables.

Había que sumarles el chaval que se había alistado en la marina y que en

aquellos momentos estaba destinado en San Diego y la mujer que se había mudado a Phoenix con su esposo e hija.

—¿Quién de ellos es? ¿Dónde te escondes ahora?

Patricia, Ellyn Bostwick en la actualidad, tenía un bonito bungalow de alquiler vacacional en Coral Gables.

Todos los días salía con una cámara, un sombrero de ala ancha y una mochila. Se ponía su disfraz, mantenía conversaciones agradables con los vecinos. Era, según les dijo, una fotógrafa independiente que iba a dedicar tres meses a crear su propio libro de fotografía de la zona.

Accedió de buen grado a sacar unas fotos a los mocosos de al lado para la idiota de su madre. Las imprimió, incluso las enmarcó.

Recién divorciada, les dijo a sus vecinos, quería tomarse un tiempo para estar a solas y alejarse del frío y las multitudes de Chicago.

Emily Devlon (de soltera Frank) tenía dieciocho años la noche de la masacre en el centro comercial DownEast. Tras su descanso, regresaba a Orange Julius, donde trabajaba durante el verano, cuando estalló la guerra.

Reconoció los disparos en cuanto los oyó, porque su padre era policía, así que echó a correr a toda velocidad en dirección contraria al ruido. Pero entonces el ruido empezó a llegarle desde ambas direcciones.

Supo lo que tenía que hacer a pesar de que la invadía el pánico: buscar un agujero y esconderse. Se dirigió hacia la tienda más cercana abriéndose paso entre la avalancha de gente. Una mujer se cayó delante de ella; Emily estuvo a punto de pisarla. Enseguida agarró a la mujer por debajo de los brazos —vieja, frágil, quejosa— y la arrastró hasta la tienda.

El cristal explotó; ambas sufrieron cortes, pero Emily se las arregló para llevar a la mujer hasta detrás de un expositor de camisetas y jerséis de verano.

Un empleado pasó corriendo junto a ella con los ojos desorbitados. En su cabeza, Emily gritó: No, no lo hagas.

Cerró los ojos cuando oyó el grito y el golpe sordo de un cuerpo al caer.

Se aferró a la anciana, que viviría otros ocho años antes de morir por causas naturales. Le dejó cien mil dólares en su testamento.

Emily, para entonces esposa y madre, invirtió parte de la herencia en la compra de una casa en una bonita comunidad lejos de los inviernos y los malos recuerdos de Maine.

Viviría más tiempo que la mujer a la que había salvado, pero su cuenta atrás estaba en marcha.

Reed se vistió para su primer día como jefe de policía. Tenía un uniforme —camisa y pantalones caquis, e incluso una gorra de plato—, pero eligió unos vaqueros y una camisa azul claro. Reservaría el uniforme para las ocasiones especiales, pero —tomando prestado uno de los dichos de su abuela—, debía empezar como pretendía continuar.

Se puso unas botas —ni nuevas ni demasiado usadas— y, dado que en marzo aún hacía frío, una chaqueta de cuero que tenía desde hacía más o menos una década.

Se colocó el arma de servicio en el cinturón.

Decidió recorrer caminando el kilómetro aproximado que lo separaba del pueblo. Debía reducir su huella de carbono, pensó, y, como jefe, disponía de un coche en la comisaría.

Durante el paseo tuvo tiempo de hacer algo de balance. No estaba nervioso. Llevaba casi tres meses viviendo en la isla, le había tomado el pulso. Muchos de los 1.863 isleños, de edades comprendidas entre los siete meses y los ochenta y ocho años, habían pensado que ni siquiera superaría el invierno.

Pero lo había hecho.

Algunos suponían que no terminaría el verano como jefe.

Pero lo haría.

No solo le gustaba su vida allí, sino que aquello era su vida.

Tenía una misión aparte, y trabajaría en el caso Hobart hasta que aquella

zorra loca oyera el portazo de su celda; sin embargo, su prioridad en aquel momento, a partir de aquel día, debía ser la isla.

Atisbó un par de ciervos en lo que él consideraba su bosque y lo interpretó como una señal positiva. La nieve derretida ablandaba el suelo que pisaba, y todo aquel blanco acababa formando charcos y manchas. La temporada de nevadas no había terminado, al menos según los viejos que pasaban la tarde en el Sunrise tomando café, jugando a las cartas y soltando tonterías.

El pronóstico consensuado era que habría otro buen ciclón de los que suelen azotar la costa nordeste y que, tras él, el invierno daría paso a la primavera.

Reed no apostaría contra ellos.

Pasó por delante de varias casas de vacaciones que estarían cerradas hasta que llegara el verano. El vandalismo, incluso las típicas chorradas que hacen los críos, era raro en la isla. Allí todo el mundo conocía a todo el mundo, y todo el que conocía a todo el mundo sabía que la economía de la isla dependía en gran medida de los veraneantes.

Unas cuantas casas más, estas de isleños. Reed había puesto mucho empeño en dar con la forma de conocer, al menos por encima, a todos los que pasaban el año entero en la isla.

Artistas, fotógrafos, tenderos, cocineros, jardineros, jubilados, blogueros, profesores, pescadores de langostas, artesanos. Un par de abogados, un surtido de personal sanitario, mecánicos, empleados de mantenimiento y demás.

Todos ellos mantenían la isla en marcha.

Ahora él también lo hacía.

Vio que el ferri se deslizaba hacia el continente. Algunos tenían negocios o aceptaban empleos allí durante la temporada baja. Unos cuantos enviaban a sus hijos a escuelas privadas. El desplazamiento de cuarenta minutos no estaba mal, opinaba Reed. A fin de cuentas, no había atascos.

Pasó por el muelle del ferri, donde sabía, gracias a sus propios recuerdos,

que habría decenas de coches esperando en fila para iniciar el viaje de vuelta a casa después de pasar un día de verano en Tranquility Island.

Su camino desembocó en el pueblo. Al igual que las casas de alquiler, la mayoría de las tiendas y de los restaurantes permanecerían cerrados hasta la temporada de verano. Algunos recibirían una nueva capa de pintura una vez que estallara la primavera, por lo que los listones, hoy descoloridos, resplandecerían y atraerían a visitantes e ingresos.

Desde allí el puerto deportivo y la playa ofrecían todo lo que los veraneantes podían desear: sol, arena, mar y deportes acuáticos.

Se encaminó hacia el Sunrise y, al entrar, se dejó envolver por el olor a beicon y a café.

Val, la camarera de la barra, que tenía el pelo rubio y brillante y llevaba un delantal rosa, le dedicó una sonrisa alegre.

—Buenos días, jefe.

—Buenos días, Val.

—Notarás las mariposas en el estómago del primer día, ¿no?

—No mucho. Ponme seis cafés grandes para llevar. Dos solos, uno con leche, otro con leche y un azucarillo, otro con leche y dos azucarillos y el último con esa crema de vainilla que tenéis y tres azucarillos.

Val asintió con la cabeza y se fue a por la cafetera.

—¿Vas a invitar a toda la comisaría?

—Creo que es lo que hay que hacer el primer día.

—Bien pensado. Te los marcaré para que sepas cuál es cuál. A lo mejor quieres llevarte algo de tarta de café para acompañarlos.

—He encargado una docena de donuts en la panadería. Policías, donuts. Es lo nuestro.

Mientras Val preparaba el pedido, Reed saludó a algunos clientes habituales de la hora del desayuno: los dos hombres canosos con un acento de Nueva

Inglaterra tan marcado que Reed debía afinar la frecuencia de sus oídos para entenderlos; el encargado de los voluntarios que limpiaban la playa en verano; un bloguero aficionado a los pájaros con su cámara, sus gafas de campo y su libreta; el director del banco; el bibliotecario de la isla.

—Gracias, Val.

—Buena suerte hoy, jefe.

Reed fue con la bandeja de cafés para llevar hasta la panadería, recogió la docena de donuts y conversó brevemente con la mujer que dirigía la inmobiliaria Island Rentals, que esperaba un encargo de pasteles para lo que ella llamó una reunión de lluvia de ideas.

Continuó bajando, giró a la derecha en la esquina y siguió hasta el edificio de una sola planta, pintado de un blanco descolorido y con un estrecho porche cubierto. En el cartel clavado en la franja de césped que separaba la acera del porche ponía: DEPARTAMENTO DE POLICÍA DE TRANQUILITY ISLAND.

Haciendo malabarismos con el café y los donuts, rebuscó las llaves que su predecesor le había entregado la noche anterior mientras se tomaban una cerveza de transición. Reed abrió la puerta y, tras respirar hondo, entró en la que ya era su casa a las siete y veinte en punto.

CiCi, que afirmaba ser una bruja solitaria, además de algo adivina, había insistido en llevar a cabo una especie de ritual. De limpieza, inauguración o lo que fuera. A Reed le pareció que dejar que su amiga encendiera un par de velas, agitara un palo de salvia y canturreara no le haría ningún mal.

Echó un vistazo alrededor, hacia lo que el policía de ciudad que llevaba dentro veía como un despacho común. Hacia los escritorios en los que trabajaban sus ayudantes (cuatro emparejados y situados uno frente a otro y otros dos compartidos por los ayudantes de verano). Hacia la centralita, que se extendía a lo largo de la pared derecha. Hacia las sillas para las visitas,

alineadas a la izquierda. Había un mapa de la isla en la pared, una maceta con una especie de planta de aspecto tristísimo en el rincón.

La puerta de acero de la parte de atrás conducía a tres celdas. Otra, a la pequeña armería. Había un cuarto de baño (unisex), una salita de descanso con un hornillo para hacer café, una nevera pequeña y un microondas. También disponía de una mesa con un tablero de linóleo astillado que Reed esperaba reemplazar si encontraba los medios necesarios en el presupuesto.

Controlaba un presupuesto. ¿No era la leche?

Cruzó la sala común en dirección al estrecho pasillo que por un lado llevaba a la sala de descanso, por el otro hacia el baño y de frente a su despacho.

Entró en su despacho, dejó el café y los donuts, y se quitó la chaqueta para colgarla en el perchero que había junto a la puerta. Su escritorio estaba situado de cara a la puerta, y así lo mantendría. Tenía una silla decente, un ordenador, una pizarra blanca para los horarios, un tablón de corcho, armarios archivadores, una sola ventana que dejaba entrar algo de sol.

Contaba con su propio hornillo... que en algún momento reemplazaría por una cafetera de verdad.

—Pues muy bien —dijo en voz alta.

Rodeó el escritorio, se sentó, encendió el ordenador e introdujo su contraseña. Había creado el documento la noche anterior, durante el ritual mágico de CiCi, y entonces lo abrió, le echó otra ojeada y lo envió.

Cuando oyó que se abría la puerta de la comisaría, se levantó, cogió el café y los donuts y salió a la sala común.

No le sorprendió que Matty Stevenson fuera la primera en llegar.

—Jefe —dijo ella, un poco fría, un poco seca.

—Gracias por venir temprano. Café solo.

Sacó el vaso de Matty de la bandeja. Ella lo miró con el ceño fruncido.

—Gracias.

—Donuts. —Abrió la tapa de la caja—. Has llegado la primera, así que eliges la primera. —Al ver que Matty seguía frunciendo el ceño, Reed dejó la caja encima del escritorio más cercano—. Si convoco a todo el mundo media hora antes, lo menos que puedo hacer es traer café y donuts.

Mientras ella decidía cuál coger, llegaron Leon y Nick.

—Jefe Quartermaine —lo saludó Leon, agradable pero formal.

—Café —dijo Reed mientras repartía los vasos—. Donuts.

Señaló la caja con un pulgar.

Entonces entró Cecil.

—Hola. ¿Llego tarde?

—Justo a tiempo —le dijo Reed, que le pasó su café.

—Vaya, gracias, jefe. Eh, justo como me gusta.

—Coge un donut, siéntate.

—¡Puñetero perro! —Donna entró corriendo—. No sé por qué dejé que Len me convenciera de lo de ese puñetero perro. ¿Qué es todo esto? —exigió saber mientras se quitaba una chaqueta acolchada y la bufanda que llevaba como si fuera una boa constrictor—. ¿Esto es una fiesta o una comisaría?

—Es una reunión. —Reed le pasó el último café—. Coge un donut.

—Donuts. Acabaremos con un puñado de policías gordos.

Pero cogió uno.

—Os agradezco que hayáis venido temprano. Anoche tomé una cerveza con el jefe Wickett y me pidió que os diera las gracias de nuevo por el trabajo que habéis hecho bajo su mando. No voy a cambiar mucho por aquí.

—¿Mucho?

Donna resopló y dio un mordisco a un donut relleno de gelatina.

—Exacto. Voy a jugar un poco con el presupuesto, a ver si consigo comprar una mesa nueva para la sala de descanso. Mantendré la política de puertas

abiertas del jefe Wickett, así que, cuando mi puerta esté cerrada, será por algo. De lo contrario, estará abierta. Si Donna no os ha dado ya a todos mi número de móvil, pedídselo. Y yo necesito el vuestro. Quiero que llevéis el móvil cargado y encima en todo momento. Estéis de servicio o no. Sé que el jefe Wickett usaba la pizarra para los horarios, pero yo usaré el ordenador. Ya he preparado los turnos del próximo mes, tenéis el documento en vuestro ordenador. Si alguien necesita cambiar un turno o coger días libres, podéis resolverlo entre vosotros, solo tenéis que comunicármelo después. Si no, buscaremos una solución.

—¿Tus turnos también están en el documento? —quiso saber Matty.

—Sí. Y ya que estamos aquí, que alguien me diga qué demonios es esa cosa. Todos miraron la planta enfermiza.

—Es un engendro —contestó Donna—. La esposa del jefe se lo regaló vete tú a saber por qué. Deberíamos acabar con ella.

—Venga ya, Donna —comenzó a decir Cecil.

—El jefe tenía la negra con las plantas... Sin ánimo de ofender, Cecil. Cecil, la única persona negra de la sala, se limitó a sonreír.

—Yo ya tengo dos. Pero no podemos tirarla sin más. No estaría bien.

—¿A alguien se le dan bien las plantas? —preguntó Reed—. Yo no sé cómo se me dan, nunca he intentado cultivar nada.

Todo el grupo se volvió a la vez hacia Leon.

—De acuerdo, Leon, eres el encargado de esa cosa de ahí. Si muere, le ofreceremos un funeral decente. Y antes de que llegue la época de floración, tal vez puedas contarme algo sobre los altramuces y sobre cualquier otra cosa que crezca en mi casa. No tengo ni puñetera idea.

—Sí, te echaré una mano.

—Genial. Una cosa personal más. Creo que necesitaré que alguien haga limpieza en mi casa un par de veces al mes. No me refiero a vosotros. —Tuvo

que reírse, pues las expresiones que adoptaron sus subordinados fueron desde pétreas hasta horrorizadas—. Os estoy pidiendo recomendaciones.

—Kaylee Michael y Hester Darby se encargan de la limpieza de los apartamentos de Island Rentals —le dijo Donna—. Contratan a gente de fuera para que las ayude durante la temporada, pero Kaylee y Hester son de la isla.

—Conozco a Hester.

—Teniendo en cuenta que eres un hombre desordenado en una casa grande, sería más inteligente que contrataras a las dos. Terminarán antes y forman un buen equipo.

—Gracias. Hablaré con ellas. Si alguien tiene preguntas, sugerencias o comentarios sarcásticos, ahora es el momento. Si son preguntas, sugerencias o comentarios sarcásticos más personales, podéis venir a verme a mi despacho.

—¿Se nos expedientará por los comentarios sarcásticos?

Reed lanzó a Matty una mirada penetrante.

—Supongo que tendremos que descubrirlo. No soy demasiado estricto, pero tampoco soy un pelele. Tendrás que encontrar el punto justo. Revisad vuestros turnos. Estaré en mi despacho.

Cogió un donut antes de marcharse.

El primero tardó menos de diez minutos en golpear el marco de su puerta con los nudillos.

—Pasa, Nick.

—Me has puesto un turno el próximo sábado por la noche. Hará seis meses que nos casamos, y le prometí a Tara, mi esposa, que iríamos a Portland para cenar en un sitio elegante. Cecil me ha dicho que me lo cambia.

—Lo arreglaré. ¿Cómo conociste a Tara?

—Hace un par de años vino a trabajar a la isla en verano con una amiga suya. De socorrista. Salvó a un tipo que al parecer tuvo un ataque al corazón y casi se ahoga. Lo sacó del agua, le aplicó un masaje cardíaco, lo resucitó. Yo

estaba patrullando en la playa, así que hablé con ella, le tomé declaración y todo eso. Y así empezó todo. —Nick sonrió, le brillaban los ojos—. Bueno, gracias, jefe.

Al cabo de unos minutos, Matty entró, se sentó y se cruzó de brazos.

—¿Has venido a hacer un comentario sarcástico?

—Eso depende. Comienza como observación. El comentario sarcástico depende de tu respuesta.

Reed se recostó en su asiento.

—Dispara.

—El jefe Wickett era un buen policía, un buen gestor y un buen jefe, pero tenía un punto ciego. Tenemos un solo baño.

—Sí, y no creo que haya forma de estirar el presupuesto para construir otro.

—Eso me da igual. Lo que no me da igual es que el punto ciego del jefe era que contaba con que Donna y yo nos turnáramos para limpiar el baño. Porque tenemos ovarios, según su mentalidad.

—No comparto esa mentalidad. Salvo que pueda, una vez más, estirar el presupuesto para que venga alguien una vez a la semana...

—Los hombres huelen mal y son descuidados. Una vez a la semana no es suficiente.

—Vale, dos veces a la semana, si es que encuentro dinero para que venga alguien y se ocupe de ello. De lo contrario, a diario, rotación completa. Incluyendo a los que no tienen ovarios. Enviaré un memorando al respecto a todo el personal.

—¿Tú entras en esa rotación?

Él le sonrió.

—Soy el jefe de policía. Eso significa que no cepillo la taza del váter. Pero haré todo lo posible por no oler mal ni ser descuidado.

—El papel higiénico se pone en el soporte, no encima del puñetero lavabo.

—Lo añadiré al memorando.

—Hay que bajar el asiento del inodoro.

—Por Dios. —Reed se rascó la nuca—. ¿Qué te parece lo siguiente: después de cada uso hay que bajar la tapa además del asiento? Si fuera solo el asiento, sería favoritismo.

—Me parece justo. —Matty, sin embargo, titubeó.

—¿Algo más?

—En el turno de limpieza del baño solo deberían participar los ayudantes.

—¿Por qué Donna no? ¿No usa el baño?

—Hay que arrodillarse para fregar el suelo. Está en forma y es ágil, pero sé que le duelen las rodillas.

—Vale, solo los ayudantes. Gracias por decírmelo.

Matty asintió, se puso de pie.

—¿Por qué me has puesto a patrullar con Nick o con Cecil en lugar de con Leon?

—Porque ellos dos todavía necesitan espabilar, y Leon y tú no.

—Antes...

—Esto ya no es antes. Confórmate con la victoria del baño, ayudante. — Oyó que sonaba el teléfono en la sala común—. Si es un aviso, Nick y tú sois los primeros. Tened cuidado ahí fuera.

Antes de terminar su primer día, modificó varias cosas más: cedió en algunas, se mantuvo firme en bastantes. Respondió a un par de avisos en persona, solo para no perder la práctica.

Para cuando acabó la primera semana, cerró la comisaría sintiéndose satisfecho y seguro. Dejó el coche patrulla allí y optó por volver caminando. Si recibía una llamada fuera de horario, cogería su vehículo personal. Compró un par de cosas en el mercado e inició el regreso hacia su casa con un aire que olía a tormenta.

Su meteorólogo del Sunrise decía que el ciclón estaba a punto de estallar. Y dado que la estación meteorológica oficial era de la misma opinión, Reed tenía intención de cerrar a cal y canto su casa, prepararse por si recibía algún aviso relacionado con los daños causados por la tormenta, accidentes o árboles caídos.

Los árboles de su casa se mecían con la fuerza del viento, pero ya habían sobrevivido a otras tormentas. Giró para entrar por detrás, por la cocina.

Pero distinguió el coche de Simone aparcado junto al suyo y pensó: Oh, sí. ¡Por fin!

No la vio, así que rodeó la casa hasta el lado que daba al mar. Y allí estaba ella, de pie, con el pelo ondeando al viento. En aquel momento llevaba el pelo teñido del color del preciado aparador de caoba de la abuela de Reed.

Pum, pum, pum, se le desbocó el corazón. Se preguntó si le pasaría siempre.

—¡Hola! —gritó—. Una brisa agradable, ¿eh?

Simone se volvió: los ojos vivos, la cara resplandeciente.

—No hay nada como una tormenta acercándose. —Dio unos pasos hacia él—. ¿Cómo te ha ido la primera semana?

—No me ha ido mal. ¿Quieres entrar?

—Sí.

Simone rodeó la casa a su lado y lo observó deslizar la puerta de cristal que daba a la cocina.

—¿No cierras con llave?

—Si alguien quisiera entrar, no tendría más que romper el cristal. —Dejó la bolsa del mercado en la encimera—. ¿Te apetece tomar algo?

—¿Qué me ofreces?

—Tengo el vino de CiCi.

Cogió una botella de cada uno, las levantó.

—El tinto, por favor.

Simone cruzó la cocina hacia el salón.

—Bonito sofá. Necesitas cojines.

—Las mujeres necesitan cojines. Yo soy un hombre.

—Un hombre que supongo que quiere mujeres en este sofá.

—Tienes razón. Entonces habrá cojines. No tengo ni idea de comprar cojines.

Abrió el tinto.

—Te las apañarás. —Se acercó al cuadro—. Vaya, es maravilloso.

—El mejor regalo de la historia. —Abrió una cerveza para él, le acercó el vino—. ¿Quieres que te enseñe la casa?

—Sí, dentro de un minuto. Has empezado bien aquí abajo. Necesitas más obras de arte, un par de sillas, una o dos mesas más, incluyendo una para esa zona para cuando tengas invitados a cenar.

—No sé cocinar. Bueno, huevos revueltos, sándwiches QFB.

—¿QFB?

—De queso fundido con beicon. Especialidad de la casa, junto con la pizza congelada. ¿Tienes hambre?

—Tengo más curiosidad que hambre. —Se apoyó en el brazo del sofá y probó el vino—. La última vez que te vi, y ya hace más de dos semanas, me besaste y me dijiste que era la mujer más guapa que habías visto en tu vida.

—Sí, eso hice. Lo eres.

—No hubo continuación.

Reed la señaló con la cerveza y bebió.

—Has venido, ¿no?

Simone enarcó las cejas, y una de ellas desapareció bajo una cortina caoba.

—Eso podría convertirme en una persona inteligente, estratégica o

afortunada. Me pregunto cuál de ellas eres.

—Diría que tengo un poco de las tres. Supuse que presionarte sería un error.

—Y tenías razón. ¿Y supusiste que si esperabas aparecería por aquí?

—Tenía la esperanza de que así fuera. Aunque debo confesarte que solo habría sido capaz de esperar un par de días más antes de ir a verte. Estaba buscando una manera de hacerlo con sutileza.

—Bueno, muy bien. —Simone se levantó—. Tengo algo para ti en el coche. No estaba segura de si iba a dártelo. Para empezar, porque no estaba segura de si quedaría bien en la casa. Ahora creo que sí.

Le pasó la copa.

—¿Por qué no me rellenas esto mientras voy a por ello?

—Claro.

Reed le relleno la copa y se preguntó de qué iba todo aquello. Simone no estaba coqueteando, sino más bien conversando. Pensó que se ahogaría en su extraña bañera verde si ella había decidido que solo serían amigos.

Cuando volvió, le cambió una caja por la copa.

Reed cortó el precinto con su navaja y rompió el embalaje. Sacó la escultura de una mujer no más grande que su mano. Era exquisita, estaba apoyada en una especie de tallo con brotes, como si ella misma fuera una flor. El pelo le caía por los hombros y le bajaba por la espalda entre un par de alas.

Se pasaba una mano por el pelo como si se lo apartara de la cara, con los labios curvados, y los ojos, almendrados y cargados de diversión.

—Tu hada doméstica —dijo Simone—. Para que te dé buena suerte.

—Madre mía, primero un Lennon original y ahora un Simone Knox original.

—A algunos hombres podría parecerles que un hada es demasiado femenina.

—Yo la encuentro preciosa. —La colocó en la repisa de la chimenea, en la

esquina del cuadro más cercana al punto en el que CiCi y él estaban sentados —. ¿Queda bien ahí?

—Sí, muy bien. Tienes que poner un candelabro en la otra punta. Algo interesante y no...

Reed se acercó y la besó con algo más de garra que la primera vez.

—Gracias.

—De nada. —Esta vez ella dio un paso atrás—. ¿Y si me enseñas la casa?

—Has sido muy oportuna. He contratado a un equipo de limpieza que viene dos veces al mes. Les tocaba hoy.

—Kaylee y Hester. Me lo habían dicho.

Le enseñó la planta de arriba. Igual que Essie, igual que CiCi, Simone hizo comentarios, sugerencias.

Se detuvo ante una puerta cerrada.

—Mi despacho —dijo Reed, que puso una mano sobre el pomo para mantenerla cerrada. Tenía más claro que el agua que no quería que Simone viera sus pizarras—. Lo limpio yo, así que ahora mismo está bastante desordenado. Ahí tengo una habitación de invitados.

—Es muy bonita, acogedora.

—Mi compañera tenía las ideas muy claras, así que traté de seguirlas al pie de la letra. Casi todas. Espero que su marido y ella la usen este verano. Tienen un niño, pero hay una segunda habitación de invitados... O la habrá en algún momento. Y mis padres. Mi hermana y su familia. Mi hermano y la suya.

—Es bonita, y tiene baño propio. ¿Era la principal?

—No, esa está en la otra punta del pasillo.

Por el camino, Simone se detuvo en lo que él llamaba el baño Verde Retro.

—Es... Es precioso. Cualquier otra persona lo habría tirado abajo, pero tú lo has conservado, y es adorable.

—Y ahora tengo que confesar que tirarlo abajo fue mi primera idea. Essie,

mi compañera, tenía una opinión distinta. Ella misma me ha enviado la cortina de ducha con caballitos de mar, y las toallas, incluso el espejo con marco de conchas de mar de encima del lavabo. Lo único que he hecho yo es comprar el tocador. Ah, y pedirle a John Pryor que me cambiara los grifos. Eran bastante horribles.

—Pero has conservado el estilo antiguo. De mediados de siglo. Necesitas una sirena —decidió—. Búscate una buena lámina de una sirena sexy, enmárcala en blanco roto, como el tocador, y cuélgala en esa pared.

—Una sirena.

—Una sirena sexy.

Simone salió del baño y lo siguió hasta la habitación principal.

—Vaya. —Entró en el dormitorio y dio una vuelta—. ¿También es obra de tu compañera?

—En parte. Insistió en que me comprara una cama.

—Si no tenías cama, ¿dónde dormías?

—Sí tenía una cama. De esas que son un colchón encima de un somier encima del suelo. Vivía en un antro en Portland. Me mudé allí nada más salir de la universidad y aguanté porque quería comprarme una casa. Hay que ahorrar para la casa y luego encontrarla. No era el tipo de apartamento que invitara a pensar en muebles.

—Pues esto sí lo has pensado. Los colores están muy bien, fuertes pero relajantes. Me gusta que no hayas comprado una cómoda nueva. ¿La has pintado tú de azul marino?

—La encontré en el mercadillo, he comprado varias cosas allí. He tenido que arreglar los cajones, pero ya estaba pintada. La vi y pensé: Perfecto.

—Las puertas que dan al porche no tienen cortinas. Jamás se me ocurriría poner unas cortinas a esa vista. Si quieres levantarte tarde, tápate la cabeza con las sábanas.

Simone se volvió hacia él.

—¿Sales ahí fuera por la mañana, miras a tu alrededor y piensas: Todo mío?

Reed miró a su alrededor en aquel momento y asintió.

—Casi todos los días.

Simone abrió la puerta y dejó que entrara el viento.

—Dios, ¿no te estremeces de arriba abajo con todo este poder y esta belleza? Toda esta energía.

El pelo le ondeaba a la espalda en remolinos salvajes. Su piel parecía brillar recortada contra el cielo furioso y agitado. Reed vio el primer relámpago a lo lejos.

—Sí.

Ella cerró la puerta, se volvió hacia él con aquella melena sexy y alocada, con aquel resplandor. Se acercó a la mesilla de noche y dejó la copa.

—Un posavasos.

—Si dejas ahí una copa o una botella sin posavasos, oigo la voz de mi madre diciendo (y que conste que clava el tono de madre exasperada): «Reed Douglas Quartermaine, yo te he educado mejor». Así que... posavasos, porque a veces apetece tumbarse con una cerveza.

—A veces apetece.

Simone se acercó a él y, mirándolo a los ojos, comenzó a desabrocharle la camisa.

Se vio abalanzándose sobre ella como un loco, tomando lo que deseaba con tanta desesperación.

Pero para su sorpresa, y para la de Simone, cerró la mano que tenía libre sobre las de Simone.

—Preferiría que fuéramos un poco más despacio —dijo.

Ella volvió a enarcar las cejas.

—¿Eh?

Reed hubo de coger aire, dar un paso atrás. Como solo tenía un posavasos a mano, colocó la cerveza sobre el plato donde dejaba las monedas sueltas todas las noches.

—¿He malinterpretado las señales? —preguntó ella.

—No. Sobresaliente en educación vial. Te he deseado desde el momento en que te vi bajando las escaleras en la fiesta de CiCi. No, miento —se corrigió—. Te deseé cuando te vi en ese cuadro, el que CiCi llama *Tentación*.

—De ahí el nombre —dijo ella sin dejar de mirarlo.

—Sí, buen título. Pero la noche de la fiesta, te vi. Te vi bajar las escaleras y todo se puso del revés. Todo se detuvo, y luego empezó de nuevo. Fue un momentazo, Simone.

—Ya has tenido momentazos antes.

Cuando ella hizo ademán de volverse para coger su copa de vino, él le puso una mano en el brazo.

—No como este. Que quede claro desde el principio. Este es diferente. Solo quiero que vayamos más despacio.

—¿No quieres acostarte conmigo esta noche?

—He dicho que quiero que vayamos un poco más despacio, no que haya perdido la cabeza. Quiero acostarme contigo esta noche. Voy a acostarme contigo esta noche, a menos que te marches. Solo quiero ir más despacio.

La atrajo hacia sí y asaltó su boca.

Largo y lento, en contraste con la tormenta que estallaba al otro lado del cristal. Suave y delicado, y de ensueño.

—No te vayas —susurró.

A modo de respuesta, ella le rodeó el cuello con los brazos, volvió el beso más profundo.

—¿Cómo de despacio quieres ir? —preguntó Simone.

—Bastante despacio, al menos para empezar. —Le quitó la chaqueta de los

hombros—. He tenido unos sueños bastante intensos contigo en esa cama. Puede que lleguemos ahí.

Volvió a besarla mientras el viento fustigaba la casa. Un trueno retumbó siguiendo la estela de un relámpago.

Simone se había dado cuenta de que lo había subestimado, entonces lo supo. Hacía un rato estaba segura de que se meterían en la cama de inmediato y de que así se libraría de la maldita comezón con la que él la había dejado.

Pero él la había tentado para que deseara más, para que diera más, para que sintiera más.

Cuando Reed la levantó del suelo, Simone notó que le daba un vuelco el corazón y oyó que se le cortaba la respiración. Entonces él volvió a centrarse en su boca. Dios, qué bien se le daba. Cuando la tumbó en la cama, Simone lo arrastró consigo, absorbió su peso, su forma, antes de girar sobre sí misma para invertir los papeles.

—Acepto lo de ir despacio. —Bajó los labios hasta los de él, un roce suave, una provocación—. Pero yo también quiero.

Sin dejar de observarlo, Simone terminó de desabrocharle la camisa y se quitó las botas. Estirada sobre él, le mordisqueó el mentón.

—Me gusta tu cara. Delgada, angulosa, con los ojos hundidos en ese verde sereno que en realidad no es nada sereno. He hecho bocetos de tu cara.

—Ah, ¿sí?

—Mientras trataba de decidir qué hacer contigo. —Se echó el pelo hacia atrás y le sonrió—. Y decidí que haría esto. —Acarició los costados de Reed con las manos y, de pronto, se detuvo con un respingo—. Llevas un arma.

—Lo siento. Lo siento. —Le hizo darse la vuelta de nuevo y se incorporó—. No me acordaba.

Se la desenganchó del cinturón y la guardó en el cajón de la mesilla de noche.

—Te olvidas de que la llevas porque forma parte de lo que eres.

—De lo que hago.

—Y de lo que eres.

Reed se dio la vuelta, la vio arrodillada sobre la cama a su espalda.

—No pasa nada —dijo Simone—. Solo me he asustado un segundo. Pero ¿quién distingue a los buenos de los malos mejor que tú y yo? Me muero de ganas de que me desnudes.

—Encantado.

—Pero antes deberías quitarte las botas para que yo pueda hacer lo mismo contigo.

—Buena idea. —Reed se agachó para desatarse los cordones.

—¿Cuánto hace que no te acuestas con nadie?

—Desde... —Desde antes de que le dispararan, estuvo a punto de decir—. Desde el otoño pasado, por un motivo u otro.

—Mucho tiempo. Yo también llevo mucho tiempo sin acostarme con nadie. Por un motivo u otro. ¿Y si aceleramos un poco? Solo un poquito.

—También es una buena idea. —Se volvió y se arrodilló frente a ella para quitarle el jersey por encima de la cabeza. Llevaba un sujetador negro, de corte bajo—. Joder. Lo siento, pero voy a tener que tomarme otro minuto.

Cuando él le puso las manos encima, Simone echó la cabeza hacia atrás.

—Puedes tomarte un minuto. O dos. Tienes buenas manos, Reed. Fuertes, firmes.

—Cómo deseaba acariciarte con ellas. Justo así.

—No me has presionado en ningún momento.

—La espera ha merecido la pena.

Simone levantó la cabeza, abrió los ojos.

—La espera se ha acabado.

Tiró de la camisa de Reed hasta quitársela, se pegó a él y se entregó al

siguiente beso, más ávido, más intenso. Dominada por la necesidad, bajó las manos hasta el cinturón de Reed.

A su alrededor, la habitación crujía con los relámpagos, y los truenos respondían con rugidos. La lluvia azotaba los cristales, impulsada por el aullido del viento.

Reed la empujó hacia atrás y le quitó los vaqueros mientras ella tironeaba de los suyos.

—Ya iremos despacio después —consiguió articular Simone.

—La mejor idea de todas. Deja que...

La recorrió con la boca a toda prisa. Había tanto que saborear, tanto que sentir. Cuando sus manos la encontraron, cálida, mojada, lista, Simone se arqueó contra él con un gemido entrecortado.

—No esperes, no esperes.

—No puedo. —La desnudó del todo y se hundió en ella.

El mundo saltó por los aires, y por fin, por fin, Reed se dejó llevar. La agarró de las manos como si quisiera mantenerlos a ambos atados a la cama. Simone lo rodeó con las piernas mientras sacudía las caderas y le pedía más, más.

Estrechó el cerco de su cuerpo en torno a él, como un puño ansioso, pero él se contuvo, se contuvo a duras penas, para que pudiera haber más incluso después de que ella gritara.

Simone se tensó de nuevo, gimió de excitación, subió y bajó con él.

Esta vez, cuando Simone estalló, pronunció su nombre. Y enterrado en ella, Reed se liberó.

Los dos permanecieron enredados, sudorosos y sin aliento en la cama mientras el viento transformaba la lluvia en hielo y el hielo golpeaba las ventanas con un sonido parecido al chisporroteo del aceite. Si hubiera sido por él, Reed se habría quedado tal y como estaba, ufano y satisfecho con la chica de sus sueños, hasta la primavera.

Muy satisfecho, pensó mientras las manos de Simone le recorrían la espalda de arriba abajo. Entonces ella le acarició la cicatriz del orificio de salida del hombro.

Reed cambió de postura y se apoyó en los codos para mirarla.

—Tienes unos ojos increíbles.

—Son marrones.

—Pues menuda artista estás hecha si lo mejor que se te ocurre es «marrón». Son como los ojos de un tigre. Como el ámbar oscuro. ¿Estamos bien?

—Pues menudo jefe de policía estás hecho si, con todas las pruebas que tienes, lo mejor que se te ocurre es «bien».

—Intentaba ser modesto. La verdad es que tienes que quedarte. El tiempo está demasiado revuelto ahí fuera —continuó antes de que ella pudiera aceptar o negarse—. Muy revuelto. Reconozco que, aunque fuera una agradable noche de junio, querría que te quedaras hasta... Bueno, para siempre. Salvo que CiCi se rinda al fin, entonces tendría que echarte.

—Estás hablando de montártelo con mi abuela mientras me tienes desnuda en tu cama.

—Las cosas como son. Pero, en serio, quédate. Tengo vino, pizza congelada y más sexo en la reserva.

Ella le dedicó una mirada pícaro y un atisbo de sonrisa.

—¿Qué tipo de pizza congelada?

—De salchicha y pepperoni. —Reed se dio la vuelta y le alcanzó la copa de vino—. Y tengo bombones helados.

—Lo de los bombones helados me ha convencido. —Simone se sentó, cogió la copa—. Pero insistiré en lo del sexo.

—¿Antes o después de la pizza?

—Después. Se me ha despertado el apetito. Tengo que enviar un mensaje a CiCi. Sabía que venía hacia aquí y sumará dos más dos, pero está cayendo una buena, así que quiero que sepa que estoy bien y a cubierto.

Reed se levantó y se acercó a las puertas.

—Sí, está arreciando. Dile que te responda, así confirmamos que está bien.

—CiCi ha capeado más tormentas que tú y yo juntos. Y tiene un generador. Razón por la cual está celebrando su habitual fiesta del ciclón. Unos cuantos amigos, mucha comida y alcohol. Dormirán todos allí hasta que amaine. Estabas invitado —le dijo—. Pero a mí se me ha ocurrido otra idea.

Reed encendió el fuego, lo que añadió al ambiente la luz parpadeante de las llamas.

—Tienes buenas ideas.

—Me alegra que pienses así, porque he tenido otra. Voy a tener que esculpirte. Guardián. Protector —reflexionó—. Sin pistola... No me gustan. Creo que con una espada. Tal vez a media estocada. Tal vez...

Reed se volvió hacia ella.

—¿Como si llevara armadura?

Simone se echó a reír y se recostó en las almohadas mientras bebía.

—No, Reed. Llevarás una espada.

—No creo que...

—Tienes una silueta bonita, un cuerpo atractivo. Espigado, pero no cadavérico. En la fiesta de CiCi sí rozabas lo cadavérico, pero has recuperado la forma.

—Aún me faltan un par de kilos. —Y aunque nunca había sido vergonzoso, se sorprendió buscando los bóxers que se había quitado—. Parece que no soy capaz de recuperarlos.

—Estás bien. Conozco la anatomía humana, el cuerpo masculino. Eres fuerte y atlético, además de espigado. —Entonces se puso de pie, se acercó a él y le pasó los dedos por las cicatrices del hombro, del costado—. Y esto.

—Será mejor que no aparezcan en la escultura.

—No. Son parte de ti, parte del protector. Te hirieron, pero aun así blandes la espada. Es admirable.

—Es un trabajo.

—Eres tú. El chico que se detuvo para coger en brazos a un niño aterrorizado en medio de una pesadilla, que lo protegió. Es algo que admiro. Puede que estuviera aquí de todas formas si no lo admirara... Ha sido un ayuno largo. Pero no me quedaría. —Se puso de puntillas, le rozó los labios con los suyos—. Tengo que esculpirte. Ahora podría hacerlo de memoria, pero preferiría bocetarte.

—Estás intentando convencerme con sexo.

—Ah. —Con una lenta, lentísima sonrisa, le acarició el pecho, el vientre, con una mano—. Claro.

—Voy a tener que obligarte a demostrarlo.

Empezó a atraerla hacia sí, quería devorar aquella sonrisa.

Y entonces le sonó el móvil.

—Mierda. Mierda, mierda. ¡Joder! Lo siento. —Se agachó para coger los

vaqueros y sacó el teléfono del bolsillo—. Quartermaine. Vale, habla más despacio. ¿Dónde? De acuerdo, voy para allá. Mantén la calma.

»Tengo que irme —le dijo a Simone mientras se ponía los vaqueros a toda prisa—. Me toca encargarme de los avisos que haya esta noche.

—¿Qué ha pasado?

—Accidente de coche, árbol caído, mucha histeria.

—Podría acompañarte.

—Rotundamente no. —Se puso la camisa—. Quédate. Mete la pizza en el horno. Come. Te enviaré un mensaje. —Sacó el arma del cajón, se la colocó.

—Necesitas un impermeable.

—Tengo ropa de lluvia abajo. —Se sentó y se ató las botas—. Hay una linterna en ese cajón, y velas, un farol abajo si se va la luz.

—Ten cuidado, jefe. Es cierto que hace un tiempo espantoso ahí fuera.

—Ojalá tuviera mi espada. —Se levantó, la agarró y la besó—. La pizza y los helados están en el congelador. Volveré en cuanto pueda.

Así que, pensó Simone cuando se quedó plantada en la habitación vacía, esto es lo que pasa cuando empiezas a acostarte con un policía.

Reed no había dudado, no se había quejado en serio. Se había limitado a vestirse y a salir a la tormenta.

Simone se acercó a su armario y le hizo gracia ver que Reed apenas usaba la cuarta parte, si es que llegaba a tanto, del espacio disponible. Miró en el baño. Al parecer, el policía con cicatrices y espigado no tenía albornoz, así que volvió al armario y tomó prestada una de sus camisas.

Mandó un mensaje a CiCi en el que solo le decía que capearía la tormenta en casa de Reed.

Dos minutos más tarde, CiCi respondió con un: «¡Hurra!».

Pensó en la pizza, pero decidió esperar un rato. A lo mejor Reed no tardaba en volver. Se planteó poner la televisión, decidió no hacerlo. Libros. Reed

tenía unos cuantos apilados en el dormitorio, y Simone también había visto algunos abajo.

Trampa 22, varios de suspense. *La feria de las tinieblas*, de Bradbury.

Le gustaba mucho ese libro en particular, pero concluyó que no sería la mejor opción para pasar una noche oscura y tormentosa a solas en una casa que aún no conocía.

Ojalá se hubiera llevado el bloc de bocetos...

Abrió los cajones de la mesita de noche para ver si Reed tenía algún cuaderno o una libreta. Encontró la linterna, como le había dicho, y un iPad que descubrió que podía encender la televisión, un equipo de música, la chimenea.

Así que al jefe le gustaba la tecnología. Algo nuevo que añadir al archivo de «estoy conociéndolo».

El despacho, recordó. Tiene que haber una libreta y un lápiz en un despacho. Salió de la habitación y se detuvo para dedicar una sonrisa al baño retro. A lo mejor le pintaba ella misma la sirena sexy. No era una CiCi Lennon con el pincel y la pintura, pero sería capaz de hacerle una sirena divertida y sexy.

Hasta que Reed volviera, se entretendría haciendo bocetos de sirenas... y alguno de *El protector*.

Un estudio de perfil —del perfil derecho, porque quería las cicatrices—, sobre todo espalda y trasero, con la cabeza girada hacia la derecha, la espada sujeta con ambas manos, capturada cuando ya había comenzado a bajar.

Tenía que pedirle que no fuera a cortarse el pelo durante un tiempo. Lo quería un poco largo y enmarañado.

Otro relámpago destelló cuando abrió la puerta del despacho, y Simone pensó en Reed, que estaba ahí fuera porque alguien necesitaba ayuda. Ella había ido a su casa en busca de sexo, admitió... sobre todo en busca de sexo.

Pero se había quedado, lo esperaba, por lo que había empezado a descubrir de él.

Encendió las luces, pensó que no había mentido en lo del desorden. Montones de archivos en un escritorio viejo y pesado, y un osito de peluche con un arma y una placa. Sillas plegables contra la pared, un cubo de basura abierto y lleno de botellas y latas. Mapas pegados directamente en las paredes sin arreglar.

Pero, eh, menudo montón de blocs de notas —si no había más remedio le valdrían— había en el armario que no tenía puerta.

Se acercó, cogió uno y se volvió hacia el escritorio para buscar lápices.

Y vio las pizarras, vio lo que había acumulado en las dos enormes pizarras.

—Dios mío. Dios. —Tuvo que agarrarse al respaldo de la silla de Reed, inspirar, espirar.

Reconocía las caras, muchas de las caras. Ella ya había modelado varias con sus manos.

Aquí el chico al que ella creía que amaba. Allá, su mejor amiga. Ahí, la Angie de Reed.

Tenía fotos, no solo de los rostros, sino de cuerpos, sangre, cristales rotos, armas. Una de esas armas, cayó en la cuenta, había matado a Tish, había disparado a Mi.

Miró las caras de los asesinos; críos, no eran más que unos críos. Hobart, Whitehall, Paulson.

Y en la segunda pizarra, Patricia Hobart: su foto y un retrato robot. Tenía un aspecto distinto en el retrato, pero Simone la reconoció.

Y entonces se percató de que aquella cara era la que Reed había visto cuando ella intentó matarlo.

Otras caras, otros nombres, otros cuerpos. Horas y fechas, ciudades y pueblos.

Reed miraba aquello todos los días, pensó. Lo miraba, lo estudiaba e intentaba encontrar respuestas.

—Mi cara —murmuró mientras acariciaba las fotos de la chica que había sido, de la mujer en la que se había convertido—. Mi cara en su pizarra. Su cara y la mía. No mira para otro lado. Nunca lo ha hecho.

Así que se sentó a su escritorio y no miró para otro lado.

Cuando Reed volvió a casa, empapado, poco antes de las dos de la madrugada, encontró a Simone vestida con una camisa suya, sentada junto al fuego, tomándose una Coca-Cola y leyendo a Bradbury.

—Eh. No tenías por qué esperarme despierta.

—No podía dormir. —Se levantó—. Estás empapado.

—Sí. Creo que está empezando a amainar un poco, pero seguro que todavía se alarga un par de horas. —Se quitó con dificultad un chubasquero negro con la palabra POLICÍA escrita en letras reflectantes tanto por detrás como por delante—. Al cuarto de la lavadora —dijo con un gesto antes de desaparecer en el interior.

Cuando volvió a salir, descalzo, Simone estaba delante de la nevera sacando un cartón de huevos.

—Es demasiado tarde para la pizza.

—Nunca es demasiado tarde para una pizza —replicó él—. ¿No has cenado?

—Todavía no. Yo también sé hacer huevos revueltos. ¿Qué ha pasado? ¿Ha sido muy grave?

—¿Conoces a los Wagman?

—Priscilla, se hace llamar Prissy, y Rick. Viven cerca de la escuela.

—Se han peleado. Al parecer tienen problemas conyugales.

—Él tuvo, y seguro que sigue teniendo, una aventura con una mujer que trabajó en el restaurante Benson's Lobster Shack el verano pasado. De Westbrook. Divorciada dos veces.

—Así que ya estás en antecedentes. ¿Te apetece un café con leche?

—Es demasiado tarde para café.

—Te estás tomando una Coca-Cola.

—No tiene sentido, ¿verdad? Pues me tomaré un café con leche. Cambiando de tema un momento —puso un poco de mantequilla a fundir en una sartén y luego cascó los huevos en una fuente—, no te vendría mal tener alguna hierba o especia que no fuera sal, pimienta o cayena en escamas.

—Anótalas y las compraré.

—¿Qué ha pasado con Prissy y Rick?

—Una pelea muy fuerte, por lo que se ve, a cuenta de que, sí, él sigue viendo a la mujer de Westbrook. Prissy ha elegido esta noche, en plena tormenta, para decirle a Rick, que estaba borracho, que iba a buscarse un abogado y a pedir el divorcio.

—No la culpo.

—No, no se la puede culpar —convino Reed—. Ha encontrado un recibo de una tienda de lencería de Westbrook en el bolsillo de Rick, lo cual demuestra que es infiel e imbécil. Y eso sumado a que están teniendo problemas económicos y a que él le había jurado que ya no tenía nada con la destinataria de la lencería sexy. Prissy ha empezado a sacar la ropa de su marido del armario, a amenazar con prender fuego a las prendas, y le ha roto el trofeo de mejor jugador de béisbol del instituto. Él asegura que Prissy se lo ha lanzado a la cara. Ella dice que lo ha lanzado contra la pared. Me creo la versión de ella porque no creo que hubiera fallado, y él estaba demasiado borracho para esquivarlo.

»En cualquier caso —dejó el café con leche de Simone encima de la barra

de desayuno mientras ella batía los huevos—, Rick se ha marchado furioso en plena tormenta, borracho y cabreado. Ha perdido el control y se ha estrellado contra un árbol. La mayor parte del árbol ha caído encima de la camioneta de Curt Seabold. Seabold sale corriendo, también un poco borracho, y Wagman y él pierden los papeles, llegan a las manos; Seabold tiene la ventaja de estar solo un poco borracho y no ensangrentado ya por haber chocado contra un puñetero árbol. La esposa de Seabold, Alice, sale corriendo, ve a Wagman en el suelo y a su marido tambaleándose con la nariz llena de sangre, y llama al nueve uno uno.

—Al menos alguien ha actuado con sensatez.

—Sí, bueno. He tenido que arrestarlos a los dos y llevarlos a rastras hasta la clínica de guardia. Seabold ya está de vuelta en casa, lo he puesto en arresto domiciliario hasta que se resuelva todo. Wagman sigue en la clínica con una costilla rota (algo que sé por experiencia que no es nada divertido), una contusión leve, un labio roto, una rodilla magullada y no sé cuántas cosas más. Prissy, sin compasión, me ha sugerido que le diga que llame a su puta, cosa que me he negado a hacer.

—Muy inteligente. —Simone tostó unas rebanadas del pan que Reed había comprado en el mercado y sirvió un plato para él y otro para ella—. Esto mantendrá entretenida a la isla durante semanas. Espero que Prissy no vuelva con Rick.

—Parece bastante decidida a no hacerlo.

—Ya lo ha dejado y vuelto con él al menos una vez, que yo sepa... Otra trabajadora de temporada. Solo llevan tres o cuatro años casados. Él nunca le será fiel... Ni a ella ni a la puta. Intentó ligar conmigo la semana pasada.

—¿En serio?

—De una manera un tanto idiota. —Simone probó el café con leche—. Está bueno.

—He practicado bastante. Los huevos están riquísimos.

—Estarían mejor con un poco de tomillo.

—El tomillo está en la lista. —Se dio unos golpecitos en la sien—. Bueno, ¿y qué has estado haciendo hasta ahora?

Simone dejó el café con leche en la barra y lo miró a los ojos.

—Tengo que hacerte una confesión.

—Podrías dejar que al menos te interrogara primero. Ya veo que me has robado una camisa. Habrá consecuencias.

Simone puso una mano sobre la de Reed.

—Voy a disculparme primero. He sido irrespetuosa e indiscreta.

—¿Has encontrado mi alijo de porno?

—¿Tienes un alijo de porno?

Él le devolvió la mirada con una cara deliberadamente inexpresiva.

—¿De qué?

A Simone se le escapó una media carcajada.

—Qué atractivo eres, joder. Me he quedado inquieta cuando te has marchado. Y voy a contarte otra cosa porque me ha impactado: con cualquier otro, me habría ido a casa. Me habría dicho «Bueno, ha sido divertido», te habría dejado una nota alegre y me habría ido a casa. A la fiesta de CiCi. Pero no lo he hecho, y voy a tener que pensar en ello detenidamente. Ni siquiera se me ha pasado por la cabeza marcharme.

—Te he pedido que no lo hicieras.

—No habría importado —insistió Simone—. Con cualquier otra persona, no habría importado. Me especialicé en rollos de una noche en la universidad.

—De eso hace mucho tiempo, Simone.

—Sí, pero tengo que pensar en por qué, estando inquieta y sola en una casa que no es mía, ni se me ha pasado por la cabeza marcharme. Pero, como estaba inquieta, he pensado que podía dibujar. Hacer algunos bocetos tuyos, y

tal vez una sirena para la pared del baño. Pero no había traído mi cuaderno de bocetos. Así que he entrado en tu despacho a buscar una libreta.

—Ah. —Cerró los párpados sobre aquellos interesantes ojos verdes—. Vale.

—Habías cerrado la puerta.

—No con llave —señaló él—. Y tampoco te he dicho: no entres ahí si sabes lo que te conviene.

—Dios. Eres tan equilibrado, tan sólido... —Como ella no se sentía precisamente equilibrada, se pasó las manos por el pelo—. He visto las libretas legales en el armario... no tiene puerta.

—Tendría que abrirla y cerrarla. ¿Qué sentido tiene?

—Entonces he visto tu trabajo. Esas enormes pizarras con ruedas. Me he dado cuenta de que parte de lo que hay en ellas es oficial. Las fotos y los informes de las distintas escenas del crimen.

—Sí. Como tú no eres sospechosa, podemos dejarlo pasar. Pero siento que hayas visto algunas de esas cosas.

—Es lo que ves tú. Los muertos y destrozados, los cadáveres, la gente que mata. Lo miras de frente, porque alguien tiene que hacerlo. ¿No es cierto? No digas que forma parte de tu trabajo, Reed. —Simone le apretó la mano—. No digas eso.

—Forma parte de mi trabajo, del trabajo que elijo hacer. Forma parte de mi vida. Es una especie de... misión, si no suena demasiado patético.

—En absoluto.

—No pararé hasta que dé con ella. Si los federales lo consiguen antes, perfecto, porque, sea como sea, se acaba. Y cuando se acabe... —Se acercó, le apartó el pelo de la cara—. Quitaré las pizarras. Lo archivaré todo.

—¿Serás capaz?

Reed se echó hacia atrás.

—Lo que pasó aquella noche forma parte de nosotros, y siempre será así. Pero no nos define, y no puede definirnos. Ni a ti ni a mí, ni a quienes tú y yo vamos a ser juntos. Necesitamos, por muy trillada que esté la expresión, pasar página. Y que se haga algo de justicia, joder.

—Sí. —Simone exhaló—. Nadie, ninguno de nosotros, ha conseguido ninguna de esas dos cosas.

—Voy a trabajar para que eso cambie. Entonces pensaré en Patricia Hobart encerrada en una celda durante el resto de su vida y estaré en paz. Más que en paz.

—Estás hecho de esa manera. Así son las cosas para ti. Los buenos van tras los malos.

—Así es como debería ser. ¿Qué estás haciendo tú, Simone? Estás creando un monumento conmemorativo. Estás trabajando en el corazón y en el alma, honrando a los muertos, consolando a los que dejaron atrás. Eso también es un trabajo, pero en realidad es algo más. Es tu misión.

—He tardado bastante en llegar hasta ella.

—¿Y qué?

—Me haces muchísimo bien —afirmó ella—. Y eso hace que me cague de miedo.

—Pues voy a hacerte mucho más bien, así que o te acostumbras o vives con miedo.

Reed recogió los platos y los llevó al fregadero.

—¿Me hablarás de tu trabajo? —preguntó ella—. Por ejemplo, por qué crees que Patricia Hobart va a intentar matar a uno de los supervivientes que se han mudado al sur. Los dos de Florida ocupan los puestos más altos de tu lista.

—Es lo que pienso, una corazonada. El problema es que sobrevivieron

cientos de personas. Tiene mucho donde escoger. Te hablaré de ello, y tú me hablarás de tu trabajo. Pero no esta noche.

»¿Al final has escrito a CiCi?

—Sí. Te has ganado un «Hurra».

—Ahora si que ya no querrá hacer el amor sensual y dulcemente conmigo.

—Se dio la vuelta—. Supongo que tendré que conformarme contigo.

Ella inclinó la cabeza.

—En Florencia hay un chelista italiano guapísimo llamado Dante con el que hice el amor sensual y dulcemente muchas veces. Y podría volver a hacerlo. Pero como no estoy en Florencia, supongo que tendré que conformarme contigo.

—Eso es un zasca en toda la boca. Te había prometido más sexo.

—Así es.

—Soy un hombre de palabra.

Le tendió una mano. Ella la agarró.

Reed consiguió dormir un par de horas antes de un amanecer brillante y tempestuoso. Le dijo a Simone que siguiera durmiendo y se quedara todo el tiempo que quisiera antes de marcharse con una taza de café para llevar y un paso enérgico que venía a decir «menuda noche de sexo».

Fue a pie, a pesar de las zonas heladas y del barro resbaladizo, porque quería evaluar los daños causados por la tormenta. Vio muchas ramas pesadas caídas, pero ningún árbol tan desafortunado como el de Curt.

Necesitaba una buena limpieza, decidió. Tendría que comprarse una motosierra y tener cuidado de no matarse ni matar a otros con ella. Puede que el mar estuviera de un azul brillante, pero las olas eran algo violentas, caballos blancos al galope.

Vio a un equipo de tres personas que examinaban los daños en algunas casas de alquiler y se detuvo a ver cómo iba todo.

Había tejas desprendidas aquí y allá, muchos desechos de la tormenta y, como le dijo uno de los miembros del equipo, un barro de tres pares de cojones, ya que después del granizo había vuelto a llover.

Encontró una bicicleta tirada en el camino, pero no había sangre ni rastro alguno del ciclista. La levantó para llevársela. También había una bandera, rosa con un caballo blanco volador, que yacía, andrajosa y empapada, en un charco. Aquello no lo recogió.

Algunas personas que ya estaban despejando sus patios paraban un momento y lo llamaban, le preguntaban cómo había pasado su primer ciclón en la isla.

No les contestaba que había pasado la mayor parte de la noche en la cama con una mujer preciosa.

Pero lo pensaba.

Dejó la bici destrozada en la puerta del Sunrise cuando entró a que le rellenaran la taza de café y aprovechó para ponerse al día con las noticias.

Ramas y troncos, un muelle derrumbado, unas cuantas inundaciones en las zonas más bajas. Pero la gran noticia era el incidente Wagman/Seabold. Aunque lo presionaron para que diera detalles, Reed se mostró discreto.

Chismorrear sobre personas arrestadas en una cafetería creaba mal ambiente.

Llevó la bicicleta rescatada a la comisaría y se encontró a Donna y a Leon chismorreando.

—¿Dónde has encontrado la bici del joven Quentin Hobbs? —preguntó Donna.

—A más o menos un kilómetro y medio del pueblo. ¿Cómo sabes que es la de Quentin Hobbs?

—Tengo ojos. Y su madre, que anda más despistada que una bailarina de cancan borracha, acaba de llamar diciendo que alguien le robó la bicicleta a su hijo durante la tormenta.

—¿Una bailarina de cancán borracha?

—¿Has visto alguna vez a una bailarina de cancán?

—Ni borracha ni sobria.

—Pues créeme. Y yo le he preguntado que si su hijo había asegurado esa bicicleta en el cobertizo, si le había puesto cadena, y no, no se la había puesto, porque el chaval ha salido a su madre y nunca lo hace. Esa bicicleta salió volando, eso es lo que pasó.

—Estoy con Donna —dijo Leon—. Nadie le robaría la bicicleta al chaval. Nadie saldría en medio de una tormenta para ir a robársela, está claro.

—Pues ahora es chatarra. Puedes decirle que la hemos recuperado.

—Lo más probable es que te exija que busques huellas dactilares e inicies una investigación.

—Se llevará una decepción. Leon, te agradecería que fueras a la clínica, donde tengo a Rick Wagman esposado a una cama, y preguntes cómo está. Si le dan el alta, puedes traértelo aquí y encerrarlo. Ya está arrestado y le he leído sus derechos.

—Algo he oído. ¿Pegó a Prissy?

—No, no le pegó, si no también respondería a ese cargo. Se le acusa de conducir bajo los efectos del alcohol, de conducción temeraria, agresión (contra Curt Seabold), destrucción de propiedad privada y resistencia a la autoridad, porque trató de enfrentarse a mí cuando llegué.

—¿Intentó darte un puñetazo? —preguntó Donna con los ojos entrecerrados.

—No sé si podría describirse así. Estaba borracho, tenía una conmoción cerebral y se comportó como un estúpido. Acusé a Curt de agresión porque los dos intentaban pegarse una paliza el uno al otro. Dejé que se quedara en su casa y no veo razón para encerrarlo.

Leon frunció el ceño y se frotó la barbilla.

—Me da la sensación de que Curt se estaba defendiendo.

—Él pegó el primer puñetazo, Leon, y lo reconoció. Se había tomado unas cuantas copas, pero no iba conduciendo y, por lo que parece, no volverá a conducir su camioneta. Supongo que acabaremos retirando la acusación contra él, pero de momento hay que mantenerla. ¿Cómo se lo tomaría si mandara a Cecil con una motosierra para ayudarlo a cortar el árbol que le ha aplastado la camioneta?

—Yo diría que se lo tomaría bien.

—Pues entonces eso es lo que haremos. Nick y Matty están en el segundo turno, pero los llamaré si los necesitamos. Quiero a Wagman en una celda en cuanto tenga el alta médica, Leon. Anoche rellené el papeleo de la denuncia. Puede buscarse un abogado, solicitar una fianza, pero desde una celda o esposado a su cama en la clínica. Nadie va a conducir borracho por la isla e irse de rositas mientras yo sea el jefe.

—Sí, señor.

—Estás muy animado y te brillan mucho los ojos para haberte pasado la mitad de la noche despierto y lidiando con borrachos.

Reed sonrió a Donna.

—¿Sí? Debe de ser mi carácter alegre. Estaré en mi despacho. Envíame a Cecil cuando llegue. Y si no está aquí en diez minutos, Donna, llámalo y dile que se ponga en marcha.

Entró, se sentó y encendió el ordenador. Después llamó al fiscal que prestaba servicio en la isla cuando lo necesitaban.

A Rick Wagman le cayeron sesenta días, le retiraron el carnet de conducir (no había sido su primer rodeo conduciendo borracho) y lo obligaron a someterse a desintoxicación. Como el adulterio no era un delito, Reed decidió que el castigo era adecuado por ser un borracho gilipollas.

Abril llegó con una nevada de dos días. Los quitanieves y las palas trabajaban sin parar; era el inicio de la primavera y la isla parecía hallarse de nuevo en pleno invierno. Entonces el sol estalló y la temperatura subió unos diez grados de golpe. La nieve derretida fluyó a toda prisa y formó arroyos, abrió agujeros en el asfalto e inundó las playas.

Reed pasó la mayor parte de sus tres primeras semanas en el puesto atendiendo incidentes relacionados con el clima. Cuando no estaba de servicio, se hacía el encontradizo en el pueblo, paseaba o montaba en bicicleta por la isla, a menudo con CiCi, con Simone o con ambas. Pasó todas las noches que pudo con Simone en su cama.

Y dedicó al menos una hora todas las noches a Patricia Hobart.

En su día libre, a mediados de abril, cogió el ferri hasta Portland. No había conseguido convencer a Simone de que lo acompañara. Se dio cuenta de que no debería haber mencionado lo de conocer a sus padres.

Sacó el coche del ferri, paró a comprar flores y terminó eligiendo un arbusto de hortensias de un azul intensísimo. Se lo pensó bien y compró tres.

La de sus padres no fue la única visita que hizo aquel domingo de primavera.

Almorzó con su familia, jugó con los niños, hizo el idiota con su hermano, se metió con su hermana, ayudó más o menos a su padre a plantar el bien recibido arbusto de hortensias.

Y se llevó un paquete enorme de sobras.

En su parada siguiente, encontró a Leticia Johnson sentada en el porche de su casa plantando pensamientos en una maceta. La mujer se quitó los guantes de jardinería cuando Reed aparcó.

Le pareció increíble que Leticia tuviera justo el mismo aspecto que la noche en que la conoció.

Miró hacia el otro lado de la calle y pensó que no podía decirse lo mismo de aquella zona.

El dueño, en efecto, había vendido el terreno. Los nuevos propietarios habían arrasado con lo que quedaba del edificio y habían construido una casa pequeña y acogedora, en aquel momento de un azul suave con ribetes blancos. Habían añadido un porche, un sendero de hormigón en el jardín, un camino de entrada de alquitrán y unas cuantas plantas.

Al lado, la casa para reformar de Rob y Chloe llevaba reformada mucho tiempo y se había convertido en un bonito edificio de dos plantas de color verde salvia al que habían adosado un garaje en el extremo más alejado con una habitación extra encima.

Reed sabía que también habían añadido otra niña.

Sacó la hortensia del coche y se encaminó hacia la sonrisa de bienvenida de Leticia.

—Qué vista tan bonita en un día soleado.

—No tanto como usted. —Se agachó para darle un beso en la mejilla—. Espero que le gusten las hortensias.

—Desde luego que sí.

—Entonces escoja el lugar y dígame dónde puedo encontrar una pala.

Las quería justo delante, donde pudiera verlas cuando se sentaba en el porche. Mientras Reed cavaba, Leticia entró en la casa y volvió a salir con un contenedor de plástico.

—Posos de café y unas cuantas cáscaras de naranja que aún no había sacado al compost. Entiérralos con las raíces, muchacho. Ayudarán a que las flores sigan siendo azules.

—Le caería bien mi padre. Acabo de regalarle otra planta igual y me ha dicho lo mismo. ¿Qué sabe de altramuces?

Hablaron de jardinería, aunque a Reed la mayor parte le sonó a chino.

Después se sentó en el porche con ella a beber té helado y comer galletas.

—Pareces sano y feliz. Vivir en la isla te sienta bien.

Reed no había olvidado que la anciana había ido a visitarlo al hospital... dos veces.

—La verdad es que sí. Espero que vaya alguna vez, que me deje enseñarle el lugar. Podríamos sentarnos en mi porche.

—Lo que necesitas es a una mujer joven y bonita que se siente ahí contigo.

—Estoy en ello.

—Vaya, alabado sea Dios.

—¿Cómo les va a los vecinos?

Leticia lo imitó y echó un vistazo al otro lado de la calle.

—Chloe, Rob y sus dos hijas están bien. Son una familia muy cariñosa. Los de enfrente, donde vivía esa pobre mujer, son nuevos.

—¿Sí?

—A la familia que construyó la casa, y es una casa bonita, se le quedó pequeña. Ahora hay una pareja joven que espera su primer hijo para otoño. Encantadores. Les llevé una tarta de manzana para darles la bienvenida y enseguida me invitaron a pasar y me enseñaron la casa. Y todas las semanas,

la noche anterior al día de la recogida de basura, Rob y él se turnan para venir y sacar mis cubos a la acera.

—Me alegra saberlo.

—Todavía piensas en lo que fue.

—Ella sigue en libertad.

Leticia hizo un gesto de negación con la cabeza y acarició con una mano la cruz que llevaba alrededor del cuello.

—Una persona capaz de matar a su propia madre, de matar a sus abuelos... eso no es una persona. Es algo distinto, que no tiene ni nombre.

—Yo tengo un montón de nombres para ella. Sé que usted no hablaba mucho con ella, pero la veía, señora Johnson. Entrando y saliendo. Estoy buscando patrones, y alteraciones en ellos.

—Como ya hemos hablado, venía con la compra, se quedaba un rato. El día de la Madre, en Navidad, traía algo. Nunca parecía alegrarse por ello.

—¿Alguna vez cambió de aspecto, de peinado, de estilo?

—Nada digno de mención. Pero bueno, una vez la vi con uno de esos conjuntos que utilizan las chicas para hacer ejercicio, para ir al gimnasio o salir a correr, por ejemplo. No iba como otras veces, y parecía muy enfadada. Y he de decir que tenía mejor figura de lo que habría imaginado.

—Salía a correr casi todas las mañanas. Lo hemos verificado. Interesante.

—Ahora que lo pienso, fue un día que su madre se puso enferma.

—A lo mejor Marcia Hobart llamó a Patricia, le insistió en que viniera antes y Patricia no se molestó en cambiarse de ropa tras su carrera matutina.

—Ahora me estás recordando otra cosa. —Leticia se dio unos golpecitos en la rodilla—. No tenía un aspecto distinto ese día, ni tampoco un comportamiento muy diferente, pero tal vez fuera una alteración del patrón, como dices.

Se meció con los ojos cerrados mientras intentaba recordarlo.

—Era invierno... No sé qué día exactamente, pero los niños estaban construyendo un muñeco de nieve justo ahí y, teniendo en cuenta las edades, supongo que de eso hará unos cinco o seis años. Mi nieto (el policía, ya sabes) estaba limpiando la nieve de los escalones y del camino, y llevaba puesta la bufanda que le había hecho como regalo de Navidad, así que fue después de las fiestas. Yo estaba aquí vigilando, había sacado a los niños una zanahoria para la nariz del muñeco de nieve, y ella llegó en su coche.

Volvió a abrir los ojos y asintió mientras miraba a Reed.

—Me di cuenta de que se enfadaba nada más bajar porque el camino de entrada de su madre no estaba despejado. La llamé, le pregunté si quería que alguno de mis hijos lo limpiara un poco, porque la chica que solía quitarle la nieve estaba con gripe.

Leticia se mecía un rato, volvió a asentir.

—Ahora me acuerdo. Me acerqué a ella mientras hablaba, creo, y ella agachó la cabeza como hacía siempre. Cogí el toro por los cuernos y le dije a mi nieto que fuera y quitara la nieve del camino de entrada de la señora; también le dije al mayor que fuera a ayudarla con las bolsas de la compra.

—¿Cómo se lo tomó ella?

—Se quedó un poco parada, ¿sabes? Necesitaba ayuda, y la ayuda iba en camino. Le dije que parecía que había tomado un poco el sol... Sí, estaba bronceada, lo recuerdo. Me contestó que se había tomado unos días de vacaciones. Mi nieto se pone a limpiarle el camino y los niños le llevan las dos bolsas de la compra hasta el porche, así que ella se queda ahí plantada y a todas luces cabreada. Dijo que odiaba haber vuelto al invierno, que ojalá pudiera pasar todos los inviernos en Florida.

—¿Dijo «Florida»?

—Sí. Que en Florida tenían sol, palmeras y piscinas, y que aquí teníamos nieve, hielo y frío. Creo que es la vez que más habló conmigo, así que le dije

que qué bien que se hubiera ido de vacaciones y que a qué parte de Florida había ido. Farfulló que tenía que entrar a ver a su madre y se fue. Eso sí, se detuvo y se ofreció a pagar a mi nieto, que seguía quitando nieve, pero él no aceptó el dinero. Lo han educado bien.

—Mató a una mujer en Tampa en febrero de 2011.

—Cielo santo. Todavía le duraba el bronceado de las vacaciones, así que esto no debió de pasar mucho después. Se había puesto morena mientras quitaba una vida y se quedó ahí plantada protestando por la nieve. ¿Crees que volvió a marcharse a Florida después de dispararte?

—No, creo que se fue a Canadá. Le pegué un tiro, dejó un rastro de sangre. Así que tenía que moverse rápido.

—Le dio tiempo de matar a sus abuelos. —Leticia volvió a acariciar la cruz con los dedos—. Que en paz descansen.

—Los odiaba, igual que odiaba a su madre. Y la herida tenía que dolerle. ¿Por qué no desquitarse con ellos? Pero le dolía mucho, así que no la veo conduciendo hasta Florida con una herida de bala. Canadá está más cerca. Una identidad nueva, cruza la frontera, cava un hoyo y se esconde. Suponemos que tenía mucho dinero y tarjetas de crédito vinculadas a documentos falsos. Pero creo que ahora sí está en Florida. Se lo pasó bien allí. —Miró a Leticia—. Y creo que dos de sus objetivos viven allí en estos momentos.

—Tienes que advertírselo, Reed. Y no me digas que el FBI está al mando. A esas personas hay que darles la oportunidad de tomar precauciones, de protegerse.

Después de que Reed le diera un beso de despedida, Leticia lo vio alejarse. La preocupaba aquel chico. La persona que no era una persona, sino algo tan horrible que ella ni siquiera encontraba en su vocabulario una palabra que la describiera, ya había intentado matarlo una vez. Era obvio que él sabía que lo intentaría de nuevo. Leticia debía rezar, y lo haría, para que Reed fuera lo

bastante listo, y lo bastante buen policía, para atraparla antes de que ella lo atrapara a él.

Essie se quedó perpleja cuando Reed le regaló una hortensia.

—Deberías plantarla con posos de café por razones que no acabo de entender. Te cambio la planta por una cerveza.

—Es bonita. ¡Hank! —gritó ella—. Reed nos ha traído una planta.

Dylan y Puck llegaron primero, a la carrera.

—Ese es mi chico.

Reed chocó los cinco con el niño y se agachó para acariciar al perro, que no paraba de mover la cola.

—¿Nos vamos a la isla? ¿Podemos irnos ya?

—Todavía falta un poco para eso.

—¡Jo! ¡Puck y yo queremos ir!

Reed lo cogió en brazos.

—Ya queda poco. Cuando vayáis, os nombraré a Puck y a ti ayudantes caninos del día.

—¿Y tendremos placa?

—No se puede ser ayudante sin placa. Hola, Hank.

—Reed, qué hortensia más bonita. De flor azul. Necesitan tierra ácida para mantener el color.

—Entonces la delego en el tipo que sabe.

Se tomó una cerveza con Hank, admiró las figuras de los Power Rangers y los dinosaurios de Dylan. Hank captó la sutil señal que intercambiaban su esposa y su antiguo compañero.

—Oye, Dylan, vamos a cavar un hoyo. He encontrado el lugar perfecto.

—¿Otra cerveza? —le preguntó Essie cuando sus chicos salieron a cavar.

—No, gracias. Tengo que coger el ferri de vuelta y no queda mucho tiempo. Me he pasado a charlar con Leticia Johnson —comenzó, y después le transmitió toda la nueva información.

—Ya sabíamos que había ido a Florida, Reed.

—Así es. Pero creo que hay algo allí que le gusta. Habló de su viaje, y por lo general se esforzaba en no decir casi nada. Lo mencionó... Y la mujer de la panadería donde Hobart solía parar por las mañanas nos comentó que le había dicho que se tomaría unos días de vacaciones en un balneario de montaña.

—Es una mentirosa, aunque eso ya lo sabíamos también. Pero entiendo a qué te refieres. Se le fue la lengua. Estaba cabreada —decidió Essie—. Vuelve del sol y las palmeras, y se encuentra con la nieve y el frío, y encima nadie ha limpiado el puñetero camino.

—La señora Johnson la tuvo más o menos acorralada durante un minuto, así que se soltó un poco, protestó un poco.

—¿Por qué iba a importar lo que le dijera a una vieja entrometida del barrio de su madre? Estaba cabreada por lo de la nieve, cabreada porque la chavala no hubiera limpiado el camino. Sí. —Essie asintió—. Se fue de la lengua.

—Está en Florida, Essie. Lo sé.

—Reed, no tenemos ninguna pista que nos lleve allí.

—Dos objetivos, y ha sido un invierno frío. —Se levantó y se puso a andar—. ¿Qué pensaste cuando viste esta casa, cuando la compraste?

—Este es mi hogar.

—Sí, y yo sentí lo mismo con la mía. Ella vivía con sus abuelos, y los odiaba... Y antes con su madre, y lo mismo. Los mató a todos. Esos lugares nunca fueron su hogar. Estoy convencido de que cree que Florida sí es su hogar. Sale de Canadá (hasta los federales creen que se escondió allí) y se larga a las Bermudas. ¿Sabes qué opino?

Essie asintió e hinchó las mejillas.

—Que allí recordó que le encantan el sol y las palmeras.

—Exacto. Ya habíamos deducido que iría hacia el sur, y yo me inclinaba por Florida. Ahora estoy seguro, joder. Sé que es instinto, Essie, pero encaja.

—Puedo filtrárselo al agente especial a cargo del caso.

—No si eso te va a causar problemas.

—¿Están llegando a estas conclusiones? No, no lo están haciendo. Y Hobart ha incrementado el número de víctimas. Seguiré el procedimiento. Mira, Sloop sabe que sigues en contacto con su abuela, y puede verificarlo. Has pasado a ver cómo estaba...

—Le he llevado una hortensia, y la he plantado.

—Mucho mejor. Y ella se acuerda de esta nueva conversación, tú me la pasas a mí y yo la transmito a la cadena de mando. Así de sencillo.

—De acuerdo. Dado que soy la persona que ha recopilado la información y ocupo un puesto de jefe de policía que ha jurado proteger y servir a la gente, voy a ponerme en contacto con los dos posibles objetivos.

—Reed...

—Los federales tardarán en procesar lo que les pases y, cuando eso ocurra, ni siquiera podemos saber qué medidas tomarán. Voy a ponerme en contacto con ellos, Essie. ¿Qué pueden hacerme?

—Supongo que no mucho, si es que pueden hacerte algo.

—Y tampoco podrán ir por ti si soy yo quien contacta con ellos.

—Es posible que la llamada tenga más peso si viene de mí, una detective de la policía de Portland.

—Detective, jefe. —Reed sonrió—. Venga ya.

—Listillo.

—Te lo digo porque nunca nos hemos mentido, y no quiero que te enteres a

posteriori. Tengo que irme. —Antes se acercó a la ventana, miró hacia el exterior—. Hombre, niño y perro. Es una imagen preciosa.

—Mi favorita. Estoy embarazada.

—¿Eh? —Se dio la vuelta a toda velocidad—. ¿En serio? ¿Por qué no lo me lo has dicho antes? Es una buena noticia, ¿no?

—Buenísima. Estoy solo de unas siete semanas y media, y se supone que no debes decirlo antes de cumplir las doce. Pero...

Se asomó a la ventana con gesto de preocupación.

—Voy a tener dos hijos. Hank ha encontrado a un agente que va a intentar vender su libro y, Dios, ya ha empezado otro. Es feliz escribiendo, trabajando en casa. Yo también soy feliz. Dylan rebosa felicidad. Quiero que pillen a esa arpía, Reed. Tarde o temprano vendrá también a por mí. Soy la persona que mató a su hermano.

—Vamos a pillarla, Essie.

—Hobart no ataca a las familias. No le interesan. Pero en estos momentos yo llevo familia dentro.

—Dilo ya. No esperes a las doce semanas. Mira, creo que ocupas un puesto alto en su lista (nunca nos hemos mentido), así que es demasiado pronto para que venga por ti. Pero saber que estás embarazada podría refrenarla si te tiene en el punto de mira.

—No es mala idea. —Como estaba tensa, Essie se frotó la nuca por debajo de la coleta corta—. Puedo correr la voz. Hobart fue a por ti, y tú fuiste la segunda persona que llamó al nueve uno uno.

—El segundo no importa. No fui yo quien llevó a la policía hasta allí. Fue Simone. Simone —añadió—, de quien estoy locamente enamorado.

—Tú... —Essie tuvo que hacer un esfuerzo para despegar la mandíbula del suelo—. Ahora me toca a mí. ¿En serio?

—Muy en serio. La primera de la lista o es Simone o eres tú. Y ni de coña

va a llegar hasta ninguna de las dos.

—¿Y ella está enamorada de ti?

—Estoy en ello. Tengo que irme.

—¿Ahora que había empezado a ponerse interesante? ¿Qué quieres decir con que estás en ello?

—Ven a la isla y lo ves por ti misma —contestó Reed mientras Essie lo seguía hasta la puerta—. No puedo perder el ferri. Soy el jefe de policía.

En el ferri, Reed hizo las llamadas. Primero habló con Max Lowen, que vivía en Fort Lauderdale. Se identificó y le dijo que durante una investigación tangencial había conseguido información que le llevaba a pensar que era posible que Patricia Hobart estuviera en Florida.

Con Lowen cagado de miedo, Reed le habló de las precauciones básicas, le formuló preguntas importantes, le dio su número de móvil y le sugirió que se lo facilitara también a la policía local y que se pusiera en contacto con el agente especial del FBI a cargo de la investigación. Él estaría encantado de hablar con ellos y verificarlo todo.

Cuando llamó a Emily Devlon, le saltó el contestador automático. Dejó su nombre y su número, y le pidió que se pusiera en contacto con él lo antes posible porque tenía información sobre Patricia Hobart.

Luego se bajó del coche y contempló la vista de la isla ante sus ojos.

El hogar, pensó. Donde está el corazón.

Volvió a sacar el teléfono y envió un mensaje a Simone.

En el ferri, a unos cinco minutos. Estaba pensando en encargar una pizza y sentarme un rato en el patio a mirar el atardecer con un par de mujeres hermosas.

Ella le contestó.

CiCi está preparando lo que ella llama sopa de verduras para la eternidad y me ha obligado a hacer masa de pan, así que la pizza no hace falta. Hace demasiado frío para ver atardecer en el patio. Nos sentaremos junto al fuego.

Trato hecho. Casi en casa.

Se metió el móvil de nuevo en el bolsillo. A la mañana siguiente volvería a llamar a Emily Devlon si aún no tenía noticias de ella. Pero de momento lo guardaría.

Emily oyó el timbre del teléfono cuando cerró la puerta trasera a su espalda. Dudó un instante y estuvo a punto de volver a entrar para cogerlo, pero al final se marchó. Su marido y sus hijos se habían ido a pasar un rato a la playa y a comer una pizza, así que no había de qué preocuparse. Si Kent la necesitara, la llamaría al móvil.

Tenían teléfono fijo porque a Kent le iba bien para los clientes y los mensajes. Así que sería un cliente u otra molesta llamada de política o publicidad.

Además, aquella era su noche. Su noche de chicas disfrazada de club de lectura, el primer y el tercer domingo de cada mes: dirigía uno y solo participaba en el segundo. Y aquella noche no le tocaba estar a cargo.

Entró en el garaje, que su esposo nunca usaba, pues lo tenía tan lleno de equipamiento deportivo, herramientas y mierdas para el césped que apenas quedaba espacio para el coche de Emily.

Oyó un ruido y sintió que la invadía un dolor abrasador.

Y después ya no oyó ni sintió nada.

Patricia abrió el bolso de Emily, cogió el móvil y rebuscó entre sus

contactos hasta llegar al nombre de una de las mujeres del club de lectura. Escribió:

Me ha surgido algo, ya te explicaré. No puedo ir. ¡Bu!

Por si la veía algún vecino, Patricia se colocó la peluca, del mismo estilo y color que el pelo de Emily. Cogió las llaves de la mujer, se subió al monovolumen y apretó el botón del mando del garaje.

Cruzó el barrio, salió, tomó una carretera que llevaba directamente al centro comercial, situado a unos cómodos tres kilómetros de distancia, y aparcó.

Guardó la peluca en el enorme bolso donde ya llevaba el arma, se ahuecó el pelo... A la mierda el ADN, quería que supieran que había vuelto a ganar.

Dio un paseo por el centro comercial disfrutando del sol de aquella apacible tarde de primavera. ¡Le encantaba Florida! Miró escaparates, se compró un par de cosas y volvió caminando a su propio coche, pues lo había dejado aparcado allí antes de recorrer los tres kilómetros a pie para matar a Emily.

Ya tenía las maletas en el maletero.

Suspiró. Odiaba tener que marcharse de Florida, desearía poder quedarse y airearse un poco. Pero tenía lugares a los que ir, gente a la que matar.

—¡A quemar la carretera! —dijo entre risas.

Abrió la bolsa de patatas fritas sabor jalapeño y la Pepsi Light que había comprado para el camino. Subió el volumen de la radio por satélite.

Cuando arrancó, decidió que Emily Devlon había sido su presa más fácil hasta el momento.

Estaba en racha.

Y su suerte continuó. El marido de Emily no entró en el garaje cuando llegó a

casa. No tenía ningún motivo para hacerlo. Los niños —pasados de vueltas por la pizza y el helado que había sido lo bastante débil para comprarles después— lo mantuvieron ocupado y distraído. En cualquier caso, tampoco esperaba que su esposa volviera a casa hasta por lo menos las diez.

Dejó que los niños se volvieran locos en la bañera porque lo hacían reír aunque eso implicara pasar a fondo la fregona antes de que la madre volviera a casa.

Les leyó un cuento, los arropó, pasó la fregona, se sirvió lo que consideraba que era un vodka con tónica bien merecido. No escuchó los mensajes del contestador, ni se le pasó por la cabeza, y se quedó dormido en la sexta entrada del partido de béisbol que estaba viendo en la televisión del dormitorio.

Se despertó justo después de medianoche, desorientado, y cuando se descubrió solo en la cama se sintió más perplejo que enfadado.

Apagó la tele y fue al baño a hacer pis. Bostezando, echó un vistazo a los niños y se asomó a la habitación de invitados, donde Emily dormía a veces cuando él roncaba.

Bajó las escaleras y la llamó.

El enfado superó a la perplejidad. Las normas de la casa, pensó, eran para los dos: Si vas a llegar tarde, llama.

Buscó su móvil y recordó que lo había dejado cargándose junto a la cama. Entró en su despacho, que estaba al lado de la sala de estar, para llamar por el fijo y entonces vio la luz intermitente del contestador.

Le dio al botón y frunció el ceño. ¿Por qué coño llamaba el jefe de policía de una isla de Portland...? Oyó el nombre de Hobart y sintió que se le helaba la sangre.

Llamó al móvil de Emily y se le revolvió el estómago cuando escuchó el alegre mensaje de su buzón de voz.

—Llámame. Llámame, Emily. Ahora mismo.

Empezó a caminar de un lado a otro mientras se repetía que Emily estaba bien. Solo había tomado unas cuantas copas de pinot de más, eso era todo. Emily estaba bien.

Pero salió, comprobó la piscina, el jacuzzi.

Exhaló un tembloroso suspiro de alivio.

Habían pasado casi diez minutos cuando se le ocurrió mirar en el garaje. Osciló entre el alivio y el miedo al no ver el coche.

Y entonces la encontró.

Reed no recibió la llamada, de un policía de homicidios, hasta las tres de la mañana. Cogió el teléfono y se dio la vuelta para sentarse en el borde de lo que recordó que era la cama de Simone y no la suya.

—Quartermaine.

—¿El jefe Quartermaine de Tranquility Island, en Maine?

—Sí. ¿Quién es?

—Detective Sylvio, del departamento de policía de Coral Gables. He obtenido su nombre y su número de contacto de un contestador automático...

—Emily Devlon. —Se aferró a la esperanza durante diez segundos—. ¿Se ha puesto en contacto con usted?

—No, jefe Quartermaine.

—¿Es usted de homicidios?

—Afirmativo.

—Maldita sea. Mierda. ¿Cuándo? ¿Cómo?

—Estamos investigándolo. Tengo algunas preguntas.

—Hágamelas.

Abrió la puerta de un empujón, salió a la larga terraza con vistas al mar.

Necesitaba aire.

Simone encendió las luces. Sintió que el aire, una corriente fuerte y fría, entraba de golpe en la habitación. Se levantó, se puso una bata y, cuando se acercó a la puerta abierta, vio a Reed de pie, desnudo a la luz intermitente de la luna, gritando respuestas al teléfono.

Se dio cuenta de que él no notaba el frío. La rabia que lo abrasaba por dentro no se lo permitía. Nunca lo había visto enfadado... Hasta entonces incluso había dudado de que fuera capaz de enfadarse. Furioso seguro que no se ponía.

Y en ese momento no estaba furioso, pero rabia sin duda sentía.

Siguió escuchando, porque cuando Reed terminó de gritar respuestas, empezó a gritar preguntas. Resultaba evidente que las respuestas no le satisfacían.

—Venga ya, detective. No me joda. Esa mujer podría estar viva si yo hubiera hecho esa llamada antes, si hubiera conseguido ponerme en contacto con ella. Porque ha sido Hobart, maldita sea. La habrá acechado en persona, a través de las redes sociales. Estará alojada, o lo habrá estado, en un lugar cercano desde el que llegar a pie o en coche sin problema. Conocerá la rutina de Emily Devlon. Dónde hace la compra, cuál es su banco, qué bebe, qué come. Habrá documentado hasta el último detalle. ¿Devlon salía todos los domingos por la noche?

Reed se echó el pelo hacia atrás y comenzó a caminar de un lado a otro.

—Me cago en la puta, llame al FBI. El agente especial a cargo es Andrew Xavier. Pero ahora mismo usted se enfrenta a la muerte de una madre de dos hijos. Estuve con ella en el centro comercial DownEast. Aunque no la conocía, yo también estuve allí. Y yo... Joder, ¿se está comportando como un imbécil a propósito? Entonces dígame la hora estimada de la muerte y yo le diré dónde cojones estaba.

»Estaba en casa de mi excompañera y su familia. La detective Essie McVee. —Le soltó del tirón su número de teléfono y su dirección—. Ella lo corroborará. Salí de su casa y fui con el coche a coger el ferri de vuelta a Tranquility. Llamé a Emily Devlon, le dejé el mensaje durante el trayecto en el ferri. Antes me puse en contacto con Max Lowen, de Fort Lauderdale, puesto que creía que Hobart estaba en Florida. Pueden comprobar la hora del mensaje, joder, sabe muy bien que la llamé justo antes o justo después de la hora de la muerte.

Reed guardó silencio y escuchó. Sí, ahí estaba, Simone vio la rabia en todas y cada una de las líneas y los músculos de su cuerpo.

—Hágalo. Hágalo, joder. Ya sabe dónde encontrarme.

Reed se volvió y la furia salvaje que reflejaba su rostro hizo que Simone diera un paso atrás. Él se contuvo.

—Necesito un minuto.

Pero cuando se acercó a la puerta para cerrarla e interponerla entre ellos, Simone se adelantó.

—No hagas eso. No me dejes fuera. He oído lo bastante para entender que ha matado a otra persona. A una persona a quien trataste de advertir. Entra, Reed, ponte algo encima. No te das cuenta pero te estás congelando.

—Joder, no sirvió de nada. No cogió el teléfono. Puede que ya estuviera muerta. Ya era demasiado tarde. —Tiró el móvil contra la cama y cogió sus pantalones—. Y ese gilipollas de homicidios se pone a interrogarme sobre por qué dejé el mensaje, por qué dejé la policía de Portland, por qué sé tantas cosas, dónde estuve durante la hora de la muerte. Menudo mamón.

Se recompuso.

—Lo siento. Tengo que irme.

—¿Para qué? ¿Para atravesar la pared de un puñetazo en otro sitio? En

cuanto el mamón ese haga unas comprobaciones mínimas, sabrá que es un mamón.

—Eso no hará que Emily Devlon esté menos muerta. Tenía dos niños pequeños. Llegué demasiado tarde.

Simone se acercó a él y lo envolvió en un abrazo.

—Joder, Simone. Llegué demasiado tarde. Se me adelantó.

—¿A ti? —Lo apretó con todas sus fuerzas y volvió a relajar el abrazo—.
¿Por qué a ti y solo a ti?

—Soy el único al que ha intentado matar, la ha mirado a los ojos y ha sobrevivido.

—Así que no vas a parar. Ahora mismo no piensas que sirva de mucho, pero te equivocas. El policía de Florida te llamará, se disculpará y te pedirá ayuda.

—No quiero sus puñeteras disculpas.

—Lo más probable es que te las ofrezca de todos modos. Pero ahora vamos a dar un paseo por la playa.

—Hace frío, es plena noche. Tengo que irme —insistió—. Vuelve a la cama.

Qué curioso, pensó Simone; Reed solía mantener muy bien la calma, pero ahora que la situación lo había desbordado, era ella quien la mantenía con firmeza.

—Espera a que me vista y luego saldremos a pasear. A mí me ayuda, al menos a veces, cuando estoy cabreada de verdad. Veamos si a ti también.

Se acercó a la cómoda para coger una sudadera y unos pantalones de chándal.

—Viéndote en pleno ataque de furia, me he dado cuenta de la suerte que tenemos de que estés en la isla.

—Sí, nada como un jefe de policía cabreado.

—Tienes derecho a estar cabreado, pero aun así ya lo estás controlando. Y parte del cabreo, la parte que sigue viéndose, es tristeza. Sabía que eras astuto e inteligente como policía. Sabía que respetabas tu trabajo y que querías hacerlo bien. Y sabía que te preocupabas por los demás, pero esta noche he visto hasta qué punto. —Cogió una bufanda y se la enrolló alrededor del cuello—. Somos afortunados de tenerte, jefe. Tengo una chaqueta de abrigo abajo. La cogeremos, junto con la tuya, antes de salir.

—Estoy enamorado de ti. Por el amor de Dios, no te alejes de mí por eso.

Simone se quedó sin aliento un instante y tuvo que hacer esfuerzos para continuar manteniendo la calma.

—Me asusta. No voy a alejarme, pero necesito meditarlo un poco más antes de saber con seguridad lo que vamos a hacer al respecto. Nunca había sentido por nadie lo que siento por ti. Solo necesito asimilarlo.

—Eso me vale. Y ahora ya estoy menos cabreado.

—Vamos a dar el paseo de todas formas. Eres el primer hombre que me dice eso al que creo. Me parece que a los dos nos sentará bien un paseo por la playa.

El paseo ayudó, y aunque Reed no volvió a entrar, aunque no regresó a su cama, Simone sabía que ya se había tranquilizado. La besó, esperó hasta que ella hubo entrado en la casa, y entonces arrancó el coche.

Simone tampoco volvió a la cama, sino que se preparó una taza grande de café y subió a su estudio.

Allí encontró el boceto de Emily Devlon que había hecho a partir de la foto de la pizarra de Reed. Y tras seleccionar sus utensilios, empezó a hacer lo que sabía para honrar a los muertos.

TERCERA PARTE

Prueba de vida

¡La vida es real! ¡La vida es algo serio!

Y la tumba no es su meta.

Polvo eres y en polvo te convertirás,

no se refería al alma.

HENRY WADSWORTH LONGFELLOW

En efecto, recibió una disculpa (tensa y sin duda por orden de un superior) del detective de Florida. Y una llamada de seguimiento del teniente del detective, que no parecía chuparse el dedo.

Intercambiaron información y promesas de mantenerse al tanto de las novedades que fueran surgiendo.

Donna golpeó el marco de su puerta con los nudillos.

—Hemos recibido un aviso de Ida Booker, que vive en Tidal Lane, y está que se sube por las paredes.

—¿Por qué?

—Un perro se ha colado en su contenedor de compost, ha escarbado todo el lecho de flores donde acababan de brotar los narcisos y ha perseguido a su gata hasta que esta ha trepado a un árbol.

—¿De quién es el perro?

—De nadie, ese es el otro problema. La mujer dice que es la segunda vez en dos días que obliga a la gata a subirse a un árbol y, como nunca había visto al perro, ha preguntado por ahí. Cree que lo han abandonado, que lo trajeron en el ferri y regresaron sin él.

—¿Hay un problema de perros callejeros en la isla del que yo no sé nada?

—No lo había, pero parece que ahora sí lo hay. Ida dice que si vuelve a ver al perro le pegará un tiro en la cabeza. Adora a su gata.

—Aquí nadie va a disparar a ningún perro.

—Entonces será mejor que lo encuentres antes que ella. Le hierve la sangre.

—Yo me encargo.

Le iría bien distraerse.

Fue en coche hasta Tidal Lane, una bonita calle con ocho casas de residentes permanentes cuyos dueños se enorgullecían de sus jardines y habían formado una especie de comuna de artesanos informal.

Ida, una mujer robusta de cincuenta años, trabajaba con telas, había criado a dos hijos y adoraba a su gata.

—Ha asustado a Bianca, y a saber lo que le habría hecho si ella no hubiera trepado al árbol. ¡Y mire esto! Ha desenterrado los bulbos, ha esparcido el compost por todas partes. Y cuando he salido, ha huido como un cobarde.

Reed pensó que prefería enfrentarse a un perro cobarde antes que a uno agresivo.

—¿Llevaba collar?

—Yo no se lo he visto. Puede que hasta tenga la rabia.

—Bueno, eso no lo sabemos. Deme una descripción.

—Un chucho marrón y sucio. Rápido. La primera vez que vino y persiguió a Bianca, yo estaba justo ahí, preparando ese arriate para plantar. Me levanté, grité y se escapó corriendo. Hoy lo mismo. He oído los ladridos y la persecución. A Bianca le gusta dormir en el porche. He salido, y el perro ha huido disparado.

—¿Por dónde?

La mujer señaló con el dedo.

—Con el rabo entre las patas. Ha tenido suerte de que no tuviera la escopeta a mano.

—Señora Booker, le aconsejo que no coja esa escopeta y la dispare.

—Mi gata, mi propiedad.

—Sí, señora, pero usar un arma de fuego en un área residencial va contra la ley.

—Defensa propia —dijo ella con tozudez.

—Veamos si consigo encontrar al perro. ¿Dice que ha huido y no la ha atacado?

—Atacó a Bianca.

—Sí, eso lo entiendo, pero ¿no se ha mostrado agresivo con usted?

—Ha echado a correr en cuanto me ha visto. Cobarde.

O sea que no era agresivo con la gente. Probablemente.

—Muy bien. Lo buscaré. Si no lo encuentro, enviaré a un par de agentes a echar un vistazo. Lo acorralaremos. Siento lo de los narcisos.

Preguntó por el barrio, habló con los que habían visto al perro, por lo general después de que hubiera tirado un cubo de basura y huido.

Deambuló un rato, preguntándose adónde iría si fuera un perro al que le gustaba perseguir gatos y desenterrar narcisos. Se dio cuenta de que la simple tarea de buscar a un perro callejero, recorriendo aquella zona de la isla en su coche patrulla y a pie, lo serenaba.

Estaba a punto de darse por vencido y enviar a Cecil a buscarlo cuando oyó ladridos.

Divisó al perro en un tramo de playa, perseguía a los pájaros y las olas junto a la orilla. Cogió la correa y la hamburguesa que se había parado a comprar y bajó caminando despacio y tranquilo mientras consideraba a su presa.

A juzgar por cómo chapoteaba y corría, no le pareció que tuviera la rabia ni que fuera mucho más que un cachorro. Estaba flaco, se le marcaban las costillas, así que tal vez la comida lo engañara.

Reed se sentó, desenvolvió la hamburguesa y dejó la mitad a su lado.

El perro levantó el hocico, olfateó el aire y luego volvió la cabeza. En el momento en que vio a Reed, se quedó inmóvil.

Continuó sentado, esperó a que la brisa le llevara el tentador olor a carne.

El perro se agazapó y se acercó con sigilo. Tenía las patas largas, se fijó Reed, las orejas caídas y, sí, el rabo entre las patas.

Cuanto más se acercaba el perro, más se agazapaba, hasta que empezó a arrastrar la barriga como un soldado en combate. Con la mirada fija en Reed, clavó los dientes en la hamburguesa y echó a correr de vuelta a las olas. La devoró.

Reed colocó a su lado la segunda mitad de la hamburguesa y preparó la correa.

El perro volvió a acercarse arrastrando la barriga, pero esta vez Reed le pasó la correa por el cuello cuando el animal se lanzó a por la carne.

El perro trató de retroceder, con los ojos muy abiertos y asustados.

—Eh, eh, de eso nada. Quedas arrestado. Y nada de morder.

Al oír la voz, el perro se quedó petrificado y luego se echó a temblar.

—Yo diría que te lo han hecho pasar mal. —Reed recogió la hamburguesa, y aquel movimiento hizo que el perro se encogiera y se estremeciera—. Muy mal.

Con movimientos muy lentos, le ofreció el resto de la hamburguesa.

El hambre fue más fuerte que el miedo. Vacilante, meneó la cola que escondía entre las patas.

—Tengo que arrestarte. Intento de agresión a un felino, destrucción de propiedad privada. La ley es la ley.

Despacio, muy despacio, Reed le puso una mano en la cabeza, la desplazó adelante y atrás, y notó los bultos de varias cicatrices en el cuello.

—Yo también tengo unas cuantas.

Lo acarició durante unos minutos, y el perro lo recompensó con un lametón tentativo en el dorso de la mano.

El perro se echó a temblar de nuevo cuando Reed se puso de pie, y después levantó la vista cuando el golpe que esperaba no llegó. Reed aprendió muy

pronto que al perro no le gustaba la correa. Tiraba, se retorció, se quedaba paralizado cada vez que él se detenía y lo miraba. Con ese proceso, consiguieron llegar al coche.

Meneó la cola con más entusiasmo.

—Te gusta ir en coche, ¿eh? Bueno, parece que hoy es tu día de suerte.

Se disponía a meterlo en el maletero, pero el animal lo miró con ojos enternecedores, el principio de la esperanza.

—No vomites la hamburguesa en mi vehículo oficial.

En cuanto abrió la puerta, el perro subió de un salto, se sentó en el asiento del pasajero y chocó con el hocico contra la ventanilla.

Reed descubrió que un perro podía parecer sorprendido. Bajó la ventanilla y las orejas colgantes de su prisionero ondearon el viento todo el camino de regreso a la comisaría.

—Tengo que abrirte un expediente y ver si consigo que el veterinario venga a echarle un vistazo. Luego ya pensaremos en lo demás.

Se fijó en el todoterreno negro que había en el aparcamiento y supo que tenía visita federal.

En la sala común, Donna atendía otro aviso, Cecil y Matty estaban sentados en sus respectivos sitios y el agente especial Xavier esperaba en una de las sillas para visitantes tomándose una taza de café mientras miraba algo en el móvil.

La imagen, el olor y el ruido de tantos humanos en una sola habitación hizo que el perro se pusiera a temblar con la cola metida entre las patas y la cabeza gacha.

—Vaya, has encontrado al cachorro.

Cecil hizo ademán de levantarse, pero Reed alzó una mano para detenerlo.

—Tiene miedo de la gente.

—A ti parece que te tenga miedo —intervino Matty.

—Todavía un poco, pero hemos hecho las paces cuando le he dado una hamburguesa. Donna, llama al veterinario.

—El veterinario solo abre los miércoles y los sábados, excepto en caso de urgencia.

—Ya lo sé. Llámalo a casa y cuéntale la situación. Necesito que eche un vistazo al perro y nos confirme que no está enfermo. Cecil, ¿por qué no lo llevas a...?

Cuando tendió la correa a su ayudante, el perro gimió, se apretó contra la pierna de Reed y se echó a temblar.

—No importa. Espera un minuto.

Tirando de la correa, llevó al perro a la sala de descanso, cogió un cuenco y una botella de agua.

—Agente especial Xavier —dijo cuando volvió—, ¿por qué no vamos a mi despacho?

—¿Va a traerse al perro?

—Está bajo mi custodia.

En el despacho, Reed señaló una silla y a continuación se sentó a su escritorio. Un instante después, el perro se coló bajo la mesa. Reed vertió agua en el cuenco y lo dejó en el suelo.

—Bien, ¿qué puedo hacer por usted? —comenzó a decir Reed por encima del ruido de los lametones húmedos y rápidos.

—He pensado que un cara a cara podría aclararle que ni el FBI ni yo comprendemos su interferencia en una investigación en curso.

—Bueno, no necesitaba coger el ferri para venir a decirme eso, pero tal vez sí para aclarar esa interferencia.

—Detective, se puso usted en contacto con dos personas, que nosotros sepamos, facilitó información a una de ellas, que nosotros sepamos, y le

transmitió que, según su opinión personal, Patricia Hobart tenía intención de matarla.

—En primer lugar, soy jefe, no detective. Y es evidente que mi opinión personal se convirtió en un hecho cuando Hobart mató a Emily Devlon.

Xavier juntó las palmas de las manos, bajó todos los dedos menos los índices.

—No tenemos pruebas, hasta ahora, de que Hobart sea la responsable de la muerte de Emily Devlon.

Reed se limitó a asentir.

—¿Le importaría cerrar la puerta? Si me levanto yo para hacerlo, este perro me seguirá tanto a la ida como a la vuelta, y parece que por fin se está tranquilizando.

Reed esperó mientras Xavier hacía lo que le había pedido.

—Le he rogado que cerrara la puerta porque preferiría que mis subordinados no me oyeran llamar imbécil a un agente del FBI.

—Le conviene tener mucho cuidado. Jefe.

—No, qué va. Creo que lo que me conviene aquí es ser claro. Tal vez no tenga ninguna prueba física, hasta la fecha, o ningún testigo ocular a mano, pero tiene todo lo demás. Devlon encaja a la perfección en el patrón de Hobart. Sobrevivió a lo de DownEast y, de paso, salvó una vida. Recibió atención de la prensa... No, estamos en mi despacho —dijo cuando Xavier hizo ademán de interrumpirlo—. Recibió algo de atención en aquel momento, reportajes y esas cosas. Además, se benefició económicamente cuando la mujer a la que salvó murió de causas naturales años después y le dejó cien mil dólares en su testamento. Todas las víctimas de Hobart hasta el momento recibieron atención mediática y obtuvieron algún tipo de beneficio.

—Se le ordenó de forma específica que se mantuviera al margen de esta investigación.

—Ya no trabajo para el departamento de policía de Portland. No estoy interfiriendo en nada, y espero con todas mis puñeteras fuerzas que el FBI la pille, y rápido. Hasta que lo consigan, haré lo que hago.

—Manipulando a objetivos potenciales...

—Y una mierda manipulación. Llamé a Lowen, se lo expuse porque tenía información que me hacía pensar que Hobart había cambiado de rumbo hacia Florida.

—¿Y no compartió esa supuesta información con otros agentes?

—Me facilitaron la información el domingo por la tarde y tenía toda la intención de pasársela a usted el lunes por la mañana. De hecho, le aconsejé a Lowen que lo llamara. Le di su nombre y su número. Habría hecho lo mismo con Devlon si hubiera conseguido hablar con ella. Y si la hubiera localizado, tal vez estaría viva. Así que no venga a mi casa, agente Xavier, y trate de engañarme. Usted está a cargo de la investigación de Hobart, pero a mí me va la vida en ella... y no es una metáfora.

—Y ese es justo el motivo por el que lo apartaron de la investigación.

—Le repito que no trabajo para la policía de Portland. Trabajo para el pueblo y los visitantes de esta isla. Y, hasta donde yo sé, no hay ninguna ley ni regulación que diga que como tal, o como civil, no pueda reunir información o llamar a individuos que crea que podrían estar en peligro.

Xavier se limitó a mirarlo por encima de la nariz afilada.

—Deje que se lo aclare: el FBI no necesita la dudosa ayuda de un funcionario obsesionado que se las da de pez gordo en una isla de mierda perdida en mitad de la nada y que dedica su tiempo a recoger perros callejeros.

Reed bajó la vista hacia el perro, que había empezado a roncar a sus pies.

—No he dedicado tanto tiempo. Voy a decirle una cosa, y después los dos deberíamos volver al trabajo: no pretendo interponerme en su camino, y

ambos sabemos que no lo he hecho. Está cabreado porque ahora en los informes pone que un funcionario obsesionado de una isla de mierda perdida en mitad de la nada llamó a la siguiente víctima de Hobart, o lo intentó. Y usted, agente especial, con todo el potencial del FBI a sus espaldas, no.

»En su lugar, yo también estaría cabreado. Pero Emily Devlon sigue muerta, y hay personas que me importan que encajan en el patrón de víctimas de Hobart. Así que está perdiendo el tiempo al tratar de asustarme o intimidarme.

—Lo que estoy haciendo es advertirle. El FBI lleva el control de esta investigación.

—Advertirme tampoco servirá de nada. Espero que la pille. Espero con todas mis fuerzas que la pille antes de que mate al siguiente de su lista. Cuando lo haga, le enviaré una caja de su vino favorito. Hasta entonces, yo diría que ambos sabemos a qué atenernos.

—Cruzará la línea. —Xavier se puso en pie—. Cuando lo haga, me encargaré de que pierda este chollo de puesto que tiene aquí y cualquier oportunidad de que le den una placa en cualquier otro sitio.

—Lo tendré en cuenta. ¿Sabe? No me ha preguntado cómo llegué a la conclusión de que Hobart estaba en Florida y que iría a por una de las dos personas con las que contacté. No pregunta —continuó Reed— porque está cabreado. Voy a enviarle esa información y espero que la revise cuando ya no esté tan cabreado. Es relevante, porque si aún no ha confirmado que Hobart es responsable de la muerte de Devlon, lo hará. Habrá dejado alguna pista porque quiere que se le reconozca el mérito.

—Limítese a no interponerse en mi camino.

—Todavía estamos en temporada baja —comentó Reed mientras Xavier se dirigía hacia la puerta—. Así que faltan un par de horas para el siguiente ferri de regreso a Portland. El café y la tarta del Sunrise Café están buenísimos.

Xavier salió dando zancadas y dejó la puerta abierta.

Reed volvió a mirar al perro, que seguía roncando.

—Ese hombre, amigo mío, se las ha ingeniado para ser un capullo y un estirado al mismo tiempo.

Levantó la vista de nuevo cuando Donna se acercó a la puerta.

—Tu visitante no parecía muy contento al salir. Y además ha sido un maleducado, ha cerrado de un portazo. Hemos deducido que te has metido en líos con los federales por algo, pero no pareces preocupado.

—No lo estoy, porque soy un funcionario obsesionado que se las da de pez gordo en una isla de mierda perdida en mitad de la nada. Y eso es más que suficiente para mí.

—Pez gordo. —Donna resopló.

—Eh, soy jefe de policía. Eso es ser un pez bastante gordo.

—¿En serio ha dicho que esto es una isla de mierda?

—Sí, pero no nos preocupa porque nosotros sabemos que no es así.

—¿Le has dado su merecido a ese gilipollas?

—No se ha ido contento, ¿no?

Donna expresó su aprobación con un breve gesto de asentimiento.

—El doctor Dorsey ha dicho que puedes llevarle al perro.

Reed se preguntó si debería dejarlo dormir. Pero cuando se apartó un par de centímetros con la silla, el perro alzó la cabeza de inmediato. Miró a Reed a los ojos con miedo y anhelo.

—Pues supongo que lo llevaré.

Decidió ir caminando, con la esperanza de que el perro dejara de temblar siempre que veía a alguien que no fuera el agente que lo había arrestado. Pero cada vez que detectaba la presencia de una persona, el animal se pegaba a la pierna de Reed y se echaba a temblar.

La consulta del veterinario estaba adosada a su casa, a menos de medio

kilómetro del pueblo. Vivía en una edificación de color amarillo intenso con su esposa y su hijo menor, que estaba en el último año de instituto.

Doc Dorsey (hasta su mujer lo llamaba Doc) tenía un horario fijo dos días a la semana y una tercera mañana reservada a las cirugías. Por lo demás, abría para casos de urgencia, aunque estuviera pescando o trabajando en sus tres colmenas de abejas.

Cuando Reed entró, la esposa del veterinario estaba sentada al escritorio de la sala de espera. Era una especie de habitación para animales, observó Reed, con una variedad de sillas y mesas desemparejadas sobre un suelo de vinilo azul pálido.

—Señora Dorsey, le agradezco que hayan abierto por mí.

—Oh, no es ninguna molestia. —Hizo un gesto con la mano para dejar claro que no le importaba estar allí. Llevaba una coleta castaña y larga que le despejaba una cara hermosa y muy maquillada—. Así que este es nuestro perro callejero. Pobre cosita perdida.

La mujer se levantó. El perro retrocedió y se encogió detrás de las piernas de Reed.

—Tiene miedo de la gente.

—De usted no.

—Bueno, le he dado una hamburguesa y un paseo en el coche patrulla.

—Ha establecido un vínculo con usted. —Señaló a Reed sacudiendo un dedo y luego se agachó al nivel del perro—. Seguro que tenía hambre. Desde luego, está por debajo del peso que le correspondería. Qué cara tan dulce... Necesita un buen baño... Creo que tiene algo de rojo debajo del marrón, pero está sucísimo. ¿Ha traído una muestra de heces?

—Eh... no hemos llegado a esas confianzas.

—Bueno, pues necesitaremos una muestra. Llévelo a la parte de atrás, allí

han hecho caca y pis muchos perros, a lo mejor el olor lo estimula. ¿Cuánto hace que se ha comido la hamburguesa?

—Más de una hora, diría.

—Entonces debería resultar. Tome.

Sacó un guante de médico y un bote de plástico de boca ancha de un cajón.

—Le diré a Doc que ya ha llegado.

Reed salió con aire de resignación, pero antes de que tirara del perro hacia la parte de atrás, el animal se acuclilló e hizo cosas de perros en el sendero de hormigón.

—Joder, mierda. Literalmente.

Reed se puso el guante e hizo lo que tenía que hacer.

—¡Qué rapidez! —exclamó la señora Dorsey cuando volvieron a entrar.

—Lo ha hecho en el sendero antes de que me diera cuenta... Lo siento. —Le entregó la muestra, que habría jurado que se movía—. He recogido la mayor parte.

—No se preocupe, no es la primera vez. Llévelo atrás. Salga por la puerta y la primera a la izquierda. —Le devolvió la muestra—. Dele esto a Doc, pero ya le digo que el pobrecito tiene lombrices intestinales.

—Qué divertido.

Entró en la sala donde examinaban a los animales, con sus mostradores, su mesa acolchada larga y elevada, y sus básculas.

El perro se echó a temblar de nuevo al ver a Doc. El veterinario tenía una larga coleta castaña como la de su esposa pero salpicada de canas. Lucía gafas tipo John Lennon, sonrisa beatífica, camiseta de Grateful Dead, vaqueros cargo y botas Doc Martens.

—Bueno, ¿a quién tenemos aquí?

—Se niega a darme su nombre, pero tengo esto. —Reed le entregó la muestra de buena gana.

—Hum —dijo Doc y, como su esposa, se agachó—. Lleva un tiempo sin comer con regularidad, por lo que parece. Le da miedo la gente, ¿no?

—Tiembra mucho. Le he notado cicatrices en el cuello.

La hermosa sonrisa desapareció, y los ojos se le endurecieron detrás de las gafas.

—Le echaremos un vistazo. Aún no es adulto, diría yo. Mire a ver si puede hacer que se suba a la báscula.

Costó un poco convencerlo, pero si Reed se arrodillaba a su lado, el perro se quedaba quieto y temblaba.

Doc anotó el peso y le pidió a Reed que lo colocara en la camilla.

—Póngase delante de él para que pueda verlo. Y háblele con voz calmada.

—Nadie va a hacerte daño, pero tenemos que echarle un vistazo.

Reed continuó mirando al perro, hablando con la misma voz tranquila, mientras Doc le pasaba las manos por encima con suavidad.

—Varias personas informaron de la presencia de un perro callejero ayer mismo. Persiguió a la gata de Ida Booker hasta que esta trepó a un árbol, tanto ayer como esta mañana. Le ha removido la tierra del jardín y ha salido corriendo en cuanto la ha visto. Lo he encontrado persiguiendo pájaros en la playa de esa zona. Lo he atraído con una hamburguesa, pero antes he tenido que pasarme un rato sentado.

Mientras hablaba con la voz tranquila y relajada que emplearía con la víctima de una agresión, mantenía la mirada fija en los ojos del perro.

—Le gusta ir en coche. Ha ido con la cabeza fuera todo el rato. Parece que conmigo está a gusto, pero se asusta con todos los demás. Hasta ahora. Si te mueves demasiado rápido o levantas el brazo, se encoge.

—Típicas señales de maltrato.

—Lo sé. Son más o menos las mismas que en las personas.

—Es probable que estas cicatrices sean de un collar de ahorque. Tiran y

tiran de él hasta que el metal se clava.

—Hijos de puta. Lo siento.

—No lo sienta. Hay que ser un hijo de puta para hacerle eso a un animal. Tengo que verle los dientes, los oídos y demás.

Reed siguió hablando. El perro tembló con mayor intensidad pero, con el policía sujetándolo, Doc pudo examinarle los dientes, los ojos y los oídos.

—Tiene ambos oídos infectados. Los dientes están bien. Según mis cálculos tiene entre ocho y nueve meses, lo que significa que hay que multiplicar el «hijo de puta» por dos.

El veterinario se sacó un par de golosinas para perros del bolsillo. Dejó la primera en la camilla, esperó a que el perro desviara la vista de la golosina hacia Reed y de vuelta a la golosina, y luego se la comiera.

A la siguiente se resistió. El perro volvió a centrarse en Reed.

—Dígale que no pasa nada.

—No seas tonto —le dijo Reed al perro—. Si alguien te ofrece una galleta, te la comes.

El perro lo hizo, miró a Doc.

—Puedo hacerle una prueba para comprobar si lo han vacunado. Me extrañaría. Además, todavía no le han cortado las pelotas, y eso también tiene que cambiar. Voy a echar un vistazo a la muestra, usted controle que no se mueva de la camilla.

Doc entró en una pequeña alcoba.

—Podemos quedárnoslo —dijo el veterinario—, atenderlo aquí, pero su persona es usted. Si pudiera organizarse, estaría mejor con usted hasta que se cure. Quienquiera que fuera el dueño de este perro no puede recuperarlo. Si lo encuentra, debe acusarlo de maltrato y negligencia.

—No estoy en casa en todo el día, así que no debería...

El perro lamió el dorso de la mano de Reed, volvió a mirarlo con la misma

combinación de anhelo y miedo.

—Iremos día a día.

—Tiene lombrices. Le daré un medicamento para eso... y necesitaremos otra muestra de heces para hacerle un seguimiento. También le daré una pomada para los oídos y un antibiótico. Le anotaremos las instrucciones. Le recomiendo que le dé comida de una buena marca para cachorros. Tres veces al día hasta que alcance su peso normal.

»Tengo que sacarle sangre, así que manténgalo distraído.

Fue Reed quien se distrajo con el perro. Prefería enfrentarse a un puño que a una aguja.

—¿Qué cree que es? Es decir, ¿qué clase de perro?

—Creo que tiene algo de coonhound. —El veterinario le pellizcó la piel del flanco y le clavó la aguja—. Podría tener algo de labrador, y de muchas más cosas. Todavía no está desarrollado del todo. Le daré un champú, tiene pulgas y con eso se le irán. Necesitas un buen baño, muchacho.

Doc rodeó la camilla acariciando al perro. El animal ya no temblaba tanto, pero miraba al veterinario como si temiera que la mano amable se volviera malvada.

—Le han dejado secuelas —dijo Doc—. Con tiempo, paciencia y buenos cuidados, podría llegar a superarlo. Algunos lo consiguen; otros, no. Voy a prepararle los medicamentos, y Suzanna le imprimirá todas las indicaciones. ¿Pasamos la factura al departamento de policía de la isla?

Reed pensó en el presupuesto.

—No, adelante, pásenmela a mí.

Doc recuperó la sonrisa.

—En ese caso, te cobraré el coste de los medicamentos y consideraremos el chequeo un servicio público.

—Te lo agradezco. Mucho.

Doc ofreció otra golosina al perro. El animal se limitó a mirar a Reed, juzgó que le daban permiso y se la comió.

—Si no puedes quedártelo, le encontraremos un hogar. Ahora mismo confía en ti, y ya ha sufrido bastantes traumas en su corta vida.

Suzanna, puesto que habían pasado a los nombres de pila y el tuteo, también le entregó una lista de los artículos que necesitaba para el cuidado básico del cachorro, lo ayudó con la primera aplicación de la pomada y le regaló una bolsita de golosinas y de lo que ella llamó «fundas comestibles» para pastillas, de distintos sabores.

Reed volvió a la comisaría con el perro y la bolsa del veterinario.

—Cecil y Matty acaban de irse al instituto. Una pequeña pelea justo a la puerta. Un par de chicos dándose puñetazos. Seguro que por una chica.

—Donna.

La mujer entornó los ojos al oír su tono.

—Jefe.

—Conozco la regla de no hacer recados personales, pero no puedo llevar a este perro al supermercado y lo tengo pegado a mí como un velcro. Suzanna Dorsey me ha dado una lista de todo lo que necesito para él.

—¿Esperas que deje mi puesto, vaya al supermercado y compre cosas para un perro callejero?

—Tiene cicatrices en la nuca porque alguien le ponía una cadena de ahorque y tiraba tan fuerte y tan a menudo que se le clavaba. Tiene los dos oídos infectados y está pegado a mí porque hasta ahora todas las demás personas de su vida le han hecho daño. Doc dice que solo ronda los ocho meses.

Donna subió tanto la barbilla que su labio inferior desapareció casi por completo.

—¿Lo de la cadena de ahorque te lo ha dicho Doc?

—Sí.

—Dame la puñetera lista.

—Gracias. De verdad.

—No es un recado personal que te hago a ti. Se lo hago al perro. Y ahora dame tu tarjeta de crédito, porque no sabes cuánto va a costar.

Reed se la entregó y decidió que ya pensaría más tarde en su propio presupuesto.

Cuando por fin cerró la comisaría por la noche, se dijo que tanto el perro como él se tomarían un respiro y volverían a casa en el coche patrulla.

—Estás en libertad condicional —le dijo Reed mientras guiaba al perro al interior de la casa—. Cagarse y mearse dentro y mordisquear cualquier cosa que no te haya dado yo violan los términos de tu libertad condicional. Tómatelo en serio.

El perro olisqueó un poco el dormitorio, siempre con un ojo clavado en Reed, mientras este se ponía sus pantalones de chándal más desgastados, una sudadera vieja y unas zapatillas de deporte que no se decidía a tirar.

Porque, de los dos, Reed era el que sabía que lo que seguiría sería un desastre.

Volvió a salir con el perro, cogió la manguera y el champú. Y pasó los primeros diez minutos del proyecto luchando en un perro mojado que gemía, temblaba e intentaba escapar de la pesadilla del agua y el jabón.

Al final el perro se rindió y se limitó a mirar a Reed con unos ojos que reflejaban el dolor de la traición.

Los dos estaban empapados y no demasiado contentos el uno con el otro cuando llegó Simone.

—Mejor no te acerques. Estamos hechos un asco.

—Suzanna Dorsey le ha contado a Hildy, que se lo ha contado a CiCi, que te

habías traído un perro callejero. Veo que la información de radio macuto vuelve a confirmarse.

—Está en libertad condicional. —Sin piedad, Reed roció al perro con la manguera para eliminar los restos de champú y pulgas muertas—. Y ahora mismo está al borde del abismo.

—Tiene una cara muy dulce.

—Sí, lo dice todo el mundo. También está plagado de pulgas y tiene lombrices.

—Maltratado, según Suzanna.

—Sí. Eso también.

Simone se apartó unos pasos y se sentó en los escalones porque el perro la miraba como si ella estuviera a punto de lanzarle una piedra a la cabeza.

—Se supone que tengo que hacerle una foto y enviársela a CiCi.

—Deberías esperar hasta que estuviera más presentable.

—Es de un color bonito, como un caballo castaño.

—Por lo visto tiene algo de coonhound, sea lo que sea eso.

—¿Te gustan los perros?

—Claro. Tuve una de pequeño. Mi hermana la llamó Frisky antes de que mi hermano y yo pudiéramos oponernos. Era una buena perra. La perdimos justo antes de que me fuera a la universidad. —La miró—. ¿Y a ti?

—No podíamos tener perros ni gatos. Mi madre es alérgica. O eso dice. La verdad es que nunca la he creído. Pero sí, me gustan los perros. ¿Vas a quedártelo?

—No lo sé. Casi nunca estoy en casa. Doc me ha dicho que le encontrarían un hogar. Una vez que se acostumbre a estar con gente que no le pega estará mejor.

Soltó al perro para coger una de las toallas viejas que todavía no había

tirado... y el animal aprovechó la oportunidad para sacudirse el agua, que salpicó en todas direcciones y a Reed de arriba abajo.

Con Simone muerta de risa, Reed usó la toalla para secarse la cara.

—Necesito una ducha.

—Yo diría que acabas de dártela.

—Ja, ja. —Comenzó a frotar al perro enérgicamente con la toalla—. ¿Qué te parece esto?

El perro respondió meneando la cola y lamiéndole la cara.

—Claro, claro, ahora somos amigos.

Simone lo observó secar al perro y vio que sonreía con los lametones y coletazos del animal.

Aunque sabía que era inevitable, que cada vez estaba más cerca, fue en aquel momento, con aquella imagen, cuando se enamoró.

Cuando Patricia decidió que quería documentar su historia, en plan profesional, solo encontró a una persona que estuviera a la altura. A ver, Seleena McMullen había estado allí, en el DownEast, y había entrado en racha con los vídeos que había grabado de aquel idiota de Paulson.

¿Quién mejor?

Además, Patricia sentía que Seleena la había tratado con cierto respeto cuando concedió aquella entrevista de aniversario. Incluso le gustaban el aspecto y la voz de Seleena; aunque, por supuesto, ella adoptara esa expresión de pobrecita de mí, soy tímida y estoy triste.

Eso sería diferente. Eso sería real. Y en el momento en que llegara a la televisión por cable y a internet, la gente por fin sabría quién era el puñetero cerebro, quién había sufrido las puñeteras injusticias.

Patricia incluso redactó una especie de guion y ensayó. Al hacerlo, quedó tan impresionada por sus propias habilidades que decidió que, cuando se diera a la buena vida en Florida, escribiría un guion sobre su vida y milagros.

Cuando lo tuvo preparado, cuando lo tuvo todo en su sitio, cuando pensó que todo era perfecto, estableció contacto.

—Hola, soy Seleena.

—No cuelgue —susurró Patricia con voz temblorosa—. No llame a la policía.

—¿Quién es?

—Por favor, tengo que hablar con alguien. ¡Tengo mucho miedo!

—Si quiere hablar conmigo, necesito que me dé un nombre.

—Soy... soy Patricia. Patricia Hobart. ¡Por favor, no llame a la policía!

—¿Patricia Hobart? —Tono de duda—. Demuéstramelo.

—Usted entró en... lo llamó la habitación verde, antes de que me sacaran para el reportaje del último aniversario. Se sentó conmigo y me dijo que si alguna vez recordaba algo de mi hermano, cualquier cosa que no le hubiera dicho a la policía, llamara a este número. Que podía contárselo a usted.

—Y aquí estoy, Patricia. —El entusiasmo ya era evidente—. Me alegro de que me hayas llamado.

Patricia oyó crujidos, imaginó a McMullen cogiendo una grabadora, un cuaderno. Y sonrió.

—¡No sé qué hacer!

—Dime dónde estás. Te está buscando el FBI. Y muchos policías.

—Las cosas no son como ellos dicen, para nada, para nada. No sé qué está pasando. No lo entiendo. Aunque he conseguido escapar, vivo asustada. Voy a entregarme, pero antes necesito hablar con alguien. Necesito hablar con alguien que me escuche y diga la verdad. —Añadió unos sollozos entrecortados—. No sabe..., no sabe lo que me hicieron.

—¿Quiénes?

—Mis abuelos. Dios, necesito contárselo a alguien. No puedo seguir huyendo, pero nadie me creerá.

—Puedes contármelo a mí. Yo te creo. ¿Qué te hicieron?

—No, no, así no. En persona. Necesito que lo grabe todo para que, bueno, quede constancia. No puede decírselo a nadie o me matarán. Lo sé. Quizá debería suicidarme y terminar con todo.

—No lo hagas, Patricia. Tienes que contar tu historia. Te ayudaré.

Patricia sonrió, permitió que un dejo de esperanza le permeara la voz temblorosa.

—¿Me ayudará?

—Claro. ¿Por qué no me dices dónde estás?

—Estoy... ¡Llamaré a la policía!

—No, no, no lo haré. Has dicho que vas a entregarte, pero que primero quieres contar tu historia. Quieres que yo me ocupe de que la gente oiga tu historia. No llamaré a la policía.

Una voz débil, pensó Patricia, con solo un ligero toque de esperanza desesperada.

—¿Lo jura?

—Patricia, soy periodista. Solo quiero la verdad, solo quiero tu historia. Jamás te traicionaría. De hecho, cuando estés preparada, conozco a un abogado que te ayudará. Lo dispondremos todo para que te entregues de manera que nadie te haga daño.

Patricia estudió la petaca de whisky de la que había bebido mientras McMullen hablaba.

—¿Haría eso por mí?

—Dime dónde estás e iré a reunirme contigo. Hablaremos.

—Si se lo dice a la policía, y vienen, me suicido. Te... Tengo pastillas.

—No te tomes ninguna pastilla. No los llamaré. ¿Dónde estás? Iré ahora mismo.

—¿Ahora mismo?

—Sí, ahora mismo.

—Estoy en el Motel Traveler's Best, en la autopista noventa y ocho, justo antes de la salida de Portland. Por favor, ayúdeme, señorita McMullen. No tengo a nadie más.

—No te muevas, Patricia. Estaré allí en cuarenta minutos.

—Alguien tiene que escucharme. —Patricia sollozó de nuevo—. Usted es la única.

Colgó y brindó consigo misma en el espejo con aquel whisky al que había cogido el gusto.

Seleena se cambió a toda prisa para ponerse un traje digno de la cámara. Si las cosas salían bien, tendría a esa loca en su estudio al cabo de dos horas. La mayor exclusiva de todas, y le llovía del cielo.

En cuanto la tuviera hilvanada, llamaría al FBI. Primero la madre de todas las exclusivas, y luego se convertiría en la intrépida reportera que acabó con Patricia Jane Hobart.

Comprobó la hora mientras cogía el portátil; empezaría con una conexión digital remota. Casi medianoche. Recortaría esos cuarenta minutos si se daba prisa.

Metió en una bolsa la grabadora, por si Patricia se mostraba cohibida al principio, una cámara de fotos, el móvil y un neceser con maquillaje. Revisó su pistola, que tenía la culata rosa fucsia, y se plantó en el garaje en cinco minutos clavados.

Emily Devlon podría haberla avisado de que Patricia era bastante hábil con las puertas de garaje, pero las muertas no hablan.

Seleena se sentó al volante.

Sus ojos se abrieron como platos en el espejo retrovisor cuando Patricia se incorporó en el asiento trasero. Estaba intentando echar mano al bolso y la pistola cuando le clavó la jeringuilla en el cuello.

—Buenas noches —dijo Patricia.

Cuando Seleena se desplomó, Patricia salió y abrió el maletero. Sacó a Seleena del coche, le ató las muñecas y los tobillos con bridas de plástico, y le puso una mordaza solo por si se le pasaba el efecto del sedante y armaba un escándalo.

Con un poco de esfuerzo, la arrastró hasta el maletero, la levantó y la metió dentro.

—Échate una buena siesta —le dijo Patricia—. Tenemos un largo camino por delante.

Cerró el maletero.

Simone no se lo dijo; no estaba preparada. Y en cualquier caso, el momento no parecía el más oportuno para una declaración de amor.

Sabía que Reed se quedaría con el perro. Si no estaba ya prendado de él, se veía que, como le había ocurrido a ella, era inevitable y cada vez estaba más cerca.

Como Reed ya había hecho una muy buena obra del día, ella hizo la suya y preparó un sencillo plato de pasta para cenar. No mencionó que le había enseñado a cocinarlo un violonchelista italiano.

Reed le explicó el miedo que el perro tenía a la gente y por qué, y Simone lo pasó por alto estratégicamente.

Reed alimentó al animal, que comió como si llevara semanas hambriento. A Simone se le rompió el corazón al preguntarse si en verdad sería así.

Para cuando terminó de preparar la cena, el perro había dejado de esconderse detrás de Reed y estaba acurrucado debajo de la mesa, dormido junto a su cuenco vacío.

—Hay que ponerle nombre.

Reed negó con la cabeza mientras se sentaban a cenar a una mesa extensible de madera reciclada que le había comprado a un amigo de CiCi.

—Si se va a otra casa, le pondrán otro nombre, y eso no hará sino confundirlo todavía más. Vaya, esto está muy bueno —dijo después de probar la pasta—. Me ocultas cosas. ¿Sabes cocinar?

Simone hizo un gesto de negación.

—Hay un par de cosas que me salen bien y unas cuantas que me quedan

bastante comestibles. Eso es supervivencia, no cocinar.

—Según mis estándares, es cocinar. Gracias. ¿Cómo te han ido hoy las cosas?

—Bien, pero me he dado cuenta de que necesito tomarme un descanso de mi... misión. Un cambio de ritmo. Necesito hacerte esos bocetos.

—¿Qué tal si me pongo un taparrabos? Podría ponerme un taparrabos.

—¿Tienes uno?

—No, pero podría improvisar. Lo del desnudo...

—Te he visto desnudo.

—Verme desnudo es distinto a estudiarme desnudo y dibujarme desnudo. Tú te quedas al otro lado, vestida.

—He estado a ambos lados.

—¿Qué?

Reed dejó de comer.

—En Nueva York complementaba mis ingresos posando como modelo.

—¿Desnuda?

—Estudios de figura. —La reacción de Reed le hizo gracia, aunque no la sorprendió; pinchó un fideo—. Es arte, Reed, no voyerismo.

—Te garantizo que algunos chicos, y seguro que algunas chicas, estaban allí practicando el voyerismo.

Ella se echó a reír.

—En cualquier caso me pagaban —zanjó—. Bueno, esta noche es perfecta. He traído mi cuaderno de bocetos. Puedes considerarlo un pago por la cena... y por lo que te daré después de la sesión.

—¿Me estás sobornando con favores sexuales? Eso... funcionará a la perfección.

—Eso creía yo. No me has contado lo de que el FBI ha ido a hacerte una visita.

—Radio macuto.

—Está a tope de chismes. ¿No me lo has dicho porque pensabas que me afectaría?

—No ha sido para tanto.

A ella le habían contado otra cosa, pero quería escuchar su versión.

—Pues cuéntame cómo ha sido y confía en que sea capaz de gestionarlo.

Reed cogió la copa de vino que Simone había insistido en que iba mejor con la pasta que la cerveza. No podía decir que se equivocara.

—No tiene que ver con que pudiera afectarte o no. Creo que tiene más que ver con no traerme el trabajo a casa.

Con las cejas enarcadas, Simone se agachó y miró con toda la intención al perro que dormía debajo de la mesa.

—Vale, me has pillado.

—Lo cual demuestra que tu trabajo nunca termina del todo, y el mío tampoco. ¿Y bien?

—Al agente especial Caraculo no le ha gustado que un funcionario con un chollo de puesto en una isla de mierda perdida en mitad de la nada le haya pisado el terreno.

—¿Ha dicho que tu puesto es un chollo?

—Sí. —Reed rompió a reír y luego comió más pasta—. Así de estirado es.

—Ah. Y considera que esta es una isla de mierda perdida en mitad de la nada.

—En cierto modo es verdad. A mí me gusta servir y proteger nuestra isla de mierda. Pero no me gusta que entre en mi despacho para intentar intimidarme.

—Ya le había contado lo esencial, así que se encogió de hombros y añadió—: Básicamente lo he mandado a la mierda y se ha ido.

—¿No le importaba que hubiera muerto una mujer?

—Tengo que creer que le importaba y que le importa, y que esa es una de

las razones por las que ha decidido venir a por mí. Ha lanzado el golpe y ha fallado. Mira, la mayoría de los agentes del FBI con los que me he cruzado son personas entregadas, que quieren atrapar a los malos y que están dispuestas a cooperar con los funcionarios locales, a integrarlos en las investigaciones cuando tiene sentido hacerlo. Pero este tipo... se toma el «especial» de «agente especial» de manera literal. Se cree mejor que los policías.

—No me cae bien.

—Eh, a mí tampoco. Es imbécil de remate. Pero eso no significa que no sea bueno en su trabajo.

—Entonces ¿por qué no ha atrapado a Hobart?

—Porque ella es muy astuta. Inteligente, astuta y más lista que el hambre. Tiene talento, voluntad y un montón de dinero. No se me ocurriría machacar al agente especial Caraculo por no haberla pillado todavía. —Sacudió un hombro—. Lo he hecho porque es tan prepotente y territorial que se pasa por el forro la información y la ayuda de las fuentes externas... Sobre todo, a saber por qué, la que le ofrezco yo.

—CiCi conoce a gente. Apuesto a que conoce a gente que conoce al jefe del FBI o a gente que conoce a gente que lo conoce.

—No vayas por ahí. —Le dio unas palmaditas suaves en la mano—. Yo lo soluciono, y si resulta que no lo consigo... —Remató el vino—. Entonces podemos retomar la idea de recurrir al increíble poder de CiCi.

Se levantó para recoger los platos. El perro lo imitó de inmediato y, con tantas prisas, se golpeó la cabeza contra la pata de una silla.

—Madre mía, relájate un poco. Tengo que darle otra pastilla y volver a aplicarle la pomada en los oídos. Lo de la pastilla es fácil. Se mete dentro de una especie de funda de distintos sabores. Lo de los oídos podría ponerse feo.

—Seguro que es un perro muy bueno. —Simone se dio la vuelta en la silla

al ver que el perro seguía a Reed hasta el fregadero—. Seguro que es muy valiente.

Pegado a la pierna de Reed, el perro la observaba.

—Eres guapísimo, y tienes unos ojos muy tiernos. —Mientras hablaba, fue agachándose hasta sentarse en el suelo—. ¿Cómo es posible que se hayan portado tan mal contigo? Pero ahora ya irá todo bien. Has ido a parar a un enorme cuenco de comida para perros.

El animal dio un paso cauteloso hacia ella y volvió a retroceder, pero ella siguió hablando.

—Y anda que no has sido listo al encontrar a Reed. Se quedará contigo. Él dice que no, pero se quedará contigo.

Otro paso cauteloso, luego otro más.

Quieto y en silencio para no distraerlo, Reed contemplaba la escena pensando que el perro parecía medio hipnotizado. El animal pegó la barriga al suelo y se acercó a la mano que Simone le había tendido. La olfateó, probó a lamerla.

Se encogió cuando ella levantó la mano, tembló cuando se la puso en la cabeza.

—Ya está. Ya no va a pegarte nadie.

El perro se acercó más, con la mirada clavada en la cara de Simone mientras ella lo acariciaba.

—Noto las cicatrices —murmuró—. Tiene corazón y fortaleza. Su alma debe de ser muy pura si aún es capaz de confiar en los humanos. No han conseguido volverlo malo. No tiene ninguna maldad.

Se agachó y besó al perro en el hocico.

—Bienvenido a casa, forastero.

Reed sacó una de las pastillas y la metió en la funda. Y aceptó que tenía perro.

El lado negativo apareció cuando sacó al perro a pasear. Con el tiempo, pensó, el perro se familiarizaría con el terreno y saldría por su cuenta. Pero de momento lo llevaría a pasear al bosque.

Si los osos cagan en el bosque, los perros también.

Como el perro no imitaba a los osos, Reed supuso que aún no había ingerido suficiente comida como para expulsarla.

Hasta que llegaron al sendero de pizarra, momento en que el perro se acuclilló y se alivió.

—Joder, ¿qué tiene de malo el bosque? Ahora tendré que limpiarlo con la pala.

Cuando la cogió, el perro se encogió y se echó a temblar.

—Madre mía, tranquilo, no es para ti.

Se dio cuenta de que le ardía la sangre solo de pensar en que alguien pudiera golpear a un pobre perro con una pala.

Cuando volvieron a entrar, cogió una de las galletas para perros, se agachó y se la ofreció.

—No es una recompensa por cagarte en el sendero, porque, tío, eso es de muy mala educación. Es solo porque sí. Bueno, ahora tengo que subir y desnudarme, y no para pasármelo bien y acostarme con ella. Ya me muero de vergüenza.

Empezó a subir las escaleras con el perro a su lado. Volvió la vista atrás cuando llegó arriba y oyó un gemido.

—¿Cómo has hecho eso? —Desconcertado, Reed bajó la mitad de la escalera, hasta donde el perro se había quedado atascado al meter la cabeza entre los barrotes de la barandilla—. ¿Cómo se te ha ocurrido meter la cabeza ahí? Espera. Deja de retorcerte.

Consiguió ladearle la cabeza, tirar del cuerpo, volver a recolocarle la cabeza y, por fin, liberársela.

—No vuelvas a hacer eso.

Esta vez el perro lo siguió pisándole los talones hasta el dormitorio.

Simone estaba sentada en el sillón, junto al fuego, haciendo bocetos arbitrarios en su cuaderno. Bocetos de posiciones de un cuerpo; de posiciones de un cuerpo desnudo. ¿Era el cuerpo desnudo de Reed?

Por si eso no fuera lo bastante incómodo, Reed miró la cama. Dio un paso hacia ella.

—Eso es una espada. Hay una espada en la cama.

—Te dije que te quería sosteniendo una espada.

—Tienes una espada.

—Se la he pedido prestada a CiCi.

—CiCi tiene una espada.

La cogió (era pesada), estudió la larga funda tallada.

Parecía antigua, pensó. No era una espada llena de joyas y elegante, sino antigua y... usada en batalla.

—Qué barbaridad.

La desenvainó y su brillo y la pureza de sus líneas lo asombraron.

La han usado en alguna batalla, pensó de nuevo, al detectar varias muescas. Acero contra acero.

—Menuda pasada. ¿Por qué tiene CiCi una espada?

—Se la regalaron. No sé qué embajador. O a lo mejor fue Steven Tyler. También tiene una catana, y he pensado en traerla, pero tú eres estadounidense de los pies a la cabeza y una catana sería demasiado exótica.

—Tiene una catana y una... ¿Esto es un sable?

—No tengo ni idea. Desnúdate, jefe.

Aún con la espada entre las manos, lanzando una estocada lenta hacia la derecha y otra hacia la izquierda, porque era imposible no hacerlo, Reed la miró con el ceño fruncido.

—Un hombre tendría que estar loco para blandir una espada estando desnudo.

—Los celtas lo hacían.

—Pero primero se volvieron locos.

—Desnúdate —repitió sin piedad—. Ahí tienes una botella de vino por si necesitas valor.

—Tal vez primero deberías darme detalles sobre los favores sexuales.

—Entonces no sería una sorpresa, ¿verdad? No seas tímido. Repito, ya te he visto desnudo.

—El perro no —replicó, pero soltó la espada para desvestirse y acabar de una vez.

—Ha sido todo un detalle comprarle un perrito de peluche al perro.

—No he sido yo. Ha sido Donna. Ningún perro mío jugará con muñecos.

—¿No? Pues será mejor que se lo digas a él.

Ya sin camisa y con las manos en el botón de los vaqueros, Reed levantó la vista y descubrió al perro hecho un ovillo y con una pata sobre el muñeco de peluche cuya cara lamía con cariño.

—Acaba de llegar y ya me está avergonzando. —Resopló con fuerza y se desnudó del todo.

—Acércate más al fuego, la luz es bonita. Con la espada —añadió Simone—. Ponte mirando hacia la izquierda pero vuelto hacia mí desde la cintura. Vamos a probar a hacer un par en los que sujetes la espada por la empuñadura, con la punta hacia abajo. Puedes hablar.

—No tengo palabras.

—La isla está empezando a prepararse para la temporada.

De cháchara en pelotas. De cháchara en pelotas con una espada. Madre mía. Pero lo intentó.

—Sí, hay mucha gente haciendo limpieza de primavera y dando manos de

pintura.

Simone dirigió una conversación casual entreverada de instrucciones de que se girara o cambiase de postura.

—Quiero que levantes la espada sobre el hombro izquierdo, como si fueras a asestar una estocada. Aguántala ahí un minuto.

Buenos dorsales, pensó ella, bíceps fuertes, un torso esbelto. La cicatriz que se abultaba sobre el músculo oblicuo derecho del abdomen, el dorsal y el deltoides añadía una prueba tangible de violencia.

—Bájala un momento, sacúdela.

Se levantó, le sirvió un poco de vino.

—Relájate.

—¿Hemos terminado?

—Aún no. Quiero que vuelvas la cabeza, mira hacia la puerta. Imagina a tu enemigo en ella, cargando contra ti.

—¿Puede ser Darth Vader?

—¿No sería mejor Kylo Ren? Él mató a Han Solo, Vader fue incapaz.

—Es importante que sepas todo eso. —Le tendió de nuevo la copa de vino—. Pero nadie supera a Vader en fuerza oscura.

—Pues entonces Darth Vader, no se hable más. —Simone cogió la copa, la posó y volvió a su sillón—. Quiero que respires un par de veces y luego mires hacia la puerta. Ahí ves a Vader. Luego clava la vista en él y no la apartes, levanta la espada y aguanta esa postura. Mantén la mirada, la pose. Quiero que estés tenso, preparado para asestar el primer golpe. ¿Entendido?

—Sí, sí.

—Que sea auténtico. Créetelo, y parecerá auténtico. Cuando quieras.

Reed intentó obligarse a oír la espeluznante respiración de Vader y, cuando la tuvo en la cabeza, miró y alzó la espada.

—Aguanta, aguanta así.

Perfecto, pensó Simone. El ángulo, los músculos de los glúteos, los tendones, los cuádriceps. La ondulación a lo largo de los hombros y los brazos. La tensión de la mandíbula y la espalda.

—Lo tengo. Lo tengo —murmuró mientras lo plasmaba en el papel—. Tú solo mantén la pose.

Cogió el móvil e hizo tres fotos rápidas para respaldar el esbozo.

—Ya está. Has derrotado al Imperio. Relájate.

Reed bajó la espada, destensó los hombros.

—¿Hemos terminado?

—Tengo lo que necesito. Eres un modelo excelente.

—Déjame ver.

—No, no.

Simone cerró el cuaderno de bocetos de un manotazo.

—Venga ya.

—Quiero que veas la pieza terminada. Además... —se levantó y caminó hacia él—, ahora que hemos terminado la sesión, me estoy dando cuenta de que tengo a un hombre desnudo solo para mí.

Lo besó en la boca, le dio un mordisco juguetón en el labio inferior.

—Cuidado con la espada —le dijo Reed.

Tras acariciarle el pecho y el vientre con una mano, Simone le preguntó:

—¿Con cuál de las dos?

—Ja, ja.

—Suelta la de metal. Esta noche hay luna llena. Para cuando termine contigo, le estarás aullando como un lobo.

Para cuando Simone terminó con él, Reed había decidido que si aquella era la escala salarial, a lo mejor se dedicaba a posar desnudo profesionalmente.

Se despertó grogui, desesperado por un café, y se acordó del perro cuando tropezó con él.

—Lo siento. Yo me encargo —dijo cuando Simone murmuró algo.

Reed se puso algo de ropa y sacó al perro por la puerta de la cocina, no sin antes coger una Coca-Cola, que era más rápido que hacerse un café.

Habría dado igual que no se diera tanta prisa, porque el perro se hizo caca en el patio antes de que pudiera llevarlo hacia el bosque.

Después de limpiarlo, volvió a entrar en casa, le puso la comida al idiota del perro y preparó café. Se lo tomó mientras el perro vaciaba el cuenco. Repitió la rutina del día anterior para administrarle el medicamento y subió a ducharse.

Se detuvo a medio camino cuando vio que al perro, una vez más, se le había quedado la cabeza atascada entre los barrotes.

—Pero ¿qué problema tienes? ¿Es que eres tonto del culo?

Repitió las maniobras de colocación y recolocación de la cabeza e hizo subir al perro justo a tiempo para ver a Simone saliendo de la cama.

—Le he puesto nombre al perro.

—¿Cómo se llama?

—Tonto del Culo.

—No vas a llamar a este perro tan bonito Tonto del Culo.

—Le queda bien, y los nombres tienen que quedar bien. Podemos dejarlo en TC para abreviar.

—Piénsatelo bien.

—Se ha cagado y meado por todo el patio, y se le ha vuelto a quedar la cabeza atascada en la barandilla. ¿Cómo quieres que no lo llame Tonto del Culo?

Mientras Reed hablaba, el perro lo miraba fijamente con los ojos llenos de amor.

—Al menos ha esperado hasta estar fuera —apuntó Simone—. Deberías ponerle un nombre bonito. Como Chauncy.

—Chauncy es un... —Se interrumpió antes de decir «nombre de mariquita»—. Nunca tendría un perro llamado Chauncy —se corrigió—. Necesito más café. Necesito una ducha. A la ducha, y tú te vienes conmigo. —Agarró a Simone de la mano—. Tú no —le dijo al perro.

El sexo en la ducha lo puso de mejor humor.

Tras vestirse y tomarse su primera taza de café, Simone cogió su abrigo.

—Tráete a Herman esta noche a casa de CiCi.

—No voy a llamarlo Herman. Pero lo llevaré.

—Vale. Pues luego te veo. —Besó a Reed—. Y a ti también, Raphael. —Besó al perro en el hocico.

—Tampoco va a llamarse Raphael.

Reed cogió las cosas del perro: las pastillas, las fundas, la comida, los juguetes para masticar y un par de galletas.

—Nos vamos a trabajar. Ya es hora de que empieces a ganarte el sustento. —Salió con el perro y se detuvo al ver que empezaban a brotar cosas del suelo—. ¿Qué te parece? Ha llegado la primavera. Si me escarbas todo eso, te quedas sin galletas. Sube al coche.

El perro obedeció encantado y no tardó ni un segundo en chocarse de cabeza contra la ventanilla cerrada.

—Ves, Tonto del Culo. Eres lo que eres. —A pesar del frío, Reed bajó la ventanilla—. Supongo que si voy a llevarte al trabajo todos los días tendré que nombrarte ayudante. Eso te convierte en ayudante canino. ¿Lo entiendes?

El perro se limitó a sacar la cabeza por la ventanilla abierta.

—¿Es eso? Mis asombrosas habilidades detectivescas me llevan a la

conclusión de que crees que los puñeteros barrotes de la barandilla son una ventana y que el viento va a sacudirte las orejas. Pues eso te convierte en un ayudante muy tonto.

Reed negó con la cabeza, salió marcha atrás del camino de entrada y giró hacia el pueblo. Tuvo un golpe de inspiración.

—Un ayudante tonto pero adorable. Barney Fife, como el de *El show de Andy Griffith*, ¿no? Eso es. Te llamas Barney. Arreglado.

Daba la sensación de que a Barney le parecía todo bien siempre y cuando pudiera llevar la lengua colgando y las orejas al viento.

Reed abrió la comisaría y se dirigió a su despacho. Llenó el cuenco de agua de Barney y le dio uno de los palitos de masticar.

—No hagas que me arrepienta de esto.

Fue a por una taza de café y oyó a Donna, que casi siempre llegaba la primera, entrar cuando él ya volvía a su escritorio para encender el ordenador.

—¿Piensas traer a ese perro todos los días?

—He nombrado ayudante a Barney.

—¿Barney? —Puso los brazos en jarras—. ¿Como el dinosaurio morado de los dibujos?

—No. Como Barney Fife. El ayudante Barney Fife.

—¿Esa serie no era anterior a tu época?

—Es un clásico.

—Eso no te lo discuto. Puedes dejar de mirarme con esa cara de susto —le dijo a Barney—. He recogido el correo al entrar.

Donna se acercó y dejó caer un montón de papeles encima de su escritorio.

El perro y ella intercambiaron otra mirada antes de que la mujer saliera.

Cuando Reed empezó a abrir el correo, le sonó el móvil. Era Suzanna Dorsey, una llamada de seguimiento. Le dio la información que le pedía y

luego escuchó la respuesta de la mujer cuando le preguntó por el empeño del perro en hacer sus necesidades en los senderos y los patios.

—Teniendo en cuenta el resto de la historia, yo diría que estuvo encerrado en una jaula la mayor parte del tiempo. Con suelo de hormigón. Solo conoce las superficies duras, pobrecito. Aprenderá, Reed, pero puede que tarde un tiempo.

—Dejaré la pala a mano.

Cuando colgó, bajó la vista hacia Barney. Barney se la devolvió, se arrastró un poco más hacia él con aquella expresión de adoración confiada en la cara.

—Trabajaremos en ello —le dijo Reed, que le rascó la cabeza y volvió a centrarse en el correo.

La carta enviada a su nombre a la dirección de la comisaría, con matasellos de Coral Gables, Florida, lo dejó petrificado.

Se puso un par de guantes de los de analizar escenas del crimen y sacó su navaja para abrir la solapa con cuidado. Extrajo la tarjeta de felicitación.

¡¡¡FELICIDADES!!!

Las letras brillantes destellaban sobre coloridos estallidos de fuegos artificiales. La abrió con la punta de un dedo enguantado y leyó la leyenda impresa dentro.

¡CELEBRÉMOSLO!

Había dibujado calaveras y huesos cruzados alrededor de las palabras, y luego había añadido un mensaje manuscrito.

¡Has sobrevivido! Disfrútalo mientras puedas. No hemos terminado, pero tú lo estarás cuando vaya a por ti.

Besos,

Patricia

P. D. Te envío un pequeño recuerdo del gran estado de Florida.

Cogió la bolsita de plástico sellada y estudió el mechón de pelo que contenía.

Sería, no le cabía duda, de Emily Devlon.

—Muy bien, zorra, adelante. Has dejado que se convierta en algo personal, y eso es un error.

—Hola, jefe, se... —Cecil se interrumpió al ver el brillo gélido de los ojos de Reed—. Ah, puedo volver luego.

—¿Qué necesitas?

—Pensé que debía informarte de que en el Beach Shack estaban pintando y se les ha caído un bidón de pintura entero desde la escalera. Han salpicado un poco la tienda Joyas del Mar y a su dueña, Cheryl Riggs, que había salido a limpiar el escaparate. Está muy enfadada, jefe.

—¿Puedes ocuparte?

—Sí, bueno, venía de camino al trabajo cuando ha ocurrido, así que he hecho todo lo que he podido. También hay pintura por toda la acera. Pero la señorita Riggs quiere que vayas tú.

—Dile que iré, pero antes tengo que ocuparme de algo.

—De acuerdo.

—Hazlo en persona, Cecil. Bloquea la acera para que la gente no termine pisando la pintura fresca. Y que Donna se ponga en contacto con los de mantenimiento del pueblo para que limpien a fondo la acera.

—Sí, señor, jefe.

—Y cierra la puerta, Cecil.

Había que encargarse de la pintura derramada y de los comerciantes enfadados, pensó Reed. Pero tendrían que esperar.

Con el móvil, sacó fotos de ambos lados del sobre y del frente, del interior y del reverso de la tarjeta. Y otra del mechón de pelo.

Luego sacó la tarjeta de visita de Xavier de su cajón e hizo la llamada.

Seleena recuperó la conciencia y gimió. Una resaca terrible, pensó, grogui y mareada. Le dolía muchísimo la cabeza, le palpitaban los ojos, tenía papel de lija en la garganta y el estómago revuelto.

¿Cuántas copas se había...?

Y entonces lo recordó.

Sobresaltada, acabó de despertarse de golpe, y la luz se le clavó en los ojos como un picahielo. Cuando intentó levantar las manos para protegérselos, sintió la mordedura de las bridas.

Emitió un grito salvaje, enloquecido.

—Vaya, sí que te despiertas de mal humor. —Patricia apareció en su campo de visión sorbiendo café de una taza—. Es probable que te encuentres bastante mal, y gritar solo conseguirá que te sientas peor. No va a oírte nadie, así que hazte un favor y no grites.

—¿Dónde estamos? ¿Por qué me haces esto? Dios, no me mates.

—Dónde estamos: en las profundidades de los bosques del norte. Ya te dije por qué: quiero contar mi historia. Si fuera a matarte, ya estarías muerta. Relájate.

Le ofreció un vaso con una pajita.

—Es solo agua. Te necesito despierta y lista para la acción. Siento lo de la aguja en el cuello, pero no estaba segura de que pudiera confiar en ti. Es mejor así, para las dos.

A Seleena le temblaba todo el cuerpo mientras miraba a Patricia a los ojos.

Su vejiga amenazaba con liberarse.

—No tienes por qué hacer esto. Te dije que no llamaría a la policía.

—Sí, esa parte me la creí. Quieres la historia, así que no empezarías por llamar a la policía. Pero sigue siendo mejor así. —Tras poner los ojos en blanco, Patricia se llevó la pajita a los labios y bebió un poco de agua—. ¿Ves? Solo H-dos-O.

Desesperada, Seleena aceptó el vaso y lo vació.

—No puedo hacerte un cortado... Es como te gusta el café, ¿no? Aunque apuesto a que te sentaría bien un café, para poner el cerebro en marcha.

—Sí. Por favor.

—Establezcamos antes algunas reglas básicas.

—Lo siento, pero primero necesito ir al baño.

—Comprensible, pero aguanta un poco, Seleena. Será mejor que escuches las reglas antes para evitar discusiones. Te quitaré las bridas para que puedas usar el lavabo. —Patricia señaló—. Le he retirado la puerta. Oye, las dos somos chicas, ¿no? Luego volverás y te sentarás. Te pondré de nuevo las bridas de la mano izquierda y los tobillos, pero te dejaré la mano derecha libre para que puedas tomarte el café y comerte una barrita de yogur y conservar las fuerzas. Si intentas algo, empezaré por romperte los dedos. No te mataré, nos necesitamos mutuamente, pero te haré daño.

—Entendido.

—Genial.

Cuando Patricia sacó unas tijeras de podar con las puntas largas y afiladas, Seleena se encogió de miedo.

—Para cortar el plástico. Tengo muchas más bridas.

Las seccionó, se apartó y desenfundó la pistola que llevaba en el cinturón.

—Ve a hacer pis.

A Seleena le fallaron las piernas cuando se levantó.

—El sedante... Todavía estás un poco inestable. Tómame el tiempo que necesites. Tenemos de sobra.

—Habrá gente buscándome.

—Puede ser. He enviado un mensaje de texto a tu ayudante desde tu móvil avisándola de que habías recibido un soplo importante y estarías un par de días fuera de la ciudad. Pero puede que no cuele durante mucho tiempo.

—Un par de días.

Seleena intentó asimilar todos los detalles posibles; se dio cuenta de que estaban en una cabaña con las persianas bajadas. Muebles rústicos y bastos. No se oía el ruido del tráfico. No se oía ningún tipo de ruido.

—No necesitaremos más tiempo. Entonces tendrás tu gran historia.

—Y me dejarás ir.

Ignorando la vergüenza, Seleena se levantó la falda e hizo lo que tenía que hacer.

—¿Y por qué no iba a dejarte ir? Ese es el trato. Yo te cuento mi historia, y tú la sacas a la luz. La quiero a la luz. Quiero que la gente me escuche.

—¿Piensas entregarte?

—Bueno, en eso sí que mentí. —Patricia sonrió—. Y en lo de suicidarme. Pero mira. —Hizo un gesto con la mano—. Tengo un trípode, una cámara de vídeo profesional, las luces, todo. Considéralo nuestro estudio de exteriores. Nos sentaremos aquí. Tú puedes hacerme preguntas y yo hablaré. Lo explicaré todo. Eso es lo que quiero, y lo que quieres tú.

Con el rabillo del ojo, Seleena atisbó su bolso. Dentro del cual había un arma.

—Habría mantenido la confidencialidad de todo esto. No tienes por qué atarme a la silla.

—Piénsalo de esta forma: algunas cosas que voy a contarte son, bueno, digamos gráficas. Podrías ofenderte o asustarte. Podrías pensar: ¡Oh, no! Va a

matarme a mí también, e intentar huir o tirar algo. Como ahora mismo, que te estás preguntando si podrías coger la monísima pistola rosa que tenías en el bolso. ¿Y entonces? Ay. Dedos rotos.

Patricia se llevó las manos a la espalda y acto seguido sacó el arma que se había metido en la parte trasera del cinturón. La sostuvo en alto.

—Tendrías todo el sacrificio y ningún beneficio. Te lo estoy ahorrando. — Patricia sonrió, toda ella encanto. Después enseñó los dientes—. Siéntate de una puta vez o en lugar de romperte un dedo te dispararé en el pie con tu pistola de princesita.

—Voy a colaborar. —Seleena mantuvo la mirada clavada en los ojos de Hobart y la voz tranquila, y volvió a la silla—. Quiero escuchar tu historia.

—La escucharás.

Patricia enfundó su propia pistola, una Sig para todo uso, y mantuvo la Glock de Seleena apuntando a la periodista. El rosa empezaba a gustarle.

Cogió unas bridas y las lanzó al regazo de Seleena.

—Átate los tobillos a las patas de la silla, y luego la mano izquierda al apoyabrazos izquierdo.

»Nos tomaremos un café, comeremos algo y hablaremos acerca de cómo vamos a organizarnos. Se te ha emborronado el maquillaje y tienes el pelo hecho un desastre. Pero no te preocupes, yo te arreglo. Se me dan bien la peluquería y el maquillaje, créeme.

Mientras Patricia preparaba café, Reed se ocupaba del incidente de la pintura, calmaba a los comerciantes y solucionaba las cosas con el pintor torpe (recién salido de la adolescencia y aterrorizado por si perdía el empleo o lo arrestaban).

En el paseo de regreso en compañía de su ayudante canino, Barney hizo

ademán de acuclillarse en la acera.

—¡Ni se te ocurra!

A pesar del peligro que corrían sus pantalones vaqueros, Reed alzó al perro en brazos y aceleró el paso. Barney temblaba y le lamía la barbilla con nerviosismo.

—Aguántate eso dentro. Aguántalo.

Entró a toda prisa en la comisaría, lo que hizo que Donna y los ayudantes humanos se sobresaltaran.

—Necesito una bolsa de pruebas. ¡Rápido!

Matty le acercó una de inmediato.

—¿Qué pasa?

—Ordenanza municipal 38-B.

Matty puso los ojos en blanco cuando Reed volvió a salir corriendo.

—Hay que recoger las cacas —le aclaró Matty a Cecil.

Reed dejó a Barney en el césped detrás de la comisaría.

—Ya puedes soltarla.

Como el perro parecía ansioso y desconcertado, Reed lo paseó de un lado a otro por la hierba.

—Está cabreada. No consiguió matarme y, peor aún, le hice un agujero en alguna parte del cuerpo. Y por eso tuvo que huir. Pegó un tiro a su propia abuela que la derribó del andador. Imagínate.

Barney olfateó el césped con suspicacia.

—Así que no heredó la mansión. Debe de valer un millón y pico, sin exagerar. ¿Y todo lo que contiene? Aumentará bastante el pico. Además, le congelaron las cuentas. Ya las había esquilado bastante, pero había mucho más.

»Sí, le salí caro, y eso le toca esas narices de psicópata que tiene. Psicópata —repitió mientras miraba las tiendas y los restaurantes, algunos situados bajo

apartamentos que Reed sabía que los dueños alquilaban a los trabajadores de temporada.

»Esa es gran parte del motivo. Siempre se había salido con la suya antes de que llegara yo. Su hermano le fastidió las cosas, pero era su hermano, y la sangre tira, ¿verdad? Pero antes de que llegara yo había acabado con todos sus objetivos. Cien por cien de éxito, y apenas había empezado.

Mientras le daba vueltas en la cabeza a todo eso, dejó de caminar.

—No solo le jorobé las estadísticas, ¿verdad? Le costé una puñetera fortuna que ella, en su cerebro psicópata, creía que se había ganado. Fue como si se la hubiera robado. Y la herí. La hice sangrar. Ha estado entrando en barrena desde entonces, eso es lo que está pasando.

Volvió a pensar en la expresión del rostro de Hobart cuando él le disparó: sorpresa y miedo. También pensó en cómo sonó su voz cuando le gritó y echó a correr.

Tanto agravio y lágrimas como furia y miedo.

—Siempre he sabido que estaría cabreada y que querría volver a intentar matarme. Pero ¿enviar una tarjeta? Quiere asegurarse de que no me olvido de ella. Quiere que sienta lo que sintió ella, esa sorpresa, ese miedo. Pero es un error. Y una vez que cometes un error, es más fácil cometer el siguiente.

Barney lloriqueó y tiró de la correa.

—O en la hierba o nada. La echó al correo antes de marcharse de Florida. La envió justo después de matar a alguien, en un momento en el que se sentía orgullosa de sí misma. Pondrá rumbo al norte, eso es lo que opino. Puede que no vuelva a subir hasta Canadá, pero vendrá hacia aquí.

Bajó la vista hacia el perro.

—Estaremos preparados.

A modo de respuesta, y con cara de arrepentimiento, el perro se acuclilló.

—Ahora sí, así se hace. —Cuando terminó, Reed acarició a Barney durante

un buen rato—. Parece que ambos hemos solucionado las cosas. Buen chico, has hecho un buen trabajo. Lástima que no pueda enseñarte a limpiar lo que ensucias, pero para eso están los compañeros.

Una vez dentro, pese a haber utilizado la bolsa, se lavó las manos y luego salió a la sala común.

—Donna, llama a Nick y a Leon y diles que vengan.

—¿Para qué?

—Porque necesito hablar con todos.

Entró en su despacho en busca del expediente que guardaba allí por si acaso. Sacó la foto de Patricia Hobart.

—Cecil, necesito que hagas copias de esto... a todo color.

—¿Cuántas?

—Empezaremos por cincuenta.

—¿Cincuenta? —Cecil parpadeó—. Tardaré un buen rato.

—Entonces será mejor que empieces ya. Donna, van a venir los federales. Sé lo que opinas al respecto, pero te agradecería que prepararas una cafetera cuando lleguen.

—Haré una excepción. Leon y Nick están de camino.

—Muy bien. Coge los avisos que vayan llegando, pero todo lo que no sea urgente se aplaza hasta después de la reunión.

Se sentó frente a Matty.

—Dame tu opinión sobre los ayudantes de temporada, sobre quién puede hacerse cargo de problemas que vayan más allá de carrocerías abolladas y pintura derramada.

—Has leído sus expedientes y has hablado con varios de ellos.

—Así es, y tengo mi opinión al respecto. Ahora quiero la tuya.

Matty frunció el ceño, pero se la dio. Reed asintió con la cabeza, y luego se puso de pie justo en el momento en que entraba Leon.

—¿Hay algún problema, jefe?

—Aún no. Siéntate, Leon. —Fue a coger una de las fotos que había impreso Cecil y, en cuanto Nick entró por la puerta, la clavó en el tablón principal—. Siéntate, Nick. Cecil, para un momento, ya terminarás de imprimir después de la reunión. Quiero que todo el mundo se fije bien en esta foto. Os entregaré copias a todos, y también las distribuiremos por el pueblo, en las agencias de alquiler, entre el personal del ferri, etcétera. Esta es Patricia Hobart, veintisiete años. Hasta ahora ha matado a diez personas, que sepamos. Y a eso hay que sumarle un intento contra mí.

Aunque se imaginaba que ya conocían la historia, al menos la mayoría de los detalles, la repasó de todos modos. Quería que la tuvieran fresca y que la escucharan de su boca.

—Hoy me ha enviado esto. —Sacó del expediente una bolsa de pruebas que contenía la tarjeta, el sobre y el mechón de pelo—. Se lo entregaré todo al FBI cuando lleguen.

—Pues menuda mierda —refunfuñó Matty—. Llevan casi un puñetero año detrás de ella y no tienen nada.

—No sabemos ni lo que tienen ni lo cerca que están, porque no nos lo dicen. Así son las cosas. —Dejó el expediente a un lado y abrió otro—. Este es mi expediente, nuestro expediente, con una copia de la tarjeta, el sobre y un par de muestras del pelo que voy a mandar analizar. Tengo contactos. Vamos a cooperar al máximo con el FBI, pero eso no quiere decir que nos quedemos de brazos cruzados.

»Hobart vendrá a la isla tarde o temprano —continuó—. Simone Knox también estuvo en aquel centro comercial. Es otro de sus objetivos y, dado que fue la primera en llamar al nueve uno uno, considero que uno de los principales. A partir de hoy, patrullaremos de manera regular junto a la casa de CiCi. Nos sentaremos en el muelle para ver quién baja del ferri.

Incorporaré ya a dos de los ayudantes de verano para que nos echen una mano con todo esto.

—Hobart usa disfraces —intervino Matty.

—En efecto, y se le dan bien. Así que meteos esa foto suya en la cabeza. No dejéis que os despisten el color del pelo, el peinado, el color de los ojos, las gafas o los cambios sutiles en la estructura facial o corporal. Estará sola. Tendrá que alquilar una casa, dedicar un tiempo a estudiar las rutinas. Irá armada y, sin duda, es muy peligrosa. Tenéis que poner a los isleños sobre aviso y dejarles clarísimo que no deben acercarse ni enfrentarse a ella. Si fuera a comprar al mercado, que le cobren, le deseen un buen día y luego que se pongan en contacto con nosotros. No quiere hacer daño a nadie que no seamos Simone o yo, pero eso no la detendrá si se siente acorralada.

»Esto es una isla —añadió—. Cuando venga, no tendrá escapatoria. Es nuestra isla. La conocemos mejor que ella. Es una mujer paciente, podría aparecer la semana que viene o esperar otros dos años.

Aunque él no creía que fuese a tardar mucho. No creía que pudiera.

—Ninguno de nosotros puede dormirse en los laureles, porque Hobart vendrá.

Se interrumpió cuando se abrió la puerta y Xavier entró... acompañado de una agente.

—Donna, te agradecería mucho que prepararas ese café.

—Por supuesto, jefe.

Lanzó una mirada furibunda a Xavier mientras se dirigía a la sala de descanso.

—Agentes. —Reed señaló su despacho.

La agente llevaba un traje negro, camisa blanca y zapatos cómodos. Reed

calculó que tendría poco más de cuarenta años. Era atlética, tenía el pelo castaño oscuro y bastante corto —cómodo, como los zapatos— y llevaba un toque mínimo de maquillaje en un rostro atractivo de ojos marrones y serios.

Reed se dijo que seguramente era tan imbécil como Xavier... Hasta que sonrió al perro.

—Qué cara tan dulce.

—Es tímido con la gente —explicó Reed cuando Barney se escondió bajo su escritorio—. Lo abandonaron en la isla... después de maltratarlo.

—Vaya, lo lamento. Mi hermana adoptó a un cruce en circunstancias similares. Ahora es la mejor perra del mundo.

—No estamos aquí para intercambiar historias sobre perros.

La mujer miró a Xavier con fijeza durante un momento y después tendió la mano a Reed.

—Agente especial Tonya Jacoby, jefe.

—Gracias por venir. —Como la mujer ya le caía mucho mejor que Xavier, le ofreció a ella la bolsa de pruebas—. Ha llegado en el correo de esta mañana.

Jacoby se puso unos guantes y abrió la bolsa.

—Las fotos que nos ha enviado eran muy claras —empezó ella.

—Y este contacto, la amenaza que contiene, hace aún más imperativo que se aparte del caso.

Reed apenas miró a Xavier.

—Como eso no va a suceder, y no tiene sentido repasar los mismos motivos que ayer, probemos lo siguiente: he informado a mis ayudantes.

—Lo último que necesitamos es a un grupo de paletos armados disparando a las sombras.

Reed se puso de pie despacio. Jacoby se disponía a hablar, pero él se le adelantó.

—Si quiere dedicarme críticas gratuitas, adelante. Pero tenga cuidado con lo que dice de mis agentes. Hoy le he invitado a venir aquí. Puedo retirarle la invitación con la misma facilidad.

—Esta es una investigación del FBI.

—Agente especial Xavier, ¿por qué no sale a dar un paseo? —Esta vez la mirada de Jacoby fue más larga, más dura—. Váyase a dar un paseo.

El hombre salió dando zancadas y, una vez más, cerró la comisaría de un portazo.

—¿Ahora está usted al cargo? —le preguntó Reed.

—En efecto. Me asignaron a esta investigación hace tan solo una semana. Xavier no está muy contento que digamos, lo cual tal vez explique su comportamiento de ayer. Me lo imaginé por el informe que me pasó. Le pido disculpas.

—No es necesario.

Donna entró con el café: la cafetera, tazas y demás en una bandeja. Reed ni siquiera sabía que tuvieran una bandeja.

—Gracias, Donna.

—Sí, gracias —dijo Jacoby, que añadió un chorrito de leche a su café y se sentó—. Hablemos.

Pasó treinta minutos con ella y, cuando volvieron a estrecharse la mano, se sentía mejor respecto a la situación.

En cuanto Jacoby se fue, Reed terminó de informar a su equipo y aceptó y contestó preguntas.

—La agente especial Jacoby, ahora a cargo de la investigación de Hobart...

—¿Han echado a ese gilipollas? —preguntó León.

—Sigue en la investigación, pero ya no es el agente especial al cargo.

—Al menos hay alguien en el FBI que no es del todo imbécil —sentenció Matty.

—Me ha parecido que Jacoby tampoco tiene un pelo de idiota, así que diría que hay más de uno. Me ha informado de que están siguiendo una pista en Tennessee. Memphis. Si da resultado, tal vez podamos olvidarnos de esto. Pero hasta entonces quiero esas rondas de vigilancia y un ojo en el ferri. Mi compañero y yo entraremos en la rotación.

—¿Compañero? —preguntó Matty.

Reed acarició la cabeza del perro.

—Ayudante Barney. Ahora es uno de nosotros.

En la cabaña, con las noticias de la Fox en el portátil por si ocurría algo de lo que necesitara enterarse, Patricia retocaba el maquillaje a Seleena.

—Te cuidas la piel —comentó mientras aplicaba la base—. Yo también. Mi madre se abandonó por completo. Se descuidó muchísimo, sobre todo después de que mataran a JJ. Aunque la verdad es que antes tampoco se arreglaba. No culparía al viejo por ir poniéndole los cuernos por ahí ni por soltarle una bofetada de vez en cuando, pero era un completo gilipollas.

»Utilizaré una paleta neutral para los ojos. Algo con clase, profesional. Ciérralos.

Charla, se ordenó Seleena. Conecta con ella.

—¿A ti también te pegaba?

—No me hacía ni caso, así que ni se molestaba. Engordé, eso también es culpa de mi madre. Siempre me sobornaba con dulces y galletas, y me dejaba comer bolsas de patatas fritas. Mi padre me llamaba Cubo de Manteca, Cubo, para abreviar.

—Qué cruel.

—Ya te he dicho que era un gilipollas. Me acosaban en el colegio, ¿lo sabías?

Tuvo que apartarse para no estropear su trabajo. Seleena abrió los ojos de golpe.

—Pero me estoy adelantando. Cierra los ojos, mantenlos cerrados hasta que te avise.

Cerró los ojos y los mantuvo cerrados. Escuchó. Captaba la locura, joder que si la captaba. Y el resentimiento, y cosas peores. Dios mío, lo peor era la gélida templanza con la que decía que había hecho un favor a su madre al matarla.

—Pero... la policía lo consideró un accidente.

—Porque soy así de buena, chica. Esa vieja bruja loca y llorona me lo puso fácil, pero hay que ser buena. Abre los ojos.

Seleena los abrió e intentó enmascarar el miedo.

—Toma ya, qué buena soy. Ciérralos de nuevo. ¿Sabes? He aprendido un montón sobre maquillaje y peluquería, cuidados de la piel y todo eso, en internet. En YouTube, porque mi madre no me enseñó nada sobre nada. Tengo un coeficiente intelectual de ciento sesenta y cuatro, y seguro que no lo heredé ni de ella ni de mi querido papaíto. Abre —dijo, y comenzó a difuminarle el delineador—. Estás acostumbrada a que te maquillen.

—Sí.

—Yo me maquillo sola. Lo hago todo yo misma porque soy inteligente. JJ no era tonto, pero tampoco era muy listo. Yo le hacía parte de los deberes y de los trabajos, incluso después de que los gilipollas de nuestros padres nos separaran. No deberían haberlo hecho.

—No, no deberían. Eso también fue cruel y egoísta.

—¡Tienes toda la razón! Fue JJ quien me enseñó a disparar, porque el viejo no quería perder el tiempo conmigo. Mira hacia abajo mientras te maquillo las pestañas. ¡No tanto!

—Lo siento.

—Se le daban bien las armas, pero también lo superé en eso. A él no le importaba. JJ estaba orgulloso de mí, me quería. Era el único que me quería. Y lo mataron.

—Debes de echarlo de menos.

—Está muerto, ¿qué sentido tendría? Él sabía que yo era lista, pero no me hizo caso, se volvió loco y le salió el tiro por la culata. ¿Lo pillas? Armas, el tiro por la culata...

Mientras intentaba descifrar la mirada que se clavaba en la suya, Seleena dejó que se le curvaran un poco los labios, solo un poco.

—Esa ha sido buena.

—Puedo ser graciosa cuando quiero. No tengo ocasión de hablar mucho con la gente, y nunca siendo yo misma. Siempre tengo que hablar con imbéciles cuando acecho a un objetivo, pero esa no soy yo. En ese momento yo estoy dentro, escondida, y solo muestro el exterior que ellos esperan. Tienes suerte, porque tú estás viendo el interior.

—Te ha resultado difícil, lo de mantenerte escondida.

—Tuve que hacerlo durante años, ¡años enteros!, en ese mausoleo de las momias lloronas que eran mis abuelos. «Oh, yo me encargo, abuela.» «No te preocupes por eso, abuelo, yo lo limpiaré.» No había manera de que se murieran y me dejaran en paz. Nadie habría soportado sus mierdas tanto tiempo como yo. Los ojos te han quedado bien.

Estudió su neceser, eligió un colorete, una brocha.

—Decían cosas terribles de JJ, sobre todo después de que muriera. Cosas terribles, y yo tenía que aguantarme las ganas de rebanarles el cuello. Puede que mi hermano no fuera muy listo, puede que no me hiciera caso, pero ellos no deberían haber dicho aquellas cosas terribles de él.

—Era su nieto, sangre de su sangre —añadió Seleena.

—Decían que era un enfermo, deficiente, incluso que era malvado. Bueno,

pagaron por ello, ¿no? No lo suficiente, pero pagaron. JJ no me hizo caso, eso es lo que pasó.

—Tú intentaste impedirselo.

Patricia se apartó un poco, estudió el colorete y lo aprobó.

—Vamos a quitarte los brillos —dijo, y cogió unos polvos translúcidos—. Se lo habría impedido si hubiera sabido que había adelantado la cronología. Todavía me faltaban algunos detalles por pulir y ¿qué hace él?, da el golpe en julio, cuando todo el mundo está de vacaciones o lo que sea. Se suponía que debía ser en diciembre, con las multitudes navideñas. Se habría cargado al doble. Y además para entonces yo ya habría determinado la ruta de escape.

—¿Te habrías encargado tú?

Patricia movió la cabeza a uno y otro lado, levantó la de Seleena poniéndole las yemas de los dedos debajo de la barbilla.

—Has quedado bien. Una profesional con clase, como te prometí. ¿Quieres un refresco frío?

—Sí, por favor. Gracias.

Hobart se levantó, se acercó a la cocina.

—Tengo Coca-Cola Light, agua y zumo.

—Una Coca-Cola Light me sentaría genial, gracias. Un chute de cafeína antes de empezar a grabar.

—Bien pensado. —Patricia quitó el tapón a la botella y sirvió un poco en dos vasos de plástico con hielo—. Bueno, ¿de qué estábamos hablando? —Volvió, le pasó un vaso a Seleena—. Ah, sí. De JJ. ¿No te he dicho ya que no era muy listo? ¿No pensarás que todo eso se les ocurrió a él y a esos dos idiotas amigos suyos? Lo del DownEast fue idea mía, era mi plan, y habría funcionado si hubieran esperado a que yo ajustara los detalles.

—¿Tú... planeaste el ataque?

—Lo pensé, lo planeé, le robé al abuelo Cabeza de Chorlito la tarjeta de

crédito el tiempo suficiente para comprar los chalecos, los cascos. —Se dio unos golpecitos con el dedo en la sien—. Hasta ahora he dejado que concedieran a JJ el mérito de ser el cerebro. Pero tú y yo vamos a cambiar eso. Bueno... —levantó su vaso y bebió—, ya estás lista. Salvo por los labios; te los pintaré justo antes de empezar. Ahora voy a maquillarme yo y a ponerme mi ropa para las cámaras. Tardaré un rato, porque quiero estar guapa, pero luego empezaremos la fiesta. Piensa buenas preguntas, Seleena. Cuento contigo.

Seleena permaneció cuatro horas sentada bajo los focos, con la silla en ángulo oblicuo respecto a la de Patricia y la cámara grabando.

Cuando llevaban dos horas, Patricia la dejó ir al baño de nuevo y cambió la batería de la cámara. Le permitió volver a beber agua con una pajita mientras ella se retocaba el maquillaje y luego hizo lo mismo con el de Seleena.

Pero reanudaron la grabación de inmediato.

A medida que iba pasando el tiempo, a medida que Seleena iba sumiéndose en el ritmo de la entrevista, a medida que iba dejándose arrastrar por el tema, su ambición fue atenuando el miedo.

Había conseguido la historia más importante de su vida, se estaba revelando justo delante de sus narices. El hecho de que la hubieran drogado y secuestrado perdía cada vez más importancia en comparación con cómo crecía su propio ego.

Había logrado una entrevista cara a cara y en exclusiva con el cerebro de la masacre del DownEast, una asesina en serie. Y gracias a sus habilidades como entrevistadora —le decían su ambición y su ego—, Patricia se lo estaba contando todo de cabo a rabo. Todos los asesinatos, todos los detalles, el acecho, la documentación, la elección del momento y el método.

Cuando las bridas de los tobillos y de la mano izquierda (Patricia le había dejado la derecha libre para que pudiera tomar notas) le desgarraban la piel, se decía a sí misma (y se creía a pies juntillas) que Patricia no se las quitaba

porque eran la prueba visual que protegería a Seleena de cualquier acusación de complicidad, de obstrucción.

Estaban juntas en aquello, como decía Patricia.

La emoción de lo que tenía justo delante, de lo que produciría una vez que tuviera el vídeo, era tal que el miedo no podía hacerle sombra.

Absorta, comenzó a imaginar los beneficios.

Sabía engañar a un entrevistado, darle coba, mostrar comprensión y empatía. Aquella mujer, aquel monstruo, le reveló su enfermedad, su rabia, su creencia fría y calculadora en su derecho a matar porque Seleena la condujo con habilidad por ese camino.

Algún día estudiarían ese vídeo en las facultades de periodismo... y ella ganaría una fortuna como conferenciante.

Para Patricia, concluyó, los tres chavales no habían sido más que armas, armas que le habían fallado. Los sentimientos por su hermano parecían una extraña mezcla de amor y desdén. Y aun así justificaba sus asesinatos, hasta donde sentía la necesidad de justificarlos, como venganza por su muerte a los diecisiete años.

Cielo santo, era fascinante. Y si la fascinaba a ella, era fácil imaginar la reacción del espectador.

—Eres la mejor entrevistada que he tenido en mi vida, Patricia. ¡Me cuesta seguirte el ritmo! ¿Podemos tomarnos otro descanso?

—¡No he terminado!

—No, no, solo diez minutos. —Seleena le dedicó una sonrisa. Tenía un barril de pólvora entre las manos y no quería encender una cerilla.

Halagos, se recordó. A diestro y siniestro.

—Necesito organizar un poco mis ideas. Quiero establecer ciertos segmentos en la entrevista... En parte nos encargaremos de ello durante el proceso de edición, pero me gustaría organizar las próximas preguntas. Me

vendría bastante bien comer algo, tomarme otro refresco para mantener la energía. Además —añadió enseguida—, me gustaría que tú también te tomaras un respiro, que recargaras las pilas unos minutos. Conviene que estés fresca hasta el final.

—Bien.

Patricia se puso de pie.

—Es muy intenso, Patricia. Necesito algo de tiempo para asimilarlo.

—Bien —repitió Patricia, apaciguada—. Tengo galletas saladas integrales y humus.

—Fantástico. Nos dará un empujoncito para el siguiente segmento. ¿Y te parece que podría estirar un poco las piernas? Tú sales a correr a menudo —prosiguió—, yo también soy una persona activa. Me gustaría poder caminar un poco por la cabaña. —Volvió a sonreír—. Si te digo la verdad, se me ha dormido el culo.

—Piensa en tus dedos, Seleena.

Seleena ignoró el comentario con una carcajada, porque ya no se lo creía.

—Estoy en medio de la madre de todas las exclusivas. Esto es de Pulitzer, de Emmys. Ten por seguro que no voy a hacer nada para estropearla.

—Serás una tía muy importante después de esto. —Patricia cortó las bridas.

—Ambas lo seremos. Todo el mundo conocerá tu historia.

Y la mía, pensó Seleena mientras caminaba para aliviar el dolor y el hormigueo de las piernas. Solo había que esperar a que hiciera un informe especial sobre su experiencia. Secuestrada, retenida por Patricia Hobart, y la intrépida periodista realiza una entrevista brillante y contundente en cámara y saca a relucir todos los detalles. Móviles, víctimas, método, movimientos. Todo.

—Pulitzer, Emmys —repitió Patricia—. No habrá límite. —Abrió la caja

de galletas—. Ya recibiste un gran impulso por estar en el centro comercial aquella noche, por grabar lo que grabaste. Eso te dio a conocer.

—Mantuve la calma —convino Seleena—. Es lo que hay que hacer para progresar. Sobre todo si eres mujer. Una mujer inteligente, una mujer dura. Te tildan de agresiva, de bruja y de arrogante cuando lo que eres es fuerte, ambiciosa.

—Todos los años, en julio, haces un programa sobre el DownEast, porque ese es el motivo principal por el que eres famosa.

—Hasta ahora. Uf, esto está mejor. Ya casi vuelvo a sentir el culo. —Se frotó el trasero con ambas manos sin dejar de caminar de un lado a otro.

—Esta entrevista te proporcionará un montón de fama y dinero. Escribiste aquel libro sobre el DownEast, pero no fuiste la única. Y como escritora no es que seas muy buena.

—No soy mala, pero tienes razón, el formato libro no es mi fuerte. Esta vez contrataré a un negro. Los índices de audiencia de esta entrevista, Pat... Tendremos material suficiente para una serie de cinco entregas, y los índices de audiencia no harán más que subir. Que le den a la Super Bowl, arrasaremos con ella y con lo que se nos ponga por delante.

—Porque millones de personas verán la entrevista.

—Así es, sí. Estarán pegados a las pantallas y los dispositivos. La niña de quince años que planeó una masacre porque odiaba su vida y a sus padres y era capaz de manipular a su hermano. Cómo lo gestionó cuando el hermano la dejó de lado y la llevó a cabo por su cuenta. Los años conteniendo su verdadera naturaleza, ocultándola.

Seleena negó con la cabeza y exhaló con fuerza.

—Es tan intenso, tan emocionante... ¿Lo de tu primer asesinato? ¡Joder, eras muy joven! Y luego tu propia madre. Lo calculadora que fuiste al ir erosionando su voluntad, los años que dedicaste a hacer que perdiera la

cabeza hasta convertirla en cómplice de su propio asesinato. Es brillante. Simplemente brillante.

—Siéntate, come algo.

—Gracias. Me muero de hambre. —Cogió el plato de papel y untó la galleta salada en el humus—. Qué ironía, Pat, ¿te das cuenta? Solo has fallado con el policía, el que salvó al niño en el centro comercial. Fallaste en ese asesinato, recibiste un disparo, pero escapaste y aguantaste para volver a casa de tus abuelos. Joder, eso es un segmento en sí mismo. Tiene que serlo.

—Crees que el policía merece un segmento —dijo Patricia despacio.

—Desde luego. Ese momento en que te diste cuenta de que no habías acabado con él, de que te había disparado... Quiero hablar un poco más de ello. Y de lo que pensaste y sentiste cuando volvías a toda prisa a buscar el dinero, las armas, los documentos falsos... Y aun así aprovechaste la oportunidad para matar a tus abuelos antes de escapar.

—No escapé. Me reorganicé.

—Ya veo. —Cogió más humus—. Mencionaremos tu estancia en Canadá, pero eso no es lo más destacado. Es más bien un puente, así que «reorganización» es un buen término. Pero el punto de inflexión llegó cuando te diste cuenta de que habías fallado en el asesinato de Quartermaine y de que él había conseguido herirte... y luego está la carambola de que la policía que mató a tu hermano ayudase a salvar al hombre al que habías intentado matar.

—Carambola.

—Una entrevista de calidad, de la más alta calidad. Quiero que ahora nos centremos más en ese punto de inflexión, en cómo el error con Quartermaine cambió tu rumbo, te obligó a reorganizarte. Gracias —añadió cuando Patricia le dio otro vaso de Coca-Cola Light.

—¿Lo ves como un error, lo de ese puto policía?

Muerta de hambre, y demasiado absorta en la historia, Seleena se olvidó de

que un buen entrevistador deja que el que hable sea el sujeto. Un buen entrevistador observaba los cambios en el tono y el lenguaje corporal.

—Un error de cálculo, al menos, e insisto: un punto de inflexión que queremos resaltar. Hasta ese momento, ni siquiera sospechaban de ti, ¿verdad? —Dio un trago al refresco dietético y volvió a las galletas—. Eso es lo que me has dicho antes, dejaste que JJ asumiera la culpa.

—El mérito.

—El mérito. Eras la hermana de un asesino adolescente, la nieta devota que llevaba una vida tranquila. Y un minuto después eras una fugitiva que había intentado matar a un policía a sangre fría porque había sobrevivido al DownEast. Que mató a sus abuelos ancianos a sangre fría antes de escapar a esconderse (y reorganizarse) en Canadá.

»Ya habías asesinado antes, Pat, pero ese fallo con Quartermaine lo cambió todo.

—Tuvo suerte.

Seleena asintió.

—Sí, tuvo mucha suerte. Te reconoció solo un instante antes de que fuera demasiado tarde, luego te hirió, y eso sin mencionar la ironía de que su compañera policía ya estuviera de camino a esa casa... la misma agente que estaba, de nuevo irónicamente, justo a la puerta del cine. Ella mató a JJ y ayudó a salvar a Quartermaine. Una entrevista de calidad.

—¿Eso crees?

—Créeme, lo sé. Bueno, ya tengo el siguiente segmento organizado.

—Tus segmentos, tus índices de audiencia, tu puto derecho a la fama.

—¿Perdón? ¿Qué?

—Es mi historia. Mía.

—Y va a petarlo. Creo que deberíamos retocarnos el maquillaje un poco antes de volver a rodar.

Sacudió los hombros para relajarlos y luego cruzó las piernas.

—No lo necesitas —dijo Patricia—, porque ya hemos terminado.

Seleena la miró y logró articular un jadeo antes de que Patricia le disparara, y volviera a dispararle, y le disparara de nuevo. «Irónicamente», según Patricia, con la pistola rosa de Seleena.

Hobart dejó escapar un suspiro y la rabia que tenía dentro, y se sintió mejor.

—Y no me llames Pat.

Se preparó un plato de galletas saladas y humus, y se lo comió mientras el cuerpo de Seleena se desangraba en el suelo de la cabaña. Se llevaría la cámara, decidió, y dejaría el trípode y las luces. No podía meter todo eso en el avión de vuelta al sur.

Como ya se había encargado de cambiar las matrículas y había dedicado un rato a hacerle unas cuantas abolladuras, consideró que era seguro utilizar el coche de Seleena para salvar la distancia que tenía que recorrer.

Supuso que había llegado el momento de sacar dinero en efectivo y otro par de documentos de identidad falsos del banco de New Hampshire. Luego dejaría el coche en el aeropuerto, cogería un vuelo y alquilaría otro vehículo en Louisville.

Encontrarían el cuerpo al cabo de unos días, pensó. Había reservado la cabaña para una semana y faltaban cuatro días para que se cumpliera el plazo. Para entonces, ella ya estaría... en otro lugar.

Se echó a reír y bebió Coca-Cola Light para pasar las galletas. Sonrió al cadáver de Seleena.

—Y ahora ¿quién ha cometido el error?

Después del turno, Reed volvió a casa caminando con el perro. Una vez allá cogió unas cuantas cosas y condujo en su coche personal hasta casa de CiCi.

Tendría que contarles (a Simone y a CiCi) lo de la tarjeta y la amenaza, y explicarles las precauciones que debían tomar.

Cuando llegó, estudió la casa. Mucho cristal, mucho puñetero cristal. Tan bonita y tan vulnerable. Sin embargo, romper puertas y ventanas no era el estilo de Hobart.

A ella le gustaban los subterfugios. Romper ventanas no era elegante.

Oyó música, puesto que algunas de las ventanas estaban abiertas al aire primaveral, y reconoció el ritmo constante y sexy de «After Midnight». Entró con el perro y vio a CiCi, vestida con unos vaqueros rotos ajustados y una camiseta negra, agitando su pelo largo y salvaje de un lado a otro mientras bailaba.

No se le daba nada mal, pensó Reed al verla atravesar la habitación meneando los hombros y sacudiendo las caderas al ritmo de la genial guitarra y la seductora voz de Clapton.

No advirtió que Barney se había sentado a su lado a mirarla y meneaba la cola.

CiCi se dio la vuelta y lo vio. Sin dejar de moverse y esbozando una sonrisa lenta, le hizo gestos con un dedo para que se acercara.

—Bailemos, Macizo.

Reed se acercó, le pasó un brazo por la cintura y la hizo doblarse hacia atrás con una destreza impresionante.

—¡Fíjate!

—Los chicos que bailan ligan más —dijo él al tiempo que la incorporaba de nuevo y la hacía girar despacio.

—Te lo tenías muy callado.

—Nunca me habías sacado a bailar.

Simone bajó las escaleras y se encontró a su abuela y al jefe de policía bailando —y muy bien— mientras el perro los observaba fascinado.

Cuando terminaron, Reed tenía los brazos alrededor de la cintura de CiCi y ella los tenía alrededor del cuello del chico. Y se sonreían.

—O sea que esto es lo que hay.

—Simone, eres mi mayor tesoro. —Con un suspiro de felicidad, CiCi apoyó la cabeza en el hombro de Reed un instante—. Pero ahora que sé que este hombre baila sensualmente al ritmo de Clapton, puede que tenga que robártelo.

—Soy tuyo —le dijo Reed, y la besó en la coronilla.

Captó el olor de su champú, un toque de aguarrás y un débil y apagado matiz a marihuana.

La esencia de CiCi.

Ella le dio un achuchón y luego se volvió hacia el perro.

—Y aquí tenemos a esta monada de cuatro patas. Es verdad eso que decías, Simone, tiene una cara muy dulce, y los ojos llenos de bondad.

No se agachó, se limitó a extender una mano.

—Ven a saludarme, cariñito.

—Le cuesta un poco...

Reed tuvo que callarse cuando Barney se incorporó y caminó directo hacia CiCi.

No podía decirse que Barney se hubiera acostumbrado a la gente tras pasar el día rodeado de diferentes personas. Aunque había cogido algo de confianza con Cecil, se había escabullido de todos los seres humanos con los que se habían cruzado de camino a casa.

Y allí, con el mero gesto de tenderle una mano, Barney se acercó a CiCi y se puso a menear la cola en cuanto ella se agachó para acariciarlo.

—Tal vez seas bruja.

—Por supuesto que lo soy, y tengo una afinidad innata con los animales, sobre todo con los canes, ya que en una vida anterior fui loba. Además, esta

dulzura y yo nos hemos reconocido, ¿verdad que sí, guapísimo? En otra vida bailamos juntos.

A Reed no le habría sorprendido lo más mínimo.

—Se llama Barney.

—Aceptable —decretó Simone, que después cogió el mando a distancia para bajar un poco el volumen de la música—. Ya que todos hemos terminado de trabajar por hoy, me apetece un poco de vino. ¿Alguien se apunta?

—Me has convencido —dijo CiCi.

—¿Y si nos lo llevamos fuera? No hace nada de frío y tengo que hablaros a las dos de una cosa.

—Parece algo serio.

—Lo es.

—Ve a por el vino, Simone —le pidió CiCi—. Veamos qué le parecen a Barney las vistas que hay desde el patio.

CiCi se llevó a Reed y al perro afuera a propósito.

—Tiene que ver con Patricia Hobart.

—¿Radio macuto o adivinación?

—Digamos que esta mañana he sentido una perturbación.

—¿En la Fuerza?

—Sé lo que sé cuando lo sé. —Le clavó un dedo en el pecho—. Y además Hildy me ha llamado esta tarde, después de que te reunieras con ella. Hildy no es ninguna bocazas, pero somos amigas desde hace mucho y quería explicármelo con detalle. No le he contado nada a Simone porque estaba trabajando y no quería distraerla. Y también porque he imaginado que preferirías contárselo tú mismo. Puedo llevarme a Barney a dar un paseo por la playa si necesitáis intimidad.

—No, pero gracias. Me gustaría hablar con las dos.

—Creo con toda mi alma en la regla del triple: lo que envías al universo,

bueno o malo, se te devuelve multiplicado por tres. Pero me arriesgaría a sufrir todo lo que se me devolviera con tal de enviar algo que hiciera caer a esa arpía como una piedra en un pozo sin fondo si intenta haceros daño a ti o a mi niña.

—No dejaré que os haga daño ni a Simone ni a ti.

CiCi le tomó la cara entre las manos.

—Añádate a ti a eso.

—Ya he... bailado con ella antes. Conozco sus pasos.

—Y ya están otra vez. —Con una mueca de hastío exagerada, Simone sacó una botella de vino y tres copas. Tras dejarlo todo en la mesa, extrajo de su bolsillo trasero una golosina masticable larga y gorda—. Ahora todo el mundo tiene un premio.

Simone sirvió el vino y Barney se tumbó con su golosina.

—Dios, he tenido un día muy bueno, y ahora hace una noche preciosa.

—Siento tener que estropear eso.

Simone miró a Reed.

—Entonces es serio de verdad.

—Sentémonos.

Había ensayado mentalmente varias formas de abordarlo, pero no se había decidido por ninguna. Así que al final metió la directa.

—He recibido una tarjeta con el correo de la mañana. De Patricia Hobart.

Simone se sentó al lado de CiCi y agarró la mano de su abuela.

—¿Qué clase de tarjeta?

—Una tarjeta barata, impuestos y franqueo aparte.

Se la describió, luego recitó el mensaje.

—Te amenaza. ¿Había hecho algo así antes?

—No, a mí no, y hoy lo he confirmado con el FBI: no hay pruebas de que se haya puesto en contacto con nadie más ni de que haya amenazado a ningún

otro. Está cabreada porque falló conmigo y le disparé. Le costé la casa grande y mucho dinero. Como está enfadada, tenía que disparar de nuevo... metafóricamente. Y esa alteración en el patrón me dice que va a cometer más errores. Esa es la parte buena.

—¿Hay una «parte buena» en recibir una amenaza de muerte? —preguntó Simone.

—Más de una. Me dice que la alteré lo suficiente para meterme en ese retorcido cerebro suyo. Me dice que, nada más matar a Emily Devlon, pensó en mí y me envió la tarjeta. Había un mechón de pelo dentro. Será de Emily Devlon.

—Dios, es una criatura horrible, enferma y despiadada —intervino CiCi—. El karma se ensañará con ella, pero hasta entonces...

—El sistema judicial se ensañará antes —le dijo Reed—. Envío la tarjeta desde Florida, y el FBI descubrirá el lugar preciso.

—Pero ella ya no estará allí —señaló Simone.

—No, pero sabremos dónde estuvo. Sabremos cuándo y a qué distancia de casa de los Devlon estuvo. Si lo triangulan, encontrarán dónde vivía mientras acechaba a Emily. Hablarán con gente que habló con ella, que la vio. Hasta el último dato cuenta. Además, me ha enviado una advertencia. Lo ha hecho para asustarme, pero ha vuelto a fallar. Cuando me hacen una advertencia, tomo medidas.

—¿Qué medidas?

—Recurro al FBI, para empezar.

—¿Al gilipollas? —le recordó Simone.

—Ese agente especial ya no está al mando. Ahora es la agente especial Tonya Jacoby quien se halla al frente de la investigación.

—Una mujer. —CiCi asintió satisfecha—. Ahora sí que vamos bien.

—Después de haberme reunido con ella hoy, estoy de acuerdo en eso. Y

además no es gilipollas. A partir de ahora, gracias al error de Hobart, compartiremos información. Yo sabré más, y ellos (incluyendo a Xavier, que recibe órdenes de Jacoby) escucharán más.

—Solo una mujer podía conseguirlo. —CiCi levantó su copa.

—Muchas veces es cierto. He informado a mis ayudantes y a Donna. Tenemos la foto de Hobart pegada en el centro de la pizarra. Y vamos a distribuirla por la isla. Ya he hablado de ello con la alcaldesa, y también de incorporar ya a un par de los ayudantes de temporada. Y está de acuerdo.

—Esto es una isla —dijo Simone—. Necesita el ferri, un chárter o un barco privado para entrar o salir. Es más difícil escapar.

—Tienes toda la razón.

—Podría esperar hasta que fueras a Portland por algo.

—¿Cómo iba a enterarse? —respondió Reed, porque creía que era la verdad y también para calmar a Simone—. No utilizo las redes sociales, y esa es su fuente principal. Será aquí, y eso nos da ventaja.

—Es verdad. —Simone asintió y dio un sorbo al vino—. Tú también tienes razón, pero...

—Hay muchos peros, y llegaremos a ellos. Otra de nuestras ventajas es que está intentando atacar a un policía, otra vez. Y a una fuerza policial que está sobre aviso. La he estudiado, y apuesto a que lo he hecho durante más tiempo y con mayor detenimiento que ella a mí. O a ti, Simone.

Entonces fue CiCi quien buscó la mano de Simone.

—Tenemos que afrontarlo, ¿no? El hecho de que, al venir aquí, podría intentar un dos por uno.

—Primero tiene que llegar aquí, y quedarse el tiempo suficiente para observar las rutinas y trazar un plan. Eso también es una ventaja para nosotros, incluso en verano, que es cuando vendrá. Venir en verano es más inteligente: la isla está atestada, hay mucha gente, suceden muchas cosas, las tiendas y los

restaurantes están llenos. Empezaremos a estar atentos ya mismo, pero ella esperará al verano. Al de este año, tal vez al próximo. Y ahora, los peros. — Se inclinó hacia delante—. Hobart es inteligente, ladina y paciente... Aunque creo que la ira y la locura están acabando con la paciencia. Sabe parecer alguien que no es y actuar como alguien que no es. Sabe pasar desapercibida, camuflarse y mentir. Por otro lado, vosotras dos sois muy buenas con las caras. Estudiaréis la suya hasta que la conozcáis a la perfección. Creo que si la veis la reconoceréis con independencia del aspecto que tenga. La reconoceréis.

—No se nos escapará. —CiCi dio un apretón en la mano a Simone—. ¿A que no, cariño?

—No.

—Aquí tenéis una lista de reglas —comenzó Reed.

—Odio las reglas. Muchas se derivan del sistema patriarcal diseñado para oprimir a la mujer.

Reed se quedó mirando a CiCi varios segundos.

—Me gustaría conocer al patriarca o al sistema capaz de oprimiros a cualquiera de las dos.

CiCi sonrió tras la copa de vino.

—Muchos lo han intentado y han acabado con una patada en los huevos.

—Aun a riesgo de jugarme los huevos, esto no son ni sugerencias ni pautas. Son reglas, os gusten o no. Si la veis, no os acerquéis ni os enfrentéis a ella. Poneos en contacto conmigo o con el agente más cercano. Si veis un coche, una bicicleta o un excursionista extraño que pasa por la casa más de una vez, poneos en contacto conmigo. Si empiezan a llamaros por teléfono y a colgar o a decir que se han equivocado de número, poneos en contacto conmigo. Vamos a establecer patrullas regulares cerca de la casa.

—¿Y qué hay de tu casa? —le preguntó Simone.

—Soy policía. Ya está vigilada. Pero si tú estás en mi casa y yo no, cierra y no abras la puerta aunque llamen. Si se acerca alguien, ponte en contacto conmigo. Si vais en coche al pueblo o a cualquier otro lugar y veis a alguien que ha sufrido una avería y está parado en el arcén, seguid adelante.

—Y nos ponemos en contacto contigo —concluyó CiCi.

—Habéis pillado la idea. No corráis riesgos. Hasta aquí son simples precauciones. Necesito que variéis vuestras rutinas, aunque no es que tengáis costumbres fijas y claras. Pero no vayáis a la compra siempre el mismo día de la semana o a la misma hora del día. No salgáis a pasear a la misma hora. Esperéis o no una entrega, si se acerca una furgoneta, que dejen el paquete fuera. No abráis la puerta, no salgáis. Si algo o alguien os da mala espina, poneos en contacto conmigo. Y nada de planes en las redes sociales. —Volvió a echarse hacia atrás—. Podríais instalar un sistema de alarma.

—Eso ni de broma —repuso CiCi con decisión.

—Me lo imaginaba, pero, estéis en casa o fuera de casa, cerrad con llave. Hacedlo por mí, ¿de acuerdo?

—Eso sí. No me gusta pero puedo hacerlo.

—Bien. No voy a decir que no seáis capaces de cuidaros solas, sobre todo porque no quiero perder las pelotas y esperaba cenar aquí, pero sí que os quiero a las dos y que voy a cuidaros. Eso es todo.

—No creas que nosotras no vamos a cuidar de ti por la misma razón. —CiCi se puso de pie y se rellenó la copa de vino—. Y voy a empezar a hacerlo ahora mismo preparándote una cena caliente.

—No cocines —dijo Reed de inmediato—. Iré a buscar comida para llevar.

—Cocinar me reequilibrará el chi. —Se agachó y besó a Reed—. Tú eres mucho más listo que ella, y mi niña también. Y, qué narices, yo soy mucho más ladina.

Simone esperó a que CiCi entrara.

—No lo he mencionado antes porque ya tenemos suficiente, pero si Hobart viene aquí, volverá a Portland. Mi hermana, mi madre...

—He hablado con Essie y he hablado con Jacoby. Vigilarán a tu familia.

Simone se puso de pie y se asomó para mirar el mar. El perro, que ya se había terminado su golosina, estaba tumbado a los pies de Reed.

—Debería haberme imaginado que pensarías en ellas.

—He hablado con la policía de Boston para que estén alerta. Tienes que hablar con Mi de todo esto. También he hablado con un amigo mío que creo que está en la lista de Hobart. Ahora vive en Nueva York. Siento haber traído todo esto hasta aquí.

—No has sido tú, sino ella. Ella lo empezó todo. Ella lo planeó y, por horrible que fuera, no salió como quería. Y esto tampoco le saldrá como espera. Es curioso, me encanta la isla, siempre me ha encantado, pero no me había dado cuenta de lo mía que la siento hasta que pensé que Hobart podía venir y tratar de hacer daño a alguien que me importa tanto. De hacer daño otra vez a alguien que me importa tanto. ¿Quién podría desear manchar este lugar como lo hizo con el centro comercial y con Portland? Nunca volví a sentirme segura por completo en Portland después de aquella noche. —Se dio la vuelta—. Me marché a Nueva York en cuanto pude. Me fui a Italia, me iba a cualquier lugar que no fuera allí. Sin embargo, la mayor parte de las veces me venía aquí. Era mi refugio, pero seguía buscando algún otro lugar, alguna otra cosa. No estoy segura de que supiera, antes de conocerte, que esta isla era algo más que eso para mí, más que un refugio. Era mi casa, mi hogar. Nada de lo que ella haga cambiará eso.

Simone volvió y se deslizó sobre el brazo de la silla para sentarse en el regazo de Reed.

—Hay más de un lugar donde esconderse. Tú eres mi refugio para mí, y yo voy a serlo para ti.

—He pasado mucho tiempo buscando mi lugar y buscándote a ti. Ha sido un golpe de suerte tremendo haberos encontrado a los dos.

—¿Sabes lo que he pensado antes cuando bajaba por las escaleras?

—¿Qué podría reemplazarte con mucha facilidad?

Simone se echó a reír y le acarició con la nariz.

—Aparte de eso. He pensado: Quiero esculpirlos, a Reed y a CiCi, tal como están. Bailando abrazados y sonriendo.

—¿Desnudos? Oye...

—Una cosa es el arte, jefe, y otra las situaciones incómodas e inapropiadas. No, desnudos no.

—Entonces vale. Parecías contenta al bajar.

—He pasado un día maravilloso trabajando en un proyecto nuevo y fascinante.

Reed le devolvió la caricia con la nariz.

—¿No vas a dejar que le eche un vistazo?

—Cuando esté terminado. Quédate esta noche. Quédate conmigo.

—Tenía la esperanza de que me lo pidieras. He traído nuestras cosas, las mías y las de mi nuevo ayudante, en el coche.

CiCi los miraba desde la ventana de la cocina. Aquello, pensó, justo aquello —el rubor del cielo a medida que el día se desvanecía; el hombre fuerte y bueno; incluso el perro de cara dulce— colmaba todas las esperanzas que albergaba para su niña.

Ninguna arpía salida directamente del infierno resquebrajaría aquellas esperanzas.

Dos días después, Reed recibió una llamada de Essie.

—Se ha activado una alerta por desaparición a nombre de Seleena

McMullen.

—¿Cuánto tiempo lleva desaparecida?

—Más de cuarenta y ocho horas. Su ayudante recibió un mensaje en el que le decía que se iba de la ciudad porque había recibido un soplo, pero ha faltado a varias citas y no contesta al móvil.

—Encaja en el perfil, Essie, pero sería el primer secuestro. Ni siquiera matarla y abandonar el cuerpo encaja con el modus operandi de Hobart.

—No hay señales de allanamiento ni de lucha, ni en la casa ni el despacho de McMullen. La llamaron al teléfono fijo justo antes de la medianoche del día en que desapareció. No podemos rastrear la llamada. Un móvil de prepago.

—La engañó para que fuera a algún sitio. —Reed frunció el ceño—. Ese tampoco es el método habitual de Hobart.

Pero...

—El caso es que Hobart podría no ser la única que quisiera hacer daño a McMullen. Tiene un ex que no le guarda mucho cariño, y ha cabreado a mucha gente en el camino. Pero haré que los agentes revisen el coche de McMullen en el aeropuerto. Ese sí es el modus operandi de Hobart. Ahora mismo, como aún no hay vínculo directo con Hobart, el caso es de delitos mayores, porque me lo he quedado yo. Si encontramos ese vínculo, pasa a los federales.

—Jacoby es buena.

—Estoy de acuerdo. Pero, Reed, si encontramos ese vínculo, significará que está de nuevo en la zona. Ten cuidado, compañero.

—Lo tendré. Tú también.

Colgó; lo meditó. McMullen, sí, podría encajar. Pero ir tras Essie, que ocupaba un puesto mucho más alto que la bloguera oportunista, no encajaba. ¿E ir a por él justo después de enviarle la tarjeta? No, eso tampoco encajaba. Antes tenía más que decir.

Entonces, si Hobart había capturado o matado a McMullen, ¿había vuelto a

Portland para eso? ¿Por qué?

Tenía que pensarlo.

Dos días después, el personal de la cabaña encontró el cadáver de McMullen. Essie le envió un informe con lo demás.

Un trípode, dos focos, comida y bebida suficiente para varios días, restos de maquillaje en el suelo; en dos sillas, varias bridas cortadas.

Y las huellas de Hobart por toda la cabaña.

¿Por qué secuestraba alguien a una reportera/bloguera que tenía su propio programa local y seguidores acérrimos en internet?

Reed pensó que ese alguien tenía una historia que contar.

Entre lo del secuestro/asesinato y lo de la tarjeta, Reed decidió que Patricia Hobart buscaba algo de atención.

Y él estaría encantado de dársela.

Con Jacoby y Essie coordinando el caso McMullen, Reed se concentró en los suyos. Encontró un colgante con una placa de ayudante del sheriff en internet, le hizo gracia y pidió dos: una para Barney y otra para dársela a Puck cuando Essie y su familia fueran a visitarlo.

Le compró al perro una cama, y tuvo que empezar poniéndola justo al lado de la suya, porque si no Barney la ignoraba y dormía en el suelo. La estrategia de Reed fue ir apartándola tres centímetros más o menos cada mañana.

Cuando intentó lanzarle la pelota roja que había comprado, Barney lo miró con cara de no tener ni idea de qué hacía.

Ya volverían a intentarlo.

Abril iba acercándose a mayo y las flores comenzaron a brotar. A modo de ofrenda de paz, compró una maceta de narcisos para Ida Booker y se la llevó, junto con Barney.

La mujer salió y dejó al gato dentro.

—Le gustaría disculparse por las molestias que le causó.

Ida se cruzó de brazos.

—Ese perro es un peligro.

—Se está rehabilitando. Señorita Booker, cuando se lo llevé a Doc, tenía infecciones y todo tipo de problemas físicos. Tiene cicatrices porque alguien lo estrangulaba con uno de esos collares de cadena.

La mujer, que ya tenía el ceño fruncido con fiereza, lo frunció aún más.

—¿Alguien estrangulaba a ese perro?

—Sí, señora, Doc y Suzanna me dijeron que eso era lo que pasaba. Le daba tanto miedo la gente porque lo tenían metido en una jaula y le hacían daño. Doc también me dijo que tal vez perseguía a su gato porque quería jugar. Ahora bien, no puedo prometerlo, y no lo dejaré acercarse a su gato ni a sus jardines sin la correa. Estaba medio muerto de hambre, señorita Booker.

—Parece que ahora está mejor. —Masculló un taco—. No me gustan demasiado los perros, pero cualquier persona que trate así a un animal no vale una mierda pinchada en un palo. Tengo entendido que vas a quedártelo.

—Ahora se llama Barney y va haciendo progresos. Acabamos de volver de ver a Doc y ya está más cerca de que le den el alta. Y también ha cogido algo de peso. No tiene ni pizca de maldad, pero podría ser un perseguidor de gatos compulsivo. También persigue a los pájaros en la playa.

—Supongo que está en su naturaleza. Agradezco las flores. —Exhaló con brusquedad y aceptó la maceta—. Yo era de las que opinaban que traer a alguien de fuera de la isla para que fuera el jefe de policía era un error. Puede que me equivocara. El tiempo lo dirá.

Reed volvió en coche al pueblo y se detuvo a observar el ferri que llegaba. Había asignado a los dos ayudantes de temporada a esa tarea, pero no haría daño a nadie que echara un vistazo en persona.

Unas cuantas familias con niños lo bastante pequeños para no estar en el colegio, un par de isleños que regresaban, furgonetas de reparto, un par de excursionistas que se alejaron a pie.

Satisfecho, se dirigió a la comisaría de nuevo.

—¿Qué te ha dicho Doc? —preguntó Donna.

—Barney está recuperado. Puede incorporarse al servicio activo.

La mujer resopló.

—Más te vale que no vuelva a rebuscar en la basura o ya le daré yo servicio activo.

—Solo estaba buscando pistas. —El teléfono de la mesa de Reed empezó a sonar, así que entró en el despacho con Barney pisándole los talones—. Jefe Quartermaine.

—Agente especial Jacoby. Estoy en Louisville, Kentucky, siguiendo una pista. Tenemos un testigo, un expolicía que ha seguido el caso. Jura que la ha visto.

—¿En Kentucky? ¿Ha retrocedido? ¿Hasta qué punto es fiable el testigo?

—Me creo lo que dice.

—Bien, ¿dónde la ha visto?

—En un centro comercial de aquí. Dice que ha podido observarla con detenimiento y que, cuando ha caído en por qué le sonaba esa cara, ha intentado seguirla a la salida del centro comercial pero la ha perdido. Había mucha gente, es un centro comercial muy popular y, además, están a punto de celebrar el Derby, la famosa carrera de caballos de Kentucky. Pero ha vuelto a tener suerte y la ha visto abandonando el aparcamiento en un coche. Tengo la marca y el modelo, el color y la matrícula. ¿Está listo para que le facilite esos datos?

—Sí, adelante.

Lo anotó todo.

—Hobart se ha comprado unas gafas de sol, un par de camisas, vaqueros. Tiene una talla treinta y seis. También ha comprado ropa de deporte. Estamos yendo tienda por tienda, pero nuestro testigo ha distinguido un par de las bolsas que llevaba antes de perderla. Hobart lo ha cargado todo a una tarjeta de crédito a nombre de Marsha Crowder, con una dirección falsa de San Diego. Llevaba el pelo recogido en una coleta, castaño. Hemos emitido una orden de búsqueda del coche y la matrícula. Aún no ha habido suerte.

—Es una buena noticia. Louisville no aparece en mi lista, ni siquiera Kentucky. No hay objetivos allí, que yo sepa.

—La pista de Memphis nos parecía floja, pero con esa matrícula puede que tuviera más fundamento del que pensábamos. Lo más seguro es que se dirija hacia el norte. Esté atento a ese coche, a esa matrícula, jefe.

—Descuide.

—La tenemos. Debo dejarle para ocuparme de esto.

—Gracias por el aviso. Buena caza. —En cuanto colgó, gritó—: ¡Donna!

—Si quieres algo de mí —le dijo la mujer lanzándole una mirada furibunda al acercarse—, sal.

—Transmite esta información a todos los ayudantes, estén de servicio o no. Un Toyota Sienna blanco, tal vez de 2016, matrícula de Tennessee. Seis-ocho-tres-Charlie-Kilo-Oscar. Han visto a Hobart conduciendo ese coche en Louisville.

—Entendido.

Reed abrió el expediente que tenía siempre a mano y estudió la cara de Hobart.

—Puede que te tengamos.

Patricia cambió las placas de matrícula en el aparcamiento de un

supermercado de la Interestatal 64. Tenía un mal presentimiento. Estaba del todo segura de que un viejo la había seguido durante un rato en Louisville.

Más vale prevenir que joderse, decidió: destruyó la identificación y las tarjetas que estaba utilizando y las tiró.

Entró en el supermercado y se dirigió a la sección de productos para el cabello. Compró un tinte caoba y lo pagó en efectivo. Circuló sin rumbo por varias carreteras secundarias hasta que, delante de una casa de campo, vio una tartana con un letrero de SE VENDE en el parabrisas.

Regateó con el palurdo del dueño y le dijo que volvería con el dinero. Había mucho bosque en los alrededores para deshacerse del coche.

Volvió caminando, se compró la tartana y regresó traqueteando hasta el Toyota. Cuando terminó de trasladar el equipaje, reventó el Toyota a golpes para liberar algo de tensión.

Esperaba que algún otro palurdo, o tal vez el mismo, terminara por tropezarse con el coche y se lo llevara por partes.

En la tartana, condujo hasta un motel barato, donde pagó en efectivo.

Se tiñó el pelo, se lo cortó, se puso unas lentillas verdes y cambió de documentos antes de salir. Aunque la tartana hacía ruidos y temblaba, logró llegar a una ciudad de tamaño decente a ochenta kilómetros de distancia. Aparcó el coche y recorrió menos de un kilómetro a pie hasta el concesionario que acababa de ver.

Pagó en efectivo, hizo el papeleo y en menos de una hora estaba de vuelta en la 64. Después de trasladar sus cosas una vez más, se marchó en un Chevy Tahoe de segunda mano recién lavado cuyo cuentakilómetros marcaba cincuenta y tres mil y pico.

Carrie Lynn Greenspan, que tenía el pelo caoba y los ojos verdes, puso rumbo al norte.

Tenía que hacer una parada en la salvaje y maravillosa Virginia Occidental.

Essie llevó a su familia a la isla para disfrutar de una comida al aire libre antes del día de los Caídos. Ese fin de semana no era el más importante de la isla, pero sí el que daba el pistoletazo de salida a la temporada. Reed tendría de guardia a todo su equipo, incluido él mismo.

Así que el fin de semana anterior se lo tomaría libre para recibir invitados por segunda vez en su nuevo hogar.

La primera, a principios de mes con su familia, había salido a la perfección.

La segunda parecía ir por el mismo camino.

Después de una intensa presentación olfativa, Barney se enamoró de Puck. Correteó con el otro perro, correteó con Dylan y aceptó los abrazos y achuchones del niño con los ojos rebosantes de felicidad.

También aceptó a Essie, probablemente porque llevaba encima los olores del niño y del perro... y puede que porque llevaba un bebé dentro.

Con Hank, temblaba y se encogía.

—Creo que es la barba —le dijo Reed—. Mi hermano también lleva barba y Barney se niega a acercársele. Yo diría que quien lo maltrató tiene barba.

—Se me dan genial los niños y los perros —aseguró Hank—. Soy un imán para los niños y los perros. Pienso ganármelo antes de que volvamos a subirnos a ese ferri.

Hank se acercó a la barandilla de la terraza de atrás, donde Reed había encendido la barbacoa, y miró hacia el bosque.

—Este lugar es precioso. Y la casa también, Reed. Y, además, me cae bien

tu chica. ¿O debería decir tus chicas?

—Pretendo quedarme con todas.

—Me encantaría ver el estudio de CiCi Lennon. Y más obras de Simone.

—Tienes todo el fin de semana para eso.

Dylan, con su placa de ayudante prendida a la camiseta, llegó corriendo y saltó a los brazos de Hank. Barney frenó en seco, se agazapó.

—Mira cómo me lo gano.

Hank se sentó en el primer escalón de la terraza. Empezó a hacer cosquillas a su hijo, que estalló en carcajadas de felicidad.

Puck se acercó a ellos trotando y metió la cara aplastada bajo el brazo de Hank.

—¡Papá!

—Así me llaman.

Hank besó y abrazó tanto al niño como al perro y escuchó con aparente fascinación la trepidante charla de Dylan sobre perros, peces e ir a la playa.

—¿Por qué no le dices a Barney que venga?

—Eh, Barney. Barney, ven.

El perro lloriqueó y se arrastró unos centímetros hacia atrás.

—Prueba con esto.

Reed se sacó una galleta del bolsillo y se la dio a Dylan.

—¡Galleta! ¡Ven a por la galleta, Barney!

Puck se lo tomó como una invitación y se abalanzó de inmediato sobre la golosina.

—Prueba otra vez.

Reed le entregó una segunda galleta.

—¡Te toca, Barney!

Sin duda en conflicto, Barney se acercó un poquito. Quería la galleta, quería al niño, temía la barba.

—Qué rica está la galleta. ¡Ñam, ñam, ñam!

Tras fingir que le daba un mordisco, Dylan empezó a partirse de risa de su propio chiste.

Las carcajadas funcionaron. Barney echó a correr hacia delante, cogió la galleta y volvió atrás. No apartó la mirada de Hank mientras se la comía.

—Es solo el primer paso —aseguró Hank, que dejó a Dylan en el suelo y lo vio alejarse a la carrera—. ¿Te has planteado tener uno de estos? ¿Un niño?

—Antes tengo que convencerla para que se venga a vivir conmigo. Es solo el primer paso.

Hank se levantó y recuperó la cerveza que había dejado a un lado.

—Apuesto por ti.

—Tu hijo es un encanto —comentó CiCi mientras se dirigía hacia la cocina con Essie.

—Una de las enfermeras del ala de maternidad juraba que le había guiñado un ojo y le había sonreído. No me sorprendería.

—Me ha dicho que tengo un pelo muy bonito. Las chicas van a suspirar por él. Siéntate mientras me encargo de estas verduras. ¿Esta vez esperas una niña o un niño?

Essie se sentó a la barra y enarcó las cejas.

—¿Cómo lo has sabido? No se me nota... mucho.

—El aura —dijo CiCi convencida, y agitó los trozos de verdura que habían puesto a marinar en una bolsa sellada.

—El aura —repitió Essie—. Ya que has descubierto el pastel, solo espero que sea una criatura sana, y me conformaría con que la mitad de feliz que Dylan. Se despierta feliz.

—Eso se debe en parte a su naturaleza y en parte a tu marido y a ti. Has sido

un punto de referencia constante para Reed. Sus padres lo educaron bien. Son gente buena y cariñosa, pero tú te cruzaste en su camino en un momento decisivo y lo ayudaste a tomar la dirección correcta.

—Creo que cruzarnos en el camino nos ayudó a los dos. ¿Sabes? Nunca me lo habría imaginado aquí, como jefe de policía, en una casa como esta. Pero cuando me habló de ello, no me costó verlo.

—Porque lo conoces y lo quieres.

—Sí. Y cuando lo veo aquí, me doy cuenta de que encaja a la perfección. Ya debes de saber que está enamorado hasta la médula de Simone.

—Sí, lo sé. Y ella está enamorada de él, aunque se lo guardará durante un tiempo. Mi niña es fuerte e inteligente, pero en algunas áreas no está tan segura de sí misma como nuestro Reed. Son justo lo que el otro necesita.

—Encajan a la perfección —dijo Essie con una sonrisa.

—Sí, eso es. Lo supe antes de que Reed y yo nos termináramos nuestra primera tanda de tortitas con arándanos.

Como si estuviera en su propia casa, CiCi sacó una jarra del frigorífico. Ella misma le había enseñado a Reed el proceso y el valor del té helado; rellenó el vaso a Essie.

—Yo diría que estas verduras están listas para la barbacoa.

—Reed asando verduras... —Essie se levantó—. Otra cosa que nunca me habría imaginado.

—Es un buen chico y ha comprado la cesta para barbacoa de la que le hablé. Ahora veremos si le saca provecho.

Le sacó provecho, y disfrutó al ver a todo el mundo atacando una comida que había preparado él. Con un poco de ayuda, claro, pero lo cierto era que había superado su segunda experiencia como anfitrión con comida para adultos.

—Ya eres oficialmente un hombre —le dijo Hank.

—Me alivia oírlo.

—Un hombre no es un hombre, amigo mío, hasta que es capaz de hacer chuletones a la barbacoa, pero de hacerlos bien —añadió Hank.

—Creo que Shakespeare dijo: La valía de un hombre se demuestra en la barbacoa —agregó CiCi.

Hank se echó a reír y brindó por CiCi.

—El Bardo nunca se equivoca. Me pregunto si podría ver tu estudio durante nuestra estancia en la isla. Todavía conservo el póster de Guitar God que tenía colgado en la pared de mi habitación en la residencia de estudiantes.

—Ahora lo tiene enmarcado en la de su despacho, en casa —agregó Essie.

—Ven mañana.

—¿En serio? Una experiencia única en la vida. Y no exagero. Simone, ¿hay alguna posibilidad de que pueda ver también tu estudio cuando vaya?

—Claro. Tú no. —Señaló a Reed—. Estoy trabajando en una escultura de Reed. No puede entrar en mi estudio hasta que esté terminada.

Essie casi se ahoga con el té.

—¿Has conseguido que Reed pose?

—Me engatusó.

—¿Qué es «engatusar»? —preguntó Dylan.

—Es como si la Power Ranger rosa tuviera el poder de controlar la mente.

—¿Eso sería alucinante!

—Lo es —convino Simone—. El poder de la mente es un arma poderosa contra el mal; contra Rita Repulsa, la malvada enemiga de los Power Rangers, por ejemplo.

Reed se reclinó contra el respaldo, la miró.

—¿Conoces a los Power Rangers?

—¿Por qué no iba a conocerlos? Me disfracé de Power Ranger rosa para Halloween cuando tenía cinco o seis años.

—Me engatusó para que le comprara el disfraz —confirmó CiCi—. Tengo fotos.

—Tengo que verlas. Tengo que verlas sí o sí.

—Estoy adorable. —Simone pinchó el último pimiento asado que tenía en el plato.

—Seguro que sí.

—¿Podemos ir ya a la playa? —Dylan tiró del brazo de su padre—. Me he comido toda la *vertura*.

—Du-ra.

—Me he comido toda la du-ra. ¿Podemos ir?

—Yo voto a favor. —El teléfono de Reed empezó a sonarle en el bolsillo. Se levantó, lo sacó. Tras echar un vistazo a la pantalla, Simone vio que miraba de soslayo a Essie—. Lo siento, tengo que cogerlo. No os preocupéis por los platos. Llevaos al niño a la playa, yo iré después. —Contestó la llamada mientras entraba en la casa—. Jefe Quartermaine.

Simone se obligó a esbozar una sonrisa relajada y se levantó.

—Venga, marchaos a la playa. CiCi os enseñará el mejor camino. Yo espero a Reed.

—¡Sí! Y los perritos también. Vamos.

Essie dedicó un sutil gesto de asentimiento a Simone.

—El paraíso personal de Dylan: perros y playa —dijo—. Sí, vamos.

Cuando se fueron, con Dylan y los perros en cabeza, Simone llevó los platos dentro. Se mantendría ocupada, pensó, intentaría no pensar demasiado, solo recogería la mesa de fuera, cargaría el lavavajillas y esperaría.

Porque no la aguardaban buenas noticias.

Pasaron cinco minutos, luego diez y después quince antes de que lo oyera volver.

Simone sacó una cerveza fría y se la ofreció a Reed en cuanto entró.

—Los he mandado a la playa. Essie sabe que hay problemas, y sé que querrás hablar con ella al respecto. Pero necesito que me lo cuentes. No es un problema relacionado con la isla, lo sé por cómo has mirado a Essie.

—No, no es un problema relacionado con la isla. —Bebió un trago de cerveza—. No quería que Dylan escuchara mi parte de la conversación.

—Lo sé. Ahora está jugando en la playa. ¿Era la agente Jacoby?

—Sí. —Consiguió reunir el valor necesario para continuar—. Han encontrado el coche que conducía Hobart cuando la avistaron en Louisville. Había cambiado las matrículas, lo había machacado a golpes. El idiota que lo encontró decidió quedárselo y le arregló la carrocería a medias. Lo han identificado los estatales al pararlo por exceso de velocidad... y luego ha resultado que también por conducir fumado. Y por llevar un lote de opiáceos. Ha soltado las típicas mentiras: el coche no es mío, tío, me lo han prestado.

—No sé de dónde han salido esas drogas —agregó Simone.

—Sí, aunque llevaba parte de esas drogas en el bolsillo. En cualquier caso, antes de que aclararan todo eso han encontrado las huellas de Hobart y, en la guantera, el contrato de alquiler con el alias que había usado en el centro comercial. El tipo ha confesado que se había tropezado con el coche, abandonado y destrozado. Lo que los ha llevado a dar con otro tipo que le había vendido a Hobart un Ford destartado. Le pagó en efectivo y no se tomaron la molestia de arreglar el papeleo.

—Ahora tienen una descripción de ese coche.

—Ya se lo habrá quitado de encima. Están intentando rastrearlo.

—Pero eso no es todo.

—No. —Le rozó el brazo al pasar a su lado de camino a las puertas de cristal—. No, eso no es todo. Ya te dije que localizaron desde dónde había enviado la tarjeta que me mandó.

—Y que dieron con dónde se había alojado en Coral Gables, lo cual ayudó

a rastrearla hasta Atlanta y el vuelo a Portland.

—Un poco tarde para McMullen, pero sí. Encontraron el nombre que empleó para reservar la cabaña.

—Cuando les llegó la pista de Louisville, verificaron el nombre que había usado para cargar las compras del centro comercial, el coche y la matrícula. Dijiste que era un trabajo muy bueno. Que está cometiendo errores.

—Sí. —Reed se dio la vuelta—. Pero eso no le ha impedido matar a Tracey Lieberman.

Simone apoyó una mano en la barra y a continuación se sentó.

—¿Dónde? ¿Cómo?

—Cerca de Elkins, Virginia Occidental. Lieberman era guía turística, hay un parque nacional allí mismo. Aquella noche estaba en el cine con su madre, su tía y su prima. Por aquel entonces tenía catorce años. Se casó el año pasado. Antes se llamaba Tracey Mulder.

—Joder. La conocía... un poco. Estaba un curso por detrás de nosotras, pero Mi y ella iban juntas a gimnasia. La conocía.

Reed se acercó para sentarse a su lado.

—Aquella noche mataron a su madre. Protegió a Tracey con su propio cuerpo, aun así Tracey recibió disparos en ambas piernas. Su tía y su prima sufrieron heridas leves, pero las de Tracey fueron graves. No tenían claro que pudiera volver a caminar sin ayuda o sin una cojera muy marcada. Nunca volvería a competir en gimnasia. Tuvo mucha repercusión en los medios.

—Y esos son los objetivos de Hobart.

—Sí. Y Tracey recibió más atención, incluso después de que la historia se olvidara un poco, porque no se dio por vencida. Se sometió a un montón de operaciones y no se rindió. Hizo fisioterapia durante años y llamó la atención de un par de medallistas de la selección nacional de gimnasia. Le concedieron una medalla de oro al valor. Más prensa.

»No solo volvió a caminar, sino que a los veinte años completó su primera carrera de cinco kilómetros y quedó quinta. Más prensa. Al cabo de un par de años, una de veinticinco kilómetros, tercer puesto, y dedicó la carrera a su madre.

—Más prensa.

—A veces daba charlas motivacionales y entró a trabajar en el Servicio de Parques, se mudó a Elkins por ese empleo. Se casó allí. McMullen, entre otros, volvió a darle bombo. Publicaron fotos de ella tras las carreras, con aspecto saludable, y más fotos con el vestido de novia y la medalla de oro en el ramo.

—Era todo lo que Hobart detesta. Convirtió la tragedia y el dolor en fuerza, corazón y resistencia.

—Y ganó el oro... Una especie de símbolo de riqueza y fama.

—¿Redes sociales? —preguntó Simone.

—Participaba de forma activa en un par de páginas para corredores. Tenía dos páginas propias: una pública, sobre el parque nacional, los senderos, fotos, anécdotas; y una privada, con cosas personales.

—Pero nunca son del todo privadas, ¿verdad?

Reed giró la botella y negó con la cabeza.

—Solo necesitas conocimientos básicos de hacker o encontrar la manera de que el propietario de la página te deje entrar. Sea como sea, Hobart descubrió lo suficiente para seguirla en sus carreras matutinas. Tracey salía a correr todos los días, no siempre hacía la misma ruta, pero corría todas las mañanas. Sabemos que Hobart también corre.

—Es posible que siguiera una de las rutas un par de veces, que dejara que Tracey la viera, que se acostumbrara a verla. Incluso que entablara conversación.

—Es probable —convino—. La han asesinado esta mañana entre las seis y

media y las ocho y media. Una bala en cada pierna, otra en la cabeza.

—Las piernas. —A Simone se le rompió el corazón—. Hobart quería destruirla antes de matarla.

—Quitarle las piernas de nuevo —confirmó Reed—. Hacerle recordar ese dolor y ese terror. Los federales averiguarán dónde se ha alojado en esa zona, durante cuánto tiempo, qué coche conducía.

—Pero ella ya se habrá ido y conducirá otro coche.

—Ese es su patrón, pero cualquier dato es importante. Nos da más información. Debería dárnosla —murmuró.

—¿Tracey estaba en tu... supongo que podría llamarla «lista de vigilancia»?

—Sí, pero... Tracey no había obtenido verdaderos beneficios económicos, los medios de comunicación no le concedieron el estatus de heroína por el incidente en sí. Ella no tuvo ningún efecto en el resultado. Estaba en mi lista, pero no estábamos concentrados en su perfil.

Se levantó y empezó a caminar de un lado a otro.

—Joder, salió en coche de Florida después de lo de Devlon, voló desde Atlanta de vuelta a Portland para secuestrar a McMullen y la retuvo durante horas en una cabaña en las Montañas Blancas, a kilómetros al este de aquí.

La admirable calma estaba decayendo, pensó Simone. Así que ella mantendría la calma por él.

—Nunca había secuestrado y retenido a nadie.

—Con McMullen buscaba algo más que un simple asesinato. Buscaba atención. El trípode, los focos, los restos de maquillaje y una reportera... Grabó un vídeo, tuvo que ser eso.

—Dios, ¿se grabó matando a McMullen?

—Eso podría haber sido un extra, pero lo que quería era una entrevista, es lo único que tiene sentido. Pese a que reservó la cabaña y compró provisiones

para una semana entera, mató a McMullen veinticuatro horas después de haberla secuestrado. No pudo contenerse, no fue capaz de aguantar más.

Simone se puso a recoger más platos para mantener las manos ocupadas.

—¿Qué te dice eso?

—Está perdiendo el control. Está clarísimo que está perdiendo el control. Me dice que necesitaba hablar, contar a alguien (dejando constancia) lo inteligente que es, contar lo que ha hecho y por qué.

Simone se volvió hacia él.

—Está aislada, en realidad lo ha estado toda su vida. Ha sido sobre todo por elección, pero se ha pasado la vida aislada y haciéndose pasar por otras personas.

—Eso es.

—Yo no lo he estado, no del todo, porque tenía a CiCi y a Mi... Pero me alejé de mi familia, en parte porque ellos se alejaban de mí. Representé un papel durante un año para intentar complacer a mis padres y terminé poniéndome enferma y sintiéndome desgraciada.

—¿Qué papel? —Se obligó a dejar a un lado la frustración que le provocaba Hobart y miró a Simone—. Nunca me habías hablado de ello.

—Fue hace mucho tiempo, en la universidad. El papel de especializarme en administración de empresas, vestir con trajes de ejecutiva y salir con el adinerado niño de papá que escogieron mis padres. Es horrible intentar ser lo que no eres. Y ella lo hace de forma constante, lo ha hecho siempre.

—Salvo con su hermano. Con él podía ser ella misma.

—Primero se lo arrebataron sus padres, luego nosotros... porque para ella somos todos, ¿verdad? Luego nosotros lo matamos. Ahora está sola, interpretando papeles. Tú eres la única persona viva que ha visto a la verdadera Patricia Hobart.

—Has dado en el clavo. Hobart necesitaba hablar claro, pasar un tiempo

siendo ella misma. Apuesto a que se pone esa grabación una y otra vez.

Frustrado y asqueado, Reed se dejó caer en un taburete junto a la península de la cocina.

—Pero sigue borrando sus huellas, y se le da muy bien, joder. Abandona el cadáver de McMullen en la cabaña porque calcula que no lo encontrarán hasta al cabo de unos días, y tiene razón. Mientras tanto, se lleva el coche de McMullen hacia el oeste, a New Hampshire, cambia las matrículas por el camino, lo deja tirado en el aparcamiento del aeropuerto de Concord, su estratagema favorita, y vuelve a desvanecerse. Volverán a rastrearla gracias al avistamiento de Louisville y el asesinato de Virginia Occidental, pero empezamos mirando hacia el oeste. ¿Por qué volver hasta aquí, llevarse a McMullen al oeste y llevarse el coche aún más al oeste, si pensaba regresar hacia el sur?

—Kentucky sigue estando al oeste de Maine —señaló Simone.

—Sí, ya tuvimos en cuenta ese factor. Buscamos una razón para que cruzara a New Hampshire, y luego, con el avistamiento, miramos hacia el sudoeste. Así que pensé en un tipo que se mudó a Arkansas hace un par de años y en otro que está en Texas, y no di mucha importancia a Virginia Occidental o a Tracey.

—Si asumes la más mínima culpa por algo de todo esto, me cabrearé mucho contigo.

—No es culpa, pero... No sé qué palabra usar. Hobart volvió atrás, y ninguno de nosotros lo vio venir.

—Esta noche lo hablas con Essie, yo me voy a casa con CiCi. —Levantó una mano antes de que Reed pudiera protestar—. Por lo poco que he visto de Hank, él se encargará de entretener a Dylan. Todos nos quitaremos de en medio y podrás revisarlo con Essie.

Reed se levantó del taburete, bajó a Simone del suyo y apoyó su frente en la de ella.

—Tienes razón. Vamos a dar un paseo por la playa. —La besó—. Con amigos, perros y un niño salvaje y loco.

Simone fue con él. No tenía ni idea de dónde estaba Elkins, pero suponía que si cogía un mapa y trazaba la ruta hacia el nordeste desde Louisville, lo encontraría.

A pesar del dolor causado por el nuevo asesinato, Reed acompañó a Essie y a su familia al ferri del lunes por la mañana después de un buen fin de semana.

Sus amigos se alejaron, despidiéndose con la mano, bajo una lluvia constante que se había contenido hasta justo antes del amanecer. Reed agradecía que hubiera sido así de oportuna, y dado que alrededor de su casa ya florecían los altramuces, los tulipanes y otros elementos no identificados, también agradecía la lluvia.

Essie y él habían pasado bastante tiempo en su despacho y comprobaron que no habían perdido el ritmo de trabajo de cuando eran compañeros. Ambos estaban de acuerdo en que, a menos que Hobart variara de rumbo, su siguiente área de interés debía ser Washington D. C.

Allí había un ayudante del Congreso, un abogado defensor, un periodista especializado en política y una pareja que dirigía un refugio para mujeres, todos en un radio de ochenta kilómetros.

Reed tenía intención de trasladar a Jacoby sus teorías, sus conclusiones y la lista más reciente en cuanto llegara a la comisaría.

A su lado, Barney lloriqueaba mientras el ferri se apartaba de la orilla.

—Volverán. Lo has hecho bien, amigo. Incluso aceptaste una galleta del barbudo que da miedo, aunque después huyeras de él. Es un progreso. Vámonos a trabajar.

Llegó temprano, hizo café, envió a Jacoby el informe que Essie y él habían

preparado y se sentó a su escritorio con los memorandos y los informes de incidentes que lo esperaban.

Uno por embriaguez y desorden público (el sábado por la noche, un hombre de fuera de la isla; arrestado, durmió la mona y lo multaron). Alguien había cubierto de papel higiénico la casa de los Dobson, también el sábado por la noche. ¡Cuánta acción!

Como Richard Dobson era profesor de matemáticas en el instituto, y no era precisamente conocido por tener mano izquierda y poner buenas notas, los agentes que investigaban el caso —Matty y Cecil— sospechaban que el autor era un alumno, seguro que había sido un alumno que lo tenía muy difícil para aprobar su asignatura.

La evaluación casi había terminado, calculó Reed. Las conclusiones de sus agentes le parecieron correctas.

Una queja por música alta y ruido también durante la locura isleña del sábado por la noche. Los agentes que se ocuparon de aquello, de nuevo Matty y Cecil, disolvieron la fiesta de un grupo de adolescentes que aprovechaban la ausencia de los padres durante el fin de semana.

Descubrieron consumo de alcohol entre menores de edad.

Reed se fijó en que los aguafiestas llegaron a las diez y media. Y Dobson no vio ni un solo trozo de papel higiénico colgando de sus árboles cuando sacó a su perro a dar un último paseo a las once.

Dobson conoció los hechos cuando se despertó, justo antes de las dos de la madrugada, para responder a su propia llamada de la naturaleza y miró por la ventana del baño.

Reed miró a Barney.

—Deduzco, mi joven aprendiz, que a ciertos jueguistas no les va muy bien en álgebra o trigonometría... y los comprendo. Sospecho que varios se

reunieron de nuevo después de la redada, se hicieron con los suministros necesarios y se vengaron.

Por norma, lo habría dejado pasar, porque a fin de cuentas no era más que papel higiénico. Pero vio que Dobson había llamado dos veces el domingo para exigir que se persiguiera a los vándalos. Mediante memorando, le informaban de que Dobson también se había quejado a la alcaldesa y deseaba una respuesta del jefe de policía en persona.

—Pues muy bien.

Miró el horario y vio que Matty y Cecil tenían el día libre, pero la claridad de su informe hacía innecesario que se reuniera con ellos.

Se levantó cuando oyó entrar a Donna.

—Buenos días, Donna.

—Jefe. ¿Buen fin de semana?

—Sí. ¿Y tú?

—Ha aguantado sin llover, con eso me basta.

—Opino lo mismo. Donna, el profesor de matemáticas, Dobson, ¿es muy duro?

—Como una piedra, no tiene corazón. A mi nieto se le va a chamuscar el cerebro de tanto estudiar y aprueba geometría a duras penas. Dobson no acepta que hagan trabajos para subir la nota ni ponerles exámenes de recuperación ni nada. ¿Lo preguntas por lo de que le hayan empapelado el jardín?

—Sí.

—Yo misma les habría pagado el papel higiénico; eso es lo que pienso.

—Fingiré no haber oído eso. Tengo que ir a hablar con él.

—Pues buena suerte —dijo Donna con resentimiento—. No quedará satisfecho hasta que vea con grilletes a quienquiera que lo haya hecho.

—¿Tenemos grilletes?

—Es probable que él tenga en el garaje. No me sorprendería.

—¿Estaba tu nieto en la fiesta de casa de los Walker el sábado por la noche?

Donna puso cara de póquer.

—Tal vez.

—Donna —Reed señaló la silla de la mujer y cogió otra para él—, no vamos a poner grilletes a nadie, ni a destriparlo, ni a descuartizarlo, ni a cubrirlo de alquitrán y emplumarlo. No vamos a arrestar a nadie. Tengo clarísimo que no pienso tocar las narices a los chavales por una cosa de este estilo. Pero me ayudaría saber quién estuvo implicado, para poder hablar con ellos. Yo me encargo de Dobson.

—No pienso delatar a mi propia sangre.

—¿Quieres que te jure que ni tu nieto ni nadie más se meterá en líos?

Donna abrió un cajón, sacó una Biblia.

—¿En serio?

—Mano derecha encima y júralo.

—Por Dios...

—No tomes el nombre del Señor en vano con una Biblia delante.

—Perdón. —Puso la mano derecha sobre ella—. Juro que no permitiré que ni tu nieto ni los demás se metan en un lío por este asunto.

Donna asintió, guardó el libro.

—Es un buen chico. Saca sobresalientes y notables en todo excepto en esa asignatura. Ya lo han castigado por lo de la fiesta, y se lo merecía.

—Sí, así es. Había alcohol.

Donna lo señaló.

—¿Vas a tener la cara de quedarte ahí sentado y decirme que cuando ibas a cumplir los dieciocho, o ya los habías cumplido, que cuando te faltaban unas semanas para acabar el instituto, no te tomaste un par de cervezas?

Volvió a abrir el cajón.

—No la saques otra vez. No lo negaré. Apuesto a que tu nieto te respeta.

—Todo el que sabe lo que le conviene me respeta.

—Entonces échame una mano con esto. Habla luego con él, dile que evite la bebida y las... travesuras, que se mantenga alejado de Dobson, y de su casa, salvo cuando esté en clase.

—Lo haré.

—Bien. ¿Quién es su mejor amigo?

—¡Maldita sea, Reed!

—Lo he jurado sobre la Biblia.

—El hermano de Cecil, Mathias, y Jamie Walker.

—¿Jamie Walker, el de la famosa fiesta?

—Eso es.

—Vale. Vamos, Barney.

—No me decepciones, jefe.

—No lo haré.

De camino al instituto con Barney, Reed pensó que se alegraba de volver al trabajo.

Se tropezó con el profesor de matemáticas —maletín en mano y expresión amargada en la cara— cuando este se dirigía hacia la puerta principal del instituto, situado en un edificio que también albergaba el colegio de primaria

En aquellos momentos, sumando todos los niveles y la única clase de preescolar, el Complejo Educativo de Tranquility Island contaba con doscientos veintisiete alumnos matriculados.

—Ya era hora —le espetó Dobson—. Pago su sueldo con mis impuestos.

—Sí, para eso sirven. ¿Por qué no hablamos dentro, donde no nos mojemos?

—Ese perro no puede entrar en el edificio.

—Es un perro policía. —Para poner fin a aquello, Reed abrió la puerta y

guió a Barney hacia el interior.

—Esperaba...

—Podemos hablar en su clase o en la sala de profesores, lo que prefiera.

O puede intentar llevarme a rastras a la oficina del director, pensó Reed.

Dobson se alejó con grandes zancadas. Un tipo bajito, pensó Reed. Menos de un metro setenta, más bien fornido y tan estirado como si le hubieran metido un palo en el culo.

El instituto de Tranquility Island era pequeño, pero a Reed, desde luego, le olía a instituto: a productos de limpieza con un toque de la confusa mezcla de hormonas alteradas y aburrimiento adolescente. También sonaba a instituto cada vez que sus zapatillas mojadas golpeaban el suelo. Y tenía aspecto de instituto, con los despachos a la izquierda y las paredes enfrentadas llenas de taquillas gris mate.

—Es un centro bonito —dijo Reed para darle conversación—. Asistí a una visita guiada por el edificio durante el invierno.

—Que sea bonito es irrelevante. Es un lugar para la educación y la disciplina.

A pesar de sentirse como si hubiera regresado al instituto, Reed puso los ojos en blanco a espaldas de Dobson mientras el hombre abría la puerta de un aula.

—No tengo mucho tiempo.

—Entonces seré lo más breve posible. Según el informe del incidente, usted no vio a nadie en su jardín ni en los alrededores de su casa cuando se despertó y descubrió el papel higiénico en los árboles.

—Cuando descubrí que habían vandalizado mi casa. Ya se habían marchado. Y si no es usted capaz de identificar y detener a un puñado de vándalos, no pinta nada en su puesto.

—Siento que opine así. ¿Qué hizo con las pruebas?

—¿Las pruebas?

—El papel higiénico.

—Lo quité, por supuesto, y me supuso mucho tiempo y problemas. Me deshice de él.

—Vaya, es una pena, podríamos haber encontrado huellas. Tampoco puedo garantizárselo al cien por cien, porque los perpetradores tal vez llevaran guantes, pero en este momento, nadie, ni siquiera usted, vio a nadie ni oyó nada, y además ha eliminado las pruebas con sus propias manos. Podría darme una lista de nombres, de personas que desearían hacerle daño.

Dobson abrió la boca, sorprendido.

—¡Nadie quiere hacerme daño! Hay varios profesores de este instituto, unos cuantos alumnos y, desde luego, algunos padres que tienen problemas conmigo, pero...

—¿Problemas?

—Muchos no aprueban mis métodos ni mi filosofía de enseñanza.

—«Muchos», «varios», «unos cuantos» y «algunos» es bastante para un instituto de este tamaño. ¿Alguno ha proferido amenazas contra usted o contra su propiedad?

—No de forma explícita.

—Señor Dobson, tanto mis ayudantes como yo mantendremos los ojos y los oídos muy abiertos. Pero sin testigos, sin pruebas y sin que usted me facilite los nombres de las personas que podrían haber tenido el tiempo, la oportunidad y el motivo para cometer este acto, no tenemos mucho a lo que agarrarnos para seguir adelante.

—¡Esperaba más de usted! Esperaba justicia.

—Señor Dobson, si yo identificara al individuo o a los individuos responsables, la única justicia que podría ofrecerle serían unas cuantas horas

de servicios a la comunidad, tal vez una multa insignificante. Y al reclamar algo así, al exigirlo, aún más gente tendría problemas con usted.

—Pienso hablar con la alcaldesa de nuevo.

—De acuerdo. Que le vaya bien.

Reed guio a Barney hacia la salida. Empezaban a llegar unos cuantos alumnos, y con ellos el color, la cháchara y el olor a pelo mojado.

El jefe de policía salió y esperó.

Mathias lo vio al mismo tiempo que Reed lo vio a él; iba con otros dos chicos.

La cara del muchacho reflejó de inmediato la culpabilidad que sentía. Reed se acercó despacio.

—Mathias, ¿cómo estás?

—Bien, señor. Esto... tenemos que irnos a clase.

—Aún hay tiempo. ¿Jamie Walker?

El chaval que llevaba el sombrero hipster y el pelo rapado por los lados y largo por delante y por detrás se encogió de hombros.

—Necesito hablar contigo sobre la fiesta de la otra noche —dijo Reed en un tono lo bastante alto para que lo oyera todo el que pasara—. Venid conmigo hacia aquí. Tú también —indicó al tercer chaval, el que llevaba la capucha de la sudadera naranja sobre el cabello pelirrojo. Y por si eso fuera poco guay, llevaba gafas de sol a pesar de la lluvia.

—Ya hemos recibido por eso, jefe —comenzó Mathias—. Me han castigado dos semanas.

—Quién la hace la paga. ¿Quién más está castigado?

Los otros dos chicos levantaron la mano.

—Tengo dieciocho años —dijo Jamie con evidente disgusto—, y estoy castigado por dar una fiesta.

—En casa de tus padres sin su permiso. Con cerveza... y hierba.

—Nadie encontró hierba —insistió Jamie.

—Porque fuiste lo bastante listo y rápido para deshacerte de ella. Mis agentes la olieron. Pero ya está hecho, y tenéis suerte, podrían haberos arrestado.

—Fue solo una fiesta —refunfuñó Jamie.

—Podría estar de acuerdo, pero como fuisteis tan tontos de pasaros con el ruido, os pillaron. La próxima vez, sed más listos. Bueno, ¿de dónde sacasteis el papel higiénico?

—No sé de qué está hablando.

Reed pasó de Jamie a Mathias. El hermano de Cecil también tenía la capucha puesta.

—Conoces a Donna, la de la centralita.

—Sí, señor. Es abuela de un amigo mío, y amiga de mi madre.

—Pues el caso es que Donna me ha hecho jurar con la mano sobre la puñetera Biblia... Mierda, me despellejaría si me hubiera oído decir «la puñetera Biblia»... Me ha hecho jurar que evitaría que su nieto, que sospecho que también andaba en esto, y el resto de vosotros os metierais en un lío.

—Sí, lo despellejaría.

Mathias agachó la cabeza, pero Reed lo vio sonreír.

—No voy a arriesgarme a sufrir la ira de Donna por daros una colleja por haber empapelado una casa con papel higiénico. Os lo pregunto porque, si fuisteis tan tontos como para comprarlo, lo descubrirán, y entonces tendré que hacer algo al respecto.

Mathias encorvó los hombros y arañó el suelo con unas Nike bastante desgastadas.

—Cada uno cogió un par de rollos de casa.

—Vale, no sois tontos del todo. No volváis a hacerlo... y decídselo a los que no he pillado. Todavía. Mientras tanto, no os acerquéis a Dobson fuera de

clase, pasad desapercibidos. No rondéis por su casa y, por el amor de Dios, no se os ocurra ir presumiendo por ahí de lo que habéis hecho. Si os atenéis a estas normas, lo único que pasará es que los tres, y el nieto de Donna, porque a él también lo he pillado, aunque todavía no haya podido hablar con él, haréis unas cuantas horas de servicio a la comunidad: dos fines de semana trabajando en el jardín o haciendo cualquier otra cosa que se necesite en vuestra casa. Y nada de protestar. Iré a comprobarlo.

—¿No se lo dirá al señor Dobson? —preguntó Mathias.

—No. Todos iréis a la universidad o saldréis al mundo laboral, y os encontraréis con más Dobsons por ahí, creedme. Tendréis que encontrar la manera de lidiar con ellos. Venga, a clase.

—Gracias, jefe —dijeron los tres casi al unísono.

Reed se marchó satisfecho. Sí, pensó, se alegraba de volver al trabajo.

El correo tardaba lo suyo en llegar a la isla. Reed recibió la tarjeta siguiente cinco días después de su fin de semana libre, y justo antes del día de los Caídos, cuando en el pueblo se celebraban un desfile, el Festival de la Langosta, rebajas de verano para los primeros en llegar y la primera oleada de veraneantes.

Como siempre, Donna recogió el correo al entrar y llegó poco después que él. Reed ya se había preparado su primera taza de café en la comisaría con la máquina que había pagado de su propio bolsillo. Había dejado al perro tan tranquilo con un hueso para masticar y, pese a la humillación que suponía, con el perrito de peluche que tanto le gustaba.

Reed esperaba que Barney lo mordiera hasta destrozarlo, pero por lo general el perro lo sujetaba con delicadeza entre las mandíbulas o las patas y no le causaba ningún daño.

Cuando encendía el ordenador con la intención de volver a echar un vistazo a los horarios de junio, Donna se acercó a su puerta abierta.

—Jefe.

—Hola. Oye, lo de ese Festival de Artes y Oficios del segundo fin de semana de junio... Recuerdo que un año mi madre se emocionó muchísimo con él. ¿Tenemos una estimación de...? —Se interrumpió al levantar la cabeza y ver la cara de Donna—. Problemas.

No era una pregunta.

—Has recibido otra tarjeta por correo. Es la misma letra, lo sé. El

matasellos es de Virginia Occidental. Solo he tocado una esquina para guardarla en mi bolso.

—Vamos a verla.

No esperaba recibir otra tarjeta, a pesar de lo mucho que lo deseaba.

Otra pista. Otra grieta en el control de Hobart.

Donna la depositó con mucho cuidado encima del escritorio y se sentó.

—Tengo que decirte una cosa antes de que la abras.

—Necesito centrarme en esto, Donna.

—Sé que necesitas centrarte en esto, pero antes tengo que decirte una cosa.

—La mujer apretó con fuerza contra sí el enorme bolso de mimbre—. Quiero decírtelo antes de que la abras, porque ambos sabemos que es otra amenaza contra ti.

—Adelante, pues —dijo Reed mientras sacaba un par de guantes y la navaja.

—Has cumplido tu palabra. Creo que la habrías cumplido aunque no lo hubieras jurado sobre las Escrituras, pero era una especie de póliza de seguros. Has hecho lo correcto y no has permitido que esos chicos, entre ellos mi nieto, se marcharan de rositas, pero tampoco les has fastidiado la vida por una broma. Dobson te presionó, recurrió a la alcaldesa, pero has hecho lo correcto.

—Era papel higiénico, Donna, seguro que biodegradable.

—Eso no importa. No tenía claro qué pensar cuando te trajeron de fuera de la isla para ser el jefe, aunque no me parecía muy bien. Eres joven, eres del continente y la mitad de las veces tus modales son insolentes.

Reed no tuvo más remedio que sonreír a pesar de la lenta quemazón interior que le provocaba la tarjeta que lo esperaba en su escritorio.

—¿Soy insolente?

—No es un cumplido. Pero haces un buen trabajo, tratas a los ayudantes con

respeto y has cumplido tu palabra. Eres bueno con ese perro idiota.

—Ahora ya solo es medio idiota.

—No me gustaba que lo trajeras a comisaría, pero te seré sincera: le he cogido cariño.

Y ese cariño, pensó Reed, incluía darle a escondidas las golosinas para perro en forma de hueso que guardaba en una bolsa en su puesto.

—Barney empieza a caerte bien.

—Creo que necesitas un corte de pelo decente y zapatos de verdad en lugar de deportivas viejas.

Con el ceño fruncido, Reed bajó la vista hacia sus zapatillas de caña alta. No estaban tan viejas.

—Tomo nota.

—Por lo demás... —Donna resopló—. Lo estás haciendo razonablemente bien. Más o menos.

—Me enterνες.

—Y eres el jefe, así que no hay más que decir. —Rebuscó en su bolso y sacó una gorra negra con la palabra JEFE escrita en letras blancas en la parte delantera—. Esto es para ti.

—Me has comprado una gorra.

—Veo muchas películas en la tele y el jefe de policía siempre lleva una gorra como esta.

Emocionado de verdad, Reed la aceptó y se la puso.

—¿Qué tal me queda?

—Bueno, aún necesitas un corte de pelo decente, pero no está mal.

Se la quitó, observó la palabra JEFE y volvió a ponérsela.

—Te lo agradezco, Donna. Me enorgullece llevarla.

—Al menos la gente la verá y no pensará que eres un playero vago con ese pelo alborotado y las zapatillas destrozadas. —Se levantó de la silla—.

Llamaré a los agentes que están fuera de servicio para que los informe después de que veas la tarjeta.

—Gracias.

Donna se detuvo en la puerta.

—Sé inteligente y prudente.

—Pretendo ser ambas cosas.

—No te limites a intentarlo. Esa gorra me ha costado mucho dinero. No quiero que le pase nada.

Reed sonrió un momento cuando la mujer salió, luego se puso los guantes y cortó el sobre con la navaja.

La tarjeta decía:

PENSANDO EN TI

Sobre un fondo floral.

Dentro, encima de un arcoíris y más flores, ponía:

SIGNIFICAS TANTO PARA MÍ QUE NECESITO DECÍRTELO.
VEA LO QUE VEA, VAYA A DONDE VAYA,
SIEMPRE PIENSO EN TI.

La había firmado con «Besos, Patricia», y en la cubierta interior había escrito su mensaje personal.

Me muero de ganas de volver a estar contigo. ¡Ha pasado demasiado tiempo! Espero que pienses en mí tan a menudo como yo en ti, y con la misma... ¿deberíamos llamarlo pasión?

Te adjunto otra muestra de mi aversión eterna. Hasta...

Patricia

Reed levantó la bolsa sellada que contenía un mechón de pelo.

No sería de McMullen, pensó. McMullen, el secuestro, el vídeo, el asesinato..., para Hobart todo aquello no había sido únicamente personal sino hasta íntimo.

Aquel mechón de pelo era de Tracey Lieberman.

Sacó fotos y selló el original y el mechón de pelo en una bolsa de pruebas.

—Ven de una vez, zorra. Deja de hacer el gilipollas y ven. Terminemos con esto.

Llamó a Jacoby, le envió las fotos e hizo lo mismo con Essie.

Luego se dio la vuelta en la silla y miró por la ventana hacia los arbustos florecientes. Azaleas, hasta él las conocía. Eran un bonito espectáculo. Tenía un par en su casa, de un color rojo ardiente, y el cerezo silvestre (lo había identificado CiCi) había echado flores a finales de marzo, entre tormentas de nieve.

Los barcos de pesca ya habrían salido, y los pescadores de langostas, también. No tardarían en sumárseles los veleros, las lanchas a motor, las tablas de boogieboard, los bañistas y los castillos de arena.

Cuando Hobart llegara, como quiera que llegara, Reed encontraría la manera de impedir que hiciera mella en la isla.

Se dio unos golpecitos con el dedo en la visera de la gorra y se levantó para informar a sus ayudantes. El perro, con el juguete en la boca, lo siguió.

En su estudio, Simone daba vueltas alrededor de la arcilla. Buscaba imperfecciones, posibilidades de mejora. Había pasado los últimos días retocando detalles, cortando pedacitos diminutos de arcilla con utensilios en forma de gancho y rastrillo, alisándola con otros en forma de riñón, aplicando disolvente con sumo cuidado para eliminar las marcas de las herramientas.

Sabía por experiencia que un artista podía cortar, rastrillar y alisar una pieza buscando la perfección y acabar destruyendo el alma de la obra.

Sintió una enorme tentación de recurrir de nuevo a los utensilios, pero salió del estudio y gritó escaleras abajo, hacia donde sabía que estaría sentada CiCi tomándose el café de la mañana:

—CiCi, ¿podrías subir y echar otro vistazo a Reed?

—Siempre estoy dispuesta a echar un vistazo a Reed. Hace días que no me dejas verlo... Hasta lo tapaste cuando Hank y Essie subieron a tu estudio.

—Lo sé. No estaba terminado. Sé que ahora ya sí, pero no puedo parar de buscar razones para afinarlo un poquito más. Detenme —dijo cuando CiCi llegó al rellano— o dime que siga adelante.

CiCi entró, se echó la larga trenza hacia la espalda y luego empezó a dar vueltas alrededor de la escultura como había hecho Simone.

La obra medía unos sesenta centímetros de altura sobre una base que Simone había creado a semejanza de una plataforma de piedra tosca. Lo había capturado, tal como lo había concebido, a media estocada, con la espada agarrada con las dos manos por encima del hombro izquierdo, el cuerpo vuelto a la altura de la cadera, las piernas apoyadas con firmeza, el pie derecho adelantado al izquierdo y girando.

El pelo, suelto y con ese atisbo de rizos, parecía fluir con el movimiento. En la cara Simone había esculpido la furia apenas contenida y la fría determinación.

Detrás de su pierna izquierda estaba Barney, de pie, inclinado hacia él, con la cabeza levantada y los ojos llenos de esperanza y confianza.

—Dios, es guapísimo —dijo CiCi mientras lo rodeaba.

—¿En persona o aquí?

—Las dos cosas. Sin duda, las dos cosas. Simone, esta pieza es brillante. Impresionante y muy Reed. *El protector*, dijiste que la habías llamado. Es un

nombre perfecto. Déjala en paz. Lo perfecto es a menudo enemigo de lo acabado, pero ya has alcanzado la perfección. —Pasó un dedo casi rozando las cicatrices—. Perfectamente defectuoso. Auténtico. Masculino. Humano.

—Se ha ido haciendo cada vez más importante para mí a medida que pasaban los días. Y lo más importante... Quiero fundirla en bronce.

—Sí. Sí. Uf, ya lo veo. —CiCi se acercó a Simone y le pasó un brazo alrededor de la cintura—. ¿Vas a dejarle ver el modelo de arcilla?

—No.

—Bien. Que espere.

—La he dejado secar. La mayor parte de mí sabía que estaba terminada. Puedo empezar el molde esta misma mañana.

—Pues adelante con ello. Mi niña talentosa, va a ser una obra maestra.

—Muy bien —murmuró Simone cuando se quedó sola.

Cogió el pincel y la mezcla de látex líquido. Se detuvo, fue a por una botella de agua y puso música; se decidió por una de las listas de reproducción estilo new age de CiCi. Arpas, campanas, flautas relajantes.

Con el pincel, aplicó la mezcla a la arcilla. Evitar las burbujas de aire mientras recubría hasta el último milímetro requería paciencia, cuidado y tiempo.

A esas alturas ya conocía muy bien el cuerpo de Reed, la longitud del torso, la línea de la cadera, la ubicación exacta de las cicatrices.

Cuando terminó, dio un paso atrás y buscó cualquier pequeño resquicio que hubiese pasado por alto. Luego limpió el pincel y guardó la mezcla.

Ese proceso requería aún más paciencia. Aplicaría la segunda capa a la mañana siguiente, y luego otra. Cuatro capas, decidió, antes de hacer el molde bivalvo de yeso.

Cuando se secara, quitaría el molde de yeso y eliminaría el látex de la arcilla. Tendría la imagen en negativo y podría verter la réplica de cera.

Decidió que esperaría hasta que llegara a esa etapa para reservar la fundición que usaba en el continente. Obtener la réplica de cera precisaba varios pasos, y después tendría que cincelarla: reparar imperfecciones y eliminar las juntas y las marcas del molde.

Era un proceso minucioso, pero prefería cincelar sus propias réplicas de cera, como había aprendido en Florencia.

Para entonces, sin embargo, y a pesar de que aún faltaran pasos, ya tendría una idea bastante aproximada de cuándo estaría lista para fundirla.

Bebió agua y se volvió hacia su pizarra, y las caras que esperaban. Pensó que había llegado el momento de retomar su misión. Un paseo por la playa para despejar la cabeza y luego de vuelta al trabajo.

Reed paseó con Barney hasta casa envuelto en una suave atmósfera primaveral. Los edificios, muchos recién pintados para el inicio de la temporada, se alzaban en rosas suaves, azules chillones y amarillos y verdes tranquilos. Era algo así como un jardín, con toques de más tonos en las cestas de pensamientos o macetas rebosantes de... no sabía de qué, pero eran bonitos.

Estaba cosechando los beneficios de volver caminando en lugar de en coche. La gente que vivía en aquella ruta ya lo conocía, se paraba a hablar con él, a hacerle alguna pregunta. En opinión de Reed, la mejor manera de insertarse en el tejido de una comunidad era la visibilidad habitual... y los cumplidos por las flores, la pintura o un peinado nuevo tampoco hacían daño.

Barney seguía teniendo miedo, pero no tanto, y no de todo el mundo. El perro tenía sus favoritos durante las idas y venidas.

La favorita de Barney, y de Reed, se estaba bajando del coche en la entrada de la casa del jefe cuando los dos se acercaban. Barney soltó un ladrido alegre

y empezó a menear la cola como un loco, así que Reed le quitó la correa y lo dejó ir.

—Justo a tiempo. —Simone se agachó para masajear y acariciar al perro. Luego alzó la vista, divertida—. Bonita gorra, jefe.

—Me gusta. Me la ha regalado Donna.

—¿Donna? —Simone enarcó las cejas y se irguió—. Vaya, vaya, te han aceptado.

—Eso parece.

—Felicidades. —Se acercó, lo envolvió con su cuerpo y le capturó la boca en un beso largo, profundo y apasionado.

—Uau. Qué gran manera de terminar la jornada laboral.

—Yo también he tenido un buen día de trabajo.

Volvió a besarlo, hasta que Reed cerró la mano en un puño que le tiró de la camisa por la espalda.

—¿Por qué no...?

—Hum. —Simone le dio un mordisco rápido en el labio inferior—. Antes tenemos cosas que hacer. Mete la comida dentro.

—¿Tenemos comida?

—Tenemos ensalada de pasta, otra variante de mi limitado repertorio culinario, y pechugas de pollo marinadas, cortesía de CiCi. Dice que, si no sabes hacer pollo a la barbacoa, que lo busques en Google.

—Eso sí sé hacerlo, y yo pongo el vino.

Reed sacó la bolsa de la comida por un lado mientras Simone sacaba un paquete cuadrado por el otro. Ya había visto los suficientes cuadros envueltos para ser capaz de reconocerlos.

—¿Qué es eso?

—Tu sirena, como prometí. Si me das ese vino, te la enseño.

—Joder. —Le sonrió mientras entraban a través del porche, que, con ayuda

de Cecil y Mathias, había pintado de color orquídea—. Debes de haber tenido un muy buen día de trabajo.

—Sí. ¿Qué tal tú?

—Saquemos el vino, luego hablaremos de ello.

Empezaba a cogerle el gusto al vino, así que sirvió dos copas mientras Simone desenvolvía el cuadro.

Medía alrededor de cuarenta y cinco centímetros cuadrados y estaba lleno de luz. Cielos azules con rosas y oros fundidos en el horizonte, agua azul salpicada de esos tonos intensos.

Pero la sirena era la estrella.

Estaba sentada en un pedestal de rocas a la orilla del mar, y su cola era un tesoro de azules y verdes relucientes con toques de oro iridiscente. Se pasaba un peine dorado por la ingente masa de pelo rojo ondulado que se le derramaba sobre los pechos desnudos, la espalda, y el torso. Tenía la cara vuelta hacia el espectador.

Y qué cara, pensó Reed, inquietantemente hermosa, exótica, con unos ojos verdes audaces y omniscientes, unos labios perfectos curvados en una sonrisa sensual mientras el agua salpicaba las rocas de espuma blanca.

—Es... uau. Sí que es una sirena sexy.

—Lo ha enmarcado CiCi, se le da mucho mejor de lo que se me dará a mí en la vida. Vamos colgarla.

—Un segundo. Primero, otra vez uau, y gracias.

Reed dejó el cuadro en el suelo y la atrajo hacia sí para volver a besarla. La mantuvo abrazada un instante de más.

—Creo que tú no has tenido un buen día en el trabajo.

—Eso depende de cómo lo mires. Quiero contártelo ya para que nos lo quitemos de encima y pasemos a otra cosa. —Se apartó—. He recibido otra tarjeta esta mañana.

—Ay, Dios.

—Espera. Lo que me dice esto es que sigue obsesionada conmigo y se ha desviado de su objetivo principal. Está dejando que las emociones y la mala leche se interpongan en su camino. Simone, al comunicarse en lugar de concentrarse solo en escapar, nos ha facilitado esta pista. Es una ventaja para nosotros.

—Pero quiere matarte.

—Ya lo intentó una vez —le recordó él—. Siempre he sabido que volvería a intentarlo. Ahora, en lugar de dejar reposar las cosas y venir por mí cuando no esté preparado, me está proporcionando una pista y un cronograma. Y no solo a mí, sino también al FBI. Jacoby está centrada por completo en esto.

—Si estás tratando de calmarme...

—No es eso. Es una psicópata peligrosa, loca y sanguinaria. Y tú no solo estás también en la isla, estás en la isla conmigo. Todavía no puede haberse enterado de esa segunda parte, pero lo averiguará y nos querrá a los dos. No te estoy calmando.

—Ahora ya me ha quedado claro. —Simone exhaló con fuerza—. Cuéntame lo de la tarjeta.

—Esta era de las de «Pensando en ti» —comenzó, y se lo explicó todo, sacó el teléfono para enseñársela.

—Y otro mechón de pelo —añadió Simone—. No es de McMullen, ¿verdad? Habría pasado demasiado tiempo.

—McMullen, a saber por qué, pertenecía a otra categoría para ella.

—Es de la pobre Tracey, ¿no?

—Eso creo. El forense lo confirmará.

—Apenas la conocía, y solo a través de Mi, pero... —Simone tuvo que dedicar un momento a calmarse—. Ese vínculo conmigo la une a mí. Por eso es más duro que los demás.

Reed le acarició el pelo.

—Te quiero. Esta isla es mi hogar... incluso tengo un perro que lo demuestra. La gente que vive aquí, que viene aquí, ahora es mi responsabilidad. Necesito que confíes en mí, que confíes en que me encargaré de todo.

Simone pensó en la escultura, en su alma. La había creado porque sabía quién era Reed.

—Confío en ti. Harás que pague por Tracey y por todos los demás, y eso lo hace más fácil. Me alegra que me lo hayas dicho ya para que podamos pasar a otra cosa.

—Bien. Pues hagámoslo. Nos lo quitamos de encima y pasamos una noche normal.

—Lo de normal suena bien.

—Genial, entonces.

La cogió en brazos y se dirigió hacia las escaleras.

—¿Qué estás haciendo?

—Te estoy subiendo por las escaleras y llevándote a la cama a lo Rhett Butler.

—¿Eso es una noche normal?

—Yo creo que sí.

Reed la llevó hasta el dormitorio, la tiró en la cama y se tumbó encima de ella.

—Has empezado tú con el beso de la entrada. Así que ahora tengo que terminarlo.

Barney, que ya había presenciado aquel comportamiento en otras ocasiones, se marchó a su cama con su juguete y esperó a que acabara.

—Menudo fanfarrón. A lo mejor me gusta terminar yo misma lo que empiezo.

—Adelante.

Reed acercó los labios a los suyos y dejó que el beso se prolongara una eternidad.

Era todo lo que ella quería, pensó Simone. Era demasiado lo que quería. Demasiados sentimientos y necesidades, la debilidad y el poder que crecían y se arremolinaban en su interior.

Se aferró a él y se dejó llevar.

Reed la desnudó despacio, prenda a prenda. No tenía prisa, se sentía embriagado de ella. Le recorrió la piel desnuda con las manos, sintió que se calentaba bajo sus caricias, la recorrió con los labios, la sintió temblar.

El tiempo pareció ralentizarse; el aire se volvió espeso. Todos los suspiros, todos los murmullos, suaves como alas de mariposa, quedaban suspendidos en el aire y se alejaban mientras ellos se movían juntos, se acoplaban.

Él amaba todo lo que Simone era, había sido y sería. Y ella también lo amaba, Reed lo sabía, así que podía esperar a que lo mirara, a que lo escudriñara, antes de decírselo. Porque en aquel lugar y en aquel momento se lo estaba demostrando, y sobraban las palabras.

Él la abría; Simone no sabía explicarlo. Despertaba en ella cosas que ni siquiera sabía que existían, y abrazaba esos secretos con un cuidado exquisito.

Simone le recorrió el costado con una mano, buscó las cicatrices. El protector, pensó, pero ¿quién lo protegía a él?

Yo lo haré. Le sujetó la cara entre las manos, se levantó hacia él. Yo lo protegeré.

Reed se deslizó en su interior, despacio, muy despacio, mirándola a los ojos.

Yo lo haré, volvió a pensar, y se rindió.

Cuando se quedó tumbada debajo de él, sintiendo los latidos del corazón de

Reed sobre los suyos, la belleza del momento le formó un nudo de lágrimas en la garganta.

—Me gusta tu versión de lo normal —consiguió articular.

—Eso esperaba. —Le acarició la curva del hombro con los labios—. Podría pasarme un par de vidas siendo normal contigo.

Todavía no, pensó ella. Todavía no.

—¿Lo normal incluye la cena?

—En cuanto busque cómo hacer pollo a la barbacoa en Google. —Reed se incorporó sobre los codos y la miró—. Eh.

Le enjugó una lágrima de las pestañas.

—Son de las buenas —le dijo—. De las muy buenas. Me haces sentir más, Reed. Todavía me estoy acostumbrando. Venga. Tú entérate de cómo se hace el pollo, yo colgaré la sirena. Creo que así cada uno se dedicará a lo que mejor se le da.

—Ya veremos si opinas lo mismo después de comerte el pollo. ¿De las buenas?

—De las muy buenas.

Reed dio de comer al perro y preparó un pollo a la barbacoa que le quedó bastante bien. Luego fue a admirar la sirena sexy de la pared del baño. Salieron a dar un paseo y Reed observó los tallos verdes de sus emergentes altramuces antes de que atravesaran el bosque y bajaran a la playa.

Se proporcionaron normalidad el uno al otro.

Reed trató de lanzarle la pelota a Barney, pero no sirvió de nada. Entonces Simone cogió la pelota y la arrojó. Barney trotó tras ella, la atrapó y se la devolvió.

—¿Por qué va a buscarla cuando la tiras tú?

—Porque es un caballero.

—Hazlo otra vez.

Simone obedeció y obtuvo los mismos resultados.

—Dame eso. ¡Ve a por ella, Barney! —Reed la tiró. Barney lo miró con fijeza—. Bueno, para...

—Barney —Simone señaló la pelota—, tráeme eso.

El perro movió la cola, echó a correr por la playa y le llevó la pelota.

—Me está tomando el pelo —decidió Reed—. He conseguido hacer que se siente, en eso tenemos un éxito del noventa por ciento. Pero todavía se le queda atascada la cabeza en la barandilla de la escalera un par de veces a la semana. Y está creciendo, así que ya no es tan fácil sacarlo.

Siguieron caminado y Reed probó una nueva táctica: lanzar la pelota por encima del hombro. Barney volvió corriendo a cogerla.

—Ya le he pillado el truco.

Paseando de la mano de Simone y con su perro trotando junto a ellos con una pelota roja, vio cómo salía la luna por encima del mar.

—¿Puedes quedarte esta noche?

—Tendré que irme temprano. Hay algo que no puedo aplazar, pero puedo quedarme.

Reed se llevó la mano de Simone a los labios, contempló la luna y pensó que no podía pedir una normalidad mejor.

El verano llegó a la isla, y con él los veraneantes, los que iban a pasar el día con protector solar y toallas de playa, y los que iban de fin de semana decididos a llenar sus dos días de diversión y sol. Otros acudían en masa para quedarse una semana o dos, un mes o toda la temporada.

El ferri llegaba cada hora en punto, y había coches, ciclistas y senderistas alineados en el muelle a ambos lados de la bahía.

Cada hora en punto, el propio Reed o un equipo de ayudantes montaba guardia.

El jefe había comprobado las reservas de varias mujeres que viajaban solas, pero ninguna había dado resultado.

Trabajaba todos los días, estuviera de servicio o no, paseaba por el pueblo y las playas, pasaba por delante de las casas de alquiler.

Tarde o temprano, pensaba.

Una agradable noche de junio, durante un evento para recaudar fondos bastante concurrido en Potomac, Maryland, Marlene Dubowski —abogada defensora, activista política y superviviente del centro comercial DownEast— dio un breve discurso y levantó su copa para brindar.

Bebió un sorbo, charló con la gente, bebió otro sorbo, hizo bromas, bebió otro sorbo. Y empezó a faltarle el aliento. Cuando se desmayó, Patricia,

disfrazada de donante adinerada, se dejó caer a su lado y, rápidamente, le cortó un mechón de pelo.

—¡Dios mío, llamen al nueve uno uno!

—Soy medico —gritó alguien—. ¡Déjenme pasar!

Patricia se escabulló en medio de la conmoción.

Pasó con el coche por delante de aquellas casas tan bonitas, de los extensos caminos de entrada, hasta llegar a la oficina de correos, que ya tenía localizada. Tarareando en voz baja, metió el mechón de pelo en la bolsa y esta dentro de la tarjeta que ya había firmado y en la que había escrito la dirección y pegado el sello.

Había elegido:

¡POR SER COMO ERES!

Después de cerrarla, la metió en el buzón que había delante de la oficina de correos.

Satisfecha, tomó la carretera de circunvalación y luego cogió la salida que llevaba al hotel de nivel medio que había reservado con anterioridad previendo la avalancha de veraneantes.

Solo necesitaba una noche, una buena comida.

En su júnior suite —lo mejor que había conseguido—, se quitó la peluca corta de color rubio ceniza, las lentillas azules y la prótesis que dotaba de prominencia su mandíbula.

Con un gruñido, se libró del vestido de cóctel con corte de vieja y del relleno que llevaba debajo. Se quitó las alzas de los zapatos de noche.

Llamó al servicio de habitaciones y se dio una ducha larga para empezar a eliminar el autobronceador que había usado.

Por la mañana abandonaría el coche alquilado en el aparcamiento de larga

estancia del aeropuerto de Dulles y alquilaría otro. Un cambio de matrículas en algún punto del camino y desaparecería otra vez.

Puso la foto de Reed en la mesilla de noche que había junto a la cama; la había enmarcado.

—Tenemos una cita, ¿no? Porque sí.

Jacoby, sentada en el despacho de Reed, rezumaba frustración hasta por el último poro de su piel.

—Teníamos a un agente en la puñetera fiesta de recaudación de fondos, y aun así se escabulló. La gente se dejó arrastrar por el pánico, se agolpaba, le cortó el paso. Nuestro agente la vio y la persiguió, pero... Cree que huyó en un Mercedes sedán negro, aunque no vio la matrícula. No llevaba luz en la matrícula. —La agente especial metió la mano en su bolso y sacó un boceto—. El retrato robot.

—Se echó unos cuantos años y unos cuantos kilos encima, alteró la forma de su cara. Y volvió al cianuro.

—Se quedó a ver cómo se derrumbaba su objetivo e incluso se agachó a su lado un momento cuando habría sido más inteligente mantenerse apartada, marcharse.

—Se ha vuelto más arrogante, y no sabía lo cerca que estabais.

—No lo bastante. Te enviaré otra tarjeta.

—Cuento con ello. Está acortando el lapso entre asesinatos.

—Otra señal de que está perdiendo el control que la ha mantenido oculta durante tanto tiempo. Todo se remonta a ti, Reed, a cuando le disparaste. Al principio yo pensaba, y nuestro análisis lo confirmaba, que tal vez alargara la situación, que quizá jugase contigo porque, para ella, esto debe de ser torturarte. Ahora ya no pienso eso. Necesita enmendar ese agravio.

—Estoy de acuerdo. Si quiere eliminar a otro de camino aquí, y al ritmo que se han incrementado sus ataques creo que lo hará, tienes que poner a Mi-Hi Jung y a Chaz Bergman bajo vigilancia. Creo que Brady Foster también está por ahí. Todavía no iré tras Essie, porque Essie ocupa un puesto demasiado alto en la cadena. Tampoco iría aún por Simone si yo no viviera en la isla. Pero no podrá resistirse a un dos por uno. Aunque...

Se levantó, fue a coger una Coca-Cola y le ofreció otra a Jacoby.

—¿Tienes algo *light*?

—Espera.

Salió, cruzó la sala común, entró en la de descanso y sacó una Pepsi Light de la nevera.

—Te debo una —le dijo a Matty, se la llevó a su despacho y cerró la puerta.

—Gracias. ¿«Pero...»?

—Ha intensificado los ataques y está degenerando, pero sigue siendo inteligente, sigue siendo ladina. Lo vimos en cómo nos engañó con lo de McMullen y después de haberla matado. Sabe, tiene que saber, que estáis siguiendo su ruta, uniendo los puntos.

—Crees que se desviará, que dará otro rodeo.

—Si necesita asesinar a alguien más antes que a mí, sería una estupidez tomar una ruta directa a Maine. Y ella no es estúpida.

Jacoby se levantó, se acercó al mapa que Reed tenía clavado en la pared y revisó las chinchetas que representaban las muertes de Hobart desde que había emprendido aquel viaje.

—¿Alguna corazonada acerca de hacia dónde podría desviarse esta vez?

—Tengo que pensarlo. ¿Seguirá conduciendo o reservará un vuelo? ¿Continuará seleccionando objetivos según la fama y/o el dinero o también se apartará del patrón en eso? Tengo que pensarlo.

—Yo también, y el resto del grupo de trabajo. Tenía a un hombre en la

misma habitación que ella, y aun así mató a su objetivo y escapó.

Reed volvió a coger el retrato.

—¿Ves a Hobart cuando miras esto?

—Lo más probable es que no la hubiera reconocido, y los testigos confirman que hablaba con acento sureño, con un buen acento sureño. Se relacionó con la gente, Reed, mantuvo conversaciones y hasta lloró cuando contó la historia de su hija y lo que tuvo que pasar después de sufrir una violación. Pagó los cinco mil dólares que costaba estar allí.

—Vive el papel mientras lo interpreta. Es buena. Está loca, pero es buena.

—Tengo que volver. Llámame cuando recibas la próxima tarjeta.

Reed debía lidiar con problemas de tráfico, problemas de aparcamiento, problemas en la playa, problemas de barcos, problemas de embriaguez y hasta de algún hurto. Todos los días eran fiesta, y la gente se agolpaba en las calles, las tiendas, las pistas de senderismo, las playas.

Casi todos los días trabajaba hasta después del atardecer, e incluso más. Pero casi todas las noches las pasaba con Simone. Si le quedaban una o dos horas de silencio y soledad, se acomodaba en su despacho, estudiaba el mapa, las caras, intentaba meterse en la cabeza de Patricia.

Una mañana salió —hacía días que Simone se marchaba al amanecer— y se encontró a CiCi en su jardín con lienzos, caballete y pinturas.

—Buenos días, jefe Macizo.

—Buenos días, amor de mi vida. Estás pintando.

—Necesito la luz de la mañana. Ya he estado aquí un par de veces esta semana a horas más tardías, lo que demuestra lo sigilosa que soy, pero necesito esta luz.

Reed se acercó a ella; el perro ya había salido corriendo a echarle las patas encima sin dejar de menear la cola.

—Es la casa.

Y los altramuces, pensó él, aquellos ríos de color que todavía le asombraba que le pertenecieran.

—Aún no están en su máximo esplendor, lo alcanzarán la semana que viene. Pero necesito esta luz, y tenerlos avanzados antes de que alcancen su apogeo. Me gustan las líneas de esta casa, siempre me han gustado. Y alguien ha sido lo bastante listo para pintar los porches de color orquídea.

—Alguien con gusto artístico le dijo a alguien que lo hiciera.

—Pero de que pintar la puerta principal de color ciruela daría fuerza a todo el conjunto te diste cuenta tú solito.

—Tengo mis momentos. Y un canal de programas de decoración.

—Tienes bastantes momentos. Los altramuces constituyen un estudio por sí solos.

—Leon me ha echado una mano con ellos, y con el resto de las flores. Entiende de fertilizantes. He tenido que comprarme un compostador, se negó a aceptar un no por respuesta.

CiCi lo estudió mientras hablaba.

—Estás falto de sueño, guapo. Te lo noto.

—Es verano. Hay mucho trabajo.

—Pero no es solo eso. ¿Por qué no consiguen pillarla?

—Es escurridiza. —Se agachó para besar a CiCi en la mejilla—. Pero lo haremos.

Se sacó el llavero del bolsillo y buscó una llave de repuesto.

—De la casa. Sírvete tú misma... y cierra con llave cuando te vayas. Quédate con la llave. La única norma es que no te líes porros mientras estés aquí. Soy el jefe de policía, lo dice mi gorra.

Le puso la correa a Barney y fue andando a trabajar, aunque de camino se detuvo en una casa de alquiler para despertar a los inquilinos (universitarios) y decirles que recogieran las puñeteras botellas de cerveza y de vino que

habían dejado esparcidas por todas partes. Se marchó tras advertirles que al cabo de una hora pasaría un ayudante y los multaría si no lo habían hecho.

Y así, pensó, comienza un día de verano en la isla.

Y como había calculado cuándo llegaría, no le sorprendió que Donna le llevara la tercera tarjeta.

—No hagas venir a todo el mundo, estamos demasiado liados. Solo llámales, infórmales de que hemos recibido la tercera y que viene de Potomac, Maryland.

—Esa loca me está aguando el verano.

—El mío no está siendo una fiesta precisamente... —contestó él mientras sacaba los guantes y la navaja para abrir la tarjeta—. Qué mona —dijo al leer el saludo impreso.

En esta ocasión había dibujado corazones atravesados por flechas que goteaban sangre.

¿Qué te parece? Podría probar el tiro con arco. O mejor nos quedamos con las balas en el corazón y en la cabeza. A lo mejor a ti te disparo primero en las pelotas para que nos echemos unas risas. La abogada elegante y compasiva usó el cadáver de mi hermano a modo de pedestal. Yo la he derribado de él. No supo de dónde e llegaron los tiros. Y tú tampoco lo sabrás, gilipollas.

Besos,

Patricia

Incluso había dibujado un dedo corazón muy claro detrás de su nombre.

Está degenerando, pensó Reed. Está más enfadada o es menos capaz de controlar la rabia, así que aquella amenaza era más abierta.

Necesitaría cometer un asesinato previo, no cabía duda. Necesitaría el subidón.

Pero ¿quién? ¿Y dónde?

Observó el mapa mientras se ponía en contacto con Jacoby.

Simone inspeccionó hasta el último centímetro del molde perdido que cubría el modelo de cera. Había cincelado la cera personalmente, sirviéndose de utensilios delicados para el minucioso raspado y de utensilios calientes para rellenar las imperfecciones. En aquel momento lo estudió y decidió que estaba listo.

Había dedicado horas a diseñar, crear y conectar el sistema de canales hechos con barras de cera y las compuertas que le permitirían introducir el bronce fundido en el molde.

Y más horas aún a cubrir la cera con lodo líquido. En primer lugar, un grano muy muy fino —dos capas— para fijar todos los detalles minuciosos y sutiles. Más capas —nueve en total— de varios grados y mezclas, esperando a que cada una de ellas se secase antes de aplicar la siguiente hasta crear aquella gruesa carcasa de cerámica.

Todo aquel tedioso trabajo técnico había mantenido su cabeza ocupada durante días, y la ansiedad por aquella tercera puñetera carta a raya.

No supo de dónde le llegaron los tiros. Y tú tampoco lo sabrás, gilipollas.

No lo pienses ahora, se ordenó. No dejes que una loca te condicione la vida.

Embaló la carcasa, bajó con ella.

—¿Es Reed?

—Todo a punto. —Simone dejó la caja en la encimera de la cocina con un

ligero bufido a causa del esfuerzo—. Te agradezco que hayas renunciado a un bonito día de verano para acompañarme.

—Me encanta ir a la fundición, con todos esos sudorosos hombres... y mujeres —agregó CiCi—. Haré unos cuantos bocetos. —Se miró el pelo en el espejo; lo llevaba largo y suelto, y un trío de aros enormes asomaba a la altura de las orejas—. Y estoy deseando oír a Natalie parlotear sobre la boda. Lo convertiremos en un día divertido. —Se echó al hombro un bolso de mimbre del tamaño de un zepelín—. Venga, llevemos a nuestro chicarrón al coche. Supongo que le has dicho que esta mañana nos vamos al continente, ¿no?

—Le mandaré un mensaje desde el ferri.

CiCi entornó los ojos mientras la seguía hasta el exterior de la casa.

—Simone.

—Así pasará menos tiempo preocupado.

—Y ningún tiempo intentando convencerte de que no salgas de la isla.

—Exacto.

Simone metió la caja en el maletero, tiró su bolso tipo cartera al lado y se puso las gafas de sol. CiCi hizo lo propio con las suyas, que tenían cristales con reflejos arcoíris. Cuando se sentó al volante, encendió la radio y sonrió a CiCi.

—¡Excursión de chicas!

—¡Yuju!

En circunstancias normales, Simone tal vez hubiera reservado una habitación cerca de la fundición en lugar de comprimir todo el trabajo que tenía que hacer en un solo día. No era que no confiara en los supervisores, o en los trabajadores, que también eran, a su manera, artistas. Pero prefería estar presente en todos los pasos y etapas.

Aquellas no eran circunstancias normales y no quería estar lejos ni de Reed ni de la isla, así que lo comprimiría.

Él la cuidaba, pensó, y ella lo cuidaba a él.

En cualquier caso, dejó que CiCi se entretuviera en la planta de vertido o vagando entre los hornos mientras ella rondaba al trabajador que metió su pieza en el autoclave.

Simone había seguido el método del moldeo a la cera perdida, el que más le gustaba, y el calor y la presión del horno harían que la cera saliera de su carcasa.

Si el trabajo era bueno, pensó, *El protector* estaría perfectamente formado dentro de la carcasa vacía y endurecida.

CiCi se unió a ella cuando los trabajadores transfirieron la carcasa caliente a la planta de vertido.

—Allá vamos —dijo la abuela.

Los trabajadores con cascos, protectores faciales, trajes ignífugos, guantes gruesos y botas siempre le hacían pensar en astronautas toscos.

Afianzaron su obra en la arena mientras otros calentaban sólidos bloques de bronce hasta derretirlos. Simone se imaginó los músculos tensos y ondulantes que contenían aquellos trajes espesos mientras revolvían el espectacular bronce fundido.

Allí también había arte, pensó, en el calor inmenso, en el olor de los productos químicos, del sudor, del metal licuado. Y magia en la luz que resplandecía cuando los trabajadores sacaban el crisol de metal fundido del horno.

Y el vertido, el momento de la verdad, siempre la cautivaba. Los movimientos rápidos y al unísono de los trabajadores, el flujo líquido de dorado intenso y brillante, como rayos de sol derretidos.

Dentro de la carcasa, su obra, su arte, su visión, se llenaba de esa luz solar derretida. El negativo se convertía en positivo, y de él nacería el símbolo y el estudio del hombre al que había llegado a amar.

—No está a la altura del sexo —murmuró CiCi a su lado—. Pero aun así es un subidón de narices.

—Madre mía.

Simone exhaló un largo suspiro.

Como la carcasa y la forma que contenía tardaban horas en enfriarse, se fue con CiCi hasta Portland y compartió un largo almuerzo —por suerte no en el club de campo— con su madre y su hermana.

La boda dominó la conversación, pero Natalie irradiaba felicidad, y ese resplandor se reflejaba en su madre. Si no puedes vencerlas, pensó Simone, únete a ellas.

—Viste las fotos de los vestidos de las damas de honor que te envié, ¿no?

Natalie bebió de su segunda copa de champán.

—Sí —contestó Simone—. Son preciosos: sofisticados y elegantes, y me encanta el color.

—Boysenberry. —Tulip también se permitió beber más champán—. Tenía mis dudas, y reconozco que intenté convencer a Natalie de que se decidiera por algo más tradicional. Pero no se equivocaba. Es un color impresionante, sobre todo en combinación con los que ha elegido para el resto de los elementos de la boda.

—Rosa pálido y plata. —CiCi asintió—. Cuando quieres, tienes ojo de artista, cariño.

—Esperaba que Simone y tú vistierais de color plata, que buscarais un vestido de ese color. La boutique que he elegido tiene varias opciones muy bonitas, y todavía os queda tiempo para personalizarlas.

—Me queda bien el plata —murmuró CiCi.

—No formáis parte del cortejo. —Natalie volvió la mirada hacia Simone—. Pero me gustaría que... Quiero que las dos participéis de alguna forma.

—¿Por qué no vamos a la boutique después de comer? —sugirió Simone—.

Así me ayudarías a elegir un vestido.

Natalie parpadeó.

—¿En serio?

—Eres la novia, Nat. —Simone entrechocó la copa con la de su hermana y captó el destello de las lágrimas en los ojos de su madre—. Vámonos todas de compras.

Para ella solo era un vestido, pensó, para su madre y su hermana era un símbolo que significaba mucho. Y además así rellenaría otro par de horas mientras se enfriaba el bronce.

Cuando CiCi y ella regresaron a la fundición —con vestidos, zapatos, bolsos y chales para una boda de otoño—, se sentía llena de energía.

—La verdad es que me lo he pasado bien —dijo maravillada.

—Nunca está de más salir de la zona de confort. Las has hecho felices.

—Las hemos hecho felices.

—Sí, eso es. —CiCi le propinó un codazo—. Ahora nos deben una.

—Una de las gordas.

Como quería hacer el resto del trabajo ella misma y no le apetecía pasar más días fuera de la isla, Simone pidió a los de la fundición que le cargaran el bronce revestido en el coche.

—Voy a enviar un mensaje a Reed —dijo CiCi cuando ya se dirigían hacia el ferri—. Quiero que sepa que ya estamos de camino.

—No quiero que venga a casa hasta que haya hecho el desmoldado y tenga el bronce de nuevo en el estudio para pulir el metal.

—Yo lo entretendré, y llamaré a un par de tipos fuertes para que nos lleven la carcasa hasta el patio. —Mientras enviaba el mensaje, miró a Simone—. Quiero estar presente cuando lo desmoldes.

—No permitiría que fuera de otra forma.

Dos horas y media después, Simone se enjugó el sudor de la frente. Había

esquirlas y pedazos de carcasa esparcidos por toda la lona, junto con un surtido de martillos y herramientas eléctricas.

Y el bronce reflejaba la luz del atardecer.

—Precioso, Simone. Precioso.

—Sí, lo será. —Había cortado los canales, lijado la superficie con almohadillas de grano grueso y fino, retexturizado aquí y allá, y era perfecta—. Todavía faltan algunos pasos. —Rodeó la escultura—. Lustrar el metal, un buen chorro de arena fina para el acabado y luego la pátina. Pero lo veo, CiCi. Veo que es justo lo que esperaba.

—Él también lo es, lo sepas o no.

—No tenía esperanzas de encontrarlo, esa es la cuestión. Durante un tiempo no tuve esperanzas de nada, y era inútil. Entonces un día me desperté y albergaba la esperanza de hacer algo así. Lo de antes me bastaba, en serio, porque te tenía a ti, y este lugar, y siempre podía volver. Y entonces... él me miró.

Se agachó, acarició la cara de bronce con un dedo.

—Me quiere.

—A mí me han querido muchos hombres y unas cuantas mujeres. No es suficiente, cariño.

—No, no lo sería. No lo sería a pesar de que es guapo y bueno, valiente, inteligente y muchas otras cosas. Pero eso no sería suficiente.

Se quitó el pañuelo con el que se había cubierto el pelo.

—Pero ha despertado algo dentro de mí, CiCi. Y despierta, veo más, siento más, quiero más. Me ha hecho creer. Lo quiero por quien es y por quien soy yo con él.

—¿Cuándo vas a decírselo?

—Cuando esto esté terminado y se lo enseñe. —Se enderezó—. ¿Es una estupidez?

—Creo que es profundo. Te ayudaré a limpiar esto y a llevar a esta belleza arriba.

Mientras Simone lustraba el metal, Reed detuvo a un par de chavales que pensaban que meter petardos encendidos en las papeleras de los baños públicos era el colmo de la diversión en las vacaciones de verano.

Podría haberlo dejado pasar sin más tras confiscarles el resto de los petardos y soltarles un sermón, pero el padre, que por lo que parecía había disfrutado de más copas de las que le convenían en la playa, le había plantado cara.

—¿Qué problema hay? Solo se están divirtiendo, no han hecho daño a nadie. Y esos petardos me han costado mucho dinero.

—El problema es que han violado la ley, han puesto en peligro la seguridad pública y a sí mismos, y han estropeado la propiedad pública.

—Un montón de basura, eso es todo.

Intentando continuar con la vía diplomática, Reed asintió.

—Y van a limpiarla ellos.

—Mis hijos no son barrenderos.

—Hoy sí.

—Y una mierda. Venga, Scotty, Matt, vámonos.

—No se irán hasta que limpien el desastre que han provocado.

Papá el Borracho sacó pecho.

—¿Y qué piensa hacer?

La diplomacia, concluyó Reed, no siempre funcionaba.

—Como son menores de edad, voy a multarle a usted por contribuir a sus actos delictivos y por traer explosivos ilegales a la isla.

—Chorradas.

Reed esbozó una sonrisa afable.

—De eso nada.

—No pienso pagar ni un centavo a un policía que trata de sacarme pasta y de acosar a mis hijos durante las vacaciones. ¡He dicho que nos vamos!

Se dio la vuelta. Reed se plantó delante de él para cortarle el paso.

Con la cara roja, encolerizado, el hombre le propinó un empujón.

—Bueno, habrá que añadir a la lista agresión a un agente de la ley.

No del todo sorprendido, Reed esquivó un puñetazo salvaje y resolvió el asunto dando la vuelta al hombre para esposarlo.

—Así es como no debéis comportaros —les dijo Reed a los niños; el mayor se había quedado boquiabierto y el más pequeño lloraba—. Señor, está bastante ebrio —continuó mientras el hombre forcejeaba y profería tacos; varias personas que se habían congregado a su alrededor sacaban fotos y vídeos con el omnipresente teléfono móvil—. Se está resistiendo, ahora se ha convertido en alteración pública, y eso por no hablar de que está demostrando ser una mala influencia para sus hijos menores de edad. ¿Está vuestra madre por aquí? —preguntó Reed a los chicos.

El más joven contestó lloriqueando:

—Es nuestra semana con papá.

—De acuerdo. Arreglaremos todo esto en la comisaría. Señor, o lo llevo caminando hasta allí por la fuerza o me acompaña de forma tranquila.

—Voy a meterte una demanda que te vas a cagar.

—Por la fuerza, entonces. Scotty, Matt, venid con nosotros. —Lanzó una mirada al perro, que aguardaba sentado—. Vamos, Barney.

Cuando llegó a casa de CiCi, donde lo habían invitado a cenar, eran más de las nueve y necesitaba una copa tanto como respirar.

—¿Un mal día? —le preguntó CiCi.

—Con altibajos. El «bajo» más profundo: un par de niños con petardos que

casi matan del susto a la gente y su padre borracho y beligerante que ha rematado la jugada vomitando en mi despacho gracias a una combinación de cabreo y alcohol. No ha sido agradable.

—Te traeré una cerveza, y luego te prepararé un bocadillo de carne con salsa de barbacoa picante que es una de mis especialidades cuando no soy vegetariana.

—Te quiero, CiCi.

—Siéntate a mirar el mar mientras te tomas la cerveza. Un poco de respiración Ujjayi no te haría ningún daño.

La cerveza le sentó bien, y también el mar, verlo, olerlo, oírlo. Puede que lo de la respiración no le hiciera ningún daño. Pero que Simone saliera —desde hacía un tiempo tenía el pelo un poco cobrizo y en aquel momento lo llevaba cubierto con un pañuelo azul— con un plato de carne a la barbacoa y ensalada de patatas disipó todo lo demás.

Simone le tendió el plato, le agarró el pelo por debajo de la gorra y se agachó para besarlo.

—Petardos y vómito de borracho.

—Sí. —Señaló al perro, que ya roncaba a sus pies—. Ha dejado agotado a mi ayudante. ¿Cómo van las cosas por el continente?

—Me he comprado un vestido para la boda de mi hermana, y CiCi también. Y hemos ganado un montón de puntos al dejar que Natalie y mi madre nos ayudaran a elegir tanto los vestidos como los zapatos. Y además he hecho varios bocetos para la figura de la tarta nupcial de Natalie y Harry y hasta he decidido cuál era el ganador.

—Me gustaría verlo. Es algo feliz —dijo—, y algo feliz es una buena manera de contrarrestar el vómito de borracho.

—Voy a por él.

Reed comió, contempló el mar, escuchó al perro roncar.

Simone salió de nuevo con su bloc y se sentó en el apoyabrazos de su silla.

—Este es el que me dice algo.

Le mostró el boceto de una mujer (angelicalmente hermosa) ataviada con lo que le pareció un vestido de princesa. La falda con vuelo y el cuerpo brillante sentaban muy bien a la novia, que lucía una tiara en el pelo, rubio y recogido.

El novio llevaba un frac gris oscuro y una corbata larga plateada que encajaban con su aspecto de dios dorado.

El novio hacía girar a la novia mientras bailaban (más vuelo para la falda). Y se miraban el uno al otro con una felicidad inmensa, como si los dos hubieran encontrado las respuestas a todas las preguntas.

—Tienes que enmarcárselo a Natalie.

—Es un poco tosco.

—No lo es, seguro que le encantaría tenerlo. Fírmalo, ponle la fecha y enmárcalo.

—Tienes razón. Le encantaría. Le pediré a CiCi que lo enmarque. Haré la figura de porcelana y la pintaré.

—A juzgar por el vestido y el frac, será una gran boda, formal y elegante.

—De momento hay doscientas setenta y ocho personas en la lista de invitados. Etiqueta de gala para los invitados. O sea, una boda grande y formal. Y lo demás será lo más elegante posible.

—¿Tú también quieres algo así? ¿Una boda lo más elegante posible?

—Nunca he dicho que quiera casarme.

—Llegaremos a eso, un poco más adelante. Y a los tres niños, a los que nunca daremos petardos ni una puñetera cerilla.

Simone notó un cosquilleo en el estómago, pero no supo distinguir si era de ansiedad o de placer.

—Eso son muchos planes, jefe.

—Así veo yo las cosas. A menos que CiCi cambie de opinión y me acepte

como esclavo sexual. Entonces no hay trato.

—Por supuesto.

—Antes de todo eso tengo que convencerte de que te vengas a vivir conmigo. Eso también puede esperar. Primero tenemos que construirte un estudio. Ya estoy trabajando en él.

—¿Que... qué?

—No me refiero a trabajando trabajando. En verano tengo demasiado ajetreo para eso. Solo le he pedido al primo de Donna..., lo conoces, Eli, es arquitecto, que prepare unas cuantas propuestas.

Bebió un poco de cerveza y pensó que la cerveza fría y la carne con salsa de barbacoa picante disipaban a la perfección un día escabroso.

—Por supuesto, si CiCi responde a mis plegarias, me trasladaré aquí de inmediato y te echaremos. Si no sería incómodo para todos.

Cerró los ojos mientras hablaba. Sí, la ansiedad se había disipado, pero, joder, estaba hecho polvo.

Simone miró al horizonte, hacia el titilar de la luz de la luna sobre la masa de agua que los separaba del fin del mundo.

—En esa fantasía tuya, ¿tengo algo que decir sobre el diseño del potencial estudio?

—Claro, por eso Eli está preparando varias propuestas. Luego podrás verlas y jugar con ellas. Tenemos mucho tiempo.

Simone pensó en la escultura que tenía en el estudio y en el tiempo que necesitaría para terminarla, perfeccionarla y enseñársela. Tal vez debiera enseñársela ya, tal y como estaba. Igual que él le había enseñado lo que podía ser.

—Creo que deberíamos...

Se interrumpió cuando el teléfono de Reed comenzó a sonar y se apartó para que pudiera sacarlo.

Vio la pantalla: Jacoby.

Lo que podía ser, pensó Simone mientras se alejaba para que pudiera hablar de asesinatos, tendría que esperar.

Hobart atacó, y atacó rápido, en Ohio, en un barrio lujoso a las afueras de Columbus. El objetivo, un famoso presentador local, había recibido las advertencias del FBI y se las había tomado en serio.

No había olvidado aquella noche en el centro comercial DownEast. Por aquel entonces tenía veintiocho años y trabajaba en la emisora de televisión de Portland, cubriendo sobre todo banalidades e intentando abrirse camino hacia las noticias de verdad. Estaba comprando una cámara de vídeo cuando se desató el infierno.

Se puso a cubierto y grabó parte de la carnicería mientras se esforzaba por describir con su propia voz entrecortada lo que veía, oía y sentía.

McMullen tomó una ruta para aquella oportunidad periodística, y Jacob Lansin, otra. Entregó la grabación a la policía con sus propias manos todavía temblorosas, pero cuando salió del centro comercial, se encontró con el equipo de grabación de su canal. Les ofreció un informe de primera mano y en tiempo real.

Fue ascendiendo y se hizo con el puesto de presentador local en Columbus cuando se cruzó en su camino. Se casó con una nativa de Columbus, la hija de un hombre de negocios acaudalado.

Había logrado fama y fortuna.

A Patricia se le presentó la ocasión cuando una mujer que conducía mientras enviaba un mensaje de texto a una amiga para avisarla de que llegaría tarde a una cita para almorzar chocó contra el BMW descapotable de Lansin.

El hombre sufrió un esguince en el hombro, una fractura en el tobillo y un

traumatismo cervical.

Lansin dio gracias por que no hubiera sido peor y se tomó un tiempo para recuperarse y hacer fisioterapia en casa.

Patricia solo tardó dos días en averiguar que la fisioterapeuta llevaba una coleta castaña y espesa, que solía vestir camisetas y vaqueros, y que todos los días llegaba a las dos de la tarde cargada con una camilla de masaje.

Patricia alquiló un coche de la misma marca y color que el de la fisioterapeuta y, tras ponerse una peluca castaña, una camiseta sencilla y unos vaqueros, llegó diez minutos antes de la hora. Colocó la camilla de masaje de tal manera que le ocultara la cara.

Lansin, con el tobillo escayolado, el brazo en cabestrillo y collarín, echó un vistazo a la cámara de seguridad, desactivó la alarma y abrió la puerta.

—Hola, Roni, llegas pronto.

—Justo a tiempo —dijo Patricia, y le disparó primero en el pecho, y luego dos veces en la cabeza una vez en el suelo.

Lanzó la camilla hacia el interior de la casa, cortó un mechón de pelo al hombre, cerró la puerta y volvió corriendo al coche. Todo en menos de un minuto. Como tenía intención de deshacerse del vehículo en el aeropuerto, le daba igual que la vieran marcharse.

Después de abandonar el coche, cogió un taxi de regreso a Columbus y se compró un todoterreno de lujo de segunda mano que pagó en efectivo.

Había llegado el momento de disfrutar de unas vacaciones en la isla, pensó mientras se detenía el tiempo justo para enviar a Reed la que pretendía que fuera su última tarjeta.

Durante la semana del Cuatro de Julio, los veraneantes invadieron la isla. Los

hoteles, los hostales, las casas y los pisos de alquiler estaban a tope, y las playas se convirtieron en un mar de sombrillas, toallas y sillas plegables.

En el parquecito de High Street, la música patriótica resonaba desde la glorieta mientras los niños, y no pocos adultos, hacían cola para pintarse la cara y comprar granizados y gofres.

Para vencer el intenso calor, la gente se sumergía, nadaba o flotaba en el agua. Los barcos entraban y salían del puerto deportivo, las velas blancas se izaban, los motores zumbaban.

El aire olía a crema de protección solar, patatas fritas, azúcar y verano.

Reed hacía turnos de doce horas y era consciente de que, de no ser por el pequeño problema de la asesina en serie, habría disfrutado de hasta el último minuto.

Durante el invierno la isla contenía la belleza tranquila y pacífica de una esfera de nieve. En primavera, florecía y se despertaba. Pero en verano estallaba de luz, ruido, color, multitudes y música ruidosa.

Como si todos los días fueran carnaval, pensó.

Y en verano funcionaban dos ferris, uno que vomitaba coches y peatones en el muelle de la isla y otro que cargaba a los que se marchaban y los devolvía a la realidad.

El Cuatro de Julio, como siempre que podía, Reed observó la llegada del ferri, se fijó en los coches, las camionetas, las caravanas, en la gente que salía a borbotones.

A su lado, Simone examinaba las caras igual que él.

—Crees que vendrá hoy.

—Creo que hoy es el día de mayor afluencia de gente, lo que lo hace un buen día para colarse. La empresa del ferri tiene a gente en ambos muelles buscando a una mujer solitaria. Y he apostado a dos ayudantes ahí abajo. — Señaló el coche patrulla con la barbilla—. Han visto a unas cuantas desde

junio, pero todas se han marchado ya. En el puerto deportivo están haciendo lo mismo con los barcos privados y alquilados.

—Pero hay mucha gente.

—Sí. Por otro lado, es lo bastante lista para deducir que estaremos alerta, muy alerta, durante las festividades del Cuatro de Julio. Si yo fuera ella, esperaría.

—Igual que tú esperas la siguiente tarjeta.

—No hay correo el día Cuatro. —Se quedó mirando el último vehículo, un monovolumen cargado de niños, que bajó por la rampa—. Barney y yo tenemos que irnos a trabajar.

—Podrías nombrarme ayudante a mí.

—No podría pagarte lo que vales. —Le dio un beso—. Me sentiría mejor si hoy te mantuvieras alejada de las multitudes. Me dijiste que CiCi y tú soléis evitarlas y que esta noche veríais los fuegos artificiales desde el patio. Así que haz lo que haces siempre.

—Me sentiría mejor si hicieras eso con nosotras.

Reed dio unos golpecitos con el dedo en el JEFE de su gorra.

—Con el desfile y las actividades del parque y la playa —dijo Simone—, con la locura generalizada que reina en el pueblo, podría estar en cualquier parte, Reed. Dios, podría pegarte un tiro desde una ventana del Hotel Overlook.

—No me atacaría de esa manera. No lo hará. Esto es algo personal: necesita verme la cara, necesita mirarme a los ojos y que yo la mire a ella. Y necesita irse de rositas. Confía en mí.

—Lo hago. —Le agarró las manos—. Te esperaré.

—En casa de CiCi. Quédate allí esta noche, yo iré después de los fuegos artificiales. Todavía no está aquí. Puede que se me estén contagiando un poco los poderes de adivina de CiCi, pero aún no ha llegado.

Eso no le impidió inspeccionar las multitudes, identificar a las mujeres y estar pendiente de si alguien estaba pendiente de él. Después de aquel largo día, se unió al equipo de bomberos voluntarios y contempló con ellos un cielo que se llenó de color mientras en el aire restallaban explosiones como disparos.

Todavía no, pensó mientras la gente aplaudía. Pero pronto.

Patricia llegó tres días más tarde, tras colocar el todoterreno de segunda mano en la fila que esperaba en el muelle de tierra firme. Como muchos de los que esperaban, salió del coche para estirar las piernas.

Se había dejado crecer el pelo hasta los hombros y se lo había teñido de rubio playero. Se había aplicado autobronceador religiosamente durante las últimas semanas y, con cuidadosas capas de maquillaje, había logrado un tono facial saludable. Detrás de unas gafas de sol grandes y modernas, las lentillas conferían a sus ojos un tono violáceo.

Y bajo el alegre vestido azul de verano —de manga corta, para ocultar la cicatriz de la axila— llevaba una falsa barriga del tamaño aproximado de la que tendría una mujer embarazada de unas veinte semanas. En el dedo corazón de la mano izquierda lucía una alianza de boda impresionante (de circonita, pero lo bastante brillante para parecer de verdad).

Había ido a hacerse la manicura y la pedicura —francesas, pues otorgaban más clase— y llevaba un bolso de verano de Prada a juego con las sandalias.

Parecía una joven embarazada refinada y con ciertos medios.

Vio a los dos excursionistas, un hombre y una mujer, sentados encima de sus mochilas mientras esperaban para embarcar. También eran jóvenes, pensó, y la mujer parecía acalorada y cansada.

Se acercó a ellos, con una mano sobre su bebé de mentira, como había visto que hacían las embarazadas.

—Hola. Espero que no os moleste que os pregunte si conocéis alguna ruta

de senderismo fácil, muy fácil, en Tranquility. A mi marido le encanta hacer senderismo y, cuando venga, dentro de unos días, no parará de insistir en hacer alguna ruta. Pero yo ya no estoy para rutas complicadas. —Sonrió al decirlo, sin dejar de frotarse aquel bulto.

—Claro. —La mujer devolvió la sonrisa a Patricia—. En ese centro de información de ahí te darán un mapa.

—También puedes pedirlo en la isla —le dijo el hombre—. Los de los centros de información son gratuitos, pero en algunas tiendas tienen mapas mejores. No serán muy caros, supongo. —El hombre sacó uno de su mochila—. Podemos indicarte un par de rutas bonitas y fáciles por la playa. La que va al faro es un poco más larga y dura, pero vale la pena.

—Genial. Yo sobre todo quiero ir a la playa, leer y mirar el mar, pero a Brett le encanta caminar. ¿De dónde venís?

Se los cameló. Ella, Susan «Llámame Susie» Breen, había llegado desde Cambridge en coche. Su esposo, Brett, había tenido que salir de la ciudad repentinamente por un asunto de trabajo, pero ella estaba encantada de tener un par de días para poner a punto la casita que habían alquilado durante seis maravillosas semanas, para hacer la compra y dedicar ese tiempo a ir a la playa, leer y contemplar el mar.

Ellos, Marcus Tidings y Leesa Hopp, correspondieron a la charla de inmediato.

—Oye, ¿por qué no os llevo en el coche? Yo tengo que pagar la tarifa de vehículo de todos modos, y es la misma con independencia del número de pasajeros. Así os ahorraríais la de peatón. Puedo acercaros al pueblo, al menos hasta la inmobiliaria donde tengo que recoger las llaves.

Agradecidos, se dirigieron hacia su coche antes de que Patricia se diera cuenta de que en la parada de descanso había olvidado cambiar la matrícula por la de un Subaru de Massachusetts. Sin dejar de sonreír mientras se

maldecía por el descuido, se le ocurrió una coartada: había cogido el coche prestado a su hermano.

Pero sus simpáticos excursionistas no se dieron cuenta, porque ella charlaba, charlaba y charlaba.

Le dijo a Leesa que se sentara delante con ella, así no se sentía como una taxista.

Embarcaron, un grupo de tres, y estuvieron todo el trayecto asomados a la barandilla.

Cuando Patricia salió con el coche al muelle de Tranquility, los ayudantes de policía apostados en el ferri no miraron dos veces el todoterreno con matrícula de Ohio que llevaba a tres pasajeros y un maletero hasta arriba de equipaje.

En el momento en que Patricia se detuvo en la inmobiliaria para recoger las llaves y el detalle de bienvenida, Simone estaba calentando el bronce con un soplete para volverlo dorado. Aplicó nitrato férrico sobre el cabello de Reed, sobre Barney, sobre las zonas en las que quería que los tonos rojos y dorados brillaran con el bronce.

Aplicaría nitrato de plata sobre la espada y en el collar que le había puesto a Barney para obtener una pátina gris plateada. Aquel trabajo le llevaría horas, pero lo consideraba una mejora respecto al antiguo método de enterrar el bronce para oxidarlo. Y además le otorgaba el control, le permitía resaltar, añadir cierto movimiento y vida.

Había trabajado y estudiado con profesionales de la pátina tanto en Florencia como en Nueva York para aprender el arte, la ciencia y las técnicas. Para aquella obra, una pieza que se había convertido en algo tan íntimo para ella, recurrió a todo lo que sabía, se exigió aún más.

Cuando hizo una pausa en el trabajo, caminó por el estudio, bebió agua, se despejó la cabeza. Y estudió las caras que tenía en la estantería. Ya eran más. Durante el proceso de acabado del bronce, se había tomado descansos para trabajar en aquellas caras.

La última que había completado la miraba con unos ojos grandes y sonrientes. Trent Woolworth, el chico al que había querido como quieren las adolescentes. Él no había tenido la oportunidad de llegar a convertirse en hombre. Entonces Simone creía que Trent le había roto el corazón, pero apenas se lo había pellizcado. Ahora ella lo sabía, y lo único que sentía por él era lástima y pena.

Uniría el rostro de Trent al de los demás, al de todos los demás, y los fundiría en bronce, como había hecho con Reed. Nitrato cúprico, pensó, para los verdes, y azules sutiles y hermosos para reflejar el agua.

Podía hacerlo, lo haría, y no solo porque al fin lo hubiera visto en su interior, sino porque el hombre al que sí amaba de verdad la ayudaba a despertar el resto.

Se puso los guantes, volvió a la escultura de Reed.

Horas más tarde, con los hombros rígidos a causa de los últimos pasos del sellado (encerar y pulir) bajó al estudio de CiCi.

A través del cristal, vio a su abuela en su zona de enmarcado, así que entró.

—Empezaba a pensar que nunca saldrías de tu estudio.

—Yo también, pero... ¡Uau, CiCi, me encanta! La casa de Reed, los altramuces, que parecen un mar de color, el bosque, la luz... Y hay hadas en el bosque, apenas se insinúan en esa sombra moteada —murmuró—. Y Reed está de pie en el mirador, con Barney y conmigo.

—Así veo las cosas. Voy a regalárselo (y, tal como veo las cosas, a ti) por Navidad. Para entonces estarás viviendo con él, a menos que mi nieta sea

idiota, cosa que no es cierta. Creo que quedaría bien en el dormitorio principal.

—Es perfecto. Tú eres perfecta. —Agarró a CiCi de la mano—. ¿Puedes descansar un minuto y salir fuera?

—Si tiene algo que ver con una bebida alcohólica, adelante.

—Eso puede arreglarse.

—Tómate un descanso y dáselo también a Reed —le dijo CiCi mientras atravesaban el patio—. Ve a su casa esta noche. Los dos lleváis mucho tiempo trabajando como locos. Los dos estáis tensos a la espera de que ocurra lo inevitable desde que llegó esa última tarjeta horrible. Ve, abre una botella de vino y ten un montón de orgasmos.

—Opino lo mismo porque, ¿ves?, lo he acabado.

CiCi se quedó sin aliento: la artista y la abuela sintieron que el corazón les daba un vuelco.

—Ay, ay, Simone. —Se acercó a la encimera, donde se alzaba bajo la luz de media tarde—. Tiene vida, pulso, alma y mucho más. Oh, la pátina, cuánta luz, profundidad, movimiento. Los detalles, cómo fluye.

Dejó que las lágrimas que le atenazaban la garganta se derramaran.

—Tráeme ese vino, cielo, y un pañuelo. Estoy abrumada.

CiCi respiró hondo y rodeó la escultura mientras Simone abría una botella.

—Hace años, en Florencia, en tu primera exposición, tu uso de Tish, tu *Surgimiento*, me afectó de la misma forma, me arrancó lágrimas de la misma forma. Tus obras son preciosas, Simone, algunas impresionantes. Pero esta, igual que *Surgimiento*, tiene tu corazón y tu alma en cada línea, curva y ángulo.

CiCi aceptó la copa, y el pañuelo.

—Es magnífica. Respira. No tendrás que decirle que lo quieres cuando le enseñes esto. A menos que sea idiota, cosa que no es cierta.

—Estoy preparada para decírselo.

—Entonces ve y hazlo. —CiCi abrazó a Simone—. Ve a por tu hombre.

En su casita de la playa, Patricia almacenó las armas —pistolas y munición, un visor nocturno, venenos, jeringuillas y cuchillos— en el segundo dormitorio. Su cuartel general, pensó. Colgaría mapas de la localidad, documentaría las rutinas de su objetivo, de sus relaciones cercanas. Se enteraría de dónde tomaba cerveza, de dónde comía a mediodía, de a quién se follaba.

Mantendría la puerta cerrada, le diría a la mujer de la limpieza que su marido era reservado respecto su espacio de trabajo. Prohibida la entrada.

Puso artículos de tocador masculinos en el baño principal, metió ropa de hombre en el armario del dormitorio, en la cómoda. Cuando llevara más tiempo allí, dejaría zapatos de hombre y otros artículos tirados de manera despreocupada aquí y allá.

Sacó una copia del libro *Qué esperar cuando estás esperando* que ya había doblado y marcado con anterioridad. Equipamiento de senderismo que rebosaba testosterona, una botella de ginebra de primera que iría vertiendo en el fregadero de vez en cuando, su whisky puro de malta (que se bebería ella misma), unas cuantas botellas de vinos pijos y cervezas artesanales, y la comida que había comprado durante una parada en el mercado.

Satisfecha, salió a dar su primer paseo por el pueblo.

Le resultó fácil mezclarse y confundirse entre los grupos de personas y las multitudes, sencillo entrar en una tienda y comprarse unas cuantas naderías, entre ellas un par de bañadores y una camiseta del Faro de Tranquility que, según dijo al tendero, le encantaría a su esposo.

Vio a Reed al cabo de media hora; sujetaba la correa de un perro mientras, por lo que parecía, daba indicaciones a un grupo de personas.

Qué bajo has caído, detective pez gordo, pensó.

No lo siguió directamente, sino que continuó paseando, cruzó la calle y miró escaparates. Pero lo vigiló de reojo durante todo el camino de vuelta hasta su comisaría de mala muerte. Y lo consideró un buen comienzo.

Después de recibir el mensaje de Simone, Reed decidió que por una vez podía irse a casa antes de que oscureciera. Puede que el día solo pareciera tranquilo en comparación con la locura de las fiestas del Cuatro de Julio, pero aun así era tranquilo.

Volvió caminando a casa con Barney. Sentía una comezón que lo hacía girarse de vez en cuando, y escudriñar con atención, pero no vio nada ni a nadie que le llamara la atención.

—No podemos dejar que la espera nos desquicie, Barney. Tenemos que tomárnoslo día a día.

Ver el coche de Simone aparcado delante de su casa lo animó un poco. Verla sentada en el porche, bebiendo vino, lo animó del todo.

—Llegas temprano.

—Hoy está todo bastante tranquilo. El jefe de policía va a tomarse la noche libre.

—Muy oportuno, porque yo también pienso hacerlo. He echado de menos las noches libres contigo. —Se sacó un hueso masticable del bolsillo—. Y contigo, Barney.

—No te muevas. Voy a por una cerveza fría y nos quedamos un rato aquí sentados.

—La verdad es que tengo algo que enseñarte. —Lo agarró de la mano—. Y cosas que decirte —añadió mientras tiraba de él hacia dentro.

Había encontrado un pedestal para la escultura en el mercadillo, y sabía que

él apreciaría el detalle. La había puesto en la entrada, toda una declaración de intenciones en su opinión: él protegería todo lo que había dentro.

Y allí el bronce captaba la luz del atardecer justo como ella quería.

Reed se quedó mirando la escultura, en silencio, y Simone vio en su rostro todo lo que esperaba ver. El asombro maravillado se transformó en otra cosa cuando desvió la mirada hacia ella.

No, pensó Simone, no era idiota. Y aun así se mostraba cauteloso.

—Yo... Necesito un segundo. O una hora. O un mes. Me está costando asimilarlo. No me imaginaba, no sé por qué no me lo imaginaba si he visto tu trabajo.

—Porque es diferente cuando se trata de uno mismo.

—Eso, sí, pero... —Era incapaz de comprenderlo—. Es... Has esculpido también a Barney.

—Al principio pensé en poner a una mujer o a un niño. Y entonces te vi con él, lo vi a él contigo, vi que confiar en ti le ha cambiado la vida, el mundo. Y que mi confianza en ti ha cambiado mi vida, mi mundo.

—Es alucinante. Has hecho que parezca...

—Justo lo que eres —lo interrumpió—. Cada hora que he dedicado a este trabajo me ha enseñado más de quien eres, y más de quien soy yo. Y de quienes somos nosotros. No me he enamorado de ti durante el trabajo. —Le apoyó una mano a la altura del corazón—. Puedes atribuir a Barney parte del mérito, por el momento en que me enamoré, por cómo me sentí cuando te vi por primera vez con él, lavando a aquel pobre perro flaco y asustado, riéndote cuando te dejó empapado y te lamió la cara. Me enamoré al darme cuenta de que tenías eso dentro de ti.

Reed cerró su mano sobre la de ella.

—Dilo, ¿vale? Me da igual que él se lleve el mérito, le compraré caviar para perros. Pero quiero que me mires, Simone, mírame y dilo.

—Esta es la persona que eres para mí. —Simone acarició la escultura—. Esta es la persona que eres —repitió al tiempo que apretaba la otra mano contra su corazón—. Este es el hombre al que amo. Tú eres el hombre al que amo.

Reed la levantó hasta ponerla de puntillas, y luego unos centímetros más, la besó en la boca mientras la mantenía suspendida en el aire y no la soltó cuando la bajó.

—No dejes de hacerlo nunca.

—He fundido nuestros corazones en bronce. Eso es para siempre. —Lo abrazó con fuerza, apretó la cara contra su hombro—. Me has esperado. Has esperado hasta que he podido decírtelo.

—La espera se ha acabado. —Volvió a asaltarle la boca, le dio la vuelta en dirección a las escaleras—. Sube conmigo. Quiero que estés conmigo. Necesito...

Empezó a sonarle el móvil.

—Joder. Mierda, joder.

Lo sacó de malos modos.

—Sí, sí, más vale que sea... —Su mirada se endureció, se volvió fría—. Dónde. ¿Algún herido? De acuerdo. Estoy en camino. Lo siento. Maldita sea.

—Iré contigo.

—No, no, asuntos policiales.

—¿Qué asuntos policiales?

—Han disparado a través de la ventana de una cabaña en Forest Hill.

—Dios mío.

—No hay heridos. Cecil ya está allí, pero... Tengo que irme.

—Ten cuidado.

—Seguro que ha sido algún gilipollas que intentaba darle a un ciervo, y

seguro que hace mucho que se ha marchado. Vamos, Barney. Volveré. —Le rodeó la cara con las manos y la besó.

Cuando Reed llegó a la cabaña, bastante escondida en el bosque interior de la isla, Cecil salió a su encuentro.

—Hola, jefe. He oído el aviso cuando iba de camino a casa, así que le he dicho a Donna por radio que me ocuparía, porque estaba cerca.

—¿Qué tenemos?

—Una familia de Augusta, la pareja y dos niños, que tiene la cabaña alquilada para una semana. Están comiendo helado, hablando de salir a dar un paseo y oyen un disparo, una especie de estallido, y cristales que se rompen. Esta ventana de aquí.

Acompañó a Reed para que examinara una ventana lateral estrellada y con un agujero.

—También ha roto una lámpara de dentro —le informó Cecil—. La mujer ha cogido a los niños y los ha mantenido agachados y lejos de las ventanas. El marido ha llamado a emergencias. Ha echado un vistazo a los alrededores al cabo de un rato, pero no ha visto nada.

Reed examinó la ventana dañada y se volvió para estudiar los árboles y las sombras que el atardecer intensificaba entre ellos.

Ya en el interior, dedicó algún tiempo a calmar nervios y enfados y luego se agachó junto a la lámpara rota. Con cuidado de esquivar los fragmentos de la pantalla, sacó una linterna e iluminó la parte inferior de una silla.

Y encontró un balín de una escopeta de aire comprimido.

Mientras Reed tranquilizaba y pedía disculpas a la exhausta familia, Patricia observaba la cabaña con unos prismáticos. Había anotado el tiempo de respuesta de Reed, la marca, el color y la matrícula de su coche para

consultas futuras. Cuando el policía volvió a salir, ella se llevó la escopeta de aire comprimido al hombro, dijo en voz baja «¡Pum!» y se echó a reír.

—Ningún chaval de la isla es tan tonto para disparar una escopeta de aire comprimido de esa manera, jefe. Tiene que haber sido algún crío, un veraneante imbécil de mierda.

—Vamos a pasar por todas las cabañas y casas de esta zona a ver si encontramos a algún imbécil de mierda. Te agradezco las horas extras, Cecil.

—Qué va, no hay problema.

Se separaron para cumplir su cometido, pero Reed no dejaba de darle vueltas a la cabeza. Una cabaña pequeña, con cuatro personas dentro, pensó, y el balín impacta justo donde no hay nadie en ese momento. Y acierta en la lámpara.

Tal vez hubiera sido un imbécil de mierda. Tal vez alguien no tan imbécil.

A lo largo de la semana siguiente, Reed se enfrentó a una avalancha de pequeños actos de vandalismo. Obscenidades pintadas con espray en el escaparate del Sunrise, macetas robadas del porche de la casa de la alcaldesa, tres coches rayados con una llave mientras sus dueños disfrutaban de la cena en el restaurante Water's Edge, los cuatro neumáticos de otro rajados cuando estaba aparcado delante de una casa de alquiler con vistas a la ensenada sur.

Reed permaneció sentado en el despacho de la alcaldesa mientras Hildy se desahogaba.

—Tienes que acabar con esto, Reed. Todos los puñeteros días pasa algo, y no son los problemas habituales del verano. Me paso la mayor parte del tiempo al teléfono atendiendo quejas. Si esto sigue así, perderemos ingresos y nuestra reputación se verá perjudicada. Dobson está dando la lata con que va a

redactar una petición para que te destituyan como jefe. Tienes que ocuparte de esto.

—Patrullamos por todo el perímetro de la isla, a pie, en coche patrulla. He añadido patrullas nocturnas. Estamos alerta las veinticuatro horas.

—Y aun así no conseguís pillar a unos cuantos niños asquerosos.

—Si se tratara de unos cuantos niños asquerosos, ya los habríamos pillado. Esto es demasiado inteligente. —Se levantó, se acercó al mapa que la alcaldesa tenía en la pared y tocó varios puntos—. Todos los sectores han sufrido algún tipo de ataque. Eso significa que quienquiera que los esté llevando a cabo cuenta con un coche o una bicicleta. Y los actos vandálicos suceden a cualquier hora del día.

—¿Crees que no se trata de uno o de varios niños aburridos, sino de un intento deliberado de socavar la isla?

—Algo así. Voy a acabar con ello, alcaldesa. Esta también es mi casa.

Mientras regresaba a pie a la comisaría, Reed pensó que no podía culpar a Hildy por estar enfadada. Él también lo estaba, y mucho. No podía culparla por empezar a perder la fe en él, pero creía que ese era precisamente uno de los propósitos de los actos vandálicos.

Atacaban todos los puntos de la isla, pensó, para ver cómo reaccionaba él, cuánto tiempo tardaba, adónde iba, cómo llegaba. Nada de niños aburridos, pensó. Era Hobart, y lo estaba estudiando.

Había comprobado las inmobiliarias, los hostales, el hotel. No había registros individuales. Pero Hobart debía de haber encontrado una forma de solucionarlo, porque Reed sabía que estaba en la isla. Observándolo.

Repasó el contenido de la última tarjeta, la número cuatro. Una tarjeta de pésame, en esta ocasión, ¿para qué andarse con sutilezas?

¿Disfrutando del verano, gilipollas? Aprovecha los rayos de sol, porque

vas a pasar mucho tiempo en un sitio frío y oscuro. No iré a tu funeral, ¡aunque ver tantas lágrimas sería exquisito! Pero volveré, y escupiré en tu puta tumba.

Estoy de suerte. Y tú te estás quedando sin ella. Es hora de morir.

Besos,

Patricia

Bastante directa, pensó, pero lo que más había despertado su interés había sido la caligrafía garabateada y la presión del bolígrafo sobre la tarjeta. Había escrito aquella nota en un momento de emociones intensas y no había sido tan lista con el coche de alquiler que había utilizado para el último asesinato: lo habían rastreado con GPS una hora después. Reed tuvo que dejar que los federales averiguaran si Hobart había tomado un taxi o un autobús desde el aeropuerto, si había alquilado o comprado otro coche. Tal vez ya tuviera un vehículo esperándola en el aparcamiento.

Fuera como fuese, había salido de Ohio en dirección al ferri de Portland y a la isla.

Porque ya estaba allí.

Cuando la mujer que iba a hacer la limpieza dos veces por semana llamó a la puerta, Patricia abrió en bata y con el pelo, mojado, peinado hacia atrás.

—¡Ay, madre! Nos hemos dormido.

—Puedo volver más tarde.

—No, no, por favor. No pasa nada. No queremos alterarte el horario. Mi marido aún está en la ducha, ¿qué te parece si empiezas por la buhardilla? Me ha dicho que te dé las gracias por ofrecerte a pasar al menos el aspirador a su despacho, pero que no hace falta. —Puso los ojos en blanco—. Te juro que

piensa que su trabajo es secreto de Estado o algo así. Voy a vestirme. Hazte un café si te apetece. Yo, desde luego, echo de menos tomarme una taza al día.

Se dio unas palmaditas en el vientre mientras cruzaba la sala de estar hacia el dormitorio principal. Abrió la puerta para que se oyera el ruido del agua de la ducha, que había dejado abierta, y luego volvió a cerrarla.

Mientras se vestía —pantalones pirata y una camiseta rosa, botas de senderismo caras—, mantuvo una conversación con nadie, fingió unas cuantas carcajadas y abrió y cerró cajones y la puerta del armario.

Inspeccionó la habitación: la cama deshecha por ambos lados, una novela de espías y una copa de vino casi vacía en una mesilla de noche, una novela histórica romántica y una taza de té en la otra. Un cinturón de hombre colgado del respaldo de una silla. Toallas húmedas en el baño, dos cepillos de dientes con las cerdas húmedas. Artículos de tocador masculinos y femeninos.

Satisfecha, abrió la puerta y se volvió para hablar por encima del hombro.

—Sí, Brett, ¡ya voy! Adelántate. Nos vamos a dar un paseo, Kaylee —dijo a la mujer de la limpieza—. Puedes arreglar el dormitorio cuando quieras.

—¡Diviértanse!

—Uy, claro que nos divertiremos. Nos encanta este sitio. Solo estoy cogiendo una botella de agua y la mochila, cariño. Hombres —dijo para que la oyera la mujer, que limpiaba la buhardilla—, qué impacientes.

Salió por la puerta principal y decidió que iría dando un paseo hasta la casa que unas cuantas charlas y cotilleos le habían revelado que pertenecía al jefe de policía.

Una caminata larga para una mujer embarazada, pensó con una sonrisa burlona. Pero se sentía en condiciones.

A lo largo de los días siguientes, la ola de vandalismo disminuyó, lo cual

llevó a la mayoría de la gente a concluir que a los alborotadores se les habían terminado las vacaciones y se habían marchado de la isla.

Reed no se lo tragaba.

—Sigue aquí. —Reed se estaba tomando una Coca-Cola en el patio de CiCi mientras un sol glorioso se ponía en el horizonte—. Es lo bastante lista para saber que si siguiera haciendo el imbécil por ahí, alguna de las patrullas extras la pillaría, pero todavía está cogiendo el ritmo. —Se volvió hacia ellas, hacia aquellas mujeres a las que tanto quería—. Podríais hacerme un gran favor: subid al ferri mañana por la mañana, marchaos de viaje a algún lado.

—Ella se niega a dejarte —dijo CiCi—. Y yo me niego a dejaros a ninguno de los dos. Pide otra cosa.

—Si os marcharais a algún sitio —insistió él—, a Florencia o Nueva York...

—Reed —lo interrumpió Simone.

—Joder, que os quedéis significa que tengo que preocuparme por vosotras. Se está preparando. No es ninguna coincidencia que esté aquí, porque está, cuando nos acercamos al decimotercer aniversario del DownEast. Lo dejó caer en la tarjeta: ella está de suerte y a mí se me está acabando. El trece da mala suerte. Queda menos de una semana, y no necesito que vosotras dos desviéis mi atención por pura y obstinada terquedad femenina.

»Me molestáis. —No gritaba, pero su tono pausado añadía un toque de crueldad a cada palabra—. Así que quitaos de en medio y dejadme hacer mi puto trabajo.

—Eso tampoco va a funcionar —replicó CiCi, tranquila y calmada—. Tratar de provocar una discusión, hacernos enfadar no va a cambiar nada. Pero buen intento.

—Mira, esto no es...

—Yo ya me escondí —lo interrumpió Simone.

—¡Gilipolleces! —Entonces sí gritó, lo que hizo que Barney se escondiera debajo de una mesa—. No empieces a soltarme esas gilipolleces.

—Me escondí. No digo que no fuera lo correcto, porque lo era. Pero ahora no lo es, y echaría abajo lo que me ha costado años volver a construir.

—Simone —a punto de perder los nervios, Reed se quitó la gorra y se pasó una mano por el pelo—, juré que os mantendría a salvo a CiCi y a ti.

—Me has dicho que quieres empezar una vida conmigo. Esta es nuestra vida. ¿Crees que intentará... hacerlo el día veintidós?

Trataría de razonar con tranquilidad, otra vez.

—Creo que para ella eso cerraría el círculo, sí. Creo que sabe más que de sobra que tú y yo estamos juntos, y si consigue eliminarme, irá a por ti. No acabará contigo antes —prosiguió—. Tú ocupas un lugar todavía más alto que yo en la cadena. Y querrá eliminar la mayor amenaza. Yo soy el policía que tiene un arma; tú no. Si las dos os marcharais de la isla hasta después del día veintidós, no tendría que preocuparme por vuestra seguridad además de por todo lo otro.

—Para mí, y para CiCi, no estar seguras significa que ella te ha eliminado. No permitirás que eso suceda. No permitirás que eso suceda —repitió Simone, que se levantó y se acercó a él—, porque sabes que, si te mata a ti, me matará a mí. Tal vez no ahora, pero lo hará tarde o temprano, y no se lo permitirás. Yo creo en eso, confío en eso, ciegamente.

»Además —le sostuvo aquella cara de expresión frustrada con ambas manos—, tengo demasiado que hacer para irme a Florencia, a Nueva York o a cualquier otro lugar. Tengo trabajo, y se me ocurre que el día veintitrés es un buen momento para irme a vivir contigo. Tengo que empaquetar muchas cosas.

Reed apoyó la frente en la de Simone.

—Eso es un ataque sorpresa en toda regla.

—El veintitrés, Reed, porque habrás terminado con todo esto. Me mudaré a

tu casa. CiCi, tú vendrás a cenar.

—Llevaré champán.

—Necesitaré conservar mi estudio aquí hasta que Reed y yo terminemos el diseño y los planos de mi espacio de trabajo en... nuestra casa.

—Siempre lo tendrás aquí, mi niña lista.

—Ese día, el veintitrés, se convertirá en un símbolo para nosotros —le dijo—. Un recordatorio de que, por muchas cosas horribles que pasen, estamos juntos.

—Creo que esto requiere una jarra enorme de sangría.

Reed negó con la cabeza mirando a CiCi.

—Yo no puedo. Tengo que volver. Quédate aquí —le dijo a Simone—. Volveré lo antes posible. Andando, Barney, no vamos a conseguir nada de estas dos. Están cortadas por el mismo puñetero patrón.

—Por eso nos quieres —gritó CiCi cuando Reed ya salía—. Estoy orgullosa de ti, Simone.

—Estoy aterrorizada.

—Yo también.

Mientras Reed completaba otra ronda, Patricia estaba sentada en su cuarto de guerra sorbiendo gin-tonics... más cargados de ginebra cuanto más tiempo pasaba. Le parecía un desperdicio tirarla por el fregadero.

Y la ginebra suponía un agradable cambio de aires respecto al whisky.

Un par de copas, o tres, la ayudaban a dormir. ¿Cómo iba a dormir sin un poco de ayuda cuando tenía la cabeza tan llena, tan ocupada?

No era como su padre, ella no se emborrachaba, ¿verdad? No era como su madre. No usaba el alcohol para engullir pastillas.

Solo necesitaba una ayudita para calmarse. No había nada malo en ello.

Así que, mientras bebía ginebra, estudiaba sus mapas, sus cronogramas y las fotos que había sacado con el móvil.

El hecho de que dos de sus principales objetivos se hubieran convertido en tortolitos la enfurecía y la regocijaba a partes iguales. No se merecían ni una hora de felicidad. Pero, pensándolo bien, ella sajaría su felicidad y la vería desangrarse. Y con algo más de tiempo —todavía le quedaba algo más de tiempo— para observar a aquella puta, tal vez matara dos pájaros de un tiro.

Por otro lado, se dijo cuando se levantó para pasear de un lado a otro, siempre había tenido claro que a la puta que había llamado a la policía la eliminaría en último lugar. Todavía tenía media docena de objetivos en su lista, que llevaba hasta la zorra de la policía que había matado a JJ y terminaba con la puta entrometida que se había escondido como una cobarde.

Había llegado así de lejos siguiendo el plan, se dijo, y tenía a la policía y al FBI dando vueltas en círculos. Debería ceñirse al plan. Si JJ se hubiera ceñido al plan...

No había sido culpa suya, pensó mientras se daba puñetazos inquietos en el muslo y caminaba y sorbía, caminaba y sorbía. Simone Knox mató a JJ, y ella no lo olvidaría.

Así que, quizá, si —y solo si— la oportunidad le caía como llovida del cielo, acabara con aquella puta antes de tiempo. De otro modo.

Cogió su arma y la apuntó hacia la foto de Reed.

—Somos solo tú y yo, gilipollas. Que acabe contigo le romperá el corazón a tu putita... y también a la zorra de la policía. Lágrimas exquisitas. Con eso me vale.

A veces los gin-tonics, los paseos de un lado a otro y la planificación no funcionaban. Para relajarse, para calmar la creciente agitación de su mente, Patricia se entregaba a su pasatiempo nocturno favorito.

En aquella cabaña de playa que ya odiaba (y que planeaba quemar hasta los cimientos antes de marcharse de la isla), con las puertas cerradas y las cortinas echadas, Patricia se pasó al whisky con hielo y vio el vídeo.

La cautivaba y la divertía, daba igual cuántas veces lo viera.

¡Estaba guapa! Muy guapa. Hacía tiempo que había desaparecido la chica gorda con granos y mal peinada que se pasaba la vida en su habitación viendo la televisión y aprendiendo a hackear.

De hecho, estaba increíble, esbelta y delgada, con el vestido rojo que había elegido y que tan bien quedaba en cámara. Vestidos bodycon, los llamaban, rumió mientras volvía a ponerlo desde el principio. Lucía un maquillaje impecable, pero era ella. Sin lentillas para cambiar el color de los ojos, sin prótesis, sin peluca.

Era todo Patricia.

Tenía mejor aspecto que esa gacetillera, desde luego. Parecía más joven, más fuerte y, qué coño, más guapa también. Quizá debería haberse tomado la molestia de planchar el traje de McMullen, porque parecía que (ja, ja) hubiera dormido con él puesto.

Pero daba igual. Patricia Hobart era la estrella, tal como debía ser.

Había desaparecido la chica que soñaba con ser importante, que se

acurrucaba en la oscuridad y se imaginaba matando al chico que la había apodado Patty la Cerda, a las chicas que le habían robado las bragas y se las habían clavado al elefante, a su madre, a sus abuelos, a las familias perfectas que veía en el centro comercial.

Que soñaba, que soñaba con matarlos a todos, a todos ellos.

A todos ellos.

Mientras devoraba una bolsa de patatas fritas con sabor a crema agria y cebolla (una recompensa bien merecida, solo por esa vez), se escuchaba a sí misma. La claridad con la que narraba su historia, con la que le contaba al mundo cómo la habían maltratado y acosado. Sus padres, sus abuelos, los profesores, los putos acosadores del colegio. Se echó a reír, como hacía siempre, cuando llegó a la parte del chaval gilipollas que se cayó de cabeza de la bicicleta que ella había manipulado y se partió la cara.

Ojalá se hubiera roto el cuello, cómo le habría gustado que se hubiera roto el cuello.

¿Ves lo lista que había sido? Había nacido más lista que cualquier otra persona. El vídeo lo demostraba.

Y mira qué fascinada parecía McMullen. ¿Captas el sobrecogimiento de su voz? McMullen sabía que Patricia era mejor que ella. Entendía qué tipo de inteligencia, qué tipo de voluntad, se necesitaba para lograr todo lo que Patricia Hobart había conseguido.

Lástima que McMullen hubiera empezado a parlotear, había demostrado ser lo que siempre había sido: una oportunista más que buscaba hacerse rica, ponerse delante de las cámaras y fanfarronear.

—Una pena que me cabrearas —murmuró Patricia mientras se servía otro dedo de whisky antes de adelantar el vídeo hasta el asesinato.

De lo único de lo que se arrepentía era de no haber pensado en dar un paso adelante, de que no se le hubiera ocurrido ponerse al alcance de la cámara.

Habría disfrutado viéndose levantar el arma y disparar. Pero McMullen lo compensaba, la hacía volver a reírse.

—Ahí está, cara de pasmo y pum, pum, pum, pum. —Soltó una carcajada y cogió más patatas fritas—. ¡Toma buenas audiencias! Pero no para ti.

No, no para ti, pensó mientras retrocedía y elegía el fragmento. Un fragmento en el que ella era la estrella, en el que le decía a todo el puñetero mundo que, antes de cumplir quince años, ya tenía el cerebro, las habilidades y las perspectivas necesarias para planear un tiroteo masivo del tamaño y alcance del DownEast.

Lo estudió de nuevo, y una vez más, sin dejar de asentir, le complació su propia claridad, conforme con lo que consideraba una expresión de admiración y asombro en el rostro de McMullen.

Allí, a poco más de dos kilómetros de la casa de Reed, pirateó la cuenta de Facebook de algún imbécil de Nashville y adjuntó el vídeo a su muro.

Solo es el principio, pensó, y decidió que se merecía otro trago. Después del día 22, después de que (ja, ja, otra vez) hubiera disparado al sheriff, enviaría otro fragmento al puto FBI.

Satisfecha, levantó la vista hacia la pared de objetivos y la señaló con el dedo.

—Así que, Chaz Bergman, Cuatro Ojos, te toca. —Levantó la copa de whisky para brindar por él—. Nueva York, allá voy.

Volvió a poner el vídeo, lo vio todo desde el principio.

—Me alegro mucho de que hayas venido. —En su estudio, Simone abrazó a Mi—. Ojalá no tuvieras que marcharte tan pronto, un día no es suficiente.

—Te veré en la boda de Nari, en septiembre. A CiCi y a ti. Y lleva a Reed.

—De acuerdo. Y luego vendrás a la boda de Nat en octubre.

—Por supuesto. Y volveré en diciembre para la gran fiesta de CiCi, no queda nada. Pero... Vente conmigo, Sim, te lo pido de nuevo. Venid a Boston conmigo CiCi y tú, solo unos días.

—Sabes por qué no puedo. Reed no debería haberte pedido que intentaras convencerme.

—Él te quiere. Y yo también te quiero.

—Lo sé. Por eso te lo ha pedido y por eso has venido. Yo lo quiero a él, así que no puedo irme. Y te quiero a ti, así que tú sí tienes que irte.

—Eso no bastaría para obligarme a marcharme, pero Reed me obligó a jurar que me subiría a ese ferri de vuelta al continente contigo o sin ti. —Frustrada, Mi se metió las manos en los bolsillos—. No debería haberle dado mi palabra. Mañana es veintidós. ¿Por qué no fue suficiente para ella, Sim? Todas las muertes que causó su hermano no le bastaron.

—Siempre ha estado detrás de todo esto. Creo que su hermano no fue más que un arma defectuosa. Reed dice que Hobart está degenerando, cometiendo errores. Joder, Mi, ella ha colgado ese vídeo en Facebook. Tiene tal necesidad de atención que se ha arriesgado a hackear una cuenta y a publicarlo.

—Pero aún no han conseguido rastrear el origen del hackeo.

—Lo encontrarán. Aunque Reed la detendrá tanto si rastrean el vídeo como si no.

—Nunca te había visto creer en nadie, aparte de en CiCi, como en él.

—Y en ti.

—Trece años —dijo Mi con un suspiro, y se volvió hacia los estantes que contenían los rostros de los caídos—. Lo que estás haciendo aquí es muy importante. La gente olvida, y entonces se produce otra pesadilla seguida de otra. Y aun así, después del dolor y la indignación, la gente olvida. Nadie puede olvidar si mira lo que estás haciendo.

—Yo intenté olvidar.

—Pero nunca lo hiciste. ¿Y Tiffany? —Con cuidado, Mi bajó el busto—. Sigues teniéndola aquí.

—Para recordarme que todos los que sobrevivimos el veintidós de julio tenemos cicatrices. Pero sobrevivimos, Mi. Podemos recordar a los que no lo hicieron y, aun así, valorar la vida que tenemos. Tiffany no pretendía regalarme esa nueva perspectiva, pero lo hizo. Así que conservaré su cara en mi estudio a modo de agradecimiento.

Mi volvió a dejar el busto en su sitio.

—No has hecho a Tish.

—Quiero dejarla para el final. Ella es la que más significa para mí, así que necesito terminar con ella.

—Todavía la echo de menos. ¿Me harías un favor? No, no voy a presionarte para que te vengas conmigo —dijo cuando vio que Simone se ponía tensa—. Cuando estés lista para empezar con el busto de Tish, ¿me dejarás venir? Sé que no te gusta que haya nadie en tu espacio cuando estás trabajando, pero me gustaría estar aquí.

—Haremos algo mejor. Cuando esté lista, me ayudarás. Lo haremos juntas.

—Siempre has dicho que menos mal que me dedico a la ciencia y no al arte.

—Qué gran verdad. —Simone sonrió—. Pero lo haremos juntas. Y ahora voy a echarte para que no pierdas el ferri.

—Si te pasa algo...

—Pensamientos positivos.

Agarró a Mi de la mano y la guio fuera del estudio.

—Puede que no esté aquí, en la isla. Eso es un pensamiento negativo positivo.

CiCi salió de su estudio cuando bajaban las escaleras.

—Ya está casi anocheciendo. ¿Qué tal si brindamos por el final del día?

—Mi tiene que irse.

—Podría quedarme a tomar una copa.

—Perderías el ferri.

—Cogeré el siguiente.

—Estás escaqueándote —protestó Simone—. Has dado tu palabra.

—No debería haberlo hecho. —Enfadada consigo misma, Mi cogió su bolso. Se había subido al primer avión disponible después de la llamada de Reed, ni siquiera había hecho la maleta. Soltó un suspiro—. Reed pensó que me limitaría a llamarte, y cuando le dije que venía me puso contra las cuerdas. Es astuto e inteligente. Me gusta, Simone. Me gusta de verdad.

—A mí también. Podrás conocerlo con más calma cuando vuelvas. Tendremos tiempo de enseñarte la casa... y, para entonces, los planos de mi estudio ya terminados. Tendremos más tiempo —repitió de camino con Mi a la puerta.

—Quiero que mañana me envíes mensajes. Cada hora.

—Si eso es lo que necesitas, de acuerdo.

—Cuidaremos la una de la otra. —CiCi se despidió de Mi con un beso—. Vuelve pronto.

—Me siento como si te estuviera abandonando —dijo Mi mientras Simone la acompañaba hasta el coche que había alquilado en Portland.

—No me estás abandonando. Confías en mí. Esta isla siempre me ha ofrecido refugio cuando lo he necesitado. Eso no va a cambiar. Escríbeme cuando aterrices en Boston.

—Y mañana... a cada hora en punto, Sim.

—Lo prometo.

Simone la vio alejarse y regresó a la casa. Detectó un movimiento, se detuvo, vio que la mujer que paseaba por el tranquilo camino vacilaba.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó Simone.

—Ah, no. Bueno, lo siento. Solo estaba admirando la casa. Es muy bonita.

Singular. —Se llevó una mano a la tripa de embarazada y se ajustó las gafas de sol—. Estoy quedando como una cotilla —continuó con una sonrisa tímida—. En el pueblo me han dicho que aquí vive una artista famosa y quería verla de cerca, aunque ya la había visto desde la playa. ¿Es usted la artista famosa? CiCi Lennon, me dijo la señora de la galería.

Sucedía varias veces cada verano: alguien de fuera de la isla pasaba por allí con la esperanza de ver a CiCi Lennon y, a menudo, sacaba fotos de la casa.

Así que Simone sonrió.

—Es mi abuela.

Tenía el pelo rubio, se fijó Simone, y llevaba un sombrero de ala ancha. Una mochila, botas de montaña caras y una camiseta rosa que decía: BOLLO EN EL HORNO. Lucía unas piernas bien tonificadas y atléticas bajo unos pantalones caqui que le cubrían la mitad del muslo.

—Apuesto a que mi marido conoce su trabajo... El aficionado al arte es Brett. Me muero de ganas de contárselo. Somos de Columbus, hemos venido a la isla a pasar unas semanas de vacaciones.

No, pensó Simone, aquella voz tenía demasiado acento de Maine para ser de Ohio. Columbus, donde habían pegado un tiro a otro superviviente... y de donde era el matasellos de la última tarjeta.

—Espero que estén disfrutando de su estancia.

Simone dio un paso atrás, hacia la casa. Lo vio a pesar de las gafas oscuras, del sombrero, del bulto del vientre. Lo vio en la línea de la mandíbula, el perfil, la forma de las orejas.

Sabía de caras.

—Oh, muchísimo. ¡Son nuestras vacaciones prebebé! ¿Usted también vive aquí?

—La isla es mi hogar.

Otro paso atrás, otro, una mano estirada hacia el pomo de la puerta.

Sabía de caras, volvió a pensar, y advirtió el cambio. En el mismo instante, ambas se reconocieron.

Simone se precipitó hacia el interior mientras Patricia rebuscaba en su mochila. Simone cerró la puerta con llave y saltó hacia una CiCi atónita.

—Corre —le dijo.

Reed informó de nuevo a sus hombres y dio las gracias a los dos agentes del FBI que le había enviado Jacoby. Luego salió a caminar por el pueblo, por la playa. Pretendía volver a pie a casa, mantenerse a la vista. Así a lo mejor, solo a lo mejor, conseguía que Hobart saliera de su agujero, pensó.

Vio a Bess Trix a través de la puerta de cristal de la inmobiliaria Island Rentals y decidió probar de nuevo.

—Jefe, Barney. —La mujer negó con la cabeza—. La respuesta es la misma de siempre. Y mire, Kaylee puede confirmarlo. Ella limpia muchas de las cabañas y casas y, junto con Hester, supervisa al resto del equipo de limpieza.

—Muy bien, probemos. ¿Habéis tenido a alguien, sin contar a las familias, a las personas con hijos, que os parezca extraño? ¿O que le haya parecido extraño a alguno de los miembros del equipo de limpieza?

Kaylee puso los ojos en blanco y se agachó para acariciar a Barney.

—Jefa, si empiezo a hablarle de los veraneantes raros, estaríamos aquí hasta el martes que viene. Están los cuatro amigos de la cabaña Windsurf que pagan por que limpiemos tres veces por semana y que estoy segurísima de que practican intercambio de parejas más o menos con la misma frecuencia.

—Venga ya, Kaylee.

—Te juro que es verdad, Bess. Pregúntale a Hester, esa la limpiamos juntas.
—Se enrolló la punta de la trenza alrededor del dedo mientras se entregaba al

cotilleo—. Luego está la pareja que debe de rondar los ochenta años y que ha solicitado una limpieza diaria. Entre los dos se beben una botella de vodka cada veinticuatro horas. Y el tipo que tiene el segundo dormitorio cerrado a cal y canto y las persianas siempre bajadas. La esposa dice que es el despacho, pero no entiendo a qué se dedica el hombre para mantenerlo todo cerrado siempre.

—¿Tiene la puerta de ese dormitorio cerrada con llave?

—Bueno, jefe, tú también tienes una habitación prohibida en tu casa.

—No cierro la puerta con llave.

—Supongo que confías en que ni Hester ni yo entraremos a fisgonear.

—Pero él cierra la puerta con llave —repitió Reed.

—Sí, y al parecer trabaja mucho, aunque eso no le impide ponerse morado de whisky y ginebra... de los caros. Y de vino y cerveza, por si fuera poco.

—¿Está solo?

—Con su esposa. Y tengo que decir que la mujer es joven y guapa, pero no se han... acurrucado, ya me entiendes, desde que llegaron. La persona que cambia las sábanas se da cuenta de esas cosas.

—Kaylee.

—Bueno, me ha preguntado por cosas raras, Bess, y eso es raro. Hace que te plantees cómo es posible que la mujer se quedara embarazada. El marido tira ropa limpia al cesto de la colada, pero mejor eso que lo del grupo de...

—Sigamos con la pareja de... ¿Dónde están la mujer embarazada y el marido reservado?

—Oh, esa casa es Serenidad. Está bastante apartada. Tiene unas vistas bonitas desde la terraza de la buhardilla, pero está a un paseo de las playas y el pueblo.

—Algunas personas que buscan tranquilidad y privacidad —señaló Bess.

—Sí, es cierto. A él le gusta el senderismo, ¿y no obliga a la pobre mujer a

ir con él? Y cuando no la arrastra a hacer senderismo, se encierra en su despacho. Al menos los días que limpio.

—¿Qué aspecto tiene él? —le preguntó Reed.

—Pues... —Volvió a enrollarse la punta de la trenza en el dedo y frunció el ceño—. Bueno, ahora que lo preguntas, no sabría decirte porque no lo he visto nunca.

A Reed se le tensaron todos los músculos de la espalda.

—¿No lo has visto nunca?

—La verdad es que no, ahora que lo dices. Supongo que eso también es raro. Siempre que voy, está en la ducha o en su dormitorio o en el otro dormitorio. Luego salen a caminar. En esa casa siempre empiezo por la buhardilla y termino antes de que vuelvan.

—Enséñame la reserva —pidió a Bess—. ¿Tú lo conoces? —le preguntó.

—Creo que no. Hizo la reserva por internet y, si no me equivoco, ella recogió las llaves y el detalle porque él se retrasaría un par de días. A ella la he visto por ahí, pero... Aquí está. Brett y Susan Breen, Cambridge, Massachusetts.

—Vaya, eso también es raro —dijo Kaylee—. El coche, un bonito todoterreno plateado, tiene matrícula de Ohio.

—Marca, modelo, año —exigió saber Reed.

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—No sé el año —intervino Bess—, pero es un Lincoln. Mi hermano tiene uno igual, lo vi cuando llegó. Es plateado, como dice Kaylee, y bastante nuevo, diría yo.

—Descríbemela —volvió a exigir Reed a Kaylee.

—Eh... es joven y guapa, pero no de una forma natural. Nunca la he visto sin maquillaje, ni siquiera cuando tiene el pelo mojado porque acaba de salir de la ducha. No puede tener más de veintiséis años o así. Pelo rubio, y más o

menos de mi estatura. Creo que tiene los ojos azules, pero tampoco la he visto mucho. Como ya te he dicho, se van cuando estoy allí. Está embarazada, eso seguro.

No necesariamente, pensó Reed.

Acelerado, sacó una tarjeta.

—Llama a este número, dile a la agente especial Jacoby que necesito que me informe de todo lo que sepa sobre esos nombres.

—¿Al FBI?

—Ya.

Salió corriendo, cogió la radio.

—Matty, puede que tenga algo. Quiero que Cecil y tú os reunáis conmigo en Serenidad, la casa de alquiler. No os acerquéis, solo vigiladla. Cojo mi coche y voy para allá.

Llegó antes que sus compañeros. Se fijó en que no había ningún coche en el camino de entrada, ni luces encendidas a pesar de que el crepúsculo iba ganando terreno. No puso la correa al perro mientras rodeaba la casa. Quería que Barney pudiera huir si surgían problemas.

Por las ventanas escudriñó el salón, la sala de estar abierta, la cocina, el comedor. Un par de botas de montaña de hombre —a juzgar por la talla— descansaban junto a la puerta. Curioso, pensó. Un hombre que hace senderismo a menudo debería tener unas botas más gastadas. Aquellas parecían recién sacadas de la caja.

Un solo plato y un solo vaso esperaban en la encimera, junto al fregadero.

Intentó abrir la puerta... estaba cerrada con llave.

Se acercó a las ventanas del dormitorio. Otro vaso solitario... a un solo lado de la cama, y las almohadas apiladas también en un solo lado. Una única toalla colgada de las puertas de la ducha, advirtió. La puerta del dormitorio que daba a una pequeña terraza también estaba cerrada con llave.

Se asomó a las ventanas del baño principal —cerradas—, pero a través de ellas vio maquillaje, mucho maquillaje, esparcido por la superficie del mueble —de dos lavabos—y los artículos de higiene masculina apilados en un montón en el lado opuesto.

—Has montado un buen número, Patricia, pero no ha sido suficiente.

Intentó abrir la puerta trasera antes de rodear la casa en dirección a las ventanas del segundo dormitorio. Vio que las persianas estaban bajadas del todo, empujó las ventanas y vio que también estaban cerradas.

Cuando se llevó la mano al bolsillo para sacar la navaja, oyó que llegaban sus ayudantes.

—Emitid una orden de búsqueda de un todoterreno Lincoln plateado —ordenó—. Matrícula de Ohio. Y de una mujer rubia, de unos veinticinco, aparentemente embarazada. Id a la parte delantera y hacedlo.

Matty lo miró, y miró las ventanas cerradas.

—¿Piensa abrir esa ventana haciendo palanca, jefe?

—A la parte delantera, ayudante.

Matty le tendió una enorme navaja multiusos.

—Con esto lo harás mejor y más rápido que con ese triste cortaplumas. ¿La que parece embarazada es Hobart?

—Vamos a averiguarlo. —Reed aceptó la navaja multiusos.

—Joder, mierda. ¿Vamos a entrar por la fuerza?

Sin mirar a Cecil, Reed se puso a trabajar en la ventana.

—Emite la orden de búsqueda. Si me equivoco, deberemos una disculpa a una mujer embarazada y a su marido paranoico. Si no, tendré que dar muchas vueltas a la causa probable.

—No, salvo que se te escape lo de que has forzado la ventana. Esa ventana estaba abierta cuando hemos llegado —dijo Matty como si tal cosa—. Y la

persiana, levantada lo justo para que viéramos el interior. ¿Que no hay nada que ver? Pues tampoco hay daño.

Reed abrió la ventana unos centímetros y empujó la persiana hacia arriba.

—Me cago en la leche —dijo Matty cuando se agachó a su lado para echar un vistazo.

—¡Cecil! La sospechosa descrita es Patricia Hobart. Va armada y es peligrosa. Que suspendan el ferri.

—¿Que lo suspendan?

—Que no salga de la isla hasta que yo lo autorice. Matty, quiero a tres hombres apostados en esta casa, donde no se los vea. Nick, Cecil y... Lorraine es de fiar. Ponlo en marcha. Todos los demás, junto con nuestros amigos del FBI, iniciaremos una búsqueda a pie.

Sacó la radio para empezar a coordinarlo todo, pero justo entonces le sonó el móvil.

—Simone, necesito que...

—Está aquí, en casa de CiCi. —Aquella voz, jadeante de miedo, le heló la sangre—. La he visto, es rubia, lleva una barriga de embarazada de mentira. Está...

Reed oyó el silbido del viento, el rumor del agua y el pánico en la voz de Simone.

—¿Dónde estás?

—Corriendo. Por la playa, en las rocas. He oído que rompía un cristal, pero todavía no ha salido. Date prisa.

—Poneos a cubierto, no os mováis, no hagáis ruido. Está en casa de CiCi —dijo mientras corría hacia su coche—. Que todo el mundo vaya hacia allí. Nick y Lorraine aquí, en esta casa, por si se escabulle. Que suspendan el puto ferri.

Como si percibiera la urgencia y las complicaciones, Barney saltó por la

ventanilla del pasajero, que estaba abierta, pero, por una vez, no sacó la cabeza.

CiCi estuvo a punto de caerse cuando llegaron a la playa.

—Tú eres más rápida. Vamos, cariño, vete.

—No malgastes el aliento. Solo tenemos que llegar a las rocas y escondernos detrás. —Se arriesgó a mirar hacia atrás—. Pensará que estamos en la casa. Tendrá que registrarla primero.

A menos que se asome por los ventanales. Simone apretó el puño en torno al cuchillo de cocina que había cogido antes de salir corriendo. Correr, pensó, esconderse. Y cuando no hubiera elección, luchar.

Llegaron a las rocas, se agazaparon detrás. El agua les empapaba los zapatos, los tobillos y las pantorrillas; la espuma las azotaba y helaba.

—Reed está en camino.

—Lo sé, cariño. —Casi sin aliento, CiCi se concentró y consiguió realizar unas cuantas respiraciones para calmarse—. Tú nos has puesto a salvo, y él está en camino. La marea está subiendo.

—Somos buenas nadadoras. Y tal vez tengamos que nadar. Podría ver nuestras huellas en la playa.

Más tranquila, y decidida a seguir así, CiCi negó con la cabeza.

—Está oscureciendo, eso hará que sean difíciles de detectar. Si las ve, si empieza a bajar, quiero que te vayas nadando, que nades en dirección al pueblo. Escúchame bien —añadió cuando Simone negó con la cabeza—: he vivido mucho, y he aprovechado la vida más que la mayoría de la gente. Haz lo que te digo.

—O nos hundimos juntas o nadamos juntas. —Con mucho cuidado, Simone echó un vistazo por encima de las rocas y se agachó de nuevo—. Está en el

patio. No te apartes de las rocas. El sol se ha puesto y la luna todavía no ha salido. No puede vernos.

El agua ya les llegaba a las rodillas, la resaca de las olas tiraba de ellas.

Reed vio el todoterreno a medio kilómetro de la casa de CiCi y tomó una curva a tal velocidad que los neumáticos de su coche gritaron casi tan fuerte como su sirena.

¿Oyes eso, Patricia? Voy a por ti.

Lo oía, pero ya había empezado a bajar las escaleras que llevaban a la playa. La puta del nueve uno uno, pensó con una rápida punzada de pánico. El puto cierre del círculo. Pensó en escapar, a lo mejor conseguía llegar a su coche, pero tenía pocas probabilidades.

No debería haberse tomado esa copa antes de acercarse a la casa de la artista vieja, hippie y friki, eso lo reconocía. Y tal vez no debería haberse quedado ahí plantada mirando a la puta y a su amiga asiática. Tanto abrazo y besuqueo la asqueaban. Lesbianas, seguro.

No debería haberse puesto a hablar con la puta de Simone Knox, no debería haberse acercado tanto, pero se había quedado absorta.

Estaba cerca, muy cerca. Pum, pum, estás muerta.

Se había lanzado sin estar preparada del todo, pensó, igual que JJ.

Ya no tenía sentido preocuparse por eso. Solo tenía que ser lista, como siempre, y terminaría con todo un poco antes de lo previsto.

La luz cada vez era más tenue, y Patricia retrocedió hacia la subida. Se ocultaría hasta que los policías —ojalá Quartermaine fuera uno de ellos—

llegaran por lo menos hasta la mitad de la escalera. Acabaría con todos, hasta con el último policía de aquella isla de mierda.

Acabaría con ellos, pensó, y se quitó el vientre falso para ganar movilidad; se ocultaría en la oscuridad y alcanzaría el agua. Nadaría hasta el puerto deportivo y robaría un barco. Se detendría en algún punto de la costa y robaría un coche. Tendría que recurrir a alguna de sus cajas de seguridad para hacerse con dinero y documentos, con otra arma, pero se las arreglaría.

Ella siempre se las arreglaba.

Y algún día volvería a por la puta que había causado toda aquella mierda. Que lo había causado todo.

Observó las rocas y se preguntó si podría lograrlo antes de que llegaran los policías. Se preguntó si la puta y la vieja hippie friki estarían allí escondidas.

Se preparó para echar a correr cuando oyó que la sirena se detenía.

—Necesito volver a mirar —susurró Simone—. Necesito ver.

—Ha tenido que oír las sirenas. Tiene que saber que Reed está en camino.

—Necesito ver.

Simone se levantó con cautela y trató de distinguir en la creciente oscuridad. Aún sin luna, ni una estrella. Estaban en ese lapso intermedio entre el día y la noche.

Entonces vio a Reed, que salía al patio con el arma desenfundada y la movía hacia la derecha, hacia la izquierda, hacia la derecha de nuevo. Simone dejó escapar un largo suspiro de alivio, pero volvió a quedarse sin aliento al detectar movimiento debajo de la casa.

—Maldita sea, ¿qué está pasando? —CiCi se asomó a su lado—. Gracias a los dioses y a las diosas, ahí está nuestro héroe.

—No la ve. Va a bajar a por nosotras y no la ve.

—¿Qué estás haciendo? Simone, por el amor de Dios...

Simone se encaramó a las rocas y, cuando las olas intentaron derribarla, se quitó los zapatos. Consiguió ponerse de rodillas y gritó a Reed.

Sucedió rápido, aunque él lo reviviría incontables veces a cámara lenta. La oyó por encima del ruido del agua, vio a Simone, la silueta de Simone, arrodillada sobre las rocas. Agitaba los brazos, señalando, cuando Barney estalló en ladridos de felicidad y bajó corriendo los escalones de la playa.

Cuando llegó abajo, Barney miró a la derecha, se agachó para protegerse y se echó a temblar.

Patricia salió y se volvió hacia la izquierda para disparar.

Reed apretó el gatillo. El disparo de Hobart le rozó el hombro, justo por encima de la cicatriz. Él la alcanzó tres veces a ella, en el pecho.

Siguió bajando sin dejar de apuntarla y dio una patada al arma que a Hobart se le había resbalado de entre las manos, para que no la alcanzara.

Aún consciente, jadeando, ella lo miraba con unos ojos azules teñidos de dolor y furia.

—Ni se te ocurra morirte aquí, Patricia. ¡Llamad a una ambulancia! —gritó cuando sus ayudantes invadieron el patio y varios agentes más llegaron por el lado norte de la playa, como se les había ordenado—. Sospechosa abatida. Ha caído. Un par de vosotros llevad a Simone y a CiCi a casa para que entren en calor y se sequen.

—Jefe —Matty se situó a su lado cuando Reed se arrodilló para empezar a aplicar presión a las heridas que Patricia tenía en el pecho—, te ha dado.

—Nada grave. Sé lo que se siente cuando te dan de lleno, solo me ha rozado. Gracias a mi chica y al tonto del culo de mi perro, solo me ha rozado. Sigue respirando, Patricia. Quiero pensar que vas a cumplir unas cuantas cadenas perpetuas consecutivas en una celda. Sigue respirando.

—Reed.

Levantó la vista hacia Simone y CiCi, ambas pálidas, con los ojos demasiado oscuros, temblando.

—Subid y poneos ropa seca. Cuando podáis, las dos prestaréis declaración con Matty y Leon. Por separado. Yo iré en cuanto pueda. Ya no hay nada de lo que preocuparse.

Quería abrazarlas a las dos, tocarlas, pero no con las manos cubiertas de sangre.

—Te ha disparado. Te...

—Vas a obligarme a decirlo. Es solo una herida superficial, estoy bien. CiCi necesita entrar en calor y secarse. Llevaos a Barney, por favor. Él también está un poco alterado.

—Ha llegado la ambulancia. —Cecil bajó a toda prisa—. Ya están bajando.

—Bien. Cecil, quiero que te pongas guantes, abras la funda de mi arma y la cojas hasta que tengamos todas las declaraciones. Matty está al frente ahora, hasta que la situación se aclare.

—No, señor, jefe.

—Cecil, es el procedimiento.

—No lo haré. Puedes despedirme, pero no lo haré.

—Tendrá que despedirme a mí también —dijo Matty—. Y a todos los demás, porque ninguno de nosotros piensa hacer algo así.

—Ah, vaya.

Reed se puso de pie y se apartó para dejar que los paramédicos tomaran el mando.

Aunque Matty corroboró el testimonio de Simone, pues se encontraba diez pasos por detrás de Reed en el momento de los hechos, el jefe de policía declaró ante Leon.

—Coge mi arma.

—No.

—Ayudante Wendall, coge el arma que he disparado para que mantengamos impoluta la cadena de pruebas. No te estoy pidiendo que me sustituyas, solo que te lleves el arma, la embolse, la selles y la etiquetes. Tengo una de repuesto en una funda de tobillo, la llevo desde el día de los Caídos.

Leon lo meditó y se frotó la barbilla.

—De acuerdo. Ve a que te curen ese brazo, jefe.

Reed declaró ante los federales mientras uno de los médicos de la isla le daba puntos en la cocina de CiCi.

Mi había tenido que volver debido a la suspensión del servicio de ferri, así que las tres mujeres permanecían sentadas, juntas, y se negaban a moverse a pesar de que a su alrededor continuaba el trabajo en el lugar de los hechos.

Jacoby entró y se sentó delante de Reed.

—La isla de la tranquilidad, ¿eh?

Reed no pudo evitar sonreír.

—Por lo general, sí. ¿Cómo está Hobart?

—La han trasladado en avión a Portland porque la clínica de la isla no está equipada para heridas tan graves. Ha entrado en quirófano. Le he pedido a tu

antigua compañera que colabore con nosotros al otro lado. Le gustaría tener noticias tuyas cuando puedas, y me ha pedido que te diga que se pondrá en contacto con tu familia para que sepan que estás bien.

—No eres mala tía para ser federal. Mi ayudante Leon Wendall tiene mi arma, sellada y etiquetada. La he disparado tres veces. ¿Quieres que repita la declaración?

—No, la tengo. Estamos trabajando en la casa de alquiler y en el coche. Si Hobart sobrevive hasta el juicio, tenemos todo lo que necesitamos. A menos que cuente con otro alijo, parece que se estaba quedando sin identificaciones falsas. En la casa solo hay un par. Está claro que ha ido perdiendo el control desde que le disparaste... la primera vez. Volveremos a hablar, pero quería decirte... —Se levantó, le tendió una mano—. Ha sido un placer trabajar contigo, jefe.

—El placer ha sido mío, agente especial.

Como Matty se negaba a hacerse cargo, Reed coordinó a los ayudantes, habló con la alcaldesa, que llegó corriendo ataviada con una camiseta rosa con volantes y unos pantalones de pijama con un estampado de estrellas de mar, y atendió al editor del *Tranquility Bulletin*.

Tendría que hacer una declaración oficial y encargarse de la avalancha de periodistas que llegaría desde el continente, pero eso podía esperar.

Como Essie ya había tranquilizado a su familia, se pondría en contacto con todos ellos un poco más tarde.

Reed dejó todo lo demás a un lado por el momento y se acercó a sentarse a la mesita de café frente a Simone, CiCi y Mi.

—¿Cómo estáis?

Primero le puso una mano en la rodilla a CiCi.

—Estaré mejor cuando pueda fumarme un par de porros, pero esperaré a que se vaya la pasma para no avergonzar al jefe de policía.

—Te lo agradezco. Siento no haber sido más rápido, no haberla encontrado antes de...

—Calla. Calla. Calla. —Simone le agarró la cara con fuerza, apretó sus labios contra los de él y volcó hasta el último resquicio de su corazón en el beso—. Has hecho exactamente lo que prometiste. Y yo también. Así que calla.

—Te pondré un whisky —decidió CiCi.

—Tendrá que ser café durante un rato, soy el jefe y estoy de servicio.

—Voy a por él. Tú siéntate. —Mi acarició el brazo a CiCi, se levantó y luego se agachó delante de Reed y le echó los brazos al cuello. Se aferró a él—. Ellas son mi familia —le dijo—. Ahora tú también. —Se enderezó y se marchó a la cocina.

—Estas chicas me tratan como si fuera una anciana —protestó CiCi—. No me gusta, así que no vayas tú también por el mismo camino. ¿Cuándo van a largarse estos polis de mi casa? A ti no te incluyo, claro.

—No tardarán mucho. —Reed volvió la mirada hacia la puerta de cristal rota—. Cubriremos eso con tablonos.

Ella asintió.

—Mi quiere llamar a su familia. Va a correrse la voz y, aunque no les había dicho que iba a venir, se preocuparán por Simone y por mí. Igual que Tulip, Ward y Natalie.

—Podéis llamar a vuestra familia.

—Entonces voy a servirme un whisky y les llamo. —CiCi se levantó—. Dejad de acaparar al hombre un segundo. —Se agachó hacia Reed—. Eres la respuesta a mis plegarias a todos los dioses y diosas. Saca a estos policías de

aquí en cuanto puedas... Tengo que limpiar mi casa con salvia blanca. Y llévate a Simone a casa.

—Esta noche nos quedamos aquí —respondió Reed.

—¿Porque soy una anciana?

Reed apartó a Simone deliberadamente y susurró a CiCi al oído.

—Porque eres el amor de mi vida, pero tengo que conformarme con ella. — Cuando CiCi se echó a reír, Reed la besó en la sien—. Y porque Simone no se muda hasta el veintitrés, y ese día vendrás a casa a cenar.

—Entonces acepto. Mi, sírveme un whisky, y tú prepárate cualquier cosa que te apetezca. Luego subimos y hacemos esas llamadas. Las mías provocarán histeria al otro lado de la línea, así que pónmelo doble. Hablamos por la mañana —le dijo a Simone, y luego sonrió a Reed—. Delante de unas tortitas de arándanos y bloody maries.

—CiCi todavía podría cambiar de opinión —reflexionó Reed al coger el café que Mi le ofrecía.

—¿Podemos salir un momento? —preguntó Simone.

—Claro. Sigo siendo el jefe de policía. No dejes que esto te fastidie esta casa, la playa, nada.

—No lo hará —contestó Simone cuando salieron al patio y pudo respirar hondo y con calma—. No puede fastidiarme nada.

Abajo, en la playa, seguía habiendo luces, los policías continuaban haciendo su trabajo. A Simone le daba igual. Reed estaba con ella.

—Cuando se vayan, ¿podremos dar un paseo por la playa? —Apoyó la cabeza en el hombro ileso de Reed—. Nuestra versión de un par de porros y un poco de salvia blanca.

—Claro.

—Tienes que llamar a tu familia.

—Essie ha hablado con ellos, así que saben que estoy bien.

—Tienes que llamarlos tú. Necesitan oír tu voz. Hazlo, yo esperaré.

—Si tú llamas a la tuya, yo llamo a la mía.

—CiCi ya está hablando con mis padres.

—Llama a tu hermana.

—Tienes razón. —Simone tomó aire—. Tienes razón.

Mientras hablaba con su hermana, oyó que Reed comentaba por encima algunos detalles con su familia mientras calmaba al todavía nervioso Barney con caricias largas y suaves.

No lo culpó por pasar de puntillas sobre ciertas cosas, ya que ella hizo exactamente lo mismo. Las duras verdades podían esperar un poco más.

Guardó el móvil, miró hacia el mar y esperó a Reed.

—Vienen mañana —le dijo a Simone—. No he podido persuadirlos.

—Bien, porque Natalie vendrá con Harry, y apuesto a que mis padres también.

—Supongo que tendremos que encender la barbacoa.

Simone le besó el hombro vendado.

—Y mañana me lo contarás todo. He oído retazos, pero quiero que me lo cuentes todo. Esta noche no, mañana. Aunque creo que ya es mañana, pero por la mañana, después de las tortitas.

—Trato hecho. Me has salvado. Podría haber vuelto a pillarme por sorpresa.

—No creo. Lo he visto todo, y no creo. Pero dejémoslo en que nos hemos salvado el uno al otro. Y él ha ayudado —agregó mirando a Barney.

—Caviar para perros de por vida.

—Y huesos con sabor a champán.

—Menuda vida va a pegarse Barney. Lo siento. —Reed sacó el móvil—. ¿Jacoby? Sí. —Exhaló con fuerza—. Sí, gracias por informarme.

Se quedó mirando el teléfono un momento, luego lo guardó.

—No ha sobrevivido. Hobart. Lo han certificado a las doce treinta y ocho.

—Del veintidós de julio —añadió Simone—. Trece años después de aquel día. —Le agarró las manos—. CiCi diría que es el karma, o la mano del destino, y no iría desencaminada. Es una puerta que se ha cerrado, Reed, para los dos. Y para todas las personas a las que pretendía hacer daño por el mero hecho de haber sobrevivido.

—Ha oído las sirenas, ha tenido que oírlas, pero ni siquiera ha intentado escapar. Así que sí, es una puerta que se ha cerrado.

Reed dio la vuelta a las manos de Simone y se las besó. Se las había rasguñado un poco en las rocas.

—Vamos a dar un paseo por la playa —le dijo— y a empezar el capítulo siguiente de nuestra vida. Y como ya te he convencido de dar el primer paso (que te vengas a vivir conmigo), voy a empezar a hablarte del segundo. Sobre todo porque la puerta está cerrada y yo estoy herido.

—¿En qué consiste exactamente el segundo paso?

—Tenemos que hablar de unas cuantas cosas. No me contestaste a la pregunta de la boda elegante. Yo prefiero algo sencillo, pero soy flexible.

—No tanto como pretendes. Ni siquiera hemos dado el primer paso aún.

—Hoy es el día. Además, ay, estoy herido. Están recogiendo. Venga, demos ese paseo por la playa.

Junto a él, Simone bajó los escalones que horas antes había bajado corriendo con la mujer más importante de su vida.

La luna ya bañaba el mar de luz, derramaba un resplandor plateado sobre las rocas que habían dado refugio tanto a ella como a la mujer a la que ambos querían.

Simone no miró hacia la arena donde se había derramado sangre. El tiempo, el viento y la lluvia la harían desaparecer. Ella esculpiría a los caídos en

bronce, y ellos permanecerían. Ella caminaría con Reed hasta el mañana, y él permanecería.

Cuidarían juntos de una casa, y de un perro bueno y dulce, y vivirían cada día como un valioso regalo.

Se volvió hacia él.

—No digo que esté preparada ni para dar el segundo paso ni para que me convenzas de darlo, aunque estés herido.

—Sangre. Agujas. Suturas.

Ella volvió a besarle el hombro con suavidad.

—En este momento solo estoy dispuesta a decir que me gustan las cosas sencillas.

Él sonrió, le besó los dedos y después caminó por la playa junto a ella con el perro trotando detrás.

Un año más tarde

En el parque donde un Reed Quartermaine de diecinueve años preguntó a la agente Essie McVee qué tenía que hacer para convertirse en policía, se habían congregado cientos de personas. Tanto los supervivientes como los seres queridos de los caídos sostenían una rosa blanca y una ramita de romero.

La alcaldesa de Rockpoint pronunció un discurso breve bajo el cielo azul del verano mientras las gaviotas blancas sobrevolaban el mar. Entre los reunidos, los niños se movían inquietos, un bebé lloraba.

Simone ocupó su lugar, contempló los rostros, las lágrimas ya derramadas. Luego miró a Reed, de pie junto a su familia y la de ella.

—Hum, gracias, señora alcaldesa, y gracias a mi padre, Ward Knox, y a mi abuela, la increíble CiCi Lennon, por hacer posible que esta obra se coloque

en Rockpoint Park. Gracias a mi madre, Tulip Knox, por ayudarme a organizar esta... reunión de hoy para descubrirla.

Había intentado preparar un discurso, escribirlo y ensayar, pero todo lo que se le ocurría resultaba frío, forzado y, bueno, preparado.

Así que hizo lo que le había aconsejado CiCi. Habló desde el corazón.

—Yo estuve allí —comenzó—, el veintidós de julio, hoy hace catorce años. Perdí a una amiga, una chica preciosa —continuó, mirando hacia la familia Olsen—. Una amiga a quien todavía extraño, todos los días, igual que muchos de los presentes perdisteis a alguien a quien queríais y extrañáis todos los días.

»Durante mucho tiempo intenté olvidar lo que había pasado. Puede que algunos entendáis a qué me refiero cuando digo que intenté fingir que lo había superado y que no tenía ningún efecto sobre mi vida. Creía que era lo que necesitaba hacer para sobrevivir. Pero me equivocaba, y todos los que estáis aquí, todos vosotros sabéis que, a pesar de que tenemos que seguir adelante, nunca deberíamos olvidar.

»Conocéis su rostro, el del hijo o la hija, la madre o el padre, el hermano o la hermana, el marido, la esposa. Vosotros los conocéis. Yo he llegado a conocerlos, y espero que, al conocerlos, al honrarlos, nadie los olvide jamás. Espero que consideréis esto no como un monumento conmemorativo, sino como un recuerdo. Me gustaría dedicar esta obra no solo a aquellos a los que queríamos y perdimos, sino a todos nosotros. Todos ellos están, como lo estamos nosotros, conectados, pero no solo por la tragedia, sino también por el amor.

Tendió la mano a Reed y esperó a que Essie y Mi ocuparan su lugar al otro lado de la cortina.

—Vale. —Respiró hondo—. Vale.

Juntos levantaron la cortina.

Había esculpido la estatua de bronce en una curva elegante. La componían más de un centenar de rostros, todos conectados por rosas y romero entrelazados. Todos suavemente recubiertos de una pátina de azules y verdes tranquilos. En la curva de la base había grabado todos los nombres, todos ellos, en bajorrelieve.

Simone apretó la mano de Reed mientras escuchaba los llantos y fue incapaz de desviar la mirada de los rostros que había esculpido hacia los rostros que lloraban.

Entonces oyó la voz de CiCi, de la increíble CiCi, que empezaba a cantar «The Long and Winding Road», de los Beatles.

Algunos se le sumaron, vacilantes al principio, y luego con más convencimiento si se sabían la letra.

Entonces Simone pudo mirar, y vio manos agarradas como las de Reed y ella. Vio a gente que se abrazaba. Vio lágrimas, vio consuelo.

Cuando ella misma rompió a llorar, se volvió hacia Reed y allí encontró su consuelo.

Y cuando la canción terminó, la gente se adelantó. Algunos se agachaban para acariciar una cara con la mano. Otros se acercaban a ella para estrecharle la mano o abrazarla.

Reed le presentó a una mujer.

—Simone, esta es Leah Patterson. La madre de Angie.

—Necesito que lo sepas. —Leah agarró ambas manos a Simone—. Necesito que entiendas de verdad lo que esto significa para mí. La gente sabrá que estuvo aquí. Que vivió. No puedo expresarte mi agradecimiento.

Leah se acercó a la escultura y depositó una rosa blanca en la hierba, junto a la base, como habían hecho otros.

Tulip esperó a que la multitud se dispersara antes de ir a hablar con Simone.

—Estoy muy orgullosa de ti.

—Estamos muy orgullosos de ti —dijo Ward, que la besó en la mejilla y sonrió—. Habrías sido una abogada terrible.

—Vaya, ¿a que sí?

—Ya tengo dos abogados buenos en la familia. —Se volvió para mirar a Harry y a Natalie, que se acariciaba el vientre abultado—. Y puede que uno en la generación en proceso.

—Ward. —Tulip dio unas palmaditas en el brazo y miró a Simone con los ojos entrecerrados—. ¿De qué color es ese pelo?

—Bermellón Magnífico con reflejos Diosa Dorada.

—Nunca lo entenderé, y a ti tampoco. —Dio un abrazo a Simone—. Pero te quiero de todos modos.

—Ídem.

—Reed. —Cuando Tulip le ofreció una mejilla, Reed se inclinó para besarla—. Supongo que no podrás convencer a mi hija de que os vengáis a cenar esta noche al club, vosotros dos y mi madre.

—Te lo agradecemos, pero tenemos que volver. Estoy de servicio esta noche.

—Bueno. —Le enderezó la corbata y le pasó la mano por las solapas—. Espero veros pronto.

Reed dio la mano a Ward y los observó alejarse.

—Te has tomado el día y la noche libres —le recordó Simone.

—Estoy de servicio en la barbacoa. Vamos a despedirnos de Essie y su familia, y luego cogemos a Mi y a CiCi y nos vamos a casa. Tengo que deshacerme de esta corbata.

—Adelántate. Voy en un minuto, antes quiero hablar con Nat.

Reed se dirigió hacia Essie y el bebé que llevaba en el cochecito.

—Hola, Ariel.

La niña gorjeó, sonrió, agitó un puño regordete, y luego volvió a roer un

mordedor.

—¿Dónde están los hombres y los perros? —preguntó Reed.

—En los columpios. Bueno, Dylan está en los columpios mientras Hank lidia con él y con los perros.

—Está claro que se ha ganado a Barney. Le agradezco que haya conducido el rebaño mientras nos encargábamos de todo eso. —Miró hacia el banco donde se habían sentado tiempo atrás—. A veces parece que fue hace una eternidad, y a veces que fue ayer.

—No cambiaría ni una sola cosa desde el momento en que nos sentamos en ese banco.

—Yo, tampoco. Bueno, tal vez lo de recibir un disparo, aunque una cosa lleva a la otra. ¿Has visto a la señora Leticia Johnson?

—Sí.

—Ha sido un detalle por su parte venir. —Se volvió hacia la suave curva de bronce—. Un detalle.

—Es preciosa, desgarradora e importante. La miro y me entran unas ganas terribles de abrazar a mis hijos, a Hank y a todas las personas a las que quiero.

—Pues venga —ofreció Reed—. Reúne a tu familia y veníos a pasar el resto del fin de semana. Esta noche hay barbacoa. No digas que no. Ve a casa a meter unas cuantas cosas en una maleta y coged el ferri.

—¿Tienes idea de cuántas cosas hay que meter en la maleta de un bebé y de un niño?

—Todavía no. Un día de estos. Venga, Essie, terminemos este día con un poco de alegría, corramos un tupido velo sobre lo que pasó en la isla hace un año.

Essie resopló.

—Tú ganas.

—Genial. Voy a buscar a mi perro y a decírselo a Hank.

Simone le dijo adiós a Natalie con la mano y se agarró del brazo de CiCi.

—¿Tenías planeado lo de los Beatles?

—No. Se me ha ocurrido de repente. Me ha parecido la canción adecuada, y me ha parecido que necesitábamos una canción. Tesoro. —Suspiró, apoyó la cabeza en la de Simone mientras contemplaban la escultura con las flores esparcidas por la base.

—Puse a Tish en el centro. Necesitaba hacerlo. Ella era mía. Todos se convirtieron en parte de mí, pero ella lo fue primero, y siempre lo será.

—Y así debe ser. Veo que nuestro Reed viene hacia aquí con Barney. Iré a por Mi. Es hora de volver a casa, dejarle encender la barbacoa y poner algo de música. Quiero bailar en la arena.

—Bailaré contigo. Solo necesito un minuto más.

—Ya era hora, maldita sea. —Y CiCi ejecutó un pequeño paso de baile allí mismo—. Soy algo adivina —añadió—. Venga, hazlo sonreír. —Dio un empujoncito a Simone.

Con una leve risa y un breve gesto de negación, Simone decidió que quizá su abuela sí fuera algo adivina.

Se encontró con Reed y su fiel Barney delante de la escultura.

—Les he pedido a Essie, a Hank y a los niños que cojan unas cuantas cosas y se vengan a casa. Creo que necesitamos una buena fiesta.

—Me parece una idea genial. Mi puede dormir con CiCi.

—Estupendo. ¿Estás lista?

—Casi. —Le cogió la cara (oh, qué bien conocía aquella cara) con ambas manos—. Quiero algo sencillo. Puede que una fiesta salvaje después, pero el evento principal sencillo.

—Pensaba hacer hamburguesas y... —Apareció la sonrisa, lenta—. ¿Cuándo? Tengo que hacerme un hueco en la agenda.

—El verano es complicado para el jefe de policía. ¿Qué te parece el primer sábado de septiembre? La isla estará bastante tranquila de nuevo.

—Me va bien el primer sábado de septiembre.

—En casa de CiCi. Nadie mejor que CiCi para montar una fiesta salvaje, y Mi y ella serán mis damas de honor. Nada de etiqueta de gala, nada de fracs.

—¿Puedo empezar a decirte lo mucho que te quiero?

—Ya llegarás a eso. CiCi querrá que oficie la ceremonia alguna sacerdotisa de la Wicca amiga suya. Me gustaría dejar que se saliera con la suya.

—Mientras la sacerdotisa en cuestión tenga licencia para casarnos, por mí no hay problema. ¿Puedo empezar a decírtelo ya?

—Casi. Quiero que la ceremonia sea al atardecer. No quiero unos votos tradicionales, pero sí intercambio de anillos. Y quiero ir a Florencia de luna de miel. —Reflexionó y asintió—. Creo que eso cubre lo indispensable. Ahora ya puedes hacer tus aportaciones.

—Daré mi consentimiento a todo eso. Mi única cláusula, en este momento y hasta los votos... hasta cuando sea legal, es que si CiCi me hace una señal con el dedo y me dice «Vamos, Reed, cojamos un barco a ninguna parte», adiós muy buenas.

—Me parece justo.

Sonriendo, Reed la levantó del suelo y la hizo girar en círculos. Barney saltaba y meneaba la cola a su alrededor.

CiCi pasó un brazo por encima de los hombros de Mi mientras los miraba.

—Das miedo, CiCi. Das miedo del bueno.

—Doctora Jung, vamos a montarle a nuestra chica una boda de tres pares de narices.

A través de una neblina de lágrimas de felicidad, continuó observando cómo un hombre al que adoraba hacía girar a su mayor tesoro delante de la curva de bronce, la colina de rosas blancas.

La nueva novela de suspense romántico de la maestra del género.



Aquel caluroso día de verano, en cuanto sonaron los disparos en el centro comercial de Rockpoint, Simone Knox buscó un lugar donde refugiarse, tal y como le habían enseñado. Ella tuvo suerte y escapó de la muerte, pero nunca volvió a ser la misma.

Más de diez años después, Simone sigue luchando contra el dolor, el trauma y el sentimiento de culpa por seguir viva. Dedicó gran parte de su tiempo a trabajar en sus cotizadas esculturas en una isla tranquila frente a la costa de Maine. Allí conoce a Reed Quartermaine, otro de los supervivientes de Rockpoint, hoy convertido en detective.

Más de diez años después, Simone sigue luchando contra el dolor, el trauma y el sentimiento de culpa por seguir viva. Dedicó gran parte de su tiempo a trabajar en sus cotizadas esculturas en una isla tranquila frente a la costa de Maine. Allí conoce a Reed Quartermaine, otro de los supervivientes de Rockpoint, hoy convertido en detective.

A veces no hay ningún lugar donde esconderse.

«Nora Roberts es una superestrella.»

The New York Times

«Es la novelista con más éxito del planeta Tierra.»

The Washington Post

«Una poderosa historia de sentimientos, heroísmo... y electrizante suspense.»

Fantasticfiction.com

«Los personajes son fascinantes y la trama está tan bien construida y es tan absorbente que mantiene al lector en vilo con una historia de redención tan sorprendente como conmovedora. Una lectura cautivadora y muy potente.»

Kirkus Reviews

Nora Roberts, la autora número 1 en ventas de *The New York Times* y «la escritora favorita de América», como la describió la revista *The New Yorker*, comentó en una ocasión: «Yo no escribo sobre Cenicientas que esperan sentadas a que venga a salvarlas su príncipe azul. Ellas se bastan y se sobran para salir adelante solas. El "príncipe" es como la paga extra, un complemento, algo más... pero no la única respuesta a sus problemas».

Más de cuatrocientos millones de ejemplares impresos de sus libros avalan la complicidad que Nora Roberts consigue establecer con mujeres de todo el mundo. El éxito de sus novelas es indudable, y quienes la leen una vez, repiten. Sabe hablar a las mujeres de hoy sobre sí mismas: sus lectoras son profesionales, fuertes e independientes, como los personajes que crea en sus libros, y sus historias llegan a un público femenino muy amplio porque son mucho más que novelas románticas.

Las cifras son fenomenales: Nora Roberts ha escrito más de 180 novelas que se publican en 34 países, se venden unas 27 novelas suyas cada minuto y 42 han debutado en la primera semana de ventas en el codiciado número 1 de *The New York Times*.

Título original: *Shelter in Place*

Edición en formato digital: marzo de 2019

© 2018, Nora Roberts

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Ana Isabel Sánchez, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Yolanda Artola

Fotografía de portada: The figure 5 in gold, de Charles Demuth. Alfred Stieglitz Collection.

© 1996 The Metropolitan Museum of Art

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-02290-6

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Un lugar donde esconderse

Primera parte. Inocencia perdida

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Segunda parte. Propósito apasionado

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Tercera parte. Prueba de vida

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Sobre este libro

Sobre Nora Roberts

Créditos